

BALTASAR GRACIÁN

# El Crítico

*Edición crítica y comentada*

POR

M. ROMERA-NAVARRO

Catedrático de la Universidad de Pensilvania

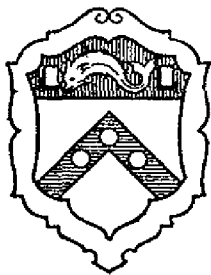
---

---

*Tomo Segundo*

---

---



Philadelphia

UNIVERSITY OF PENNSYLVANIA PRESS

*Published in Co-operation with the  
Modern Language Association of America*

London: Humphrey Milford: Oxford University Press

1939

Copyright 1939  
UNIVERSITY OF PENNSYLVANIA PRESS  
*Manufactured in the United States of America  
by the Lancaster Press, Inc., Lancaster, Pa.*

PUBLISHED (IN PART) UNDER A GRANT AWARDED BY THE  
AMERICAN COUNCIL OF LEARNED SOCIETIES  
FROM A FUND PROVIDED BY THE CARNEGIE CORPORATION  
OF NEW YORK

## SEGUNDA PARTE

*En el otoño de la varonil edad.*

**EL CRITICON  
SEGUNDA PARTE.**

**IVYZIOSA CORTESANA  
FILOSOFIA,**

**EN**

**EL OTONO DE LA  
VARONIL EDAD.**

**POR**

**LORENZO GRACIAN.**

**Y**

**LO DEDICA**

**AL SERENISSIMO SEÑOR**

**D. IVAN DE AVSTRIA.**

**CON LICENCIA,**

---

**En Huesca: por Iuan Noguès. Año 1653.**

*A costa de Francisco Lamberto, Mercader de Libros.*

*Vendese en la Carrera de San Geronimo.*



## ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO <sup>1</sup>

Preliminares	1
I. Reforma universal	16
II. Los prodigios de Salastano	49
III. La cárcel de oro y calabozos de plata	86
IV. El museo del Discreto	123
V. Plaça del populacho y corral del Vulgo <sup>2</sup>	167
VI. Cargos y descargos de la Fortuna	198
VII. El hiermo de Hipocrinda	224
VIII. Armería del Valor	247
IX. Anfiteatro de monstruosidades	281
X. Virtelia encantada	298
XI. El texado de vidrio y Momo tirando piedras	319
XII. El trono del Mando	342
XIII. La jaula de todos	361

<sup>1</sup> El presente índice se encuentra en la última página de los preliminares, con el epígrafe INDICE DE LAS CRISIS. Cada número de ellas va precedido de la palabra *Crisi*, y luego no se indican las páginas correspondientes del texto. Sigue allí otro índice de las crisis de la Tercera Parte, cuya redacción y orden no guardan correspondencia con el índice que luego se publicó en dicha Parte, y cuyas variantes anotaremos al darlo en el tercer tomo.

<sup>2</sup> Este epígrafe dice en el original: *Corral del vulgo y plaça del populacho*. Lo ponemos tal como aparece al frente de la crisis correspondiente.



## AL SERENÍSSIMO SEÑOR DON JUAN DE AUSTRIA<sup>3</sup>

### SERENÍSSIMO SEÑOR:

ARCO vistoso y bien visto el que tantas tempestades serena, brillante rayo del Planeta Quarto<sup>4</sup> y rayo ardiente de la guerra: oi, en emulación de las azeradas ojas de Belona, siempre augustas, siempre vitoriosas en la hercúlea mano de V.A., llegan a tan florecientes plantas éstas de Minerva, prometiéndose eternidades de seguridad a sombra de tan inmortal plausible lucimiento. De ojas a ojas va la competencia, y no estraña, pues con igual felicidad suelen alternarse las fatigas de Palas valiente y las delicias de Palas estudiosa, y más en un César novel, gloria de Austria y blasón de España. La edad, Señor, varonil,<sup>5</sup> mal delineada en estos borrones, bien ideada en los aciertos de la anciana juventud de V.A., vincula su patrocinio en quien toda la Monarquía Católica su desempeño,<sup>6</sup> inaugurando<sup>7</sup> que quien quando avía de ser joven es tanto hombre, quando llegue a ser hombre será un jayán<sup>8</sup> del valor, un héroe de la virtud y un fenis de la fama.

B.L.P.<sup>9</sup> de V.A.

LORENÇO GRACIÁN.

<sup>3</sup> Copio este epígrafe de la portada, pues no figura al frente de la dedicatoria. Don Juan José de Austria (1629-1679), hijo natural de Felipe IV y de María Calderón, famosa actriz llamada *la Calderona*, fué reconocido como infante de España y se distinguió en las guerras de Nápoles, Cataluña, Portugal y Flandes. Cons. Alberto Risco, *Don Juan de Austria, hijo de Felipe IV. Narración histórica*, Madrid, 1918.

<sup>4</sup> Transparente alusión a Felipe IV, y por el estilo había escrito Góngora: "quinto de los Planetas, quiere al quarto / de los Philippos." *Obras*, ed. Foulché-Delbosc, II, 276.

<sup>5</sup> Gracián ha cortado la frase con el vocativo para que *varonil*, que califica a *edad*, pueda aplicarse también a *Señor*.

<sup>6</sup> *desempeño*, potencia o triunfo: cfr. nota 69, I, 361.

<sup>7</sup> *inaugurar*, con su valor etimológico de *conjeturar* o *adivinar*; emplea el autor también aquel verbo en su acepción latina de *consagrar* en el siguiente pasaje: "Los suyos los imaginaron mas que hombres, hasta inagurarlos en Dioses; los estraños, echando por otro extremo, los tuuieron por heroes fabulosos." *El Político*, ed. *Obras*, Madrid, 1664, t. II, pág. 407 a.

<sup>8</sup> *jayán* era corriente en la lengua clásica con su propio significado etimológico de *gigante*.

<sup>9</sup> Antigua costumbre española era besar la mano en señal de vasallaje

Damos licencia para que se imprima, en Çaragoça, a 24 de Febrero de 1653.

D. SALA, OFFI. Y REG. EL V.G.<sup>10</sup>

(*Partidas*, IV, xxv, 4), y también se besaría en ocasiones los pies, pues el rey de Castilla, queriendo honrar al Cid, le dice: “besad las manos, ca los pies no.” (*Cantar de Mio Cid*, v. 2028.) En los tiempos de Gracián, el besar los pies, como fórmula de cortesía, se dirigía a las damas, a los prelados y a los príncipes. Cfr. nota 96, I, 282.

<sup>10</sup> El Doctor Diego Jerónimo Sala, provisor (*official*) y regente del vicariato general en el arzobispado de Zaragoza desde 1647, fué también prosista y poeta. Desempeñó la rectoría de aquella Universidad en 1633 y 1641. (Latassa, *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses*, ed. Gómez Uriel, Zaragoza, 1884-86, t. III, págs. 96-97.) Continuó en el cargo de vicario general al menos hasta enero de 1661, en que firma el *imprimatur* del *Cister militante* del P. Miguel Ramón Zapater; en 1665 le había reemplazado ya el Dr. Miguel Gerónimo Martel. (Cons. Jiménez Catalán, *Ensayo de una tipografía zaragozana*, Zaragoza, 1925, núms. 715 y 745.) Celebrará nuestro autor al Dr. Sala en la crisi vi de esta Segunda Parte.

## CENSURA

*Del Doctor Juan Francisco Andrés,<sup>11</sup> Cronista de Su Magestad y del Reino de Aragón, por comission del ilustre señor D. Luis de Exea y Talayero,<sup>12</sup> del Consejo de Su Magestad, y su Regente la Real Cancellaría en el mismo Reino.*

LA juiziosa cortesana filosofía de García de Marlonés,<sup>13</sup> que es la que continúa la Segunda Parte del *Criticón*, no la comprende mi censura, porque en ella no se encuentran obscuridades que mancillen el resplandor real<sup>14</sup> ni enturbien las luzes claras de la virtud; antes bien, debaxo de metáforas ingeniosísimas, enseña y deleita juntamente a los lectores: trayéndolos suspensos la gustosa peregrinación de los héroes que introduce, dexa burlados sus deseos dilatándoles el fin de jornada tan peregrina, útil y provechosa. Mas cerrará esta invectiva la Tercera Parte con llave de oro, aunque sea con las canas de la vejez, que el desengaño de las cosas de la vida, aunque tenga vislumbres y apariencias de plata, lo interior es de purísimo y mui acendrado oro.

<sup>11</sup> Juan Francisco Andrés de Uztarroz (1606–1653), anticuario, poeta e historiador, juró el cargo de cronista de Aragón en 1647. Estrecha comunicación mantuvo con Gracián, que le califica de “noticioso antiquario, elegante humanista, culto poeta, grave iuriconsulto, juyzioso historiador . . . ornamēto de su imperial patria Zaragoza.” (*Agudeza y arte de ingenio*, Huesca, 1648, discursos XIV y LII, págs. 93 y 322.) Falleció Uztarroz pocos meses después de haber escrito esta censura. Cons. Latassa, *op. cit.*, I, 58–63; Ricardo del Arco, *La erudición aragonesa en el siglo XVII*, Madrid, 1934, págs. 95–111, *et passim*.

<sup>12</sup> Don Luis de Ejea y Talayero, a quien se celebrará en la crisis xii de la Tercera Parte, fué nombrado lugarteniente del Justicia de Aragón en 1643, y regente de la Cancellaría en 1652, cargo que desempeñó hasta 1660, en que fué ascendido a regente del Consejo Supremo de la Corona de Aragón. (Cons. Latassa, *op. cit.*, I, 455–459.) Nótese de nuevo, en la siguiente línea de nuestro texto, que *Regente* sin preposición, con su puro valor de participio activo, era forma corriente: *Regente la Real Cancellaria; Regente la General Gobernacion; Regente el Oficio en General Gobernacion del Reyno*; etc.

<sup>13</sup> Bien recordará el lector que tal fué el seudónimo con que sacó Gracián la Primera Parte, cuyo prefacio (*A quien leyere*) comienza así: “Esta filosofía cortesana . . .” Cfr. nota 17, I, 97.

<sup>14</sup> *real*, regio.

La acrimonia deste libro censura, a mi entender, a algunos sugetos severamente (pero en algún modo tiene excusa la especulación rígida de un ceño crítico), pues todo lo que no es breve y mui picante le juzga por disgustado:<sup>15</sup> estilo en que han dado algunos ingenios modernos, procurando introducir el laconismo, pareciéndoles que sólo es plausible la concisión. Y de aquí se origina tener por prolixos a los historiadores abundantes, como lo significó el Padre Antonio Posevino, hablando del Secretario Gerónimo Zurita, cuya copia la tuvo por exceso;<sup>16</sup> y el Padre Juan de Mariana, por afectar esta brevedad, despreció a todos los historiadores que le precedieron,<sup>17</sup> sin advertir que le avían servido de pauta para sus escritos. Empero yo tendría por más acertado el estilo que usa Zurita en sus *Anales*, porque es propio para referir las hazañas;<sup>18</sup> que si éstas se cifran en cláusulas breves, tal vez<sup>19</sup> se confunden y quedan defraudados los hechos dignos de memoria, que la brevedad está mui cerca de la lobreguez. Demás,<sup>20</sup> que fué deste sentir Cayo Plinio Cecilio Segundo;

<sup>15</sup> *disgustado*, desabrido.

<sup>16</sup> El jesuíta P. Antonio Possevino (1533-1611), de Mantua, brilló como predicador y fecundo escritor. (Cons. Backer, *Bibliothèque de la Compagnie de Jesus*, ed. Sommervogel, Bruxelles-Paris, 1890-1932, t. VI, 1061-1093.) El pasaje aludido en el texto es el siguiente: "Hieronymus Zurita scripserat Annales . . . stylo perelegantis Hispanico, quãvis prolixior fuerit." Antonii Possevini, *Bibliotheca selecta de ratione studiorum* . . . , Coloniae, 1607, t. II, pág. 358.

<sup>17</sup> En efecto, el P. Mariana habla con cierto desdén de sus predecesores en el prólogo de su *Historia de España* (ed. 1608), diciendo que la nación era "mas abundante en hazañas que en escritores," y que "con algunos de nuestros coronistas ni en la traza ni en el lenguaje no deseo que me compare nadie." Por lo demás, no cabe tacharle de excesivamente lacónico; a veces es conciso, pero con claridad y eficacia; otras, amplio, majestuoso, y aun prolijo.

<sup>18</sup> Merece el cronista Jerónimo Zurita los mayores elogios por su método, imparcialidad y rigor científico en los *Anales de la Corona de Aragón* (1562-79), pero como prosista es ciertamente inferior al P. Mariana, y aunque nuestro crítico fuese contrario al estilo recortado y lacónico, hizo mal en escoger como muestra del buen estilo histórico el de Zurita, redundante y falto de amenidad, "de largas i tendidas vestiduras," como dice Saavedra Fajardo. (*República literaria*, ed. Clás. Cast., pág. 125.) Cons. [J.] Francisco Andrés de Uztarroz y [Diego] José Dormer, *Progresos de la historia en el reyno de Aragón y elogio de Zurita, su primer cronista*, Zaragoza, 1680 (cuya primera parte fué reimpresa en Zaragoza, 1878).

<sup>19</sup> *tal vez*, tal cual vez.

<sup>20</sup> *demás* era forma culta y corriente en la lengua clásica por *además*, así como se empleaba igualmente *más* por *demás*. Jerónimo de Alcalá: "el

escribiendo a Tácito, dixo que de los libros buenos el mejor era el de más volumen: *Ita bonus liber quisque melior est quo maior*.<sup>21</sup> Teniendo tan eloqüente apoyo, tendrá alguna eficacia esta opinión, pues no se puede negar sino que Plinio en lo eloqüente y sentencioso excedió a muchos, y que pocos le aventajan, cuyo testimonio irrefragable es aquel gran *Panegyrico a Trajano*,<sup>22</sup> idea<sup>23</sup> de elogios y admiración de los ingenios sutiles.

El cariño que tengo a estos escritores que se censuran en este escrito me ha dado ocasión de dilatar me más de lo que permite la brevedad de una Aprobación, pero no cumpliera con las obligaciones de mi oficio si no dixera libremente mi sentir, salvando siempre el más acertado.<sup>24</sup>

jornal era poco y no bastante para posada, comida y vestido; demas que las fiestas traen su gasto de por sí." (*El donado hablador*, II, xiii.) San Juan de la Cruz: "Lo qual entiende assí de los gustos sensuales como de los más bienes temporales." (*Cántico espiritual*, ed. Clás. Cast., pág. 53.) Cervantes: "Cap. XLII: que trata de lo que más sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse." (*Quijote*, Parte I.) Cfr. nota 82, I, 181.

<sup>21</sup> Trátase de Plinio el Joven, a quien el crítico designa con todos sus nombres, a la latina (Caius Plinius Caecilius Secundus). Literalmente escribió: "ita bonus liber melior est quisque quo maior." (*Epistulae*, I, xx, 4.) Ciertamente es que así lo dijo, pero el crítico no interpreta rectamente el sentir de Plinio: en dicha epístola a Tácito no se refiere a los historiadores, sino a los oradores; tanto censura la exposición demasiado breve como la difusa ("sed non minus non seruat modum, qui infra rem quam qui supra, qui adstrictius quam qui effusius dicit"); en el resto de su correspondencia (v. gr., III, xviii), Plinio se declara en esta materia, como en las demás, por el justo término medio; y la extensa carta a Tácito donde se halla la frase citada, más puede aplicarse como elogio al estilo de Mariana, abundante y rico, a veces de elegante concisión, que al estilo de Zurita, redundante y monótono.

<sup>22</sup> Pronunciado por Plinio en el senado romano al tomar posesión del cargo de cónsul. En la crisis primera de esta Segunda Parte veremos cuál era la opinión de Gracián sobre el famoso *Panegírico*.

<sup>23</sup> *idea* era muy corriente en su acepción de *imagen* o *modelo*, y también Gracián la empleará repetidamente en el curso de esta obra (v. gr., II, ii; III, i). Uno de los capítulos del *Héroe*, el xviii, lo tituló *Emulación de ideas* (modelos). Bastará agregar aquí el título de la famosa obra de Saavedra Fajardo: *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas* (1640). Y otro título, el de un soneto satírico de Quevedo, que dice así: *Epitafio de una dueña, que idea también puede ser de todas* (ed. BAE, LXIX, 129 b).

<sup>24</sup> Habrá visto el lector que todo esto no es más que una hábil reprobación del estilo conciso de Gracián, y aun de la doctrina estilística que había defendido en la *Agudeza y arte de ingenio*. Más generoso anduvo con él nuestro autor (véase nota 11, II, 3), aunque de seguro desaprobaba el estilo

Pero esta obra contiene tan primorosos desvelos y tantas ingeniosidades, que merece que a su autor se le dé licencia para que se publique. Este es mi sentir. En Zaragoza, 9 de Março, 1653.

EL D. JUAN FRANCISCO ANDRÉS.

*IMPRIMATUR.*

EXEA, *Reg.*

de Uztarroz. Estrechas fueron sus relaciones por motivos de convivencia, amistades comunes y recíproco respeto intelectual, pero sin que transpire de ellas calor cordial.



## CENSURA CRÍTICA DEL CRITICÓN

*Del Licenciado Josef Longo.*<sup>25</sup>

AVIENDO visto esta Segunda Parte del *Criticón*, sin otra comisión que averme franqueado el impressor su original,<sup>26</sup> le he leído, llevado primero de mi curiosidad y luego del gusto, cevado en la golosina de su lectura. Y porque leyéndole hallava que sabía<sup>27</sup> a la mano de quien ha hecho otros libros que han corrido por el mundo con grande aplauso y se han visto en la librería del mayor Príncipe con mucho agrado,<sup>28</sup> hize concepto cumplía bien con el precepto de Horacio: *Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci*,<sup>29</sup> como advirtió doctamente el P. Don Antonio Lyperi en la Aprobación de la Primera Parte, y quedé gozoso de ver trocado por éste el primero bilbilitano.<sup>30</sup> ¡Dichosas aguas, que si hazéis cortadoras las espadas,<sup>31</sup> no menos bien cortadas las plumas!

<sup>25</sup> Perteneció sin duda este licenciado al grupo de las amistades de Gracián y Uztarroz, y habíale celebrado éste como ingenioso y elegante poeta el año antes de escribirse la presente censura, en su *Aganipe de los cisnes aragoneses, celebrados con el clarín de la fama* (1652).

<sup>26</sup> Dice *sin otra comisión* porque las censuras se hacían por especial comisión del Consejo Real o su representante; también del Canciller o Vicario eclesiástico, si el libro trataba de materias religiosas, o el autor lo juzgaba conveniente. El encargado de hacer la censura recibía “el salario que justo sea” (*Pragmática* de los Reyes Católicos, Toledo, 8 de julio de 1502, incorporada en las *Recopilaciones*), pero no se fijó escala alguna de honorarios hasta 1756; y pocos años después, considerándolos exorbitantes, fueron suprimidos, porque bastábales a los censores “por premio de su trabajo el honor que les resulta de ser nombrados para tan distinguidos ministerios.” (*Real Orden*, 22 de marzo de 1763.)

<sup>27</sup> *saber* en la acepción, claro está, de tener sapidez o sabor.

<sup>28</sup> Véase la *Introducción*, I, 7<sub>14-22</sub>.

<sup>29</sup> Casi literalmente: “Logra todos los votos el que mezcla lo útil a lo agradable.” *Ars Poetica*, v. 343.

<sup>30</sup> Bien clara alusión a Marcial. Respecto a *primero* en proclisis, se escribía con apócope o sin ella (como *tercero* y *postrero*) en los tiempos de Gracián. Así Cervantes: “embistió con el primero molino . . . arremetió contra el primero fraile.” (*Quijote*, I, viii.) Gonzalo de Céspedes: “Aun no siendo pasado el primero reposo . . .” (*El soldado Píndaro*, 1626, *Introducción*.) Matías de los Reyes: “Se resolvieron en que el primero día de fiesta . . .” (*El Menandro*, 1636, ed. Madrid, 1909, pág. 104.) Por el contrario, la apócope de *primera* (antepuesta a los nombres) era más corriente aún que hoy en día.

<sup>31</sup> Famosas fueron en la antigüedad las espadas de Bílbilis por su dureza

Martial, en su *Epig.* 17, lib. I: *Sunt bona, sunt quaedam meliora, sunt optima plura*; <sup>32</sup> y en el lugar del último verso, otro del libro segundo: *Nihil est quod demere possis*.<sup>33</sup> Digo aquí lo mismo, y más con Erasmo, hablando de su Luciano: *Sic ridens vera dicit, vera dicendo ridet*.<sup>34</sup> Tan igualmente parece que ríe con Demócrito los devaneos de la criatura, como [llora] con Heráclito la ingratitud a su Criador,<sup>35</sup> y no sé si admiré más la acrimonia, energía y vivacidad de su ingenio, o la prudencia, cordura y sagacidad de su juicio, todo con eminencia y en la más alta categoría de plausibilidad. Así ponderava una docta pluma del Orden <sup>36</sup> de San Bernardo en el estado de Milán a un gran sugeto, senador de aquel arcópag, comparándole su ingenio a un cavallo castizo y generoso bien dotrinado, y el juicio a un diestro ginete o bridón que con el amago, con la sombra de la vara, sin azicate ni rienda, le mete ya al passo, ya al passeio, ya a los tornos, ya a las corvetas, ya a la carrera, ya al salto, ya a la escaramuza, ya a la pelea, ágil y suelto, versátil y dócil.<sup>37</sup> Ya se remonta águila real a y temple, cuya fama alcanzó hasta principios del siglo XVI. Véase testimonios de los antiguos, como Marcial, y de algunos modernos, en la *Historia de Calatayud* de Vicente de la Fuente (Calatayud, 1880), t. I, págs. 78-83.

<sup>32</sup> Para mayor elogio del libro de Gracián, enmienda intencionadamente el epigrama de Marcial. Había dicho éste: "A veces buenos, a veces pasables, más a menudo malos, tales son mis epigramas: un libro, Avito, no se hace de otra manera." (*Sunt bona, sunt quaedam mediocria, sunt mala plura / quae legis hic: aliter non fit, Avite, liber.*) Corrige nuestro crítico: "A veces buenos, a veces mejores, más a menudo inmejorables."

<sup>33</sup> El verso completo de Marcial dice que no son demasiado largas las obras en las cuales nada hay que suprimir: "Non sunt longa quibus nihil est quod demere possis" (II, 77).

<sup>34</sup> Por errata que ha pasado a otros textos, como el de 1669, se lee *vera vera dicendo*. Esta declaración de que Luciano dice sus verdades con la risa, la hace Erasmo en uno de los preliminares de *Saturnalia Luciani*, ed. *Opera omnia*, Lugduni, 1703-1706, t. I, col. 244 *fin*. Llámale el crítico su Luciano por la predilección que le tuvo Erasmo, quien no sólo tradujo un buen número de sus obras en latín, con el concurso de Tomás Moro, sino que se muestra en las suyas propias el heredero de su espíritu.

<sup>35</sup> El sentido de la frase, el carácter legendario e invariable de Heráclito, y la doctrina toda de esta censura, prueban que por descuido del autor o del cajista fué omitida la palabra *llora*, que restituímos. Cfr. nota 167, I, 241.

<sup>36</sup> *orden*, como masculino: cfr. nota 83, I, 162.

<sup>37</sup> No encuentro esta referencia en varios escritores de la orden de San Bernardo que en el antiguo estado de Milán residieron, ni en las obras de Giuseppe Benaglia, Giorgio Giulini, Bernardino Corio, Pietro Verri, Marco Formentini y algunos más consultados.

investigarle al sol sus rayos, registrándoselos en su eclíptica, y todas sus acciones en [su] esfera,<sup>38</sup> quando se abate al más profundo centro de la tierra a averiguarle sus partos en los más escondidos minerales. Y no he encontrado en él un tilde ageno de la pureza católica, ni de la real <sup>39</sup> y christiana política. Mas ¿qué podía hallar yo, aviendo passado por la censura del gran Tito Livio <sup>40</sup> aragonés, nuestro coronista <sup>41</sup> el D. Juan Francisco Andrés,<sup>42</sup> sucessor del grande Gerónimo Zurita y grande Homero suyo,<sup>43</sup> en quienes podrán los Alexandros (si huviere Alexandros) embidiar al primero y admirar al segundo? ¿Qué podía hallar, dixe, sino riqueza de conceptos, tesoro de sutilezas y aseado camarín de realzes de un sublime pensamiento, de un pensar sublimado? En la materia más estéril que se le ofrece y al parecer no tiene sino la corteza, desentrañándola, saca con primorosa moralidad el más útil aprovechamiento del hombre: dígalo el azavache del Duque de Villahermosa, en la Primera Parte,<sup>44</sup> y díganos Barclayo si el lapidario que engañó a Euformión le dió piedra semejante.<sup>45</sup> Nada

<sup>38</sup> Algunos escritores excepcionalmente avanzados en su cultura científica aceptaban la teoría de Copérnico, pero la gran mayoría seguía la doctrina tolemaica del movimiento solar, y así probablemente nuestro crítico (respecto de Gracián, cfr. nota 28, I, 121). Sin embargo, el lenguaje es aquí ambiguo: *su eclíptica* tanto puede referirse a un supuesto curso real del sol como a su curso aparente; *acciones en esfera* no hace sentido, y suplo *su* (*esfera*), y no *la* (*esfera*), porque aun en el caso de rechazar él la creencia de los cielos esferoidales, no habría dicho *la esfera* (por la cual se sobrentendía la terrestre), sino *la esfera celeste*.

<sup>39</sup> *real*, regia.

<sup>40</sup> *Titoliui* trae el texto, y así se escribía también, pero la forma entonces más culta y corriente era *Tito Liui*: v. gr., en los *Annales y memorias cronológicas* de D. Martín Carrillo (Madrid, 1620), cuyo texto tiene ortografía bastante cuidada, y muy descuidada la del índice (que no prepararía el autor), se lee allí siempre *Tito Liui* (fols. 40 v., 44 v., etc.), y aquí *Titoliui* (fol. 450 r.).

<sup>41</sup> *coronista*, por corrupción, como si viniese de *corona* (corona real, coronista real), era la forma común por *cronista*.

<sup>42</sup> Sobre el cronista Juan Francisco Andrés de Uztarroz recuérdese la nota 11, II, 3.

<sup>43</sup> Andrés de Uztarroz, admirador entusiasta de Zurita, le celebra en toda ocasión, y muy particularmente en los *Progresos de la historia en el reyno de Aragón y elogio de Zurita*, obra preparada por Uztarroz y ampliada y publicada por Dormer: cfr. nota 18, II, 4.

<sup>44</sup> En la crisis xiii.

<sup>45</sup> Alúdese a un episodio de fines de la primera parte del *Satiricón* de Barclayo (págs. 139-149 de mi ejemplar, *Euphormionis Lusinini sive Ioannis Barclaii Satyricon, partes quinque*, Lugd. Batavorum, 1637). El supuesto

se le passa por alto, sin hallársele descuido, porque el que lo parece es su mayor cuidado.

Todo entra en la variedad deste libro, mordiendo el áspid al vicio sin sacarle sangre al vicioso, campeando en el laconismo de las palabras la difusión de las sentencias, a imitación de lo conciso de Tácito y lo difuso de Livio; y no es vestir de agenas plumas el hurtar versos a Homero, sino arrebatarle al mismo Hércules la clava, como lo dixo Virgilio Marón a su Zoilo, referido por el Petrarca.<sup>46</sup> Aquí no echará menos<sup>47</sup> el lector en el ocio de palacio la sátira en Persio y en Juvenal, como en el empleo del palaciego; a Claudiano, para su panegyrico<sup>48</sup> Praça Universal, donde el juizioso Andrenio assí haze reparo con la vulgaridad en la más vulgar tienda de Baco,<sup>49</sup> quanto con la singularidad en el más singular escaparate de los prodigios de Salastano.<sup>50</sup> Tan libertado está el sastre que viste como sobresaltado el tirano que desnuda, el artista mecánico como el liberal; al César se le da lo que es de César,<sup>51</sup> mui conforme todo a entrambas regalías, eclesiástica y secular. Y del alpha hasta el omega, una seria cartilla de la moral y estoica filosofía, teniendo por guía en la épica<sup>52</sup> a Platón y Aristóteles, lapidario de esta obra no es sino un charlatán que engaña a Euformión, el protagonista, vendiéndole esmeraldas, perlas, jacintos y diamantes falsos. Ni en el asunto, ni en la ocasión, ni en la aplicación o los detalles, guarda con este episodio relación alguna el breve pasaje de Gracián. Sobre Barclayo, véase nota 26, I, 98.

<sup>46</sup> He aquí el pasaje aludido de Petrarca: "Profecto equidem quae de illius imitatione dixisti, non vera modo sed vulgo etiam nota sunt, et multa alia quae, verecundia dicam an modestia, siluisti, quae tamen ex ordine ipsis in Saturnalibus scripta sunt, quamvis hoc loco ille suus iocus innotuerit, cui cum obiiceretur ab aemulis quod versus tibi tuos eriperet, magnarum virium esse respondit auferre clavam Herculi." *Epistolae de rebus familiaribus et variae*, ed. Josephi Fracassetti, Florentiae, 1859-63, t. III, pág. 298.

<sup>47</sup> *echar menos*: cfr. nota 45, I, 125.

<sup>48</sup> *panegyrico*, no en su acepción corriente, sino en la propiamente etimológica de escrito u oración perteneciente a una asamblea pública.

<sup>49</sup> Alúdese a la crisis v de esta Segunda Parte.

<sup>50</sup> Segunda Parte, crisis ii.

<sup>51</sup> Frase tan proverbial en todo tiempo como bien conocida su fuente (San Mateo, XXII, 21).

<sup>52</sup> *épica*, en el sentido de *ficción moral*; refiérese a la fantasía poética en las alegorías; téngase en cuenta que los diálogos de Platón venían siendo clasificados, atendiendo a la forma literaria, en diálogos épicos, dramáticos, etc. En cuanto a Aristóteles, a pesar del carácter tan diferente de la mayor parte de su obra, también empleó el estilo dialogado y alegórico de su maestro en algunos escritos. Gracián mismo usó la voz *épica* con el

y por doctrina la del mayor maestro de los estoicos morales, Séneca, y antes de Focylides<sup>53</sup> y Epic[te]to;<sup>54</sup> executada la eutropelia<sup>55</sup> sin reprensión, y vencida con maestría grande la mayor dificultad en el camino de la vida humana, en el rebentón, como dize este autor,<sup>56</sup> *Nosce te ipsum*,<sup>57</sup> aviendo hecho senda tan apacible con aquella su anotomía<sup>58</sup> moral de la significado de *ficción moral*, cuando dice que procuró “juntar lo seco de la filosofía con lo entretenido de la invención, lo picante de la sátira con lo dulce de la épica.” (*A quien leyere*, Parte I.) En la *Agudeza y arte de ingenio* trata de “las ficciones compuestas, como son epicas, alegorias, &c.” (Disc. XXXV, 240), que define como “vn cuerpo, vn todo artificioso fingido, que por traslacion y semejança pinta y propone los humanos acontecimientos.” (Disc. LV, 341.) De tales ficciones, “no es de essencia . . . el metro y composicion poetica, sino ornato q̄ la prosa suele suplir con su aliñada cultura.” (Idem, 342.) “Merecen el primer grado, y aun agrado, entre las ingeniosas invēciones, las graves epopeyas. Composicion sublime por la mayor parte, que con los hechos, sucessos y aventuras de vn supuesto, los menos verdaderos y los mas fingidos, y tal vez todos, va ideando los de todos los mortales. Forxa vn espejo comun y fabrica vna testa de desengaños . . . Dividense tambien, segun accidente, en epopeyas en verso o en prosa; pero, como digo, mas es material que formal la distincion.” (Disc. LVI, 342–343.) Y más adelante: “la historia, con su suspension de los sucessos entretiene; las comedias, epicas y otras ficciones, cō sus enredados empeños, deleytan.” Disc. LVIII, 357.

<sup>53</sup> Poeta griego del siglo VI, a. de J., de cuyas máximas en hexámetros sólo se conservan algunos fragmentos; se le ha atribuido también, infundadamente, un poema moral que lleva su nombre. Cons. Jacob Bernays, *Ueber das Phokildeische Gedicht*, Berlin, 1856.

<sup>54</sup> Suplo las letras que faltan en el texto, por errata evidente. *Epicteto* era entonces, como hoy, la forma más corriente, aunque se encuentre alguna vez *Epilecto* (v. gr., Gracián, *Obras*, ed. Madrid, 1664, t. II, pág. 404 a), *Epitheto* (Diego López, *Declaración magistral sobre las Emblemas de Alciato*, Nájera, 1615, fol. 475 a), *Epikteto* en la curiosa ortografía *kastellana* del Maestro Correas (trad. *El Enkiridion de Epikteto*, Salamanca, 1630), y *Epileto* constantemente en la versión de los *Avisos* de Boccacini hecha por Pérez de Sousa (Madrid, 1634, fols. 160 r. y v., 161 r. y v., etc.). El crítico Longo había leído sin duda, para la opinión que aquí expresa, el tratado de Quevedo sobre *Epicteto y Phocilides en español . . . con el origen de los estoicos y su defensa* (1635).

<sup>55</sup> *eutropelia*, registrada en los diccionarios juntamente con la otra forma más propiamente etimológica, *eutrapelia*, que luego ha prevalecido.

<sup>56</sup> En la crisis primera de la Segunda Parte.

<sup>57</sup> Sobre esta frase de oro inscrita en el templo de Delfos, queda ya nota 1, I, 265.

<sup>58</sup> *anotomía* y *anotomista*, aunque de menos justeza etimológica que las formas correspondientes modernas, eran comunes en aquellos siglos, y las que también usa Gracián (v. gr., *El Discreto*, V, 353 b; XIX, 389 b; *El Político*, 425 a: ed. *Obras*, Madrid, 1664). Menos cultas, pero muy usadas, eran asimismo *notomía* y *notomista*.

Primera Parte <sup>59</sup> y con los cien ojos de Argos en esta Segunda,<sup>60</sup> que las faltas propias de las espaldas (como maliciava en sus apólogos el burlón griego) <sup>61</sup> las passa el hombre a los ojos, donde tenía las agenas, para enmendarse a pesar de su filaucia.<sup>62</sup> ¿Qué dixerá el Ariosto, quando nos pintó a Falerina,<sup>63</sup> si viera a Falsirena en la Primera Parte, y Luciano, por Timón o por Damis,<sup>64</sup> si huviera visto en esta Segunda los cargos y descargos de la Fortuna? Y calle Xenofonte en su *Cyropedia*, que si allí quiso pintar en aquel monarca de los persas cuál ha de ser un grande rei, con más felicidad consigue el *Criticón* dibuxándonos en Critilo lo que ha de ser un hombre para preciarse de ser hombre. Y si ha sido tan aplaudido el Boquelino <sup>65</sup> por aver sacado a plaça <sup>66</sup> las faltas del hombre en su nación, en su individuo, en Pedro, Juan y Francisco, con más razón deve serlo éste llevando por idea antes su corrección que su corrimiento, dissimulando el oprobio al que incurrió en él y no faltando al elogio del que lo mereció: testigos son muchos beneméritos a quienes ha dado lo más que puede ver un escritor, que es la inmortalidad.

Finalmente, en la dulzura desta bien compuesta filosofía, que es dulce sin duda, como lo dize el Espíritu Santo, *Favus mellis, verba composita*,<sup>67</sup> y por dulce, según Plinio, símbolo de la máquina celestial,<sup>68</sup> el más desabrido y re-

<sup>59</sup> Crisi ix.

<sup>60</sup> Argos figurará en las crisis i y ii de esta Segunda Parte.

<sup>61</sup> Alude a Esopo y su fábula CCCIII, *Las dos alforjas*.

<sup>62</sup> *filaucia* (amor propio) no era voz insólita en el período clásico, y se pronunciaba con la *a* tónica, como *Antioquia* y tantas voces compuestas que hoy llevan el acento sobre *-ía*. Este pasaje se refiere particularmente a la primera crisi de la Segunda Parte.

<sup>63</sup> Falerina, personaje del *Orlando Furioso* (XLI, 26, 74) de Ariosto; trátase de una mera analogía verbal. Mejor correspondencia guarda Falsirena con el Falsirone del mismo poema (XV, 107, *et passim*), y en la perfidia, con Orrigile (XVII, 17, *et al*).

<sup>64</sup> Interlocutores respectivamente de los diálogos *Timón o el misántropo* y *Zeus, actor trágico*, en que también hay cargos y descargos de la fortuna o los dioses. En la crisi vi puntualizaremos algo más sobre el primer diálogo, pues sólo con él guarda alguna semejanza la alegoría de Gracián.

<sup>65</sup> Bocalini: cfr. nota 25, I, 98.

<sup>66</sup> *sacar a plaça*, publicar lo que estaba oculto: cfr. nota 69, I, 256.

<sup>67</sup> Exactamente es *Favus mellis, composita verba* (son un panal de miel las palabras elegantes), *Proverbios*, XVI, 24.

<sup>68</sup> Como no es del todo raro que suceda al citar de memoria, el crítico anda aquí confundido. Ni Plinio el Joven en su *Epistolario* o en el *Panegírico*, ni Plinio el Viejo en su *Historia Natural*, tienen frase semejante

sabio <sup>69</sup> gusto se ha de abrir el apetito con este Kempis cortésano,<sup>70</sup> con este ramillete de apotegmas morales y con esta polianthea <sup>71</sup> manual, sin el peligro de encontrar en este plantel de agudezas y pancarpia de Amalthea <sup>72</sup> flor plebeya que le haga estorvo a la vista, disonancia al oído, ofensa al olfato, disgusto al gusto, ni embarazo a la mano; porque, ingeniosa aveja, así liba para la amargura de la reprehensión <sup>73</sup> en la morisca retama <sup>74</sup> como para la candidez de su intención en la católica azucena,<sup>75</sup> dexándole a la rosa lo medicinal y quitándole las espinas para poderle manosear.

Yo no conozco al autor desta Segunda Parte, y acuérdomelo tuve (viendo el Prólogo de la Primera) por ingenio solapado y que era arte mayor el quererse encubrir con el *Arte de Ingenios*; <sup>76</sup> y así, no querría dezir absolutamente que le desconozco en esta Segunda,<sup>77</sup> porque en lo heroico de la obra (aun

sobre la Filosofía. Parece referirse a este pensamiento de Séneca, *Epist.*, LXXXIX, 1: "Utinam quidem quemadmodum universa mundi facies in conspectum venit, ita philosophia tota nobis posset occurrere, simillimum mundo [*i.e.*, firmamento] spectaculum."

<sup>69</sup> *resabio*, con valor adjetival de *desazonado*.

<sup>70</sup> Alude, claro está, al *Contemptus mundi* o *Imitación de Cristo* de Tomás Kempis, cuya versión castellana entonces corriente era la de fray Luis de Granada (1538), de puro estilo; la del P. Nieremberg, más fiel, que reemplazó a aquélla en el gusto general, no salió hasta 1656.

<sup>71</sup> *polianthea*, "recolección o agregado de noticias en materias diferentes y de distintas clases." *Dicc. Auts.*

<sup>72</sup> *pancarpia*, corona compuesta de diversas flores; acerca de la pancarpia o cornucopia de Amaltea, nodriza de Júpiter representada como una ninfa, que además de flores tenía frutos, véase Apolodoro, II, vii, 5.

<sup>73</sup> *reprehensión* y *reprehender*, aunque omitiendo a veces la *h* etimológica, fueron formas corrientes hasta mediados del siglo XVIII.

<sup>74</sup> De la *retama*, que etimológicamente viene del árabe, pero tan abundante en España como en tierra de moros, y de sus usos medicinales, trata Discórides, IV, § 159.

<sup>75</sup> Llámala *católica* por simbolizarse con la azucena el virginal candor y hermosura de la Virgen María, llamada la azucena de la tribu de Judá. En el *Cantar de los cantares* (I, ii, 2) la amada es la azucena entre las espinas (*lilium inter spinas*), cuyo pasaje aplicó San Agustín a la Iglesia, considerándola también como azucena rodeada de espinos.

<sup>76</sup> Recuérdesse que la Primera Parte salió en 1651 bajo el seudónimo de García de Marlones, y que en el prólogo habla el autor del "rígido Gracián," como si se tratara de persona distinta, aunque en realidad debió de hacerlo para facilitar la identificación. Cfr. nota 20, I, 97.

<sup>77</sup> La cual bien sabemos que se publicó bajo su habitual cuasi seudónimo, Lorenzo Gracián. Véase *Introducción*, I, 11-14.

sin el cuidado de Fidias en su Minerva)<sup>78</sup> se retrata como en espejo el héroe<sup>79</sup> que la hizo y me le señala el Sabio con el dedo en los *Proverbios*: *Doctrina sua noscitur vir*.<sup>80</sup> Y si por el primor de su línea se dió a conocer Apeles,<sup>81</sup> por las deste libro se dexa rastrear el autor. Sea anónimo, sea anagrama o sea enigma, yo fiador que no le costara a Homero lo que el de los pescadores,<sup>82</sup> ni a mí para este *Criticón* la llave del *Satiricón* de Barclayo,<sup>83</sup> y bastaría Davo sin ser necessario Edipo.<sup>84</sup> Con-

<sup>78</sup> Dícelo porque Fidias labró con particular primor su estatua de Minerva, la llamada de Atenas, de oro y nácar: entre los detalles, grabó el combate de las amazonas en el lado convexo del pavés, y en el cóncavo la batalla entre los dioses y los titanes; y hasta en las palmillas hizo grabados, con la lucha de los lapitas y los centauros. Comentando la minuciosidad y primor de esta escultura, escribe Plinio: “adeo momenta omnia capacia artis illi fuere.” *Hist. Nat.*, XXXVI, 4.

<sup>79</sup> *héroe*, en la acepción de hombre superior que, entre otros, le dió Gracián en su primer libro (*El Héroe*), y por el estilo acaba de decir el crítico *heroico* por eminente.

<sup>80</sup> Precisamente dice: “Doctrina sua noscetur vir” (por su doctrina se dará a conocer el hombre), *Proverbios*, XII, 8.

<sup>81</sup> Alusión a la siguiente anécdota que registra por extenso Plinio, *Hist. Nat.*, XXXV, 36: no hallando al pintor Protogenes en su casa, Apeles trazó en el lienzo que había sobre el caballete una línea muy tenue; al regresar Protogenes y notar la delicadeza del trazo, comprendió que Apeles había estado allí, pues ninguno otro pudiera haberlo hecho tan perfecto.

<sup>82</sup> Refiérese a un episodio relatado casi al fin de la *Vida de Homero* (§ 35) atribuída a Heródoto. Hallábase Homero muy enfermo en la isla de Ios, hoy Nio. Unos pescadores que acababan de desembarcar le propusieron este enigma: *Dejamos lo que cogimos y traemos lo que no podemos coger*. Como no supiera el poeta ni sus compañeros de viaje resolver el enigma, los pescadores lo explicaron así: *Habiendo regresado de la pesca con poco provecho, nos sentamos en la arena, y como nos molestaran los mosquitos, dejamos en la playa lo que habíamos pescado y nos trajimos los mosquitos que no podemos coger*. Y agrega el historiador (§ 36) que Homero murió en Ios de la enfermedad que había contraído al desembarcar, y no, como algunos autores habían dicho, del dolor que le produjera no haber podido descifrar el enigma de los pescadores.

<sup>83</sup> *no me costara lo que la llave del Satiricón* es lo que quiere decir, porque las ediciones de éste libro llevan una llave o clave de identificación de nombres propios, sin la cual difícilmente se reconocerían muchos de ellos: v. gr., “*Argyrostratus*, Ambrosius Spinola, propter sumptus belli nimios . . . *Hippophilus* & *Hippoplutus*, Philippus II. Potentissimus Rex Hispaniae. Idem *Liphippus*,” etc. Véase nuestra nota 26, I, 98.

<sup>84</sup> Alude al proverbio registrado en los *Adagia* de Erasmo (sec. *Obscuritas*) que dice así: “Davus sum, non Oedipus,” esto es, soy un hombre común, y no un adivino. Davo es un personaje del *Eunuco* de Menandro, que reaparece como siervo en las comedias terencianas *Andria* y *Phormio*.



cluyo diciendo: *Nihil non laudabile vidi* y que *omnia quae legi, redolent, leporem et Gratian.*<sup>85</sup>

En Zaragoza y Março, a 20 de 1653.

JOSEF LONGO.<sup>86</sup>

Edipo se hizo famoso por haber descifrado el enigma de la Esfinge, que nadie había sido capaz de explicar.

<sup>85</sup> “Nada he visto que no merezca alabanza,” agregando, “cuanto he leído respira ingenio y gracia.” El crítico ha preferido decir *Gratian*, y no *gratiam*, para mayor analogía con el nombre de Gracián.

<sup>86</sup> Sigue la fe de erratas (sin firma ni fecha), en la cual se registran veinte; la señalada como de la página 174, línea 24 (*metais*, correcta *mateis*), no corresponde allí, sino en la página 172, línea 25.

## SEGUNDA PARTE<sup>1</sup>

### CRISI PRIMERA

#### *Reforma universal.*

RENUNCIA el hombre inclinaciones de siete en siete años:<sup>2</sup> ¡qué tanto más alternará genios en cada una de sus cuatro edades! Comienza a medio vivir quien poco o nada percibe: ociosas pasan las potencias en la niñez, aun las vulgares (que las nobles, sepultadas yazen en una puerilidad insensible), punto menos que bruto, aumentándose con las plantas y vegetándose con las flores.<sup>3</sup> Pero llega el tiempo en que también el alma sale de mantillas, exerce ya la vida sensitiva, entra en la jovial juventud, que de allí tomó apellido:<sup>4</sup> ¡qué sensual, qué

<sup>1</sup> Preceden el título y el subtítulo, tal como aparecen en la portada.

<sup>2</sup> Que las inclinaciones y cualidades del ánimo dependen del temperamento, es doctrina antigua. Galeno (ed. Kühn, Lipsiae, 1821-33, t. IV, págs. 767-822) interpreta en este sentido varios pasajes de Platón, Hipócrates y Aristóteles. Huarte de San Juan, en su *Examen de ingenios* (cap. V, ed. 1594), siguiendo a aquellos antiguos, a quienes cita, clasifica los cambios del hombre según el equilibrio o preponderancia de las cualidades de frialdad o calor, humedad o sequedad; pero no en períodos de siete años, como Gracián, sino en cinco edades. La división de la vida en etapas de siete años se encuentra en un fragmento de Solón (*Poetae lyrici Graeci*, ed. Theodorus Bergk, II, 431). Sobre las interpretaciones del número siete, y en particular los años climatéricos, puede verse Aulo Gelio (III, 10) y Censorino (*De die natali*, cap. XIV). El primero cita a Varrón en estos términos: "Pericula quoque vitae fortunarumque hominum, quae climacteras Chaldaei appellant, gravissimos quosque fiere affirmat septenarios." En el siglo de oro de nuestras letras fué cuando menos una creencia popular, y así escribe fray Antonio de Guevara: "de siete en siete años y de nueve en nueve años mudan los hombres la complexion, y aun muchas veces la condicion." *Epístolas familiares*, ed. BAE, XIII, 119 a.

<sup>3</sup> No es muy lúcida la última frase: *aumentándose* y *vegetándose* deben de referirse a *potencias*, las cuales querrá decir que se adelantan en las plantas y se desarrollan en las flores antes que en el hombre. Acaso escribiera el autor, y con fácil errata lo trastornara el cajista: "aumentándose [creciendo el hombre en la niñez] como las plantas y vegetándose [nutriéndose] como las flores."

<sup>4</sup> Que *allí* se refiera a *jovial* haría violencia a la gramática y a la lógica del pensamiento, tomando el adjetivo como entidad independiente. Refiérese sin duda a *vida sensitiva*, aunque ninguna relación etimológica guarde con ella *juventud*; porque la juventud tenga característica sensibilidad (o sensualidad, como indica luego) no está bien decir que de ésta

delicioso!<sup>5</sup>; no atiende sino a holgarse el que nada entiende, no vaca<sup>6</sup> al noble ingenio, sino al delicioso genio:<sup>7</sup> sigue sus gustos, quando tan malo le tiene. Llega al fin, pues siempre tarde, a la vida racional y muy de hombre, ya discurre y se desvela; y porque se reconoce hombre, trata de ser persona, estima el ser estimado, anhela al<sup>8</sup> valer, abraça la virtud, logra<sup>9</sup> la amistad, solicita el saber, atessora noticias y atiende a todo sublime empleo.

*Empleos  
varoniles.*

Acertadamente discurría quien comparava el vivir del hombre al correr del agua, quando todos morimos y como ella nos vamos deslizand.<sup>10</sup> Es la niñez fuente risueña: nace entre menudas arenas, que de los polvos de la nada salen los lodos del cuerpo,<sup>11</sup> b[r]olla<sup>12</sup> tan clara como sencilla, ríe lo que no murmura,<sup>13</sup> bulle entre campanillas de viento, arrúllase entre

tomó apellido o nombre, cuando sólo se trata de apuntar una cierta correspondencia entre vida juvenil y vida sensitiva.

<sup>5</sup> *delicioso*, en una acepción que no registran los diccionarios académicos, pero que es etimológica y se halla en el *Tesoro* de Covarrubias: “el regalado con extremo.” Y mejor aún Franciosini: “che viue in delizie e regali.” Tornará a emplearlo Gracián con el mismo sentido en III, x.

<sup>6</sup> *vacar*, en su significado de *entregarse* o *dedicarse*, como en este otro pasaje graciano: “Considera como se retira Christo nuestro bien del bullicio del mudo para vacar a su Eterno Padre.” *El Comulgatorio*, ed. *Obras*, Madrid, 1664, pág. 66 a.

<sup>7</sup> *genio*, temperamento.

<sup>8</sup> *anhelar a* (o *por*) era corriente en todo caso en la lengua clásica, y así se encontrará repetidamente en el presente texto y en otros de Gracián, v. gr., *El Político*, pág. 428 a: “No se contentó con la presa de Rodas, sino que anheló luego a la de Malta.” Cfr. Matías de los Reyes, *El curial del Parnaso* (1624), ed. Madrid, 1909, pág. 144; Castillo Solórzano, *La garduña de Sevilla* (1642), ed. Clás. Cast., págs. 157, 176; Moreto, *De fuera vendrá*, I, ii.

<sup>9</sup> *lograr*, disfrutar: cfr. nota 18, I, 119.

<sup>10</sup> Recuerdo de las *Coplas* famosas de Jorge Manrique por la muerte de su padre: “Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar, / que es el morir . . .” Alusión puede ser también a la bellísima estrofa de la *Epístola moral a Fabio*, que dice así: “Como los ríos, que en veloz corrida / se llevan a la mar, tal soy llevado / al último suspiro de mi vida.”

<sup>11</sup> Dícelo por el refrán: *De esos polvos vienen estos lodos* (Correas), cuya forma más antigua es *con esos poluos se fizieron esos lodos*, que ya traía Santillana en sus *Refranes que dizen las viejas tras el fuego*, ed. *Revue Hispanique*, 1911, XXV, núm. 162.

<sup>12</sup> *brollar*, manar y saltar: *biolla*, 1653, 1669, 1702, 1725; correcta, 1663, M1664, etc.; *salla*, 1773. Véase nota 38, I, 136.

<sup>13</sup> Sobre una expresión análoga y su reminiscencia de Góngora, véase nota 19, I, 352.

pucheros<sup>14</sup> y cíñese de verduras que le fajan.<sup>15</sup> Precipítase ya la mocedad en un impetuoso torrente, corre, salta, se [a]rroja<sup>16</sup> y se despeña, tropezando con las guijas, rifando<sup>17</sup> con las flores, va echando espumas, se enturbia y se enfurece. Sossiégase, ya río, en la varonil edad, va passando tan callado quan profundo, caudalosamente vagaroso, todo es fondos sin ruido; dilátase espaciosamente grave, fertiliza los campos, fortaleze las ciudades, enriqueze las provincias y de todas maneras aprovecha. Mas ¡ai!, que al cabo viene a parar en el amargo mar de la vejez, abismo de achaques, sin que le falte una gota;<sup>18</sup> allí pierden los ríos sus bríos, su nombre<sup>19</sup> y su dulçura; va a orça el carcomido baxel, haziendo agua por cien partes y a cada instante zozobrando entre borrascas tan deshechas que le deshazen, hasta dar al través con dolor y con dolores en el abismo de un sepulcro, quedando encallado en<sup>20</sup> perpetuo olvido.

Hallávanse ya nuestros dos peregrinos del vivir, Critilo y Aragón, Andrenio, en Aragón, que los estrangeros llaman la buena España,<sup>21</sup> empeñados en el mayor rebentón<sup>22</sup> de la vida. España. Acabavan de passar sin sentir, quando con mayor sentimiento, los alegres prados de la juventud, lo ameno de sus verduras, lo

<sup>14</sup> *pucheros*, con la gracia del equívoco.

<sup>15</sup> *fajar*, con probable equívoco entre su recto sentido y el de *azotar* de la germanía.

<sup>16</sup> *orroja*, 1653; correcta, M1664, B1664, 1669, etc.

<sup>17</sup> *rifar*, en su acepción de *reñir*.

<sup>18</sup> El mismo equívoco había ya empleado Juan Rufo en *Las seiscientas apotegmas*, ed. Biblióf. Españoles, pág. 158:

“Aunque pobre y en pelota,  
mal de ricos me importuna,  
porque al mar de mi fortuna  
no le faltase una gota.”

<sup>19</sup> No bastándole al autor con *ríos* . . . (*b*)*ríos*, agrega que pierden su nombre, relacionándolo con el *río* de *reír*.

<sup>20</sup> *en el* corrigieron las ediciones de 1663, M1664, etc., aunque otras, como las de B1664, 1669, 1683, siguieron a la príncipe.

<sup>21</sup> Debido sin duda, como escribe un coterráneo de Gracián, “a la fama de la riqueza, paz y buen tratamiento que el Señor Rey nos hace en Aragón.” Juan Vitrián, *Las memorias de . . . Comines*, Amberes, 1643, t. II, pág. 250.

<sup>22</sup> *rebentón*, en su doble acepción de cuesta muy pendiente, de difícil ascenso, y de aprieto grave. Comp. Antonio de Guevara: “la corte no es sino un reventón de buenos y un resbalador de malos y un atolladero de todos.” *Menosprecio de corte*, ed. Clás. Cast., pág. 236.

florido de sus lozanías, y <sup>23</sup> iban subiendo la trabajosa cuesta de la edad varonil, llena de asperezas, si no malezas: emprendían una montaña de dificultades.<sup>24</sup> Hazíasele mui cuesta arriba a Andrenio, como a todos los que suben a la virtud, que nunca hubo altura sin cuesta; iba azezando <sup>25</sup> y aun sudando; animávale Critilo con prudentes recuerdos y consolávale en aquella esterilidad de flores con la gran copia de frutos de que se veían cargados los árboles, pues tenían más que hojas, contando las de los libros.<sup>26</sup> Subían tan altos, que les pareció señoreaban quanto contiene el mundo, mui superiores a todo.

—¿Qué te parece desta nueva región?—dixo Critilo—. ¿No percibes qué aires éstos tan puros?

—Assí es—respondió Andrenio—. Paréceme que ya llevamos otros aires.<sup>27</sup> ¡Qué buen puesto éste para tomar aliento y assiento!

—Sí, que ya es tiempo de tenerle.

Pusiéronse a contemplar lo que avían caminado hasta oí.

—¿No atiendes qué de verduras dexamos atrás, tan pisadas como passadas? ¡Cuán baxo y cuán vil parece todo lo que avemos andado hasta aquí! Todo es niñería respecto de la gran provincia que emprendemos.<sup>28</sup> ¡Qué humildes y qué baxas se reconocen todas las cosas passadas! ¡Qué profundidad tan notable se advierte de aquí allá! Despeño sería

<sup>23</sup> y ponía el autor de su puño y letra delante de *i*-, como era corriente. Juan de Valdés fué el primero en recomendar y practicar el empleo de la *e* “quando el vocablo que se sigue comienza en *i*, como en lo que vos acabáis de dezir agora: *latino e italiano*. (*Diálogo de la lengua*, 1535, ed. Clás. Cast., pág. 62.) En tiempos posteriores la *e* alternaba con la *y* en tal caso, pero aquélla no se generalizó hasta el siglo XVIII, cuando vemos ya a los autores e impresores cuidarse de este detalle.

<sup>24</sup> *montaña de dificultades*, haciendo coincidir el sentido recto y el figurado.

<sup>25</sup> *azezar*, “respirar dificultosamente, como hacen los perros quando quedan cansados de correr. Tomó nombre del sonido que haze el resuello apresurado, y es vna especie de asma que los medicos llaman *dyspnea acezo*.” Covarrubias.

<sup>26</sup> Bien habrá entendido el lector que los árboles tenían más frutos que hojas, incluyendo entre las hojas las de los libros. Como están pisando las tierras de la edad madura, los frutos deben de ser los de la experiencia, que estimará superiores a los de la lectura.

<sup>27</sup> *llevar* (o *tener*) *otro aire*, en singular, se decía entonces como hoy, correspondiendo aquí el plural al de la interrogación de Critilo; intencionadamente, como si dijera: “ya seguimos la buena ruta.”

<sup>28</sup> *emprendemos*, dice, porque la gran provincia es la de la edad madura, cuya entrada considera verdadera empresa para quien acaba de salir de las inexpertas verduras de la juventud.

querer bolver a ellas. ¡Qué passos tan sin provecho quantos avemos dado hasta oi!

*Argos moral.* Esto estaban filosofando, quando descubrieron un hombre mui otro de quantos avían topado hasta aquí, pues se estava haziendo ojos para notarlos, que ya poco es ver. Fuésse acercando, y ellos advirtiéndolo que realmente venía todo rebutido de ojos de pies a cabeça, y todos suyos y mui despiertos.

—¡Qué gran mirón éste!—dixo Andrenio.

—No, sino prodigio de atenciones—respondió Critilo—. Si él es hombre, no es destos tiempos; y si lo es, no es marido ni aun pastor, ni trae cetro ni cayado.<sup>29</sup> Mas ¿si sería <sup>30</sup> Argos? Pero no, que ésse fué del tiempo antiguo, y ya no se usan semejantes desvelos.

—Antes sí—respondió él mismo—, que estamos en tiempos que es menester abrir el ojo, y aun no basta, sino andar con cien ojos; nunca fueron menester más atenciones que quando ai tantas intenciones, que ya ninguno obra de primera.<sup>31</sup> Y advertid que de aquí adelante ha de ser el andar despavilados, que hasta agora todos avéis vivido a ciegas, y aun a dormidas.

—Dinos por tu vida, tú que ves por ciento y vives por otros tantos, ¿guardas aún bellezas? <sup>32</sup>

—¡Qué vulgaridad tan rancia!—respondió él—. ¿Y quién me mete a mí en impossibles? Antes me guardo yo dellas y guardo a otros bien entendidos.

Estava atónito Andrenio, haziéndose ojos también, o en desquite o en imitación; y reparando en ello Argos, le dixo:

—¿Ves o miras?, que no todos miran lo que ven.

—Estoi—respondió—pensando de qué te pueden servir tantos ojos; porque en la cara están en su lugar para ver lo que passa, y aun en el colodrillo para ver lo que passó; pero en los hombros ¿a qué propósito? <sup>33</sup>

<sup>29</sup> Punzada satírica a los maridos descuidados, y también, inesperadamente, a los reyes y prelados poco vigilantes.

<sup>30</sup> Este empleo del condicional, en vez del futuro, con la conjunción *si* (o sin ella), es frecuente en la obra de Gracián, como queda apuntado en 94d, I, 367.

<sup>31</sup> *primera* intención, sobrentendido.

<sup>32</sup> Argos, con sus cien ojos, algunos siempre vigilantes, fué guardián de una belleza, Io, sacerdotisa de Juno convertida en novilla. Cons. Ovidio, *Metam.*, I, 583-687.

<sup>33</sup> Plinio refiere que cerca del país de los trogloditas, “ab his occidentem versus, quosdam sine cervice oculos in humeris habentes.” *Hist. Nat.*, VII, 2.

—¡Qué bien lo entiendes!—dixo Argos—. Essos son más importantes, los que más estimava don Fadrique de Toledo.<sup>34</sup>

—Pues ¿para qué valen?

—Para mirar un hombre la carga que se echa auestas, y *Ojo a la*  
 más si se casa o se arrasa, al acetar el cargo y entrar en el *carga y*  
 empleo: aí es el ver y tantear la carga, mirando y remirando, *al cargo.*  
 midiéndola con sus fuerças, viendo lo que pueden sus hom-  
 bros; <sup>35</sup> que el que no es un Atlante, ¿para qué se ha de meter  
 a sostener las estrellas? Y el otro, que no es un Hércules,  
 ¿para qué se entremete a sustituto del peso de un mundo? El  
 dará con todo en tierra.<sup>36</sup> ¡O!, si todos los mortales tuviessen  
 destos ojos, yo sé que no se echarían tan a carga cerrada las  
 obligaciones que después no pueden cumplir. Y assí andan  
 toda la vida gimiendo so la carga incomportable: el uno, de un  
 matrimonio sin patrimonio; <sup>37</sup> el otro, del demasiado punto sin  
 coma; <sup>38</sup> éste, con el empeño en que se despeña; y aquél, con el  
 honor que es horror. Estos ojos humerales abro yo primero  
 mui bien antes de echarme la carga auestas, que el abrirlos  
 después no sirve sino para la desesperación o para el llanto.

<sup>34</sup> Probablemente se trata aquí de don Fadrique de Toledo y Osorio (1580-1634), marqués de Villanueva de Valdueza, cuyos grandes méritos y su valimiento con Felipe IV provocaron los celos del conde-duque de Olivares; quiso éste alejarle de la corte con una misión a América, y como debido a su estado de salud el marqués no aceptara, fué procesado por desobediencia y condenado a destierro, con pérdida de honores y confiscación de sus bienes. Gracián le trató personalmente, y pudo escuchar de sus labios la frase referida, según se deduce de la dedicatoria del *Comulgatorio* a la marquesa de Villanueva de Valdueza (cfr. nota 60, I, 196). Cons. *Memorial histórico español*, XIII, 24, 79-80, 87-89, 108, 110, 114-115, 366; XIX, 375-376.

<sup>35</sup> Posible reminiscencia de Horacio, *Ars Poetica*, vv. 39-40: “. . . ver-sate diu quid ferre recusent, / quid valeant humeri.”

<sup>36</sup> Apunta esta alusión, para mí, al conde-duque de Olivares y su fatal gobierno: cfr. nota 152, I, 311.

<sup>37</sup> No hay para qué llamar la atención al lector avisado sobre este *matri-* sin *patri-*.

<sup>38</sup> Jugando del vocablo, por demasiado punto de honra sin coma (de comer), como el de aquel insigne escudero del *Lazarillo de Tormes*. Pobreza y honradez eran entonces patrimonio del hidalgo, al decir de Ruiz de Alarcón, en *Los favores del mundo* (I, i):

“Con ser pobre Manzanares,  
 tan honrada su ribera,  
 que dél dijo una señora  
 cuyo saber he envidiado,  
 que es por lo pobre y honrado  
 hidalgo de los de agora.”

—¡O!, cómo tomaría yo otros dos—dixo Critilo—, no sólo para no cargar de obligaciones, pero ni aun encargarme de cosa alguna que abrume la vida y haga sudar la conciencia.

—Yo confieso que tienes razón—dixo Andrenio—, y que están bien los ojos en los hombros, pues todo hombre nació para la carga. Pero dime, éstos que llevas en las espaldas ¿para qué pueden ser buenos? Si ellas de ordinario están arrimadas,<sup>39</sup> ¿de qué sirven?

*Ojo al arrimo.* —Y aun por esso—respondió Argos—, para que miren bien donde se arriman.<sup>40</sup> ¿No sabes tú que casi todos los arrimos del mundo son falsos, chimeneas tras tapiz, que hasta los parientes falsean y se halla peligro en los mismos hermanos? Maldito el hombre que confía en otro, y sea quien fuere. ¿Qué digo, amigos y hermanos?: de los mismos hijos no aí que asegurarse, y necio del padre que en vida se despoja.<sup>41</sup> No decía del todo mal quien decía que vale más tener que dexar en muerte a los enemigos que pedir en vida a los amigos.<sup>42</sup> Ni aun en los mismos padres aí que confiar, que algunos han echado dado falso a los hijos; ¡y cuántas madres oi venden las hijas! Ai gran cogida de falsos amigos y poca acogida en ellos, ni aí otra amistad que dependencia:<sup>43</sup> a lo mejor falsean y dexan a un hombre en el lodo en que ellos le metieron. ¿Qué importa que el otro os haga espaldas<sup>44</sup> en el delito, si no os haze cuello después en el degüello?

—Buen remedio—dixo Critilo—no arrimarse a cabo alguno, estarse solo, vivir a lo filósofo y a lo feliz.

Rióse Argos y dixo:

—Si un hombre no se busca algún arrimo, todos le dexarán

<sup>39</sup> Equívoco entre *abandonadas* y *protegidas*.

<sup>40</sup> *arrimar*, en la acepción de *apoyar*.

<sup>41</sup> De conformidad con las advertencias del *Eclesiástico*, XXXIII, 20-22: "Filio et mulieri, fratri et amico non des potestatem super te in vita tua: et non dederis alii possessionem tuam: ne forte paeniteat te, et deprecetis pro illis. Dum adhuc superes et aspiras, non immutabit te omnis caro. Melius est enim ut filii tui te rogent, quam te respicere in manus filiorum tuorum."

<sup>42</sup> Quien así lo dijo casi literalmente fué el refranero: *Mejor es dejar en muerte al enemigo que pedir en vida al amigo* (Sbarbi, *Dicc. de refranes*, I, 349 b), y también, *mejor es dejar a ruinas que pedir a buenos* (Correas).

<sup>43</sup> *dependencia*: de *pendencia* en el texto. Acaso le dé a la voz su sentido corriente, acaso el sentido de *negocio*: cfr. nota 134, I, 208.

<sup>44</sup> *hacer espaldas*, favorecer: cfr. nota 113, I, 204.



estar,<sup>45</sup> y no vivir. Ningunos más arrimados<sup>46</sup> oi que los que no se arriman: aunque sea un gigante en méritos, le echarán a un rincón; assí puede ser más benemérito que nuestro obispo de Barbastro,<sup>47</sup> más hombre de bien que el mismo patriarca,<sup>48</sup> más valiente que Domingo de Eguía,<sup>49</sup> más docto que el cardenal de Lugo,<sup>50</sup> nadie se acordará dél. Y aun por esso, toda conclusión se arrima a buen poste<sup>51</sup> y todo jubileo a buena

*D. Miguel  
de Escartín.*

<sup>45</sup> *dejar estar (a uno)*, por abandonarle o desampararle, lo encontramos repetidamente en nuestro texto, v. gr., II, iii, xiii.

<sup>46</sup> *arrimados*, abandonados.

<sup>47</sup> Fray Miguel de Escartín (1589-1673) tomó posesión del obispado de Barbastro el 31 de agosto de 1647 y lo desempeñó hasta el año 1656, en que fué trasladado al obispado de Lérida, sucediéndole en aquél un amigo de nuestro autor, don Diego Antonio Francés de Urritigoyti. El Padre Huesca le califica de "prelado sabio, virtuoso, vigilante y caritativo." Cons. Pedro Sainz de Baranda, *Iglesia de Lérida e Iglesia de Barbastro*, en *España Sagrada*, ts. XLVII, 117-118, y XLVIII, 65-66.

<sup>48</sup> No creo que se refiera ni al anterior obispo de Barbastro, ni tampoco a fray Juan de Cebrián, que era arzobispo de Zaragoza (y con este título le llamará Gracián en la crisi xi, Parte Tercera), y no patriarca. Al decir *patriarca* se sobrentendía entonces, como hoy, el Patriarca de las Indias (cfr. Jerónimo de Barrionuevo, *Avisos*, ed. Madrid, 1892-93, t. I, pág. 252), y éralo ya desde 1626 don Alonso Pérez de Guzmán (1594-1676), hijo tercero de los duques de Medina-Sidonia, que fué al mismo tiempo capellán y limosnero de Felipe IV, y se le dió, como a su famoso antecesor, el dictado de *el Bueno*.

<sup>49</sup> El capitán Domingo Osorio de Eguía, "natural de Bilbao, soldado viejo, de valor y buenos servicios," defendió a Fuenterrabía contra las tropas de Condé en 1638. Cons. Novoa, *Memorias*, II, 457, 556-558, *et passim*; *Varias relaciones de los Estados de Flandes* (1631-1656), en *Colec. de libros raros o curiosos*, XIV, 193, *et al*; *Memorial hist. español*, XV, 39, 64, 107, 175, 192, 244; XVI, 278.

<sup>50</sup> Entre los varios prelados de Lugo desde 1636 hasta 1653, el que tuvo particular reputación de docto fué don Francisco de Torres (1594-1651), célebre catedrático y rector de la Universidad de Alcalá. (Cons. Manuel Risco, *Iglesia de Lugo*, en *España Sagrada*, XLI, 219-221.) Pero ni él ni sus inmediatos predecesores en el obispado, ni su sucesor don Juan Bravo Lasprilla, recibieron el cardenalato. No se trata, pues, de un cardenal de tal diócesis, sino de tal apellido, don Juan de Lugo (1583-1660), jesuíta natural de Sevilla, *theologus sapientissimus*, autor de importantes obras (*Opera omnia*, Lyon, 1652, 7 vols.), nombrado cardenal en 1643. Cons. Méndez Bejarano, *Dicc. de escritores . . . de Sevilla*, 1922-25, I, 422-424.

<sup>51</sup> Alusión al anuncio de los actos de conclusiones públicas que defendían los estudiantes de la licenciatura, y también los del bachillerato de medicina, defendiendo sus puntos o proposiciones y respondiendo a las objeciones que se les pusieran (cfr. Jiménez Catalán, *Hist. de la Univ. de Zaragoza*, 1922-25, t. II, págs. 126, 129, *et passim*), dando a entender también nuestro autor cómo solemos apoyar la opinión propia aduciendo una buena

esquina. Creedme que importan mucho estas atenciones respaldares.<sup>52</sup>

—Essos sean los míos—dixo Andrenio—, y no los de las rodillas; desde aora los renuncio allí: ¿y para qué sino para cegarse con el polvo y quedar estrujados en el suelo?

*Ojo político.* —¡Qué mal lo discurre!—respondió Argos—. Essos son oi los más pláticos,<sup>53</sup> porque más políticos. ¿Es poco mirar un hombre a quién se dobla, a quién hinca la rodilla, qué numen adora, quién ha de hazer el milagro? Que ai imágenes viejas, de adoración passada, que no se les haze ya fiesta, figuras del descarte varajadas de la fortuna. Estos ojos son para brujulear quién triunfa, para hazerse hombre, ver quién vale y ha de valer.

—De verdad que no me desagradan—dixo Critilo—, y que en las cortes me dizen se estiman harto. Por no tener yo otros como ellos, voi siempre rodando; esta mi entereza me pierde.<sup>54</sup>

—Una cosa no me puedes negar—replicó Andrenio—, que los ojos en las espinillas no sirven sino para lastimarse.<sup>55</sup> Señor, en los pies están en su lugar, para ver un hombre dónde los tiene, dónde entra y sale, en qué passos anda; pero en las piernas ¿para qué?

—¡O, sí!, para no echarlas ni hazerlas con el poderoso,<sup>56</sup> con

autoridad. En cuanto al *jubileo* que sigue, sobrentiéndose que lo que se arrima es su aviso o anuncio.

<sup>52</sup> *respaldar*, acuñado como adjetivo por Gracián, pudiendo alegar como justificación que *espaldar* (postero) era también adjetivo.

<sup>53</sup> *plático*, por práctico, *platicable* (practicable) y *platicar* (practicar) son formas tan corrientes en los siglos XVI y XVII, que sería vano alegar autoridades; en algunos textos, como el *Quijote*, son las formas preferidas.

<sup>54</sup> Suena aquí la voz de Gracián mismo, que se representó como en imagen en su Critilo.

<sup>55</sup> En un libro que Gracián conocía muy bien hay algo por el estilo, aunque no se trata precisamente de ojos: “refería en vn theatro de mucho auditorio vn gracioso Italiano diziendo que madona naturaleza éstaua errada en auer puesto en el hōbre las piernas al contrario de como auian de estar. Porq̃ la pantorrilla y talones, que auia de yr adelante, estauan atras. Quando el hombre va caminando, topa muchas vezes en las espinillas y en los dedos de los pies (que es grādissimo dolor), lo qual no haria, ni le doleria casi nada si la pātorrilla de la pierna fuesse delante.” Lucas Gracián Dantisco, *Galaleo español*, Barcelona, 1621, fols. 100 v., 101 r.

<sup>56</sup> Consejo también del *Eclesiástico*, VIII, 1: “Non litiges cum homine potente, ne forte incidas in manus illius.” Casi en los mismos términos lo avisa Píndaro en *Nemeas*, X, vv. 135-136: χαλεπὰ δ' ἔρις ἀνθρώ-|ποις ὀμλεῖν κρεσσόνων.

el superior. Atienda el sagaz con quién se toma,<sup>57</sup> mire con quién las ha, y en reconociéndole la cuesta,<sup>58</sup> no parta peras con él, quanto menos piedras. Si éstos hubiera tenido aquel hijo del polvo,<sup>59</sup> no se hubiera metido entre los brazos de Hércules,<sup>60</sup> nunca hubiera luchado con él, ni los rebeldes titanes se hubieran atrevido a descomponerse con el Júpiter de España;<sup>61</sup> que estas necias temillas<sup>62</sup> tienen abrumados a muchos. Prométoos<sup>63</sup> que para poder vivir es menester armarse un hombre de pies a cabeça, no de ojetes,<sup>64</sup> sino de ojazos mui despiertos: ojos en las orejas, para descubrir tanta falsedad y mentira; ojos en las manos, para ver lo que da<sup>65</sup> y mucho más lo que toma; ojos en los brazos, para no abarcar mucho y apretar poco;<sup>66</sup> ojos en la misma lengua, para mirar muchas vezes lo que ha de dezir una; ojos en el pecho, para ver en qué lo ha de tener;<sup>67</sup> ojos en el corazón, atendiendo a quien le tira o le haze tiro;<sup>68</sup> ojos en los mismos ojos, para

<sup>57</sup> *tomarse con*, como dejamos dicho en 99, I, 202, es reñir o contender con alguno.

<sup>58</sup> *cuesta*, con el significado de *ventaja*, que no registran los diccionarios, pero que nuestro autor saca del refrán *tener la cuesta y las piedras* (*Dicc. Aut.*) o *tener las piedras y la cuesta* (*Correas*), por tener doblada ventaja.

<sup>59</sup> Alude a Antonio Pérez. Recordando que el patronímico en -z fué equivalente al genitivo latino (*Pérez* = *hijo de Pero* o *Pedro*) y teniendo en cuenta la etimología de *Pedro*, llama *hijo del polvo* o *de la piedra* (que acaba de nombrar) al famoso secretario de Felipe II. Lo que viene a continuación confirma la alusión.

<sup>60</sup> Don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, cuyo secretario Escobedo fué asesinado por orden directa de Antonio Pérez. *Hércules de Austria* llamará también, pocas líneas más adelante, al segundo don Juan de Austria.

<sup>61</sup> Los *rebeldes titanes* eran los sublevados de los Países Bajos, que venían luchando contra la dominación española desde 1567; llámalos *titanes* por haberse rebelado contra Júpiter. Y el *Júpiter de España* es Felipe II. El primero y más brillante tratamiento del tema mitológico de que se sirve Gracián en su comparación se encuentra en Hesíodo, *Teogonía*, vv. 508-735.

<sup>62</sup> *temilla*, en su acepción de oposición porfiada, no caprichosa.

<sup>63</sup> *prometer*, "vale tambien asseverar o assegurar alguna cosa." *Dicc. Aut.*

<sup>64</sup> *ojetes*, con equívoco, porque así se llamaban los agujeros de la cota o malla de acero que se llevaba a veces, como defensa, debajo del jubón.

<sup>65</sup> *da* tiene por sujeto *hombre*, como los otros verbos de estas oraciones.

<sup>66</sup> Por el conocido refrán que ya traía *Correas*, *quien mucho abarca, poco aprieta*.

<sup>67</sup> Porque *tener pecho* "vale tener espera o paciencia." *Dicc. Aut.*

<sup>68</sup> *hazer tiro* es hacer blanco o impresión, pero también hacer daño y hacer burla, y con tales significados andará el autor jugando. Poníase a

mirar cómo miran; ojos y más ojos y reojos, procurando ser elmirante en un siglo tan adelantado.<sup>69</sup>

—¿Qué hará—ponderava Critilo—quien no tiene sino dos, y éssos nunca bien abiertos, llenos de lagañas y mirando aniñadamente con dos niñas?<sup>70</sup> ¿No nos venderías (que ya nadie da, si no es el señor don Juan de Austria)<sup>71</sup> un par de essos que te sobran?

—¿Qué es sobrar?—dixo Argos—. De mirar nunca ai hartó. A más de que no ai precio para ellos: sólo uno, y ésse es un ojo de la cara.<sup>72</sup>

—Pues ¿qué ganaría yo en esso?—replicó Critilo.

—Mucho—respondió Argos—, el mirar con ojos agenos, que es una gran ventaja, sin pasión y sin engaño, que es el verdadero mirar. Pero vamos, que yo os ofrezco que antes que nos dividamos avéis de lograr otros tantos como yo; que también se pegan, como el entendimiento quando se trata con quien le tiene.

—¿Dónde nos quieres llevar—preguntó Critilo—, y qué hazes aquí en esta plaga<sup>73</sup> del mundo?, que todo él se compone de plagas.

veces el artículo, *hazer el tiro*, como Gracián lo pondrá más adelante (II, xi), y como Liñán y Verdugo en el siguiente pasaje: “eligió esta hora porque no la viese Roberto entrar ni diese en quién le hizo el tiro.” *Guía y avisos de forasteros* (1620), ed. Madrid, 1923, pág. 285.

<sup>69</sup> *mirante*, part. act. de *mirar*, era corriente en la lengua del siglo de oro, y no sin ingenio relaciona Gracián en su equívoco *elmirante* (el-mirante y Almirante) con el gobernador militar y político llamado *Adelantado*.

<sup>70</sup> Equívoco muy del gusto también de Góngora, que lo emplea varias veces, v. gr., “Niños dixé, i con razón, / pues si es niño Amor, lo son / las niñas de vuestros ojos.” (*Obras*, I, 278.) Y con graciosa originalidad, también Quevedo: “Desdichadas de tus niñas / que nacieron para monjas, / y a oscura red de pestañas / por locutorio se asoman.” *BAE*, LXIX, 172 b.

<sup>71</sup> El hijo natural de Felipe IV, a quien dedica esta Segunda Parte (cfr. n. 3, II, 1). La dedicatoria ya era de sí una petición tácita del favor del príncipe o de un regalo en dinero, como aquel que le valió la dedicatoria de la Primera Parte (cfr. nota 10, I, 95), pero Gracián le aprieta aun más con la presente referencia, aunque del resultado ninguna noticia nos dejó en su correspondencia.

<sup>72</sup> Por la locución tan conocida, pero que algún lector extranjero me agradecerá que aclare: “Vale vn ojo de la cara: esta subido de precio.” Covarrubias.

<sup>73</sup> *plaga*, con su valor etimológico de *zona* o *región* (*plaga ardens*, la zona tórrida), recogido en el llamado *Dicc. de Autoridades*: “En la Geographia significa lo mismo que clima o zona.”

—Soi guarda—respondió—en este puerto de la vida tan *Puerto y*  
 dificultoso quan realçado, pues començándole todos a passar *puerta de*  
 moços, se hallan al cabo hombres, aunque no lo sienten tanto *la vida.*  
 como las hembras, con que de moças que antes eran, se hallan  
 después dueñas; <sup>74</sup> mas ellas reniegan de tanta autoridad,<sup>75</sup> y  
 ya que no tienen remedio buscan consuelo en negar; y es tal su  
 pertinacia,<sup>76</sup> que estarán muchas canas <sup>77</sup> de la otra parte <sup>78</sup>  
 y porfían que comienzan aora a vivir. Pero callemos, que lo  
 han hecho crimen de descortesía y dizen: “Más querríamos nos  
 desañassen <sup>79</sup> que desengañassen.”

—¿De modo—dixo Critilo—que eres guarda de hombres?

—Sí, y mui hombres, de los viandantes, porque ninguno  
 passe mercaderías de contra vando <sup>80</sup> de la una provincia a *Costumbres*  
 la otra. Ay muchas cosas prohibidas que no se pueden passar *de contra-*  
 de la juventud a la virilidad; permítense en aquélla, y en ésta *vando.*  
 están vedadas so graves penas. A más de ser toda mala  
 mercadería (y) perdida, por ser mala hazienda, cuéstales a  
 algunos mui cara la niñería, porque ai pena de infamia y tal  
 vez <sup>81</sup> de la vida, especialmente s[i] <sup>82</sup> pasan deleites y  
 mocedades. Para oviar este daño tan pernicioso al género  
 humano, ai guardas mui atentas <sup>83</sup> que corren <sup>84</sup> todos estos  
 parages cogiendo los que andan descaminados. Yo soi sobre  
 todos, y assí os aviso que miréis bien si lleváis alguna cosa que

<sup>74</sup> *dueña*, en su acepción antigua y clásica de mujer que no es doncella, como se desprende del refrán *yo dueña y vos donzella, ¿quién barrerá la casa?* Hernán Núñez, *Refranes*, Lérida, 1621, fol. 120 v.

<sup>75</sup> Porque entendíase comúnmente por *dueñas* las “mugeres viudas y de respeto que se tienen en Palacio y en las casas de los señores para autoridad de las antesalas y guarda de las demás criadas.” *Dicc. Aut.*

<sup>76</sup> *pertinancia* en el texto, por errata o mala ortografía de la imprenta.

<sup>77</sup> *canas*, jugando humorísticamente con la acepción castellana de esta voz y con la aragonesa de medida de dos varas: cfr. Borao, *Dicc. de voces aragonesas*, ed. Zaragoza, 1908, pág. 187.

<sup>78</sup> *la otra parte*, la otra provincia (la de la juventud) de donde vienen.

<sup>79</sup> *desañarse*, por la forma propia y jocosa *desantañarse* (quitarse años), que trae el *Dicc. de Autoridades*, aunque no el moderno de la Academia; el autor acuña la primera por lo de *desañassen* . . . *desengañassen*.

<sup>80</sup> *contra vando* en el texto, como solía escribirse, y en el margen una sola palabra; *contrauando*, M1664, B1664, 1669, etc.

<sup>81</sup> *tal vez*, a veces.

<sup>82</sup> *se*, 1653, 1663, M1664, etc.: correcta, 1748, 1757, 1773.

<sup>83</sup> Sobre *guarda* y otras voces del género ambiguo, dejamos nota 124, I, 207.

<sup>84</sup> *correr* se empleaba mucho más en la lengua clásica que en la nuestra con la acepción de *recorrer*.

no sea mui de hombres y la depongáis, porque como digo, a más de ser cosa perdida, quedaréis afrentados quando seáis reconocidos; y advertid que por más escondida que la llevéis, os la han de hallar: que del mismo corazón redundará <sup>85</sup> luego a la boca, y los colores al rostro.

Demudóse Andrenio, mas Critilo, por desmentir indicios, mudó de plática y dixo:

—En verdad que no es tan áspera la subida como avíamos concebido: siempre se adelanta la imaginación a la realidad. ¡Qué sazónados están todos estos frutos!

—Sí—respondió Argos—, que aquí todo es madurez; no tienen aquella acedia <sup>86</sup> de la juventud, aquel desabrimiento de la ignorancia, lo insulso de su conversación, lo crudo de su mal gusto. Aquí ya están en su punto, ni tan passados como en la vejez ni tan crudos como en la mocedad, sino en un buen medio.

Topavan muchos descansos con sus assientos baxo de frondosos morales mui copados, cuyas hojas, según dezía Argos, hazen sombra saludable y de gran virtud para las cabeças, quitándoles a muchos el dolor de ella; <sup>87</sup> y assegurava averlos plantado algunos célebres sabios para alivio en el cansado viaje de la vida. Pero lo más importante era que a trechos hallavan algún refresco <sup>88</sup> de saber, confortativos de valor, <sup>89</sup> que se dezía averlos fundado allí a costa de su sudor algunos varones singulares, dotándolos de renta de doctrina. Y assí, en una parte les brindaron quintas essencias de Séneca, en otra divinidades <sup>90</sup> de Platón, néctares de Epicuro, y ambrosías <sup>91</sup> de

<sup>85</sup> *redundar* es usado repetidamente por Gracián en el sentido insólito de *desbordarse*, o más precisamente, de *salir abundantemente* algo que rebosa o sobra: cfr. nota 56, I, 140.

<sup>86</sup> *acedia* era la pronunciación corriente (cfr. *embidia*, *accidia*, *lidia*, Díaz Rengifo, *Arte poética española*, ed. Madrid, 1644, pág. 202), pero decíase también *acedia*, como en el refrán *desque veo a mi tia, muerome de azedia; desque no la veo, muerome de desseo*, comentado por Juan de Mal Lara, *La filosofía vulgar*, ed. Lérida, 1621, fol. 289 v.

<sup>87</sup> Acerca del moral, símbolo de la prudencia (la cual naturalmente previene muchos quebraderos de cabeza), queda ya nota 119, I, 371.

<sup>88</sup> *refresco*, que hoy decimos *refrigerio*, era “alimento moderado o reparo que se toma para fortalecerse y continuar en el trabajo o fatiga.” *Dicc. Aut.*

<sup>89</sup> *de valor*: confortativos valiosos, y no para fortalecer el valor.

<sup>90</sup> *divinidades*, por cosas divinamente pensadas y dichas, propias de “el divino Platón;” recuérdese la locución familiar *decir* (o *hacer*) *divinidades*.

<sup>91</sup> *ambrosía* había llevado el acento en la *o*, como en latín, hasta fines del siglo XVI; a principios del XVII alternaban ambas formas de pronunciación, y desde mediados de éste prevalece *ambrosía*, como en griego.

Demócrito y de otros muchos autores sacros y profanos, con que cobravan, no sólo aliento, pero mucho ser de personas, adelantándose a todos los demás.

Al sublime centro avían llegado de aquellas eminencias, quando descubrieron una gran casa labrada, más de provecho que de artificio,<sup>92</sup> y aunque mui capaz, nada suntuosa; de profundos cimientos, assegurando con firmes estrivos las fuertes paredes; mas no por esso se empinava, ni poblava el aire de castillos ni de torres; no brillavan chapiteles, ni andavan rodando las girdas. Todo era a lo mazizo, de piedras sólidas y quadradas, mui a macha martillo. Y aunque tenía muchas vistas con ventanas y claraboyas a todas luzes, pero <sup>93</sup> no tenía rexa alguna ni balcón: porque entre hierros, aunque dorados, se suelen forjar los mayores <sup>94</sup> y aun ablandarse los pechos más de bronze. El sitio era mui essento,<sup>95</sup> señoreando quanto ai a todas pa[r]tes <sup>96</sup> y participando de todas luzes, que ninguna aborrece. Lo que más la ilustrava eran dos puertas grandes y siempre patentes; <sup>96d</sup> la una al oriente, de donde se viene, y la otra al ocaso, donde se va. Y aunque ésta parecía falsa, era la más verdadera y la principal. Por aquélla entravan todos, y por ésta salían algunos.

*Aduana  
de vida.*

Causóles aquí estraña admiración ver quán mudados salían los passageros y quán otros de lo que entravan, pues totalmente diferentes de sí mismos. Assí lo confessó uno a la que le dezía: “Yo soi aquélla,” respondiéndole: “Yo no soi aquél.” Los que entravan risueños salían mui pensativos; los alegres, melancólicos: ninguno se reía, todo era autoridad. Y assí, los mui ligeros antes, agora <sup>97</sup> procedían graves; los bulliciosos,

*Transformaciones de  
la edad.*

<sup>92</sup> *artificio*, arte: cfr. nota 39, I, 108.

<sup>93</sup> *aunque . . . pero*: cfr. nota 85, I, 181.

<sup>94</sup> *hierros*, sobrentendiendo ahora *yerros*, equívoco que ya hemos visto en I, 105<sub>3</sub>; téngase en cuenta que Gracián escribía de su puño y letra *ierro* por *yerro* (autógrafo del *Héroe*, fol. 2 r.).

<sup>95</sup> *essento* (exento) era la ortografía corriente en aquel siglo, así como aplicar su significado al sitio o edificio desembarazado y descubierto por todos sus lados; pero Gracián no confina la acepción de *descubierto* precisamente a un sitio o edificio, como Covarrubias, el *Dicc. de Autoridades* y el moderno de la Academia, sino que la extiende a otras cosas: una rueda que se muestra descubiertamente (*essentamente*), un semblante descubierto (*essento*): cfr. III, xii.

<sup>96</sup> *pattes*, 1653, corregido en las ediciones posteriores.

<sup>96d</sup> *patente*, abierto: cfr. nota 12, I, 118.

<sup>97</sup> *agora* era poco empleado en la prosa a mediados del siglo XVII, bastante menos que en el verso, donde a veces convenía para una sílaba extra; lo tornaremos a encontrar repetidamente.

pausados; los flacos, que en cada ocasión davan de ojos,<sup>98</sup> aora en la cuenta, pisando firme los que antes de pie quebrado;<sup>99</sup> los livianos, mui substanciales. Estava atónito Andrenio viendo tal novedad y tan impensada mudanza.

—Aguarda—dixo—, aquel que sale hecho un Catón, ¿no era poco ha un chisgaravís?<sup>100</sup>

—El mismo.

—¿Ai tal transformación?

—¿No veis aquel que entrava saltando y bailando a la francesa<sup>101</sup> cómo sale mui tétrico y mui grave a la española?<sup>102</sup> Pues aquel otro sencillo, ¿no notáis qué doblado y qué cauto se muestra?

—Aquí—dixo Andrenio—alguna Circe habita que assí transforma las gentes. ¿Qué tienen que ver con éstas todas las metamorfosis<sup>103</sup> que celebra Ovidio? Mirad aquel que

<sup>98</sup> *dar de ojos* significaba tropezar y caer, como queda dicho en 90, I, 200.

<sup>99</sup> *pisar de pie quebrado*, cojeando.

<sup>100</sup> Graciosa pintura de un chisgaravís la de Quevedo: “Y como si dispararan de un arcabuz, en figura de trasgo se apareció entre los dos otro hombrecillo que parecía astilla de Arbalías, y no hacía sino chillar y bullir. Díjole el viejo, con una voz muy honrada:—Idos a enfadar a otra parte, que luego vendréis.—Yo también he de hablar, decía, y no paraba.—¿Quién es éste?, pregunté. Dijo el viejo:—¿No has caído en quién puede ser? Este es Chisgaravís.—Docientos mil éstos andan por Madrid, dije yo, y no hay otra cosa sino Chisgaravises.” *Los Sueños*, ed. Clás. Cast., I, 251.

<sup>101</sup> Que los franceses son inquietos, ligeros, silbadores y bailarines, lo repetirá el autor una y otra vez: II, ii, iii, viii; III, v, viii. “Si un español pone los ojos en los meneos y acciones de un frances, aquel bullirse, aquella inquietud e impaciencia, aquel desesperarse y echarlo todo a doce: aunque ve claramente que debajo las tales acciones hay grande ingenio, capacidad, sutileza y prudencia, dirá que los Franceses ni son sabios, ni lo parecen.” Carlos García, *La oposición y conivción de los dos grandes luminaires de la tierra (La antipatía de españoles y franceses)*, 1617, ed. *Libros de antaño*, VII, 241-242.

<sup>102</sup> Conforme a Barclay, esa gravedad que no puede arrancarse de los pechos españoles es fruto de la naturaleza y el arte juntamente: “factamque natura & arte constantiam vix de illis locis amoveris quos semel insederit.” *Satyricon*, ed. cit., pág. 422.

<sup>103</sup> *metamorfosi*, según la cantidad latina, era la pronunciación regular, aunque no falten ejemplos de *metamórfosi*, conforme al acento griego (v. gr., Bartolomé L. de Argensola, *BAE*, XLII, 322 a); decíase también *metamorfose* (trad. de la obra ovidiana por Luis Hurtado de Toledo, Madrid, 1622), *metamorfoseo* (que prevaleció como título en la versiones castellanas, como las de Bustamente, 1542, Antonio Pérez, 1580, Felipe Mey, 1586) y excepcionalmente *metamorfosio* (Pérez de Sousa, trad. *Avisos de Boccalini*, II, 119 v.).



entró hecho un Claudio <sup>104</sup> emperador quál sale hecho un Ulises. Todos se movían antes con ligera facilidad, y aora proceden con maduro juicio. Hasta el color sacan, no sólo alterado, pero mudado.

Y realmente era assí, porque vieron entrar un boquirrubio,<sup>105</sup> *Madurez* y salió luego barvinegro; los colorados, pálidos, convertidas las *varonil.* rosas en retamas; y en una palabra, todos trocados de pies a cabeça, pues ya no movían ésta con ligereza a un lado ni a otro, sino que la tenían tan quieta que parecía averles echado a cada uno una libra de plomo en ella; los ojos altaneros, mui mesurados; assentavan el pie, no jugando del braço, la capa sobre los hombros,<sup>106</sup> mui a lo chapado.<sup>107</sup>

—No es possible sino que aquí ai algún encanto—repetía <sup>108</sup> Andrenio—; aquí algún misterio ai, o esos hombres se han casado, según salen pensativos.

—¿Qué mayor encanto—dixo Argos—que treinta años a cuestas? Esta es la transformación de la edad. Advertid que en tan poca distancia como ai de la una puerta a la otra, ai treinta leguas de diferencia, no menos que de ser moço a ser hombre. Este es el passadizo de la juventud a la varonil edad. En aquella primera puerta dexa la locura, la liviandad, la ligereza, la facilidad, la inquietud, la risa, la desatención, el descuido, con la mocedad; y en esta otra cobran el sesso, la gravedad, la severidad, el sossiego, la pausa, la espera, la atención y los cuidados, con la virilidad. Y assí veréis que aquel que hablava de taravilla, agora tan [e]spacio <sup>109</sup> que

<sup>104</sup> Este emperador romano, primero de su nombre, fué reputado por los contemporáneos como un pobrecito (*misellus*) y un mentecato (*mente cap-tus*). Los romanistas modernos han hecho su reivindicación, considerándolo dotado de buen intelecto. (Cons. T. D. Ruth, *Problem of Claudius. Some Aspects of a Character Study*, Baltimore, 1916.) Habiendo nuestro autor mencionado las metamorfosis de Ovidio, se acuerda al punto de Claudio, porque de él hizo Séneca el sujeto de su sátira *La metamorfosis en calabaza*. Véase Allan P. Ball, *The Satire of Seneca on the Apotheosis of Claudius*, New York, 1902.

<sup>105</sup> Algo dejamos ya dicho sobre los *boquirrubios* en 137, I, 399.

<sup>106</sup> Dentro del sentido equívoco, se imagina el tipo del que habiendo sido duelista (con el pie firme, la capa liada como defensa al brazo izquierdo y jugando el otro la espada), ya no lo es.

<sup>107</sup> *chapado*, como *hombre de chapa*, pero no en el significado precisamente de “hombre de hecho” (Correas), sino en el de sesudo y prudente (*Dicc. Aut.*).

<sup>108</sup> *repetía*: cfr. nota 22, I, 132.

<sup>109</sup> *aspacio*, 1653, M1664, B1664, 1683: correcta, 1669; *tan espacio* es vulgarismo que se conserva; en el lenguaje literario de aquella centuria se decía *tan espacioso* o *tan de espacio*.

parece que da audiencia. Pues aquel otro que le iba chapeando <sup>110</sup> el sesso, mirad que chapado <sup>111</sup> que sale; el otro con sus cascós de corcho, <sup>112</sup> qué substancial se muestra. ¿No atendéis a aquel tan medido en sus acciones, tan comedido en sus palabras? Este era aquel casquilucio. Tené <sup>113</sup> cuenta cuál entra aquél con sus pies de pluma; veréis luego cuál saldrá con pies de plomo. ¿No veis cuántos valencianos entran y qué de aragoneses salen? <sup>114</sup> Al fin, todos mui otros de sí mismos, quando más buelven en sí: su andar pausado, su hablar grave, su mirar compuesto y que compone, <sup>115</sup> y su proceder concertado, que cada uno parece un Chumacero. <sup>116</sup>

Dáales ya priessa Argos que entrassen, y ellos:

—Dinos primero qué casa es ésta tan rara.

<sup>110</sup> *chapear* se decía de la herradura, “ir sonando en el pie de la bestia por faltarle algunos clauos” (Covarrubias); pero aquí es aragonesismo por *chapotear*, “humedecer repetidas veces una cosa con esponja o paño empapado en agua o en otro líquido, sin estregarla.” *Dicc. de la Academia*.

<sup>111</sup> *chapado*, sesudo, como queda apuntado.

<sup>112</sup> *cascos de corcho*, originalmente dicho, pues aunque corría *cara de corcho* (denotando poca vergüenza o cinismo, como ahora los madrileños *cara dura*), los necios o sus cascós eran llamados *cascos de mollete* y, como hoy, *cascos de calabaza*, con la variedad de *cascos lucios* o *casquilucio*, mencionada a continuación, que es sólo ligero o alegre de cascós.

<sup>113</sup> *tené*, tened (cfr. nota 13, I, 187); *tener cuenta*, sin preposición, no figura entre la riquísima variedad de locuciones de la lengua clásica para significar *advertir*, *reparar*; como al propio tiempo era muy corriente por *tener cuenta* (*con*), el autor la usa con la equivalencia de *tener atención*, que tan cercana le es, como muestran los ejemplos siguientes: “tan poca cuenta tuvieron para aparejarse para esta hora.” (Luis de Granada, *Guía de pecadores*, I, vii, 2.) “Sin tener cuenta ni hacer diferencia entre hombres, niños y mujeres, todos los pasaron a cuchillo.” Juan de Mariana, *Hist. de España*, VII, ix.

<sup>114</sup> Para Gracián los ligeros y casquivanos de España son los valencianos (I, x, xiii; II, iii, v; III, ii, iii, vi), y los sesudos y prudentes son los aragoneses (I, x, xiii; II, xiii; III, vi).

<sup>115</sup> *compone*, sin duda, por ser espejo de moderación y serenidad.

<sup>116</sup> La gravedad y rectitud de don Juan Chumacero y Carrillo (1580–1660) eran proverbiales: compárese, por ejemplo, Antonio Hurtado de Mendoza, *Obras*, Madrid, 1728, pág. 98 b. Fué presidente del Consejo Supremo de Castilla, y de sus grandes méritos habla Quevedo en la dedicatoria que le hizo de *Vida de San Pablo* (cfr. *BAE*, XLVIII, 3–5, y documentos, págs. 676–677). Modelo de fina cultura y vigorosa dialéctica, de discreción y energía, es un curioso libro suyo que poseo: *Memorial dado por Don Juan Chumacero y Carrillo, y D. Fr. Domingo Pimentel, Obispo de Córdoba, a la Santidad del Papa Urbano VIII . . . de orden y en nombre de . . . Phelipe IV, sobre los excessos que se cometen en Roma contra los Naturales de estos Reynos de España . . .* [s.l.], M.DC.XXXIII.

—Esta es—respondió—la aduana general de las edades. Aquí compa[r]ecen <sup>117</sup> todos los pasajeros de la vida y aquí manifiestan la mercadería que pasan: averíguase de dónde vienen y dónde van a parar.

Entraron dentro y hallaron un areópago, porque era presidente el Juizio, un gran sugeto, asistiéndole el Consejo, mui hombre, el Modo, mui bien hablado, el Tiempo, de grande autoridad, el Concierto, de mucha cuenta, el Valor, mui ejecutivo, y assí otros grandes personajes. Tenían delante un libro abierto de cuenta y razón, cosa que se le hizo mui nueva a Andrenio, como a todos los de su edad y que pasan a ser gente de veras. Llegaron a tiempo que actualmente estaban examinando a unos viandantes de qué tierra venían.

*Examen de personas.*

—Con razón—dixo Critilo—, porque della venimos y a ella bolvemos.<sup>118</sup>

—Sí—dixo otro—, que sabiendo de dónde venimos, sabremos mejor dónde vamos.

Muchos no atinavan a responder, que los más no saben dar razón de sí mismos. Y assí, preguntándole a uno dónde caminava, respondió que adonde le llevaba el tiempo, sin cuidarse más que de passar y hazer tiempo.

—Vos le hazéis y él os deshaze—dixo el presidente.

Y remitióle a la reforma de los que hazen número <sup>119</sup> en el mundo. Respondió otro que él passava adelante por no poder bolver atrás. Los más dezían que porque los avían echado, con harto dolor de su corazón, de los floridos países de su mocedad; que si esso no fuera, toda la vida se estuvieran con gusto dándose verdes <sup>120</sup> de mocedades. Y a éstos los remitieron a la reforma de aññados. Estávase lamentando un príncipe de verse a sí tan adelante, y a su antecedente tan atrás,<sup>121</sup> porque hasta entonces, divertido con los passatiempos de la mocedad, no avía pensado en ser algo; pero aquéllos ya acabados, le dava gran pena ver que le sobravan años y le faltavan

<sup>117</sup> *compadecen*, 1653, M1664, 1669: correcta, 1663, B1664, 1674, etc.

<sup>118</sup> Cita, claro está, del *Génesis*, III, 19: “. . . donec revertaris in terram de qua sumptus es: quia pulvis es, et in pulverem reverteris.”

<sup>119</sup> Alusión al verso de Horacio (*Epist.*, I, ii, 27), ya citado en nota 177, I, 316.

<sup>120</sup> *darse verdes*: cfr. notas 90, I, 228, y 20, I, 352.

<sup>121</sup> El autor ha buscado el contraste de *adelante* y *atrás*, pero oscureciendo el sentido, pues luego resulta que este predecesor que queda tan atrás vive aún.

empleos.<sup>122</sup> Remitiéronle a la reforma de la espera, si no quería reinar por salto,<sup>123</sup> que era despeñarse. En busca de la honra dixerón algunos que iban; muchos tras el interés, y mui pocos los que a ser personas, aunque fueron oídos de todos con aplauso y de Critilo con observación.

*Reforma de  
libros.*

Llegaron en esto las guardas <sup>124</sup> con una gran tropa de pasajeros, que los avían cogido descaminados. Mandaron fuesen luego reconocidos por la Atención y el Recato, y que les escudriñassen quanto llevavan. Topáronle al primero no sé qué libros, y algunos mui metidos en los senos. Leyeron los títulos y dixerón ser todos prohibidos por el Juizio, contra las premáticas <sup>125</sup> de la prudente Gravedad, pues eran de novelas y comedias. Condenáronlos a la reforma de los que sueñan despiertos, y los libros mandaron se les quitassen a hombres que lo son y se relajassen a los pages y donzellas de labor; <sup>126</sup> y generalmente todo género de poesía en lengua vulgar, especialmente burlesca y amorosa, letrillas, jácaras, entremeses, follage de primavera, se entregaron a los pisaverdes.<sup>127</sup> Lo que más admiró a todos fué que la misma Gravedad en persona

<sup>122</sup> *empleos*, con posible equívoco de damas a quienes galantear: cfr. nota 62, I, 157.

<sup>123</sup> *salto*, en su acepción de *asalto*: “Para vsar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en qué dalle salto.” (*Lazarillo de Tormes*, ed. Clás. Cast., pág. 133.) “Mientras estaua en la yglesia o por el lugar, hazia mis saltos.” (*Ibíd.*, pág. 158.) “Gente atenta, armada, suelta y acostumbra a saltos semejantes.” Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, ed. BAE, XXI, 71 b.

<sup>124</sup> Sobre *guarda* y otras voces del género ambiguo, véase nota 124, I, 207.

<sup>125</sup> Durante el siglo XVI alternaron las formas *pragmática*, *pregmática* (menos corriente) y *premática*, y en la centuria siguiente apenas se usaba ya sino esta última.

<sup>126</sup> Semejante gusto por los libros de entretenimiento, al decir de Quevedo hacia 1608 en sus *Zahurdas de Plutón*, se extendía más aún en la escala de los sirvientes, pues “ya hasta el lacayo latiniza y hallarán a Horacio en castellano en la caballeriza.” *Los Sueños*, ed. cit., I, 109.

<sup>127</sup> Compárese todo el pasaje con el siguiente de Boccacini en el *Aviso II*, fol. 4 v.: “Ayer por el Aguazil del Tribunal de los señores Censores de las buenas letras, fue presa vna persona docta que se hallò en fragante con los antojos en las narizes leyendo algunas poesias Italianas: y esta mañana por orden de Apolo le fueron dadas tres bueltas en el potro, y al momento le fue dicho que en la edad de cincuenta y cinco años, en que se hallaua, tratase cuerdo de aplicarse a los estudios mas graues y dexasse resuelto perder el tiempo en la leccion de los Madrigales, Sonetos y Canciones a moços pisauerdes, a quienes por el verdor de la edad se les toleraua perder el tiempo en cosa que seueramente se castigaua en los viejos.”

ordenó seriamente que de treinta años arriba ninguno leyese ni recitase coplas ajenas, mucho menos propias o como suyas, so pena de ser tenidos por ligeros, desatentos o versificantes.<sup>128</sup> Lo que es leer algún poeta sentencioso, heroico, moral y aun satírico en verso grave, se les permitió a algunos de mejor gusto que autoridad, y esto en sus retretes,<sup>129</sup> sin testigos, haziendo el descomido<sup>130</sup> de tales niñerías; pero allá a escondidas chupándose los dedos.<sup>131</sup> El que quedó mui corrido fué uno a quien le hallaron un libro de cavallerías.

—Trasto viejo—dixo la Atención—de alguna barbería.<sup>132</sup>

Afeáronsele mucho y le constriñeron lo restituyesse a los escuderos y boticarios; mas los autores de semejantes disparates, a locos estampados.<sup>133</sup> Replicaron algunos que para passar el tiempo se les dicesse facultad de leer las obras de algunos otros autores que avían escrito contra estos primeros burlándose de su quimérico trabajo. Y respondióles la Cordura que de ningún modo, porque era dar del lodo en el cieno, y avía sido querer sacar del mundo una necedad con otra mayor.<sup>134</sup> En lugar de tanto libro inútil (¡Dios se lo perdone

<sup>128</sup> Comp. *El Discreto*, XXV, 403 b: “Passeó los deliciosísimos jardines de la Poesia, no tanto para vsarla quanto para gozarla, que es ventaja y aun decencia; con todo esso, ni fue tan ignorante que no supiesse hazer vn verso, ni tan incōsiderado que hiziesse dos.” Tuvo presente aquí el siguiente dicho, referido por Melchor de Santa Cruz: “El conde de Orgaz Don Aluar Perez de Guzman dezia que tenia por necio al que no sabia hazer vna copla, y por loco al que hazia dos.” *Floresta*, ed. Biblióf. Madriñeos, I, 26.

<sup>129</sup> *retrete*, alcoba: cfr. nota 17, I, 268.

<sup>130</sup> *descomer*, exonerar el vientre, registrada como voz del estilo jocoso en el *Dicc. de Autoridades*.

<sup>131</sup> Compárese Cervantes, *El Licenciado Vidriera*, ed. Rodríguez Marín, Madrid, 1917, págs. 45-47.

<sup>132</sup> Algo así había pronosticado el buen Sancho de la historia de sus aventuras con el inmortal caballero: “no ha de haber . . . tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas.” *Quijote*, II, lxxi.

<sup>133</sup> *estampados*, propio de quienes dan obras a la estampa, en su acepción de *señalados*: sobrentendido el verbo *condenar* u otro análogo.

<sup>134</sup> *Las necedades y locuras de Orlando* es el título de una bien conocida parodia caballeresca de Quevedo. Y acaso sea éste uno de los autores que tenía Gracián en la mente. Sabido es que Cervantes había dicho en el *Quijote* que llevaba “la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros” y “para hacer burla de tantas [salidas] como hicieron tantos andantes caballeros.” Recuértese lo que dejamos expuesto en la *Introducción* acerca del silencio casi absoluto de Gracián sobre el Príncipe de los Ingenios y su obra (I, 50<sub>18-31</sub>), a la cual sólo alude en

al inventor de la estampa!), ripio de tiendas y ocupación de legos, les entregaron algunos Sénecas, Plutarcos, Epictetos y otros que supieron hermanar la utilidad con la dulçura.<sup>135</sup>

*Polilla del tiempo.* Acusaron éstos a otros que no menos ociosos, y más perniciosos, se avían jugado el sol y quedado a la luna<sup>136</sup> diziendo que para passar el tiempo, como si él no los passasse a ellos<sup>137</sup> y como si el perderlo fuera passarlo: de hecho, le hallaron a uno una varaja. Mandaron al punto quemar las cartas<sup>138</sup> por el peligro del contagio, sabiendo que barajas ocasionan barajas<sup>139</sup> y de todas maneras empeños, barajando la atención, la reputa- una ocasión (*ibíd.*, nota 150). De referirse a él aquí, inexplicable sería la ceguedad crítica del agudísimo aragonés, y más aún cuando tenemos en cuenta su entusiasmo por el estilo de Mateo Alemán, que es para mí el que más se parece al estilo de Cervantes. Sobre la afición a los libros de caballerías, véanse las sabrosas noticias que trae Rodríguez Marín en *La lectura de libros de caballerías* (tomo VII, págs. 55-66, de su ed. definitiva del *Quijote*).

<sup>135</sup> Frase procedente del conocido verso de Horacio (*Ars Poetica*, v. 343).

<sup>136</sup> El autor ha recortado y ensamblado dos locuciones familiares: *Jugar el sol antes que nazca*, por jugar uno cuanto tiene, y *quedarse a la luna de Valencia*, fallido en la esperanza, y aquí limpio de cuartos.

<sup>137</sup> Expresión análoga registra Sbarbi en su refranero: *¡Cómo se va el tiempo!—Nosotros somos los que nos vamos.*

<sup>138</sup> Matheu y Sanz, que en conocimiento de la lengua y en general cultura nos parece un mal aprendiz junto al maestro Gracián, se encarniza con éste por haber escrito *cartas* en vez de *naipes*. (*Crítica de reflexión*, págs. 98-99.) Pero ambas voces, con idéntica acepción, eran tan corrientes en aquel siglo como en el nuestro: con tal sentido se encuentra *carta* en los diccionarios ("*carta*, vna carta da giucare," Franciosini), y tan experto señor de la lengua y de los naipes como Góngora, escribía: "Temo os mucho, porque sé / que padecieron seis naipes / muerte i passion . . . Mas al fin en essas cartas / la colera desarmastes." Y en otro pasaje: "Fullero siempre doi cartas / a vno i otro tahir." *Obras*, I, 191; II, 142.

<sup>139</sup> *baraja*, "en el language antiguo castellano significa confusión, riña, pendencia, contienda, questión, qual suele haver en las reyertas de unos con otros," consigna el *Dicc. de Autoridades*, copiando a Covarrubias: "en language castellano antiguo vale contienda, pendencia . . . qual la ay en las pendenciàs y rehiertas de vnos contra otros." Había dicho Juan de Valdés sobre el verbo correspondiente: "Tampoco digo barajar, pudiendo dezir *contender*; dezíase bien antiguamente." (*Diálogo de la lengua*, ed. Clás. Cast., pág. 103.) Efectivamente, en el lenguaje antiguo son muy corrientes ambas voces, sobre todo en el *Libro de buen amor*, pero siguieron circulando también en los siglos XVI y XVII: "Poca parte fui yo para levantar essas baraxas." (Juan de Pineda, *Agricultura cristiana*, XXII, 34.) "Se apartaron por aorrar baraxas de criados y pastores." (Cristóbal de Fonseca, *Vida de Cristo*, I, iii, 12.) "Si por algunas visiones / se me enoja alguna, / échome yo con la carga, / métese en baraja él." (Quevedo, *BAE*, LXIX, 215 a.) Sobre *barajar* queda nota 47, I, 138.

ción, la modestia, la gravedad y tal vez <sup>140</sup> la alma.<sup>141</sup> Mas al que se los <sup>142</sup> hallaron, con todos los taúres,<sup>143</sup> hasta los quartos,<sup>144</sup> que es la quarta generación, les barajaron las haciendas, las casas, la honra, el sossiego para toda la vida.

En medio desta suspensión y silencio se le oyó silvar a uno, cosa que escandalizó mucho a todos los circunstantes, y más a los españoles. Y averiguada la desatención, hallaron avía sido un francés, y condenáronle a nunca estar entre personas. Más les ofendió un sonsonete como de guitarra, instrumento vedado so graves penas de la Cordura, y assí refieren que dixo el Juizio en sintiendo las cuerdas:

<sup>140</sup> *tal vez*, a veces.

<sup>141</sup> Gracián escribe indistintamente *la alma* y *el alma* (véase, v. gr., I, 150<sub>19</sub>), según se hacía en su tiempo. En la lengua antigua podía usarse *el* (del fem. *illa*) con cualquier nombre que empezase con vocal; *espada*, v. gr., se escribe con *el* y *la* desde mediados del siglo XII (*Cantar de Mio Cid*, vv. 790, 2389, 3189) hasta principios del XVI. Los femeninos bisílabos que principian en *a* (o *ha*) tónica se siguen escribiendo con artículo femenino o masculino, casi indistintamente, hasta fines del siglo XVII, y a veces aunque la *a* inicial fuese átona y con más sílabas, v. gr., *el alegría*.

<sup>142</sup> *los*: *cartas* había escrito, pero ahora que la palabra queda algo distante, la recuerda como *naipes*, y así le da el acusativo masculino.

<sup>143</sup> *taures*, sin *h* en esta Segunda Parte, y con ella en la Tercera Parte: *tahures* invariablemente en la ed. M1664, que era la forma común y la única registrada en los diccionarios: *taúres*, 1669. La irregularidad del empleo de la *h* en la lengua antigua y en la clásica es bien conocida. En el siglo XVII podían repetirse aún estos términos del *Diálogo de la lengua* de Valdés: “—¿A qué propósito hazéis tantos potages de la *h*, que jamás puede la persona atinar adonde stá bien o donde stá mal?—En esso tanto tenéis razón, porque es assí que unos la ponen adonde no es menester, y otros la quitan de donde stá bien.” (Ed. cit., pág. 75.) Respecto de Gracián, su ortografía es bastante más correcta que la de Lope de Vega y otros ilustres contemporáneos, según muestran los autógrafos. En los de nuestro jesuíta no he notado ninguna *h* indebida, pero sí su omisión frecuente, conforme al uso de aquel tiempo: *echos*, *ierros*, *taur*, *ojas*, *ambre*; *allar* y *hallar*, aunque por lo común sin *h*. (Autógrafo del *Héroe*, fols. 2, 3, 4, rectos, 7 v., 8 r., 10 v., 11 r., etc.) En cambio, escribe casi siempre *haver*, cuya *h* era comúnmente omitida por los literatos e impresores contemporáneos.

<sup>144</sup> *quartos*, con probable equívoco: *cuartos* eran las partes en que se dividía el cuerpo de un facineroso, y por *cuartos* se entendía ya *dinero* en aquel siglo. Comp. Melchor de Santa Cruz, *loc. cit.*, pág. 72: “Leyendo a vno vna sentencia en que le mando el juez hazer quartos, rogo al juez que le hiziesse reales, o otra mejor moneda, y no quartos.” Liñán y Verdugo, *op. cit.*, pág. 86: “ayer lo sentenciaron . . . a arrastrar, ahorcar y hacer quartos, y si hubiera peor moneda, lo mandaran hacer otra peor.”

—¿Qué locura es ésta? ¿Estamos entre hombres o entre barberos? <sup>145</sup>

Hízose averiguación de quién la tañía y hallaron era un portugués; y quando creyeron todos le mandarían dar un trato de cuerda,<sup>146</sup> oyeron que le rogavan (que a los tales se les ruega) tañesse algún son moderno y lo acompañasse con alguna tonadilla. Con harta dificultad lo recabaron, y con mayor después que cessasse.<sup>147</sup> Gustaron <sup>148</sup> mucho, aun los más serios ministros de la reforma humana, y generalmente se les mandó a todos los que passan de moços a hombres que de allí adelante ninguno tañesse instrumento ni cantasse, pero que bien podían oír tañer y cantar, que es más gusto y más decoro.

<sup>145</sup> Porque al decir de la sabiduría popular, *los más de los barberos son guitarristas y copleros*, comentado así por Sbarbi (I, 92 b): “Este refrán es un fiel reflejo de la realidad; pues, en efecto, parece hallarse vinculada en tal profesión la afición al canto, a la locuacidad y a la música de guitarra, en la cual suelen ser algunos bastante más que medianías.” Recuérdese a Quevedo, cuando en sus *Sueños* oyó gran ruido de guitarras: “Que me maten si no son barberos . . . Que esta gente tiene pasacalles infusos y guitarra gratis data.” (*Visita de los chistes*, ed. Clás. Cast., I, 207-208.) También Góngora: “En mi aposento otras veces / vna guitarrilla tomo, / que como barbero templo / i como barbaro toco.” *Obras*, I, 142.

<sup>146</sup> *cuerda*, con equívoco de cuerda de guitarra y la del trato de cuerda o mancuera, que era el tormento aplicado por los tribunales ordinarios, no sólo por los de la Inquisición, atando al reo con ligaduras que se iban apretando conforme daba vueltas una rueda o tiraba de ellas el verdugo. Descríbelo Diego Duque de Estrada en los siguientes términos: “Mandó [el corregidor] que me diesen la mancuera, que es un tormento en esta forma. Desnudo de la cinta arriba me pusieron en una reja, que sería tres palmos mas alta que un hombre, y atáronme los pies cuatro palmos casi separados, cada uno a su verja, y tres palmos altos del suelo. Pusiéronme tres vueltas de cuerda al pecho con la reja que en ella me sustentaba, y en las de los pies atáronme los dos brazos con una cuerda delgada, como la tercera parte del dedo meñique, poniéndome los pies uno sobre otro; la mano derecha sobre el codo izquierdo, y la muñeca de la izquierda sobre la sangría de la derecha, y despues dicha cuerda con un nudo escorridizo, que así comunmente se llama, y me dieron nueve vueltas revolviéndose el verdugo la cuerda sobre un grueso colete, tirando con las dos manos, poniendo el pie sobre mis brazos, y dejándose caer hasta el suelo, de adonde tiraba afirmando el pie dos veces, dejándome así por tres credos mientras me hacian nuevas preguntas, y hechas, mandaban los jueces me apretasen de nuevo.” *Comentarios del Desengañado*, ed. *Memorial histórico español*, 1860, XII, 55-56.

<sup>147</sup> Cita o recuerdo de Horacio, *Sat.*, I, iii, 1-3: “Omnibus hoc vitium est cantoribus, inter amicos / ut numquam inducant animum cantare rogati, / injussi numquam desistant.”

<sup>148</sup> *gustar*, por *recrearse*, solecismo en la lengua clásica, como lo es en la moderna.



Iban con tanto rigor en esto de reconocer los humanos pasajeros, que llegaron las guardas a desnudar algunos de los sospechosos. Cogiéronle a uno un retrato de una dama, *Enamorado, ahorcado*<sup>149</sup> de un dogal de nácar. Quedó él tan perdido *moço o loco.* quán escandalizados todos los cuerdos, que aun de mirar el retrato no se dignaron sino lo que bastó para dudar cuál era la pintada, ésta o aquélla. Reparó una de las guardas y dixo:

—Este ya yo le he quitado a otro, y no ha muchos días.

Mandáronlo sacar y hallaron una dozena de ellos.

—Basta<sup>150</sup>—dixo el Presidente—que una loca haze ciento.<sup>151</sup> Recójanlos como moneda falsa, doblones<sup>152</sup> de muchas caras.

Y a él le intimaron que, o menos barbas, o menos figurerías; y que esto de trillar la calle, dar bueltas, comer hierros,<sup>153</sup> apuntalar esquinas, deshollinar balcones, lo dexassen para los Adonis boquirrubios.<sup>154</sup> El que causó mucha risa fué uno que llegó con un ramo en la mano, y averiguado que no era médico ni valenciano,<sup>155</sup> sino pisaverde, le atropelló la Atención, diziéndole era ramo de locura, tablilla de mesón,<sup>156</sup> vacío de

<sup>149</sup> *ahorcado*, o colgado, dicho con ambigüedad para que pueda referirse tanto al retrato como a quien lo lleva.

<sup>150</sup> *basta*, con elipsis del infinitivo *decir*, *afirmar*, *reconocer*, u otro análogo, como queda notado repetidamente.

<sup>151</sup> Este conocido refrán, que se encuentra en Correas, tiene una graciosa variante menos corriente: *Un loco hace ciento, y un tonto, a un regimiento*. Compárese el proverbio latino: “*Unius dementia dementes efficit multos*.”

<sup>152</sup> *doblones*, con el mismo equívoco de doblado o falso que le había dado Góngora: “—Que es muerte seruir dos amos; / porque esto de ser de a dos / no es sino para reales. / —I para doblones tales / como lo aveis sido vos.” (*Obras*, I, 388.) Respecto del valor de dicha moneda, véase nota 138, I, 399.

<sup>153</sup> *comer hierros*, significando hablar con la novia por la ventana, cuyo dicho en singular es tan corriente en Andalucía, no se encuentra registrado en los diccionarios antiguos que he visto, aunque sí en el moderno de la Academia.

<sup>154</sup> *boquirrubio*, galancete: cfr. nota 137, I, 399.

<sup>155</sup> El valenciano con el ramo de flores en la mano se entiende bien, ya que el autor suele pintar a los de Valencia frívolos, floridos y enamoradizos. El ramo en manos de un médico será un ramo o manojo de yerbas medicinales, más bien que alusión a la verde esmeralda del sortijón que los de su profesión solían llevar en el pulgar.

<sup>156</sup> Desde mediados del siglo XVI, cuando menos, hasta nuestros propios días se viene poniendo el ramo a la puerta de las tabernas, como anuncio que todos pueden leer. Léese en *El Deleitoso* de Lope de Rueda: “—[Que viendo una taberna te has de quedar aislado!—Si me hace del ojo el ramo, ¿quieres tú que use con él de mala crianza?]” (*Obras*, ed. Acad., II, 145.) Y un romance dice así: “Cortesanas de balcón / apretadas de cintura, / las

seso. Vieron uno que no mirava a los otros, y sin ser tosco, tenía fixos los ojos en el sombrero.

—Pues no será de corrido—dixo la Sagacidad.

Y en sospechas de liviandad, llegaron a reconocerle, y le hallaron un espejillo clavado en la copa del sombrero. Y por cosa cierta averiguaron era primo <sup>157</sup> loco, sucessor de Narciso. *Traxe, cor- teza del ánimo.* No se admiraron tanto déstos quanto de un otro que repetía <sup>158</sup> para Catón en la severidad y aun se emperdigava <sup>159</sup> para repúblico. Miráronle de pies a cabeça y brujuleáronle una faldilla de un jubón verde: color mui mal visto de la Autoridad. <sup>160</sup>

—¡O qué bien merecía otro! <sup>161</sup>—votaron todos.

que tenéis a la puerta / por centinela una bruja, / que es ramo de la taberna / donde se vende la zupia . . .” (*BAE*, XVI, 566 b.) El ramo servía de señal también en las tabernas de Italia. (Cfr. Bocalini, *Avisos*, trad. Pérez de Sousa, II, 120.) Allá se usaba por lo común el ramo de laurel, y en España, en unas comarcas el de laurel, y en otras el ramo de pino.

<sup>157</sup> *primo*, con equívoco de *primero* (pues solía decirse “gallo primo,” “estado primo,” etc., v. gr., *Quijote*, I, xi; II, xxxv; *El soldado Píndaro*, I, xxiii, como aun se dice “prima noche”) y *amante*: cfr. nota 45, I, 357.

<sup>158</sup> *repetir para* es expresión poco común, pero empleada por nuestro autor repetidamente (*casa que repetía para palacio; hombre que repetía para inmortal*, III, viii, xii). Fuera de Gracián, sólo conozco, o sólo me han llamado la atención, dos ejemplos más: “aunque en casa no auia seso, auia muchas bazias, y aun no auia cosa en casa que no lo fuesse, en especial su bolsa, que siempre repetia para bolsa de arrepentida.” (López de Ubeda, *La pícara Justina*, ed. Biblióf. Madrileños, I, 87.) Y de Góngora el siguiente:

“Con dos puñados de sol  
i quatro tumbos de dado  
repite el otro soldado  
para Conde de Tirol;  
phenix le hacen hespañol  
collar de oro i plumas bellas;  
despidiendo está centellas  
de sus joias; mas la suerte  
en gusano le conuierte,  
de paxaro tan galan.  
Los dineros del sacristan  
cantando se vienen, i cantando se van.” (*Obras*, I, 212.)

En todos estos casos, el significado es el mismo: *aspirar a ser*.

<sup>159</sup> *emperdigarse*, en su acepción de *prepararse*.

<sup>160</sup> Mal visto era el *verde*, no por símbolo de la esperanza, sino por aquello de las inclinaciones galantes: cfr. nota 152, I, 212.

<sup>161</sup> El *otro* que merecía es el *jubón de azotes*, que se daban por justicia en las espaldas: “Auian dado a vno cien açotes, y desterrándole juntamente, le soltaron a la puerta de la ciudad para que se fuesse; vianle algo

Pero por no escandalizar el populacho, mui a lo callado le remitieron al Nuncio de Toledo, que le absolviesse de juizio.<sup>162</sup> A otro que debaxo una sotanilla negra traía un calzón acuchillado<sup>163</sup> le condenaron a que terciasse la falda prendiéndola de la pretina, para que todo el mundo viesse su desgarró.<sup>164</sup> Intimaron a otros seriamente que en adelante ninguno llevasse arremangada la falda<sup>165</sup> del sombrero a la copa, si no es yendo a cavallo, quando ninguno es cuerdo;<sup>166</sup> ni decantado<sup>167</sup> el sombrero a un lado de la cabeça, dexando desabrigado el sesso del otro; que no se vayan mirando a sí mismos ni por sombra,<sup>168</sup> de lexos dos amigos, y el vno sin advertir que era el açotado, dixo: No veis con que priessa se pone aquel hombre la camisa; el otro respondió: Y con tanta, que se la pone sobre el jubon.” (Covarrubias, *Tesoro*.) “No corras tanto, corredor valiente, / que si vn sombrero por correr ganaste, / mira no ganes vn jubon trotando.” Góngora, *Obras*, III, 33.

<sup>162</sup> Escribe Góngora, *Obras*, III, 21:

“Adiós, mundaço. En mi quietud me quedo,  
por esconder mis postrimeros años  
al señor Nuncio, digo al de Toledo.”

El Hospital de la Visitación de Nuestra Señora, “que por otro nombre es cognominado el Hospital del Nuncio” (Muñoz y Romero, *Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos* . . . , Madrid, 1858, pág. 264 b), fundado en Toledo el año de 1538 por don Francisco Ortiz, Nuncio de S. S., fué el más importante hospital de dementes en aquellos siglos. Véase Madoz, *Diccionario geográfico* . . . de España, t. XIV (Madrid, 1849), págs. 824-825.

<sup>163</sup> La sotanilla la llevaban especialmente los estudiantes pobres. Los jubones y calzones acuchillados (es decir, con piezas de distinto color en forma de lanza) eran hacia 1630 prendas sólo juveniles. Y la moda de tales acuchillados desapareció completamente para 1650.

<sup>164</sup> *desgarro*, con equívoco de *jirones* (los del calzón acuchillado) y *descaro*.

<sup>165</sup> *falda* y *ala* se llamaba a la del sombrero (“yo por la falda tomo mi sombrero, / que no soy yo valiente de la sopa / para andarle tomando por la copa,” Moreto, *Antíoco y Seleuco*, I, ii), y el autor prefiere la primera porque acaba de mencionar la falda de la sotana y quiere emplear *arremangar*, que se decía de las mangas y falda, pero no del sombrero.

<sup>166</sup> Dícelo por el refrán *no hay hombre cuerdo a caballo, ni colérico con juicio*. Correas.

<sup>167</sup> *decantado* (de canto), por *inclinado* o *desviado*, significado corriente en aquella centuria. Escribe Gracián en otros lugares: “Alabólas a todas, y con tal singularidad a cada vna, que parecia decantarse a ella.” (*Obras*, ed. Madrid, 1664, II, 402 a.) “Necessitan vnos de que el Principe se decante a la justicia, y otros que a la clemēcia; y en la misma Republica, tras vn extremo, fue bien recibido el otro.” *Ibíd.*, II, 421 a.

<sup>168</sup> *ni por sombra*, con equívoco de no mirarse en su sombra y de no hacerlo en manera alguna.

so pena de mal vistos, ni los pies, que no <sup>169</sup> es bien pavonearse.<sup>170</sup> Plumas y cintas de colores, se les vedaron, sino a los soldados visos mientras van o buelven de la campaña; <sup>171</sup> que todos los anillos se entregassen a los médicos <sup>172</sup> y abades: a éstos porque entierran los que aquéllos destierran.<sup>173</sup>

*Librea del hombre.* Passaron ya los ministros de aquella gran aduana del Tiempo a la reforma general de todos quantos passan de pages de la juventud a gentileshombres de la virilidad. Y lo primero que se executó fué desnudarles a todos la librea de la mocedad, el pelo rubio y dorado, y cubrirles de pelo negro, luto en lo melancólico y lo largo,<sup>174</sup> pues cerrando las sienes llega a ser pelo en

<sup>169</sup> *nos*, 1653, B1664: correcta, 1663, M1664, 1669, etc.

<sup>170</sup> *pavonearse*: lo refiere a los pies porque el pavón o pavo real, con toda la hermosura de sus plumas, tiene feísimas patas y cuando se mira a ellas deshace la vistosa rueda para cubrirlas con las plumas; con el juego de la frase significa, pues, el autor dos cosas contrarias: en el sentido literal, humillarse, y en el sentido figurado hacer vana ostentación.

<sup>171</sup> Sobre las bizarras galas del soldado, véase nota 118, I, 205.

<sup>172</sup> Recuérdese a Quevedo: "Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga, y en verano sombrerazo de tafetán. Y en teniendo esto, aunque no hayas visto libro, curas y eres dotor; y si andas a pie, aunque seas Galeno, eres platicante. Oficio docto, que su ciencia consiste en la mula." (*Libro de todas las cosas*, en *Obras satíricas y festivas*, ed. Clás. Cast., pág. 144.) Y con mucha gracia dice el mismo: "Guantes y sortija, señal cierta / de que queda la muerte junto a la puerta." Ed. BAE, LXIX, 518 b.

<sup>173</sup> Esta colaboración de curas y médicos fué siempre punzante salida del ingenio satírico: el martes de Carnestolendas de 1637, entre las mogí-gangas de la villa y corte salió un carro "en que se reconocía una cama de campo con un borrico en ella asistido de frailes que le ayudaban a morir y de médicos que mirando la orina en los orinales la bebían, porque era vino, y brindaban a los frailes, que hacían la razón." *La corte y monarquía de España en los años de 1636 y 37*, ed. Rodríguez Villa, Madrid, 1886, pág. 109.

<sup>174</sup> En efecto, tan característico del luto era la ropa larga como el color negro: no sólo los mantos, capuces, lobs y túnicas de las personas, sino también los paños negros con que se cubrían las cabalgaduras en los funerales. "El cual, en enviudando . . . traía loba arrastrando." (Antonio de Guevara, *Epístolas familiares*, ed. BAE, XIII, 172 b.) "Vieron entrar por el jardín adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo . . . Seguía los tres un personaje . . . con una negrísima loba cuya falda era asimismo desaforada de grande." (*Quijote*, II, xxxvi.) Léese en la *Relación del entierro del Duque de Medina Sidonia*, escrita por Pedro Espinosa: "Siguiéronse después los ciudadanos / de Sanlucar, con lobs tan cerradas, / que cubrían cabeza, pies y manos . . . / Y al caballo y a él, todo, hasta el suelo, / cubría el negro luto que arrastraba . . . / Luego, arrastrando lutos por la tierra, / diez y seis

pecho.<sup>176</sup> Ordenáronles seriamente que nunca más peinassen pelo rubio, y menos azia la boca y los labios,<sup>176</sup> color profano<sup>177</sup> y mal visto en adelante: vedándoles todo género de boço y de guedejas rizadas, para escusar las risadas<sup>178</sup> de los cuerdos. Toda color material, que no la formal,<sup>179</sup> les prohibieron, no permitiéndoles aún el bolverse colorados, sino pálidos, en señal de sus cuidados. Convirtiéronles las rosas de las mexillas en espinas de la barba. De suerte que de pies a cabeça los reformavan. Echávanles a todos un candado en la boca, un ojo en cada mano<sup>180</sup> y otra cara janual,<sup>181</sup> pierna de grulla,<sup>182</sup> pie de buci,<sup>183</sup> oreja de gato,<sup>184</sup> ojo de linze,<sup>185</sup> espalda de camello,<sup>186</sup> capellanes . . . / ¿Qué príncipe, qué noble no ha venido / con arrastrados lutos?” *Obras de Pedro Espinosa*, ed. Rodríguez Marín, Madrid, 1909, págs. 85-87, 92.

<sup>176</sup> Por la locución “*Hombre de pelo en pecho*. Por hombre de valor.” Correas.

<sup>176</sup> Aludiendo a los *boquirrubios*, que así se llamaba a los galancetes y a los bobos: cfr. nota 137, I, 399.

<sup>177</sup> *profano*, en la acepción de *inmodesto*, registrada en los diccionarios de la Academia.

<sup>178</sup> *rizadas* . . . *risadas*: cfr. nota 98, I, 334.

<sup>179</sup> *formal*, espiritual (cfr. nota 53, I, 176), y querrá el autor que entendamos *color* (tono, carácter) de *espiritualidad*.

<sup>180</sup> En el emblema *Sobrie vivendum et non temere credendum*, de Alciato, aparece pintada una mano con un ojo en la palma, significando que crea uno aquello que toca o ve: “*Ecce oculata manus, credens id quod videt.*” Véase el erudito comentario de Diego López en su *Declaracion magistral sobre las Emblemas de Andres Alciato*, Nájera, 1615, fol. 15.

<sup>181</sup> *janual*, de Jano, que la mitología presenta con dos caras: cfr. nota 15, I, 188.

<sup>182</sup> Significando estar siempre atento y vigilante, como se explica en el emblema *Regum vigilia*, de Solórzano (*Emblemata*, ed. Madrid, 1779, pág. 92).

<sup>183</sup> Que sabido es se asienta con lentitud y firmeza.

<sup>184</sup> Por lo agudas, que relacionará el autor con la locución *aguzar las orejas*, “prestar mucha atención, poner cuidado.” Sbarbi.

<sup>185</sup> La *perspicacia del linze* es proverbial desde los tiempos antiguos, cuando creían que su vista penetraba a través de las paredes, y su comparación para personas sagaces es corriente en nuestra literatura clásica; lo curioso es que la locución que trae Gracián, *ojo(s) de linze*, hoy tan común, no aparezca registrada en los diccionarios de aquel siglo.

<sup>186</sup> Como la expresión no es proverbial, hay que deducir el sentido de la característica de tales espaldas: la de ser jorobadas no encaja en nuestro texto; soportar mucha carga, no la soportan; lo que se ha aprovechado como característico en los emblemas en que aparece el camello (como en las *Empresas* de Jovio) es que, en echándole más carga que pueden sufrir sus espaldas, se tiende en el suelo. Habrá, pues, que entender por *espalda de camello* la que sobrelleva la carga razonable.

nariz de rinoceronte,<sup>187</sup> y de culebra el pellejo.<sup>188</sup>

*Gusto reformado.* Hasta el material gusto les reformaban, ordenándoles que en adelante no mostrassen apetecer las cosas dulces, so pena de niños, sino las picantes y agrias y algunas saladas.<sup>189</sup> Y porque a uno le hallaron unos confites, le fué intimado se pusiese el bavador siempre que los huviesse de comer; y assí, todos se guardavan de trocar el cardo por las pasas <sup>190</sup> y todos comían la ensalada.<sup>191</sup> Cogieron a otro comiendo unas cerezas y bolvióse de su color: saltáronle a la cara. Mandáronle que las trocasse en guindas.<sup>192</sup> De modo que aquí no está vedada la pimienta,<sup>193</sup> antes se estima más que el azúcar; mercadería mui acreditada, que algunos hasta en el entendimiento la usan, y más si se junta con la naranja.<sup>194</sup> La sal también está mui valida y ai quien la come a puñados, pero sin lo útil no entra en provecho; salan muchos los cuerpos de sus obras porque nunca se corrompan: ni ai tales aromas para embalsamar libros, libres de los gusanos roedores, como los picantes y las sales. Están tan desacreditados los dulces, que aun la misma *Panegiri* de Plinio,

<sup>187</sup> nariz llama por hipérbole al cuerno que en ella tiene el rinoceronte, significando una grandísima nariz, esto es, suma sagacidad: cfr. nota 64, I, 277.

<sup>188</sup> Con el sentido del refrán *dejar como la culebra el hábito viejo* (Sbarbi), que en nuestro texto serán los hábitos de la juventud, ya que la frase remata la lista de cambios que dejan a los jóvenes reformados de pies a cabeza.

<sup>189</sup> No sólo porque éstas últimas suelen ser más propias del gusto en la edad madura, como las dulces en la niñez y adolescencia, sino porque los moralistas—y como tal habla el autor—oponen a las dulzuras del vivir fácil las asperezas de la virtud severa. Luego, en el refranero lo salado y picante indican predominante agudeza, previsión e inteligencia, como *decir algo con su sal y pimienta* (intencionadamente y con sustancia), *poner sal en la mollera* (poner seso y escarmiento), etc. Lo que sigue en el texto explicará más tales conceptos.

<sup>190</sup> Será porque el cardo es espinoso y desabrido, y las pasas blandas y dulces, pero el ingenio popular no le ha dado a la cosa importancia, ni dignóse acuñarle una frasecilla.

<sup>191</sup> Entregado el autor a la ligera trivialidad en estos momentos, se le ocurre lo de la *ensalada*, no sólo por su aderezo, sino por lo que tiene de *salada*.

<sup>192</sup> Sólo porque las cerezas son dulces, y ácidas las guindas.

<sup>193</sup> Como acaba de decir *guindas*, piensa en las *guindillas*, fruto distinto y picante.

<sup>194</sup> Tal ensalada, con naranja salpimentada ahora, se va haciendo ya algo indigesta; supongo que querrá añadir a la pimienta del ingenio el jugo sustancial.

a quatro bocados enfada,<sup>195</sup> ni ai hartazgo de zanahorias como unos quantos sonetos del Petrarca y otros tantos de Boscán;<sup>196</sup> que aun a Tito Livio ai quien le llama tozino gordo,<sup>197</sup> y de nuestro Zurita no falta quien luego se empalaga.<sup>198</sup>

<sup>195</sup> Gracián ha ganado notablemente en la madurez del juicio, en la penetración crítica y en la exactitud del lenguaje en los años que van del *Arte de ingenio* (1642) al *Crítico*. Esto es muy visible en sus opiniones literarias. Su admiración incondicional por Góngora, v. gr., ha venido a ceñirse críticamente a los justos límites. Lo mismo le ha sucedido con el *Panegírico de Trajano*, pronunciado por Plinio el Joven al tomar posesión del consulado. Había escrito antes que tan breve panegírico “se mide con la eternidad,” y que “es vna perfecta platica de toda esta theorica conceptuosa.” (*Agudeza*, I, 3; XXVI, 181.) Y es ahora cuando tiene razón, a mi ver; empalagoso me parece también el *Panegírico*, con tantas dulzuras a Trajano, en estilo florido y ampuloso; compárese con el gallardo y vigoroso de sus epístolas. En cuanto a la voz *panegíri*, es insólita; la había empleado ya repetidamente en la *Agudeza y arte de ingenio* (XXXIX, 267; LIII, 329).

<sup>196</sup> No por humor de moralista que desdén la poesía amatoria, sino por humor satírico, compara con las zanahorias las dulzuras del Petrarca, que resplandecen además por la hermosura de sus luces y colores. Respecto de Boscán, siempre ha estado algo de moda ensalzar su prosa y rebajar sus versos. Así Góngora:

“Qualquier lector que quissiere  
entrarse en el carro largo  
de las obras de Boscan,  
se podrá ir con él de espacio;  
que io a pie quiero veer mas  
vn toro suelto en el campo,  
que en Boscan vn verso suelto,  
aunque sea en vn andamio.” (*Obras*, I, 342.)

Más piadoso anduvo Tirso, calificando a Boscán de “gran letrado de amor” (*Los amantes de Teruel*, II, x), y plena justicia le hizo Lope de Vega al afirmar que “si no alcanzó la experiencia de los versos largos, nadie le puede negar los altos pensamientos.” *Segunda Parte de las Rimas*, Madrid, 1602, fol. 339 v.

<sup>197</sup> Viene el autor hablando por su propia cuenta, y paréceme que aquí, aunque escudándose algo, también expresa su personal opinión. Algunos antiguos, como Asinio Pollio y Calígula, le habían calificado ya de verboso y con demasiada “crema” en su retórica. Entre los nuestros, Saavedra Fajardo habla del ornato de aquel historiador romano, sembrado de flores, y cuyos labios “parece destilan miel.” (*República literaria*, ed. Clás. Cast., pág. 120.) Véanse juicios de los antiguos y los modernos sobre el estilo de Livio en la obra de Henri Bornecque, *Tite-Live*, París, 1933, págs. 193-207.

<sup>198</sup> Dícelo, no porque el estilo de Zurita sea dulzón o florido, que no lo es en manera alguna (cfr. nota 18, II, 4), sino por la impugnación que de la primera parte de sus *Anales* hizo luego (al punto) el cosmógrafo mayor

*Leyes de cordura.* —Tenga ya gusto y voto, no siempre viva del ageno; que los más en el mundo gustan de lo que ven gustar a otros, alaban lo que oyeron alabar; y si les preguntáis en qué está lo bueno de lo que celebran, no saben dezirlo; de modo que viven por otros y se guían por entendimientos agenos. Tenga, pues, juicio propio y tendrá voto en su censura; guste de tratar con hombres, que no todos los que lo parecen lo son; razone más que hable, converse con los varones noticiosos, y podrá tal vez contar algún chiste encaminado a la gustosa enseñanza, pero con tal moderación que no sea tenido por massecuentos,<sup>199</sup> el licenciado del chiste<sup>200</sup> y truán<sup>201</sup> de valde. Podrá tal vez<sup>202</sup> acompañado de sí mismo pasearse, pensando, no hablando. Sea hombre de museo,<sup>203</sup> aunque ciña espada, y tenga delecto<sup>204</sup> con los libros, que son amigos manuales; no embuta de borra los estantes, que no está bien un pícaro al lado de un noble ingenio, y si ha de preferir, sean los juiziosos a los ingeniosos.

Alonso de Santa Cruz, impugnación resonante por las defensas de la obra de Zurita que provocó.

<sup>199</sup> Ni el llamado *Dicc. de Autoridades*, ni el moderno de la Academia, registran *mase* (contracto de *maese*, y este de *maestro*), pero tal voz era corriente en la lengua literaria: “Si masse duelo no en capirota, / la seruirá masse bochorno en sopa.” (Góngora, *Obras*, II, 6.) “Los edictos con imperio / masse Lobo ha prorogado . . . / O apele de vn masse Lobo / para otro masse Zorra.” (*Idem*, III, 37.) En el capítulo XXV de la Segunda Parte del *Quijote*, el famoso Pedro, el del retablo, es llamado por lo común *maese*, pero unas cinco veces *mase* Pedro; y en el capítulo LII encontramos también a *mase* Nicolás el barbero. Además del *masecoral*, *masejicomar* y *maselucas* que trae el *Dicc. de la Academia*, figura *mase escuela* en el *Vocabulario* de Franciosini y en el *Tesoro* de Oudin.

<sup>200</sup> Sobre este gusto por *licenciados* y *bachilleres* en sentido peyorativo, véase nota 102, I, 368.

<sup>201</sup> *truán* repetidamente en 1653: *truhan* invariablemente en M1664, 1669, etc.: *truã*, B1664, 1683. Hasta mediados del siglo XVII, cuando menos, tengo por más común esta voz sin *h*, que con ella.

<sup>202</sup> *tal vez*, tal cual vez.

<sup>203</sup> *museo* era corriente en aquellos siglos por *biblioteca*, conforme a su valor etimológico, y tal es su primera acepción (“lugar destinado para el estudio de las ciencias, letras humanas y artes liberales”) en los diccionarios de la Academia, y sólo en su segunda acepción significa lugar en que se guardan curiosidades y obras de arte; más común aún que *museo* y *biblioteca* era *librería*.

<sup>204</sup> *delecto*, en su pura acepción castellana, significa “orden, elección, separación, deliberación” (*Dicc. Aut.*), y nuestro autor emplea aquí la voz con toda propiedad por *discernimiento*, como en *El Discreto* (I, 343 b; X, 364 a, 365 b, 366 a; XVIII, 388 a, etc.).



Muestre ser persona en todo, en sus dichos y en sus hechos, procediendo con gravedad apacible, hablando con madurez tratable, obrando con entereza cortés, viviendo con atención en todo y preciándose más de tener buena testa que talle. Advierta que el proporcional Euclides dió el punto a los niños, a los muchachos la línea, a los moços la superficie y a los varones la profundidad y el centro.<sup>205</sup>

Este fué el aranzel de preceptos de ser hombres, la tarifa de la estimación, los estatutos de ser personas, que en voz ni mui alta ni mui caída les leyó la Atención, a instancia del Juizio.

Después, Argos, con un extraordinario licor alambicado de ojos de águilas y de linzes, de coraçones grandes y de celebros,<sup>206</sup> les dió un baño tan eficaz, que a más de fortalecer mucho, haziéndolos más impenetrables por la cordura que un Roldán por el encanto,<sup>207</sup> al mismo punto se les fueron abriendo muchos y varios <sup>208</sup> ojos por todo el cuerpo, de cabeça a pies; que avían estado ciegos con las lagañas de la niñez y con las inadvertidas passiones de la mocedad; y todos ellos tan perspicazes y tan despiertos, que ya nada se les passava por alto: todo lo advertían y lo notavan.

Con esto, les dieron licencia de passar adelante a ser personas, y fueron saliendo todos de sí mismos, lo primero para más bolver en sí. Fuélos, no guiando, que de aquí adelante ni se llama médico <sup>209</sup> ni se busca guía, sino conduciéndolos Argos

<sup>205</sup> Ni se encuentra en sus *Opera omnia* (ed. I. L. Heigberg et H. Menge, Lipsiae, 1883-96), ni era de esperar, conociendo su estilo, que en ella se encontrase. Tal ingeniosa relación de aquellas nociones geométricas con las edades fué concebida teniendo a la vista las definiciones del libro primero de los *Elementos de Geometría* del mismo Euclides.

<sup>206</sup> Hasta mediados del siglo XVIII fué corriente la forma *celebro*, aunque no falten algunos autores de principios del XVII que digan también *cerebro*, pero excepcionalmente. El mismo *Dicc. de Autoridades*, en la definición de la voz *cerebro*, nos remite a la definición de *celebro*, como la forma más común.

<sup>207</sup> Gracián conocería las armas encantadas e impenetrables de Roldán por la versión de *El Bernardo* de Balbuena, que tanto las hace figurar en la derrota de Roncesvalles, cuando el héroe legendario leonés da muerte a Roldán a pesar de su visera en "cercos encantados" (lib. XXIV, estr. 208), y corta con el filo de la espada el "encantado yelmo sin segundo" (*ibíd.*, estr. 210).

<sup>208</sup> *varios*, en su acepción de *diferentes*.

<sup>209</sup> Conforme a la opinión que Tácito (*Annales*, VI, 46) atribuye al emperador Tiberio, al decir que era inclinado a burlarse de las artes de los médicos y de aquellos que, habiendo cumplido los treinta, necesitaban

a lo más alto de aquel puerto,<sup>210</sup> puerta ya de un otro mundo,<sup>211</sup> donde hizieron alto para lograr la mayor vista que se topa en el viage de toda la vida. Los muchos y maravillosos objetos que desde aquí vieron, todos ellos grandes y plausibles, referirá la siguiente crisi.

aconsejarse sobre lo que era bueno o malo para su salud. Comp. *Oráculo*, pág. 456.

<sup>210</sup> *puerto*, paso de la montaña: cfr. nota 90, I, 366.

<sup>211</sup> *un otro mundo*: semejante empleo del artículo indeterminado antepuesto a *otro* es característico del estilo graciano (cfr. I, 171<sub>16</sub>, 225<sub>18</sub>, 243<sub>4</sub>, s, 333<sub>8</sub>; II, 40<sub>7</sub>, 84<sub>4</sub>, 103<sub>4</sub>, 143<sub>2</sub>, s, 162<sub>11</sub>, 220<sub>11</sub>, 288<sub>16</sub>, 293<sub>26</sub>, 321<sub>9</sub>, 339<sub>7</sub>, 370<sub>1</sub>). Verdaderamente excepcional me parece su uso en aquel tiempo y en los demás períodos de nuestra lengua. Y no faltó un gramático italiano que advirtiese a sus estudiantes de español que "*otro non può hauer dauanti l'adiettiuo vno, onde non si dirà vn otro día, vna otra cosa, ma assolutamente otro día, otra cosa &c.*" (Franciosini, *Grammatica Spagnuola, ed Italiana*, 1624, ed. Roma, 1638, pág. 22 a.) Gracián no lo emplea continuamente; por lo común lo omite. En ocasiones parece como si con *otro* expresase sencillamente el concepto, y con *un otro* acentuase su contraste o diferencia con el término anterior, significando *muy otro* o *tan otro*, aprovechando así el énfasis que el artículo indeterminado tiene regularmente en algún otro caso gramatical. Pero pronto se da uno cuenta de que su empleo por Gracián no es consciente o sistemático.

## CRISI SEGUNDA

### *Los prodigios de Salastano.*<sup>1</sup>

TRES soles, digo tres Gracias, en fe de su belleza, discreción y garvo (contava un cortesano <sup>2</sup> verídico, ya prodigio), intentaron entrar en el palacio de un gran príncipe, y aun de todos. Coronáva[se] la primera, brillantemente gallarda, de fragantes flores, rubias trenzas,<sup>3</sup> y recamava su verde ropage de líquidos aljófares, tan risueña, que alegrava un mundo entero. Pero en injuria de su gran belleza, la cerraron tan anticipadamente las puertas y ventanas, que aunque se provó <sup>4</sup> a entrar por cien partes, no pudo: que teniéndola por entremetida, hasta los más sutiles resquicios la avían entredicho,<sup>5</sup> y assí huvo de passar adelante, convirtiendo su risa en llanto. Fuése acercando la segunda, tan hermosa quan discreta, y chanzeándose con la primera a lo Zapata,<sup>6</sup> la dezía:

<sup>1</sup> Anagrama de Lastanosa, el grande amigo del autor: cfr. *Introducción*, I, 6-7.

<sup>2</sup> Es posible que aluda a *Il Cortegiano* (1528) de Baltasar Castiglione, donde se encuentran diseminadas acá y allá analogías con los conceptos de estos primeros párrafos de la crisi, pero ni más ni menos que en cualquier otro libro sobre la vida cortesana, como el *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (1539) de fray Antonio de Guevara. Ni la alegoría que sigue, ni el orden y precisa expresión de las ideas se hallan en el libro de Castiglione; cuando más, pudo Gracián tener en cuenta la descripción de la Aurora en la última página del *Cortegiano*.

<sup>3</sup> Las rubias o hermosas trenzas de la Aurora es un lugar poético común que nuestros clásicos y los italianos recogieron de los cantos V y IX de la *Odisea* homérica.

<sup>4</sup> *se provó a entrar*, descuidadamente dicho por *provó a entrarse*.

<sup>5</sup> *entrededir*, por *vedar*, se empleaba comúnmente, no sólo tratándose de impedir la comunicación con las personas o cosas, sino también con los lugares, sagrados o profanos, "como . . . en tiempo de peste, en que se procura con todo cuidado impedir y embarazar el trato y comunicación con . . . lugares infectos." *Dicc. Auts.*

<sup>6</sup> Tratándose de chancearse graciosamente y a lo Zapata, pensamos hoy ante todo en don Luis Zapata, el autor de la *Miscelánea* de anécdotas, dichos agudos y curiosidades. Pero en tiempos de Gracián, aquél era sólo conocido como poeta del *Carlo famoso* (1566), pues su *Miscelánea* no fué publicada hasta 1859. En la crisi i de la Tercera Parte citará un dicho agudo del Zapata, y semejante dicho no se halla ni en la *Miscelánea* ni en

—Anda tú, que no tienes arte ni la conoces. Verás como yo, en fe de mi buen modo, tengo de hallar entrada.

el *Carlo famoso*. Una tercera referencia del *Zapata* hay en las obras de Gracián: en *El Discreto* (V, 353 b) celebra “las donosidades del Zapata,” juntamente con “las sales de Alenquer, los picantes del Toledo . . . y aun las galanterías del Gran Capitan.” Veamos primero quién era este Alenquer. No don Rodrigo de Silva (1600–1664), conde de Salinas y Ribadeo, marqués de Alenquer y duque consorte de Híjar, del cual escribe Gracián en *El Discreto*, XIX, 391 b: “Desta suerte discurría con el Autor el juizioso, el comprehensiuo, el grande entendedor de todo, el Excelentissimo Señor Duque de Híjar, sucessor en lo entendido y discreto del renombre de Salinas y Alenquer, no solo en el titulo, sino en la eminente realidad; que es eco este discurso de tan magistral Oraculo.” Tuvo trato con los literatos, intervino en las academias y fué aficionado a hacer versos. (Cons. Ramón Ezquerria, *La conspiración del Duque de Híjar*, Madrid, 1934, págs. 135–147.) Mas a este aristócrata le llama Gracián, y también los contemporáneos, por el título de Híjar, y no precisamente de Alenquer; y aunque celebrándole por otras cualidades, no hablan de las sales de su ingenio. A quien sí llamaban por el título de Alenquer frecuentemente (otras veces por el de Salinas) y elogiaban como excelente poeta, alabando en particular su festivo ingenio, es al padre de este don Rodrigo, a don Diego de Silva y Mendoza (1564–1630), marqués de Alenquer por derecho propio y conde consorte de Salinas, quien alcanzó celebridad en la política, y mayor aún en las letras. (Cons. Erasmo Buceta, *La obra poética del Conde de Salinas en opinión de grandes ingenios contemporáneos suyos*, en *Revista de Filología Española*, 1925, XII, 16–29; Miguel Artigas, *Los amigos de Góngora: el Conde de Salinas*, en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 1925, VII, 189–194; Gallardo, *Ensayo*, I, 141–152.) Sobre el nombre, véase unas muestras como ejemplo: “De Alenquer al retrato de la Duquesa de Ixar su nuera que le imbiaron a Portugal antes de casar su hijo el Conde de Salinas.” (Ezquerria, *op. cit.*, pág. 80.) “Y si la envidia satisfecha dejas, / mira qué dulce y grave / el Marqués de Alenquer honrarte puede . . .” (Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, silva VI.) Respecto a sus sales, califícanle los contemporáneos de *agudo e ingenioso*, elogian sus *ingeniosidades*, y el mismo Gracián declara en la *Agudeza* (XLVIII, 305) que “parece que conglobò todos los modos y generos de apodar el ingenioso Conde de Salinas.” Y ahora, ¿a quién se refiere con “los picantes del Toledo”? En la crisi iii de la Tercera Parte cuenta un dicho ingenioso de *Don Pedro de Toledo*. El más famoso caballero de este nombre por los años en que se escribía *El Criticón*, y por tanto el que se sobrentendía únicamente aludido, era don Pedro de Toledo y Leiva, marqués de Mancera, que entre otros altos cargos desempeñó el virreinato del Perú desde 1639 hasta 1647, cuando fué reemplazado por don García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra. (Cons. *Memorial hist. español*, XIV, 129, 434; XV, 97, 393; XVIII, 496; XIX, 454.) Vemos, pues, que menciona al *Zapata* junto a otros dos contemporáneos. Respecto al cuarto, el Gran Capitán, claro está que no era contemporáneo, pero lo pone aparte de los otros tres, porque en éste se celebran *las galanterías*, y en los otros tres las *donosidades*, *sales* o *picantes*; y aun en la intención queda en cierto modo aparte con lo de

Començó a introducirse, buscando medios y <sup>7</sup> inventando trazas; pero ninguna la salía, pues al mismo punto que brujuleaban su buena cara, todos se la hazían mui mala. Y ya, no solas las puertas y ventanas la cerravan, pero aun los ojos por no verla y los oídos por no sentirla.

—¡Eh, que no tenéis dicha!—dixo la tercera, agradablemente linda—. Atendé <sup>8</sup> cómo yo por la puerta del favor me introduzgo <sup>9</sup> en Palacio, que ya no se entra por otras.<sup>10</sup>

Fuése entremetiendo con mucho agrado; mas aunque a los principios halló cabida, fué engañosa y de apariencia, y al cabo hubo de retirarse mucho más desairada. Estavan tripuladas <sup>11</sup> todas tres, ponderando, como se usa, sus muchos méritos y su

y aun . . . Son, pues, dos contemporáneos, y ambos también títulos. Gracián nombrará en la crisi xi de esta Segunda Parte a don Pedro Pablo Zapata, quien después de haber ejercido el cargo de gobernador de Aragón pasó a desempeñar el gobierno de Cartagena de Indias, donde logró en 1655 resonante triunfo al quemar una flota inglesa de diez y ocho bajeles. (Cons. Jerónimo de Barrionuevo, *Avisos*, II, 263; IV, 114.) Pero aun más nombre que éste, tuvo su hermano don Antonio Zapata, tercer conde de Barajas, jefe de la familia, y del cual se entendería por antonomasia *el Zapata*. Por todo ello, es lo más probable que a él sea precisamente a quien se refiere en los dos pasajes de nuestro texto y en el ya citado del *Discreto*.

<sup>7</sup> Sobre el empleo de esta conjunción cuando hoy ponemos *e*, queda ya nota 23, II, 19.

<sup>8</sup> *atendé*, *atended*: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>9</sup> *introduzgo*, *introduzco*: cfr. nota 47, I, 326.

<sup>10</sup> *otras*, 1653, B1664, 1669, 1683: *otra*, 1663, M1664, 1674, etc.

<sup>11</sup> En el juego de naipes, *tripular* es lo mismo que *descartar*. Y aplicada la voz a otras cosas con el mismo significado de *descartar* o *desechar*, no es insólita en la lengua clásica. “—¿Quién es? Que yo no lo sé. / —El novio que tripulé.” (Lope de Vega, *Las flores de Don Juan*, III, xix.) “Plegue a Dios que nunca vuelva, / y si vuelve y es pandilla, / que la tripules, y te abra / los ojos Santa Lucía.” (Tirso de Molina, *La celosa de sí misma*, II, ii.) “Confesaron al momento de plano y haber puesto mi ropa, por mandado de aquel galán y de mis buenas señoras, en poder del arriero de la corte, cargándola la tarde antes, y poco despues ellas y su nuevo guardian en muy gentiles mulas . . . ¿Quien viéndose engañado sufrió tales desprecios con tolerancia? . . . viéndome tripulado y puéstome en su lugar su sustituto.” (Gonzalo de Céspedes, *El soldado Píndaro*, II, xii.) “Los cuatro días prometidos por Marcelo para su venida a Florencia en la tripulada carta . . .” [una carta que había sido desechada y reemplazada por otra falsa]. (Matías de los Reyes, *El Menandro*, ed. cit., pág. 257.) Con el significado de *enojarse* se encuentra en el siguiente pasaje: “En fin, yo me tripulé en el nombre de humilladero, y fue la causa de tripularme y del engaño esta negra habla española.” López de Ubeda, *La pícara Justina*, ed. cit., II, 117.

poca dicha, quando llevado de su curiosidad el cortesano, se fué acercando lisongero; y aviéndolas celebrado, significó su deseo de saber quiénes eran, que lo que es el palacio bien conocido lo tenía, como tan pateado.<sup>12</sup>

*Madre del sol.* —Yo soi—dixo la primera—la que voi dando a todos los buenos días, mas ellos se los toman malos y los dan peores; yo, la que hago abrir los ojos, y a todo hombre que recuerde;<sup>13</sup> yo, la deseada de los enfermos y temida de los malos, la madre de la vividora alegría;<sup>14</sup> yo, aquella tan decantada esposa de Titón,<sup>15</sup> que en este punto dexo el camarín de nácar.<sup>16</sup>

—Pues, señora Aurora—dixo el cortesano—, aora no me espanto<sup>17</sup> de que no tengáis cabida en los palacios, donde no ai hora de oro, con ser todas tan pesadas. Aí no ai mañana,<sup>18</sup> todo es tarde: díganlo las esperanças. Y con ser assí, nada es oy, todo mañana. Assí, que no os canséis, que aí nunca amanece aun para vos, por tan clara.

<sup>12</sup> *pateado*, tan intencionadamente como se diría hoy, pero téngase en cuenta que *patear* "suelese hazer de despecho," como apunta Covarrubias.

<sup>13</sup> *recordar*, con doble sentido (y dejaremos fuera el porqué, para no adelantarnos al autor), el sentido moderno y el antiguo de *despertar*. A la memoria del lector acudirán aquí los primeros versos de las *Coplas* famosas de Jorge Manrique: "Recuerde el alma dormida, / abive el seso y despierte . . .," y los del *Romance de Melisenda*: "vase para los palacios / donde sus damas están. / Dando palmadas en ellas / las empezó de llamar: / —Si dormides, mis doncellas, / si dormides, recordad." (Menéndez Pidal, *El romancero español*, págs. 25-26.) Citada está aquella primera copla en *El casamiento por Cristo* (Nueva Ed. Acad., II, 17), comedia editada entre las de Lope, aunque nos parece muy improbable que le pertenezca, y glosada fué asimismo en su *Devoción del Rosario* (*ibíd.*, pág. 111). Compárese también para tal significado de *recordar*, Garcilaso de la Vega, *Egloga I*, v. 417; San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, v. 82; Fernández de Andrada, *Epístola moral a Fabio*, v. 72; Vicente Espinel, *Marcos de Obregón*, I, x; Jerónimo de Alcalá, *El donado hablador*, I, ii; II, vii. En nuestros propios días ha escrito Pérez Galdós "dar acuerdo de sí" por *despertar*, en *Misericordia*, ed. Madrid, 1920, pág. 40.

<sup>14</sup> Este hijo es el Sol, aunque para la mitología es en verdad su hermano.

<sup>15</sup> Eos, en latín Aurora, que abandonaba el lecho de su amado Titón para anunciar la salida del Sol a los dioses y a los mortales. Véase Homero, *Odisea*, V, 1-2.

<sup>16</sup> Feliz expresión poética, digna de Góngora, para decir que la Aurora salió en este punto del mar.

<sup>17</sup> *espantarse*, asombrarse: cfr. nota 36, I, 108.

<sup>18</sup> Comp. Antonio de Guevara: "la criança que de la corte trae es acostarse á media noche, levantarse á las onze, vestirse muy despacio." (*Menosprecio de corte*, ed. Clás. Cast., pág. 196.) En tono de censura afirmaba Vitrián (*op. cit.*, I, 148) que "es cavalleria dormir hasta medio dia, y mas si es mas cavallero."

Bolvióse a la segunda, que ya dezía:

—¿Nunca oíste nombrar aquella buena madre de un mal *La hija del* hijo? Pues yo soi, y él es Odio; <sup>19</sup> yo, la que siendo tan buena, *tiempo.* todos me quieren mal: quando niños, me bavean, y como no les entro de los dientes adentro, me escupen quando grandes. Tan esclarecida soi como la misma luz; que si no miente Luciano, hija soi, no ya del Tiempo, sino del mismo Dios.<sup>20</sup>

—Pues, señora mía—dixo el cortesano—, si vos sois la Verdad, ¿cómo pretendéis impossibles? ¿Vos en los palacios? ¡Ni de mil leguas! ¿De qué pensáis que sirven tanta afilada cuchilla? Que no aseguran tanto de traiciones, no por cierto, quanto de . . . de . . .<sup>21</sup> Bien podéis por agora, y aun para siempre, desistir de la empresa.

Ya en esto, la tercera, dulcíssimamente linda, robando coraçones, dixo:

—Aquélla soi sin quien no ai felicidad en el mundo, y con quien toda infelicidad se passa.<sup>22</sup> En las demás dichas de la vida se hallan mui divididas las ventajas del bien, pero en mí todas concurren: la honra, el gusto y el provecho. No tengo

<sup>19</sup> El dicho “Veritas odium parit” fué atribuído a Bías por Ausonio, *Ludus septem sapientum*, VIII, 191.

<sup>20</sup> Que *la Verdad es hija del Tiempo* se encuentra en varias lenguas modernas, y ha salido del “Veritas temporis filia,” citada ya como frase antigua por Aulo Gelio, XII, xi, 6. *La Verdad es hija del cielo* corresponde al proverbio latino “Veritas, a quocunque dicitur, a Deo est.”

<sup>21</sup> El texto dice: *quanto De De*. Téngase en cuenta que los impresores españoles no empleaban los puntos suspensivos, sino que en su lugar ponían una coma, o un punto; a veces, punto y coma; otras, dos puntos. Puede entenderse que las cuchillas aseguran a uno, no de las traiciones, sino *de dé*, esto es, de las peticiones. Pero tal significado no encaja en el texto: las peticiones no son incompatibles con la verdad. La llave del sentido está para mí en la palabra *cuchilla*, empleada con doble significado: lengua y arma. Y *cuchilla* se llamaba “el arma de acero que trahían los archeros de la guardia de Corps.” (*Dicc. Aut.*) La guardia de Corps era la de las personas reales, y *cuchilla* la que después se ha venido llamando alabarda. La pregunta del texto encierra, pues, doble sentido: ¿De qué sirven tantos cortesanos de lenguas mordaces? y ¿De qué sirven tantas alabardas como rodean a la persona real? Y la respuesta: Sirven de . . . de . . . defensa o guarda contra los asaltos de la Verdad, probablemente, y por respeto deja pendiente la frase, un recurso que veremos muy usado más adelante (v. gr., III, iii y iv). Que la Verdad no llega hasta los reyes es lamentación frecuente de Gracián (II, 353<sub>19</sub>, 357<sub>18</sub>, *et passim*).

<sup>22</sup> Bellamente había explicado en el *Oráculo*, 483 b: “No ay desierto como viuir sin amigos: la amistad multiplica los bienes y reparte los males: es vnico remedio contra la aduersa fortuna y vn desahogo del alma.”

lugar sino entre los buenos; que entre los malos, como dize Séneca, ni soi verdadera ni constante.<sup>23</sup> Denomínome del amor,<sup>24</sup> y assí a mí no me han de buscar en el vientre, sino en el corazón, centro de la benevolencia.

—Aora digo que eres la Amistad—aclamó<sup>25</sup> el cortesano—, tan dulce tú quan amarga la Verdad. Pero aunque lisongera, *Magestad sin amistad.* no te conocen los príncipes, que sus amigos todos son del rei, y ninguno de Alexandro: assí lo dezía él mismo.<sup>26</sup> Tú hazes de dos uno, y es impossible poder ajustar el amor a la magestad.<sup>27</sup> Paréceme, mis señoras, que todas tres podéis passar adelante: tú, Aurora, a los trabajadores; tú, Amistad, a los semejantes;<sup>28</sup> y tú, Verdad, yo no sé adónde.

Este crítico suceso les iba contando el noticioso Argos a nuestros dos peregrinos del mundo, y les asseguró avérselo oído ponderar al mismo cortesano:

—Aquí en este puesto—dezía—, que por esso me he acordado.<sup>29</sup>

Hallávanse ya en lo más eminente de aquel puerto de la varonil edad, corona de la vida, tan superior, que pudieron señorear desde allí toda la humana: espectáculo tan importante quan agradable, porque descubrían países nunca anda-

<sup>23</sup> Cfr. Séneca, *Epist.*, IX, 9.

<sup>24</sup> En efecto, *amistad* procede del bajo latín *amicitas*, *-alis*, que viene de *amicus*, y éste de *amo* (*amar*).

<sup>25</sup> *aclamó*, aunque lo natural era decir *exclamó*, pero el autor quiere expresar la idea de exclamation con aplauso.

<sup>26</sup> Refiérela Plutarco en sus *Dichos de reyes y grandes caudillos: Alejandro*, § 29.

<sup>27</sup> Cita del poeta anónimo, tan repetida entre los latinos: "Non bene conveniunt, nec in una sede morantur, / majestas et amor." Había escrito en el *Oráculo*, 511 a: "aficion y veneracion no se juntan bien."

<sup>28</sup> Porque, como dice Salustio: "Nam idem velle atque nolle, ea demum firma amicitia est." (*Catilina*, 20.) Cuenta Melchor de Santa Cruz la siguiente anécdota: "El Cardenal D. Fr. Francisco Ximenez, luego que fue Arzobispo de Toledo, escriuió a vn gran amigo que tenia, su buen suceso. Respondiole que, por lo que tocava a su Señoria Reuerendissima, le plazia mucho de la nueva dignidad; y por lo que era de su parte, le pesaua, porque auia perdido vn gran amigo; dando a entender que la verdadera amistad ha de ser entre iguales." *Floresta*, I, 2.

<sup>29</sup> Posible es que el autor tenga el pensamiento en Antonio Pérez, el secretario de Felipe II, que desde que pasó la frontera de Castilla a Aragón se desahogó lindamente contra la corte. Es también el único típico cortesano a quien mencionará en esta misma crisis. No hallo en las obras de Antonio Pérez ninguna alegoría semejante a la que acabamos de leer, pero sí repetidamente las ideas expuestas, propias de un cortesano desengañado, particularmente en su correspondencia: cfr. nota 29, I, 248.



dos, regiones nunca vistas, como la del Valor y del Saber, las dos grandes provincias de la Virtud y la Honra, los países del Tener y del Poder, con el dilatado reino de la Fortuna y el Mando; estancias todas mui de hombres y que a Andrenio se le hizieron bien estrañas. Mucho les valieron aqu[í] <sup>30</sup> sus cien ojos, que todos los emplearon. Vieron ya muchas personas, que es la mejor vista de quantas ai, perdóneme oi la belleza. Pero, cosa rara, que lo que a unos parecía blanco, a otros negro, tal es la variedad de los juizios y gustos; ni ai antojos <sup>31</sup> de colores que assí alteren los ojetos <sup>32</sup> como los afectos. <sup>33</sup>

*La mejor vista.*

—Veamos de una <sup>34</sup> quanto ai—dezía Critilo—, que todo se ha de ver y en lo más raro reparar.

Y començando por lo más lejos, que como digo se descubría no sólo desde el un cabo del mundo al otro, pero desde el primer siglo hasta éste:

—¿Qué insanos edificios son aquellos (hablando con la propiedad mariana) <sup>35</sup> que acullá lejos apenas se divisan y a glorias campean? <sup>36</sup>

—Aquéllas—respondió Argos, que de todo dava razón en desengaños—son las siete maravillas del orbe.

—¿Aquéllas—replicó Andrenio—, maravillas? ¿cómo es possible? Una estatua que se ve entre ellas ¿pudo serlo?

<sup>30</sup> *a que*, 1653, 1663, M1664, B1664, etc.: *aquellos*, 1748, 1757: correcta, 1773.

<sup>31</sup> *antojos*, anteojos: cfr. nota 116, I, 232.

<sup>32</sup> *ojeto*, con supresión de la *b* etimológica, no me parece corriente en la lengua literaria de aquel siglo, ni del anterior, sino vulgarismo que aún escuchamos en labios del pueblo.

<sup>33</sup> Compárese el refranero: *El amor mira con unos anteojos que hacen parecer oro al cobre; a la pobreza, riqueza, y a las legañas, perlas.* Sbarbi.

<sup>34</sup> *de una*, con elipsis, no de una vez, que no concertaría con el examen sucesivo que sigue, sino de una de las estancias o regiones nombradas.

<sup>35</sup> Graciosa salida humorística, y no mala imitación del P. Mariana, que a trechos gustó de darle un sabor arcaico a su lenguaje. “Afecta la antigüedad, i como otros se tiñen las barvas por parezer mozos, él para hazerse viejo.” (Saavedra Fajardo, *República literaria*, pág. 125.) Había ya dicho el propio P. Mariana que “algunos vocablos antiguos se pegaron de las corónicas de España de que usamos, por ser más significativos y propios, por variar el lenguaje y por lo que en razon de estilo escriben Ciceron y Quintiliano.” (*Hist. de España*, Prólogo, ed. BAE, XXX, li-lii.) Compárese nota 17, II, 4. Otro historiador, de los más artísticos y elegantes, Antonio de Solís, hallaba también que “alguna vez hermosean la narracion las palabras antiguas.” *Cartas*, ed. BAE, XIII, 577 b.

<sup>36</sup> *a glorias campean*: tómese la *a* por equivalente a *con* (cfr. nota 11, I, 351), o denotando el modo de acción, el significado será en todo caso *descuellan gloriosamente*.

—¡O sí!, que fué coloso de un sol.<sup>37</sup>

—Aunque sea el sol mismo, si es una estatua a mí no me maravilla.

*El sol que nace.* —No fué tan estatua,<sup>38</sup> que no fuese una bien política atención adorando el sol que sale y levantando estatua al poder que amanece.<sup>39</sup>

—Desde aora la venero. Aquel otro parece sepulcro: ¿también es maravilla?

—Y bien estraña.

—¿Cómo puede, siendo sepultura de un mortal?

—¡O!, que fué de mármoles y jaspes.

—Aunque fuera el mismo Panteón.<sup>40</sup>

—No veis que lo erigió una muger a su marido.<sup>41</sup>

—¡O qué bueno! A trueque de enterrarle, no digo yo de pórfidos, pero de diamantes, de perlas, si no lágrimas, avría muger que le construyesse pira.<sup>42</sup>

—Sí, pero aquello de ser Mausolo,<sup>43</sup> que dize permanecer sola, convertida en tortolilla,<sup>44</sup> creedme que fué un prodigio de fe.<sup>45</sup>

<sup>37</sup> Alusión al coloso de Rodas, una de las maravillas del mundo antiguo, erigido en conmemoración del triunfo que los isleños obtuvieron sobre Demetrio Poliorcetes el año 305 a. de J. El *sol* aludido es el del triunfo o el sol que amanece, según se verá a continuación.

<sup>38</sup> Como si dijera, no fué tan insensible, tan sin sentido.

<sup>39</sup> Compárese: "Phures adorant solem orientem quam occidentem," que suele atribuírse al dictador Sila, y que tiene su correspondiente castellano en *arrimarse al sol que más calienta*.

<sup>40</sup> *Panteón*, con las acepciones de cementerio (como si dijera, no ya una sepultura, sino todo un panteón) y el templo dedicado al culto de todos los dioses en la antigua Roma.

<sup>41</sup> Defendiendo irónico su tesis de que es maravilla bien extraña.

<sup>42</sup> *pira* (en que se quemaban los cuerpos de los difuntos y las víctimas de los sacrificios) de diamantes, de perlas, claro está.

<sup>43</sup> Mausolo, rey de Caria, enterrado en el sepulcro magnífico y suntuoso que su esposa Artemisa hizo erigir, según refiere, entre otros, Valerio Máximo (IV, 6). Este sepulcro, el Mausoleo, cuadrado y de ciento cuarenta pies de altura, estaba rodeado de columnas jónicas y adornado con esculturas labradas por famosos artistas. Sus vestigios se hallan ahora en el Museo Británico.

<sup>44</sup> *tortolilla*, 1653, B1664, 1669, 1683, etc.: *tortilla*, 1663, M1664, 1773, 1913-14. Llámala así, no sólo por el significado que la voz tiene de *amartelada*, *enamorada*, sino porque esta ave se viene poniendo de ejemplo de castidad tradicionalmente, "la cual, despues de muerto el marido, permanece en perpetua viudez, sin admitir otro . . . no quebranta la fe dada al primer matrimonio, porque sabe guardar castidad," escribe fray Luis de Granada, con citas de otros autores que en el mismo lugar pueden leerse (ed. BAE, VI, 239 b, 240 a).

<sup>45</sup> *fe*, esto es, *fe conyugal* o fidelidad.

—¡Eh!, dexemos maravillas que caducan—dixo Andrenio—. ¿No ai alguna moderna? ¿No haze ya milagros el mundo?

—Sin duda que assí como dizen que van degenerando los hombres y siendo más pequeños <sup>46</sup> quanto más va <sup>47</sup> (de suerte que cada siglo merman un dedo, y a este passo vendrán a parar en títeres y figurillas, que ya poco les falta a algunos), sospecho que también los coraçones se les van achicando; y assí, se halla tanta falta de aquellos grandes sugetos que conquistavan mundos, que fundavan ciudades, dándolas sus nombres, que era su real *faciebat*.<sup>48</sup>

—¿Ya no ai Rómulos, ni Alexandros, ni Constantinos? <sup>49</sup>

—También se hallan algunas maravillas flamantes—respondió Argos—, sino que como se miran de cerca, no parecen.<sup>50</sup>

*Maravillas modernas.*

—Antes, avían de verse más, que quanto más de cerca se miran las cosas mucho mayores parecen.

—¡O no!—dixo Argos—, que la vista de la estimación es mui diferente de la de los ojos en esto del aprecio. Con todo esso, atención a aquellas sublimes agujas que campean en la gran cabeça del orbe.<sup>51</sup>

—Aguarda—dixo Critilo—, ¿aquélla tan señalada es la

<sup>46</sup> Quien lo dice es Plinio, *Hist. Nat.*, VII, 16: “In plenum autem cuncto mortalium generi minorem in dies fieri, propemodum observatur: rarosque patribus proceriores.” Concepto muy repetido en todo tiempo y que Gracián pudo leer, entre tantos otros lugares, en el primer capítulo de la *Silva de varia lección*, de Pedro Mejía, que trata de “Cuanto más larga fué la vida de los hombres en la primera edad y principio del mundo que agora es: y qué razones hay naturales para que así fuese: y cuánto nos excedieron también en la estatura y miembros.”

<sup>47</sup> En la crisi v de la Tercera Parte, escribe que “son fatales los yerros en los principios de las empressas por ir creciendo y aumentándose quanto más va,” sobrentendiéndose *tiempo*, esto es, quanto más tiempo va o pasa (cfr. también II, v; III, i). En el pasaje de ahora puede entenderse lo mismo, o dándole por sujeto *el mundo* entender *va adelante*.

<sup>48</sup> Como si dijera su *regia firma*, tomando la palabra *faciebat* de la firma que a veces ponían los artistas a sus obras, ya con todas sus letras (*Antonius Mor faciebat*, en el supuesto retrato del duque de Alba, Museo de la Hispanic Society of America), ya en abreviatura (*Escalante f.*, en el cuadro de *La Anunciación*, firmado el mismo año de 1653 en que se publicó esta Segunda Parte). A veces también se ponía en español (*Jū De Baldes Leal lo pintava*, en su *Via Crucis*).

<sup>49</sup> Estos precisamente por ser, al par que “grandes sugetos,” los fundadores o los que dieron su nombre a Roma, Alejandría y Constantinopla.

<sup>50</sup> *parecer*, en su propia acepción intransitiva de *aparecer* o *dejarse ver*.

<sup>51</sup> *agujas* . . . en la gran cabeça, con equívoco de chapiteles de los templos y varillas de metal o concha que usan las mujeres en su tocado.

cabeça del mundo? ¿Cómo puede ser si está entre pies <sup>52</sup> de Europa, a pierna tendida de Italia por medio del Mediterráneo, y Nápoles su pie?

—Essa que te parece a ti andar entre pies de la tierra, es el cielo, la coronada cabeça del mundo y mui señora de todo él, la *Roma*. sacra y triunfante Roma, por su valor, saber, grandeza, mando y religión; corte de personas, oficina de hombres, pues restituyéndolos a todo el mundo, todas las demás ciudades la son colonias de policía.<sup>53</sup> Aquellos empinados obeliscos que en sus plaças magestuosamente se ostentan, son plausibles maravillas modernas. Y advertí <sup>54</sup> una cosa, que con ser tan gigantes,<sup>55</sup> aun no llegan con mucho a la superioridad de prendas de sus santísimos dueños.

—Ora <sup>56</sup> ¿no me dirás una verdad?: ¿qué pretendieron estos sacros héroes <sup>57</sup> con estas agujas tan excelsas?, que aquí algún misterio apuntan digno de su piadosa grandeza.

—¡O sí!—respondió Argos—, lo que pretendieron fué coser <sup>58</sup> la tierra con el cielo, empresa que pareció imposible a los mismos Césares,<sup>59</sup> y éstos la consiguieron. ¿Qué estás mirando tú con tan juizioso reparo?

<sup>52</sup> *entre pies*, que serán las penínsulas helénica e ibérica: cfr. nota 153, I, 212.

<sup>53</sup> No anduvo aquí muy lúcido el autor, que parece referirse a la dirección espiritual del Sumo Pontífice y a los que en su representación ostentan altas dignidades en las provincias eclesiásticas, que serán las colonias o dependencias de buen orden y gobierno.

<sup>54</sup> *advertí*, advertid: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>55</sup> *gigante*, *giganteo* y *gigántico* eran los adjetivos corrientes; *gigantesco* no fué registrado siquiera en los vocabularios de Franciosini y Oudin, ni en el *Dicc. de Autoridades*. Gracián da resuelta preferencia al primero, y sólo tengo anotado un caso de *giganteo* en sus *Obras* (I, 530 b), aunque ésta última es la forma predilecta de otros escritores, como Carducci, en sus *Diálogos de la pintura*, Madrid, 1633, fol. 12, *et passim*.

<sup>56</sup> *Ora*, 1653, B1664: *Aora*, M1664, 1669, etc. Ambas formas alternaban por *ahora*, así como a veces se ponía también *hora*: cons. Rufino J. Cuervo, *Apuntaciones críticas*, § 82.

<sup>57</sup> *héroes*, por hombres superiores, aludiendo a los Papas: cfr. nota 79, II, 14.

<sup>58</sup> *coser*, precisamente por haber hablado de las *agujas*, en vez de unir; por la unión espiritual se entiende, claro está. Tal empleo de *aguja* era común: “el aguja de piedra que tiene la ceniza de Rómulo y Remo,” se lee en *La Lozana Andaluza* (1528) de Francisco Delicado, ed. París, 1888, t. I, pág. 124.

<sup>59</sup> Por verse declarados vanamente deidades tutelares, como Julio César o Alejandro (cfr. *El Héroe*, II, 515 a), tanto como por haberse esforzado en levantar grandiosos monumentos, que con sus agujas (torres) aspiraban a coser la tierra con el cielo, para dejar memoria inmortal de su reinado.

—Miro—dixo Andrenio—, que en cada provincia ai que notar, aquel murciégalo <sup>60</sup> de ciudades, anfibia corte, que ni bien está en el mar ni bien en tierra y siempre a dos vertientes. <sup>61</sup> *Venecia.*

—¡O qué política—exclamó Argos—, qué tan de sus principios le viene, tan fundamentalmente comienza! Y deste su raro modo de estar, celebrava el bravo Duque de Osuna la razón de su estado.<sup>62</sup> Aquélla es la nombrada canal <sup>63</sup> con que el mismo mar saben traer acanalado a su con Venecia.<sup>64</sup>

—¿No ai maravillas en España?—dixo Critilo, bolviendo la mira a su centro—. ¿Qué ciudad es aquella que tan en punta parece que amenaza al cielo?

<sup>60</sup> *murciégalo*, 1653, M1664, B1664, etc.: *murcielago*, 1748, 1757: *morciégalo*, 1773. En el período clásico, digamos desde *La Celestina* (ed. Clás. Cast., I, 144) hasta las obras de Antonio de Mendoza (ed. Madrid, 1728, pág. 266 a), *murciégalo* o *morciégalo* eran las formas comunes. En la Edad Media se había dicho también *murciego* (v. gr., *Libro de Alexandre*, estr. 2013 c), la más propia de todas etimológicamente, y asimismo corre hoy en Andalucía *morceguillo* (cons. Antonio Alcalá Venceslada, *Vocabulario andaluz*, Andújar, 1933). Como ave de mal agüero, cuya sangre entra en los maleficios, no va muy favorecida con su comparación la tal ciudad. Cons. C. J. Forsyth Major, *Italienische Vulgärnamen der Fledermaus*, en *Zeitschrift für Rom. Phil.*, 1893, XVII, 152, n. 5.

<sup>61</sup> “La raposa Veneciana” le llama Antonio de Mendoza (*Obras*, 14 b). Quien mejor conoció aquella ciudad, por dentro y por fuera, fué el áspero Quevedo: “La ciudad fundada en el agua; el tesoro y la libertad, en el aire; la deshonestidad, en el fuego. Y al fin, es gente de quien huyó la tierra . . . Y el turco los permite por hacer mal a los cristianos; los cristianos, por hacer mal a los turcos; y ellos, por poder hacer mal a unos y a otros, no son moros ni cristianos.” (*Sueños*, I, 246–247.) Y en su *Lince de Italia* afirma que Venecia “busca la paz con la boca, y la guerra con los dineros,” y que es “el chisme del mundo y el azogue de los príncipes; es una república que ni se ha de creer ni se ha de olvidar . . . remedo de las paces de los elementos, que con sus contrarios simboliza con una calidad, y se contradice con otra por otra; y así su abrazo es una guerra pacífica.” Ed. BAE, XXIII, 242 b, 244 b.

<sup>62</sup> Sobre el tercer duque de Osuna, el Grande, queda nota 86, I, 227. Durante su gobierno en los virreinos de Sicilia y Nápoles anduvo en continuos manejos contra la república veneciana, de la cual dijo no pocos dichos ingeniosos que se pueden leer en la *Vita di don Pietro Giron, Duca d'Ossuna* (Amsterdamo, 1699) de Gregorio Leti, Parte III, lib. I: ed. Amsterdam, 1700–1701, t. III, págs. 3–159.

<sup>63</sup> Alude, claro está, al llamado Canal Grande, que en forma de S atraviesa toda la ciudad. La voz *canal*, que hoy empleamos casi siempre como masculina, era usada como femenina casi invariablemente en el siglo de oro.

<sup>64</sup> *con Venecia*, 1653, B1664, 1669: *conueniencia*, M1664, 1683, etc. No bastándole lo de *canal* . . . *acanalado*, quiere jugar en la misma frase con lo de *su con-vene[n]cia*.

—Será Toledo, que a fianças<sup>65</sup> de sus discreciones aspira a taladrar las estrellas, si bien aora no la tiene.<sup>66</sup>

—¿Qué edificio<sup>67</sup> tan raro es aquel que desde el Tajo sube escalando su alcázar, encaramando cristales?<sup>68</sup>

—Esse es el tan celebrado artificio de Juanelo,<sup>69</sup> una de las maravillas modernas.

—No sé yo porqué—replicó Andrenio—, si al uso de las cosas mui artificiosas<sup>70</sup> tuvo más de gasto que de provecho.<sup>71</sup>

—No discurría assí—dixo Argos—, quando lo vió, el *Cardenal* eminentemente discreto cardenal Tribulcio,<sup>72</sup> pues dixo que no *Tribulcio.* avía auido en el mundo artificio de más utilidad.

—¿Cómo pudo dezir esso quien tan al caso discurría?

—Aí veréis—dixo Argos—, enseñando a traer el agua a su molino<sup>73</sup> desde sus principios, haziendo venir de un cauze en otro al palacio del Católico Monarca el mismo río de la plata,<sup>74</sup> las pesquerías de las perlas, el uno y otro mar, con la inmensa riqueza de ambas Indias.

—¿Qué palacio será aquel—preguntó Critilo—que entre todos los de la Francia se corona de las flores de oro?<sup>75</sup>

<sup>65</sup> *a fianças*, en prenda; sobre la discreción toledana, véase nota 44, I, 296.

<sup>66</sup> No tiene buena estrella por haber dejado de ser la corte inmemorial de España, trasladada por Felipe II a Madrid en 1560.

<sup>67</sup> *edificio*, en su acepción general de *obra* o *fábrica*.

<sup>68</sup> Acordóse aquí una vez más de los poetas, pero quitándole a la frase el adjetivo habitual, *líquidos cristales*, le robó la dulzura y gracia.

<sup>69</sup> Sobre este artífice y su famosa noria, queda ya nota 40, I, 220.

<sup>70</sup> *artificiosas*, artísticas: cfr. nota 39, I, 108.

<sup>71</sup> Trata Gracián en *El Discreto* (XX, 393 a) de ciertos hombres todo afectación y pompa, y los compara con el artificio de Juanelo, “de igual ruido y poco prouecho.”

<sup>72</sup> Don Juan Jacobo Tribulcio, de noble familia italiana, se distinguió en la carrera de las armas al servicio de España. Abrazó luego el estado eclesiástico, llegando a ser cardenal en 1626. Nombrado virrey de Aragón en 1642, allí pudo Gracián conocerlo personalmente. Estuvo de embajador de España en Roma desde 1651 hasta 1654. En 1655 era gobernador del estado español de Milán, y al siguiente año falleció en Pavía.

<sup>73</sup> “*Traer el agua a su molino*. Encaminar las cosas a su provecho.” Correas.

<sup>74</sup> Equívoco análogo al de Góngora, cuando escribe: “Qualquiera que pleitos trata, / aunque sean sin razon, / dexe el rio Marañon, / i entre en el rio de la Plata.” *Obras*, I, 219.

<sup>75</sup> Por las flores de lis de la corona de Francia: cfr. nota 8, I, 186. “La corona de los lilios” había llamado ya a la de aquellos reyes en *El Héroe*, IV, 518 a.

—Gran casa y gran cosa—respondió Argos—. Esse es el *Palacio del trono real*, ésse la más brillante esfera, ésse el primer palacio *rey de* del Rei Christianíssimo <sup>76</sup> en su gran corte de París, y se llama *Francia*. el Lobero.<sup>77</sup>

—¿El Lobero? ¡Qué nombre tan poco cortesano, qué sonsonete de grosería! Por qualquier parte que le busquéis la denominación, suena poco y nada bien.<sup>78</sup> Llamárase el jardín de los más fragantes lilios,<sup>79</sup> el quinto cielo <sup>80</sup> de tanto christianíssimo Marte, la popa de los soplos de la fortuna; pero el Lobero no es nombre decente a tanta magestad.

—¡Eh!, que no lo entendéis—dixo Argos—. Creedme que dize más de lo que suena y que encierra gran profundidad. Llámase el Lobero (y no voi con vuestra malicia) <sup>81</sup> porque aí se les ha armado siempre la trampa a los rebeldes lobos con piel de ovejas; digo, aquellas horribles fieras hugonotas.<sup>82</sup>

—¡O qué brillante alcázar aquel otro—dixo Andrenio—, corona de los demás edificios, fuente del lucimiento, comunicándoles a todos las luzes de su permanente esplendor! ¿Si sería <sup>83</sup> del augusto Ferdinando Tercero,<sup>84</sup> aquel gran César que

<sup>76</sup> *Christianíssimo*, sobrenombre bien conocido que se daba por antonomasia a los reyes de Francia.

<sup>77</sup> *Lobero* y *Lobre* se llamaba indistintamente en aquellos siglos al palacio real del Louvre. “El Rey Francisco [Primero], preso en España, y envidioso de los palacios y casas de campo destos Reyes, comenzó en Francia el suntuoso palacio de Lobre en Paris, que sus hijos acabaron, y la casa de campo de Fontenebleo.” (Juan Vitrián, *Las memorias de Comines*, II, 461.) “Palacio del Lovero, donde conforme al uso ordinario, avia elegido su habitacion el Rey Francisco.” P. Basilio Varen de Soto, trad. *Historia de las guerras civiles de Francia*, de Enrico Caterino Davila, ed. Amberes, 1713, t. I, pág. 10 a.

<sup>78</sup> Frase elíptica: *suenan poco bien, y aun nada bien*.

<sup>79</sup> *lilios*: cfr. nota 75.

<sup>80</sup> Como apunta Rodríguez Marín en sus anotaciones del *Quijote* (I, xxix), suele darse a *quinto* un valor de superlativo en varias locuciones familiares: *la quinta esencia*, *los quintos infiernos*, etc.

<sup>81</sup> Cuya malicia le haría pensar en que *lobero* puede sonar a caudillo de lobos, o que *lobera* es guarida de lobos.

<sup>82</sup> Estudio luminoso de estos sectarios franceses de Calvino, y de su época, es el de Joseph Kervyn de Lettenhove, *Les Huguenots et les Gueux. Étude historique sur 25 années du XVI<sup>e</sup> siècle (1560–1585)*, Bruges, 1883–85.

<sup>83</sup> *sería*: cfr. nota 94d, I, 367.

<sup>84</sup> Fernando III (1608–1657), emperador de Alemania, piadoso y patriota, amante de las artes, particularmente de la música, que cultivó con lucimiento, siguió una política religiosa, enérgica y prudente. Más adelante (II, xii) leeremos un extraordinario elogio en su honor. *Ferdinando*, a la latina, designando a los emperadores de Alemania, era corriente en la

está oi esparciendo por todo el orbe el resplandor de sus exemplos? También podría ser de aquel tan valerosamente religioso monarca Juan Casimiro de Polonia, vitorioso primero *Rey de Polonia.* de sí mismo y triunfante después de tanto monstruo rebelde.<sup>85</sup> ¡O qué claridad de alcázar y qué rayos está esparciendo a todas partes! Merece serlo del mismo sol.

—Y lo es—respondió Argos—, digo de aquella sola reina entre quantas aí, la inmortal Virtelia.<sup>86</sup> Mas por allí avéis de encaminaros para bien ir.

—Yo allá voi desde luego—dixo Critilo.

—Y allí veréis—añadió Argos—que aunque es tan magestuoso y brillante, aun no es digno epiciclo de tanta belleza.

Estando en esta divertida fruición de grandezas, vieron venir azia sí cierta maravilla corriente:<sup>87</sup> era un criado pronto. Y lo que más les admiró fué que dezía bien de su amo.<sup>88</sup> Preguntó, en llegando, cuál era el Argos verdadero, quando todos por industria lo parecían.

—¿Qué<sup>89</sup> me quieres?—respondió él mismo.

—A ti me embia un cavallero cuyo nombre, ya fama, es *Maravillas de la Fortuna.* Salastano, cuya casa es un teatro<sup>90</sup> de prodigios, cuyo discreto empleo es lograr<sup>91</sup> todas las maravillas, no sólo de la naturaleza y arte, pero más las de la fama, no olvidando las de la for-

lengua clásica, v. gr., Góngora, *Obras*, III, 167. Gracián siempre los llama así, aunque invariablemente escribe *Fernando* para los monarcas españoles.

<sup>85</sup> Juan Casimiro Vasa o Juan II (1609–1672), rey de Polonia, “vitorioso primero de sí mismo” porque renunció al mundo con su ingreso en la Compañía de Jesús, hasta que a la muerte de su hermano, Ladislao VII, fué elegido rey de Polonia (1649). Abdicó en 1668. Durante su reinado mantuvo guerras contra los rusos, cosacos, tártaros y suecos.

<sup>86</sup> *Virtelia*, personificación de la Virtud, es nombre acuñado por Gracián al estilo del que llevan los otros personajes alegóricos de su obra, *Felisinda*, *Falimundo*, *Falsirena*, etc.

<sup>87</sup> *corriente*, con intención paradójica tratándose de una maravilla, y también porque era una maravilla que iba corriendo.

<sup>88</sup> Por ser los criados enemigos domésticos, como dirá repetidamente (II, iii, x; III, ii).

<sup>89</sup> *qué*, para *qué*: “Este doncel os doy que os sirva.” (*Amadís de Gaula*, I, iv.) “Al qual puso entre él e mí, que te buscasse e allegasse e abrigasse.” (*La Celestina*, I, 99.) “Fuíme a mi madre corriendo, que me escondiese.” (Quevedo, *Buscón*, ed. Clás. Cast., pág. 25.) “Traigo un pesar / y véngolo a consultar / con vos, que me aconsejeis.” (Calderón, *Casa con dos puertas*, ed. G. T. Northup, *Three Plays by Calderon*, New York, 1926, pág. 69.) Asimismo se decía *qué* significando *por qué*: cfr. nota 86, II, 330.

<sup>90</sup> *teatro*, en su sentido metafórico de “lugar donde alguna cosa está expuesta a la estimacion o censura universal.” *Dicc. Auts.*

<sup>91</sup> *lograr*, en su acepción de *conseguir*, o quizá en la de *disfrutar*: cfr. nota 18, I, 119.



tuna.<sup>92</sup> Y con tener oí atessoradas todas las más plausibles, assí antiguas como modernas, nada le satisfaze hasta tener alguno de tus muchos ojos, para la admiración y para la enseñanza.

—Toma este de mi mano—dixo Argos—y llévaselo depositado en este cofrecillo de cristal; y dirásle que lo emplee en tocar con ocular mano todas las cosas antes de creerlas.<sup>93</sup> *Mano ocular.*

Partíase tan diligente como gustoso, quando dixo Andrenio:

—Aguarda, que me ha salteado <sup>94</sup> una curiosa pasión de ver essa casa de Salastano y lograr <sup>95</sup> tanto prodigio.

—Y a mí de procurar su amistad—añadió Critilo—, ventajosa felicidad de la vida.<sup>96</sup>

<sup>92</sup> Había ya escrito Gracián en *El Discreto*, XVIII, 387 a: “O celebre Museo y plausible Teatro de toda esta antigua, griega y romana cultura, assí en estatuas como en piedras, ya en sellos anulares, ya en monedas, vasos, urnas, laminas y camafeos, el de nuestro mayor amigo, el culto y erudito D. Vincencio Iuan de Lastanosa, honor de los romanos por su memoria, gloria de los aragoneses por su ingenio; quien quisiere lograr toda la curiosidad jūta, frequēte su original Museo; y quiē quisiere admirar la docta erudicion y rara de la antigüedad, solicite el q̄ ha estampado de las monedas españolas desconocidas.” Lastanosa llegó a reunir “colecciones de toda especie, verdaderamente notables, no menos por el método que había presidido en su formación, como por su valor intrínscico. Todo lo que podía solicitar la curiosidad humana estaba reunido. El mismo Lastanosa nos ha dejado la descripción en dos opúsculos inéditos: el uno lleva por título: *Relación de lo que pasó a D. Vincencio Juan de Lastanosa a 15 de Octubre del año 1662 con un Religioso docto y grabe* (Bib. Nac. de Madrid, MS. 18.727<sup>65</sup>). El otro, desgraciadamente incompleto, acompañado del plano parcial de su casa y jardines, se titula: *Las tres cosas singulares que tiene la Casa de Lastanosa en este año de 1639* (Bib. Nac. de Madrid, MS. 18.727<sup>46</sup>). Estas tres maravillas eran la biblioteca, la colección de armas o *Armería*, y los jardines. Se concibe, cuando se han recorrido estas páginas, descontando una exageración muy natural, que la reputación de este Museo traspasase las fronteras, y que uno de los huéspedes ilustres de esta morada, D. Bernardino Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, pudiera escribir a Lastanosa, enviándole un monetario en agradecimiento de una hospitalidad de quince días: *Puede decirse que quien va a Huesca y no ve la casa de Lastanosa no ha visto nada.*” A. Coster, *Linajes de Aragón*, 1912, III, 163–164; cons. Coster, *Une description inédite de la demeure de . . . Lastanosa*, en *Revue Hispanique*, 1912, XXVI, 566–610.

<sup>93</sup> Sobre esta mano ocular, y el emblema de Alciato, véase lo que queda dicho en nota 180, II, 43.

<sup>94</sup> *saltear* por *asaltar* era tan común como *salto* por *asalto*: “apenas lo hice, cuando me hallé de repente salteado.” (Gonzalo de Céspedes, *El soldado Píndaro*, II, v.) Cfr. nota 123, II, 34.

<sup>95</sup> *lograr*, disfrutar.

<sup>96</sup> Así lo afirma el *Eclesiástico*, XXV, 12: “Beatus, qui invenit amicum verum.” Véase, asimismo, VI, 14–15.

—Id—confirmó Argos—, y en tan buena hora, que no os pesará en toda la vida.

Fué el viage peregrino oyéndole referir cosas bien raras.

—Solas las que yo le he diligenciado—dezía—pudieran admirar al mismo Plinio,<sup>97</sup> a Gesnero<sup>98</sup> y Aldrobando.<sup>99</sup> Y dexando los materiales portentos de la naturaleza, allí veréis en fieles retratos todas las personas insignes de los siglos, assí hombres como mugeres, que de verdad las ai: los sabios y los valerosos, los Césares y las emperatrices, no ya en oro, que éssa es curiosidad ordinaria, sino en piedras preciosas y en camafeos.<sup>100</sup>

—Essa—dixo Critilo—, con vuestra licencia, la tengo por una diligencia inútil, porque yo más querría ver retratados sus relevantes espíritus que el material gesto, que comúnmente en los grandes hombres carece de belleza.

—Uno y otro lograréis en caracteres<sup>101</sup> de sus hazañas, en libros de su doctrina, y sus retratos también; que suele dezir mi amo que, después de la noticia de los ánimos, es parte del gusto ver el gesto, que de ordinario suele corresponder con los hechos. Y si por ver un hombre eminente, un Duque de Alba<sup>102</sup> los entendidos, un Lope de Vega los vulgares, cami-

<sup>97</sup> Plinio el Viejo, cuya *Historia Natural* puede ser calificada justamente de museo literario de todas las curiosidades de la antigüedad.

<sup>98</sup> Conrado de Gesner (1516–1565), naturalista y humanista suizo llamado *el Plinio Alemán*, fundador de un jardín botánico y de un gabinete de historia natural, autor de numerosas obras.

<sup>99</sup> Ulises Aldrovandi (1522–1605), naturalista que reunió grandes colecciones de yerbas, minerales, etc., y compuso obras importantes.

<sup>100</sup> Entre los objetos de su librería y museo, señala Lastanosa mismo: “Octavo escritorio: Sirve de custodia a la porción más preciosa de la antigüedad, que son retratos de emperatrices y emperadores en piedras preciosas, como son nicles, esmeraldas, ónix, cornalinas y ágatas, y casi cuantas piedras se conocen en la Naturaleza y tienen nombre, donde se equivoca lo precioso con lo raro del Arte, por la sutileza con que están esculpidas.” Coster, *Linajes*, pág. 227.

<sup>101</sup> *caracteres*, en su acepción de *marcas* o *dibujos*.

<sup>102</sup> Don Fernando Alvarez de Toledo (1507–1582), tercer duque de Alba, *el Grande*, el que provocó la envidia, el odio y la admiración de toda Europa. Recuérdales nuestro autor frecuentemente en sus obras y refiere anécdotas suyas como la siguiente: “Estaua el mūdo lleno de las proezas del que fue alua del mayor Sol, digo de las vitorias de D. Hernando Aluarez de Toledo, y con lle[n]jar vn mundo, no mediauan su gusto; estrañándole la causa, dixo que en quarenta años de vencer, teniendo por campo toda Europa, por blasones todas las empresas de su tiempo, le parecía todo nada, pues nunca auia visto vn exercito de turcos delante: donde la vitoria fuera triunfo de la destreza, y no del poder, donde la excessiua potencia humillada ensalçara la experiencia y el valor de vn caudillo.” *El Héroe*, V, 519 b.

navan muchas leguas,<sup>103</sup> apreciando las eminencias, aquí se caminan siglos.

—Primor fué siempre de acertada política—ponderó Critilo—eternizar los varones insignes en estatuas, en sellos y en medallas, ya para ideas <sup>104</sup> a los venideros, ya para premio a los passados: véase que fueron hombres y que no son impossibles sus exemplos.

—Al fin—dixo el criado—, háselos entregado la antigüedad a mi amo, que ya que no los pudo eternizar en sí mismos, se consuela de conservarlos en imágenes. Pero las que muchos celebran y las miran y aun llegan a tocarlas con las manos, son las mismas cadenillas de Hércules, que procediéndole a él de la lengua, aprisionavan a los demás de los oídos; <sup>105</sup> y quieren dezir las huvo de Antonio Pérez.<sup>106</sup>

*Cadenillas  
de Hércules.*

<sup>103</sup> En cuanto a la curiosidad de las gentes por ver al famoso duque de Alba, consúltese Joseph Vicente Rustant, *Historia . . . del Duque de Alba, escrita y extractada de los más verídicos autores*, Madrid, 1751, t. II, págs. 65, 87, *et passim*. Respecto del no menos famoso Lope de Vega, recuérdese lo que de él escribía su discípulo Pérez de Montalbán: “Vinieron muchos desde sus tierras solo a desengañarse que era hombre. Enseñábanle en Madrid a los forasteros como en otras partes un templo, un palacio y un edificio.” (*Fama póstuma*, 1636, ed. BAE, XXIV, xv.) Fabio Franchi, literato italiano, fué a Madrid principalmente para conocer a Lope. (Cons. Rennert y Castro, *Vida de Lope de Vega*, Madrid, 1919, pág. 363, n. 1.) Suerte igual tuvieron algunos antiguos, como Tito Livio, del cual refiere Plinio el Joven (II, iii, 8) que un habitante de Gades (Cádiz), impresionado por la gloria del gran historiador, fué a Roma sólo por verlo, y tan pronto como lo vió, tornóse a su tierra.

<sup>104</sup> *ideas*, modelos: cfr. nota 23, II, 5.

<sup>105</sup> Así lo dice Luciano (*Heracles*, § 3), señalando burlescamente este rasgo del personaje como el más sorprendente que pudieran atribuirle los celtas. Regístralo Barclay en su *Satiricón* (*Evphormionis Lusinini sive Ioanis Barclaii Satyricon*, Lugd. Batavorum, 1637, pág. 628). Pero Gracián lo recordaba como leído en Alciato (*Eloquentia fortitudine praestantior*), pues escribe en la *Agudeza y arte de ingenio*, XIX, 128: “Por vna contraposicion entre la excelencia que lleva el Ingenio a las fuerças, el philosopho en verso Andres Alciato pinta en vn conceptuoso emblema a Hercules, que con las cadenillas de su voca aprisiona las gentes que no pudo sugetar con la azerada claba.” Alude nuestro autor al mismo tema en *El Héroe* (XV, 531 a) y en *El Discreto* (V, 352 b). Cons. Eugenio Mele, *Il Gracián e alcuni “emblemata” dell’ Alciato*, en *Giornale storico della letteratura italiana*, 1922, LXXIX, 373–374; C. L. Nicolay, *Balthasar Gracián and the Chains of Hercules*, en *Modern Language Notes*, 1905, XX, 15–16. Téngase en cuenta que entre las estatuas que adornaban la segunda sala de la biblioteca de Lastanosa, había cuatro grupos escultóricos que “representaban cuatro de los trabajos de Hércules con un realismo sorprendente.” *Linajes de Aragón*, 1912, III, 165.

<sup>106</sup> Véase nota 152, I, 311.

—Essa es una gran curiosidad—ponderó Critilo—, garavato <sup>107</sup> para llevarse el mundo tras sí. ¡O gran gracia <sup>108</sup> la de las gentes!

—¿Y de qué son?—preguntó Andrenio—; porque de hierro, cierto es que no serán.

—En el sonido parecen de plata y en la estimación de perlas de una mui cortesana eloqüencia.

A este modo les fué refiriendo raras curiosidades, quando *Huesca* descubrieron desde un puesto bien picante,<sup>109</sup> en el centro de *vitoriosa*. un gran llano, una ciudad siempre vitoriosa.<sup>110</sup>

—Aquel ostentoso edificio con rumbos de palacio—dixo—es la noble casa de Salastano, y éstos que ya gozamos sus jardines.

Fuélos introduciendo por un tan delicioso quan dilatado parque que coronavan frondosas plantas de Alcides, prometiéndole en sus hojas, por símbolos de los días, eternidades de fama.<sup>111</sup> Començaron a registrar fragantes maravillas,<sup>112</sup> toparon luego con el mismo laberinto de azares, cárcel del secreto, amenazando riesgos al que le halla y evidentes al que le descubre.<sup>113</sup> Más adelante se veía un estanque, gran espejo

<sup>107</sup> *garavato*, gancho que coge con maña.

<sup>108</sup> *gracia*, dicho irónicamente y en censura de los que se guían por el encanto de las palabras, y no por las obras.

<sup>109</sup> *picante* (corregido con *elevado* en la ed. 1773, pág. 190 a), dicho humorísticamente por puesto que pica muy alto, sino es que, violentando la lengua, ha sacado *picante* del *pico* o cúspide de una montaña para aludir a algún paraje particular, como el paso o puerto de Picalayuela.

<sup>110</sup> El escudo de armas de Huesca ostenta el lema *Vrbi Victrix Osca*. En la *Agudeza y arte de ingenio* (XVI, 108) había celebrado a “la vencedora Huesca . . . honor de España y gloria de toda la iglesia.”

<sup>111</sup> Comentando el emblema *Populus Alba*, de Alciato, escribió Diego López (*loc. cit.*, fol. 472): “El alamo es dedicado a Hercules porque dicen que quando baxó al infierno, sintiendose cansado, hizo vna corona de alamo, con la qual se refrescó algun tanto, y de aqui le llamó el Poeta, Ecloga 7, *Populus gratissima Alcidae*. Significa la noche por la parte que esta negro, y el dia por la parte que esta blanco, y el tiempo porque las hojas siempre se está meneando, significando que el tiempo siempre va pasando.”

<sup>112</sup> En los jardines de Lastanosa veíanse reunidas “las plantas más raras, y el propietario estaba generosamente a disposición de los aficionados para proveerles de semillas *que no le costarán*—decía él—*más que la pena de pedir las*. Añadía con cierto orgullo que él era el que aprovisionaba a los floristas del rey de España. Ocho jardineros franceses . . . tenían cuidado de estos parterres.” Coster, *Linajes*, págs. 164–165.

<sup>113</sup> Alude, claro está, a un laberinto de plantas, con sus encrucijadas y plazuelas, que había en el jardín de Lastanosa (v. *Revue Hispanique*, 1912, XXVI, 607–609), y jugando con las acepciones de *aza(ha)r* como flor, como juego de azar y como caso fortuito, endereza el sentido a los casos políticos,

del cielo, surcado de canoros cisnes, y aislado en medio dél un florido pe[ñ]ón,<sup>114</sup> ya culto Pindo. Passeávase la vista por aquellas calles entapizadas de rosas y mosquetas,<sup>115</sup> alfombradas de amaranto, la yerva de los héroes, cuya propiedad es immortalizarlos.<sup>116</sup> Admiraron el lotos, planta también ilustre, que de rayzes amargas de la virtud rinde los sabrosos frutos del honor.<sup>117</sup> Gozaron flores a toda variedad, y todas raras, unas para la vista, otras para el olfato, y otras hermosamente fragantes, acordando <sup>118</sup> misteriosas transformaciones. No registravan cosa que no fuese rara, hasta las savandijas tan comunes en otras huertas, aquí eran extraordinarias, porque estaban los camaleones en alcándaras de laureles, dándose hartazgos de vanidad. Bolavan sin parar las efímeras,<sup>119</sup> traídas del Bósforo, con sus quatro alas, solicitando la comodidad para siglos, no aviendo de vivir sino un día: <sup>120</sup> viva imagen de la necia codicia. Aquí se oían cantar, y las más vezes gemir, las pintadas avecillas del paraíso con picos de marfil, pero sin pies, porque no le han de hazer en cosa terrena. Sintieron un ruido como de campanilla y al mismo instante apretó a huir el criado, vozeándoles su riesgo en ver el venenoso

*Culto  
jardín.*

*Símbolo de  
la codicia.*

teniendo en la memoria probablemente el funesto caso de Antonio Pérez: cfr. nota 29, I, 248.

<sup>114</sup> *penon*, 1653, B1664, 1683: correcta, M1664, 1669, etc. El *culto Pindo*, que sigue, por alusión al monte de la antigua Grecia consagrado a Apolo y las Musas. “Animales vivientes (un tigre, un leopardo, un león, un oso) animaban los jardines [de Lastanosa] con su presencia o sus gritos, al paso que un vasto estanque donde se reflejaban estatuas y sobre el cual flotaban ligeras embarcaciones, completaban estos esplendores, de los cuales uno de los familiares de la casa, Baltasar Gracián, nos ha dejado la descripción alegórica, pero muy exacta, en su *Criticón*.” Coster, *Linajes*, pág. 165.

<sup>115</sup> *mosqueta*, rosal con tallos de tres o cuatro metros de alto.

<sup>116</sup> El *amaranto* es yerba muy olorosa, coronada de florecillas color de oro que duran mucho sin perder su fragancia; los poetas simbolizaron con ella la inmortalidad.

<sup>117</sup> El *lotos*, conservando la *s* latina, escribe Gracián, pero la forma corriente era *loto*. Acerca de su simbolismo, puede verse el comentario de Diego López al emblema *In oblivionem Patriae* de Alciato.

<sup>118</sup> *acordar*, recordar: cfr. nota 186, I, 317.

<sup>119</sup> *efímera*, insecto del orden de los neurópteros, comúnmente llamado cachipolla, que vive junto a las aguas y apenas dura un día.

<sup>120</sup> Concepto que aplicará luego a los hombres, a aquéllos de quienes dice Marco Aurelio (IV, 17) que obran como si hubieran de vivir diez mil años.

zeraste, que él mismo zezea <sup>121</sup> para que todo entendido huya de su lascivo aliento.

Entraron con esto dentro de la casa, donde parecía aver desembarcado la de Noé, teatro <sup>122</sup> de prodigios tan a sazón, que estava actualmente el discreto Salastano haziendo ostentación de maravillas a la curiosidad de ciertos cavalleros, de los muchos que freqüentan sus camarines. Hallávase allí don Juan de Balboa,<sup>123</sup> teniente de maesse de campo general, y don Alonso de Mercado,<sup>124</sup> capitán de corazas españolas, ambos mui bien hablados, tan alumnos de Minerva como de Belona, con otros de su discreción vizarra. Tenía uno en la mano, celebrando con lindo gusto, una redomilla llena de las lágrimas *Suspiros de* y suspiros de aquel filósofo llorón que más abría los ojos para *Heráclito.* llorar que para ver, quando de todo se lamentava.<sup>125</sup>

—¡Qué hiziera éste si hubiera alcançado estos nuestros tiempos!—ponderava don Francisco de Araujo,<sup>126</sup> capitán también de corazas, basta dezir portugués para galante y entendido—. <sup>127</sup> Si él hubiera visto lo que nosotros passado, tal

<sup>121</sup> Con el *zeraste*, víbora de los arenales de Africa sumamente venenosa, y con su silbo, viene bien el *zezea*, por llamar a alguien diciendo ¡ce! ¡ce!: cfr. nota 80, I, 302.

<sup>122</sup> *teatro*: cfr. nota 90, II, 62.

<sup>123</sup> Juan de Balboa Mogrovejo, natural de Valladolid, caballero del hábito de Santiago desde 1641, según consta en su expediente de pruebas para aquella orden, que se conserva en la Sala de Ordenes del Archivo Histórico Nacional (Madrid).

<sup>124</sup> Alonso de Mercado y Vázquez, natural de Olmedo, era capitán de corazas en el regimiento de Cataluña en 1647. Para más noticias, véase su expediente de pruebas para vestir el hábito de caballero de Santiago (Sala de Ordenes, Archivo Histórico Nacional).

<sup>125</sup> Compárese Juvenal, *Sátira* X, 28-35, 47-53, de la cual salió el emblema de Alciato *In vitam humanam*, que el aragonés debió de tener presente, cuando sigue la exclamación: “¡Qué hiziera éste si hubiera alcançado estos nuestros tiempos!,” con el mismo sentido que Alciato: “Plus solito humanae nunc defle incommoda vitae, / Heraclite: scatet pluribus illa malis.” Cfr. nuestra nota 167, I, 241.

<sup>126</sup> Este capitán de caballería no figura en las numerosas relaciones de las guerras de Italia, Flandes y Cataluña que tengo vistas, ni en el Archivo Histórico Nacional. Debió de conocerle Gracián a fines de 1646: cfr. I, 10.

<sup>127</sup> Respecto de la galantería de los portugueses, dejamos ya nota 59, I, 223. En cuanto a ser entendidos e ingeniosos, de tal modo, “que no se topa jamás portugués . . . bobo” (III, viii), no perderá nuestro autor ocasión de repetirlo (II, xiii; III, vi, xii). Afirmaba Jerónimo de Alcalá: “son los portugueses afables, amorosos, tratables, bien acondicionados, animosos y de grande ingenio, entendidos, y por armas y letras insignes.” *El donado hablador*, II, vii.

fatalidad de sucesos y tal conjuración de monstruosidades,<sup>128</sup> sin duda que hubiera llenado cien redomas, o se hubiera podrido de todo punto.

—Yo—dixo Balboa—más estimara un otro frasquillo de las carcaxadas de aquel otro socarrón su antípoda, que de todo se reía. *Carcaxadas de Demócrito.*

—Esse, señor mío, de la risa—respondió Salastano—yo l[e]<sup>129</sup> gasto, y el otro le guardo.

—¡O!, cómo llegamos a buen punto—dixo el criado, presentándoles el nuevo ocular portento—para que se desengañe Critilo, que no acaba de creer aya en el mundo muchas de las cosas raras que ha de ver esta tarde. Suplícote, señor, me desempeñes a excessos.<sup>130</sup>

—Pues ¿en qué dudáis?—dixo Salastano, después de aver hecho la salva<sup>131</sup> a su venida—. ¿Qué os puede ya parecer imposible, viendo lo que passa? ¿Qué queda ya que dudar en los ensanches de la fortuna que ya los prodigios de la naturaleza y arte no suponen?

—Yo os confieso—dixo Critilo—que he tenido siempre por un ingenioso embeleco el basilisco, y no soi tan solo que sea necio;<sup>132</sup> porque aquello de matar en viendo parece una exageración repugnante, en que el hecho está desmintiendo el testigo de vista.<sup>133</sup>

—¿En esso ponéis duda?—replicó Salastano—. Pues advertid que ésse no le tengo yo por prodigio, sino por un mal cotidiano. ¡Pluguiera al cielo no fuera tanta verdad! Y si no, dezime,<sup>134</sup> un médico en viendo un enfermo ¿no le mata? ¿Qué veneno como el de su tinta en un récipe? ¿qué basilisco *Domésticos basiliscos.*

<sup>128</sup> Las sublevaciones de Portugal y Cataluña en 1640, la de Nápoles (1647), y las conspiraciones de los duques de Medina Sidonia (1641) e Híjar (1648) para alzarse respectivamente reyes de Andalucía y Aragón. Sobre ésta última, consúltese Ramón Ezquerra, *La conspiración del Duque de Híjar (1648)*, Madrid, 1934.

<sup>129</sup> *la*, que tengo por errata, en 1653 y todas las demás ediciones.

<sup>130</sup> *a excessos*, más que cumplidamente: cfr. nota 35, I, 107.

<sup>131</sup> *hacer la salva*, en su acepción de *dar la bienvenida*.

<sup>132</sup> *basilisco*: cfr. nota 21, I, 247.

<sup>133</sup> Puede ser recuerdo de Quevedo, que en su romance sobre el basilisco escribió (ed. *BAE*, LXIX, 171 a):

“Si está vivo quien te vió,  
toda su historia es mentira,  
pues si no murió, te ignora,  
y si murió, no lo afirma.”

<sup>134</sup> *dezime*, decidme: cfr. nota 13, I, 187.

más criminal y pagado que un Hermócrates, que aun soñado mató a Andrágoras?<sup>135</sup> Digoos que dexan atrás a los mismos basiliscos, pues aquéllos,<sup>136</sup> poniéndoles un cristal delante, ellos se matan a sí mismos; y éstos, poniéndoles un vidrio<sup>137</sup> que traxeron de un enfermo, con sólo mirarle, le echan en la sepultura estando cien leguas distante. “Déxenme ver el processo, dize el abogado, quiero ver el testamento, veamos papeles,” y tal es el ver, que acaba con la hazienda y con la substancia del desdichado litigante, que en ir a él ya fué mal aconsejado.<sup>138</sup> Pues qué, un príncipe, con sólo dezir: “Yo lo veré,” ¿no dexa consumido a un pretendiente? ¿No es basilisco mortal una belleza, que si la miráis, mal, y si ella os mira, peor?<sup>139</sup> ¡Con cuántos ha acabado aquel vulgar *veremos*, el pesado *veámonos*, el prolixo *verse ha*, y el necio *ya lo tengo visto*. Y todo malmirado ¿no mata? Creedme, señores, *Basiliscos ciegos*, que está el mundo lleno de basiliscos del ver y aun del no ver, por no ver y no mirar. Assí estuvieran todos como éste.

Y mostróles uno embalsamado.<sup>140</sup>

<sup>135</sup> Alude al siguiente epigrama de Marcial (VI, 53):

*Lotus nobiscum est, hilaris cenavit, et idem  
inventus mane est mortuus Andragoras.  
Tam subitae mortis causam, Faustine, requiris?  
In somnis medicum viderat Hermocraten.*

Cítalo Gracián en la *Agudeza* (XX, 133), comentándolo así: “Aunque le dió pie la repentina muerte, con todo no fue tan fundado el encarecimiento como sutil: ayudóse de la fingida circunstancia del sueño.”

<sup>136</sup> Aparte de que el uso de este demostrativo no era tan fijo y regular como hoy (cfr. nota 129, I, 208), empléalo aquí porque los basiliscos fueron nombrados antes que los médicos. Con todo, acabándolos de nombrar de nuevo en esta misma frase, hubiera sido más lúcido decir *éstos*; y luego, en la frase siguiente, *los otros* (en vez de *éstos*) refiriéndose a los médicos.

<sup>137</sup> *vidrio*, por *vaso*, según se entendía entonces esta palabra; Covarrubias, que evita las voces contumeliosas y castamente las retira de la presencia del lector, se suelta aquí diciendo: “Orinal, el vaso donde se mea.”

<sup>138</sup> Aquellos abogados de que habla Tirso de Molina, que “por engordar alguaciles, / miran derechos civiles / y hacen tuertos criminales.” *Don Gil de las calzas verdes*, I, ii.

<sup>139</sup> Piensa el autor como el *Eclesiástico* (IX, 9), que por la hermosura de la mujer muchos se han perdido.

<sup>140</sup> El duque Gastón de Orleáns, correspondiendo a un regalo de Lastanosa, “le envió animales disecados: dos leones, más tarde dos panteras, y en fin un original basilisco que Lastanosa suspendió del plafón de una de las salas.” (Coster, *Linajes*, pág. 165.) Entre las curiosidades que se registran en el índice del museo del prócer de Huesca, formado en 1635, figuran: “Muchas mentiras de la Naturaleza, como son, animales, frutas, caracoles, hongos, monedas, conchas, miembros humanos, tortugas y otros



—Yo, también—prosiguió Andrenio—, siempre he tenido por un encarecimiento ingenioso el unicornio, aquello de que en bañando él su punta, al punto purifica las emponçoñadas aguas: <sup>141</sup> está bien inventado, mas no experimentado.

—Más dificultoso es esso—respondió Salastano—, porque hazer bien, más raro es en el mundo que hazer mal; más usado el matar que el dar vida. Con todo, veneramos algunos destos prodigios salutíferos que con la eficacia de su buen zelo han ahuyentado los pestilenciales venenos y purificado las aguas populosas.<sup>142</sup> Y si no, dezidme, aquel nuestro inmortal héroe el Rei Católico don Fernando ¿no purificó a España de moros y de judíos, siendo oi el reino más católico que reconoce la iglesia?<sup>143</sup> El rei don Felipe el Dichoso, porque bueno,<sup>144</sup> ¿no purgó otra vez a España del veneno de los moriscos en nuestros días?<sup>145</sup> ¿No fueron éstos salutíferos unicornios?

*Católicos  
unicornios.*

muchos emblecos criados o contrahechos por la Naturaleza. Son de piedra . . . El cuerpo de un basilisco del mayor tamaño que señala Plinio, hecho cecina, sin que le falte cosa ninguna de su cuerpo. Otro basilisco polluelo del tamaño de una nuez, también hecho cecina, con las mismas perfecciones que el grande.” Ricardo del Arco, *Más noticias acerca de la famosa biblioteca de D. Vincencio Juan de Lastanosa*, en *Linajes de Aragón*, 1916, VII, 11.

<sup>141</sup> Se trata, no ya de una ficción de los poetas, sino de una opinión vulgar. “Está recibido en el vulgo—consigna Covarrubias en su *Tesoro*—que los demás animales en las partes desiertas de Africa no osan beber en las fuentes, por temor de la ponçoña que causan en las aguas las serpientes y animales ponçoñosos, esperando hasta que venga el vnicornio y meta dentro della el cuerno, con q̄ las purifica.” Véase sobre el unicornio nuestra nota 135, I, 208.

<sup>142</sup> *populosas*, en vez de *caudalosas*, intencionadamente, con alusión a las corrientes o tendencias del pueblo.

<sup>143</sup> Por el sobrenombre de Católico que se perpetuó en los reyes de España, por bula pontificia del año 1496.

<sup>144</sup> Alude a Felipe III, muerto en 1621, a quien dieron también sus contemporáneos los sobrenombres de *el Amado* (v. gr., Espinel, *Marcos de Obregón*, II, xi) y *el Santo* (Ruiz de Alarcón, *La verdad sospechosa*, II, ix; Conzalo de Céspedes, *Historias peregrinas y ejemplares*, 1626, ed. Madrid, 1906, pág. 86; Matías de los Reyes, *El Menandro*, ed. cit., pág. 27), y más comúnmente *el Bueno*. Del mismo rey había dicho Gracián en *El Héroe*, XX, 535 b: “El bueno, el casto, el pio, el zeloso de los Filipos Españoles, no perdiendo vn palmo de tierra, ganó a varas el cielo; y de verdad que venció mas monstruos cō su virtud que Alcides con su claua.”

<sup>145</sup> La expulsión de los moriscos, cuya connivencia con los turcos, franceses e ingleses para provocar alzamientos en España es un hecho probado, fué llevada a cabo en los años de 1609 a 1614. Cons. Pascual Boronat y Barrachina, *Los moriscos españoles y su expulsión. Estudio histórico-crítico*, Valencia, 1901.

Bien es verdad que en otras provincias no se hallan así <sup>146</sup> frecuentes ni tan eficaces como en ésta; que si eso fuera, no hubiera ya ateísmos donde yo sé, ni heregías donde yo callo, cismas, gentilismos, perfidias, sodomías y otros mil géneros de monstruosidades.

—¡O!, señor Salastano—replicó Critilo—, que ya hemos visto algunos éstos en otras partes, que han procurado con christianísimo valor debelar <sup>147</sup> las oficinas del veneno rebelde a Dios y al rei, donde se avían hecho fuertes estas ponzoñosas savandijas.

—Yo lo confieso—dixo Salastano—, pero temo no fuesse más por razón de Estado; digo, no tanto por ser rebeldes al cielo quanto a la tierra. Y si no, deídme, ¿a qué otros reinos estraños los desterraron? ¿Qué Africas poblaron de hereges, como Filipo de moriscos? <sup>148</sup> ¿Qué tributos a millones perdieron, como Fernando? <sup>149</sup> ¿Qué Ginebras han arrasado, qué Moravias despoblado, como oi día el piadoso Ferdinando? <sup>150</sup>

<sup>146</sup> así, tan, de tal modo: “En este tiempo es así necessario.” (Luis de León, *Los Nombres de Cristo*, ed. Clás. Cast., I, 12.) “No ay madre así solícita, ni esposa así blanda, ni corazón de amor así tierno y vencido, ni título ninguno así puesto en fineza, que le iguale o le llegue.” (*Ibid.*, I, 137-138, *et passim*.) Y escribe Góngora: “. . . dirimió copia assi amiga, / que vario sexo vnió i vn surco abriga.” (*Obras*, II, 51.) Cons. Baralt, *Dicc. de galicismos*, Madrid, 1855, págs. 70-71.

<sup>147</sup> *debelar* significa “vencer, destruir, arruinar alguna tropa o ejército, expugnar, conquistar, ocupar, reducir alguna plaza, provincia o reino a fuerza de armas, con ruina y desolación. Usase de este verbo con mas propiedad para destruir hombres que para conquistar plazas.” *Dicc. Aut.*

<sup>148</sup> Además de las causas políticas señaladas en nota anterior, contribuyó a la expulsión de los moriscos el fracaso de los esfuerzos hechos durante todo el siglo XVI para lograr su conversión. Eran los moriscos los agricultores e industriales más laboriosos y expertos de la Península, y su expulsión precipitó la decadencia económica de la nación. La mayoría de ellos (el total pasó de 500.000) fueron deportados a Africa, o allí buscaron refugio. Entre los pasajes que revelan la actitud de los contemporáneos, léase el de Cervantes en su *Persiles y Sigismunda*, III, xi.

<sup>149</sup> Por motivos particularmente religiosos, fué decretada el 31 de marzo de 1492 la expulsión de los judíos que no quisieran bautizarse, y aunque el cómputo de los autores de la época varía grandemente, se calcula hoy que tuvieron que abandonar a España unos 250.000. Con su expulsión perdieron los Reyes Católicos los tributos de estos comerciantes, los más ricos del reino.

<sup>150</sup> Fernando II (1578-1627), emperador de Alemania y rey de Bohemia, mantuvo grandes luchas contra los luteranos. Dentro del reino de Bohemia, tenían sus principales fuerzas en Moravia, de donde fueron expulsados finalmente en 1627. A su hijo Fernando III (cfr. nota 84, II, 61) se refiere aquí Gracián, atribuyéndole tal vez, por confusión, la obra del padre.

—No os canséis, que essa pureça de fe—ponderó Balboa—, sin consentir mezcla, sin sufrir un átomo de veneno infiel, creedme que es felicidad de los Estados de la casa de España y de Austria, devida a sus coronados unicornios.<sup>151</sup>

—A cuyo real exemplo—prosiguió Salastano—, vemos sus christianos generales y virreyes limpiar las provincias que gobiernan y los exércitos que conducen del veneno de los vicios. Don Alvaro de Sande, tan religioso como valiente, ¿no desterró los juramentos de la católica milicia, condenándolos a infamia?<sup>152</sup> Don Gonzalo de Córdova ¿no purificó los exércitos de insultos y de torpezas?<sup>153</sup> El Duque de Alburquerque<sup>154</sup> en Cataluña y el Conde de Oropesa<sup>155</sup> en Valencia ¿no libraron aquellos dos reinos, siendo justicieros presidentes, del veneno sanguinario y vandolero? ¿Qué tóxico de vicios no ha auyentado deste nuestro reino de Aragón, con su exemplo y con su zelo, el inmortal Conde de Lemos?<sup>156</sup> Llegáos a este camarín, que os quiero franquear los muchos preservativos y contra venenos que yo guardo. En este rico vaso de unicornio<sup>157</sup> han brindado la pureza de la fe los Católicos Reyes de España. Estas arracadas, también de unicornio, traía la

*D. Alvaro de Sande.*

*D. Gonzalo de Córdova.*

*Conde de Oropesa.*

*Conde de Lemos.*

<sup>151</sup> Llámalos *unicornios* precisamente por la purificación de las aguas que a éstos se les atribuía, según queda apuntado en nota anterior.

<sup>152</sup> Don Alvaro de Sande, primer marqués de la Piobera, fué “vno de los Caualleros de mas valor y nombre en la disciplina militar q̃ huuo en su tiempo, como lo mostró en seruicio del Emperador Don Carlos por espacio de 53 años continuos.” Mostró también su cristiandad “en quitar a la gēte de guerra [l]os vicios de jurar y blasfemar, y aun renegar, que lo tenían por valentia.” López de Haro, *Nobiliario genealógico*, Madrid, 1622, Segunda Parte, fol. 492.

<sup>153</sup> Cons. *Crónicas del Gran Capitán*, en *NBAE*, X, 243 a, 586 a.

<sup>154</sup> Don Francisco Fernández de la Cueva, octavo duque de Alburquerque, nombrado general de la caballería en el ejército de Cataluña en 1645, y poco después capitán general y virrey: cfr. nota 16, I, 245.

<sup>155</sup> Don Duarte Fernando Alvarez de Toledo, virrey de Valencia en 1648, de quien ya había hecho Gracián el siguiente elogio en *El Discreto* (XVIII, 388 b), al tratar de la *Cultura y aliño*: “Desta suerte las tres Gracias informauan al Aliño, assegurando que todo lo dicho lo auian copiado del culto, bizarro, galante, cortesano, luzido, platico, erudito y sobre todo discreto, el excelentissimo . . . Conde de Oropesa.” Curioso es el pasaje donde se habla de él en *Vida y hechos de Estebanillo González*, ed. *BAE*, XXIII, 363–364.

<sup>156</sup> Sobre el conde de Lemos don Francisco (hijo del famoso don Pedro, contemporáneo de Cervantes), y su virreinato de Aragón, véase nota 3, I, 93.

<sup>157</sup> En el ya citado índice del museo de Lastanosa (1635) se reseña también “un vaso de unicornio de cabida de . . . [en blanco] onzas.” *Loc. cit.*, pág. 11.

señora reina doña Isabel <sup>158</sup> para guardar el oído de la ponzoña de las informaciones malévolas. Con este anillo confortava su invicto corazón <sup>159</sup> el emperador Carlos Quinto. En esta caja conficionada <sup>160</sup> de aromas, <sup>161</sup> llegáos y percibid su fragancia, *Reinas de España.* han conservado siempre el buen nombre de su honestidad y recato las señoras reinas de España.

Fuéles mostrando otras muchas piezas mui preciosas, haziendo la prueba y confessando todos su virtud eficaz.

—¿Qué dos puñales son aquellos que están en el suelo?— preguntó Araujo—, que aunque van por tierra, no carecen de misterio.

—Essos fueron—respondió Salastano—los puñales de ambos Brutos.

Y dándoles del pie, sin quererlos tocar con su leal mano:

—Este—dixo—fué de Junio, <sup>162</sup> y este otro de Marco. <sup>163</sup>

—Con razón los tenéis en tan despreciado lugar, que no merecen otro las traiciones, y más contra su rei y señor, aunque sea el monstruo Tarquinado. <sup>164</sup>

<sup>158</sup> Cuando el autor se refiere a la primera y más famosa de las Isabeles de España, no deja de llamarla *la reina católica* (I, x) o *Isabel la Católica* (III, x). Aquí alude a doña Isabel de Borbón, la esposa de Felipe IV, muerta en 1644, a la cual volverá a poner de ejemplo insigne en esta misma crisis, y cuyas virtudes había celebrado en términos singulares en *El Discreto*, XXII, 398 a: “la reyna nuestra señora Doña Isabel de Borbō, aquella que no ya prosiguió, sino que adelantó la gloria del renombre y la felicidad de los aciertos de las Isabeles Catolicas de España . . . mas recabaua vna humanidad suya q̃ toda vna real diuinidad. Obró mucho en poco tiempo; viuió plausible, murió llorada. Embidiaronla, o la muerte el alçarse con el mundo, o el cielo lo angel y lo santo.”

<sup>159</sup> Este anillo que conforta el corazón llevaría montado un diamante: cfr. nota 84, I, 390.

<sup>160</sup> *conficionada*, confeccionada: cfr. nota 22, I, 132.

<sup>161</sup> De madera aromática, se entiende.

<sup>162</sup> Lucio Junio Bruto, uno de los dos hijos de Anco Marcio a quienes usurpó el cetro Tarquino el Antiguo. En realidad, fué instigador, y no ejecutor, del asesinato de éste último: cons. Tito Livio, I, 40.

<sup>163</sup> Marco Bruto, sobrino del filósofo Catón, dirigió la conspiración contra su protector Julio César y fué uno de sus asesinos.

<sup>164</sup> Alude ahora a Sexto Tarquino, violador de Lucrecia, también asesinado, pero por personas cuyo nombre se ignora. (Cons. Tito Livio, I, 59.) Dos puñales también se guardaban en la armería de Lastanosa: el puñal con que don Enrique de Trastámara dió muerte a su hermano Pedro I de Castilla, “su rey y señor,” y el puñal con que Pedro IV de Aragón rasgó los famosos fueros. (Véase *Revue Hispanique*, 1912, XXVI, 588–589.) Con más propiedad había escrito Quevedo jocosamente de hacer una *tarquinada* a ciertas mujeres (BAE, LXIX, 497 b).

—Dezís bien—respondió Salastano—, pero no es éssa la razón principal porque los he arrojado en el suelo.

—Pues ¿quál?, que será juiziosa.

—Porque ya no admiran. En otro tiempo, por singulares se podían guardar. Mas ya no suponen,<sup>165</sup> no espantan ya; antes, son niñería después que un cuchillo infame en la mano de un verdugo, mandado de la mal ajustada justicia, llegó a la real garganta.<sup>166</sup> Pero no me atrevo yo a referir lo que ellos executar; erizáronseles los cabellos a quantos lo oyeron, oyen y oirán; único,<sup>167</sup> no exemplar, sino monstruo: sólo digo que ya los brutos<sup>168</sup> se han quedado mui atrás.

*Monstruosidad de la heregía.*

—Algunas cosas tenéis aquí, señor Salastano, que no merecen estar entre las demás—dixo Critilo—. Mucha desigualdad ai; porque ¿de qué sirve aquel retorcido caracol que allí tenéis?, una alaja<sup>169</sup> tan vil que anda ya en bocas de villanos para recoger bestias. ¡Eh, sacadle de aí, que no vale un caracol!<sup>170</sup>

Aquí, suspirando, Salastano dixo:

<sup>165</sup> *suponer*, en su acepción de *importar* o *tener importancia*.

<sup>166</sup> En efecto, muy pocos años antes, Carlos I de Inglaterra, en lucha con el Parlamento, había sido derrotado y ejecutado en White Hall, en 1649. Véase la carta del 12 de febrero de dicho año escrita por don Alonso de Cárdenas, embajador de España en Inglaterra, dando cuenta de la ejecución del rey, en *Colección de documentos inéditos para la Hist. de España*, XCV, 516-517.

<sup>167</sup> *único* se refiere a *cuchillo*, de no sobrentenderse “caso único,” y aludirá también a ser la víctima el único Carlos de Inglaterra.

<sup>168</sup> *brutos*, con equívoco, para aludir al asesino de Julio César.

<sup>169</sup> *alaja* (con el significado de *adorno*, y no de cosa preciosa) era más común sin *h* que con ella; sin embargo, en algunas ediciones del mismo siglo (M1664, 1669) se restituyó la *h*, y con ésta aparece escrita la palabra en la crisi iv de esta Segunda Parte, y también en la Tercera Parte.

<sup>170</sup> Eran el *caracol*, el *higo* y el *rábano* los corrientes términos de comparación para significar el misérrimo valor de una cosa. “Cuando me via cargado de chola y en oficio de siete durmientes, se le daba de mi amistad tres caracoles; y yo de su amor, cuando despertaba y la hallaba ausente, tres rábanos. (*Estebanillo González*, ed. BAE, XXXIII, 337 b.) “Si es para supplir los suios, / no valen vn caracol.” (Góngora, *Obras*, I, 407.) “Cuando andaban por ella / sin comer y dormir . . . / de que no se le dió dos caracoles.” (Lope de Vega, *La Galomaquia*, ed. Rodríguez Marín, Madrid, 1935, pág. 43.) El término más antiguo es el *higo*, que ya figuraba en el *Poema del Cid* (“no lo preçio un figo,” v. 77) y es corriente en toda la Edad Media, y también la *castaña*, que se encuentra en el *Poema de Fernán González* (“non daba mas por ellos que por una castanna,” estr. 175 d). Decíase, además, en el siglo áureo, de una persona o cosa que nada valía, “no vale un pelo,” que registra Correas.

—¡O tiempos, o costumbres! <sup>171</sup> Este mismo, aora tan profanado, en aquel dorado siglo resonava por todo el orbe en la boca de un Tritón <sup>172</sup> pregonando las hazañas, llamando a ser personas y convocando los hombres a ser héroes. Mas si ésse os parece civil <sup>173</sup> reparo, quiero mostraros el prodigio que yo más estimo: oi avéis de ver los vizarrísimos airones, los encrespados penachos de la misma fenis. <sup>174</sup>

Aquí, sonriéndose todos:

—¿Qué otro ingenioso impossible ésse?—dixeron.

Pero Salastano:

*Fenis de  
la fama.*

—Ya sé que muchos la niegan y los más la dudan, y que no la avéis de creer; mas yo quedaré satisfecho con mi verdad. Yo, también, a los principios la dudé, y más que en nuestro siglo la huviesse. Con essa curiosidad, no perdoné ni a diligencia ni a dinero. Y como éste dé alcance a quanto ai, <sup>175</sup> aun los mismos impossibles, haziendo reales <sup>176</sup> los entes de razón, hallé que verdaderamente la ai y las ha avido: bien que raras y una sola en cada siglo. Y si no, dezidme, ¿quántos Alexandros Magnos ha avido en el mundo, quántos Julios en tantos Agostos, <sup>177</sup> qué Theodosios, qué Trajanos? En cada familia, si bien lo censuráis, <sup>178</sup> no hallaréis sino una fenis. Y si no, pregunto, ¿quántos don Hernandos de Toledo ha avido, Duques de Alba? <sup>179</sup> ¿quán-

<sup>171</sup> Recordando el apóstrofe ciceroniano, *In Catilinam*, I, 1: "O temporal O mores!" Cfr. nota 6, I, 289.

<sup>172</sup> En las artes plásticas y en la poesía se le figura símpre con una concha como trompeta para calmar las tempestades del mar: véase Ovidio, *Metam.*, I, 330-338.

<sup>173</sup> *civil*, ruin: cfr. nota 9, I, 129.

<sup>174</sup> Siguiendo la costumbre de su tiempo, Gracián alterna los artículos masculino y femenino con *fénix*, pero dando al segundo la preferencia resueltamente; de unas quince veces que escribe la palabra en este texto, sólo dos o tres veces le pone el masculino.

<sup>175</sup> Así en el *Eclesiastés*, X, 19: "et pecuniae oboediunt omnia." De cuyo texto salió el refrán: *Todo lo puede el dinero*, con la variante *Dios en el cielo, y en la tierra el dinero*.

<sup>176</sup> *reales*, con equívoco: sobre el valor del *real*, véase nota 34, I, 101.

<sup>177</sup> El mismo juego se encuentra en Antonio de Mendoza: "De ingenioso imperio Cesar / a tu Agosto sobra Julio." (*Obras*, pág. 123 b.) Y el propio Gracián, refiriéndose al príncipe Baltasar Carlos: "O gloriosas esperanças, que en tan florida Primavera nos ofrecen catolico Iulio de valor, y aun Augusto de felicidad." *Discreto*, I, 344 b.

<sup>178</sup> *censurar*, con su propio valor de dictaminar juiciosamente.

<sup>179</sup> Don Fernando Alvarez de Toledo, tercer duque de Alba, el Grande: cfr. nota 102, II, 64.

tos Anas de Memoransi? <sup>180</sup> ¿quántos Alvaros Bazanes, Marqueses de Santa Cruz? <sup>181</sup> Un solo Marqués del Valle <sup>182</sup> admiramos, un Gran Capitán, Duque de Sessa, <sup>183</sup> aplaudimos, un Basco de Gama <sup>184</sup> y un Alburquerque <sup>185</sup> celebramos. Hasta de un nombre no oiréis dos famosos: sólo un don Manuel rei de Portugal, <sup>186</sup> un solo Carlos Quinto y un Francisco Primero de Francia. En cada linage no suele aver sino un hombre docto, un valiente y un rico; y éste yo lo creo, que las riquezas no envegecen. En cada siglo no se ha conocido sino un orador perfecto, confiessa el mismo Tulio, <sup>187</sup> un filósofo, un gran poeta. Una sola fenis ha avido en muchas provincias, como un Carlos

<sup>180</sup> Ane de Memoransi, gran condestable de Francia en la segunda mitad del siglo XVI, hecho prisionero dos veces por los españoles en las batallas de Pavía y San Quintín. Era “de juyzio tan graue, constante y moderado, y tã exercitado en armas y noticia de cosas de guerra, q̃ ningũ capitan se puede dessear mejor ni mas excelente.” (Jovio, *Elogios o vidas breves*, trad. Gaspar de Baeza, Granada, 1568, fol. 211.) Dice de él Botero que “si come C. Cassio fù da alcuni detto vltimo de i Romani, così e mi pare che egli potesse esser chiamato vltimo d’ Francesi.” *I Capitani*, Venetia, 1612, pág. 14.

<sup>181</sup> Don Alvaro de Bazán (1526–1588), primer marqués de Santa Cruz de Marcenado, cuyos insignes triunfos navales tanto celebraron los poetas, como Herrera, Lope de Vega y Góngora. Cons. Eduardo de Navascués, *Don Alvaro de Bazán*, Madrid, 1888.

<sup>182</sup> Claro está que se refiere al primer marqués del Valle de Oajaca, el grande Hernán Cortés, cuyo título le fué otorgado en 1529. “Nunca huuiera llegado—escribe Gracián—a ser Alexandro Español y Cesar Indiano el prodigioso Marques del Valle, Don Fernando Cortés, sino huuiera barajado los empleos: quando mas, por las letras huuiera llegado a vna vulgarissima mediania, y por las armas se empinó a la cumbre de la emiñencia, pues hizo trinca con Alexandro y Cesar, repartriendose entre los tres la conquista del mundo por sus partes.” *Héroe*, IX, 524 b.

<sup>183</sup> Otorgáronle los Reyes Católicos el ducado de Sessa al Gran Capitán en 1507: cfr. nota 7, I, 185.

<sup>184</sup> Título pudo también añadirle, como a los anteriores, pues el condado de Videgveyra le fué concedido al famoso navegante portugués por sus extraordinarias empresas en las costas de Africa y Asia.

<sup>185</sup> Alfonso de Alburquerque (1453–1515), navegante y caudillo portugués que conquistó la India.

<sup>186</sup> Manuel I de Portugal (1469–1521), en cuyo reinado florecieron los hombres más eminentes en armas, letras y ciencias del reino lusitano.

<sup>187</sup> “Nonne cernimus vix singulis aetatibus binos oratores laudabilis constituisse?” (*Brutus orator*, § 97.) Tulio nombraban por lo común nuestros clásicos a Marco Tulio Cicerón. Aun en el siglo XIX se le llama así en la versión de *Lelio o diálogo de la amistad . . . seguida de algunos fragmentos . . . y de la refutación que hace Tulio en el libro “De finibus” de la doctrina de Epicuro*, por D. Fernando Casas (Cádiz, 1841).

en Borgoña,<sup>188</sup> Castrioto en Chipre,<sup>189</sup> Cosme en Florencia<sup>190</sup> y don Alfonso el Magnánimo<sup>191</sup> en Nápoles. Y aunque este nuestro siglo ha sido tan pobre de eminencias en la realidad, con todo eso, quiero ostentar las plumas de algunos inmortales fenis. Esta es (y sacó una bellísimamente coronada) la pluma de la fama de la reina nuestra señora doña Isabel de Borbón, que siempre lo han sido las Isabeles en España, con excepción de la singularidad.<sup>192</sup> Con esta otra boló a la esfera de la inmortalidad la más preciosa y más fecunda Margarita.<sup>193</sup>

<sup>188</sup> Carlos el Temerario, duque de Borgoña desde 1467 hasta su muerte en 1477, fué tan extraordinario en las empresas militares como en sus intrigas políticas. “Nada le deuio a Cesar el valeroso Carlos de Borgoña—había escrito Gracián en *El Político*, pág. 414 a—, y nada deuio a Octauiano el grande Cosme de Florencia, que si fueron mas celebrados aquellos, no fué por ser mayores hōbres, sino por ser mayores principes.”

<sup>189</sup> Jorge Castrioto (1404–1467), señor de Albania, del cual dice Jovio en su biografía: “Ningvn Principe, Rey ni Emperador christiano peleo mas felice y valerosamente con los Turcos, que Iorge Castrioto; ninguno los à vencido mas vezes en batalla.” (*Elogios*, fol. 79.) Vélez de Guevara escribió una comedia sobre Castrioto: cons. Restori, *Piezas de títulos de comedias*, Messina, 1903, págs. 98–100, notas.

<sup>190</sup> Cosme de Médicis (1389–1464), llamado *el Anciano*, estadista florentino, protegió a los sabios y artistas con incomparable munificencia.

<sup>191</sup> Sobre Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón y de Nápoles, véase nota 6, I, 185.

<sup>192</sup> Recuérdese que ha dicho poco antes que “de un nombre no oiréis dos famosos,” pero el de Isabel constituye una excepción de tal singularidad; *siempre lo han sido*, se entiende *famosas*, pasando de la idea del sustantivo (*fama*) a la del adjetivo. Acerca de doña Isabel de Borbón, véase nota 158, II, 74.

<sup>193</sup> Margarita de Austria, esposa de Felipe III, que falleció en 1611, “la Margarita de las Reinas,” como la llama en la *Agudeza* (XXXIV, 237). Había hablado también de ella en *El Político* (pág. 435 a): “Nuestra inestimable Reyna y Señora Doña Margarita de Austria, riqueza mayor de España, cuya santa memoria está siempre fresca en el continuo llāto, hizo mas santo a su esposo y llenó el mundo de catolica sucession de Atlantes de la Fé, de columnas de la Religion, de soles de la Christiandad.” De no venir hablando de reinas en nuestro pasaje, podría creerse que esta Margarita era la infanta sor Margarita de la Cruz, que falleció en 1633, también celebrada por Gracián en otro libro, pues “no se contentó con desnudar su cabeça de tantas reales coronas como la codiciaron, pero la despojó de sus mismos cabellos, corona natural de su rara hermosura; y desta suerte, con ambiciones de esclava de su Dios, se le ofreció delante de vn Crucifixo.” (*Agudeza*, VI, 42.) Tuvo en vida fama de santa, atribuyéndosele milagros. “La Nobleza, las Religiones, el concurso vniuersal del pueblo, con que veneracion la trataron!” (Joan de Palma, *Vida de la serenissima Infanta Sor Margarita de la Cruz*, Madrid, 1636, fol. 281.) Gracián hará el elogio de la infanta Margarita en la crisis viii de esta Segunda Parte.



Con éstas coronavan sus celadas el Marqués Espínola,<sup>194</sup> *Marqués Galaso*,<sup>195</sup> Piccolomini,<sup>196</sup> don Felipe de Silva,<sup>197</sup> y oi el de *Espínola*. Mortara.<sup>198</sup> Con estas otras escrivieron Baronio,<sup>199</sup> Belarmino,<sup>200</sup> Barbosa,<sup>201</sup> Lugo<sup>202</sup> y Diana;<sup>203</sup> y con ésta el Marqués *D. Felipe de Silva*. Virgilio Malveci.<sup>204</sup>

<sup>194</sup> En la edición de 1683 se cambió por *Marques Espinosa*, aunque conservando el verdadero nombre en el margen. Sobre el de Spínola pusimos nota 159, I, 343.

<sup>195</sup> El conde Matías de Gallas, general del Imperio, llamado por los nuestros *el Galaso*, logró por los años de 1630 y 1640 notables triunfos sobre los franceses. Cons. Matías de Novoa, *Memorias*, ed. Fuensanta del Valle y J. Sancho Rayón, Madrid, 1878-86, t. II, págs. 5, 12, 94, *et al*; *Memorial histórico español*, XIII, 34, 198, 201, 215, 227, 269, 314, *et passim*; XIV, 159; XV, 249, 403; XVII, 180, 234, 284, 503.

<sup>196</sup> Octavio Piccolomini (1599-1656), duque de Amalfi y caudillo italiano que estuvo al servicio de España, obtuvo señalados triunfos, como el de la batalla de Diendenhofen (1639). Cons. A. Weyhe-Eincke, *Octavio Piccolomini als Herzog von Amalfi*, Pilsen, 1871.

<sup>197</sup> Felipe da Silva, militar portugués que, ya anciano y sufriendo de la gota, mandó como general en jefe en la guerra de Cataluña desde 1643 hasta su muerte en 1644. Cons. Novoa, *Memorias*, IV, 108, 165-168, 214, *et passim*; *Memorial histórico español*, XIII, 157, 239, 473, 489, 533; XIV, 159, 162, 339, 423; XVII, 61, 81-82, 102, 110, 167, 210, 234, 236, 248, 333, 444, 467, 490, *et passim*.

<sup>198</sup> Don Francisco de Orozco, primer marqués de Mortara: cfr. nota 127, I, 207.

<sup>199</sup> César Baronio (1538-1607), cardenal e historiador eclesiástico italiano, cuyo *Tractatus de monarchia Sicilia* (1609), en favor de la soberanía del Papa sobre el reino de Sicilia, fué mandado recoger y quemar públicamente por edicto de Felipe III el 30 de octubre de 1610.

<sup>200</sup> Roberto Belarmino (1542-1621), cardenal italiano y el más brillante impugnador del protestantismo en su obra capital *De Controversiis* (1586-93).

<sup>201</sup> Agustín Barbosa: cfr. nota 61, I, 327.

<sup>202</sup> Sobre Juan de Lugo, cuyas *Opera omnia* merecían aún honores de reimpresión el año 1751, en Venecia, queda nota 50, II, 23.

<sup>203</sup> Antonino Diana (1585-1663), religioso siciliano que fué la suprema autoridad de su tiempo en teología moral. Entre sus obras descuella la *Resolutionem moralium pars prima et secunda* (1629), que luego completó con diez partes más (1656).

<sup>204</sup> El marqués Virgilio Malvezzi, historiador italiano, cuyas principales obras fueron traducidas al castellano por el insigne Quevedo (*Las obras. David perseguido. Rómulo y Tarquino*, Lisboa, 1648). Respecto de la particular admiración que Gracián le profesaba, puede verse nuestra *Introducción*, I, 48-49. En una noticia del 14 de agosto de 1636 se lee: "El Marqués Virgilio Malvezzi ha venido a esta Corte llamado por S. E. el Conde Duque, con quien pasa algunos ratos. Dícese que le encargarán de escribir la historia." (*La corte y monarquía de España*, ed. Rodríguez Villa, Madrid, 1886, págs. 38-39.) Probablemente se trata de la que más

Confessaron todos la enterísima verdad y convirtieron sus incredulidades en aplausos.

—Todo eso está bien—replicó Critilo—. Sola una cosa yo no puedo acabar de creer, aunque muchos la afirman.

—Y ¿qué es?—preguntó Salastano.

—No ai que tratar,<sup>205</sup> que yo no la he de conceder: jeh, que no es possible! No os canséis, que no lleva camino.

—¿Es acaso aquel pescadillo tan vil y tan sin jugo, sin sabor y sin ser, que en fe de su flaqueza ha detenido tantas veces los navíos de alto bordo, las mismas capitanas reales, que iban viento en popa al puerto de su fama? <sup>206</sup> Porque ésse, aquí le tengo yo azezinado.

—No es sino aquel prodigio de la mentira, aquel superlativo embeleco, aquel mayor impossible: el pelicano.<sup>207</sup> Yo confieso que ai basilisco, yo creo el unicornio, yo celebro la fenis; yo passo por todo, pero el pelicano no le puedo tragar.

—Pues ¿en qué reparáis? ¿Por ventura, en el picarse el pecho, alimentando con sus entrañas sus polluelos?

—No, por cierto, ya yo veo que es padre y que el amor obra tales excessos.

—¿Dudáis acaso en que, ahogados de la embidia, los resucite? <sup>208</sup>

tarde escribió con el título de *Sucesos más principales de la Monarquía de España en el año de 1639*, Madrid, 1640.

<sup>205</sup> *tratar*, en su acepción de *hablar*: cfr. nota 165, I, 214.

<sup>206</sup> Alude al pececillo llamado *rémora* o *tardanáos*, del cual escribía fray Luis de Granada: "Pues ¿qué diré de las virtudes y fuerzas extrañas de los peces? El pececillo que llaman tardanaos hace parar una grande nao, aunque vaya a todas velas." (*Símbolo de la fe*, ed. BAE, VI, 203 b.) Cfr. Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, ed. Clás. Cast., IV, 69.

<sup>207</sup> *pelicano*, con *a* tónica, al modo latino, era más corriente que con acento en la *i*. En su romance jocoso sobre *El Pelicano*, dice Quevedo: "Buen esdrújulo sí haces, / buen caldo no lo he sabido; / mas quiero una polla muerta / que mil pelicanos vivos." (BAE, LXIX, 170 b.) Y en un soneto: "Síguese ya la honra por provecho, / que vale más con el amor tirano / la bolsa abierta de un rico pelicano / que un pelicano pobre abierto el pecho." *Ibíd.*, pág. 490 a.

<sup>208</sup> Ahogados los polluelos por la envidia de la hembra, o heridos en el costado por ésta al acariciarlos, según variantes de la fábula, cuando llega el macho y los encuentra desangrados o muertos se abre el costado con el pico y, poniéndose sobre los polluelos, les traspasa su sangre hasta hacerles recobrar la vida. De todo ello rióse Quevedo alegremente en el romance aludido en nota anterior:

—Menos, que si la sangre hierve, obra milagros.

—Pues ¿en qué reparáis?

—Yo os lo diré, en que aya en el mundo quien no sea entremetido, que se halle uno que no guste de hablar, que no mienta, no murmure, no enrede, que viva sin embeleco: eso yo no lo he de creer.

—Pues advertid que esse pájaro solitario, en nuestros días lo vimos en el Retiro entre otras aladas maravillas.<sup>209</sup>

—Si esso es así—dixo Critilo—, él dexó de ser hermitaño y se puso a entremetido.

—¿Qué arma tan extraordinaria es aquélla?—preguntó, como tan soldado, don Alonso.

—Estorea—respondió Salastano—, y fué de la reina de las amazonas, trofeo de Hércules con el Balteo,<sup>210</sup> que pudo entrar en dozena.<sup>211</sup>

—¿Y es preciso—replicó Mercado—creer que hubo amazonas?

—No sólo que las hubo, sino que las ai de hecho y en hechos.

“Pájaro disciplinante,  
que haciendo abrojo del pico,  
sustentas como morcillas  
a pura sangre tus hijos.  
Barbero de tus pechugas  
y lanceta de ti mismo,  
ave de comparaciones  
en los púlpitos y libros,  
fábula de la piedad,  
avechuchó del martirio . . .”  
(BAE, LXIX, 170 a.)

<sup>209</sup> Si bien algunos clásicos hablan del pelícano como de un ave fabulosa, “más conocida de fama que de vista,” real es la existencia de esta acuática del orden de las palmípedas; del modo cómo abre la bolsa para alimentar a sus polluelos ha salido la fábula de abrirse el pecho con el pico para alimentarlos con su sangre: “que el Pelicano vfano y satisfecho / da a los hijos la sangre de su pecho.” (Juan Rufo, *La Austriada*, Toledo, 1585, fol. 294.) Sobre el Buen Retiro y su parque zoológico o Casa de las Fieras, véase nota 104, I, 369.

<sup>210</sup> Alúdese a uno de los trabajos de Hércules, el del cinturón (balteo) de Hipólita, reina de las amazonas, del cual se apoderó aquél tras darle muerte a la reina en un combate. *Estorea* (*Εστωρ*) llama al hacha que manejaba la amazona. Uno de los autores que refieren tal empresa con mayor detalle es Diodoro, *Bibliotheca*, IV, 16.

<sup>211</sup> Locución familiar bien aplicada aquí a los doce trabajos o empresas de Hércules.

*Serenísima* ¿Y qué, no lo es oi la serenísima señora doña Ana de Austria,<sup>212</sup>  
*reina de* florida reina de Francia, assí como lo fueron siempre todas las  
*Francia.* señoras Infantas de España que coronaron de felicidades y de  
 sucessión aquel reino? ¿Qué es sino una valerosa amazona la  
 esclarecida reina Polona, Belona digo christiana, siempre al  
 lado de su valeroso Marte en las campañas?<sup>213</sup> Y la ex-  
*Duquesa de* celentísima Duquesa de Cardona ¿no se portó mui como tal,  
*Cardona.* encarcelada donde avía sido virreina?<sup>214</sup> Pero venerando, que  
 no olvidando, tantos plausibles prodigios, quiero que veáis otro  
 género dellos tenidos por increíbles.

Y al mismo punto les fué mostrando con el dedo un hombre  
 de bien en estos tiempos, un oidor sin manos,<sup>215</sup> pero con  
 palmas,<sup>216</sup> y lo que más es, su muger;<sup>217</sup> un grande de España  
 desempeñado, un príncipe en esta era dichoso, una reina fea, un  
 príncipe oyendo verdades, un letrado pobre, un poeta rico, una  
 persona real que murió sin que se dicesse que de veneno, un  
 español humilde,<sup>218</sup> un francés grave y quieto,<sup>219</sup> un alemán

<sup>212</sup> Doña Ana de Austria, hija del rey Felipe III, casó con Luis XIV de Francia en 1615. Cons. Francisco Silvela, *Matrimonios de España y Francia en 1615*, Madrid, 1901.

<sup>213</sup> Juan Casimiro Vasa (véase nota 85, II, 62). Su esposa fué María Luisa de Gonzaga, a cuyo fallecimiento (1667), el rey abdicó y se retiró a un monasterio de Francia. La forma *polono* alternaba con la de *polaco*, aunque dándose a ésta la preferencia, que son más correctas que el *polonés* que hoy suele decirse: cons. Emilio Cotarelo, *Vocablos incorrectos*, en *Boletín de la Acad. Española*, 1915, II, 230-231.

<sup>214</sup> Doña Catalina Fernández de Córdoba, esposa de don Enrique de Aragón, duque de Cardona, virrey de Cataluña en 1640. Fué arrestada por los separatistas catalanes, y encarcelados sus hijos don Pedro y don Antonio, el 4 de enero de 1641. (Cons. Víctor Balaguer, *Hist. de Cataluña*, VII, 467-484; VIII, 7, nota 1.) Es posible que Gracián llegara a tratarla durante la residencia de la duquesa en Zaragoza en 1642, y de ella habla en una de sus cartas fechada el 24 de junio de dicho año en la misma ciudad.

<sup>215</sup> Esto es, un juez que no admite cohechos ni sobornos. Sin manos pintaban los tebanos a sus jueces. Probablemente recordaría aquí Gracián el emblema de Alciato *In senatum boni principis*, en cuyo grabado aparecen los jueces sin manos y el presidente ciego; en el texto se pregunta por qué están sin manos, y la respuesta es que para que no tomen presentes ni cohechos, ni consientan doblarse con dádivas: "Cur sine sunt manibus? Capiant ne xenia: nec se / Pollicitis flecti numeribus ve sinant."

<sup>216</sup> *palmas*, con claro equívoco de palma de la mano y aplausos.

<sup>217</sup> Por prodigio tiene a la mujer de un oidor, esto es, una oidora.

<sup>218</sup> Sobre la arrogancia española, véase nota 59, I, 141.

<sup>219</sup> "Ni saben contenerse en su país ni mantenerse en el ajeno: impacientes y ligeros." (Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, IV, 40.) Para

aguado<sup>220</sup> (y juró Balboa era el Varón de Sabac),<sup>221</sup> un privado no murmurado, un príncipe christiano en paz, un docto premiado, una viuda de Zaragoza flaca,<sup>222</sup> un necio descontento, un casamiento sin mentiras,<sup>223</sup> un indiano liberal,<sup>224</sup> una muger sin enredo,<sup>225</sup> uno de Calatayud en el limbo,<sup>226</sup> un

Botero, también son los franceses “inquieti, desirosi di nouità . . . nemici di quiete & di pace.” (*Relationi universali*, ed. Venetia, 1612, Parte Prima, Libro I, pág. 20.) Y según Boccalini, “indiscretos, furiosos, impertinentes sobre toda humana criatura, alocados,” como Pérez de Sousa traduce literalmente del texto original. *Raggvagli di Parnaso*, ed. Venetia, 1624, t. II, pág. 126: trad. *Avisos*, t. II, pág. 32.

<sup>220</sup> Cfr. nota 20, I, 379.

<sup>221</sup> Caballero austriaco al servicio de Felipe IV, el barón de Sabach mandaba un regimiento en la guerra de Cataluña, y acaso allá le conociera Gracián en el socorro de Lérida (1646). Sabemos que era caballero de pocos bienes, pues con fecha 13 de junio de 1647 el rey escribía al marqués de Aytona ordenando que “el Barón de Sabach no se detuviese en su viaje a Tortosa, no obstante su pobreza, por no alcanzarle las ayudas de costa.” El 26 de julio del mismo año, el rey disponía que el barón sustituyese al general Gregorio Brito en el gobierno de Lérida. En noviembre era nombrado gobernador de la plaza de Fraga. Cons. *Cartas de Felipe IV sobre la guerra de Cataluña*, en *Colec. de doc. inéditos para la Hist. de España*, XCVI, 415-416, 418, 423, 435, 438, 440, 483; XCVII, 32, 121.

<sup>222</sup> Además de una humorística observación personal, puede aludir en la misma vena a la viudedad o usufructo de los bienes del cónyuge muerto, registrada ya en 1307 como del fuero antiguo de Aragón. (Cons. Luis Parral y Cristóbal, *Fueros, observancias, actos de Corte . . . del Reino de Aragón*, Zaragoza, 1907, t. II, pág. 440 b.) Flacas o gordas, dice de ellas el audaz refranero: *Librenos Dios de moza navarra, de viuda aragonesa, de monja catalana y de casada valenciana*. Rodríguez Marín, *Más de 21.000 refranes*, pág. 265 a.

<sup>223</sup> No sólo por los recíprocos engaños que el autor ha apuntado ya en la crisi xi de la Primera Parte, sino porque donde hay casamiento tiene que haber mentiras.

<sup>224</sup> Conforme con el dicho popular: “Parecer indiano de hilo negro. Aplícase a todo hombre avaro, miserable o mezquino” (Sbarbi). Recuérdese el arancel del indiano en la corte que Lope de Vega hace leer a uno de sus personajes: “No convidará a nadie por ningún caso. No tendrá coche, por no obligarse a prestarle . . . Haráse pobre, contando siempre que se le hundió su plata en los galeones . . . No haga estrecha amistad con señores, porque no le pidan prestado. Con las damas sea liberal de palabras, sin ponerse a peligro de gastos impertinentes . . . Y si quiere parecer señor, no pague lo que debiere, o por lo menos lo dilate tanto, que se muera de pesadumbre el que lo pide.” *La Dorotea*, II, iv.

<sup>225</sup> Duende universal que todo lo revuelve, la ha llamado ya en la crisi vi de la Primera Parte.

<sup>226</sup> En la crisi vi de la Tercera Parte tornará a celebrar más largamente la cordura y agudeza de sus paisanos de Calatayud.

portugués necio,<sup>227</sup> un real de a ocho <sup>228</sup> en Castilla, Francia pacífica, el setentrion sin hereges, el mar constante, la tierra igual, y el mundo mundo.<sup>229</sup>

En medio desta folla <sup>230</sup> de maravillas, entró un otro criado que en aquel punto llegava de mui lejos, y recibióle Salastano con extraordinarias demostraciones <sup>231</sup> de gusto.

*El mayor prodigio.* —Seas tan bien llegado como esperado. ¿Hallaste, dime, aquel portento tan dudado?

—Señor, sí.

—¿Y tú le viste?

—Y le hablé.

—¡Que tal preciosidad se halla <sup>232</sup> en la tierra, que es verdad! Ahora digo, señores, que es nada quanto avéis visto: ciegue el basilisco, retírese la fenis, enmudezca el pelicano.

Estavan tan atónitos quan atentos los discretos huéspedes oyendo tales exageraciones, mui deseosos de saber cuál fuesse el objeto de tan grande aplauso.

—Dinos presto lo que viste—instó Salastano—; no nos atormentes con suspensiones.

—Oíd, señores—comencó el criado—, la más portentosa maravilla de quantas avéis visto ni oído.

Pero lo que él les refirió diremos fielmente después de aver

<sup>227</sup> Cfr. nota 127, II, 68.

<sup>228</sup> Moneda de plata, de peso y valor correspondientes a ocho reales de plata, o sea, unas cuatro pesetas con cuarenta céntimos (cfr. nota 138, I, 399). Cons. Adolfo Herrera, *El "duro." Estudio de los reales de a ocho españoles y de las monedas de igual o aproximado valor labradas en los dominios de la Corona de España*, Madrid, 1914.

<sup>229</sup> mundo, con su acepción etimológica de *limpio*: cfr. nota 1, I, 184.

<sup>230</sup> folla puede entenderse aquí por *multitud* (Oudin, *Tesoro*) o por *divertimiento* (*Dicc. Aut.* y Mateo Alemán en *Guzmán de Alfarache*, I, iii, 2: "fiesta de muchachos, folla de necios, farsa ridiculosa"), pero más bien creo que está por *coro*, como en la crisi x de esta Segunda Parte: "Resonaron en esto armoniosos clarines, folla acorde de instrumentos, alborozando los ánimos y realçando sus nobles espíritus." Lo mismo Ruiz de Alarcón, *La verdad sospechosa*, I, vii: "En esto, juntos en folla, / los cuatro coros comienzan / desde conformes distancias / a suspender las esferas."

<sup>231</sup> demostración, a la latina, era cuando menos tan común como *demonstración* hasta fines del siglo XVII.

<sup>232</sup> Corriente era tal empleo del indicativo por el subjuntivo: cfr. nota 19, I, 169.

contado lo que le pasó a la Fortuna con los Bragados y Comados.<sup>233</sup>

<sup>233</sup> Alusión a los franceses, remontándose Gracián a sus lecturas latinas. *Bracatus* (el que lleva bragas) era epíteto general que se aplicaba en Roma a los extranjeros, y específicamente a las gentes y tierras del otro lado de los Alpes ("bracatis et Transalpinis nationibus," Cicerón, *Epist. ad familiares*, IX, xv, 2), y así se llamaba a Francia (la Galia narbonense) *Gallia Bracata*. Juvenal designa a muchachos franceses cuando escribe: "arma tamen vos / nocturna et flammis domibus templisque paratis, / ut braccatorum pueri" (VIII, 232-234). *Comatus* (el que tiene el cabello largo y espeso) eran llamados los galos, y decíase *Gallia Comata* por toda la Galia transalpina (bélgica, céltica y aquitánica), exceptuando la narbonense.

## CRISI TERCERA

### *La cárcel de oro y calabozos de plata.*

CUENTAN, y yo lo creo, que una vez, entre otras, tumultuaron los franceses y con la ligereza que suelen<sup>1</sup> se presentaron delante de la Fortuna tragando saliva y vomitando saña.

—¿Qué murmuráis de mí—dixo ella misma—, que me he buuelto española? Sed vosotros cuerdos, que nunca para mi rueda: por esso lo es; ni a vosotros os para cosa en las manos, todo se os rueda dellas. Será sin duda algún antojo (y por lo embidioso, de larga vista)<sup>2</sup> de la felicidad de España.

—¡O madrastra nuestra—respondieron ellos—y madre de los españoles, cómo te sangras en salud!<sup>3</sup> ¿Es possible que *Loores de Francia.* siendo la Francia la flor de los reinos<sup>4</sup> por aver florecido siempre en todo lo bueno, desde el primer siglo hasta oi, coronada de reyes santos, sabios y valerosos, silla un tiempo de los romanos pontífices,<sup>5</sup> trono de la tetarquía,<sup>6</sup> teatro de las verdaderas hazañas, escuela de la sabiduría, engaste de la nobleza y centro de toda virtud, méritos todos dignos de los primeros favores y de inmortales premios: es possible que, dexándonos a nosotros con las flores, les des a los españoles los frutos? ¿Qué mucho hagamos extremos de sentimiento contigo, si tú con ellos hazes excessos de favor? Dísteles las unas y las otras Indias, quando a nosotros una Florida en el nombre, que en la realidad mui seca.<sup>7</sup> Y como quando tú comienças a perseguir a unos y

<sup>1</sup> Sobre la supuesta ligereza de los franceses, véase notas 101 y 219, II, 30, 82.

<sup>2</sup> Dando a *antojo* su doble sentido de aprensión caprichosa y de anteojo: cfr. nota 116, I, 232.

<sup>3</sup> *sangrarse en salud*, como *curarse en salud*, no registradas en el antiguo ni en el moderno *Diccionario de la Academia*, sabido es que significan precaver los males (las objeciones, en el texto) mucho antes que se presenten.

<sup>4</sup> Aludiendo nuevamente a las flores de lis de la corona de Francia: cfr. nota 8, I, 186.

<sup>5</sup> Desde 1305 hasta 1378, cuando fué Aviñón sede del Pontificado. Cons. Guillaume Mollat, *Les Papes d'Avignon (1305-1378)*, París, 1924.

<sup>6</sup> En la primera mitad del siglo VI, al repartir Clodoveo el vasto imperio occidental entre sus cuatro hijos.

<sup>7</sup> Pintándose así lo descontentadizo del francés, pues lejos de ser tenida



favorecer a otros, no paras hasta que apuras, has llegado a verificar con ellos los que antes se tenían por entes de quimera, haziendo pláticos <sup>8</sup> los mismos impossibles, como son ríos de plata, montes de oro, golfos de perlas, bosques de aromas, islas de ámbar; y sobre todo, los has hecho señores de aquella verdadera cucaña <sup>9</sup> donde los ríos son de miel, los peñascos de azúcar, los terrones de vizcochos: y con tantos y tan sabrosos dulces, dicen que es el Brasil un paraíso confitado.<sup>10</sup> Todo para ellos y nada para nosotros ¿cómo se puede tolerar?

—¡No digo yo—exclamó la Fortuna—que vosotros sois unos ingratos, sobre necios! ¿Cómo que no os he dado Indias, eso podéis negar con verdad? Indias os he dado y bien varatas, y aun de mogollón, como dicen, pues sin costaros nada. Y si no, dezidme, ¿qué Indias para Francia como la misma España? *Indias de Francia.* Venid acá: lo que los españoles executan con los indios ¿no lo desquitáis vosotros con los españoles? Si ellos los engañan con espejillos, cascabeles y alfileres, sacándoles con cuentas los tesoros sin cuento,<sup>11</sup> vosotros con lo mismo, con peines, con estuchitos y con trompas de París <sup>12</sup> ¿no les bolvéis a chupar a

la Florida en aquellos tiempos por poco lozana y abundante, era “según fama, rica y abastada” (López de Gómara, *Historia general de las Indias*, ed. BAE, XXII, 181 a), con “muy buenos pastos para ganados” (Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y relación de la jornada que hizo a la Florida*, ibíd., 521 b), y “col terreno fertile di ogni sorte di grani, se vi fossino seminati, e d'ogni frutto” (Botero, *Relationi del Mondo Nuouo*, Venetia, 1612, pág. 208).

<sup>8</sup> *plático*, práctico: cfr. nota 53, II, 24.

<sup>9</sup> *cucaña*, en su acepción figurada de “logro y utilidad que se consigue à costa ajena.” (*Dicc. Aut.*) Refiérese al Brasil, colonia de Portugal que pasó a serlo de España, sin gasto ni trabajo alguno de exploraciones y conquistas, a la unión de ambos reinos.

<sup>10</sup> Alusión irónica a las verdaderas y grandes riquezas en azúcar del Brasil, que abastecía de tal producto a buena parte de Europa.

<sup>11</sup> *cuentas* de azabache o cristal, se entiende; y luego *sin cuento*, con equívoco de sin fábula e innumerables.

<sup>12</sup> *trompa de París*, también *trompa gallega*, se llamaba al pequeño instrumento músico con forma de herradura y lengüeta de acero que hoy nombramos *birimbao*. Probable es que, con doble sentido, le diera al sustantivo uno de los significados del verbo *trompar*, entonces corriente, el de engañar: *engaños de París*. Jugando con la misma frase, y queriendo decir *empreñada*, escribe Góngora de cierta Cloris de sus pecados:

“Solicitauala entonces  
el señor don Belanis,  
mostachos hasta los tufos,  
con rumbos de paladin.  
Tenia de mal frances

los españoles toda la plata y todo el oro?<sup>13</sup> Y esto, sin gastos de flotas, sin disparar una bala, sin derramar una gota de sangre, sin labrar minas, sin penetrar abismos, sin despoblar vuestros reinos, sin atravesar mares. Andá y acabá<sup>14</sup> de conocer esta certísima verdad y estimadme este favor. Creedme que los españoles son vuestros indios y aun más desatentos,<sup>15</sup> pues con sus flotas os traen a vuestras casas la plata ya acendrada y ya acuñada, quedándose ellos con el bellón quando más trasquilados.<sup>16</sup>

No pudieron negar esta verdad tan clara. Con todo eso, no parecían quedar satisfechos, antes andavan murmurando allá entre dientes.

—¿Qué es esso?—dixo la Fortuna—. Hablá claro, acabá, dezi.<sup>17</sup>

—Quisiéramos, madama,<sup>18</sup> que esse favor fuera cumplido y que assí como nos has dado el provecho, nos diesses también la honra, para que no traxésemos a casa la plata sirviendo a los

lo que de obispo Turpin,  
y en hespañol la dexó  
trompa hecha de Paris.”

(Obras, II, 17.)

<sup>13</sup> Había escrito Vitrián algunos años antes, tratando de España, que “otra vez à venido a ser una India a las naciones estrangeras.” (*Las memorias de Comines*, I, 309.) Quevedo pinta en *Los Sueños* (II, 177) a tres franceses que llegan a España con un carretoncillo de amolar, fuelles y ratoneras, peines y alfileres: “Y con este edificio de cuatro trancas y esta piedra de amolar, y con los peines y alfileres derramados por todos los reinos, aguzamos, peinamos y sangramos poco a poco las venas de las Indias.” Y afirma Pedro Fernández Navarrete en su *Conservación de monarquías*, disc. XVII: “todo lo que los españoles traen de las Indias, adquirido con largas, prolijas y peligrosas navegaciones, y lo que juntaron con sudor y trabajo, lo trasladan los extranjeros a su patria con descanso y con regalo, haciéndose en sus provincias suntuosísimos palacios con la riqueza de España, al tiempo que en ella se despueblan por esta causa infinitos lugares.”

<sup>14</sup> Sobre esta supresión de la -d del imperativo, véase nota 13, I, 187.

<sup>15</sup> *aun más desatentos* (distráidos), pues fué cambiado por *tan desinteresados*, que en la ed. 1773 (pág. 199 b).

<sup>16</sup> Como los unos se llevan la *plata*, los otros se quedan con el *vellón* (moneda de cobre), y cuando más trasquilados (de plata), con más *vellón* (lana de carnero u oveja).

<sup>17</sup> Cfr. nota 13, I, 187.

<sup>18</sup> *madama* (bien puesto aquí en boca de un francés) no es galicismo característico de los sainetes de don Ramón de la Cruz y del siglo XVIII, pues lo traen los maestros de la centuria anterior, como Cervantes, Góngora y Moreto: muy usada, en particular, por éste último en su comedia *De fuera vendrá*.

españoles con la vileza que sabemos y la esclavitud que callamos.<sup>19</sup>

—¡O qué lindo—alzó la voz la Fortuna—, bueno por mi vida! Mosiures,<sup>20</sup> honra y doblones no caben en un saco.<sup>21</sup> ¿No *El bien* sabéis que allá quando se repartieron los bienes, a los españoles *repartido.* les cupo la honra, a los franceses el provecho, a los ingleses el gusto y a los italianos el mando?

Quán incurable sea esta hidropesía del oro, intenta ponderar esta crisi después de averse desempeñado de aquel plausible portento que el criado de Salastano, con gran gusto de todos, refirió desta suerte:

—Partí, señor, en virtud de tu precepto, en busca de aquel *Amigo uno,* raro prodigio: el amigo verdadero.<sup>22</sup> Fuí preguntando por él a *enemigo* unos y a otros, y todos me respondían con más risa que pala- *ninguno.*<sup>22d</sup> bras; a unos se les hacía nuevo, a otros inaudito, y a todos imposible:

—Amigo fiel y verdadero, ¿y cómo ha de ser,<sup>23</sup> y en estos tiempos y en este país?

Más los estrañavan que el fenis.<sup>24</sup>

—Amigos de la mesa, del coche, de la comedia, de la merienda, de la huelga, del paseo, el día de la boda, en la privanza y en la prosperidad—me respondió Timón el de Luciano<sup>25</sup>—: de éssos bien hallaréis hartos, y más quando más hartos, que a la hora del comer son sabañones y a la del ayudar son callos.<sup>26</sup>

<sup>19</sup> Sobre ciertos oficios que desempeñaban los franceses en la Península, véase nota 10, I, 377.

<sup>20</sup> *Mosiures*, 1653, B1664, 1669, 1683: *Monsiures*, M1664, etc. Esta última era la forma más corriente, la única registrada en el *Dicc. de Autoridades*, y la que suelen emplear los literatos (v. gr., Basilio Varen de Soto, trad. *Historia de las guerras civiles de Francia*, de Enrico Caterino Davila, ed. Amberes, 1713, págs. 93 a, 94 a, 97 b, etc.; Góngora, *Obras*, I, 112, 295). Los historiadores dieron la preferencia a la forma *monsieur* (Carlos Coloma, *Las guerras de los Estados-Bajos*, ed. BAE, XXVIII, 11 b, 17 b, 25 a, etc.; Bernardino de Mendoza, *Comentarios de las guerras de los Países-Bajos*, ibíd., 398 b, 399 a, 403 b, etc.). *Mosiú* dice el vulgo andaluz.

<sup>21</sup> Puede verse la forma común de este refrán en nota 35, I, 381.

<sup>22</sup> Escribe Cicerón, *De Amicitia*, IV, 15: “ex omnibus saeculis vix tria aut quatuor nominantur paria amicorum.”

<sup>22d</sup> Este epígrafe no guarda relación con el texto: cfr. nota 159, I, 343.

<sup>23</sup> *ser*, existir.

<sup>24</sup> Una de las raras veces que le da artículo masculino: cfr. n. 174, II, 76.

<sup>25</sup> Aunque no lo dice literalmente, así lo da a entender el protagonista del diálogo lucianesco *Timón o el Misántropo*, § 5.

<sup>26</sup> Bien se ve que el autor ha empleado aquí, no un refrán o dicho pro-

—Amigos, mientras me duró el valimiento, bien tenía yo—dixo un caído—. No tenían número por muchos, ni agora por ninguno.<sup>27</sup>

Passé adelante, y díxome un discreto:

—¿Cómo es esso? ¿De modo que buscáis un otro yo?<sup>28</sup> Esse misterio sólo en el cielo se halla.

—Yo he visto cerca de cien vendimias—me respondió uno, y diría verdad, porque parecía del buen tiempo—, y con que toda la vida he buscado un amigo verdadero, no he podido hallar sino medio, y ésse a prueba.<sup>29</sup>

—Allá en tiempo que rabiavan los reyes,<sup>30</sup> digo quando se enojavan, oí contar—dixo una vieja—de un cierto Pilades y Orestes<sup>31</sup> una cosa como éssa. Pero a fe, fijo,<sup>32</sup> yo siempre lo he tenido más por conseja que por consejo.

verbial, sino dos locuciones familiares: *Comer más que un sabañón* (por lo mucho que éste pica o escuece, y el otro pica o traga), y *tener callos*, v. gr., *en los oídos* (por la dureza de aquéllos, y la de éstos cuando no quiere uno darse por enterado de lo que oye).

<sup>27</sup> De tal clase de amigos habla el *Eclesiástico*, VI, 10: "Est autem amicus socius mensae, et non permanebit in die necessitatis." Compárese también Eurípides, *Electra*, vv. 605-609. Sobre el *agora* que precede, véase nota 97, II, 29.

<sup>28</sup> Cfr. nota 99, I, 262.

<sup>29</sup> Conforme al consejo del *Eclesiástico*, VI, 7: "Si possides amicum, in tentatione posside eum, et ne facile credas ei."

<sup>30</sup> Aludiendo jocosamente al personaje proverbial con que se designa la muy remota antigüedad de algo, como *ser del tiempo del rey que rabió o acordarse del rey que rabió*. Del empleo frecuentísimo de frases semejantes en la época clásica nos da clara idea Quevedo en la *Visita de los chistes*: "Yo soy—dijo—el *Rey que rabió*. Y si no me conocéis, por lo menos no podéis dejar de acordaros de mí, porque sois los vivos tan endiablados que a todo decís que se acuerda del *Rey que rabió*, y en habiendo un paredón viejo, un muro caído, una gorra calva, un ferreruelo lampiño, un trabajazo rancio, un vestido caduco, una mujer manida de años y rellena de siglos, luego decís que se acuerda del *Rey que rabió*. No ha habido tan desdichado rey en el mundo, pues no se acuerdan dél sino vejeces y harapos, antigüedades y visiones." *Los Sueños*, I, 228-229.

<sup>31</sup> Pilades (llano, según el acento griego; esdrújulo en latín) y Orestes, con esa amistad que viene siendo proverbial desde la remota antigüedad, figuran en numerosas obras del teatro griego, como el *Orestes* de Eurípides. Las otras dos parejas de amigos ejemplares que nos vienen de la antigüedad son Teseo y Peritoo (con *oo* átonas, conforme al griego y al latín, aunque algunos poetas de los siglos XVII y XIX suelen hacer tónica la primera *o*), Escipión y Lelio.

<sup>32</sup> *fijo*, por *hijo*, para hacer a la vieja casi dos veces centenaria, anterior a la misma Celestina, contemporánea de aquellas viejas del marqués de Santillana que decían sus refranes tras el fuego.

—No os canséis en esso—me juró y votó un soldado español—, porque yo he rodeado y aun rodado todo el mundo, y siempre por tierras de mi rei, y con que he visto cosas bien raras, como los gigantes en la tierra del fuego,<sup>33</sup> los pigmeos en el aire,<sup>34</sup> las amazonas en el agua de su río,<sup>35</sup> los que no tienen cabeça, que son muchos, y los de sólo un ojo, y ésse en el estómago, los de un solo pie a lo grullo, sirviéndoles de tejado,<sup>36</sup>

<sup>33</sup> Alusión, claro está, al archipiélago de este nombre próximo al extremo meridional de América, cuyos habitantes pertenecen a la raza de los patagones; su elevada estatura se exageró hasta suponerlos gigantes, y como tales los describe López de Gómara. Hablando de las casillas de Tierra del Fuego, dice que en una de ellas “vivían . . . cinco gigantes.” A un prisionero de allá “probaron qué fuerza tenía, y ocho hombres no lo pudieron atar . . . no quiso comer, de puro coraje, y murióse. Tomaron para traer a España la medida, ya que no podían la persona, y tuvo once palmos de alto; dicen que los hay de trece palmos, estatura grandísima, y que tienen disformes pies, por lo cual los llaman patagones . . . Traían dos gigantes que se murieron navegando.” (*Historia general de las Indias*, ed. cit., págs. 213 b, 214 ab.) Cfr. nota 18, I, 246.

<sup>34</sup> Para completar la lista de los elementos, tierra, fuego, con el agua que sigue, en el aire pone aquí a los pigmeos, hipérbole soldadesca que al autor se le pudo ocurrir recordando humorísticamente la antigua poesía griega, que pinta a los pigmeos en pelea con las grullas. Pero lo más probable es que se trate de una alusión a la ciudad francesa de Aire-sur-la-Lys, llamada comúnmente Aire en aquel tiempo y hoy, plaza fuerte tomada por los españoles pocos años antes, en 1641, cuyo sitio y conquista tuvieron gran resonancia.

<sup>35</sup> El Amazonas, el mayor río del mundo, fué descubierto por los hermanos Pinzones en 1500, y cuarenta y tres años después lo recorrió Francisco de Orellana, que le dió su nombre. Refiriéndose a este explorador, al cual trata severamente, escribía López de Gómara: “Entre los disparates que dijo, fué afirmar que había en este río amazonas, con quien él y sus compañeros pelearan. Que las mujeres anden allí con armas y peleen, no es mucho, pues en Paria, que no es muy lejos, y en otras muchas partes de Indias lo acostumbraban; ni creo que ninguna mujer se corte y queme la teta derecha para tirar el arco, pues con ella lo tiran muy bien, ni creo que maten o destierren sus propios hijos, ni que vivan sin maridos, siendo lujuriosísimas. Otros, sin Orellana, han levantado semejante hablilla de amazonas después que se descubrieron las Indias, y nunca tal se ha visto ni se verá tampoco en este río. Con este testimonio pues escriben y llaman muchos río de las Amazonas.” (*Loc. cit.*, pág. 210 b.) Cons. Fray Gaspar de Carvajal, *Descubrimiento del Río de las Amazonas*, ed. José Toribio Medina, Sevilla, 1894.

<sup>36</sup> Enigmático para mí anduvo aquí Gracián. Preceden inmediatamente los individuos sin más ojos que uno en el estómago, esto es, los que sólo miran a su conveniencia. Dirá más adelante que los unos y los otros son sabandijas. Los de un solo pie serán los cojos, que para el autor son falsos (I, vii) y cojean de la voluntad (I, ix); agrega a lo grullo porque éste duerme

los sátiros y los faunos, batuecos <sup>37</sup> y chichimecos, <sup>38</sup> savandijas todas que caven en la gran monarquía española, yo no he topado esse gran prodigio que aora oigo. Sola dexé de ver la isla Atlántida, <sup>39</sup> por incógnita: podría ser que allí estuviesse como otras cien mil cosas buenas que no se hallan.

—Que no está tan lejos como esso—le dixe—; antes me aseguran le he de hallar dentro de España.

—Esso no creeré yo—replicó un crítico <sup>40</sup>—, porque primeramente él no estará donde hincan el clavo por la cabeça, nunca cediendo al ageno dictamen aun del más acertado amigo. <sup>41</sup> Menos donde, de quatro partes, las cinco son palabras: <sup>42</sup> y amistad es obras, y obras son amores. <sup>43</sup> Pues donde no se dexan falar <sup>44</sup> sino por serviles farautes, <sup>45</sup> tampoco, que aun de

sobre un pie; *sirviéndoles de tejado* (sombbrero, en germanía) a los tales un pie, es decir, el otro pie, que el grullo mantiene levantado. Todo lo cual resulta de una grandísima frialdad, aunque metiéndonos ya en la cámara oscura del autor imaginemos una alusión al *tejadillo* o manera de coger los naipes para hacer trampa. Cabría entender *sirviéndoles destejado* (con *s* caída en la impresión), teniendo por sujeto el soldado que habla y significando haberlos servido sin amparo o beneficio.

<sup>37</sup> Las Batuecas, comarca montañosa y áspera de la provincia de Salamanca, vivió aislada durante siglos, sin comunicación con el resto del mundo, hasta los tiempos de Felipe II. La imaginación popular forjó sus leyendas sobre aquella solitaria y mal conocida comarca, y al decir de los pastores de tierras limítrofes, hasta se veían y escuchaban por allá figuras y voces de demonios. Léase la erudita disertación del P. Feijóo, *Fábula de Las Batuecas*, en su *Teatro*, t. IV, disc. x.

<sup>38</sup> Con propiedad se decía entonces, como hoy, *chichimecas*, de la antigua raza que parece haber precedido a los aztecas en la ocupación de la meseta de Anahuac, y los cuales tenían fama de extraños y feroces. Cons. López de Gómara, *loc. cit.*, pág. 431.

<sup>39</sup> Si este desenfadado embustero hubiese pasado de la lectura de las *gacetas* en las gradas de San Felipe a la del *Timeo* de Platón, viendo aquí la prolija descripción de sus tierras y habitantes, no habría dejado de decir que también visitó la Atlántida.

<sup>40</sup> crítico, con el valor que hoy damos a *crítico*: cfr. nota 19, I, 97.

<sup>41</sup> Alusión a sus paisanos los aragoneses: cfr. nota 31, I, 294.

<sup>42</sup> Ya dijo que el mucho hablar y el obrar poco es achaque de toda Andalucía (I, x). Y nótese la aritmética satírica del autor sacando cinco de cuatro, a la manera de este dicho: *Tres españoles, cuatro opiniones* (Sbarbi).

<sup>43</sup> *Obras son querencias*, había registrado entre sus refranes el marqués de Santillana; *las obras hazen linaje*, decía la Celestina; y Correas trae ya el refrán que nuestro autor tenía en la mente: *Obras son amores, que no buenas razones*.

<sup>44</sup> *falar*, en portugués, *hablar*.

<sup>45</sup> *faraule*, rey de armas que tenían los grandes señores.

sí mesmos no se dignan <sup>46</sup> aquellos señores fidalgos.<sup>47</sup> En tierra corta,<sup>48</sup> donde todo es poca cosa, yo lo dudo: y hablemos quedo, no nos oigan, que harán punto desto mismo.<sup>49</sup> Pues donde todo se va en flor, sin fruto,<sup>50</sup> es cosa de risa, y allí todos los hidalgos, aunque muchos, corren a lo de Guadalajara.<sup>51</sup>

—¿Y en Cataluña?, señor mío—repliqué yo.

—Aí aun podría ser, que los catalanes saben ser amigos de sus amigos.

—También son malos para enemigos.<sup>52</sup>

—Bien se ve, piénsanlo mucho antes de començar una amistad, pero una vez confirmada, hasta las aras.<sup>53</sup>

<sup>46</sup> *no se dignan* dejarse hablar, sobrentendido.

<sup>47</sup> “Chi scriuesse conformandosi con Giulio Cesare, che i Francesi sono impetuosi ne principii, e lenti ne progressi, non perciò si mostrerebbe nemico ne dispreggiator di quella potente e bellicosa nazione: E chi dicesse che gli Spagnoli sono arroganti, non negherebbe la riputazione loro sparsa per tutto'l Mondo: cosi non offenderebbe i Portoghesi chi dicesse che sono naturalmente presuntuosi, poi che non possono negarlo ne uogliono coprirlo; anzi essi medesimi sogliono dire che viuono di opinione cioè che si sostentano più con ciò che si pensano essere, che con quel che in effetto sono.” (Conestaggio, *Dell' vnione del Regno di Portogallo alla Corona di Castiglia*, Venetia, 1592, Al Lettore.) Véase nuestra nota 21, I, 291.

<sup>48</sup> Aludiendo a Navarra y con probable equívoco de *escasa* o *mezquina*, y acaso también por la cortedad de genio de los navarros: cfr. nota 32, I, 151.

<sup>49</sup> *punto* de honra, se entiende, y dícelo por el genio pendenciero que el autor atribuye a sus pobladores: cfr. nota 43, I, 296.

<sup>50</sup> En la Primera Parte, crisi x, ha dicho ya que la florida Valencia está llena de todo lo que no es sustancia.

<sup>51</sup> *corren*, probablemente con intencionada ambigüedad de *ir velozmente* y *valer*; a lo de Guadalajara está dicho por alusión al siguiente refrán que trae Blasco de Garay: *El escudero de Guadalajara, que lo que dize a la noche, no ay nada a la mañana.* (*Cartas en refranes*, a continuación de los *Refranes* de Hernán Núñez, Lérida, 1621, fol. 387 a.) Recordaré, además, que la Puerta de Guadalajara era uno de los más famosos mentideros de la corte; allí se reunían por la mañana las gentes ociosas, que se entretenían “murmurando, sabiendo nuevas, diziendo y escuchando mentiras,” como escribe Cervantes en el entremés del *Juez de los divorcios*. (Cons. A. Morel-Fatio, *La Puerta de Guadalajara en Madrid*, en *Rev. de la Biblioteca, Archivo y Museo*, 1924, I, 417-423.) Cfr. nota 114, II, 32.

<sup>52</sup> Para Cervantes, son “los cortesés catalanes gente, enojada, terrible; pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra.” *Persiles y Sigismunda*, III, xii.

<sup>53</sup> “Hasta el altar,” esto es, servir al amigo en todo lo que no implique el quebrantamiento de las leyes divinas y humanas. Es frase atribuída a Pericles (Aulo Gelio, I, iii, 20). Compárese Baltasar Mateo Velázquez, refiriéndose también a Cataluña: “aquella nación y provincia tiene esto por excelencia: que el que llega a ser amigo de otro, lo es de veras. Y también

—¿Cómo puede ser esso—instó un forastero—, si allí se hereda la enemistad y llega más allá del caducar la vengança, siendo fruta de la tierra la vandolina?<sup>54</sup>

—Y aun por esso—respondió—, que quien no tiene enemigos tampoco suele tener amigos.<sup>55</sup>

Con estas noticias me fuí empeñando<sup>56</sup> la Cataluña adentro; corríla<sup>57</sup> toda, que bien poco me faltava, quando me sentí atraer el corazón de los imanes de una agradable estancia, antigua casa, pero no caduca. Fuíme entrando por ella como Pedro por ésta,<sup>58</sup> y notando a toda observación quanto veía:

al contrario, si hay razón para ello.” *El filósofo de aldea* (1626), ed. Madrid, 1906, págs. 281-282.

<sup>54</sup> Las referencias al bandolerismo de Cataluña (o la *bandolina*, como dice jocosamente Gracián) son frequentísimas en nuestras letras del siglo XVII, y aun se lleva el tema al teatro, como en la comedia *El catalán de Serrallonga y bandidos de Barcelona*, de Coello, Rojas y Vélez de Guevara. Se encuentran avisos como el siguiente, del 17 de noviembre de 1612: “se dice que quieren proveer de visoreyes a Cataluña y Valencia, por haber cumplido muchos dias ha el de Caracena y convenir sacar al de Almazan, por ser muy remiso en el gobierno y estar Cataluña con diez o doce cuadrillas de bandoleros, que la que menos tiene son 50 hombres, y algunas 100, que no se puede andar por la tierra sin poner remedio en ello.” (Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, ed. Madrid, 1857, pág. 501.) El remedio no era nada fácil, pues hubo bandidos como Antonio Roca, el Miñón, el Cadell, el Guiñarte, que “se atrevieron a desafiar a ciudades tan principales como Barcelona, Girona, Lerida, començando con un solo compañero; y luego de dos fueron docientos, para esecutar su desafio con innumerables robos, insultos y maldades.” (Vitrián, *Las memorias de Comines*, II, 34.) La explicación acaso estriba en esto que dice Franciosini: “en España no se habla mucho de ladrones de camino o salteadores, sino es en Cataluña, por ser la Prouincia mas frequentada de passageros que otra ninguna: porque passan por ella todos los que van y vienen de Italia o de aquellas partes de Francia para la Corte; demas que es la Tierra mas poblada de toda España.” (*Diálogos apazibles*, Roma, 1638, pág. cxviii a.) Para referencias al mismo tema, véase Salas Barbadillo, *La casa del placer honesto*, ed. E. B. Place, Boulder, 1927, pág. 353; Antonio de Mendoza, *Obras*, ed. cit., pág. 131 a; Quevedo, *BAE*, XXIII, 282, 283; Víctor Balaguer, *Hist. de Cataluña*, lib. X, caps. ii y viii.

<sup>55</sup> Proverbio de los romanos: “Qui neminem habet inimicum, eum nec amicum habet quenquam.” Véase Aulo Gelio, I, iii, 31.

<sup>56</sup> *empeñarse*, en la acepción de *aventurarse*, o como dice el *Dicc. de Autoridades*, “arrojarse con ánimo, resolución y esfuerzo a los peligros o a vencer las dificultades.” En el moderno Diccionario académico se ha restringido indebidamente tal significado a los buques nada más.

<sup>57</sup> *correr*, recorrer: cfr. nota 84, II, 27.

<sup>58</sup> Por la locución familiar *entrarse como Pedro por su casa*. Lo natural hubiera sido decir en nuestro texto *como Pedro por la suya* (y así precisa-



que de las alajas de una casa se colige el genio de su dueño. No encontré en toda ella ni con niños ni con mugeres; hombres sí, y mucho, aunque no muchos, que a prueba me introduxeron allá; criados, pocos, que de los enemigos los menos.<sup>59</sup> Estaban cubiertas las paredes de retratos, en memoria de los ausentes, alternados con unos grandes espejos, y ninguno de cristal por escusar toda quiebra: de azero sí, y de plata, tan tersos y tan claros como fieles. Todas las ventanas, con sus cortinillas, no tanto defensivo contra el calor quanto contra las moscas,<sup>60</sup> que aquí no se toleran ni enfadosos ni entremetidos. Penetramos al corazón de la casa, al último retrete,<sup>61</sup> donde estaba un prodigio triplicado, un hombre compuesto de tres, digo tres que hazían uno, porque tenía tres cabeças, seis braços y seis pies. Luego que me brujuleó, me dixo:

—¿Búscasme a mí o a ti mismo? ¿Vienes al uso de todos, que es buscarse a sí mismos quando más parece que buscan un amigo? Y si no se advierte antes, se experimenta después que no los trae otro<sup>62</sup> que su provecho o su honra o su deleite.

—¿Quién eres tú—le dixe—, para saber si te busco?; aunque por lo raro ya podría.

—Yo soi—me respondió—el de tres uno, aquel otro yo, idea<sup>63</sup> de la amistad, norma de cómo han de ser los amigos;<sup>64</sup> yo soi el tan nombrado Gerión.<sup>65</sup> Tres somos y un solo corazón *Gerión* tenemos,<sup>66</sup> que el que tiene amigos buenos y verdaderos, tantos *moral*.

mente se corrigió en la ed. 1773), pero es que Gracián querrá traer un ilustre recuerdo al decir *como Pedro por ésta*, el de los tiempos en que esta casa de Lastanosa sería honrada con la visita de Pedro IV de Aragón, cuyo canciller era un antepasado de nuestro prócer aragonés: cons. *Agudeza*, LVII, 353; *Linajes de Aragón*, 1912, III, 243.

<sup>59</sup> Comp. Séneca, *Epist.*, XLVII, 5: “Deinde ejusdem arrogantiae proverbium jactatur, totidem hostes esse quot servos.” Y no hay para qué recordar aquello de *los criados son enemigos excusados* (o *pagados*).

<sup>60</sup> “Al hombre que es pegajoso, que no le podemos echar de nosotros, solemos llamar mosca.” Covarrubias.

<sup>61</sup> *retrete*, aposento: cfr. nota 17, I, 268.

<sup>62</sup> *otro*, otra cosa: cfr. nota 19, I, 105.

<sup>63</sup> *idea*, imagen: cfr. nota 23, II, 5.

<sup>64</sup> Véase nota 99, I, 262.

<sup>65</sup> Gerión: cfr. nota 6, I, 351.

<sup>66</sup> Cicerón, *De Amicitia*, XXI, 81: “cujus animum ita cum suo misceat, ut efficiat paene unum ex duobus.” Sin embargo, en este pasaje se inspiró Gracián en el emblema de Alciato titulado *Concordia insuperabilis*, en el cual aparece un hombre con seis brazos y seis piernas, simbolizando los tres hermanos Geriones, que, como se infiere del texto latino, tan conformes eran en todo que parecían tener una sola voluntad.

entendimientos logra:<sup>67</sup> sabe por muchos, obra por todos, conoce y discurre con los entendimientos de todos, ve por tantos ojos, oye por tantos oídos, obra por tantas manos y diligencia con tantos pies;<sup>68</sup> tantos passos da en su conveniencia como dan todos los otros; mas entre todos, sólo un querer tenemos, que la amistad es un alma en muchos cuerpos. El que no tiene amigos, no tiene pies ni manos, manco vive, a ciegas camina. Y ¡ai del solo!, que si cayere no tendrá quien le ayude a levantar.<sup>69</sup>

Luego que le oí, exclamé: ¡O gran prodigio de la amistad verdadera, aquella gran felicidad de la vida, empleo digno de la edad varonil, ventaja única del ya hombre!: a ti te busco, criado soi de quien tan bien te estima quan bien te conoce y oi solicita tu correspondencia, porque dize que sin amigos del genio y del ingenio<sup>70</sup> no vive un entendido, ni se logran<sup>71</sup> las felicidades, que hasta el saber es nada si los demás no saben que tú sabes.<sup>72</sup>

—Agora digo—me respondió el Gerión—que es bueno para amigo Salastano. Buen gusto tiene en tenerlos, que lo demás es embidiarse los bienes con necia infelicidad. ¡O qué bien decía aquel grande amigo de sus amigos y que tan bien<sup>73</sup> lo sabía ser, el Duque de Nochera!: <sup>74</sup> “No me avéis de preguntar

<sup>67</sup> lograr, disfrutar: cfr. nota 18, I, 119.

<sup>68</sup> Con tan alto sentido, y no sólo por los bienes materiales, se dijo el antiguo proverbio de que todo es entre amigos común: “ut in Graecorum proverbio est: *Amicorum esse omnia communia*.” Cicerón, *De Officiis*, I, 16.

<sup>69</sup> Cita del *Eclesiastés*, IV, 10: “Vae soli: quia cum ceciderit, non habet sublevantem se.”

<sup>70</sup> Esto es, los que son amigos de cultivar al par el genio y el ingenio, que “son los dos exes del luzimiento.” (*El Discreto*, I, 342 a.) Gracián entiende por *genio* una especie de superior conjunción del intelecto y el temperamento.

<sup>71</sup> lograr, disfrutar.

<sup>72</sup> Cita de Persio (I, 27): “Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc sciat alter.” Comp: *El Discreto*, XIII, 371 b: “Lo que no se ve es como si no fuesse; y como dixo aquel Auechucho satirico, nada es tu saber si los demas ignoran que tu sabes.” Véase también *Eclesiástico*, XX, 32–33.

<sup>73</sup> Aquí, como pocas líneas antes y casi invariablemente, trae el texto *tambien*, que es la forma corriente que se ve en los manuscritos e impresos de aquellos siglos por *tan bien*.

<sup>74</sup> Don Francisco Carafa y Gonzaga, duque de Nocera, “Héctor napolitano,” como le llama Vélez de Guevara (*Diablo Cojuelo*, ed. BAE, XXXIII, 39 a), fué virrey y capitán general de Navarra y de Aragón. Poco afortunado en sus empresas militares, fué acusado de impericia en el mando en

qué quiero comer oi, sino con quién;" que del convivir se llamó combite.<sup>75</sup>

Desta suerte fué celebrando las excelencias de la amistad, y a lo último:

—Quiero—dixo—que registres mis tesoros, que para los amigos siempre están patentes,<sup>76</sup> y aun ellos son los mayores.

Mostróme lo primero la granada de Dario,<sup>77</sup> ponderando que

1637 (*La corte y monarquía de España* . . . , ed. cit., págs. 199, 220), y en 1641 fué derrotado en la acción de Valls. Falleció el 12 de julio de 1642. Faltóle la dicha, según Gracián, pero no la fama. Profesábale nuestro autor suma admiración y afecto: le dedicó su segunda obra, *El Político*, y allí le llama "Mecenas y maestro mio juntamente;" celebróle en *El Discreto* (XV, 379 a) por sus dotes de energía, serenidad y máximo señorío, "emulandose lo ingenioso y lo cuerdo;" recordóle en la *Agudeza* (LV, 339) por su "superior entendimiento, indezible agrado, humano trato, galanteria, con q̄ echizava las gētes." Y, finalmente, estuvo asistiéndole durante una enfermedad en diciembre de 1640. En cuanto al título, aunque algunos contemporáneos le dan propiamente el de Nocera, la mayoría le llamaba conforme a la pronunciación italiana, Nochera, como se venía escribiendo tal título en castellano (v. gr., Gaspar de Baeza, trad. *Elogios*, de Jovio, fol. 1; Antonio de Mendoza, *Obras*, pág. 356 a; PP. Andrés Mendo y Sebastián González, *Cartas*, ed. BAE, LXII, 313 b, 321 b, 335 a, et passim), y así pudo hacer Juan Rufo su chiste con el nombre, cuando un mal poeta, tras leerle sus versos, le dijo: "Este hice en loor de la duquesa de Nochera. Y él respondió: Y noche será, si la celebran poetas como vos." (*Las seiscientas apotegmas*, 1596, ed. Biblióf. Españoles, pág. 60.) Cons. B. Croce, *Il Duca di Nocera* . . . e Baltasar Gracián, en *La Critica*, 1937, XXXV, 219-235.

<sup>75</sup> Natural es que así lo pensara Gracián, según los conocimientos filológicos de su tiempo, y tal es la etimología que le da Covarrubias: "COM-BITE, Latin conuiuium, de con y viuio." Pero sabido es hoy que *convite* es postverbal de *convidar*, y que éste se deriva del bajo latín *convitare*, por *invitare*, con *in* cambiada en *con* por influencia de *convivium*.

<sup>76</sup> *patente*, abierto o visible: cfr. nota 12, I, 118.

<sup>77</sup> *Dario*, con *a* tónica, fué la pronunciación ordinaria hasta el último tercio del siglo XVII, en que empezó a imponerse la pronunciación latina, *Darío*, que ha prevalecido. Refiere Heródoto (*Historia*, IV, cxliii) que poniéndose Darío a comer granadas, a la primera que tomó preguntóle su hermano Artabán qué cosa desearía tener en tan grande cantidad como granos tenía aquella granada; respondió Darío que más desearía tener otros tantos Megabises (general de sus tropas en Europa) que ver a toda la Grecia bajo su mando. Simbolizó también con ella la estrecha amistad, como la que le unía a Zópiro, y en este concepto pasó a las colecciones de anécdotas, por ejemplo, la *Floresta General*, II, 155: "Abriendo Dario una Granada muy gruessa, dixo: No desearia otra felicidad en el mundo que hallar en los hombres tan enlazada y unida amistad como tienen entre sí estos granos."

los tesoros del sabio no son los rubíes ni los zafiros, sino los Zopiros: <sup>78</sup>

—Mira bien esta sortija, que el amigo ha de venir como anillo en dedo: <sup>79</sup> ni tan apretado que lastime, ni tan holgado que no ajuste, con riesgo de perderse. Atiende mucho a este diamante, no falso, sí al tope <sup>80</sup> quando conviene y aun haziendo punta, <sup>81</sup> otras veces quadrado y en almohada del consejo, <sup>82</sup> con muchos fondos <sup>83</sup> y quilates de fineza, tan firme que ni en el ayunque <sup>84</sup> quiebra expuesto a los golpes de la fortuna, ni con las llamas de la cólera falta, <sup>85</sup> ni con el unto de la lisonja ni del soborno se ablanda: sólo el veneno de la sospecha le puede hazer mella.

Fué haziendo erudito alarde de preciosísimos símbolos de la amistad. A lo último, sacó una bugetilla de olor <sup>86</sup> que despedía confortativa fragancia; y quando yo creí ser alguna quinta essencia de ámbar realçado del almizcle, me dixo:

—No es sino de un rancio néctar, de un vino, aunque viejo más jubilante <sup>87</sup> que jubilado; bueno para amigo, que conforte el corazón, que le alivie y que le alegre y juntamente sane las morales llagas. <sup>88</sup>

<sup>78</sup> Sobre el aprecio que Darío hacía de la amistad de su heroico y abnegado compañero de armas Zópiro, véase Heródoto, *op. cit.*, III, clx. Zopiro solía ser grave, hasta que luego se impuso el esdrújulo, así como también se decía *Herodóto* al par que *Heródoto*.

<sup>79</sup> Esta locución familiar, *venir como anillo en dedo*, no la registran el *Libro de buen amor*, *La Celestina*, ni los *Refranes* de Santillana, Hernán Núñez, Mal Lara, Oudin, ni Covarrubias y Franciosini. La expresión ya corriente era *venir de molde* (Franciosini).

<sup>80</sup> *al tope*: sobre esta clase de montura de piedras preciosas, véase nota 79, I, 389.

<sup>81</sup> El diamante de la amistad, que nos refrena (*al tope*, equívoco) y aun nos hace oposición (*punta*) cuando es para nuestro bien.

<sup>82</sup> Esto es, según entiendo, otras veces de firme resistencia (*quadrado*) y montado en la suavidad (*almohada*) del consejo.

<sup>83</sup> *fondos*, en los diamantes, “son los brillos interiores y profundos, y la transparencia que se causa por su fineza y perfeccion,” como define el *Dicc. de Autoridades* y falta consignar en el moderno Diccionario académico.

<sup>84</sup> *ayunque* y *yunque* alternaban en la lengua clásica, pero el autor da la preferencia a la primera forma (III, iv; *Obras*, II, 431 b, etc.). En el siglo XVI se hacía femenino, como en latín; y en el siguiente, masculino (v. gr., Jerónimo de Alcalá, *El donado hablador*, II, iii).

<sup>85</sup> *faltar*, en la acepción de *consumirse*.

<sup>86</sup> *bugetilla de olor*, pomo de perfumes.

<sup>87</sup> *jubilante*, con el consiguiente equívoco.

<sup>88</sup> Porque dice el *Eclesiástico*, VI, 16: “*Amicus fidelis, medicamentum vitae.*”

Entregóme al despedirme esta lámina preciosa con este su retrato dedicado a la amigable fineza.

Miráronle todos con admiración y aun repararon en que aquellos rostros eran sus verdaderos retratos,<sup>89</sup> ocasión de quedar declarada y confirmada la amistad entre todos mui a la enseñanza del Gerión: feliz empleo de la varonil edad.

Despidiéronse ya, sin partirse,<sup>90</sup> los soldados para sus alojamientos, que en esta vida no ai casa propia. Nuestros dos peregrinos del mundo, no pudiendo hazer alto en el viage del vivir, salieron a proseguirle por la Francia.<sup>91</sup>

Vencieron las asperezas del hipócrita Pirineo, desmentidor de su nombre<sup>92</sup> a<sup>93</sup> tanta nieve, donde mui temprano el invierno tiende sus blancas sábanas y se acuesta. Admiraron con observación aquellas gigantes<sup>94</sup> murallas con que la atenta naturaleza afectó<sup>95</sup> dividir estas dos primeras provincias de la Europa, a España de la Francia, fortificando la una contra la otra con murallas de rigores, dexándolas tan distantes en lo político quando tan confinantes en lo material. Y agora conocieron con cuánto fundamento de verdad aquel otro cosmógrafo avía delineado en un mapa estas dos provincias en los dos extremos del orbe;<sup>96</sup> caso bien reído de todos: de unos por no entendido, y de otros por aplaudido. Al mismo punto

*Franceses,  
antípodos  
de España.*

<sup>89</sup> Entre los que están mirando, figuran principalmente Salastano (Lastanosa) y Critilo (Gracián), y el retrato viene de Cataluña, en cuya villa de Tortosa estaba de gobernador militar Pablo de Parada. Estaban los tres ligados por estrecha amistad (cfr. *Introducción*, I, 6-7, y nota 10, I, 95). Con fundamento conjeturó Coster (*Ballasar Gracián*, pág. 181) que ésta fué una ingeniosa manera de aludir a tal amistad.

<sup>90</sup> *partirse*, con equívoco de *dividirse* y *separarse*.

<sup>91</sup> Equivocóse Salvá al afirmar en su *Gramática* que el prefijar el artículo en ciertos casos a los nombres de reinos o provincias "es novedad introducida de poco acá." En la lengua de los clásicos era tan común emplear el artículo como omitirlo, y en el siglo XVIII, a pesar de su tendencia al acopio de galicismos, los autores cuidadosos, como Feijóo, más bien tienden a suprimirlo.

<sup>92</sup> En efecto, *Pirineo* tiene como raíz etimológica *πῦρ* *fuego*, y según la mitología recibió su nombre de Pirene, la amada de Hércules quemada en aquellas montañas (véase Silio Itálico, III, 420 y sigtes.). No es que fuesen montes de fuego, según la antigua leyenda, sino incendiados por el descuido de unos pastores.

<sup>93</sup> *a* paréceme que está aquí más bien por *con*: cfr. nota 11, I, 351.

<sup>94</sup> *gigantes*: cfr. nota 55, II, 58.

<sup>95</sup> *afectar*, anhelar: cfr. nota 30, I, 122.

<sup>96</sup> No fué el único tal desconocido cosmógrafo. Como antípodos en el clima, en el aire y hasta en el supuesto influjo de los astros pinta a ambas naciones, entre otros escritores, Carlos García en su ya citada obra de 1617 (págs. 289-298).

que metieron el pie en Francia conocieron sensiblemente la diferencia en todo, en el temple, clima, aire, cielo y tierra; pero mucho más la total oposición de sus moradores en genios,<sup>97</sup> ingenios, costumbres, inclinaciones, naturales,<sup>98</sup> lengua y trages.<sup>99</sup>

*Censura de España.* —¿Qué te ha parecido de España?—dixo Andrenio—. Murmuremos un rato della aquí donde no nos oyen.

—Y aunque nos oyeran—ponderó Critilo—, son tan galantes los españoles, que no hizieran crimen de nuestra civilidad.<sup>100</sup> No son tan sospechosos como los franceses; más generosos coraçones tienen.

—Pues, dime, ¿qué concepto has hecho de España?

—No malo.

—¿Luego bueno?

—Tampoco.

—Según esso, ni bueno ni malo.

—No digo esso.

—¿Pues qué?

—Agridulce.

—¿No te parece mui seca, y que de aí les viene a los españoles aquella su sequedad de condición y melancólica gravedad?<sup>101</sup>

—Sí, pero también es sazónada en sus frutos y todas sus cosas son mui substanciales. De tres cosas dizen se han de guardar mucho en ella, y más los estrangeros.

<sup>97</sup> *genio*, temperamento.

<sup>98</sup> *natural*, índole.

<sup>99</sup> “El Frances, si da en multiplicar pliegues, mas que colas un palpo; si da en ajustar su vestido, mas que una rana, y siempre descompuesto, mostrando la carne o a lo menos la camisa; ellos y ellas, a veces tan cortos andan, hasta verse a la luz del sol lo que la naturaleza condenó a perpetuas tinieblas.” (Vitrián, *Las memorias de Comines*, I, 134.) Sobre la diferencia de españoles y franceses en el vestir, con detallada enumeración de las prendas y estilos, véase Carlos García (*op. cit.*, págs. 270-272), el cual afirma en términos generales que “esta contrariedad es tanta y tan del todo extremada, que para definir un frances no hay medio más propio y cabal que decir que es un español al revés, pues allí acaba el Español donde el Frances comienza” (*ibíd.*, págs. 257-258).

<sup>100</sup> *civilidad*, vulgaridad: cfr. nota 9, I, 129.

<sup>101</sup> Escribió en el *Oráculo*: “Participa el agua las calidades buenas o malas de las venas por dōde passa; y el hombre las del clima dōde nace.” (Ed. *Obras*, Madrid, 1664, I, 451 a.) De la condición melancólica de los españoles, decía Botero: “La gente participa assai di maninconia, che la rende graue nelle maniere e lenta nelle imprese.” (*Relationi universali*, I, i, pág. 3.) Puede verse, sobre el mismo tema, Arturo Farinelli, *La vita è un sogno*, Turín, 1916, I, 247; II, 204 y sigtes.

—¿De tres solas? ¿Y qué <sup>102</sup> son?

—De sus vinos, que dementan; de sus soles, que abrasan; y de sus femeniles lunas, que enloquezen.

—¿No te parece que es mui montuosa, y aun por esso poco fértil?

—Assí es, pero mui sana y templada; que si fuera llana, los veranos fuera inhabitable.

—Está mui despoblada.

—También vale uno de ella por ciento de otras naciones.

—Es poco amena.

—No la faltan vegas mui deliciosas.

—Está aislada entre ambos mares.

—También está defendida y coronada de capaces puertos y mui regalada de pescados.

—Parece que está mui apartada del comercio de las demás provincias <sup>103</sup> y al cabo del mundo.

—Aun avía de estarlo más, pues todos la buscan y la chupan lo mejor que tiene: sus generosos vinos Inglaterra, sus finas lanas Olanda, su vidrio Venecia, su açafrán Alemania, sus sedas Nápoles, sus azúcares Génova, sus cavallos Francia, y sus patacones <sup>104</sup> todo el mundo.

—Dime, y de sus naturales ¿qué juicio has hecho?

—Aí ay más que dezir, que tienen tales virtudes como si no tuviessen vicios, y tienen tales vicios como si no tuviessen tan relevantes virtudes.

—No me puedes negar que son los españoles mui vizarros.<sup>105</sup>

<sup>102</sup> qué, cuáles: cfr. nota 4, I, 145.

<sup>103</sup> Nuestros clásicos empleaban la voz *provincia*, como antes los romanos, en un sentido mucho más amplio que tiene hoy, y frecuentemente como sinónimo de *nación*. Así el mismo Gracián, en *El Político*, pág. 421 a: "Reynos ay, Prouincias ay, que piden en propiedad Principes guerreros, como la belicosa Francia." Y Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, ed. Clás. Cast., III, 77: "Advertida la naturaleza, distinguió las provincias, y las cerró, ya con murallas de montes, ya con fosos de ríos y ya con las soberbias olas del mar, para dificultar sus intentos a la ambición humana." *Provincias* se llamaban también a las que ahora denominamos *regiones*, v. gr. Gonzalo de Céspedes: "provincias principales de España, que son doce: Portugal, Galicia, Vizcaya, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Andalucía, las dos Castillas, León y Extremadura." *Historias peregrinas y ejemplares* (1623), ed. Madrid, 1906, pág. 17.

<sup>104</sup> *patacón* era en aquel siglo término vulgar del real de a ocho: cfr. nota 228, II, 84.

<sup>105</sup> Un rasgo singular de tal bizarría refiere Vitrián, *op. cit.*, I, 59: "Todas las naciones en mar y tierra pelean cubiertos y atrincheados, sin descubrir mas de los ojos y cañon del arcabuz, sino los Españoles y Turcos, que de

—Sí, pero de ahí les nace el ser altivos.<sup>106</sup> Son muy juiciosos, no tan ingeniosos.<sup>107</sup> Son valientes, pero tardos; son leones, mas con quartana.<sup>108</sup> Muy generosos, y aun perdidos; pocos en el comer y sobrios en el beber, pero superfluos en el vestir. Abrazan todos los extranjeros, pero no estiman los propios. No son muy crecidos de cuerpo, pero de grande ánimo.<sup>109</sup> Son poco apasionados por su patria, y trasplantados son mejores; son muy allegados a la razón, pero arrimados a su dictamen. No son muy devotos, pero tenaces de su religión.<sup>110</sup> Y absurdo bizarro, al disparar, suelen poner el pie en el borde del navio o del muro descubriendo toda la persona."

<sup>106</sup> Sobre la altivez española, véase nota 59, I, 141.

<sup>107</sup> En desacuerdo con el italiano Pontano, que había definido al español en estos términos: "genus hominum acre atque ingeniosum." *Antonius*, en *Opera*, Neapoli, 1518, fol. 86.

<sup>108</sup> Había ya escrito en *El Discreto*, III, 349 b: "Discurrióse con prolixidad muy a la Española, pero con igual prouecho." Explica Saavedra Fajardo: "Los españoles . . . son constantes en los trabajos, profundos en los consejos, y así, tardos en la ejecución." (*Empresas políticas*, IV, 38.) Sea en tono de alabanza, o en el de censura, frecuentemente se menciona la lentitud española en los libros de aquel tiempo. Entre los extranjeros, dirá Boccalini: "Con tanta lentezza esguisce le resolutioni fatte, che con il tempo mutandosi la faccia de negotij, le resolutioni prudentissimamente deliberate molte volte riescono infelici . . . la stravolte ha faccia di timidità." *Pietra del paragone politico*, ed. Cosmopoli, 1664, pág. 31.

<sup>109</sup> "Grande e invencible es el ánimo de nuestra gente; los cuerpos con la manera de vida áspera y por beneficio de la naturaleza son sufridores de trabajo y de hambre, con las cuales virtudes se han vencido grandes dificultades por mar y por tierra." (Juan de Mariana, *BAE*, XXXI, 459 a.) Confírmalo Botero con las siguientes palabras: "Sopportano la fame è la sete più d'ogn' altra natione d'Europa; il che gli ha resi vincitori di molte imprese." (*Relationi universali*, I, i, pág. 4.) También Vitrián afirma que, mientras otras naciones necesitan beber antes de la batalla para encenderse, "los Españoles, sufridores, con sola su honrra y natural influencia de suelo y cielo, desfallecidos de hambre y sed, suelen pelear mejor, como los leones hambrientos. Exemplar sea la pelea y vitoria del Gran Capitan con sus Españoles en la de la Cerinola, y la del Marques de Pescara en la de Pavia, adonde los Españoles, muertos de hambre y sed, vencieron y mataron a los hartos y bien bebidos Tudescos y Franceses." *Op. cit.*, I, 19.

<sup>110</sup> Justamente declaraba el P. Mariana que "en la constancia de la religion católica, en el tiempo que entre las otras naciones todas las cosas sagradas se alteran a cada paso, nos señalamos entre todos." (*Loc. cit.*) Coincide con él, entre otros extranjeros coetáneos, Botero: "Mostrano somma riuerenza alla Chiesa & alle cose sacrè. Il che dimostrano le inestimabili entrate di quel Clero, & in vero io credo che Dio gli habbia fauoriti con tante vittorie per il zelo è professione ch' essi sanno di pietà è di religione è che per ciò gli habbia dato vn Mondo nuouo, nel cui acquisto, gouerno è dominio non ha parte niuna altra natione." *Relationi universali*, I, i, pág. 4.



lutamente es la primer nación de Europa: odiada, porque embidiada.<sup>111</sup>

Más dixeran si no les interrumpiera su vulgar murmuración un otro passagero, que con serlo y tan de priessa, tomava mui de veras el vivir. Veníase encaminando azia ellos. Y Critilo:

—Este—dixo—es el primer francés que topamos. Notemos bien su genio, su hablar y su proceder, para saber cómo nos avemos d[e]<sup>112</sup> portar con los otros.

—¿Pues qué, visto uno, estarán vistos todos?

—Sí, que ai genio común en las naciones, y más en ésta. Y la primera treta del trato es no vivir en Roma a lo húngaro,<sup>113</sup> como algunos que en todas partes viven al rebés.

La primera pregunta que el francés les hizo, aun antes de saludarlos, viendo que iban de España, fué si avía llegado la flota.<sup>114</sup> Respondiéronle que sí, y mui rica. Y quando creyeron se avía de desazonar mucho con la nueva, fué tan al contrario que començó a dar saltos de placer, haziéndose son a sí mismo. Admirado Andrenio, le preguntó:

—Pues ¿de esso te alegras tú, siendo francés?

Y él:

—¿Porqué no, quando las más remotas naciones la festejan?

—Pues ¿de qué provecho le es a Francia que enriquezca España y se le aumente su potencia?

—¡O qué bueno está esso!—dixo el mosiur<sup>115</sup>—. ¿No sabéis vosotros que un año que no vino la flota por cierto incidente, no le pudieron hazer guerra al Rei Católico ninguno de sus enemigos? Y aora frescamente, quando se ha alterado algo la plata del Pirú,<sup>116</sup> ¿no se han turbado todos los príncipes

*Efectos de la flota.*

<sup>111</sup> “La envidia que las otras naciones nos tienen—escribió el P. Mariana, *loc. cit.*—es grande, nacida ciertamente de la grandeza del imperio y poder, muy cierto compañero de la grandeza y majestad.”

<sup>112</sup> *do*, 1653: correcta, M1664, etc.

<sup>113</sup> Proverbio: “Si fueris Romae, Romano vivito more; / si fueris alibi, vivito sicut ibi,” con el sabido correspondiente castellano, *cuando a Roma fueres, haz como vieres*.

<sup>114</sup> Alude a la flota de las Indias, con su riquísimo cargamento, y ya dejamos apuntada la general ansiedad con que solía esperarse su arribo (nota 20, I, 149).

<sup>115</sup> *mosiur*: cfr. nota 20, II, 89.

<sup>116</sup> *Pirú* y *Perú* se decía casi indistintamente, sin que la primera forma se tuviese por vulgarismo, aunque la segunda era la más corriente en la lengua de los clásicos. Análogo es, entre tantos, el caso del humanista Lebrija, que autores tan esmerados como Juan de Valdés escribieron siempre *Librixa*. Respecto a la alteración de la plata *aora frescamente*, las mayores alteraciones en la extracción y consiguiente valor de la plata, en

de la Europa, y todos sus reinos con ellos? Creedme que los españoles brindan flotas de oro y plata a la sed de todo el mundo.<sup>117</sup> Y pues venís de España, muchos doblones <sup>118</sup> trairéis.<sup>119</sup>

—No, por cierto—respondió Critilo—, de lo que menos nos avemos curado.<sup>120</sup>

—¡Pobres de vosotros, qué perdidos venís!—exclamó el francés—. Basta <sup>121</sup> que aun no sabéis vivir con ir tan adelante,<sup>122</sup> que ai muchos que aun a la vejez no han començado a vivir.<sup>123</sup> ¿No sabéis que el hombre da principio a la vida por el deleite quando moço, passa al provecho ya hombre, y acaba viejo por la honra?

—Venimos—le dixeron—en busca de una reina que si por gran dicha nuestra la topamos, nos han assegurado que con ella hallaremos quanto bien se puede desear. Y aun dezía uno que todos los bienes le avían entrado a la par con ella.<sup>124</sup>

La sabi- —¿Cómo dezís que se nombra?

duría. —Sí, que bien nombrada es: la plausible Sofisbella.<sup>125</sup>

la década que precedió a la publicación de esta Segunda Parte, fueron sobre todo el año de 1642, y en menor escala en los de 1647 y 1650. Cons. Tomás A. de Marién y Arróspide, *Tratado general de monedas*, Madrid, 1789, pág. xxxiv.

<sup>117</sup> “España . . . tiene con su tesoro pobladas las ciudades de Francia, Flandes y Italia, sustentando en ellas millares de artesanos y oficiales mecanicos, cuyas labores y mercaderias nos son inutilles, como lienços delgadissimos, hiletes y randos. Y no es solo este el mayor daño, sino que con nuestros mismos frutos y mercaderias nos sacan nuestro dinero con solo labor dellos, como son nuestras lanas, sedas, plata y oro, que despues de labrado nos lo buelven a traer y vender con increible ganancia de los obrajes estrangeros, estando acabados los nuestros.” Vitrián, *op. cit.*, I, 45.

<sup>118</sup> Respecto del valor del *doblón*, véase nota 138, I, 399.

<sup>119</sup> *trairéis*: cfr. nota 151, I, 311.

<sup>120</sup> *curar*, con su significado etimológico de *cuidar*, tan corriente en la lengua antigua, fué siendo reemplazado por éste último en los siglos XVI y XVII, y ya en la centuria siguiente se tenía por arcaico.

<sup>121</sup> *basta*, con elipsis del infinitivo *decir* u otro análogo, que ya queda notado repetidamente: cfr. nota 7, I, 118.

<sup>122</sup> *tan adelante*, tan avanzados, claro está, en la jornada de la vida.

<sup>123</sup> Se refiere a los necios, teniendo acaso en la memoria la frase de Séneca, *Epist.*, XIII, 16: “Inter cetera mala hoc quoque habet stultitia: semper incipit vivere.”

<sup>124</sup> Así se lee en el *Libro de la Sabiduría*, VII, 7 y 11: “et venit in me spiritus sapientiae . . . Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa.” Comp. Horacio, *Epist.*, I, i, 106-108: “Ad summam, sapiens uno minor est Jove; dives, / liber, honoratus, pulcher, rex denique regum; / praecipue sanus . . .” Véase también sus *Sátiras*, I, iii, 124-125.

<sup>125</sup> *Sofisbella*, personificación de la Sabiduría, me recuerda el nombre de la Logistilla del *Orlando furioso* (VI, 43, *et passim*) de Ariosto.

—Ya sé quién dezís. Essa, en otro tiempo, bien estimada era en todo el mundo por su mucha discreción y prendas; mas ya, por pobre, no ai quien haga caso ni casa della: en viéndola sin dote en oro y plata, muchos la tienen por necia y todos por infeliz. Es cosa de cuento todo lo que no es de cuenta. Entended una cosa, que no ai otro saber como el tener,<sup>126</sup> y el que tiene es sabio, es galán, valiente, noble, discreto y poderoso: es príncipe, es rei, y será quanto él quisiere.<sup>127</sup> Lástima me hazéis<sup>128</sup> de veros tan hombres y tan poco personas. Ora<sup>129</sup> venid conmigo, echaremos por el atajo del valer, que aun tendréis remedio.

—¿Dónde nos piensas llevar?

—Donde halléis, hombres, lo que moços desperdiciastes.<sup>130</sup> ¡Cómo se echa de ver que no sabéis vosotros en qué siglo vivís! Vamos andando, que yo os lo diré.

Y preguntó:

—¿En cuál pensáis vivir? ¿en el del oro o en el de lodo?

—Yo diría—respondió Critilo—que en el de hyerro: con tantos,<sup>131</sup> todo anda errado en el mundo y todo al rebés; si ya no es el de bronze, que es peor, con tanto cañón y bombarda,<sup>132</sup> *Qué siglo éste.*

<sup>126</sup> Con justeza se dijo en el texto bíblico: "Utilior est sapientia cum divitiis." *Eclesiastés*, VII, 12.

<sup>127</sup> Comp. Horacio, *Sat.*, II, iii, 94-97: "omnis enim res, / virtus, fama, decus, divina humanaque pulchris / divitiis parent; quas qui construxerit, ille / clarus erit, fortis, justus."

<sup>128</sup> *hacer lástima* o *lastimarse* de uno, alternaban con *tener* (y *dar*) *lástima*, que luego han prevalecido.

<sup>129</sup> *ora*, ahora: cfr. nota 56, II, 58.

<sup>130</sup> *desperdiciastes* (cambiado por *despreciastes* en M1664), como plural equivalente a *desperdiciasteis*, fué inflexión popular y culta en el siglo XVI y principios del XVII, pero a mediados de éste ya se iba teniendo por arcaica o vulgar, y fuera de la poesía se empleaba por lo común para imitar el habla del pueblo.

<sup>131</sup> *tantos* yerros, claro está.

<sup>132</sup> "La primera bonbarda la labró Iuan Mangueo, año 1478." (Vitrián, *op. cit.*, II, 151.) Al principio sólo se usó la artillería para defender y combatir ciudades (Fernando de Antequera la empleó en el sitio y conquista de Zahara, en 1408), y fué en la guerra de los desterrados florentinos contra el principado de los Médicis, a fines del siglo XV, cuando por primera vez se usó contra las tropas en batalla campal, "con la qual inuencion espantó tanto el exercito enemigo cabo Ricardina (lugar de tierra de Boloña), que como vna pelota tocasse al carcañal de Hercules Duque de Ferrara, el Duque le embio a dezir [a Bartolomé Collón] que lo auia hecho mal y como barbaro, pues con aquella tempestad nueva y horrible queria matar

todo ardiendo en guerras; no se oye otro <sup>133</sup> que sitios, assaltos, batallas, degüellos, que hasta las mismas entrañas parece se han buuelto de bronce.

—No faltará quien diga—respondió Andrenio—que es el siglo de cobre, y no de pague. Mas yo digo que el de lodo, quando todo lo veo puesto dél: tanta inmundicia de costumbres, todo lo bueno por tierra, la virtud dió en el suelo con su letrado *Aquí yace*,<sup>134</sup> la vasura a cavallo, los muladares dorados, y al cabo al cabo,<sup>135</sup> todo hombre es varro.

—No dezís cosa <sup>136</sup>—replicó el francés—. Assegúroos que no es sino el siglo de oro.

—¡Mira, quién tal creyera!

—Sólo el oro es el estimado, el buscado, el adorado y querido.<sup>137</sup> No se haze caso de otro,<sup>138</sup> todo va a parar en él y por él; y assí dize bien, quando más mal, aquel público maldiciente: *Tuti tiramo a questo diabolo di argento*.<sup>139</sup>

Relucía ya, y de mui lejos, uno como palacio grande, pero no magnífico, y tan lindo como un oro. Reparó luego <sup>140</sup> Andrenio y dixo:

—¡Qué rica cosa y casa! Parece una asqua de oro: assí luze y assí quema.

los varones esforçados vsados a pelear a espada y lança por el valor y gloria.” (Jovio, *op. cit.*, fol. 82.) Cons. José Arántegui y Sanz, *Apuntes históricos sobre la artillería española en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1887.

<sup>133</sup> otro, otra cosa: cfr. nota 19, I, 105.

<sup>134</sup> yace, con la maliciosa acepción probablemente de trato carnal.

<sup>135</sup> Frecuente ha sido en todo tiempo el empleo del superlativo por repetición (*más más, luego luego, siempre siempre, al fin al fin*, etc.), pero nunca tanto como en el siglo XVI y particularmente en las obras de Cristóbal de Castillejo, Antonio de Guevara y Santa Teresa. La frase de nuestro texto corresponde a la siguiente, que trae y explica Covarrubias: “*Al fin fin . . . Deste modo de hablar vsamos quando vno ha dilatado concluir o algun negocio o la vida, con diuersos accidentes: al fin fin morir.*”

<sup>136</sup> cosa, nada: cfr. nota 26, I, 353.

<sup>137</sup> También Ovidio declara el suyo siglo de oro, irónicamente, porque los mayores honores se compran con oro, y con oro se concilia hasta el amor mismo: “*Aurea sunt vere nunc saecula; plurimus auro / venit honos, auro conciliatur amor.*” (*Ars Amatoria*, II, 277–278.) Comp. Propertio, III, xiii, 48.

<sup>138</sup> otro, otra cosa.

<sup>139</sup> Que a todos nos arrastra ese diablo del dinero, lo dice Juan del Pueblo, aquí el italiano, en uno de sus dichos corrientes. Sobre la mala ortografía italianizante (*tuti* por *tutti*, como aparece en M1664; *tiramo* por *tiriamo*), véase nota 135, I, 398.

<sup>140</sup> luego, al punto.

—¿Qué mucho, si lo es?—respondió el mosiur,<sup>141</sup> bailando de contento, que como al dar llaman ellos bailar,<sup>142</sup> siempre andan bailando.

—¿Todo el palacio es de oro?—preguntó Critilo.

—Todo, desde el plinto hasta la cima,<sup>143</sup> por dentro y fuera, y quanto ai en él todo es oro y todo plata.

—Mui sospechoso se me haze—dixo Critilo—, que la riqueza es gran comadre del vicio, y aun se dize vive mal con él.<sup>144</sup> Pero ¿de dónde han podido juntar tanto oro y tanta plata?, que parece impossible.

—¿Cómo de dónde? Pues si España no huviera tenido los desaguaderos de Flandes,<sup>145</sup> las sangrías de Italia, los sumideros de Francia,<sup>146</sup> las sanguisuelas <sup>147</sup> de Génova, ¿no estuvieran oi todas sus ciudades enladrilladas de oro y muradas de plata? ¿Qué duda ai en esso? A más de que el poderoso dueño que en este palacio mora tiene tal virtud, no sé yo si dada del cielo o tomada de la tierra, que todo quanto toca, si con la mano izquierda, lo convierte en plata, y si con la derecha en oro.

<sup>141</sup> Respecto del empleo de *mosiur*, véase nota 20, II, 89.

<sup>142</sup> Cualquier contemporáneo de Gracián que hubiese consultado un diccionario franco-español, como el *Tresor des devx langves françoise et espagnolle* de César Oudin, habría llegado a la conclusión de que *bailler* (dar) era mucho más corriente que *donner*, pues mientras de éste se registran sólo tres frases en dicho diccionario, hay ocho con *bailler*.

<sup>143</sup> *plinto . . . cima*, cambiados por *fundamento . . . texado* en la ed. 1773 (pág. 207 b).

<sup>144</sup> Esto es, la riqueza vive amancebada con el vicio, como se infiere del texto de San Lucas (XVIII, 24-25) y también del proverbio romano o medieval: "Dives aut iniquus est aut iniqui haeres."

<sup>145</sup> Refiriéndose a los Estados de Flandes, escribía otro aragonés contemporáneo: "son menester ochenta mil ordinarios [soldados] para presidios y defensa en aquellos Estados . . . tan peligrosos, cuidadosos y costosos, señaladamente a la España, exausta de gente con las sangrias de las Indias y partes remotas de tan difusa Monarchia . . . Mas aora tres millones de gasto ordinario que cada año tienen los Estados de Flandes, vienen a costarle a la Monarquía de España quatro de recaudarlos y ponerlos allá, con los asientos de los Ginoveses." Vitrián, *op. cit.*, I, 213.

<sup>146</sup> Por las continuas guerras sostenidas en defensa de los dominios españoles en Italia y Francia.

<sup>147</sup> *sanguisuelas*, 1653, 1663, M1664, etc.: *sanguijuelas*, B1664, 1683: *sanguiselas*, 1748; la forma de nuestro texto era la corriente, y la única que registra Covarrubias, el cual agrega: "de el nombre italiano sanguisuca, porque chupa la sangre y no suelta hasta que llena el pellejuelo y reuienta." (Cons. Menéndez Pidal, *Sanguijuela, sanguja*, en *Romania*, 1900, XXIX, 370.) Acerca de la usura de los genoveses, véase nota 13, I, 378.

—¡Eh, mosiur!—dixo Critilo—, que éssa fué una novela, tan antigua como necia, de cierto rei llamado Midas,<sup>148</sup> tan sin medida <sup>149</sup> ni tassa en su codicia que al cabo, como suelen todos los ricos, murió de hambre, si enfermó de ahito.<sup>150</sup>

*Midas al uso.* —¿Cómo que es fábula?—dixo el francés—. No es sino verdad tan cierta como platicada <sup>151</sup> oi en el mundo. ¿Pues qué, es nuevo convertir un hombre en oro quanto toca? Con una palmada que da un letrado en un Bártulo,<sup>152</sup> cuyo eco resuena allá en el bartolomico del pleiteante, ¿no haze saltar los ciento y los docientos <sup>153</sup> al punto, y no de la dificultad? <sup>154</sup> Advertid que jamás da palmada en vacío, y aunque estudia en Baldo,<sup>155</sup> no es de valde su ciencia. Un médico, pulsando, ¿no se haze él de oro, y a los otros de tierra? ¿Ai vara de virtudes como la del alguazil, y la pluma del escrivano, y más de un secretario, que por encantado que esté el tesoro, por más guardado, lo sacan baxo tierra? Las vanas Venus de la belleza, quando más tocadas y prendidas,<sup>156</sup> ¿no convierten en oro la inmundicia de su torpeza? Hombre ai que con sola una pulgarada <sup>157</sup> que da convierte en el oro más pesado el hierro mal pesado. Al tocar de las caxas ¿no anda la milicia más a la rebatiña que al rebato? Las pulgaradas del mercader ¿no

<sup>148</sup> La versión de la leyenda del rey Midas que más influjo ha ejercido en las literaturas modernas es la de Ovidio, *Metam.*, XI, 100-193, pero Gracián sigue aquí, al decir que murió de hambre, la versión recogida por Aristóteles en su *Política*, I, iii, 16.

<sup>149</sup> *Midas . . . medida.*

<sup>150</sup> *siendo su enfermedad de ahito* corrigió la ed. 1773 (pág. 208 a); por demás generalizó aquí el autor diciendo *todos los ricos*, ya sea repitiendo el concepto que dejamos anotado (17, I, 217), ya aludiendo al hecho de que los excesos gastronómicos y la gota, enfermedad de los ricos según se dice, tienen por su más eficaz remedio la dieta.

<sup>151</sup> *platicada*, practicada: cfr. nota 53, II, 24.

<sup>152</sup> Bártulo (1313-1357), italiano, el más famoso de los comentaristas del Derecho. Llamábasele también Bartolo, y así puede luego Gracián hacer sin violencia la chanza del *bartolomico* (estómago o bolsa).

<sup>153</sup> *docientos* (rarísima vez se decía *doscientos*), reales se sobrentiende, pues en la *Nueva Recopilación* (lib. II, títulos xvi-xxi) se habla siempre de reales, o de maravedises, al fijar los honorarios y derechos de los abogados, relatores y escribanos.

<sup>154</sup> Hace saltar los cuartos al punto, pero no hace saltar o desaparecer el punto de la dificultad.

<sup>155</sup> Pedro de Ubaldis (1327-1406), jurisconsulto italiano.

<sup>156</sup> *locadas y prendidas*, con probable equívoco.

<sup>157</sup> *pulgarada*, probablemente con equívoco de pequeña porción (como de tabaco) y de golpe dado con el pulgar, aludiendo a aquellos mercaderes que ya señaló en la crisis vii de la Primera Parte.

convierten en oro la seda y la olanda? Creedme que ai muchos Midas en el mundo: assí los llama él quando más desmedidos <sup>158</sup> andan, que todo se ha de entender al contrario. El interés es el rei de los vicios, a quien todos sirven y le obedecen.<sup>159</sup> Y assí, no os admiréis que yo diga que el príncipe que allí vive convierte en oro quanto toca; y una de las causas porque yo voi allá es para que me toque también y me haga de oro.

—Mosiur—instó Andrenio—, ¿cómo puede vivir de esse modo?

—Mui bien.

—Pues, dime, ¿no se le convierte en oro el manjar assí como le toca?

—Buen remedio calçarse unos buenos guantes, que muchos oi comen de ellos y con ellos.<sup>160</sup>

—Sí, pero en llegando a la boca el manjar, en comenzándolo a mascar, ¿no se le ha de bolver todo oro, sin poderlo tragar?

—¡O qué mal discurre!—dixo el francés—. Esse melindre fué allá en otro tiempo; no se embarazan tanto ya las gentes. Ya se ha hallado traça cómo hazer el oro potable y comestible,<sup>161</sup> *Oro potable.*

<sup>158</sup> Llamando ahora *Midas* a los mercaderes, porque miden, y *desmedidos* con equívoco de que miden mal.

<sup>159</sup> Este lugar común es tratado con suma energía y hermosura por Proporcio, al principio de la elegía vii del libro III, donde también se lee (verso 3): “tu vitiis hominum crudelia pabula praebeas.”

<sup>160</sup> Porque regalar *guantes* o dar *para guantes* era un agasajo que ascendía a veces a millares de ducados, como queda dicho en nota 124, I, 234.

<sup>161</sup> Uno de los secretos que los alquimistas trataban de averiguar era el modo de hacer el oro potable, el cual estimaban de gran provecho en algunas enfermedades. Explica Covarrubias: “Oro potable, cierta inuencion de alquimistas, que persuaden poderse desatar este metal demanera q̄ pueda passar por las vías y venas, como haze el agua: no creo nada desto.” (Cons. José Ramón de Luanco, *La alquimia en España*, Barcelona, 1889-97.) Tal superchería, junto con las repetidas expresiones de *oro líquido* en la poesía, y *sed de oro* en la prosa moral, hicieron que en tono satírico se sacara frecuentemente a relucir lo del oro potable. Así Vitrián, a propósito del rey de Francia, que quiso ganarse a su partido al duque de Borgoña, declara que le dió a éste muchísimo dinero, “porque halló el secreto del oro potable antidoto contra todos los males.” (*Op. cit.*, I, 121.) Sobre el oro *comestible*, se había adelantado Gracián a declarar su pensamiento en la *Agudeza*, XLVII, 300; tratando de las estratagemas en las artes, agrega: “pero donde se logran con fruicion es en los iardines y en los combites. Entre todos, aquel del Rey Don Felipe el Segundo de las Españas, siempre prudente y aqui ingenioso, mādó servir por postre en vna real merienda que dió a [la] Reyna su consorte, y a las damas, vnos pastelones que, en vez de la viãda, encerravan cada vno, dorado por dentro, vna riquissima joya, compuesta y fabricada por su misma mano y gusto, que era grande: estaban

ya dél se conficionan bebidas que confortan el corazón y alegran grandemente; ni falta quien ha inventado el hazer caldo de doblones, y dizen es tan substancial que basta a resucitar un muerto: que esso de alargar la vida es niñería. Demás <sup>161d</sup> de que oi viven millares de miserables de no querer comer: todo lo que no comen ni beven ni visten, dizen que lo convierten en oro; ahorran porque no se aforran,<sup>162</sup> mátanse de hambre a sí y a sus familias, y de matarse viven.

Con esto, se fueron acercando y descubrieron a las puertas muchas guardas <sup>163</sup> que, a más de estar armadas todas con espaldares castellanos contra los petos gallegos,<sup>164</sup> eran tan inexorables que no dexavan llegar a ninguno ni de cien leguas; y si alguno porfiava en querer entrar, arrojávanle un *¡no!* salido de una cara de hierro,<sup>165</sup> que no ai bala que assí atravesiese y dexe sin habla al más ossado.

—¿Cómo haremos para entrar?—dixo Andrenio—; que cada guarda déstas parece un Nerón sincopado,<sup>166</sup> y aun más cruel.

—No os embarace esso—dixo el francés—, que esta guarda sólo guarda de la juventud; no dexan entrar los moços.

Y assí era, que por ningún caso los dexavan entrar en la *Puertas del* hazienda;<sup>167</sup> a todos se les vinculavan <sup>168</sup> hasta ser hombres, pero *interés.* de treinta años arriba las franqueavan a todo hombre, si ya no

ya cō sus listones y todo aliño; començaron las damas a descubrir y admirar su tesoro, y por lograrlo luego, se echavan al cuello, esta vna cadena de diamantes, aquella vna brocha de rubies; vna vn joyel de esmeraldas, otra vna sarta de finissimas perlas, con que coronó el provecho al gusto, y la galanteria a la gala.”

<sup>161d</sup> demás, además: cfr. nota 20, II, 4.

<sup>162</sup> *aforrarse* “metaphorically se dice por el que come y bebe bien.” (Dicc. Aut.) Se alude, claro está, al avariento en nuestro pasaje.

<sup>163</sup> Sobre *guarda* y otras voces del género ambiguo, véase nota 124, I, 207.

<sup>164</sup> *peto* significa en gallego *pecho*, y *gallego* en germanía es *avaro*; el autor busca un sentido análogo al del refrán que dice *a gallego pedidor, castellano tenedor*. Jugando también del vocablo con tales armaduras, ya anticuadas en aquel tiempo, había escrito Góngora: “Las espaldas vueluen todos / al pedir, con priessa tal, / que al que buscares con peto / le hallarás con espaldar.” Obras, II, 221.

<sup>165</sup> Como viene hablando de guardas armados, se acordará del yelmo para este *cara de hierro*, pero significando lo que hoy *cara de perro*, por su expresión de hostilidad o reprobación.

<sup>166</sup> *Nerón* sincopado es propiamente *Non*, a la antigua, o *Nō*.

<sup>167</sup> *hazienda*, en su doble acepción de *heredad* y *bienes*.

<sup>168</sup> *vincular*, con el significado etimológico y clásico de asegurar una cosa (no sólo los bienes), que aquí son las puertas.



fuesse algún jugador, descuidado, gastador o castellano,<sup>169</sup> gente toda de la cofadría <sup>170</sup> del hijo pródigo. Mas a los viejos, a los franceses y catalanes,<sup>171</sup> puerta franca, y aun les combi-davan con el manejo.<sup>172</sup> Con esto, viéndolos ya tan hombres y tan a la francesa, sin dificultad alguna los dexaron passar. Pero luego hubo otro tope, y mayor: que a más de ser las puer-tas de bronze y más duras que las entrañas de un rico, de un cómitre, de una madrastra, de un genovés,<sup>173</sup> que es más que todo, estaban cerradas y mui atrancadas con barras catalanas y candados vizcaínos.<sup>174</sup> Y aunque llegavan unos y otros a llamar, nadie respondía, ni a propósito mucho menos co-rrespondía.

—Mira—decía uno—que soi tu pariente.

Y respondía el de adentro:

—Más quiero mis dientes que mis parientes.<sup>175</sup> Quando yo era pobre no tenía parientes ni conocidos, que quien no tiene sangre <sup>176</sup> no tiene consanguíneos, y aora me nacen como hongos y se pegan como lapa.

<sup>169</sup> Refiérese precisamente a los de Castilla la Nueva, pues al calificar más adelante los tipos regionales, señalará la hombría de bien en Castilla la Vieja (II, xiii; III, vi) y la generosidad en Castilla la Nueva (II, xiii), así como dirá que el castellano, en general, es altivo y al par sustancial (III, iii, vi).

<sup>170</sup> *cofadría* alternaba con *cofradía* en aquel siglo, y ambas empleó Cer-vantes, aunque ciertos escritores, como Góngora, usaron sólo la forma moderna. Algunos diccionarios de principios del siglo XVII registran *cofradía* y *cofrade* (Franciosini y Oudin), y no *cofadría* y *cofadre*, que tendrían por incultas; pero Covarrubias trae éstas últimas, y omite aquéllas.

<sup>171</sup> La economía y buen arreglo de los catalanes es justamente celebrada, y por mal entendida en la Edad Media se habló de “l'avara povertà di Catalogna” en frase de Dante (*Paradiso*, VIII, 77). Puede consultarse sobre este punto, Benedetto Croce, *La Spagna nella vita italiana*, Bari, 1922, págs. 26-30.

<sup>172</sup> *manejo* de la hacienda, sobrentendido.

<sup>173</sup> *genovés* fué reemplazado sistemáticamente con *Ginouès*, forma en-tonces más común, en las ediciones M1664, B1664, 1669, 1683, etc. Sobre la reputación de los genoveses, véase notas 164, I, 214, y 13, I, 378.

<sup>174</sup> *barras catalanas*, por los bastones heráldicos del escudo de Cataluña, y por lo dicho sobre la supuesta avaricia catalana; *candados vizcaínos* por la calidad famosa de sus hierros, si no es alusión a sus fueros, que tenían Vizcaya cerrada a las intromisiones del poder real.

<sup>175</sup> Por el refrán, que trae Correas: *Más quiero para mis dientes que no para mis parientes*.

<sup>176</sup> *sangre*, dinero en el lenguaje de germanía, como registra Oudin en su *Vocabulario de Geringoça*. Sobre el tema de que el pobre no tiene parientes ni amigos, véase nota 180, I, 347.

—¿No me conoces que soi tu amigo?—gritaba otro.

Y respondíanle:

—En tiempo de higos, higas.<sup>177</sup>

Con mucha cortesía rogava un gentilhombre, y respondía un villano:

—Aora, que tengo, todos me dizen: “Norabuena estéis, Pedro.”<sup>178</sup>

—¿Pues a tu padre?—dezía un buen viejo.

Y el hijo respondía:

—En esta casa no se tiene lei con nadie.<sup>179</sup>

Al contrario, rogava a su padre un hijo le dexasse entrar, y él respondía:

—Esso no, mientras yo viva.<sup>180</sup>

Ninguno se ahorrava<sup>181</sup> con el otro, ni hermanos con hermanos, ni padres con hijos; pues ¡qué sería suegras con nueras! Oyendo esto, desconfiaron de todo punto de poder entrar. Tratavan de tomarse la honra,<sup>182</sup> si no el provecho,<sup>183</sup> quando el francés les dixo:

—¡Qué presto desmayáis! ¿No entraron los que están dentro? Pues no nos faltará traça a nosotros. Dinero no falte, y trampa adelante.<sup>184</sup>

<sup>177</sup> Frase basada en el siguiente refrán: *En tiempo de higos hay amigos y no hay amigos; unos quieren serlo y otros no conocerlos* (Correas). Sobre higas, cfr. nota 88, I, 391.

<sup>178</sup> Regístralo Oudin en sus *Refranes*, ed. París, 1609, pág. 7: *Agora que tengo oueja y borrego, todos me dizen en hora buena esteys Pedro*. Acerca de *norabuena*, véase nota 155, I, 312.

<sup>179</sup> También pudo responder aquí con el feo refrán: *No hay más padre ni madre que escudos y reales*.

<sup>180</sup> Entrar en la hacienda del padre es lo que su hijo pide: cfr. en este tomo la pág. 22<sup>15-17</sup>.

<sup>181</sup> “No ahorrarse con nadie, ni con su padre. Phrase que se aplica o se dice del que todo lo quiere para sí, o que sigue tenazmente su dictamen sin ceder al de los otros.” (*Dicc. Aut.*) Aplícase también la frase a los que hablan o proceden sin respeto o sin temor, como se verá en las crisis v y xii de la Tercera Parte; refiriéndose a los murmuradores, la emplea Gracián asimismo en *El Discreto*, IX, 362 a: “Estos no se ahorrán ni con el mas amigo, ni con el mas cōpuesto; y es notable que jamas se les ofrece la prōptitud en fauor, sino en satira: tienen siniestro ingenio.”

<sup>182</sup> *tomarse la honra*, marcharse: cfr. nota 109, I, 284.

<sup>183</sup> Recordando la expresión familiar: *Honra y provecho no caben en un saco*: cfr. nota 35, I, 381.

<sup>184</sup> Con el sentido del refrán: *Dineros nos dé Dios, que habilidad no nos falta a nos* (Correas).

Mostróles una valiente <sup>185</sup> maza que estava pendiente de una dorada cencerro. <sup>186</sup>

—Miradla bien—dixo—, que en ella consiste nuestro remedio. ¿Cúya pensáis que es?

—Si fuera de hierro y con sus puntas azeradas—dixo Critilo—, aun creyera yo era la clava de Hércules.

—¿Cómo de Hércules?—dixo el francés—. Fué juguete aquélla, fué un melindre <sup>187</sup> respeto désta, y todo quanto el entenado <sup>188</sup> de Juno obró con ella fué niñería.

—¿Cómo hablas assí, mosiur, de una tan famosa y tan celebrada clava?

—Dígoe que no valió un clavo <sup>189</sup> respeto désta, ni supo Hércules lo que se hizo, ni supo vivir, ni entendió el modo de hazer la guerra.

—¿Cómo no, si con aquélla triunfó de todos los monstruos del mundo, con ser tantos?

—Pues con ésta se vencen los mismos imposibles. Creedme que es mucho más executiva, y sería nunca acabar querer yo relataros los portentos de dificultades que se han allanado con ésta.

—Será encantada—dixo Andrenio—, no es possible otra cosa, obra grande de algún poderoso nigromántico.

—Que no está encantada—dixo el francés—, aunque sí hechiza a todos. Más os digo, que aquélla sólo en la diestra de Hércules valía algo; mas ésta en qualquier mano, aunque sea en la de un enano, de una muger, de un niño, obra prodigios.

—¡Eh, mosiur—dixo Andrenio—, no tanto encarecimiento! ¿Cómo puede ser esso?

—¿Cómo? Yo os lo diré: porque es toda ella de oro mazizo, *Poder del* aquel poderoso metal que todo lo riñe y todo lo rinde. <sup>190</sup> ¿Qué, *oro.* pensáis vosotros que los reyes hazen la guerra con el bronze de

<sup>185</sup> *valiente*, en su acepción clásica y moderna de *grande*.

<sup>186</sup> *cencerro*, precisamente porque se pone al cabestro que ha de guiar las reses, y ya se verá que tal guía es su maza o badajo.

<sup>187</sup> *melindre*, sabido es que así se llama a un dulce hecho de pasta de mazapán.

<sup>188</sup> *entenado*, hijastro, cambiado por *ahijado* en la ed. 1773 (pág. 210 b): hijastro de Juno, no su ahijado, fué Hércules. Decíase asimismo *antenado*, v. gr., Matías de los Reyes, *El Menandro*, pág. 252.

<sup>189</sup> Como se refiere a una *clava*, dirá ahora que no vale un *clavo*, aunque la locución era y es *no importar un clavo*, que indica el poco aprecio que una cosa nos merece.

<sup>190</sup> Compárese Horacio, *Sat.*, II, iii, 94–97, y recuérdese la locución *oros son triunfos*.

las bombardas, con el hierro de los mosquetes y con el plomo de las balas<sup>9</sup> Que no, por cierto, sino con *dinari*, y *dinari e piu dinari*.<sup>191</sup> Mal año para la tizona del Cid<sup>192</sup> y para la encantada de Roldán,<sup>193</sup> respeto de una maza preñada de doblones. Y porque lo veáis, aguardá.<sup>194</sup>

Descolgóla y pegó con ella en las puertas un ligerísimo golpecillo, pero tan eficaz, que al punto se abrieron de par en par, quedando atónitos ambos peregrinos y blasonando el mosiur:

—¡Aunque fueran las de la torre de Danae! Pero son de Dame,<sup>195</sup> que es más.

Quando todo estuvo llano, ya no lo estava la voluntad de Critilo; antes, dudava mucho el entrar, porque dudava el poder salir.<sup>196</sup> Hallava como prudente grandes dificultades, mas al *Reclamo de oro*. retintín de un dinero que oyó contar, que por esso se llamó moneda, *a monendo*,<sup>197</sup> porque todo lo persuade y recaba y a todos convence,<sup>198</sup> se dexó vencer: atrájole el reclamo del oro

<sup>191</sup> “Gio. Giacomo de’ Medici, Marchese di Marignane, parlando delle spese della guerra, diceua che ci bisognauano denari, e denari, e più denari.” (Botero, *Detti*, fol. 41.) Gracián pudo leerlo, también, en los comentarios de Vitrián a *Las memorias de Comines*, I, 30: “Esto tambien sinificava el Marques de Mariñano, grande soldado gentil: que por todas las dificultades y guerras ni pedia otro socorro ni dava otro consejo, sino *Dinari e piu dinari, e se farà ogni cosa*.” Cons. E. Mele, *Dinare, e più dinare*, en *Rev. de Filología Española*, 1921, VIII, 283–285.

<sup>192</sup> Aquella espada famosa ganada por el Cid en su encuentro, tan lleno de animación y vida, con el rey de Africa: “Mató a Búcar, el rey de allén mar, / e ganó a Tizón, que mil marcos d’oro val.” Conservóse esta espada, llamada también *Tisona* y *Tizona*, en la armería de los reyes de Aragón y luego en la de los monarcas castellanos hasta el reinado de Isabel la Católica, durante el cual desapareció.

<sup>193</sup> Véase nota 207, II, 47.

<sup>194</sup> *aguardá*, *aguardad*: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>195</sup> Danae, encerrada por su padre en una torre de bronce para evitar un augurio fatídico, fué hecha madre por Proteo, o por Zeus, que la visitó en forma de lluvia de oro. (Apolodoro, *Bibliotheca*, II, iv, 1.) En *Dame*, tratándose de torres y en labios de un francés, hay equívoco entre las de Nôtre-Dame de París y el *dame* de *dar*.

<sup>196</sup> Sobre el reiterado pensamiento de Gracián de que ha de considerarse más la felicidad de la salida que el aplauso de la entrada, queda nota 145, I, 310.

<sup>197</sup> *moneda*, de *moneta*, y esta voz postverbal en efecto de *moneo*, que tiene entre sus significados el de enseñar o instruir, aunque no precisamente el de persuadir que Gracián va a darle.

<sup>198</sup> Bien dijo Shakespeare: “Gold were as good as twenty orators.” *Richard III*, IV, ii.

y de la plata, que no ai armonía de Orfeo que assí arrebate. En estando dentro, se bolvieron a cerrar las puertas con otros tantos cerrojos de diamante. Mas ¡o espectáculo tan raro como increíble!, donde creyeron hallar un palacio, centro de libertades, hallaron una cárcel llena de prisiones,<sup>199</sup> pues a quantos entravan los aerrojavan, y es lo bueno que a título de hazerles muchos favores. Estavan persuadiendo a una hermosa muger que la enriquecían y engalanavan, y echávanla al cuello una cadena de una esclavitud de por vida y aun por muerte, la argolla de un rico collar, las esposas de unos preciosos braçales que paran en ajorcas,<sup>200</sup> el apretador<sup>201</sup> de sus obligaciones, el esmaltado laço<sup>202</sup> de un ñudo ciego,<sup>203</sup> la gargantilla de un ahogo: ello fué casa y miento,<sup>204</sup> y cárcel verdadera. Echáronle a un cortesano unos pesados grillos de oro que no le dexavan mover, y persuadíanle que podía quanto quería. Los que imaginaron salones, eran calabozos poblados de cautivos voluntarios, y todos ellos cargados de prisiones, argollas y cadenas de oro, pero todos tan contentos como engañados. Toparon entre otros un cierto sugeto rodeado de gatos,<sup>205</sup> poniendo toda su fruición en oírlos maullar.

*Monstruosa  
codicia.*

<sup>199</sup> prisiones, recuérdese que así “se llaman tambien los grillos, cadenas y otros instrumentos de hierro con que en las cárceles se asseguran los delinqüentes.” *Dicc. Aut.*

<sup>200</sup> No porque las ajorcas sean diferentes de los brazaletes, sino por lo que aquella voz suena y recuerda a *ahorcar*, cuya *h* aspira aún el vulgo en varias comarcas de España, particularmente en Andalucía. En la ed. 1773 se cambió *ajorcas* por *horca* (pág. 212 a).

<sup>201</sup> *apretador* “era una cinta o banda ricamente aderezada y labrada que servía antiguamente de ornamento a las mugeres para recoger el pelo y ceñirse la frente.” *Dicc. Aut.*

<sup>202</sup> *esmaltado laço*, broche de oro o plata con esmaltes.

<sup>203</sup> *ñudo ciego*, “el ñ es difícil de desatar, ñ se llama en Lat. *nodus gordius*.” (Covarrubias.) Acerca de *ñudo*, que aquí es el del matrimonio, véase nota 158, I, 313.

<sup>204</sup> Jugando del vocablo por *casamiento*. Comp. *El Discreto*, XII, 369 a: “Qué adorado, o de la esperanza o del temor, entra vn valimiento, si él mismo no se desmintiera a la mitad de la dición diuidida.” Era un juego de palabras bastante común: “Porque decir casamiento / lo mismo que miento en casa.” (Julián de Armendáriz, *Las burlas veras*, ed. S. L. Millard Rosenberg, Philadelphia, 1917, vv. 1816–1817.) “Pues ¿en qué he de hablar contigo, / mientras que juegan fácciones / aquellos dos cupidillos? / —En casamiento.—¿Yo miento?” Lope de Vega, *Amar sin saber a quién*, II, xx.

<sup>205</sup> *gatos* se llamaba a los talegos de dinero ocultos, y también a los ladrones rateros, y con ambos sentidos jugará Quevedo en estos versos de *Poderoso caballero es don Dinero*: “Por importar en los tratos / y dar tan

—¿Ai tan mal gusto en el mundo como el tuyo?—dixo Andrenio—. ¿No fueran mejores algunos pajarillos enjaulados que con sus dulces cantos te aliviaran las prisiones? ¡Pero gatos, y vivos, y que gustes de oír sus enfadosos maullidos, que a todos los demás atormentan!

—Quita, que no lo entiendes—respondió él—. Para mí es la más regalada música de quantas ai, éstas las voces más dulces y más suaves del mundo: ¿qué tienen que ver los gorgoros del pintado gilguerillo, los quiebros del canario, las melodías del dulce ruiseñor, con los maullidos de un gato? Cada vez que los oigo, se regozija mi corazón y se alborozca mi espíritu. Mal año para Orfeo <sup>206</sup> y su lira, para el gustoso Correa <sup>207</sup> y su destreza. ¿Qué tiene que ver toda la armonía de los instrumentos músicos con el maullido de mis gatos?

—Si fueran muertos—replicó Andrenio—, aun me tentara, ¡pero vivos! <sup>208</sup>

buenos consejos, / en las casas de los viejos / gatos le guardan de gatos.” Y escribió Góngora: “Interes, ojos de oro como gato, / i gato de doblones, no Amor ciego.” (*Obras*, I, 290.) Llamábanse *gatos* porque del pellejo de los tales se hacían los taleguitos para el dinero, como se puede ver en esta festiva anécdota de *Las seiscientas* (pág. 87) de Rufo: “Teníase noticia de que dos hombres ricos y avarientos tenían en un cofre de Flandes unos pellejos de gato llenos de moneda, y que siempre los embutían más. Pues, como esta ansiosa ceguedad los traía desvelados, macilentos y deslucidos, hablándose de su miseria, les dijo así:

¡Oh, ayunadores cautivos!  
¿Quién vió tales desconciertos,  
que, engordando gatos muertos,  
se enflaquezcan hombres vivos?”

<sup>206</sup> Léase Ovidio, *Metam.*, XI, 1-2.

<sup>207</sup> Famoso era por aquellos años Francisco Correa de Araujo, músico y compositor sevillano fallecido en 1663, autor del *Libro de tientos y discursos de musica practica y theorica de organo* (Alcalá, 1626), en el cual incluye setenta composiciones suyas. Correa “se fit surtout remarquer comme organiste d’un habilité excepcionnelle et comme compositeur de mérite . . . L’auteur, à la fin de son ouvrage, se vante d’avoir fait des choses nouvelles, jamais entendues avant lui . . . On ne peut contester que Correa de Araujo fut un maître de génie et un technicien de grande valeur dont l’influence bienfaisante agit sur les organistes nationaux.” (Rafael Mitjana, *Espagne et Portugal*, t. IV, pág. 2090 a, de la *Encyclopédie de musique et dictionnaire du Conservatoire*, París, 1920-31.) Varias de sus composiciones han sido publicadas en el *Museo orgánico español* (1856) del Maestro Eslava.

<sup>208</sup> Los gatos muertos son aquellos de los talegos de dinero, y los vivos se dice aquí con probable equívoco de ladrones rateros.

—Sí, vivos, y después muertos; y vuelvo a dezir que no ai más regalada voz en quantas ai.

—Pues, dinos, ¿qué hallas de suavidad en ella?

—¿Qué? Aquel dezir *mío, mío*, y todo es *mío* y siempre *mío*, y nada para vos; éssa es la voz más dulce para mí de quant[*a*]<sup>209</sup> ai.

Hallaron cosas a este tono bien notables. Mostráronles algunos, y aun los más, que se decía no tener coraçones ni entrañas, no sólo para con los otros, pero ni aun para consigo mismos; y con todo esso, vivían.

—¿Cómo se sabe—preguntó Andrenio—que estén descoraçonados?

—Mui bien—le respondieron—, en no dar fruto alguno; <sup>210</sup> a más de que buscándoseles a algunos, se les han hallado enterados en sepulcros de oro <sup>211</sup> y amortajados en sus talegos.<sup>212</sup>

—¡Desdichada suerte—exclamó Critilo—la de un avaro, que nadie se alegra con su vida ni se entristeze en su muerte! *Muerte del avaro.* Todos bailan en ella al son de las campanas: la viuda rica con el un ojo llora y con el otro repica; <sup>213</sup> la hija, desmintiendo sus ojos echos fuentes, dize río de las lágrimas que lloro; <sup>214</sup> el hijo, porque hereda, el pariente, porque se va acercando a la herencia, el criado, por la manda y por lo que se desmanda, el médico, por su paga y no por su pago, el sacristán, porque

<sup>209</sup> *quantos*, 1653, M1664, etc., fué corregido con *quantas* en 1669, 1683; seguramente es fácil errata, en efecto, aunque pudiera también el autor, que a tanto se atreve, referir *quantos* a *vos*, jugando con la analogía verbal de *vos* y *voz*.

<sup>210</sup> Concepto ya expresado, y anotado (I, 228).

<sup>211</sup> Desarrollo ingenioso del pensamiento de San Mateo, VI, 21: “Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.”

<sup>212</sup> Comp. Quevedo, *Los Sueños*, I, 221: “los avarientos . . . hechos sepulturas de sus talegos.”

<sup>213</sup> “*La viuda rica, con el vn ojo llora, con el otro repica.* Las riquezas hazē consolar a personas q̃ sino las huuiera en ellas, llorarā de veras. Y esto haze muchas vezes consolarse las viudas, porque quedaron ricas y se pueden casar como y quando y con quien quisieren. Assi dize que llora con el vn ojo, para cumplir con el marido difunto. Y repica, quiere dezir, mira a todas partes con el otro, para ver lo que le cōtenta, porque en su mano está escoger a quien mas le agradare.” Juan de Mal Lara, *La filosofía vulgar*, fol. 212 v.

<sup>214</sup> Había referido sobre el mismo equívoco, en la *Agudeza*, XVII, 114: “Explicó vno con el equívoco la contraposicion, convirtiendo en risa vn afectado llanto, y dixo: *Rio de las lagrimas que lloro.* Debaxo la palabra *Rio* exprimió a dos luzes que era tanto su llanto que se podia hazer vn rio, y que era tan poco el sentimiento, que era risa.”

dobra,<sup>215</sup> el mercader, porque vende sus bayetas,<sup>216</sup> el oficial, porque las cose, el pobre, porque las arrastra.<sup>217</sup> Miserable suerte la del miserable: mal si vive y peor si muere.

*Rico* En un gran salón vieron un grande personage; quedaron *hombre.* espantados<sup>218</sup> de cosa tan nueva y tan estraña en semejantes puestos.

—¿Qué haze aquí este señor?—preguntó Critilo a uno de sus enemigos no escusados.<sup>219</sup>

Y él:

—¿Qué? Adorar.

—¿Pues qué, es gentil?

—Lo que menos tiene es de gentil y de hombre.<sup>220</sup>

—¿Pues qué adora?

—Dora y adora una arca.<sup>221</sup>

—¿Qué, sería<sup>222</sup> judío?

—En la condición ya podría, pero en la sangre no, que es mui noble, de los ricos hombres de España.

—Y con todo eso ¿no es hidalgo?

—Antes, porque no lo es, es hombre rico.<sup>223</sup>

—¿Qué arca es esta que adora?

—La de su testamento.

<sup>215</sup> *dobra*, con equívoco de doblar la ganancia.

<sup>216</sup> *bayetas*, para lutos. Así escribe Mira de Amescua en su vena humorística: “Otro en su empresa ha pintado / un doctor con su orinal, / y un mercader que el caudal / en bayetas ha empleado; / era el mercader poeta, / y la letra de primor: Ando tras este doctor / para vender mi bayeta.” (*Galán, valiente y discreto*, III, ix.) La bayeta ordinaria la llevaba la gente del pueblo, pues los caballeros vestían en los lutos paños más finos. A la muerte de la emperatriz doña María de Austria, el 26 de febrero de 1603, se dió para lutos a los individuos del Consejo, procuradores, secretarios y diputados del Reino, doce varas a cada uno de paño veinticuatro de Segovia, y para sus criados veinte varas de bayeta. *Actas de las Cortes de Castilla*, t. XXI, págs. 203–204.

<sup>217</sup> Era costumbre de los grandes señores dejar mandas para luto de los pobres, así como eran obligatorios los lutos públicos a la muerte de los reyes. (Cons. Marqués de Fuente Oyuelo, *Políticas ceremonias con que se gobierna la ciudad de León*, 1693, ed. León, 1889, pág. 114.) Sobre la ropa larga de los lutos, véase nota 174, II, 42.

<sup>218</sup> *espantar*, en la acepción ya señalada de *asombrar*: cfr. nota 36, I, 108.

<sup>219</sup> Recogiendo una locución familiar: cfr. nota 59, II, 95.

<sup>220</sup> Por lo de gentilhomme: cfr. nota 145, I, 237.

<sup>221</sup> *arca*, con equívoco entre arca de la alianza y arca de caudales.

<sup>222</sup> *sería*: cfr. nota 94d, I, 367.

<sup>223</sup> Con la consiguiente malicia, y señalando además a la pobreza de los hidalgos que queda notada en 38, II, 21.



—¿Y es de oro?

—Dentro sí, mas por fuera de hierro,<sup>224</sup> pues no sabe qué,<sup>225</sup> ni porqué, ni para qué, ni para quién.

Aquí vieron executada aquella exagerada crueldad que cuentan de las víboras (cómo la hembra al concebir corta la cabeza al macho, y después los hijuelos vengan la muerte de su padre agujerándola el vientre y rasgándola las entrañas por salir y campear),<sup>226</sup> quando vieron que la muger, por quedar rica y desahogada, ahoga al marido; luego el heredero, pareciéndole vive sobrado la madre y él no vive sobrado,<sup>227</sup> la mata a pesares; a él, por heredarle, su otro hermano segundo le despacha.<sup>228</sup> De suerte que unos a otros como víboras crueles se emponçoñan y se matan. El hijo procura la muerte del padre y de la madre, pareciéndole que viven mucho y que él se hará senior<sup>229</sup> antes de llegar a ser señor; el padre teme al hijo, y quando todos festejan el nacimiento del heredero, él enluta su corazón, temiéndole como a su más cercano enemigo;

*Morir de  
mal de hijo.*

<sup>224</sup> *hierro*, con equívoco (como en I, 105<sub>3</sub> y II, 29<sub>13-14</sub>, que volveremos a encontrar en la crisi próxima), y así se explica lo que sigue.

<sup>225</sup> *qué yerro* guarda, sobrentendido.

<sup>226</sup> Curiosa noticia que pudo leer Gracián en Apuleyo (*Apología*, lxxxv) y en Lodovico Guicciardini (*L'hore di ricreatione*, ed. Venecia, 1583, págs. 254-255), pero su más probable fuente fué el siguiente pasaje de Pedro Mejía donde se establece análoga aplicación humana: "cuando concibe y se empreña es con que el macho mete su cabeza dentro de la boca de la hembra, y la hembra recibe de esto delectación y con sus agudos dientes aprieta y corta la cabeza del macho, y queda ella viuda y preñada de este trance. Y que su preñez es ciertos huevos que cría dentro en su vientre, como de pescado; de los cuales salen en espacio de tiempo en el buche de su madre los viboreznos, y de éstos cada día pare uno. Y, como ellos son muchos, los que quedan, no pudiendo sufrir la dilación, rompen el vientre de la madre y con su muerte de ella nacen ellos y viven. Si esto es así, cosa es grande y maravillosa, que parece que los hijos vengan la muerte del padre, a quien su madre mató cuando ellos fueron concebidos . . . Pero otros sabios contradicen esto y niegan que muere la víbora cuando pare." *Silva de varia lección*, ed. Biblióf. Españoles, II, 64.

<sup>227</sup> *sobrado* de caudales, se entiende.

<sup>228</sup> Comp. Quevedo, *Las zahurdas de Plutón*, ed. cit., pág. 151: "¡Señor, muera mi padre y acabe yo de suceder en su hacienda; lleváos a vuestro reino a mi mayor hermano y aseguradme a mí el mayorazgo . . .!"

<sup>229</sup> *senior*, registrada en el moderno Diccionario académico como voz castellana anticuada por *señor*, está empleada aquí en su puro valor latino de *anciano*. Tengo la impresión de que aquella voz fué antiguamente mucho más corriente en el dialecto aragonés que en castellano.

pero el abuelo se alegra y dize: “¡Seáis bien venido, o enemigo de mi enemigo!”<sup>230</sup>

Fuéles materia de risa, entre las muchas de pena, lo que le aconteció a uno destos guardadores: que un ladrón de otro ladrón, que ai ladrones de ladrones, con tal sutileza le engañó, que le persuadió se robasse a sí mismo; de modo que le ayudó a quitarse quanto tenía; él mismo llevó a cuestras toda la ropa, el oro y plata de su casa, trasportándola y escondiéndola donde jamás la vió ni la gozó. Lamentábase después, doblando el sentimiento de ver que él avía sido el ladrón de sí mismo, el robador y el robado.

*Avaro, ladrón de sí.* —¡O lo que puede el interés!—ponderava Critilo—; que le persuada a un desdichado que él se robe, que esconda su dinero, que atesore para ingratos, jugadores y perdidos, y que él ni coma ni beva, ni vista, ni duerma, ni descanse, ni goze de su hazienda ni de su vida:<sup>231</sup> ladrón de sí mismo, merece mui bien los ciento, contados al rebés, y que le destierre el discreto Oracio a par de un Tántalo necio.<sup>232</sup>

Avían dado una buelta entera a todo aquel palacio de calabozos sin aver podido descubrir el coronado necio,<sup>233</sup> su dueño, quando a lo último, imaginándole en algún salón dorado ocupando rico trono a<sup>234</sup> toda magestad, vestido de brocados roçagantes, con su ropón imperial, le hallaron mui al contrario metido en el más estrecho calabozo, que aun luz no gastava por

<sup>230</sup> Refiere Melchor de Santa Cruz, *loc. cit.*, pág. 33: “Cosa vsada es, quando algun señor ha de heredar, si se detiene la herencia, desea la muerte a quien le engendró. A vn señor le traxeron vn nieto, que no auia visto, muy hermoso. Despues que estuuó vn rato con él, dixo: Por cierto, yo os quiero mucho, porque sois enemigo de mi enemigo.” Gracián pudo leerlo aquí, y si no, en la versión posterior que trae Juan Rufo, *op. cit.*, pág. 140: “Un sabio hombre quería más a su nieto que a su hijo, y como hiciese espantos desto uno que se lo oyó decir, respondió: No es mucho querer un hombre más que a su enemigo a quien le ha de vengar dél. Habló según la abominable costumbre de los ricos, como lo era aquél.”

<sup>231</sup> Comp. Horacio, *Sat.*, I, i, 70-78.

<sup>232</sup> Véase Horacio, *Sat.*, I, i, 64-70. En cuanto a *los ciento, contados al rebés*, esto es, contando primero 100, luego 99, etc., si sumamos el primer término (100) y el último (1), y el resultado (101) se multiplica por la mitad del número de términos (50), tendremos la friolera de 5.050 azotes.

<sup>233</sup> *coronado*, acaso con equívoco irónico de necio rodeado de coronas (moneda de oro que circuló hasta fines del siglo XVII), o de perfecto necio; en la ed. M1664 se corrigió *el coronado necio de su dueño*, y así en las de 1700 y 1773.

<sup>234</sup> *a*, que hoy diríamos más bien *con*: cfr. I, 351<sub>16</sub> y II, 99<sub>12</sub>.

no gastarla ni aun de día,<sup>235</sup> por no ser visto para dar ni prestar. Con todo, brujulearon su mala catadura, cara de pocos amigos y menos parientes, aborreciendo por igual deudos y deudas, la barba crecidamente descompuesta, que aun el regalo de quitársela se embidiava; <sup>236</sup> mostrava unas grandes ojeras de rico trasnochado. Siendo tan horrible en su aspecto, nada se ayudava con el vestido, que de viejo la mitad <sup>237</sup> era ido y la otra se iba aborreciendo todo lo que cuesta.<sup>238</sup> Estava solo quien de nadie se fiava, y todos le dexavan estar,<sup>239</sup> rodeado de gatos con almas de doblones,<sup>240</sup> propias de desalmados,<sup>241</sup> que aun muertos no olvidan las mañas del agarro.<sup>242</sup> Parecía en lo crudo un Radamanto.<sup>243</sup>

Assí como entraron, con que <sup>244</sup> a nadie puede ver, fué a abraçarlos, que los quisiera de oro; mas ellos, temiendo tanta preciosidad,<sup>245</sup> se retiraron buscando ya por donde salir de aquella dorada cárcel, palacio de Plutón, que toda casa de avaro es infierno en lo penoso <sup>246</sup> y limbo en lo necio. Con este deseo, apelándose al desengaño de todo vicio, en especial de la tiranía codiciosa, buscavan a toda priessa por donde escapar.

*Infierno  
de plata.*

<sup>235</sup> Recuérdame vagamente al licenciado Cabra, el otro gran avaro de Quevedo, cuya nariz se le había comido de unas bubas de resfriado, “que aun no fueron de vicio, por que cuestan dinero,” y el cual “dormía siempre de un lado por no gastar las sábanas.” *Vida del Buscón*, cap. iii.

<sup>236</sup> Con mayor intensidad satírica había Quevedo pintado a su licenciado Cabra con “las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de pura hambre parecía que amenazaba a comérselas.”

<sup>237</sup> *metad* (con la *e* de esta voz en la lengua medieval) alterna en los textos clásicos con *mitad*, aunque dominando ésta última; debía de parecer ya un vulgarismo a mediados del siglo XVII, pues el impresor de M1664 la corrige sistemáticamente con *mitad*; pero Gracián escribía de su puño y letra *metad*, como puede verse repetidamente en el autógrafo del *Héroe*, fols. 3 v., 6 v., etc.

<sup>238</sup> Por el estilo era la sotana del licenciado y protomiseria del *Buscón*.

<sup>239</sup> *dexar estar*, abandonar o desamparar: cfr. nota 45, II, 23.

<sup>240</sup> *doblones*: véase su valor en nota 138, I, 399.

<sup>241</sup> Sonreiría el autor al escribir esta paradoja de *almas* propias de *desalmados*.

<sup>242</sup> Tornando al equívoco de *gatos* (talegos de dinero) y *gatos* (ladrones rateros).

<sup>243</sup> Hijo de Zeus y Europa, cuya equidad premiaron los dioses nombrándole juez de los infiernos. Apolodoro, III, i, 2.

<sup>244</sup> *con que*, aunque: cfr. nota 26, I, 133.

<sup>245</sup> *preciosidad*, con la consiguiente ironía y por lo que de *precio* tiene la palabra.

<sup>246</sup> Corresponde a la frase latina proverbial: “*Domus avaritiae, domus tristitiae*.”

Mas como en casa del desdichado se tropieza en los azares,<sup>247</sup> yendo en fuga cayeron en una dissimulada trampa cubierta con las limaduras de oro de la misma cadena, tan apretado laço, que quanto más forcejavan por librarse más le añudavan.<sup>248</sup> Lamentava Critilo su inconsiderada ceguera, suspirava Andrenio su mal vendida libertad. Cómo la consiguieron, contará la otra crisi.

<sup>247</sup> *azares* puede estar en su acepción de *desdichas imprevistas*, o en la que tenía en el juego de pelota: “Azares. En el juego de . . . pelota, las esquinas, puertas o ventanas que hai en él, que impiden que la pelota corra regularmente y burla al jugador que la esperaba para volverla.” *Dicc. Auts.*

<sup>248</sup> *añudar*: cfr. nota 158, I, 313.

## CRISI CUARTA

### *El museo del Discreto.*

SOLICITABA un entendido <sup>1</sup> por todo un ciudadano emporio, y aun dicen corte,<sup>2</sup> una casa que fuese de personas; mas en vano, porque aunque entró en muchas curioso, de todas salió desagradado, por hallarlas quanto más llenas de ricas alhajas tanto más vacías de las preciosas virtudes. Guióle ya su dicha a entrar en una, y aun única;<sup>3</sup> y al punto, bolviéndose a sus discretos, les dixo:

—Ya estamos entre personas: esta casa huele a hombres.

—¿En qué lo conoces?—le preguntaron.

Y él:

—¿No veis aquellos vestigios de discreción?

Y mostróles algunos libros que estaban a mano.

—Estas—ponderava—son las preciosas alhajas de los entendidos. ¿Qué jardín del Abril, qué Aranjuez del Mayo como una librería selecta? ¿Qué combite más delicioso para el gusto de un discreto como un culto museo,<sup>4</sup> donde se recrea el entendimiento, se enriqueze la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata el corazón y el espíritu se satisfaze? No ai lisonja, no ai fullería <sup>5</sup> para un ingenio como un libro nuevo *Fullería discreta.* cada día. Las pirámides de Egipto ya acabaron, las torres de Babilonia cayeron, el romano coliseo pereció, los palacios dorados de Nerón caducaron, todos los milagros del mundo desaparecieron, y solos permanecen los inmortales escritos de los sabios que entonces florecieron y los insignes varones que

<sup>1</sup> *entendido*, por inversión de la *d*, en 1653: correcta en todas las demás; también hay aquí errata en la paginación del texto, pues se lee 78, en vez de 80.

<sup>2</sup> Corte temporal de los reyes de Aragón durante la Edad Media—y nada más que temporal solía ser la residencia regia en aquellos siglos—fué repetidamente Huesca, que es la ciudad aludida, y allí se celebraron numerosas cortes, particularmente en los siglos XII y XIII.

<sup>3</sup> Es la casa del prócer Lastanosa, que queda ya medio descrita en las notas de la crisi ii de esta Segunda Parte.

<sup>4</sup> *museo*, biblioteca, como queda aclarado en nota 203, II, 46.

<sup>5</sup> *fullería*, en su concepto atenuado de treta divertida.

celebraron.<sup>6</sup> ¡O! gran gusto el leer, empleo de personas, que si no las halla, las haze.<sup>7</sup> Poco vale la riqueza sin la sabiduría, y de ordinario andan reñidas: los que más tienen menos saben, y los que más saben menos tienen,<sup>8</sup> que siempre conduce la ignorancia borregos con bellocino de oro.<sup>9</sup>

Esto les estaba ponderando, ya para consuelo, ya para enseñanza, a los dos presos en la cárcel del interés, en el brete de su codicia, un hombre, y aun más, pues en vez de brazos batía alas, tan bolantes que se remontava a las estrellas y en un instante se hallava donde quería. Fué cosa notable que quando a otros, en llegando, les amarravan fuertemente, sin dexarles libertad ni para dar un passo, cargándoles de grillos y de cadenas, a éste al punto que llegó le jubilaron de una que al pie arrastrava y le apesgava<sup>10</sup> de modo que no le permitía echar un buelo. Admirado Andrenio, le dixo:

—Hombre o prodigio, ¿quién eres?

Y él prontamente:

—Ayer nada, oí poco más, y mañana menos.<sup>11</sup>

—¿Cómo menos?

—Sí, que a veces más valiera no aver sido.<sup>12</sup>

—¿De dónde vienes?

—De la nada.

—¿Y dónde vas?

<sup>6</sup> Paréceme encontrar en todo este pasaje vagas reminiscencias de Horacio, *Od.*, III, xxx, 1-7.

<sup>7</sup> Pensamiento bello y exacto que parece calcado en el siguiente, que nuestro autor pudo leer en Botero o en Saavedra Fajardo: "Alfonso V, Rè di Portogallo, diceua che il Prencipato ò troua gli huomini prudenti, ò li faceua." (*Detti memorabili di personaggi illustri*, Venetia, 1610, fol. 9 v.) "Por eso decía el rey don Juan el Segundo de Portugal que el reino o hallaba al príncipe prudente o le hacía." *Empresas políticas*, II, 36.

<sup>8</sup> Compárese el *Eclesiastés*, IX, 11: "et vidi sub sole, nec velocium esse cursum . . . nec sapientium panem, nec doctorum divitias."

<sup>9</sup> Esta comparación, que hizo fortuna en nuestras letras, fué atribuída por primera vez, que yo sepa, a Alfonso V de Aragón: "Acostumbró llamar los ricos que no tenían letras, vellocinos de oro." Antonio Panormitano, *Libro de los dichos y hechos del Rey Don Alonso* (1485 en latín, 1527 en castellano), ed. Anvers, 1554, fol. 63.

<sup>10</sup> *apesgar*, agobiar, abatir.

<sup>11</sup> Que el hombre que fué ayer un poco de mucosidad, será mañana una momia o cenizas (*ἐχθὲς μὲν μυχάριον, αὐριον δὲ τάριχος ἢ τέφρα*) es la razón que da Marco Aurelio (IV, 48) para considerar como efímeras y sin valor las cosas humanas. Cfr. nota 175, I, 242.

<sup>12</sup> *ser*, existir.

—Al todo.<sup>13</sup>

—¿Cómo vienes tan solo?

—Aun la mitad me sobra.<sup>14</sup>

—Aora digo que eres sabio.

—Sabio no, deseoso de saber sí.<sup>15</sup>

*Deseoso de  
saber.*

—¿Pues con qué ocasión <sup>16</sup> veniste acá?

—Vine a tomar el buelo, que pudiendo levantarme a las más altas regiones en alas de mi ingenio, la embidiosa pobreza me tenía apesgado.<sup>17</sup>

—Según esso, ¿no piensas en quedarte aquí?

—De ningún modo, que no se permuta bien un adarme de libertad por todo el oro del mundo; <sup>18</sup> antes, en tomando lo preciso de lo precioso, bolaré.

—¿Y podrás?

—Siempre que quiera.

—¿Podríamos librar a nosotros?

—Todo es que queráis.

—¡Pues no avíamos de querer!

—No sé, que es tal el encanto de los mortales, que están con gusto en sus cárceles y mui hallados <sup>19</sup> quando más perdidos. Esta, con ser un encanto, es la que más aprisionados les tiene, porque más apasionados.

—¿Cómo es esso de encanto?—dixo Andrenio—. Pues ¿no *Mundo  
es éste que vemos tesoro verdadero?* encantado.

—De ningún modo, sino fantástico.

<sup>13</sup> *al todo*, a Dios.

<sup>14</sup> La carne, que inclina a la sensualidad y batalla con la otra mitad superior, la del espíritu.

<sup>15</sup> Léese este dicho, atribuído a Pitágoras, en Valerio Máximo, VIII, vii.

<sup>16</sup> *ocasión*, motivo. Gaspar de Aguilar: "Qu'este mi mal proceder / ha sido conversación / y deseo de saber / de la riña la ocasión." (*El mercader amante*, I, ii.) Francisco Tárrega: "Rey, porque no nos matemos / sin ocasión, no hago más." (*La enemiga favorable*, II, xiv.) "Gente que aguarda / saber de aqueste alboroto / la ocasión." (*Tan largo me lo fiáis*, II, xvi.) Significaba también *peligro* o *riesgo*: cfr. *Las mocedades del Cid*, ed. Clás. Cast., pág. 70, nota.

<sup>17</sup> Gracián parafrasea aquí el emblema *Paupertatem summis ingeniis obesse, ne prouehantur*, de Alciato:

*Dextra tenet lapidem, manus altera sustinet alas.*

*Vt me pluma leuat, sic graue mergit onus.*

*Ingenio poteram superas volitare per arces,*

*Me nisi paupertas inuida deprimeret.*

<sup>18</sup> Repite con mayor fuerza el pensamiento expresado en I, 392<sub>16-21</sub>.

<sup>19</sup> *hallados*, contentos, con el consiguiente equívoco.

—Este que reluze ¿no es oro?

—Díglele lodo.<sup>20</sup>

—¿Y tanta riqueza?

—Vileza.

—¿Estos no son montones de reales?

—No ai una realidad en todos ellos.

—Pues estos que tocamos ¿no son doblones?

—Sí, en lo doblado.<sup>21</sup>

—¿Y tanto aparador?<sup>22</sup>

—No es sino parador,<sup>23</sup> pues al cabo para en nada. Y porque os desengañéis que todo esto es apariencia, advertid que en boqueando qualquiere,<sup>24</sup> el más rico, el más poderoso, en nombrando “¡Cielo!,” en diziendo “¡Dios, valme!,”<sup>25</sup> al mismo punto desaparece todo y se convierte en carbones y aun cenizas.

Assí fué, que en diziendo uno “¡Jesús!,” dando la última boqueada, se desvaneció toda su pompa como si fuera sueño, tanto, que despertando los varones de las riquezas<sup>26</sup> y mirándose a las manos, las hallaron vacías: todo paró en sombra y en assombro.<sup>27</sup> Y fué un espectáculo bien horrible ver que los que antes eran estimados por reyes, aora fueron reídos;<sup>28</sup> los

<sup>20</sup> Juego de analogía verbal y contraste de sentido que ya se encontraba en el refrán: *El poco hablar es oro, y el mucho es lodo*. Hernán Núñez, *Refranes*, fol. 38.

<sup>21</sup> *doblado*, con el clarísimo equívoco de *falaz*: cfr. nota 152, II, 39.

<sup>22</sup> *aparador*, no por el mueble en que se guarda el servicio de mesa, sino por el conjunto de alhajas, fuentes y otras piezas ricas que se ponen para servicio o adorno en la mesa de los príncipes.

<sup>23</sup> *parador*, mesón, tomado luego con doble sentido.

<sup>24</sup> *qualquiere*, 1653, MI664, B1664, 1683, corregido con *qualquier* en 1663, 1674, 1700, y con *qualquiera* en 1669, 1748, 1757, etc. No ha de ser forzosamente errata, puesto que aquella voz se halla en textos antiguos (v. gr., *Libro de buen amor*, estr. 680 a) y nuestro autor pudo bien estar en uno de sus jueguecillos triviales, tomando el vocablo unido y también dividido (*como quiere*), y *boquear* con el doble sentido de *expirar* y *bostezar* (cfr. Franciosini y *Dicc. Auls.*).

<sup>25</sup> *valme* traen todas las ediciones antiguas, hasta la de 1757; nada insólita era la apócope de *vale*, ni este caso de síncope: v. gr., “¡Jesús, valme!” (*La tía fingida*, ed. BAE, I, 249 a); “de tal manera resolvieron el caso, que sin decir *Dios, valme*, con lanzadas crueles le quitaron la vida” (Gonzalo de Céspedes, *El soldado Píndaro*, I, iv).

<sup>26</sup> Los de las riquezas precisamente, no los otros varones de superior capacidad y sabiduría o de corazón magnánimo, ni los que llevaban el título de *barón*, que con *v* solía escribirse.

<sup>27</sup> *assombro*, aquí probablemente *espanto*: cfr. nota 50, I, 155.

<sup>28</sup> *reyes* . . . *reídos*, buscando esa analogía verbal y contrasentido de ideas de que tanto gusta.



monarcas arrastrando púrpuras, las reinas y las damas rozando galas, los señores recamados,<sup>29</sup> todos se quedaron en blanco,<sup>30</sup> *La muerte de blanco.* y no por aver dado en él; no ya ocupavan tronos de marfil, sino tumbas de luto; de sus joyas sólo quedó el eco en hoyas y sepulcros, las sedas y damascos fueron ascos, las piedras finas se trocaron en losas frías, las sartas de perlas en lágrimas, los cabellos tan rizados ya erizados, los olores hedores, los perfumes humos. Todo aquel encanto paró en canto y en responso, y los ecos de la vida en huecos de la muerte, las alegrías fueron pésames, porque no les pesa más<sup>31</sup> la herencia a los que quedan; y toda aquella máquina<sup>32</sup> de viento, en un cerrar y abrir de ojos se resolvió en nada.

Quedaron nuestros dos peregrinos más vivos quando más muertos,<sup>33</sup> pues desengañados. Preguntáronle a su remediador halado<sup>34</sup> dónde estaban, y él les dixo que mui hallados, pues en sí mismos. Propúsoles<sup>35</sup> si le querían seguir al palacio de la discreta Sofisbella,<sup>36</sup> donde él iba y donde hallarían la perfecta libertad.<sup>37</sup> Ellos, que no deseavan otro,<sup>38</sup> le rogaron que pues avía sido su libertador, les fuesse guía. Preguntáronle si conocía aquella sabia reina.

—Luego que me vi con alas—respondió—, y vamos caminando, determiné ser suyo. Son pocos los que la buscan y menos los que la hallan. Discurrí por todas las más célebres Universidades sin poder descubrirla, que aunque muchos son sabios en latín, suelen ser grandes necios en romance.<sup>39</sup> Passé

<sup>29</sup> *recamados*, con posible intención de *cama*, *recama*.

<sup>30</sup> *en blanco*, sin nada: cfr. nota 149, I, 238.

<sup>31</sup> *pésames* . . . *pesa-más*, que no habrá escapado a la agudeza del lector.

<sup>32</sup> *máquina*, estructura, armazón.

<sup>33</sup> Esto es, más despiertos cuando más muertos de espanto probablemente.

<sup>34</sup> *halado*, por mala ortografía del impresor, pues *alado* y *alas* escribe Gracián de su puño y letra: ms. del *Héroe*, fols. 8 y 12. Cfr. nota 143, II, 37.

<sup>35</sup> *proponer*, en su acepción de *consultar*.

<sup>36</sup> Sofisbella: cfr. nota 125, II, 104.

<sup>37</sup> Conforme al dicho de Séneca, *Epist.*, XXXVII, 4: “. . . sapientia, quae sola libertas est.” Compárese Horacio, *Sat.*, II, vii, 83.

<sup>38</sup> *otro*, otra cosa: cfr. nota 19, I, 105.

<sup>39</sup> Recuérdame el siguiente pasaje de Polo de Medina: “—Aora conozco que ay asnos en latin.—¿Eso dudais?, dixo Lauro. No sabeis que el Asno de Oro de Apuleyo está en latin?—Y bolvió Don Juan a dezir: mas quiero ser necio en latin que en romance, pues no me entenderan todos, pues todos no saben latin.” (*Academias del jardín*, ed. *Obras*, Zaragoza, 1670, pág. 105.) Al revés opinaba el personaje de Gracián Dantisco, cuando decía: “Pareceme, hijo, que la necedad que llevastes [a la Universidad] en Ro-

por las casas de algunos que el vulgo llama letrados, pero como me veían sin dinero, dezíanme leyes;<sup>40</sup> hablé con muchos tenidos por sabios, mas entre muchos doctores no hallé un docto. Finalmente conocí que iba perdido y me desengañé que de sabiduría y de bondad no ai sino la mitad de la mitad,<sup>41</sup> y aun de todo lo bueno. Mas como voi bolando por todas partes, he descubierto un palacio fabricado de cristales, bañado de resplandores, cambiando luzes.<sup>42</sup> Si en alguna estancia se ha de hallar esta gran reina, ha de ser en este centro, porque ya acabó la docta Atenas y pereció la culta Corinto.

*Fenis sabia.*

Oyóse en esto una confusa vozería, vulgar aplauso de una insolente turba que assomava. Pararon al punto y repararon en un chabacano monstruo que venía atrancando sendas, seguido de innumerable turba: estraña catadura, la primera mitad<sup>43</sup> de hombre y la otra de serpiente;<sup>44</sup> de modo que de medio arriba mirava al cielo, y de medio abaxo iba rastrando<sup>45</sup> por tierra. Conocióle luego el varón halado y previno a sus camaradas le dexassen passar sin hazer caso ni preguntar cosa.<sup>46</sup> Mas Andrenio no pudo contenerse que no preguntasse a uno del gran séquito quién era aquel serpihombre.

—¿Quién ha de ser—le respondió—sino quien sabe más que las culebras?<sup>47</sup> Este es el sabio de todos, el milagro del vulgo, y éste es el poço de ciencia.

mance, la traeys guardada en Latin, y mal por mal, mas la quisiera en canto llano q̃ no en contrapũto.” (*Galateo español*, Barcelona, 1621, fol. 84 v.) El sentido de nuestro texto es el espiritual que expresa el refranero: *Aquel sabe que se salva, que el otro no sabe nada*.

<sup>40</sup> *dezir leyes*: cfr. nota 27, I, 293.

<sup>41</sup> Por analogía del refrán que dice: *De dineros y bondad (o calidad), la mitad de la mitad*, con la variante: *De dineros y bondad, siempre quita la mitad*. Oudin, *Refranero*, pág. 57.

<sup>42</sup> Esto es, con cambiantes o variedad de reflejos.

<sup>43</sup> *metad*: cfr. nota 237, II, 121.

<sup>44</sup> Es el Cécrope, o Cecrópe, como se decía a veces (y por su nombre le mencionará el autor en la siguiente crisi), el cual tenía la parte superior de cuerpo humano y la inferior de dragón. (Cons. Apolodoro, III, iv, 1-4.) Téngase en cuenta que “sierpe, culebra, dragon: son nombres que se toman el vno por el otro.” Covarrubias.

<sup>45</sup> *rastrar*, por *rastrear* y *arrastrar*, voz corriente, registrada en el Diccionario académico.

<sup>46</sup> *cosa, nada*: cfr. nota 26, I, 353.

<sup>47</sup> “*Saber más que las culebras*. Ser muy sagaz en provecho propio.” Sbarbi.

—Tú te engañas y le engañas—replicó el halado—, que no es *Bachillería*  
sino uno que sabe al uso del mundo; que todo su saber es *del*  
estulticia del cielo.<sup>48</sup> Este es de aquellos que saben para todos *m[u]ndo,*<sup>49</sup>  
y no para sí,<sup>50</sup> pues siempre andan arrastrados; éste el que *necedad*  
habla más y sabe menos,<sup>51</sup> y éste es el necio que sabe todas las *del cielo.*  
cosas mal sabidas.

—¿Y dónde os lleva?—preguntó Andrenio.

—¿Dónde? A ser sabios de fortuna.

*Sabios de  
fortuna.*

Estrañó mucho el término y replicóle:

—¿Qué cosa es ser sabio de ventura?

—Uno que sin aver estudiado es tenido por docto, sin cansarse es sabio, sin averse quemado las cejas trae barba autorizada,<sup>52</sup> sin aver sacudido el polvo a los libros levanta polvaredas, sin averse desvelado es mui lucido, sin aver trasnochado ni madrugado ha cobrado buena fama: al fin, él es un oráculo del vulgo y que todos han dado en dezir que sabe sin saberlo.<sup>53</sup> ¿Nunca has oído dezir: “Ventura te dé Dios, hijo . . .” p<sup>54</sup> Pues éste<sup>55</sup> es el mismo, y nosotros lo pensamos también ser.

Mucho le contentó a Andrenio aquello de saber sin estudiar, letras sin sangre,<sup>56</sup> fama sin sudor, atajo sin trabajo,<sup>56d</sup> valer de valde. Y atraído del gran séquito que el plausible sabio arrastrava,<sup>57</sup> hasta de carrozas, literas y cavallos, ceñándole<sup>58</sup> todos y brindándole con el descanso, bolviéndose a sus compañeros les dixo:

<sup>48</sup> Cita de San Pablo, *A los Corintios* (I), III, 19: “Sapientia enim huius mundi, stultitia est apud Deum.”

<sup>49</sup> *mando*, por errata evidente, en 1653, M1664, etc., corregida en 1669.

<sup>50</sup> Cicerón atribuye a Ennio este pensamiento: “Nequiquam sapere sapientem, qui ipse sibi prodesse non quiret.” *De Officiis*, III, 15.

<sup>51</sup> *Quien más sabe, más calla*, corresponde al *Vir sapit qui pauca loquitur*.

<sup>52</sup> Sobre la autoridad de las barbas, véase notas 53 y 100, I, 195, 368.

<sup>53</sup> *sin saberlo*, sin conocerlo.

<sup>54</sup> “Estiman algunos mas vna onça de ventura que arrobas de sabiduria.” (*Héroe*, X, 525 b.) Cfr. nota 3, I, 145.

<sup>55</sup> *éste* se refiere al oráculo del vulgo, claro está.

<sup>56</sup> “La letra con sangre entra: el que pretende saber ha de trabajar y sudar, y esso significa allí sangre, y no agotar los muchachos con crueldad, como lo hazen algunos maestros de escuela tiranos.” Covarrubias.

<sup>56d</sup> *No ay atajo sin trabajo* (Santillana, núm. 494; Hernán Núñez, fol. 78 v.), y *No hay atajo sin trabajo, ni rodeo sin deseo* (Correas).

<sup>57</sup> *arrastrar*, con intención satírica por lo que sigue.

<sup>58</sup> *ceñar*, hacer señas: cfr. nota 185, I, 316.

—Amigos, vivir un poco más y saber un poco menos.<sup>59</sup>

Y metióse entre sus tropas, que al punto desaparecieron.

—Basta <sup>60</sup>—dixo el varón halado al atónito Critilo—que el verdadero saber es de pocos. Consuélate, que más presto le hallarás tú a él que él a ti, con que tú serás el hallado <sup>61</sup> y él el perdido.

*Palacio  
del enten-  
dimiento.*

Quisiera ir en busca suya Critilo, mas viendo ya brillar el gran palacio que buscavan, olvidado aun de sí mismo y sin poder apartar los ojos dél, caminó allá embelesado. Campeava, sin poder esconderse, en una clarísima eminencia, señoreando quanto ai.<sup>62</sup> Era su arquitectura extremo del artificio <sup>63</sup> y de la belleza, engolfado en luzes y a todas ellas,<sup>64</sup> que para recibirlas bien, a más de ser diáfanas sus paredes y toda su materia transparente, tenía muchas claraboyas, balcones rasgados <sup>65</sup> y ventanas patentes: <sup>66</sup> todo era luz y toda claridad. Quando llegaron cerca, vieron algunos hombres, que lo eran, que estaban como adorando y besando sus paredes; pero, mirándolo mejor, advirtieron que las lamían y sacando algunas cortezas las mascavan y se paladeavan con ellas.

—¿De qué provecho puede ser esso?—dixo Critilo.

Y uno dellos:

—Por lo menos, es de sumo gusto.

<sup>59</sup> Al saber que se adquiere por la lectura, opone el que da la experiencia; menos cultura libresca y más verdadera sabiduría, conforme al pensamiento de Séneca, *Epist.*, CVI, 12: "Quemadmodum omnium rerum, sic litterarum quoque intemperantia laboramus; non vitae sed scholae discimus." Comp. *Oráculo*, pág. 502 b: "Saber vn poco mas, y viuir vn poco menos. Otros discurren al contrario; mas vale el buen ocio que el negocio; no tenemos cosa nuestra, sino el tiempo, donde viue quien no tiene lugar: igual infelicidad es gastar la preciosa vida en tareas mecanicas que en demasia de las sublimes; ni se ha de cargar de ocupaciones ni de embidia; es atropellar el viuir y ahogar el animo. Algunos los estienden al saber, pero no se viue sino se sabe." Como se ve, refuta el principio de "saber un poco mas, y vivir un poco menos."

<sup>60</sup> *basta*, con elipsis del infinitivo *decir* u otro análogo, que ya hemos visto repetidamente: cfr. nota 7, I, 118.

<sup>61</sup> *hallado*, repitiendo el equívoco de II, 125<sub>20</sub>.

<sup>62</sup> Conforme al proverbio: "Sapiens dominabitur astris," que citará más adelante, en II, vi.

<sup>63</sup> *artificio*, arte: cfr. nota 39, I, 108.

<sup>64</sup> Por la consabida locución *a todas luces*, refiriéndose a *extremo*.

<sup>65</sup> *rasgado*: "Se aplica tambien al balcón y ventana grande que se abre de una vez, sin divission de postigos," consigna el *Dicc. de Autoridades*, el cual cita en su apoyo nuestro pasaje precisamente.

<sup>66</sup> *patente*, abierto: cfr. nota 12, I, 118.

Y combidóle con un terrón limpio y transparente que, en llegándole a la boca, conoció era sal y mui sabrosa, y los que imaginaron cristales no lo eran, sino sales gustosísimas. Estaba la puerta siempre patente, con que <sup>67</sup> no entraban sino personas, y éssas bien raras; vestíanla yedras y coronábanla laureles, con muchas inscripciones ingeniosas por toda la magestuosa fachada. Entraron dentro y admiraron un espacioso patio mui a lo señor,<sup>68</sup> coronado de columnas tan firmes y tan eternas que les aseguró el varón halado podían sustentar el mundo, y algunas de ellas el cielo, siendo cada una un *non plus ultra* <sup>69</sup> de su siglo. Percibieron luego una armonía tan dulce que tiranizava no sólo los ánimos, pero las mismas cosas inanimadas, atrayendo assí los peñascos y las fieras. Dudaron si sería su autor el mismo Orfeo,<sup>70</sup> y con essa curiosidad fueron entrando por un magestuoso salón y mui capaz, en quien <sup>71</sup> los copos de la nieve en marfiles y las ascuas de oro en piñas maravillosamente se atemperavan para construir su belleza. Aquí los recibieron y aun cortejaron el buen gusto y el buen genio, y con el agrado que suelen los conduxeron a la agradable presencia de un sol humano que parecía muger divina. Estava animando un tan suave plectro, que les aseguraron no sólo hazía inmortales los vivos, pero que dava vida a los muertos, componía los ánimos, sossegava los espíritus, aunque tal vez <sup>72</sup> los encendía en el furor bélico, que no hiziera más el mismo Homero. Llegaron ya a saludarla entre fruiciones del verla, pero más de oírla, y ella en honra de sus peregrinos huéspedes hizo alarde de armonía. Estava rodeada de varios instrumentos, todos ellos mui sonoros, mas suspendiendo los antiguos, aunque tan suaves, fué echando mano de <sup>73</sup> los modernos. El primero que pulsó fué una culta cítara, haziendo estremada armonía, aunque la percibían pocos, que no era para muchos; con todo, notaron en ella una desproporción harto considerable, que aunque sus cuerdas eran de oro finísimo y mui sutiles, la materia de que se componía, deviendo

*Nicho de la  
poesía.*

<sup>67</sup> *con que*, aunque: cfr. nota 26, I, 133.

<sup>68</sup> *a lo señor* precisamente, y no *a lo señorial*, por preferir la acepción que ya se daba a *señor* de grande y excelente, como si dijera *un señor patio*.

<sup>69</sup> Dicho con cabal propiedad, ya que de otras columnas, las de Hércules, se dijo primero tal expresión.

<sup>70</sup> Véase Ovidio, *Metam.*, XI, 1-2.

<sup>71</sup> Sobre *quien* aplicado a cosas, queda nota 29, I, 100.

<sup>72</sup> *tal vez*, a veces.

<sup>73</sup> *mano de de* en el texto, por errata corregida en las ediciones posteriores.

ser de un marfil terso, de un évano bruñido, era de aya y aun más común.<sup>74</sup> Advirtió el reparo la concentuosa<sup>75</sup> ninfa, y con un regalado suspiro les dixo:

—Si en este culto plectro cordovés hubiera correspondido la moral enseñanza a la heroica composición, los asuntos graves a la cultura de su estilo, la materia a la vizarría del verso, a la sutileza de sus conceptos, no digo yo de marfil, pero de un finísimo diamante merecía formarse su concha.

Tomó ya un italiano rabelejo, tan dulce, que al passar el arco pareció suspender la misma armonía de los cielos, si bien para ser pastoril y tan fido<sup>76</sup> pareció sobradamente conceptuoso. Tenía muí a mano dos laúdes tan igualmente acordes que parecían hermanos.

—Estos—dixo—son graves por lo aragoneses, puédelos oír el más severo Catón sin nota de liviandad. En el metro

<sup>74</sup> Es la cítara de don Luis de Góngora, a quien no se cansa de citar en la *Agudeza*, admirándole sobre todo por la sutileza de su ingenio: “Fue este culto pöeta cisne en los concentos, aguilas en los conceptos; en toda especie de agudeza eminente, pero en esta de contraproporciones consistió el triunfo de su grande ingenio; vense sus obras entretextadas desta sutileza.” (*Agudeza*, V, 26.) Y más adelante, hablando del estilo aliñado, torna a decir: “lo remontó a su mayor punto Don Luys de Gongora, especialmente en su Polifemo y Soledades. Algunos le han querido seguir, como Icaros a Dedalo, cogenle algunas palabras de las mas sonoras y añ frases de las mas sobresaliētes (como el que imitó el defecto de torzer la boca del Rey de Napoles), inculcanlas muchas vezes, de modo que a quatro o seys voces reduzen su cult[u]ra.” (*Ibid.*, LXII, 381.) Nótese cómo ha ganado Gracián en madurez y precisión críticas en los años que pasaron desde la publicación de la *Agudeza* a la de esta Segunda Parte del *Criticón*.

<sup>75</sup> *concentuosa*, armoniosa.

<sup>76</sup> *fido*, fiel, registrado en el *Dicc. de Autoridades*, también voz italiana con igual significado. Alude al drama pastoril *Il pastor fido*, de Giambattista Guarini, estrenado en 1585 e impreso en 1590. En carta a Andrés de Uztarroz, fechada el 10 de marzo de 1647, Gracián le dice: “V. M. no deje de recoger si alla el pastor fido del Guarini, y si esta en Castellano mexor. yo le vi y le lei traducido. y sino, sea en italiano como se allare.” (Bibl. Nac., ms. 8391, fol. 467.) Menciona y alaba a Guarini repetidamente en la *Agudeza*: “el siempre ingenioso Cavallero Guarini . . . el conceptuoso Cavallero Guarini” (*ibid.*, V, 25, 33); “el Guarino, en su perfecto poema del Pastor Fido, impreso tantas vezes y traduzido en casi todas las lenguas, y en la española con propiedad y elegancia . . .” (*ibid.*, XXXI, 220). Tras hablar de varias obras españolas excelentes, agrega: “Mas vnas y otras, y todas, callen delante del Pastor Fido del Fenix de Italia, el Cavallero Guarino” (*ibid.*, XLV, 296).

tercero son los primeros del mundo, pero en el cuarto, ni aun quintos.<sup>77</sup>

Vieron una arquicítara<sup>78</sup> de estremada composición, de maravillosa traza, y aunque estava baxo de otra,<sup>79</sup> pero<sup>80</sup> en el material artificio ni ésta la cedía, ni aquélla<sup>81</sup> en la invención la excedía; y assí, dixo el alma de los instrumentos:<sup>82</sup>

—Sí el Ariosto huviera atendido a las morales alegorías como Homero, de verdad que no le fuera inferior.

Resonava mucho y embaraçava a muchos un instrumento que unieron cáñamo y cera.<sup>83</sup> Parecía órgano por lo desigual y era compuesto de las cañas de Siringa<sup>84</sup> cogidas en la más

<sup>77</sup> Estos dos aragoneses, los primeros en *el metro tercero* (el terceto), y nada buenos en *el quarto* (la redondilla), son los Argensolas. La resuelta preferencia de Gracián está por Bartolomé, de quien dice: “aquel gran filosofo en el verso . . . en quien se compitieron lo ingenioso y lo prudente” (*Agudeza*, XIV, 95); “en las ponderaciones fue estremado, fue vnico Bartolome Leonardo; entre muchas graves y de grande enseñanza, imitador en esto del antigo Horacio, oye esta donosa a nuestra Bilbilis . . . Era gran ponderador este ilustre poeta, y assi son tan preñadas sus palabras; pues oyrselas a él era otra tanta fruicion, porque les dava mucha alma. Frequenté su museo, y cada vez admirava mas su profundidad, su seriedad: él era vn oraculo en verso” (*ibíd.*, XXII, 148); “Todos los sonetos de Bartolome Leonardo están llenos de profundidad y enseñanza . . . Filosofava en el verso este grave y profundo ingenio. Tiene muchos muy acertados; pero en las epistolas estuuu su mayor eminēcia, como en los tercetos” (*ibíd.*, XLIII, 283).

<sup>78</sup> *arquicítara*, no cítara de arco, sino *archicítara* por lo grande o excelente, que podía escribirse en una u otra forma indistintamente, como varias voces análogas: *arquiepiscopal*, *arquitectura*, *arquitrabe*, etc.

<sup>79</sup> La *otra*, como se verá, es la archicítara de Homero.

<sup>80</sup> *aunque . . . pero*: cfr. nota 85, I, 181.

<sup>81</sup> *ésta . . . aquélla*: colocación invertida de los demostrativos para el estilo nuestro, ya notada en 129, I, 208, y 136, II, 70.

<sup>82</sup> No la música, sino la poesía.

<sup>83</sup> Es recuerdo, o cita, de la *Fábula de Polifemo y Galatea* (vv. 89–92), de Góngora:

“Cera i cañamo vnió, que no debiera,  
cient cañas, cuio barbaro ruído,  
de mas echos que vnió cañamo i cera  
albogues, duramente es repetido.”

<sup>84</sup> Siringa, ninfa de la Arcadia que pudo escapar de la persecución de los sátiros y los dioses; cuando Pan fué a apoderarse de ella, se convirtió en un manojo de cañas, que respondían a los suspiros del dios con un ligero y dulce son de queja. (Ovidio, *Metam.*, I, 689–712.) Dióse su nombre a la flauta del dios Pan, el instrumento músico primitivo, especie de zampoña con varios tubos de caña, de longitud desigual, que forman escala musical.

fértil vega; <sup>85</sup> llenábanse de viento popular, mas con todo este aplauso, no les satisfizo, y dixo entonces la poética belleza:

—Pues sabed que éste, en aquel tiempo desaliñado, <sup>86</sup> fué bien oído y llenó por lo plausible todos los teatros de España. <sup>87</sup>

Descolgó una vihuela, tan de marfil, que afrentava la misma nieve, pero tan fría, que al punto se le elaron <sup>88</sup> los dedos y huvo de dexasla, diziendo:

—En estas rimas del Petrarca se ven unidos dos extremos, que son su mucha frialdad con el amoroso fuego.

Colgóla junto a otras dos mui sus semejantes, de quienes dixo:

—Estas más se suspenden <sup>89</sup> que suspenden.

Y en secreto confessóles eran del Dante Alígero <sup>90</sup> y del español Boscán. <sup>91</sup> Pero entre tan graves plectros, vieron unas tejuelas picariles, de que se escandalizaron mucho.

<sup>85</sup> Claro lo dice: Lope de Vega, “el Prodigioso,” como le llama en la *Agudeza* (IV, 20), hablando también de un soneto “fruto de la mas fertil Vega” (*ibíd.*, VII, 47), y de “el fecundo y facundo Lope” (*ibíd.*, XX, 137); “en lo comico, sin duda excedió a todos los españoles, sino en lo limado, en lo gustoso y en lo inventivo, en lo copioso y en lo propio” (*ibíd.*, XIX, 125), y, finalmente, “hubiera sido mas perfecto sino hubiera sido tan copioso; flaquea a veces el estilo, y aun las traças; tiene gran propiedad en los personajes, especialmente en los plebeyos; en las fabulas morales mereció alabanza, como aquella del Villano en su rincon, Con su pan se lo coma, La Dama Bova, Los Melindres de Belisa . . .” (*ibíd.*, XLV, 296).

<sup>86</sup> Bien se ve que habla un contemporáneo y admirador del más pulido y esmerado de nuestros dramáticos, de Agustín Moreto, que precisamente publicó en este año de 1653 la Primera Parte de sus *Comedias*.

<sup>87</sup> No sólo los de España, porque “in Italia e Francia quelli che rappresentano Comedie per accrescere il guadagno mettono ne i Cartelli che rappresentano vn foggetto di Lope de Vega, e con questo manca loro Coliseo per la gente e Casse per i danari.” Fabio Franchi, *Essequie poetiche, o vero lamento delle muse italiane in morte del Sig. Lope de Vega*, Venetia, 1636, pág. 13.

<sup>88</sup> La supresión de la *h* en *helar* era tan común, que Franciosini registra este verbo y sus variantes diez veces sin emplear jamás la *h*, y lo mismo Oudin, que en la voz *helar* nos remite a *elar*. Cfr. nota 143, II, 37.

<sup>89</sup> *suspenden*, con claro equívoco de *colgar* y *desaprobar*.

<sup>90</sup> También Luis Zapata había dicho estas palabras heréticas: “Dante es tan pesado que jamás pude leer una hoja entera de él.” (*Miscelánea*, ed. cit., pág. 340.) Y recuérdese la conocida anécdota que se cuenta de un cultísimo personaje español del siglo XIX que aguardó a la hora de la muerte para desahogar el ánimo con la confesión de que Dante le . . . molestaba.

<sup>91</sup> Dejamos ya apuntado el juicio que Boscán mereció a algunos ilustres contemporáneos de Gracián: nota 196, II, 45.



—No las estrañéis—les dixo—, que son mui donosas; con éstas espantava sus dolores Marica en el hospital.<sup>92</sup>

Tañó con indezible melodía unas folías <sup>93</sup> a una lira conceptuosa que todos celebraron mucho y con razón:

—Bástale—dixo—ser plectro portugués, tiernamente regalado, que él mismo se está diziendo: “El que amo es.” <sup>94</sup>

Gustaron no poco de ver una gaita, y aun ella la animó con lindo gusto, aunque descompuso algo qué <sup>95</sup> su gran belleza, y dixo:

—Pues de verdad que fué de una musa princesa, a cuyo son solía bailar Gila en la noche de aquel santo.<sup>96</sup>

<sup>92</sup> Las tejuelas pertenecen a Quevedo, y los romances suyos con que Marica, enferma de mal francés, espantaba sus dolores en el hospital de Antón Martín, pueden leerse en la *BAE*, XVI, 581-582.

<sup>93</sup> Aunque Franciosini describe la folía como “vn suono Portugheze assai noto, che si suona con chitarra,” era también nombre de una alegre música, canción y danza que figura mucho en nuestro teatro clásico, v. gr., *Peribáñez y el Comendador de Ocaña* (I, i), de Lope de Vega.

<sup>94</sup> *El Q(ue)amoes*, o el Camoës, que así, conforme a la grafía portuguesa, aunque sin tilde, llamaban nuestros clásicos al autor de *Os Lusíadas*, siendo menos frecuente en libros de aquellos siglos la forma moderna de Camoens: “el Camoes” le llama repetidamente en la *Agudeza* (v. gr., V, 29). En nuestro texto, así como en los de M1664, B1664, 1669, 1683 y 1773, se lee *el que*, mas en la fe de erratas de M1664 aparece *el* corregido con *de*, que también hace sentido, pero cuya corrección considero infundada; y *de* se halla en las ediciones de 1663, 1674, 1700, 1748 y 1757.

<sup>95</sup> *algo qué*, algún tanto, no era nada insólito. (Cons. Bello-Cuervo, *Gramática*, nota 61; Rodríguez Marín, *Quijote*, IV, 126, n. 13.) Erróneamente, pues, fué corregido el *q* de 1653 por *de* en las ediciones M1664 y B1664.

<sup>96</sup> El santo correspondiente a Gila será San Gil. Y el santo de este nombre de mayor popularidad y resonancia literaria es San Gil de Portugal, cuya vida sirvió de asunto a la comedia *Caer para levantar*, de Moreto, y a la suelta atribuída a Matos Fragoso que lleva por título *San Gil de Portugal* (cfr. La Barrera, *Catálogo*, pág. 241). La noche de aquel santo cae el 14 de mayo. Tratándose de un Gil y portugués, que además toca el instrumento popular con soberana musa, y viene a continuación de Camoens, parecióme probable que fuese alusión a Gil Vicente. Pero hube de desechar la conjetura porque este poeta no tiene ninguna Gila, ni baile alguno en “la noche de aquel santo.” Luego, lo de “una musa princesa” que manejó con arte la poesía popular, me hizo recordar a un poeta, poco estudiado, que tuvo estrechas relaciones con Aragón, donde su padre había sido virrey: don Francisco de Borja (1581-1658), príncipe de Esquilache. De él se trata, en efecto. Vienen presentándole algunos como un poeta cortesano y refinado. Lo es en un grupo de sus poesías. Pero notemos que dos terceras partes de sus composiciones, aproximadamente, están en metros cortos, y que poco menos de la mitad de todas ellas son

Grande asco les causó ver una tiorba italiana llena de suciedad y que frescamente<sup>97</sup> parecía aver caído en algún cieno, y sin ossarla tocar, quanto menos tañer, la recatada ninfa dixo:

—Lástima es que este culto plectro del Marino<sup>98</sup> aya dado en tanta inmundicia lasciva.

de tema popular, abundando precisamente las de tema aldeano. Notemos también que su poesía culta, cortesana, puede confundirse con la de cualquier buen poeta contemporáneo. En cambio, sus composiciones populares son de mérito característico: por el gran número de ellas y por su excelencia, correspóndele al príncipe de Esquilache, en mi opinión, el lugar inmediato a Lope de Vega, Góngora y Quevedo en la musa popular. De toda la obra de nuestro poeta, fueron sus romances los que alcanzaron mayor difusión, como puestos en música, y así él mismo los invoca diciendo:

“Romances, que tantos años  
por instrumentos corristes . . .  
Qué pudo hazer vuestro dueño,  
si tantos hombres insignes  
en la musica os buscaron  
y tan cantados os vistes?”

(*Las obras en verso* de don Francisco de Borja, Principe de Esquilache . . . Edicion postrera, reuista y muy añadida, Amberes, 1663, págs. 576–577.)

Acertó, pues, Gracián al escoger su aspecto popular. Con lo que antecede quedan justificadas las alusiones a *gaita* y *musa princesa*. Las restantes son las de *Gila*, *bailar* y *noche de aquel santo*. Entre los nombres femeninos en sus letrillas, redondillas y romances (Belilla, Menga, Menguilla, Marica, Celia, Lisis, Lucinda, Silvia, Amarilis, Anarda, Antandra, Jacinta, Filis) hay uno muy repetido por Esquilache y nada corriente en nuestra poesía, el de *Gila* precisamente (letrilla I; romances V, IX, LXXX, CVII, CXXV, CLXIII). En cuanto a *bailar*, tenemos bailes aldeanos en los romances VII, LXIV, LXXX, CVII, CXXV, CXXXVI, CLIII, CLXIII, CLXX, CCIV, CCIX, CCXIII. Respecto de *la noche de aquel santo*, sabido es que la noche de bailes y fiestas más popular en aldeas y ciudades es aquella que Lope de Vega, ya anciano, describió con tan juvenil aliento en *La noche de San Juan*, y que es la escogida invariablemente por Esquilache en sus romances (XVII, XX, CXIV, CXXV, CLXIII, CLXXIII, CLXXXIX, CCIV, CCIX, CCXLV). Y ni siquiera faltan dos frases o conceptos de Esquilache que concuerden con nuestro texto: “En la noche de aquel santo . . .” (romance CXIV); “Esto le dixo cantando, / al instrumento de Gila . . .” (romance CXXV).

<sup>97</sup> *frescamente*, con probable equívoco de *recientemente* y *desenfadadamente*: cfr. nota 27, I, 353.

<sup>98</sup> Giovanni Battista Marini (1569–1625), napolitano, al cual había calificado el aragonés de “no menos dulce que ingenioso . . . el Gongora de Italia, el culto Marino.” (*Agudeza*, V, 30; XVI, 107.) Fué “dictador literario . . . en su patria y aun en la corte de Francia hasta su muerte.” (Menéndez y Pelayo, *Ideas estéticas*, 2da. ed., III, 461.) Cons. G. T. Damiani, *Sopra la poesia del Cavalier Marino*, Torino, 1899.

Estava un laúd real artificiosamente <sup>99</sup> fabricado en un puesto oscuro; con todo, despedía gran resplandor de sí y de muchas piedras preciosas de que estava todo él esmaltado.

—Este—ponderó—solía hazer un tan regalado son, que los mismos reyes se dignavan de escucharle, y aunque no ha salido a luz en estampa, luzে tanto, que dél se puede dezir: “El alba es que sale.” <sup>100</sup>

<sup>99</sup> *artificiosamente*, artísticamente: cfr. nota 39, I, 108.

<sup>100</sup> *Laúd real* fué el de Felipe IV, y sus poesías no habían salido a luz en estampa en 1653. Pero de un rey no se diría que los mismos reyes se dignavan de escucharle, ni se le llamaría alba, sino sol. Tampoco podía decirse del laúd de Felipe IV, entre tan altos poetas, que luzে tanto. En la ed. 1700 (pág. 183 b) está *Alva* con mayúscula, como nombre propio. El equívoco entre *alba* y *duque de Alba* era corriente. Así Rufo, aludiendo al duque de Alba don Antonio: “Eso fuera hacerse el Alba puesta de Sol.” (*Las seiscientas*, pág. 41.) Gracián mismo lo había empleado dos veces: “Estaua el mūdo lleno de las proezas del que fue alua del mayor Sol, digo de las vitorias de D. Hernando Aluarez de Toledo . . .” (*Héroe*, V, 519 b.) “Fue destinado entre los Grandes de España el de Alva para el real cortejo de . . . doña Maria de Austria . . . ; glosó vno . . . *Bien va el Alva con el Sol.*” (*Agudeza*, IV, 21.) Y precisamente éste último aludido, el cuarto duque de Alba, contemporáneo de Gracián, hacía “valientes versos.” (Cons. Artigas, *Góngora*, Madrid, 1925, pág. 264.) Con todo, como poeta, el duque no parece haber pasado de un mediano aficionado, quedando tan por bajo de otros vates de Palacio, como el conde de Salinas, por ejemplo, que es inadmisibile que Gracián le dedicara tan extraordinario elogio. En cambio, había en Palacio otro poeta, en verdad excelente, a quien nuestro jesuíta trató personalmente y por el cual sentía una admiración profunda, no cansándose de alabarle en la *Agudeza*: don Antonio Hurtado de Mendoza (1586-1644), secretario de Felipe IV desde 1623. Gracián le llama “por antonomasia el cisne cortesano” (*Agudeza*, IV, 17); “gran ingenio” (*ibíd.*, XXXVII, 258); habla “de aquel gran poema de Don Antonio de Mendoza, Querer por solo amar” (*ibíd.*, XLII, 277); tras mencionar a Lope de Vega y otros principales dramáticos, escribe: “Pero quien llegó a lo sumo de la perfeccion en estos assuntos del ingenio fueron el conceptuoso Villai[c]an y el sentencioso Mendoza: parece que no se puede dezir mas de lo que ambos dixeron, ni llegar a mas viçarria de verso, preñez de estilo, profundidad de concepto, gravedad de sentēcias, invencion de enredo” (*ibíd.*, XLV, 296); y después de citarle más que a ninguno otro escritor, agrega que sus obras “quāto mas se desean han de lograr mas aplauso y luzimiento” (*ibíd.*, L, 313); finalmente, “al Mendoza de los ingenios españoles le basta para encomio que el mayor gusto del mayor Rey, y aun mas discreto que monarca, le sublimó al valimiento de su ingenio” (*ibíd.*, XLI, 374). Todas las circunstancias de nuestro texto apuntan a don Antonio de Mendoza, como le llamaban los contemporáneos: *laúd real* por estar en el palacio real, como si dijera *laúd palatino*; *de muchas piedras preciosas esmaltado* por sus versos brillantísimos; *en un pūeslo oscuro* porque no ha salido a luz en estampa, pues no se publicaron sus Obras líricas y

Allí vieron un culto instrumento coronado del mismo laurel de Apolo, aunque algunos no lo creían.<sup>101</sup> Oyeron una mui gustosa campoña, mas por tener cáncer la musa que la tocava, a cada concento<sup>102</sup> se le equivocavan las voces.<sup>103</sup> Hazíase bien de sentir un[a]<sup>104</sup> lira, aunque mediana, mas en lo satírico superior, y dávase a entender latinizando.<sup>105</sup> Otro *cómicas, divinas y humanas* hasta 1690; *solía* porque Mendoza había ya muerto, en 1644; *los mismos reyes se dignavan de escucharle*; *el alba* como secretario del Sol de España, Felipe IV. Además, la frase *El alba es que sale* corresponde al segundo verso de un lindo romance de don Antonio de Mendoza, que conocería Gracián en manuscrito, publicado al año siguiente de aparecer esta Segunda Parte, en la colección de *Poesías varias de grandes ingenios españoles*, de José Alfay, impresa precisamente en Zaragoza (1654):

“El alba es Marica,  
El alba que sale,  
Allá va, señores,  
No se aparte nadie,  
A lavarse al soto . . .”

Puede también leerse este romance en *BAE*, XVI, 612 b.

<sup>101</sup> Poco es esto para identificar al poeta. Allí, donde está el otro vate a quien acaba de aludir, en el palacio real, y un *instrumento coronado*, que por añadidura *algunos no creían* existiera o estuviese coronado de laurel, parece apuntar al rey Felipe IV, que tuvo aficiones de poeta, y del cual se conservan unos pocos versos, que pueden leerse en *BAE*, XLII, 151–152. Pero ¿qué ocurrencia ésta de meter entre tan verdaderos poetas a un mero aficionado? ¿Ni para qué sacar a la censura las dotes poéticas de quien no es poeta, sino rey? Creo que la vaga alusión de nuestro texto lleva otro rumbo. El más famoso de nuestros poetas coronados de laurel, cuyo retrato ha pasado a la posteridad con tal guirnalda, es Fernando de Herrera. *Culto instrumento*, en verdad, fué el suyo. *Algunos no creían* que estuviera o mereciera estar *coronado del mismo laurel de Apolo*. Entre éstos precisamente se encontraba Gracián, que citando muchas veces a tantos poetas, antiguos y modernos, chicos y grandes, sólo tiene dos referencias desdeñosas para Herrera: “Ni todo ha de ser jocoso, ni todo amoroso, q̄ tãtos sonetos a vn asunto liviano, mas sentidos que entēdidos, en el mismo Petrarca, en el mismo Herrera, empalagan . . . Otros se dexã, y aũ de los celebrados por divinos, porque confieso que aunque les he hecho anotomia del alma, jamás la pude hallar.” *Agudeza*, LXIII, 383, 384.

<sup>102</sup> *concento* (canto) en todas las ediciones antiguas, cambiado por *concepto* en la de 1773 (pág. 222 b).

<sup>103</sup> Esta musa que tiene *cáncer* (pobreza) y a la que se le *equivocavan* (por sus muchos equívocos) las voces, ha de ser la del ingenioso poeta y prosista Jerónimo de Cáncer y Velasco, que vivía aún al publicarse esta Segunda Parte y quien, conforme a Nicolás Antonio, sobrepujó a todos en los equívocos.

<sup>104</sup> *en la lira*, 1653, M1664, B1664, etc.: correcta, 1663, 1669, 1700, 1748, 1757, 1773.

<sup>105</sup> Semejante lira que se hacía *sentir* (con equívoco) por lo mordaz y por lo ruidosa en el escándalo, que *latinizaba* a lo culterano, *en lo satírico*

oyeron de feliz arte, mas dudaron si su prosa era verso y si su verso prosa.<sup>106</sup> Vieron en un rincón muchos otros instrumentos que, con ser nuevos y acabados de hazer, estaban ya acabados y cubiertos de polvo.<sup>107</sup> Admirado, Critilo dixo:

—¿Porqué, ¡o gran reina del Parnaso!, éstos tan presto los arrimas?<sup>108</sup>

Y ella:

—Porque rimas, todos se arriman a ellas como más fáciles;<sup>109</sup>

*superior*, y que era *mediana*, es sin duda la del conde de Villamediana, que “iuntó lo sentencioso con lo critico . . . que fue el vnico de nuestros tiempos en lo picante.” *Agudeza*, XVI, 110.

<sup>106</sup> Ninguno de nuestros clásicos puso tan grande fantasía soñadora en la prosa, ni tanta aspereza y prosaísmo en sus endecasílabos, como Cervantes. Así lo pensaron, entre otros, Lope de Vega y Tirso de Molina, y así pensamos muchos en estos tiempos. Gracián, que en su rica antología de la *Agudeza*, citando versos de sus coetáneos y antecesores, no transcribe ni uno solo de Cervantes, pudiera bien aludirle aquí. Pero también es cierto que allí cita párrafos de prosistas, como Mateo Alemán y Antonio Pérez, y no se acuerda tampoco del Príncipe de los Ingenios (cons. *Introducción*, pág. 50). Si no hubiese hablado antes de los Argensolas, declarándoles a ambos “primeros del mundo” en el terceto, se podría pensar que la nueva alusión va encaminada a no otro que Bartolomé Leonardo, ya que dice de él en la *Agudeza* (LXII, 378) que es “tan valedor del estilo desafectado . . . que parecen prosa en consonancia sus versos.” Mas lo que tengo por seguro es que la alusión de nuestro texto va derecha al P. Paravicino, cuyos versos y prosas se confunden en efecto, pues además de cultivar el gongorismo en la poesía, lo introdujo en la prosa, abusando en una y otra de las alegorías, metáforas y sutilezas, y hasta sus sermones pudo calificarlos Calderón de *sermones de Berbería*, por su extravagante esplendor gongorino. Nótese, además, que Gracián dice que tal autor era de *feliz arte*, y él, que no desaprovecha palabra intencionada, parece apuntar a Hortensio Félix Paravicino. Así lo entendió ya un contemporáneo, Matheu y Sanz (*op. cit.*, págs. 54-55): “De Ortencio escrives *que se duda si su prosa es verso, o su verso es prosa*, quando vno y otro descubre vn espíritu inimitable.”

<sup>107</sup> Paréceme que alude aquí a la legión de perversos discípulos de Góngora, que tanto abundaron a mediados del siglo XVII, y de quienes se burla nuestro autor repetidamente en la *Agudeza y arte de ingenio*.

<sup>108</sup> *arrimar*, en la acepción de *abandonar*.

<sup>109</sup> El dómine Matheu y Sanz le dió su palmetazo sobre este pasaje: “De las rimas osas afirmar que *todos se arriman a ellas como mas fáciles*, y es que no alcanças quan difícil es la composicion de arte mayor.” (*Crítica de reflexión*, pág. 56.) Pero Gracián lo dice, como se ve a continuación, porque son poesías sueltas, y no largos poemas de mucho empeño. Afirma Lope de Vega en *La Dorotea*: “agora en Italia y en España se llaman Rimas las obras sueltas.” (Ed. Madrid, 1632, fol. 197 v.) Compárese Cervantes, *Viaje del Parnaso*, VII, 184-186, 193-198:

pocos imitan a Homero y a Virgilio en los graves y heroicos poemas.

—Para mí tengo—dixo Critilo—que Oracio los perdió quando más los quiso ganar, desanimándolos con sus rigurosos preceptos.<sup>110</sup>

—Aun no es eso—respondió la gloria de los cisnes—, que son tan romancistas <sup>111</sup> algunos, que no entienden el arte, sino que para las obras grandes son menester ingenios agigantados. Aquí está el Taso, que es un otro Virgilio christiano, y tanto, que siempre se desempeña <sup>112</sup> con ángeles y con milagros.

Avía un vacío en buen lugar, y notándolo, Critilo dixo:

—De aquí algún gran plectro han robado.

—No será eso, sino que estará destinado para algún moderno.

D. Francisco de Sayas. —¡Sí sería <sup>113</sup>—dixo Critilo—uno que yo conozco y estimo por bueno, no por ser mi amigo, antes mi amigo por ser bueno? <sup>114</sup>

“Unas *Rimas* llegaron, que pudieran  
desbaratar el escuadrón cristiano  
si acaso vez segunda se imprimieran . . .

Silbando recio y desgarrando el aire,  
otro libro llegó de *Rimas* solas,  
hechas, al parecer, como al desgair.

Viólas Apolo, y dijo cuando viólas:  
—Dios perdone a su autor, y a mí me guarde  
de algunas *Rimas sueltas* españolas.”

En nota a este texto cervantino, recuerda el Sr. Rodríguez Marín, en su edición crítica (pág. 358), el consejo que se da a un personaje de *El Pasajero* de Suárez de Figueroa: “no publique sus versos con el título de *Rimas sueltas*, pues con este título habían aparecido algunos que debían ser quemados . . .” Y escribe también el mismo clásico en dicha obra: “quanto a *Rimas sueltas*, solamente las de Garcilaso y Camoens merecen en España aplauso y estimacion; las demas, menosprecio y oluido, por floxas, por humildes en pensamientos y elocucion.” Ed. Biblióf. Españoles, pág. 103.

<sup>110</sup> Véase, sobre este punto de la libertad de los ingenios españoles, lo que dice Gracián en la *Agudeza*, disc. LI. Puede consultarse también, para la opinión de otros autores de aquel siglo en la misma materia, mi libro *La preceptiva dramática de Lope de Vega y otros ensayos sobre el Fénix*, Madrid, 1935, págs. 15-37, et passim.

<sup>111</sup> *romancistas*, vulgares: se llamaba así al que, ignorante de las lenguas sabias, en particular del latín, sólo sabía escribir en lengua vulgar; tal voz se encuentra empleada frecuentemente de manera despectiva en los libros del siglo XVII, y mucho más aún en los de la centuria anterior.

<sup>112</sup> *desempeñarse*, salir airosamente de una empresa.

<sup>113</sup> *sería*: cfr. nota 94d, I, 367.

<sup>114</sup> Francisco Diego de Sayas y Ortubia, celebrado como poeta por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* (“Entre las glorias de Aragón / admira Don

No pudieron detenerse más, porque la Edad les dava priessa, y assí huvieron de dexar esta primera estancia de un tan culto Parnaso, si en lo fragante paraíso. Llamóles el Tiempo a un otro salón más dilatado, pues no se le veía fin. Introdúxoles en él la Memoria, y aquí hallaron otra bien estremada ninfa que tenía la mitad <sup>115</sup> del rostro arrugado, mui de vieja, y la otra mitad fresco, mui de joven. Estava mirando a dos azes, <sup>116</sup> a lo presente y a lo passado, que lo porvenir remitíalo a la providencia. En viéndola, dixo Critilo:

—Esta es la gustosa Historia.

Mas el varón halado: <sup>117</sup>

—No es sino la maestra de la vida, la vida de la fama, la fama de la verdad y la verdad de los hechos. <sup>118</sup>

Estava rodeada de varones y mugeres, señalados unos por insignes y otros por ruines, grandes y pequeños, valerosos y cobardes, políticos y temerarios, sabios y <sup>119</sup> ignorantes, héroes y viles, gigantes y enanos, sin olvidar ningún extremo. Tenía en la mano algunas plumas, no muchas, pero tan prodigiosas *Historiadores.* que con una sola que entregó a uno le hizo bolar y remontarse hasta los dos coluros; <sup>120</sup> no sólo dava vida con el licor que destilavan, sino que eternizava, no dexando envejecer jamás los famosos hechos. Ibalas repartiendo con notable atención, porque a ninguno dava la que él quería, y esto a petición de la Verdad y de la Entereza. Y assí, notaron que llegó un gran personage ofreciendo por una gran suma de dinero, y no sólo no se la concedió, sino que le cargó la mano, diziéndole que estos libros para ser buenos han de ser libres, <sup>121</sup> ni se buela a la eternidad en plumas <sup>122</sup> alquiladas. Replicaron otros se la diesse, que antes sería para más ignominia suya.

Francisco de Sayas . . .”), y cuya profundidad y sutileza poética habían sido ya elogiadas en la *Agudeza* (LX, 369). Este mismo año de la publicación de la Segunda Parte fué nombrado Sayas cronista de Felipe IV en la Corona de Aragón. Sobrevivió largamente a nuestro jesuíta, pues no murió hasta el año de 1680. Cons. su bibliografía en Latassa, *Bibliotecas*, III, 172–174.

<sup>115</sup> *metad*: cfr. nota 237, II, 121.

<sup>116</sup> *azes*, haces o caras: sobre la omisión de la *h*, véase nota 145, II, 37.

<sup>117</sup> *halado*: cfr. nota 34, II, 127.

<sup>118</sup> Brillantemente acuñada, al parecer, sobre la definición de Cicerón, *De Oratore*, II, 9: “lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae.”

<sup>119</sup> Sobre el empleo de esta conjunción cuando hoy ponemos *e*, queda nota 23, II, 19.

<sup>120</sup> *coluros*, como es sabido, son los dos círculos máximos de la esfera.

<sup>121</sup> *libros* . . . *libres*, no desaprovechando nueva ocasión de paralelismo.

<sup>122</sup> *plumas*, con claro equívoco.

—Esso no—respondió la eterna Historia—, no conviene, porque aunque agora sería reída, de aquí a cien años será creída.

Con esta misma atención a ninguno dava pluma que no fuesse después de cinquenta años de muerto,<sup>123</sup> y a todo muerto pluma viva; con lo qual ni Tiberio el astuto, ni Nerón el inhumano pudieron escaparse de lo Cornelio de Tácito.<sup>124</sup> Fué a sacar una buena para que un escritor grande escribiesse de un gran príncipe, y porque la vió algo qué<sup>125</sup> untada de oro la arrojó con desaire, con que<sup>126</sup> avía escrito aquella misma otras cosas harto plausiblemente,<sup>127</sup> y dixo:

<sup>123</sup> Compárese Boccacini, *Avisos*, I, 60: “mandamos assimismo que no sea licito escribir Historia particular de alguna familia, sino constare à nuestro venerando Colegio Historico que la tal por espacio de quinientos años ha viuido grande è ilustre al mundo . . .”

<sup>124</sup> No se trata sólo de que Cornelio Tácito pinte, como lo hace, la astucia de Tiberio y la inhumanidad de Nerón. El gran historiador manifiesta además el adulterio de Julia, la mujer de Tiberio, y cómo éste estuvo “sufriendo la deshonestidad de su mujer” (*Annales*, I, 21; VI, 25). Y trata asimismo de la acusación de los amores de Octavia, mujer de Nerón, con un esclavo (*ibíd.*, XIII, 22, 23). Se entenderá ahora el equívoco de nuestro texto, con su aparente incongruencia gramatical: *no pudieron escaparse de Tácito* (tácitamente, sin que fuese expresado) *de lo Cornelio* (de ser cornelios o llevar cuernos). Compárese Quevedo, en el romance de los consejos de un marido consentido: “Ansí a solas industriaba / como un Tacito Cornelio . . .” (*BAE*, LXIX, 186 a.) Y el autor de *La pícaro Justina*: “y os apercibo que . . . os armeys de la paciencia que tuuo vuestra charitatiua madre en oyr llamar a su marido, vuestro putatiuo padre, hijo de Cornelio Tácito.” (Ed. Biblióf. Madrileños, II, 76.) Por el estilo, Pedro de Castro y Anaya en este epigrama: “Volvió luego a ser casado, / y ya dicen que es, Aurelio, / Tácito por lo Cornelio, / Cornelio por lo callado.” *Epigramas*, ed. *BAE*, XLII, 564 b.

<sup>125</sup> *algo qué*, algún tanto: cfr. nota 95, II, 135.

<sup>126</sup> *con que*, aunque: cfr. nota 26, I, 133.

<sup>127</sup> No uno, sino varios historiadores españoles y extranjeros, podrían verse aludidos aquí. Entre los españoles, quien más justamente mereció tal censura fué Luis de Avila y Zúñiga, por su *Comentario de la guerra de Alemania hecha por Carlos V* (1548), en que lisonjea a su amo el emperador, al punto de atribuírse a éste la frase: “Mis hazañas no igualan a las de Alejandro, pero . . . no tenía un cronista como el mío.” (Cons. Eugenio Mele, *Don Luis de Avila*, en *Bulletin Hispanique*, 1922, XXIV, 97–119.) Antonio de Herrera (1559–1625), cronista de Felipe II, tuvo entre los aragoneses reputación de buen historiador de los hechos de Castilla, pero de malo y falso de los de Aragón. (Cons. Juan Vitrián, *op. cit.*, I, 336.) Pero más bien que a cualquiera de ellos, creo que se alude en el texto a Prudencio de Sandoval (1553–1620), autor ilustre de la *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V* (1604–1606), la crónica más documentada de este reinado. Sandoval faltó a la imparcialidad, y Gracián le era par-



—Creedme que toda pluma de oro escribe yerros.<sup>128</sup>

Solicitava un otro a <sup>129</sup> grandes diligencias alguna que escribiesse bien dél. Informóse la ninfa si era benemérito, averiguó que no; replicó él que para serlo; no se la quiso conceder, aunque alabó su honrado deseo, diziéndole que las palabras ajenas no pueden hazer insignes los hombres, sino sus hechos propios, bien executados primero y bien escritos después. Al contrario, un otro famoso varón pidió le mejorasse, porque la que le avía dado era llana y sencilla; y consolóle con que sus grandes hechos campeavan más en aquel mal estilo que los de otros, no tales, entre mucha eloqüencia.<sup>130</sup> Quexáronse algunos célebres modernos de que sus inmortales hechos se passavan en silencio, aviendo avido elogios plausibles del Jobio <sup>131</sup> para otros no tan esclarecidos. Aquí se enojó mucho la noticiosa <sup>132</sup> ninfa, y aun con escandecencia <sup>133</sup> dixo:

—Si vosotros los despreciáis, los perseguís y tal vez <sup>134</sup> los encarceláis a mis dilectísimos escritores,<sup>135</sup> no haziendo caso

ticularmente hostil; en esta misma crisi, haciéndose eco al parecer de alguna hablilla familiar, le acusará injustamente de plagiarlo del cronista Gonzalo de Illescas. Cons. Vicente Castañeda, *El cronista fray Prudencio de Sandoval*, Madrid, 1929.

<sup>128</sup> Con equívoco en que se opone el hierro al oro, afinando una frase análoga del *Oráculo*, pág. 512 a: “Dé las hazañas, no las venda: ni se han de alquilar plumas de oro para que escriuan lodo.”

<sup>129</sup> a, que hoy suele decirse con: cfr. nota 11, I, 351.

<sup>130</sup> Entre los famosos varones que pudieran dar tal queja, por tener sus grandes hechos relatados con pluma llana y sencilla, está Hernán Cortés, y jamás se ha visto camppear tanto las hazañas extraordinarias sobre un mal estilo como en la *Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, publicada en 1632. La vida del gran conquistador no fué puesta en puro y elegante estilo hasta mucho después de escribirse *El Criticón*, por Antonio de Solís en su *Historia de la conquista de Méjico* (1684).

<sup>131</sup> Sobre Paulo Jovio, historiador italiano del siglo XVI, queda nota 117, I, 395.

<sup>132</sup> *noticioso* tiene el sentido de *erudito*, mas Gracián lo usa muy frecuentemente con el significado específico de persona que posee “vna cierta sabiduría cortesana, vna cōuersable sabrosa erudicion.” *Discreto*, V, 352 b.

<sup>133</sup> *escandecencia*, voz no registrada en el moderno *Diccionario de la Academia*, pero sí en el llamado de *Autoridades*, que la define así: “Irritación vehemente, encendimiento en ira o enojo.” Procede del latín *excaescentia*, encendimiento, irascibilidad. Empléala nuestro autor repetidamente (II, x). En la ed. 1773 fué reemplazada con impaciencia (pág. 224 b).

<sup>134</sup> *tal vez*, tal cual vez.

<sup>135</sup> Procesado y condenado a encarcelamiento estuvo el más grande de los historiadores españoles, el P. Mariana, por su tratado *De monetae muta-*

dellos, ¿cómo queréis que os celebren? La pluma, príncipes míos, no ha de ser apreciada,<sup>136</sup> pero sí preciada.

Davan en rostro las demás naciones a la española el no averse hallado una pluma latina que con satisfacción la ilustrase.<sup>137</sup> Respondía que los españoles más atendían a manejar la espada que la pluma, a obrar las hazañas que a placearlas,<sup>138</sup> y que aquello de tanto cacarearlas más parecía de gallinas.<sup>139</sup> No le valió, antes la arguyeron de poco política y mui bárbara, poniéndola por exemplo los romanos, que en todo florecieron, y un César caval pluma y espada rige.<sup>140</sup> Oyendo esto y viéndose señora del mundo, determinó<sup>141</sup> llegar *tione* (1609), en que se vieron acusados los ministros de Felipe III; fué finalmente absuelto en 1611.

<sup>136</sup> *apreciar*, en la acepción de poner precio a las cosas vendibles.

<sup>137</sup> El P. Mariana había escrito la *Historiae de rebus Hispaniae libri XXX*, cuyos primeros veinticinco libros se publicaron en 1592, y su propia versión castellana de los treinta libros en 1601. Pero Gracián se refiere a tiempos más lejanos, como se ve por los historiadores que hasta ahora lleva mencionados, y por lo que dirá acerca de Mariana algunas líneas más abajo.

<sup>138</sup> Puede ser reminiscencia de Salustio, que tratando también de la falta de buenos historiadores entre los romanos, que ilustrasen las hazañas de su pueblo, agrega: "optumus quisque facere quam dicere." (*Catilina*, 8.) Sobre *placear*, ostentar, queda nota 24, I, 269.

<sup>139</sup> La acepción maliciosa de *gallina* era tan corriente en la lengua clásica como en la de nuestros días. Gracián mismo: "Alabó vno con excesso vn manjar blanco, quando todos lo condenavā por muy malo, y dezia: Valiente cosa, valiente. Preguntandole qué le hallava de valiente, respondió: Lo que le falta de gallina." (*Agudeza*, XXV, 166.) Fray Hernando de Zárate, *Discurso de la paciencia cristiana*, VI, v: "una gallina, animal tan cobarde y medroso, que puede dar nombre a cuantos lo son." Quevedo, *Obras satíricas y festivas*, ed. Clás. Cast., pág. 59: "Asimismo declaramos . . . gallinas, de hombres cobardes." *Estebanillo González*, ed. BAE, XXXIII, 343 b: "Señor, ¿quién le ha dicho a vuestra excelencia que yo soy valiente? . . . yo soy archigallina de gallinas." Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*, ed. Madrid, 1906, pág. 93: "mandó el viejo a sus criados que mirasen si había alguien por la calle, saliendo a ella a reconocerla. Mostraron rehusarlo, con lo cual, indignado el viejo y llamándolos gallinas, les quiso acompañar." Alude Gracián a los gallos franceses, o galos. Boccacini había escrito también: "las demasiadas riquezas que acumularon los Franceses auia reduzido a tanta cobardía y pusilanimidad nacion que auia sido tan belicosa, que parecia fabula el auer ellos sabido en algun tiempo manejar las armas." *Avisos*, I, 133 v.

<sup>140</sup> Julio César: cfr. nota 115, I, 395.

<sup>141</sup> La *nación española* es el sujeto sobrentendido. "Dalla creatione del mondo in quà non è mai stato Imperio maggior di quello che Dio hà concesso al Rè Catholico," decía Botero (*Relationi universali*, Parte II, lib. iv, pág. 129). Pero con maligna gracia comentaba su compatriota Boccacini

a pedir pluma. Juzgó la reina de los tiempos tenía razón, mas reparó en cuál la daría que la desempeñasse bien <sup>142</sup> después de tanto silencio, y aunque tiene por lei general no dar jamás a provincia alguna escritor natural, so pena de no ser creído, con todo, viéndola tan odiada de todas las demás naciones,<sup>143</sup> se resolvió en darla una pluma propia. Començaron luego a murmurarlo las demás naciones y a mostrar sentimiento, mas la verdadera ninfa las procuró quietar <sup>144</sup> diziendo:

—Dexad, que el Mariana, aunque es español de quatro quartos, si bien algunos lo han afectado dudar,<sup>145</sup> pero él es tan tétrico y escribirá con tanto rigor que los mismos españoles han de ser los que queden menos contentos de su entereza.<sup>146</sup>

que “quando gli Olandesi & Inglesi ghelo permettono, ella è assolutissima patrona [del Océano].” *Pietra del paragone politico* (1614), ed. Cosmopoli, 1664, pág. 18.

<sup>142</sup> Claro es, cuál pluma daría la Historia a la nación española que la sacase a ella (la Historia) airosamente de la empresa.

<sup>143</sup> Véase nota 111, II, 103.

<sup>144</sup> *Sobre quietar, tan corriente entonces como aquietar, dejamos nota 63, I, 142.*

<sup>145</sup> Sabido es que el P. Juan de Mariana era hijo ilegítimo del deán de la Colegiata de Talavera, Juan Martínez de Mariana, y de una mujer de la misma villa llamada Bernaldina Rodríguez. A pesar de alguna insidiosa duda lanzada contra su ascendencia, era cristiano y español por los cuatro costados; *quatro quartos* dice Gracián con intencionada ambigüedad. (Cons. Georges Cirot, *La famille de Juan de Mariana*, en *Bulletin Hispanique*, 1904, VI, 309–331; ídem, *A propos du “De rege,” des “Septem Tractatus” de Mariana et de son ou de ses procès*, ibíd., 1908, X, 95–99.) Sobre la conjunción *aunque . . . pero* queda nota 85, I, 181.

<sup>146</sup> Entre ellos está Saavedra Fajardo: “Mariana, cabezudo, que por acreditarse de verdadero i desapasionado con las demás naciones, no perdona a la suya i la condena en lo dudoso.” (*República literaria*, pág. 125.) Escribió también en su *Corona gótica*: “pecó gravemente Juan de Mariana (grave varon en lo demás), porque afectó en su *Historia general de España* la libertad, virtud de que suele vestirse la malicia; habiendo perdido en Francia el amor a su patria.” (Ed. *BAE*, XXV, 302 a.) Cons. Georges Cirot, *Mariana historien*, París, 1905, págs. 119, 361. Pero junto a los descontentadizos, escuchemos a dos grandes maestros de nuestras letras, Góngora, que escribe: “Del P. Juan de Mariana he sido siempre, vendados los ojos, reuerente admirador” (*Obras*, III, 159), y Lope de Vega, que dirigiéndose al gran historiador patrio, le califica de *Tito Livio cristiano*, luz de la historia de España, diciendo: “oigà la fama en las demás partes del mundo, donde la tiene, por honra y gloria de su ingrata patria.” (*BAE*, XXXVIII, 160.) Y todavía en el siglo XVIII, el P. Feijóo, recogiendo la defensa que del historiador había hecho Tomás Tamayo de Vargas en 1616, escribe: “Fué este doctísimo jesuíta, sobre los demás talentos necesarios para la historia, sumamente sincero y desengañado; pero esta ilustre par-

Esto no le fiaron a la <sup>147</sup> Francia, y así entregó la pluma de sus últimos sucesos y de sus reyes a un italiano; y no contenta aún con esto, le mandó salir de aquel reino y que se fuese a Italia a escribir libremente; y así ha historiado tan acertadamente Henrico Catarino,<sup>148</sup> que ha escurecido al Guicciardino <sup>149</sup> y aun causado rezelo a Tácito. Con esto, cada uno llevaba la que menos pensava y quisiera: las que parecían de unas aves, eran de otras, como la que pasó plaza del Conestagio en la unión de Portugal con Castilla, que bien mirada se halló no ser suya, sino del Conde de Portalegre,<sup>150</sup> para deslumbrada, que engrandece entre los sanos críticos su gloria, se la disminuye entre la vulgaridad de España. Dicen que no tenía el corazón español; que su afecto y su pluma estaban reñidos con su patria . . . Pero lo mismo que a este grande hombre le hizo mal visto en España, le granjeó altos elogios de los mayores hombres de Europa.” *Teatro crítico*, ed. Clás. Cast., II, 67.

<sup>147</sup> Respecto del empleo del artículo en este caso, puede verse nota 91, II, 99.

<sup>148</sup> Arriago Caterino Davila (1576–1631), escritor italiano que residió en Francia desde 1583 hasta 1599. Respeto la forma del texto (*Catarino*) porque así volverá a aparecer hacia el fin de la crisis viii de la Tercera Parte y así lo escribiría el autor. La obra a que alude Gracián es la *Historia delle guerre civili di Francia* (1630), de la cual se hicieron varias ediciones y traducciones durante el siglo XVII, y entre éstas, la del P. Basilio Varen de Soto, con el título de *Historia de las guerras civiles de Francia* (1631). Véase E. Fueter, *Geschichte der neuen Historiographie*, Monaco-Berlino, 1926, págs. 126–128.

<sup>149</sup> Francesco Guicciardini (1483–1540), “verdadero oráculo de los Historiadores Italianos” le llama Boccacini (*Avisos*, I, 132), y de su obra más importante, *Istoria d'Italia* (impresa en 1561), dice el rey Felipe IV, que la tradujo en castellano: “el estilo con que está escrita es elegantísimo, la verdad con que se refiere todo lo contenido en ella grande y libre de todo respeto particular, cosa difícil de hallarse en todo tiempo, y por esto más estimada cuando se encuentra; el modo y juicio con que está dispuesta es admirable y no tan ajeno de malicia que haga desabrida su lección, pero usa también de ella y con tal arte en las partes que es necesaria, que es más digna de alabanza que de vituperio.” (*Historia de Italia, donde se describen todas las cosas sucedidas desde el año 1494 hasta el de 1532*, por Francisco Guicciardini, traducida de la italiana en lengua castellana, con la vida del autor, por D. Felipe IV, Rey de España, Madrid, 1889–90, t. I, pág. xxiii.) Cons. Eugenio Mele y Narciso Alonso Cortés, *Apuntes bibliográficos sobre las traducciones de Guicciardini en España*, Valladolid, 1931; Eugène Benoist, *Guichardin, historien et homme d'Etat italien au XVI<sup>e</sup> siècle*, París, 1862.

<sup>150</sup> Sobre don Juan de Silva, cuarto conde de Portalegre, dejamos nota 168, I, 345. En cuanto a Girolamo de' Franchi Conestaggio (m. en 1635), genovés, publicó entre otras obras históricas (*Delle guerre della Germania inferiore, Relationi dell' apparecchio per sorprendere Algeri*), la titulada *Dell' vnione del regno di Portogallo alla corona di Castiglia*, cuya primera

brar <sup>151</sup> la más atenta prudencia.<sup>152</sup> Pidió uno las de la fenis,<sup>153</sup> *D. Joseph Pellicer.* para escribir della, y encargósele seriamente no las gastasse sino

edición es de 1585. Se hicieron varias reimpresiones italianas, y fué vertida al español, francés, inglés y latín. Según nota autógrafa de Ticknor en un ejemplar de Venecia, 1592, que se conserva en su biblioteca de Boston, Conestaggio fué capellán de Felipe III. Al escribir Gracián la *Agudeza*, atribuyó aquella obra resueltamente a Conestaggio: "el Cavallero Conestaggio, en su vniō del Reyno de Portugal cō Castilla, renovó aquel juyzioso y profundo estilo de Tacito; sea su encomio el traduzirle del Italiano en Español el mismo Babia" (LXII, 380). Ahora, haciéndose eco de alguna hablilla del mundo literario, declara que quien la escribió en realidad fué el conde de Portalegre. En la traducción de Luis de Bavia (*Historia de la union del Reyno de Portugal a la Corona de Castilla*, Barcelona, 1610) se atribuye al genovés, y no se hace la menor referencia en los preliminares al conde de Portalegre. En los apuntes que tengo recogidos de escritores contemporáneos (v. gr., Carlos Coloma, en el prólogo de *Las guerras de los Estados-Bajos*, ed. BAE, XXVIII, 2-3; Boccalini, *Avisos*, I, 62 v.; Vitrián, *Las memorias de Comines*, II, 175) se mantiene la misma atribución. La correspondencia del conde (véase nuestra nota 168, I, 345) tampoco tiene nada que dé fundamento a la suposición de que fuera él autor de tal obra. Sánchez Alonso, finalmente, no pone en duda la paternidad de Conestaggio, en las *Fuentes de la historia española e hispano-americana*, Madrid, 1927, t. I, pág. 487. En la tercera edición italiana (Venetia, Paulo Vgolino, 1592), escribe Conestaggio en el prólogo que apenas salió la primera fué acusado de apasionado de Portugal y de riguroso censor de los ministros de aquel reino (entre ellos estaba precisamente el conde de Portalegre) y que llevados de la pasión procuraron "che si impedisse l'uso di questo libro in tutta Spagna, non ostante che da gl' Inquisitori sia stato approuato." Vitrián (*loc. cit.*), refiriéndose a Conestaggio, afirma igualmente que "sus libros fueron recogidos en España de mandado del Rey Don Felipe Segundo."

<sup>151</sup> *deslumbrar*, confundir: cfr. nota 1, I, 166.

<sup>152</sup> Alusión a Felipe II el Prudente. "El poderosísimo y supremo monarca don Felipe . . . a quien demás de los títulos antiguos de invencible, católico y poderosísimo, se le añade el de Prudente." (Luján de Sayavedra, *Guzmán de Alfarache*, II, i, 3.) "E così potente Rè hebbe luego trà quei Monarchi che al mondo sono statì famosi più per prudenza & sagacità vsata nella pace, che per valor mostrato nella guerra." (Boccalini, *Pietra del paragone politico*, pág. 63.) El cronista Antonio de Herrera dirigió un *Memorial* al Consejo y Cámara de Castilla, en junio de 1600, en el cual se lee "que teniendo que imprimir la Historia General de 27 años del tiempo de la gloriosa memoria de Don Filipo 2º, le conviene saber el sobrenombre que se le podía atribuir de los que aquí van apuntados . . . Religioso, Compuesto, Bueno, Prudente, Honesto, Justo, Devoto, Modesto, Constante." Prevalció el de *Prudente*, aunque se ignora si fué por resolución del Consejo o por iniciativa del cronista. Cons. R. Ballester y Castell, *Las fuentes narrativas de la Hist. de España*, Fascículo I, Valladolid, 1927, pág. 155.

<sup>153</sup> *la fenis*: cfr. nota 174, II, 76.

en las de la fama.<sup>154</sup> La que se conoció con toda realidad ser de fenis fué la de aquella princesa excepción de la hermosura, no ya necia, aunque sí desgraciada,<sup>155</sup> la inestimable Margarita de Valois,<sup>156</sup> a quien y al César <sup>157</sup> solos se les permitió escribir con acierto de sí mismos. Pidió un príncipe soldado una pluma, la más bien cortada de todas; por el mismo caso <sup>158</sup> se la dió sin cortar, diziéndole:

—Vuestra misma espada le ha de dar el corte, que si ella cortare bien, la pluma escribirá mejor.<sup>159</sup>

Otro gran príncipe, y aun monarca,<sup>160</sup> pretendió la mejor de todas, por lo menos la más plausible, porque él quería inmortalizarse con ella. Y viendo que realmente la merecía, escogió entre todas y dióle una entresacada de las alas de un cuerbo. No quedó contento, antes murmurava que quando pensó le

<sup>154</sup> Como indica el epígrafe marginal, se alude a don José Pellicer de Salas y Tovar (1602-1679), crítico literario, poeta y genealogista, que compuso *El Fénix y su historia natural* (1630). Puede leerse la censura que Quevedo hizo de este libro, en *BAE*, XLVIII, 495. Gracián había ya hecho el elogio de Pellicer en la *Agudeza*, XIX, 128: "Erudito y ingenioso cavallero, gloria de Aragon por su ascendencia, y ornamento de Castilla por su nacimiento y asistencia, don Iosef Pellicer, biē conocido en toda la Europa por sus raras obras en su misma pluralidad."

<sup>155</sup> Compárese Mira de Amescua: "Pobre, mas dama perfeta, / que sin ser fea es discreta, / y sin ser necia es hermosa." (*Galán, valiente y discreto*, I, xvi.) A cuyo concepto popular se une en nuestro texto aquel otro de que *todas las hermosas son desdichadas o tuve hermosura, y no tuve ventura*.

<sup>156</sup> Sobre Margarita de Valois y su obra literaria, queda ya nota 19, I, 378.

<sup>157</sup> Julio César: cfr. nota 115, I, 395.

<sup>158</sup> *por el mismo caso*, bien conocido modo adverbial equivalente a *por igual motivo*.

<sup>159</sup> Hubo dos famosos príncipes soldados contemporáneos de Gracián, y a los cuales dedica éste grandes elogios: el segundo Don Juan de Austria (cfr. notas 103, I, 393, y 3, II, 1) y don Fernando de Austria, el Cardenal-Infante (cfr. nota 118, II, 216). La pluma que había de escribir la biografía del uno o del otro estaba aún sin cortar al publicarse esta Segunda Parte, aunque no faltaran relaciones de oscuros escritores sobre los viajes o alguna particular empresa de ambos personajes y un brevísimo *Panegyrico de los hechos del Infante D. Fernando de Austria*, de Pedro González de Salcedo (Madrid, 1636: 31 fols.).

<sup>160</sup> Luis XI, rey de Francia (1461-1483), ya que se nombrará luego a su historiador, Felipe de Commines.

daría la de alguna <sup>161</sup> águila real que levantasse el buelo hasta el sol, le dava aquella tan infausta.

—¡Eh, señor, que no lo entendéis!—dixo la Historia—, [que éstas] <sup>162</sup> son de cuerbo en el picar, en el adivinar <sup>163</sup> las intenciones, en desentrañar los más profundos secretos. Esta del Comines <sup>164</sup> es la más plausible de todas.

Tratava un gran personage de mandar quemar una déstas. Desengañáronle no lo intentasse, porque son como las de la fenis, que en el fuego se eternizan, y en prohibiéndolas buelan por todo el mundo.<sup>165</sup> La que celebró mucho, y por esso la dió a Aragón, fué una cortada de un girasol.

—Esta—dixo—siempre mirará a los rayos de la verdad.<sup>166</sup>

Admiráronse mucho de ver que, aviendo tanta copia de historiadores modernos, no tenía sus plumas la inmortal ninfa en su mano, ni las ostentava, sino qual y qual,<sup>167</sup> la de Pedro

*El Doctor  
Juan Francisco  
Andrés.*

<sup>161</sup> alguna fué corregida en el texto de M1664 con *algún*, pero en varias ediciones del último tercio del siglo (v. gr., la de 1683) se conserva aún *alguna*; dentro ya del siglo XVIII es tan común darle a *águila* el femenino como el masculino, aunque suele éste prevalecer: véase *Poetas líricos de siglo XVIII*, ed. BAE, LXI, 34 a, 362 a, 366 ab, 384 a.

<sup>162</sup> estas *q* en el texto, que tengo por errata, ha pasado a todas las ediciones.

<sup>163</sup> adivinar constantemente en el texto de esta Segunda Parte (rara vez *adiuinar* en la Tercera Parte, ed. 1657, pág. 185), corregido sistemáticamente con *adiuinar* en las ediciones M1664 y 1669: cfr. notas 22, I, 132, y 237, II, 121.

<sup>164</sup> Philippe de Commines (1445–1509), consejero de Luis XI de Francia e historiador de sus empresas. “Hicóle este Rey grande privado suyo, y el se hizo grande Cortesano, diestrisimo en raçon de estado,” escribe Juan Vitrián, traductor de las notables *Memorias* de Commines, en sus *Annotationes* [sic] *para mejor inteligencia de estas historias*, Amberes, 1643, fol. b-1 v. Boccacini le concede “el primer lugar entre los historiadores Franceses.” (*Avisos*, II, 16 v.) Y Saavedra Fajardo lo describe así: “Ese, vestido a la cortesana, aunque llana y sencillamente, sin arreo ni joyas, es Filipo Comíneo, señor de Argentón, cuya frente tendida i lisa descubre su buen juicio, en quien obró la naturaleza sin ayuda del arte.” *República literaria*, págs. 124–125.

<sup>165</sup> Más adelante, en esta misma crisi, tornará a tratar de igual materia en términos más precisos, y allí apuntaremos algo sobre el particular.

<sup>166</sup> Poco feliz anduvo el autor en sacar una pluma del girasol, aunque bien ahora en comparar la pluma del historiador con esta planta, cuya flor se va tornando hacia donde el sol camina, buscando siempre la luz. Como declara el epígrafe marginal, el autor alude a su amigo Juan Francisco Andrés de Uztarroz, cronista de Aragón desde 1647, sobre el cual dejamos nota II, II, 3.

<sup>167</sup> qual y qual: cfr. nota 42, I, 194.

Mateo,<sup>168</sup> del Santoro,<sup>169</sup> Babia,<sup>170</sup> de el Conde de la Roca,<sup>171</sup> Fuenmayor<sup>172</sup> y otros. Mas desengañáronse quando advirtieron eran de simplicísimas palomas, sin la hiel de Tácito, sin la sal de Curcio,<sup>173</sup> sin el picante de Suetonio, sin la atención de Justino,<sup>174</sup> sin la mordacidad del Platina.<sup>175</sup>

<sup>168</sup> Sobre este historiador francés queda nota 118, I, 395.

<sup>169</sup> Paulo Emilio Santorio, arzobispo de Urbino e historiador eclesiástico de fines del siglo XVI, a quien se llamaba indistintamente Santorio y Santoro. (Cons. *British Museum Catalogue*.) Boccacini pone en boca de Cornelio Tácito el siguiente elogio: “de tal suerte me ha sabido imitar, que tã admirable ingenio, sugeto de tanta estima, no con su proprio nombre de Paulo Emilio Santorio, ilustrissimo Prelado en la Corte Romana, pero (esté lexos de la senzillez de mis palabras todo genero de jactancia) por decoro deste venerable Senado y por gloria de las Artes liberales, me atrebo llamar mi mismo dechado y vn nuevo Tacito.” *Avisos*, II, 5 v.

<sup>170</sup> El granadino Luis de Bavía fué poeta, historiador y teólogo; figuran en su producción las Partes Tercera (1608) y Cuarta (1613) de la *Historia pontifical y católica*. Calíficale Gracián de “tan gran historiador” y aplaude su “estilo claro, pero muy terso y elegante.” (*Agudeza*, XXXII, 223; LXII, 380.) Le celebró Góngora en un soneto “Para la Quarta Parte de la *Pontifical* del Doctor Bauia.” *Obras*, II, 5.

<sup>171</sup> Don Juan Antonio de Vera Zúñiga y Figueroa, conde de la Roca, cuyo título le fué otorgado por Felipe IV en 1628, fué embajador en Saboya, Venecia y Roma. Su principal obra histórica es el *Epítome de la vida y hechos del invicto Emperador Carlos V* (1627). Su veracidad y su claridad en decir la verdad era de todos reconocida; valga un solo testimonio, de Antonio de Mendoza (*Obras*, pág. 136 a):

“En mi no ay constancia poca  
que pueda ser verdadera,  
ni ley en veras, ni en Vera  
muchos Condes de la Roca.  
Que es fino y bien corresponde  
me lo ha escrito de Venecia  
cierto vidrio que se precia  
de tan claro como el Conde.”

<sup>172</sup> Antonio de Fuenmayor escribió la *Vida y hechos de Pío V* (1595), y le elogia Gracián por su estilo medio, entre natural y culto, en la *Agudeza*, LXII, 378.

<sup>173</sup> Quinto Curcio Rufo, historiador latino del siglo I, que escribió una historia de Alejandro Magno (*De rebus gestis Alexandri Magni*) en diez libros, de los cuales se perdieron los dos primeros. La versión castellana, *Historia de Alexandre Magno* (1496), de traductor ignorado, fué reimpresa varias veces en los siglos XVI y XVII.

<sup>174</sup> Marco Juniano Justino, romano que floreció a principios del siglo III, compuso un epítome de historia universal, *Justini Historiarum Philippicarum libri XLIV*, muy leído en otros tiempos, del cual se han hecho bastantes ediciones en lenguas modernas, y algunas dentro ya del siglo XIX.

<sup>175</sup> Bartolomeo dei Sacchi, o Platina (1421-1481), historiador italiano,



—Que no todas las naciones—dezá la gran reina de la verdad—tienen numen para la historia: aquéllos por ligeros fingen, estos otros porque llanos descaecen, y assí las más destas plumas modernas son chabacanas, insulsas, y en nada eminentes. Veréis muchas maneras de historiadores: unos gramaticales, que no atienden sino al vocablo y a la colocación de las palabras, olvidándose del alma de la historia; otros cuestiónarios, todo se les va en disputar y averiguar puntos y tiempos; ai antiquarios, gaceteros y relacioneros, todos materiales y mecánicos, sin fondo de juicio ni altanería<sup>176</sup> de ingenio.

Topó una pluma de caña dulce, distilando<sup>177</sup> néctar, y al punto la sacudió de sí, diziendo:

—Estas no tanto eternizan las hazañas quanto confitan los desaciertos.

Aborrecía sumamente toda pluma teñida, tenuta<sup>178</sup> por apasionada, decantándose<sup>179</sup> siempre ya al lado del odio, ya de la afición. Fué a sacar una y reparó:

—Esta ya ha salido otra vez, ya la di a otro primero, y si mal no me acuerdo fué a Illescas,<sup>180</sup> a quien le traslada capítulos enteros el Sandoval:<sup>181</sup> basta que yo me he equivocado.

Mucho se detuvieron aquí, y aun se estuvieran: tan entretenida es la mansión de la Historia.

Passaron ya, cortejados del Ingenio, por la de la Humanidad. Lograron<sup>182</sup> muchas y fragantes flores, delicias de la Agudeza, *Buenas* que aquí assistía tan aliñada quan hermosa, leyéndolas en *Letras*.

cuya obra principal es la titulada *In vitas Summorum Pontificum opus* (1479), en la cual muestra, en efecto, cierta mordacidad contra Paulo II y algunos otros Pontífices.

<sup>176</sup> *altanería*, en su acepción de *altura*, y aun más propiamente aquí *alteza* o *alto vuelo*.

<sup>177</sup> Sobre el intercambio de la *e* y la *i*, véase nota 22, I, 132.

<sup>178</sup> Nótese una vez más el gusto del autor por la analogía verbal en este *teñida, tenuta*, dicho intencionadamente, que su estilo está demasiado trabado para tales descuidos.

<sup>179</sup> *decantándose*, corregido con su sinónimo *inclinándose* en la ed. 1773 (pág. 227 a): cfr. nota 167, II, 41.

<sup>180</sup> Gonzalo de Illescas, fallecido en 1580, compuso las dos primeras partes de la *Historia pontifical y católica* (1565), continuada por Luis de Bavía (III y IV), fray Marcos de Guadalaxara (V) y Juan Baños de Velasco (VI); suya es también la *Jornada de Carlos V a Túnez*, no impresa hasta 1804.

<sup>181</sup> Queda ya nota sobre este historiador y la falsa acusación de Gracián, 127, II, 142.

<sup>182</sup> *lograr*, disfrutar: cfr. nota 18, I, 119.

latín Erasmo,<sup>183</sup> el Eborense<sup>184</sup> y otros, y escogiéndolas en romance<sup>185</sup> las florestas españolas,<sup>186</sup> las facecias italianas,<sup>187</sup> las recreaciones del Guicciardino,<sup>188</sup> hechos y dichos modernos

<sup>183</sup> Desiderius Erasmus (1465-1536), holandés, el mayor humanista de su tiempo, consejero de Estado del emperador Carlos V, y cuyo influjo literario y humanístico en España fué extraordinario. (Cons. A. Bonilla y San Martín, *Erasmus en España*, en *Revue Hispanique*, 1907, XVII, 379-548; Américo Castro, *Erasmus en tiempo de Cervantes*, en *Rev. de Filología Española*, 1931, XVIII, 329-389; Marcel Bataillon, *Erasmus et la chancellerie impériale*, en *Bulletin Hispanique*, 1924, XXVI, 27-34.) Alúdese en nuestro texto a los *Adagia* o *Apophthegmata* de Erasmo, la más extensa y rica colección de dichos y sentencias célebres de la antigüedad, fuente principal de muchos libros análogos, *Florestas* y *Silvas*, en lenguas modernas, y por esto agregará Gracián intencionadamente lo de "escogiéndolas en romance las florestas . . ." Mucho comencé yo a consultar dicha obra, a propósito de las fuentes gracianas, hasta persuadirme de que el insigne aragonés no llegó a utilizarla y que sus referencias a la antigüedad tienen fuentes genuinamente clásicas. Sabido es, de otra parte, que Erasmo no indica en su obra las fuentes precisas de los dichos y sentencias que recoge.

<sup>184</sup> Andreas Rodrigues, portugués, llamado comúnmente Andreas Eborensis por el lugar de su nacimiento, cuya obra aquí aludida es *Sententiarum memorabilium* (1619). Cons. Nicolás Antonio, *Hispana Nova*, I, 73.

<sup>185</sup> romance, conforme a su significado primitivo de *lingua neolatina*, que tuvo antes de significar en la nuestra obra de entretenimiento, obra extensa en verso y breve poema épico-lírico con pie octosílabo, sucesivamente: cfr. nota 111, II, 140.

<sup>186</sup> La más leída en aquellos tiempos, y la más aprovechada por Gracián mismo, es la *Floresta española de apotemas y sentencias* (1574) de Melchor de Santa Cruz, de nuevo reimpresa en nuestros días por la Soc. de Bibliófilos Madrileños, t. III, Madrid, 1910.

<sup>187</sup> facecia, "chiste o cuento gracioso, fingido para la diversión y entretenimiento." (*Dicc. Aut.*) Del latín *facetia*. Es también vocablo italiano. Gian Francesco Poggio (1380-1459), humanista italiano, recogió y puso en latín la obra más famosa del género, *Facetiae*, colección de 273 anécdotas ingeniosas de sus contemporáneos, algunas extremadamente picantes; la primera edición de sus *Opere complete* es de Estraburgo, 1510. La versión italiana, *Facezie*, alcanzó numerosas ediciones y tuvo muchas traducciones. A principios de nuestro siglo era todavía vertida al catalán por Antonio Bulbena y Tosell: *Facecias líepoles. Afegida la descripció dels banys de Baden en lo XV segle*, Barcelona, 1910. Otro libro del mismo género que logró también muchas reimpresiones es la *Scelta di facetie* (1520) de Arlotto Mainardi. Ninguna reminiscencia de las colecciones de Poggio y Mainardi he encontrado en la obra graciana.

<sup>188</sup> Lodovico Guicciardini (1523-1589), humanista florentino, escribió el interesante libro *Hore di recreazione* (1560), vertido al castellano con los títulos de *Horas de recreación* (1586) y *Ratos de recreación* (1588): cons. Palau y Dulcet, *Manual del Librero*, III, 429 a.

del Botero,<sup>189</sup> de solo Rufo seiscientas flores,<sup>190</sup> los gustosos Palmirenos,<sup>191</sup> las librerías del Doni,<sup>192</sup> sentencias, dichos y hechos de varios, elogios, teatros,<sup>193</sup> plaças,<sup>194</sup> silvas,<sup>195</sup>

<sup>189</sup> Giovanni Botero (1533-1617) compuso *Della ragion di Stato* (1589), las *Relazioni universali* que tanto venimos citando, cuya primera edición completa es la de Venecia, 1596, y la breve recopilación de los *Detti memorabili di personaggi illustri* (1608). (Cons. C. Gioda, *La vita e le opere di Giovanni Botero*, Milano, 1895.) De él había dicho Gracián en la *Agudeza*, XXVIII, 192-193: "Muchos graves y juyziosos dichos refiere el Abad de San Miguel Ioan Botero en su libro de los dichos memorables de los personajes mas graves destos tiempos. Leele, que es vno de los libros del bueno gusto y de la curiosidad, digno de la Libreria mas selecta, assi como todas las obras de Botero; la razon de Estado califica con el voto del Prudente Filipo, y muy leida, traduzida por su mandado de Italiano en Español [por Antonio de Herrera]. Pero entre todas sus obras, las Relaciones del Mundo y de los Monarchas . . . merecen ser colocadas en la Libreria Delfica: y no se tenga por hombre noticioso el que no las huviere leydo."

<sup>190</sup> Por el ingenio y donosa prontitud, celebra a Juan Rufo repetidamente como "grā benemerito de la agudeza" (*Agudeza*, XI, 74), y de su libro *Las seiscientas apotegmas* (1596) sacó algunos dichos agudos, que vamos notando. Cons. R. Ramírez de Arellano, *Juan Rufo, Jurado de Córdoba: estudio biográfico y crítico*, Madrid, 1912.

<sup>191</sup> Juan Lorenzo Palmireno, sabio aragonés, entre cuyas setenta y seis obras está la de *Adagiae Hispanicae in Romanum sermonem conversa* (1584) a que alude Gracián; y Agesilao Palmireno, hijo del anterior, que enmendó y amplió aquella obra en sus *Adagia Hispanica* (1591). Cons. Latassa, *Bibliotecas*, II, 456-463.

<sup>192</sup> Anton Francesco Doni (1513-1574), florentino, brillante precursor del periodismo moderno, cuya *Prima e Seconda Libreria* (1550-51) son de muy gustosa lectura.

<sup>193</sup> Fueron muy numerosas las obras de miscelánea que se publicaron con el título de *Theatro* en los siglos XVI y XVII, pero la que alcanzó mayor difusión en toda Europa fué el *Theatrum* (1623) del holandés Otto Venio, vertida al castellano muchos años después con el título de *Theatro moral de la vida humana en cien empresas* (1672). En la biblioteca de Lastanosa pudo nuestro autor consultar el *Epitome Theatri Orteliani* (Antuerpia, 1601), de Abraham Ortelio, y su versión en vulgar, *Teatro* (Amberes, 1602), así como el *Teatro de instrumentos matemáticos* (León, 1602), de Jacques Besson: cons. Ricardo del Arco, *Más noticias acerca de la famosa biblioteca de D. Vincencio Juan de Lastanosa*, en *Linajes de Aragón*, 1916, VII, 12, 16.

<sup>194</sup> La más conocida y celebrada, entre las españolas, era en aquel tiempo la *Plaza universal de todas ciencias y artes* (1615) de Cristóbal Suárez de Figueroa, quien aprovechó la más difundida de las italianas, *La Piazza universale di tutte le professioni del mondo* (1555) de Tommaso Garzoni.

<sup>195</sup> El libro de tal título más citado por nuestros clásicos, y que Gracián mismo nombrará en la crisi próxima, es la *Silva de varia lección* (1540) de Pedro Mejía, quien fué nombrado cronista del emperador Carlos V en 1548. Es un libro de miscelánea erudita, cuyo nombre explica el autor en

oficinas, geroglíficos,<sup>196</sup> empresas,<sup>197</sup> geniales, polianteas<sup>198</sup> y fárragos.

No fué menos de admirar la ninfa Antiquaria, de más curiosidad que sutileza. Tenía por estancia un herario enriquecido de estatuas, piedras, inscripciones, sellos, monedas, medallas, insignias, urnas, barro,<sup>199</sup> láminas, con todos los libros que tratan desta noticiosa antigüedad, tan acreditada *Antiquarios.* con los eruditos diálogos de D. Antonio Agustín,<sup>200</sup> ilustrada de

estos términos: “escogí y háme parecido escrebir este libro, así por discursos y capítulos de diversos propósitos, sin perseverar ni guardar orden en ellos, y por esto le puse por nombre *Silva*, porque en las selvas y bosques están las plantas y árboles sin orden ni regla . . . aunque esta manera de escrebir sea nueva en nuestra lengua Castellana, y creo que soy yo el primero que en ella haya tomado esta invención . . .” (Ed. Biblióf. Españoles, Madrid, 1933-34, t. I, págs. 9-10.) Véase la crítica de este libro en Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, en *NBAE*, VII, xxix-xxxvi.

<sup>196</sup> Los *Hieroglíficos* de la Tercera Parte (1612) de los *Conceptos espirituales* de Alonso de Ledesma fueron los que mayor número de reimpressiones lograron en la primera mitad del siglo XVII, encontrando aún cabida algunos de ellos, el año 1855, en la *BAE*, XXXV, 396-397. Entre “la pedrería preciosa al oro del fino discurrir,” incluye Gracián los jeroglíficos, en *Agudeza*, LVIII, 357.

<sup>197</sup> El maestro de las empresas o emblemas del siglo XVI es Andrea Alciato (1492-1550), literato y jurista italiano, cuyos *Emblemata* (1522) hemos visto ya cuán bien conocía nuestro autor. (Cons. Jules Viard, *André Alciat*, París, 1926.) En el siglo XVII, el emblemista popular de Europa es Otto Venio (*Amorum emblemata*, 1608; *Horatii emblemata*, 1612; *Amoris divini emblemata*, 1615). En España, las principales obras de este género son los *Emblemas* (1599) de Hernando de Soto, las *Empresas espirituales y morales* (1613) de Juan Francisco de Villava, las *Empresas políticas* (1640) de Saavedra Fajardo, y los *Emblemata centum regio-politica* (1651) de Solórzano y Pereyra. En la crisis xii de la Tercera Parte, aludirá Gracián a los “emblemas y empresas tomadas del [J]o[v]io, del Saavedra, de Alciato y del Solórzano.”

<sup>198</sup> Sobre *polianteas*, queda nota 71, II, 13.

<sup>199</sup> *barro* “se llama también el vaso que se hace de diferentes hechuras y tamaños de tierra olorosa para beber agua, que por otro nombre se dice búcaro.” *Dicc. Aut.*

<sup>200</sup> Lindo ejemplar poseo de estos famosos *Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades* (Madrid, Martínez Abad, 1744), en cuya dedicatoria a Felipe IV dice Andrés González de Barcia Carballido que este libro, primero publicado en 1587, “es de todos deseado, pero de muy pocos adquirido, pues diligentemente buscado en España y fuera de ella, faltó un ejemplar cabal, aún precedidas las impressiones de Tarragona y Zaragoza, aniquiladas por la codicia de los eruditos, que en estraños idiomas solicitaron vincular su Doctrina.” Para el P. Feijóo, “el ilustrísimo Antonio Agustino fué el primer autor de la ciencia medallística.” (*Teatro crítico universal*, ed. Clás. Cast., II, 287.) Véase Ricardo del Arco, *El arzobispo D. Antonio Agustín*, Tarragona, 1910.

los Golzios,<sup>201</sup> y últimamente enriquecida con las noticias de las monedas antiguas españolas del Lastanosa.<sup>202</sup>

Al lado déste <sup>203</sup> hallaron otro tan embaraçado de materialidades, que a la primera vista creyeron sería algún obrador mecánico; mas quando vieron globos celestes y terrestres, esferas, astrolabios, brújulas, dioptras,<sup>204</sup> cilindros,<sup>205</sup> compases y pantómetras,<sup>206</sup> conocieron ser los desvanes del entendimiento y el taller de las Matemáticas, sirviendo de alma muchos libros de todas estas artes y aun de las vulgares,<sup>207</sup> pero de la noble pintura y arquitectura avía tratados superiores.<sup>208</sup> *Matemáticas.*

<sup>201</sup> Hubertus Goltzius (1526–1583), grabador y arqueólogo holandés, se consagró especialmente al estudio de las medallas y monedas, y sus obras completas, con el título de *Romanae et Graecae antiquitatis monumenta*, fueron publicadas en 1644–45. Henricus Goltzius (1558–1617), pintor y grabador, cuyos más notables grabados son los seis que tienen por asunto episodios de la vida de Jesús.

<sup>202</sup> Este libro de don Vincencio Juan de Lastanosa se titula *Museo de las medallas desconocidas españolas* (Hvesca, por Ivan Nogves, Año M.DC. XLV). Poseo un ejemplar enriquecido con copiosas apuntaciones marginales de don Pedro Valero Díaz y Asensio de Pradas, contemporáneo de Lastanosa y Justicia Mayor del Reino de Aragón. En este libro, Lastanosa alude repetidamente a las remesas de medallas que le iba haciendo Gracián (págs. 5, 77, 78, 82, 106, 116), y consigna: “El Padre Balthasar Gracian, de la Compañia de Iesus, Rector que fue del Colegio de Tarragona, celebrado por sus artificiosos [*i.e.*, artísticos] Escritos, como lo publican el *Heroe*, impresso seis vezes en diferentes Reinos, el *Político Fernando*, el *Arte de Ingenio*, i *Agudeza*, i otros que tiene prevenidos para dar a la prensa, me remitió de la Ciudad de Valencia, el año mil seiscientos quarenta i quatro, la Moneda treinta i una, con otras Romanas que se hallaron en Tarragona; por cuya diligencia se aumentan cada día nuestras Antigüedades, pues quando escribimos estas Advertencias llegan muchos Sellos anulares en piedras preciosas . . .” (págs. 77–78).

<sup>203</sup> *deste* erario o estancia, sobrentendido.

<sup>204</sup> *dioptra*, “instrumento óptico, geométrico y astronómico que puesto sobre el astrolabio, o sobre un círculo graduado, sirve para medir y tomar las alturas, profundidades y distancias.” *Dicc. Auts.*

<sup>205</sup> *cilindro* “comunmente significa cerca de nosotros el relox de sol formado en vna colunita pequeña de metal.” Covarrubias.

<sup>206</sup> *pantómetra*, “especie de compás de proporción, cuyas piernas llevan marcadas en sus caras diversas escalas divididas en partes iguales o proporcionales, y se emplea en la resolución de algunos problemas matemáticos.” (*Dicc. Acad.*) Gracián viene describiendo el museo de Lastanosa, en el cual se encontraba también “una pantómetra de bronce hecha en Amsterdam, de muchos usos.” *Noticia de la biblioteca según el índice formado en 1635*, en *Linajes de Aragón*, 1916, VII, 9.

<sup>207</sup> *las vulgares*, las artes mecánicas; cfr. I, 235<sub>19</sub>.

<sup>208</sup> Lastanosa mismo nos ha dejado escrito: “De la Pintura, entre otros tratados, tengo a Alberto Durero, que escribió de la simetría; a Jerónimo

Fueron registrando todos estos nichos de passo, lo que basta para no ignorar, así como el de la indagadora Natural Filosofía, <sup>209</sup> levantando mil testimonios a la naturaleza. Servían de estantes a sus curiosos tratados los quatro elementos, y en cada uno los libros que tratan de sus pobladores, como de las aves, pezes, brutos, plantas, flores, piedras preciosas, minerales; y en el fuego, de sus meteoros, fenómenos y de la artillería. Pero enfadados de tan desabrida materialidad, los sacó de allí el Juizio para meterlos en sí. Veneraron ya una semideidad en lo grave y lo sereno, que en la más profunda estancia y más compuesta estava entresacando las saludables hojas de algunas plantas para conficionar <sup>210</sup> medicinas y destilar quintas essencias con que curar el ánimo, y en que conocieron luego era la Moral Filosofía. Cortejéronla de propósito, y ella les dió asiento entre sus venerables sugetos. Sacó en primer lugar unas hojas que parecían del dictamo, <sup>211</sup> gran contra veneno, <sup>212</sup> y mostró estimarlas mucho, si bien a algunos les parecieron algo secas y aun frías, de más provecho que gusto; pero de verdad mui eficaces. Y asseguró averlas cogido por su mano

Vasari, a Leonardo de Vinci, de la estatuaria (Paris, 1651); a León Bautista Alberti (Madrid, 1633), a Vincencio Carducho. A estos autores hacen compañía grande número de libros de retratos de emperadores, personas insignes; muchos libros de estampas, que pasan de 100, y de estampas sueltas para hacer otros tantos. Para la Arquitectura, Vitrubio, Sebastián Serlio, Daniel Barba[r]jo, Vignola, Cataneo, Juan Bredman, Rolando Fraet, los Paralelos de la Arquitectura; arquitectura militar, Adam Tritach, Nicolás Goldman, Simón Staravolcio, sin faltar para lo mismo el caballero Melzo; Vegecio, *De re militari*; el capitán Aguilar, Rameli, y otra multitud de antiguos y modernos, impresos y manuscritos." *Linajes de Aragón*, 1912, III, 221.

<sup>209</sup> La Filosofía Natural comprendía lo que hoy denominamos Historia Natural (cfr. nota 183, I, 348). Haciendo Lastanosa el sumario de las obras de su biblioteca, declara poseer: "De Filosofía Natural, Plinio, Discórides, comentado por Laguna; Matheolo, Leonardo Fuchsio, en folio grande, coloridas las plantas, impreso en Basilea, 1552. *Hortus sanitalis*. Aquí los de Agricultura: Columela, Mizaldo, Herrera, Juan Terencio, Linceo: *Rerum medicarum novae Hispaniae*, folº., Roma, 1628," etc. *Linajes*, 1912, III, 222-223.

<sup>210</sup> *conficionar*, confeccionar: cfr. nota 22, I, 132.

<sup>211</sup> *dictamo*, planta de flores moradas que se usa en medicina y en perfumería.

<sup>212</sup> En varias ediciones, no muy posteriores, como las de M1664 y 1669, aparece ya como hoy se escribe, en una palabra: *contraveneno*.

de los huertos de Séneca.<sup>213</sup> En un plato, que pudo ser fuente de doctrina,<sup>214</sup> puso otras, diciendo:

—Estas, aunque más desabridas, son divinas.

Allí vieron el ruibarbaro<sup>215</sup> de Epicteto<sup>216</sup> y otras purgativas de todo exceso de humor para aliviar el ánimo. Para apetito y regalo, hizo una ensalada de los diálogos de Luciano, tan sabrosa, que a los más descomidos<sup>217</sup> les abrió el gusto no sólo de comer, pero de rumiar los grandes preceptos de la prudencia. Después déstos, echó mano de unas hojas mui comunes, mas ella las començó a celebrar con exageraciones; estaban admirados los circunstantes, quando las avían tenido más por pasto de bestias que de personas.

—No tenéis razón—dixo—, que en estas fábulas de Esopo hablan las bestias para que entiendan los hombres.

Y haziendo una guirnalda, se coronó con ellas. Para sacar una quinta essencia general, recogió todas las de Alciato,<sup>218</sup> sin desechar una, y aunque las vió imitadas en algunos, pero<sup>219</sup> eran contrahechas y sin la eficaz virtud de la moralidad in-

<sup>213</sup> Entre los censores de Séneca, a quienes acaba de aludirse, está Calígula, que veía en el estilo de su rival “arena sin cal.” Cons. A. Bourgerly, *Sénèque: Dialogues*, París, 1922, pág. vii.

<sup>214</sup> Había ya escrito Gracián en la *Agudeza*, XXXIV, 236: “Prometió San Francisco de Borja, Duque entonces de Gandia, al Doctor Villalobos, insigne medico del Emperador Carlos Quinto, por su saber y por sus dichos, vna fuente de plata si al otro dia le hallava sin calentura, como él lo assegurava. Vino al plaço señalado, y pulsándole, hallóle con muy poca, pero alguna: y pues, dixo el Duque, ¿qué dezis, Villalobos? Señor, que *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Gustó mucho el Santo Duque del buen dicho y de la buena nueva, y mandó al punto se le llevassen a su casa.” Compárese Melchor de Santa Cruz, *loc. cit.*, pág. 77: “A vno que estudiaba Philosophia dieronle en vna question con vn plato grande en los cascós. Alabandose a otro estudiante que estaua gran Filosofo, respondió: Bien se puede creer, porque yo se que tiene vn Platon en la cabeza.”

<sup>215</sup> *ruibarbaro*, dicho intencionadamente y conforme a la etimología de *ruibarbo* (lat. *rheubarbarum*). El ruibarbo “purga la colera y la flema, mundifica el estomago, conforta el higado y el baço, deshace las rebeldes opilaciones, clarifica la sangre, resuelve la tiricia y la hidropesia, extermina las fiebres ardientes, restriñe todo fluxó de sangre.” Covarrubias.

<sup>216</sup> Téngase en cuenta que, para Epicteto, son la abstinencia y la paciencia las dos más insignes virtudes y las más provechosas.

<sup>217</sup> *descomido*, aquí sin duda por *inapetente*: cfr. nota 130, II, 35.

<sup>218</sup> Alciato: cfr. nota 197, II, 154.

<sup>219</sup> *aunque . . . pero*: cfr. nota 85, I, 181.

geniosa. De los morales de Plutarco <sup>220</sup> se valía para comunes remedios. Echaban gran fragancia todo género de apo[teg]-mas <sup>221</sup> y sentencias; pero, no haziéndose mucho caso de sus recopiladores, mandó fuesen algunos de ellos premiados con estimación por averles ayudado mucho y aun, como Lucinas, <sup>222</sup> averles dado forma de una aguda donosidad. Topó unas grandes hojizas, mui estendidas, no de mucha eficacia, y así dixo:

—Estas del Petrarca, <sup>223</sup> Justo Lipsio <sup>224</sup> y otros, si tuvieran tanto de intensión <sup>225</sup> como tienen de cantidad, no hubiera precio bastante para ellas.

Acertó a sacar unas de tal calidad, que al mismo punto los circunstantes las apetecieron, y unos las mascavan, otros las molían y estaban todo el día sin parar aplicando el polvo a las narizes.

<sup>220</sup> De este gran historiador griego, maestro y amigo del emperador Trajano, hizo Alfonso de Palencia la versión castellana de sus *Vidas paralelas*, uno de los incunables más hermosos salidos de la prensa sevillana (1491). En los *Morales* están comprendidos los *Apopthegmas* (ambos títulos alternan en las reimpressiones de la traducción de Diego Gracián), que son una colección de dichos notables de emperadores, capitanes y varones ilustres, griegos y romanos, persas y lacedemonios. Es la colección más rica de la antigüedad, como los *Adagia* de Erasmo lo es de las modernas, y ambas las más difundidas y utilizadas de todas las de su género. Sobre el simbolismo del moral que nuestro autor asocia al título de la obra de Plutarco, véase nota 119, I, 371.

<sup>221</sup> *apostemas* trae el texto, reproducido en las demás ediciones, pero lo tengo más bien por fácil errata de la imprenta que por chiste del autor, que aunque siempre atrevido, no encontraría en ello ni buen gusto ni fundamento alguno etimológico o racional.

<sup>222</sup> Lucina, diosa que “tiene a su cargo el cuidado de las que paren, i el oficio de aquellas cosas que padecen i sufren las mugeres de parto; de donde principalmente invocan a esta Diosa las mugeres en el peligro i dificultad del parto.” Fernando de Herrera, *Obras de Garci Lasso de la Vega, con anotaciones*, Sevilla, 1580, pág. 442.

<sup>223</sup> Refiérese a la obra moral de Petrarca que lleva en castellano el título *De los remedios contra próspera y adversa fortuna*, versión de Francisco de Madrid (1510), de la cual conozco seis reimpressiones en el siglo XVI.

<sup>224</sup> Fué el belga Justus Lipsius uno de los mayores humanistas del siglo XVI, y de él se imprimieron en castellano varios tratados (*Los seys libros de las Políticas o doctrina civil*, 1604; *Libro de la constancia*, 1616). Su *Opera omnia* fué publicada en 1637.

<sup>225</sup> *intensión* es corriente en la lengua clásica como sinónimo de *intensidad* o *eficacia*; el autor emplea aquella voz repetidamente (*Obras*, I, 520 b, 523 a; II, 378 b, etc.); en las ediciones de 1700, 1748 y 1757 fué cambiada por *intención*.



—Basta—dixo—que estas hojas de Quevedo son como las del tabaco, de más vicio que provecho, más para reír que aprovechar.<sup>226</sup>

De la *Celestina* y otros tales, aunque ingeniosos, comparó sus hojas a las del peregil, para poder passar sin asco la carnal grossería.<sup>227</sup>

—Estas otras, aunque vulgares, son picantes, y tal señor aí que gasta su renta en ellas. Estas de Barclayo<sup>228</sup> y otros son como las de la mostaza, que aunque irritan las narizes, dan gusto con su picante.

Al contrario, otras mui dulces, assí en el estilo como en los sentimientos, las remitió más para paladear niños y mugeres

<sup>226</sup> Descuidado e injusto anduvo aquí el autor con Quevedo. Hallándonos ahora en la sala de la Filosofía Moral, era lo propio acordarse de sus graves tratados morales, ascéticos y filosóficos, y no de sus discursos festivos, cuyas gracias consideró, además, dignas de recordar en este mismo texto. Porque no puedo pensar que tan desdeñosa alusión vaya lanzada contra los magistrales *Sueños*, que él, con su gusto por las alegorías satírico-morales y con su fina percepción crítica, forzosamente tenía que admirar.

<sup>227</sup> Pocos lectores dejarán de recordar, al leer esto, los versos de cabo roto en los preliminares del *Quijote*:

“ . . . según siente Celesti-,  
libro en mi opinión divi-  
si encubriera más lo huma-.”

<sup>228</sup> Refiérese particularmente al *Satiricón* (1603) de John Barclay, sobre cuyo autor dejamos nota 26, I, 98. Fué este libro, en latín, muy leído y citado en la primera mitad del siglo XVII y se hicieron de él numerosas ediciones, aunque ninguna en castellano. Es una novela semiautobiográfica en cuyos incidentes es difícil distinguir entre lo real y lo ficticio. La primera parte está casi libre de satíricas alusiones político-religiosas, pero ya en la segunda son casi continuas. La tercera constituye, en realidad, la apología de las dos partes anteriores (*Apologia Euphormionis pro se*), en respuesta a una censura a éstas (*Censura Euphormionis*). La cuarta parte (*Icon Animorum*) versa sobre la variedad de caracteres, aptitudes y funciones en la vida social conforme a los tiempos y razas (franceses, ingleses, alemanes, holandeses, italianos, españoles, húngaros, polacos, rusos, etc.). La quinta parte (*Euphormionis Lusinini continuatio*) es espúrea y fué compuesta cuatro años después de muerto Barclay, añadida al *Satiricón* por los editores holandeses, y por la incoherencia de la acción y su duro estilo es indigna del ingenio y fácil y elegante estilo latino de Barclay. Una lectura atenta de este libro, así como de la *Argenis* del mismo autor, me permite y aun obliga a declarar la inexactitud completa de la siguiente afirmación del benémerito Coster: “A chaque instant, en lisant le *Criticón*, on reconnait au passage une phrase . . . de Barclay . . .” (*Baltasar Gracián*, pág. 197.) No he hallado yo en el texto graciano ningún incidente, frase o rasgo que proceda precisamente de Barclay. Cfr. nota 45, II, 9.

que para pasto de hombres. Las empresas del Jobio <sup>229</sup> puso entre las olorosas y fragantes, que con su buen olor recrean el cerebro.<sup>230</sup> Ostentó mucho unas hojas, aunque mal aliñadas, y tan feas que les causaron horror, mas la prudente ninfa dixo:

—No se ha de atender al estilo del Infante Don Manuel,<sup>231</sup> sino a la estremada moralidad y al artificio con que enseña.

Por buen dexo sacó una alcarchofa y con lindo gusto la fué deshojando, y dixo:

—Estos raguallos <sup>232</sup> del Boquelino <sup>233</sup> son mui apetitosos, pero de toda una hoja sólo se come el cabo con su sal y su vinagre.

Mui gustosos y mui cevados <sup>234</sup> se hallavan aquí, sin tratar de dexar jamás estancia tan de hombres. Sola la Conveniencia pudo arrancarlos, que a la puerta de un otro gran salón y mui

<sup>229</sup> Trátase de la obra que lleva en castellano el siguiente título: *Diálogo delas empresas militares y amorosas, compuesto en lengua italiana por Paulo Iovio, en el qual se tracta delas devisas, armas, motes o blasones de linages*, trad. Alonso de Ulloa, Venecia, 1558. Véase nuestra nota 117, I, 395.

<sup>230</sup> Acerca de la preferencia dada a *celebro* sobre *cerebro*, véase nota 206, II, 47.

<sup>231</sup> Por *lapsus calami* dice *Don Manuel*, pues a quien realmente se refiere es al hijo de éste y sobrino de Alfonso el Sabio, el Infante Don Juan Manuel (1282-1348), y de él escribe en la *Agudeza*, XXIII, 155: “Este sabio principe puso la moral enseñanza de la prudencia y de la sagacidad en algunas historias, parte verdaderas, parte fingidas, y compuso aquel erudito, magistral y entretenido libro intitulado el Conde Lucanor, digno de la libreria delica.” (Cons. nuestra *Introducción*, pág. 49.) Lo que dice de sus hojas mal aliñadas y feas ha de entenderse del estilo, aunque es crítica injusta, pues en cuanto a la presentación tipográfica, ninguna de las dos ediciones que Gracián pudo manejar lo merecen: la de 1642 no está mal, y la príncipe (1575) es muy hermosa.

<sup>232</sup> *raguallos*, avisos, españolizando la voz italiana *ragguaglio*.

<sup>233</sup> *Boquelino* pasa a varias ediciones (B1664, 1669, 1683), pero es corregido por *Boccalino* en otras (1663, M1664, 1674, 1700, 1757), y convertido en errata, *Boccalindo*, en la de 1748. Sobre este autor italiano, tan bien conocido de Gracián, dejamos nota 25, I, 98. En la *Agudeza* (XVI, 109) le califica de gran sazoador de bocados en que se juntan lo crítico, lo juicioso y lo picante. Y más adelante repite: “Tuvo estremados picantes destos el juyzioso Bocalini en sus Avisos, ingenioso trabajo para solos hombres de fondo y de censura.” (*Ibid.*, XXVI, 177.) Hablando de los asuntos alegóricos, agrega: “Pero el que mas los ha realçado ha sido Trajano Bocalino en sus criticos Raguallos del Parnaso, sazonando lo selecto de la politica y lo picante de la satyra cō lo ingenioso de la invencion y con lo dulce de la variedad, aunque el estilo es sobrado difuso para vn tan intenso ingenio.” *Ibid.*, LVI, 344.

<sup>234</sup> *cevados*, en la acepción de entregados con intensión a cosa de su gusto.

su semejante, aunque más magestuoso, les estaba combidando y decía:

—Aquí es donde avéis de hallar la sabiduría más importante, la que enseña a saber vivir.

Entraron por razón de Estado<sup>235</sup> y hallaron una coronada ninfa que parecía atender más a la comodidad que a la hermosura, porque decía ser bien ageno,<sup>236</sup> y aun se le oyó decir tal vez:<sup>237</sup>

—Dadme grossura y os daré hermosura.<sup>238</sup>

A lo que se conocía, todo su cuidado ponía en estar bien acomodada; mas aunque mui dissimulada y de reboço, la conoció Critilo y dixo:

—Esta, sin más ver, es la Política.

—¡Qué presto la has conocido! No suele ella darse a entender tan fácilmente.

Era su ocupación, que no ai sabiduría ociosa, fabricar coronas, unas de nuevo, otras de remiendo, y perficionávalas<sup>239</sup> mucho. Avía de todas materias y formas, de plata, de oro y de cobre, de palo, de robre,<sup>240</sup> de frutos y de flores. Y todas las estava repartiendo con mucha atención y razón. Ostentó la primera *Políticas*. mui artificiosa,<sup>241</sup> sin defeto<sup>242</sup> alguno ni quiebra, pero más para vista que platicada;<sup>243</sup> y dixeron todos era la *República* de Platón,<sup>244</sup> nada a propósito para tiempos de tanta malicia. Al contrario, vieron otras dos, aunque de oro, pero<sup>245</sup> mui descompuestas y de tan mal arte, aunque buena apariencia, que al punto las arrojó en el suelo y las pisó, diziendo:

<sup>235</sup> Significando irónicamente por conveniencia.

<sup>236</sup> Con el sentido probable de que es un bien que disfrutan los demás, mientras la comodidad la disfruta el mismo que la tiene.

<sup>237</sup> *tal vez*, tal cual vez.

<sup>238</sup> Variante del refrán: *Dame gordura, darte he hermosura*, o *Dámela gorda, dártela he hermosa*, registrados ambos por el Maestro Correas.

<sup>239</sup> *perficionar*: cfr. nota 22, I, 132.

<sup>240</sup> *robre*, registrado como equivalente de *roble* en el *Dicc. de Autoridades*; en la ed. M1664 de nuestro texto se cambió por *roble*.

<sup>241</sup> *artificiosa*, artística: cfr. nota 39, I, 108.

<sup>242</sup> *defeto*, con la *c* etimológica restituída en M1664; cons. R. J. Cuervo, *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas*, en *Revue Hispanique*, 1898, V, 273-313.

<sup>243</sup> *platicada*, practicada: cfr. nota 53, II, 24.

<sup>244</sup> Sobre traducciones de Platón en España, entre 1477 y 1612, puede consultarse Emile Legrand, *Bibliographie hispano-grecque*, en *Bibliographie hispanique*, ts. XI, XII y XIII.

<sup>245</sup> *aunque . . . pero*: cfr. nota 85, I, 181.

—Este *Príncipe* del Maquiabelo <sup>246</sup> y esta *República* del Bodino <sup>247</sup> no pueden parecer entre gentes; no se llamen de razón, <sup>248</sup> pues son tan contrarias a ella. Y advertid cuánto denotan ambas políticas la ruindad destos tiempos, la malignidad destos siglos y cuán acabado está el mundo.

La de Aristóteles <sup>249</sup> fué una buena vieja. A un príncipe, tan católico como prudente, <sup>250</sup> encomendó una toda embutida de perlas y de piedras preciosas: era la *Razón de Estado* de Juan Botero. <sup>251</sup> Estimóla mucho y se le lució bien.

Aquí vieron una cosa harto estraña: que aviendo salido a luz una otra mui perfeta <sup>252</sup> y labrada conforme a las verdaderas reglas de policía <sup>253</sup> christiana, alabándola todos con mucho fundamento, llegó un gran personage mostrando grandes ganas de averla a su mano, trató de comprar todos los exemplares y dió quanto le pidieron por ellos; y quando todos creían nacía de estimación, para presentársela a su príncipe, fué tan al rebés, que porque no llegasse a sus manos, mandó hazer un gran fuego y quemar todos los exemplares, esparciendo al aire sus cenizas. Mas, aunque fué en secreto, llegó a noticia de la atenta ninfa, que, como tan política, se las entiende <sup>254</sup> a todo el mundo, y al punto mandó al mismo autor la bolviesse a

<sup>246</sup> Queda ya nota sobre *Il Principe* de Maquiavelo, 135, I, 236.

<sup>247</sup> Jean Bodin (1530–1596), tratadista francés de Derecho público, mereció por su *République* (1576) el siguiente juicio de Boccacini, que explica la frase de Gracián: “desde el primer día q̄ se atreuió a presentar a Apolo los seis libros de su Republica, fue puesto en vna obscura prisiō, no permitiēdo su Magestad passase sin exēplar castigo la impia opiniō que se averiguó auia en ellos publicado al mundo diziendo ser excelente consejo para la quietud de los Estados conceder a los vassallos la libertad de conciencia . . . , no hallandose cosa mas perniciosa en vn Reyno que quitarle la vnidad de la Religion.” *Avisos*, I, 66 v.

<sup>248</sup> Por lo de *razón de Estado*.

<sup>249</sup> Había sido traducida directamente del griego por Pedro Simón Abril con el título de *Los ocho libros de República del filósofo Aristóteles* (Zaragoza, 1584).

<sup>250</sup> Felipe II el Prudente. Véase nota 152, II, 147.

<sup>251</sup> Queda nota acerca de Botero, 189, II, 153. Su libro *Della ragion di Stato* (1589) fué vertido al castellano por mandado de Felipe II con el título de *Diez libros de la razón de Estado* (1593), y su traductor Antonio de Herrera lo dedicó al rey, empleando en la dedicatoria una frase análoga a la de nuestro texto al decir que gobernaba sus reinos con formas “tan catolicas y prudentes.”

<sup>252</sup> *perfeta*, con su *c* etimológica restituída en M1664.

<sup>253</sup> *policía* fué innecesariamente cambiado por *política* en la ed. 1773 (pág. 231 a).

<sup>254</sup> *entiende* las mañas, sobrentendido.

estampar sin que faltase un tilde, y repartióla por toda Europa, con estimación universal, cuidando que no bolviesse ningún exemplar a manos de aquel político contra política.<sup>255</sup>

Sacó del seno una caxa tan preciosa como odorífera y, rogándole todos la abriese y les mostrase lo que contenía, dixo:

—Es una riquísima joya, ésta no sale a luz, con que da tanta: son las instrucciones que dió la experiencia de Carlos Quinto a la gran capacidad de su prudente hijo.<sup>256</sup>

Estava allí apartada una que aspirava a eterna, más en la cantidad que en la calidad, obra de tomo.<sup>257</sup> Nadie se atrevía a emprenderla.<sup>258</sup>

<sup>255</sup> Distinguióse el duque de Lerma, privado de Felipe III, en su política “contra política.” Varios libros fueron mandados recoger por su orden. Entre ellos, el *Tractatus de monarchia Sicilia* (1609) del cardenal César Baronio, contrario a la soberanía española en Sicilia, quemado públicamente por edicto de Felipe III el 30 de octubre de 1610. También fué mandado recoger el tratado *De monetæ mutatione* (1609) del P. Juan de Mariana, así como su libro *De rege* fué quemado públicamente el 8 de junio de 1614 por mandato del Parlamento de París. (Cons. Georges Cirot, *Mariana historien*, Bordeaux, 1905, cap. vi; ídem, *A propos du “De rege,” des “Septem tractatus” de Mariana et de son ou de ses procès*, en *Bulletin Hispanique*, 1908, X, 95–99.) Pero creo que Gracián alude particularmente al libro del franciscano Juan de Santa María, titulado *Repubblica y policia christiana*, impreso en Madrid en 1615 e inmediatamente mandado recoger, prohibiendo su impresión en Castilla. (Cons. Vitrián, *op. cit.*, II, 414.) Nótese que Gracián habla de una “*republica . . . conforme a las verdaderas reglas de policia christiana*.” Esta obra, apenas prohibida, fué reimpressa muchas veces fuera de Castilla, en Barcelona, 1616, 1617, 1618, 1619; Valencia, 1619; Lisboa, 1621; Nápoles, 1624; y fué vertida al francés por “le Sieur du Perier,” París, 1631.

<sup>256</sup> En varias ocasiones dictó Carlos V sabias instrucciones y consejos políticos para su hijo Felipe II. Entre las más completas, con sesenta y dos advertencias para que mejor acertase en el gobierno, están las que le remitió por mano del duque de Alba en 1548. No se refiere Gracián a éstas, que ya habían sido publicadas por Prudencio de Sandoval (*Vida de Carlos V*, XXX, 5), sino a otras que podía conocer nuestro autor por citas fragmentarias de Antonio Pérez, en sus *Cartas*, y de algunos cronistas del emperador, como las de 1543 y 1555, no impresas hasta nuestro siglo: *Instrucciones y consejos del Emperador Carlos V a su hijo Felipe II al salir de España en 1543* (publicados por Francisco de Laiglesia, Madrid, 1908); *Die Instruktion Karls V. für Philipp vom 25 Oktober 1555* (por Bruno Stuebel, en *Archiv für österreichische Geschichte*, Viena, 1905, XCIII, 181–248); *La última carta de consejos de Carlos V a su hijo* (por Roger B. Merri-man, en *Boletín del Instituto de investigaciones históricas*, Buenos Aires, 1923, II, 235–238).

<sup>257</sup> *de tomo*, abultada y de mucho peso, que hoy solemos decir *de tomo y lomo*.

<sup>258</sup> *emprenderla*, como si se tratase de acometer una empresa larga y difícil.

—Sin duda—dixo Critilo—, que es la de Bobadilla,<sup>259</sup> que todos, cansados, la dexan descansar.

—Esta otra, aunque pequeña, sí que es preciosa—dixo la sagaz ninfa—. No tiene otra falta esta *Política* sino de autor autorizado.<sup>260</sup>

Estaban azinadas<sup>261</sup> muchas coronas unas sobre otras, que en el poco aliño se conoció su poca estimación. Reconociéronlas y hallaron estaban huecas, sin rastro de substancia.

—Estas—dixo—son las *Repúblicas* del mundo que no dan razón más que de las cosas superficiales de cada reino. No desentrañan lo recóndito; conténtanse con la corteza.

Conocieron el *Galateo* y otros sus semejantes,<sup>262</sup> y pareciéndoles no era éste su lugar, ella porfió que sí, pues pertenecían a la política de cada uno, a la razón especial de ser personas. Lograron muchas maneras de instrucciones de hombres grandes a sus hijos,<sup>263</sup> varios aforismos políticos sacados del Tácito<sup>264</sup> y de otros sus sequazes, si bien avía muchos por el suelo.<sup>265</sup> Y dixo:

—Estos son varios discursos de arbitrios en quimeras, que todos son aire y vienen a dar en tierra.<sup>266</sup>

<sup>259</sup> Trátase de Gerónimo Castillo de Bobadilla y de su *Política para corregidores y señores de vasallos* (1597), obra verdaderamente de tomo y lomo, pues los dos volúmenes de la primera edición contienen cerca de 2.600 páginas. Por su extenso tratamiento de materias de jurisprudencia fué obra muy útil, y de ella se hicieron múltiples ediciones, incluso en latín. Cons. Nicolás Antonio, *Hispana Nova*, I, 571-572.

<sup>260</sup> No ofrece duda que Gracián se refiere a su propia obra, que bien califica de *pequeña y preciosa*, la de *El Político Don Fernando el Cathólico* (1640). Lo de "autor autorizado" puede ser rasgo de modestia literaria, y pudiera también ser un rasgo algo cínico y burlón, de risa para sus íntimos, significando autor que no había sido autorizado por su Orden a publicar la obra, o bien, obra que no había sido franqueada enteramente por la censura.

<sup>261</sup> *azinadas*, sin la *h* etimológica (*facina*): cfr. nota 143, II, 37.

<sup>262</sup> Sobre los varios *Galateos*, dejamos nota 96, I, 333.

<sup>263</sup> A las instrucciones de este género ya citadas en 167, I, 345 puede agregarse *El razonamiento q el Rey don Alonso hizo a su hijo el duque don Fernando, embiandolo con exercito contra Florentines*, en *Libro de los dichos y hechos del Rey Don Alonso*, de Antonio Panormitano, ed. cit., fols. 87-89.

<sup>264</sup> Un paisano de Gracián había publicado recientemente el libro titulado *Alma o aphorismos de Cornelio Tácito*. Publícala Don Antonio de Fvertes y Biota, Amberes, 1651.

<sup>265</sup> Esto es, indignos de ser guardados.

<sup>266</sup> Los arbitristas, con sus fantásticos proyectos para remediar los males políticos y económicos de la nación, están graciosamente representados por el Galván de *La Paloma de Toledo*, de Lope de Vega, que se declara a sí

Coronava todas estas mansiones eternas uno, no ya camarín, sino sacrario,<sup>267</sup> inmortal centro del espíritu, donde presidía el arte de las artes, la que enseña la divina policía,<sup>268</sup> y estaba repartiendo estrellas en libros santos, tratados devotos, obras ascéticas y espirituales. *Libros espirituales.*

—Este—dixo el varón alado<sup>269</sup>—, advierte que no tanto es estante de libros quanto Atlante de un cielo.

Aquí exclamó Critilo:

—¡O fruición del entendimiento! ¡O tesoro de la memoria, realce de la voluntad, satisfacción del alma, paraíso de la vida! Gusten unos de jardines, hagan otros banquetes, sigan éstos la caza, cévense aquéllos en el juego, rozen galas, traten de amores, atesoren riquezas, con todo género de gustos y de passatiempos; que para mí no ai gusto como el leer, ni centro como una selecta librería.<sup>270</sup>

Hizo señal de leva el varón halado, mas Critilo:

—Esso no—dixo—sin ver primero en persona la hermosa Sofisbella,<sup>271</sup> que un tal cielo como éste no puede dexar de tener por dueño al mismo sol. Suplícote, jo condutor<sup>272</sup> halado!, quieras introducirme ante su divina presencia, que ya me la imagino idea<sup>273</sup> de beldades, exemplar de perfecciones, ya me parece que admiro la serenidad de su frente, la perspicacia de sus ojos, la sutileza de sus cabellos, la dulçura de sus labios, la fragancia de su aliento, lo divino de su mirar, lo humano de su

mismo capaz de quitar “la niebla a Valladolid, / y los lodos a Madrid, / y las cuevas a Toledo.” (Ed. Acad., X, 217.) Véase, sobre el tema de los arbitristas, Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio*, ed. Icaza, Madrid, 1924, págs. 99–100; Castillo Solórzano, *Tiempo de regocijo*, ed. Cotarelo, Madrid, 1907, págs. 269–271; Vélez de Guevara, *El diablo Cojuelo*, ed. Bonilla y San Martín, en *Biblióf. Madrileños*, II, 131; Cervantes, *El casamiento engañoso*, ed. Amezáña, Madrid, 1912, págs. 361–362. Eran particularmente famosos en esto los italianos, los “arbitristas de Italia . . . que . . . auian corrido toda Francia y España, en cuyos nobilissimos Reinos se auian portado desuerte, que en entrambos auian dexado eterna memoria del nombre Florentino y Ginoues.” Boccalini, *Avisos*, I, 175.

<sup>267</sup> *sacrario*, conservada la *c* etimológica, aunque era más común decir *sagrario* como hoy.

<sup>268</sup> *policía*, corregido caprichosamente por *política* en 1773 (pág. 232 a).

<sup>269</sup> *alado*, ahora correctamente en el texto: cfr. nota 34, II, 127.

<sup>270</sup> Véase otros testimonios del amor de Gracián a los libros, sus “amigos manuales,” en la *Introducción*, pág. 44.

<sup>271</sup> Sofisbella: cfr. nota 125, II, 104.

<sup>272</sup> *condutor*, con la *c* omitida frecuentemente en aquellos siglos, pero restituída en M1664.

<sup>273</sup> *idea*, imagen: cfr. nota 23, II, 5.

reír, el acierto con que discurre, la discreción con que conversa, la sublimidad <sup>274</sup> de su talle, el decoro de su persona, la gravedad de su trato, la magestad de su presencia. Ea, acaba, ¿en qué te detienes?; que cada instante que tardas se me buelve eternidades de pena.

Cómo se desempeñó <sup>275</sup> el varón halado, cómo logró Critilo su dicha, veremos después de dar noticia de lo que le aconteció a Andrenio en la gran plaza del vulgo.

<sup>274</sup> *sublimidad*, en su acepción recta de *altura* o *elevación*.

<sup>275</sup> *desempeñarse*, salir airosamente de una empresa, como queda anotado repetidamente: cfr. nota 69, I, 361.



## CRISI QUINTA

### *Plaça del populacho y corral<sup>1</sup> del Vulgo.*

ESTÁVASE la Fortuna, según cuentan, baxo su soberano dosel, más assistida de sus cortesanos que assistiéndoles, quando llegaron dos pretendientes de dicha a solicitar sus favores. Suplicó el primero le hiziesse dichoso entre personas,<sup>2</sup> que le dicsse cabida con los varones sabios y prudentes. Miráronse unos a otros los curiales y dixerón:

—Este se alçará con el mundo.

Mas la Fortuna, con semblante mesurado y aun triste, le otorgó la gracia pretendida.

Llegó el segundo y pidió, al contrario, que le hiziesse venturoso con todos los ignorantes y necios. Riéronlo mucho los del cortejo, solemnizando gustosamente una petición tan estraña. Mas la Fortuna, con rostro mui agradable, le concedió la suplicada merced.

Partiéronse ya entrambos tan contentos como agradecidos, abundando cada uno en su sentir. Mas los áulicos,<sup>3</sup> como siempre están contemplando el rostro de su príncipe y bruju-leándole los afectos,<sup>4</sup> notaron mucho aquel tan extravagante

<sup>1</sup> *corral*, con equívoco entre patio, teatro y lugar donde se guardan animales, que ya hemos señalado en nota 128, I, 235.

<sup>2</sup> *persona*, con el énfasis de hombre de prendas que le da siempre el autor.

<sup>3</sup> *áulico* (cortesano, palaciego), voz muy corriente en aquellos siglos.

<sup>4</sup> Bien lo dijo Ruiz de Alarcón por boca de un áulico en *Los favores del mundo*, II, x:

“¡Fuerte caso, dura ley,  
que haya de ser el privado  
un astrólogo, colgado  
de los aspectos del rey!”

De los cortesanos había escrito el P. Pedro de Rivadeneyra: “como unos camaleones se visten de la color y afeto del príncipe, y como espejo representan la imagen que ven de él. Si ríe, ríen; si está triste, están tristes; si se enoja, salen de sí; si enfermo, no hay quien les vea la cara, y, lo que suele ser señal de un amor encendido y vehemente, tienen celos y envidias entre sí, y aunque fingen quererse bien, cada uno pretende desprivar al otro y tener más parte y cabida con su príncipe, y amarle sin competidor.” *Tratado del príncipe cristiano*, II, xxix.

cambiar semblantes de su reina. Reparó también ella en su reparo y mui galante les dixo:

—¿Quál destos dos pensáis vosotros, ¡o cortesanos míos!, que ha sido el entendido? Creeréis que el primero. Pues sabed que os engañáis de medio a medio, sabed que fué un necio: no supo lo que pidió, nada valdrá en el mundo. Este segundo sí que supo negociar: éste se alçará con todo.

Admiráronse mucho, y con razón, oyendo tan paradoxo <sup>5</sup> sentir, mas desempeñóse <sup>6</sup> ella diziendo:

—Mirá,<sup>7</sup> los sabios son pocos, no ai quatro en una ciudad; *Necedad* ¡qué digo quatro!, ni dos en todo un reino. Los ignorantes *valida.* son los muchos, los necios son los infinitos; <sup>8</sup> y assí, el que los tuviere a ellos de su parte, ésse será señor de un mundo entero.

Sin duda que estos dos fueron Critilo y Andrenio, quando éste, guiado del Cecrope,<sup>9</sup> fué a ser necio con todos. Era increíble el séquito que arrastrava el que todo lo presume y todo lo ignora. Entraron ya en la plaça mayor del universo, pero nada capaz,<sup>10</sup> llena de gentes, pero sin persona, a dicho de un sabio que con la antorcha en la mano, al medio día, iba buscando un hombre que lo fuesse y no avía podido hallar uno entero: <sup>11</sup> todos lo eran a medias; porque el que tenía cabeça de hombre, tenía cola de serpiente, y las mugeres de pescado; al contrario, el que tenía pies no tenía cabeça. Allí vieron muchos Acteones que luego que cegaron se convirtieron en

<sup>5</sup> *paradoxo*, como el autor solía escribir por *paradójico*, según hemos apuntado en nota 169, I, 346; *sentir*, que sigue, por *opinión*.

<sup>6</sup> *desempeñarse*: cfr. nota 275, II, 166.

<sup>7</sup> *mirá*, mirad: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>8</sup> Del *Eclesiastés*, I, 15: "et stultorum infinitus est numerus." Así Cicerón, *Epist. ad Familiares*, IX, xxii, 4: "Stultorum plena sunt omnia."

<sup>9</sup> *Cecròpe* en todas las ediciones antiguas, incluso la de 1773; el uso era vario, como en *ciclòpe* y *cíclope*, aunque el esdrújulo fuese más común. Sobre aquel personaje mítico, véase nota 44, II, 128.

<sup>10</sup> *capaz*, con claro equívoco de *espaciosa* y *apta* (inteligente).

<sup>11</sup> El sabio en cuestión es Diógenes el Cínico, de quien su homónimo, Diógenes Laercio (VI, ii, 60), refiere que volviendo de los juegos olímpicos, le preguntó uno si había sido grande la concurrencia, a lo que respondió: "Sí, gente mucha, personas pocas." La anécdota de la antorcha, que también trae Diógenes Laercio (VI, ii, 41), fué desarrollada por Fedro en su fábula LXIII, aunque aplicándola a Esopo. Pero Gracián se refiere a Diógenes, pues como de él cuenta aquella conocida anécdota en *El Discreto*, XVI, 379 b. Recuérdala asimismo en la *Agudeza*, XLVII, 299. En nuestro texto ha juntado las dos anécdotas, o alusiones a ellas, en la misma frase.

cierbos.<sup>12</sup> Tenían otros cabeças de camellos, gente de cargo y de carga; muchos, de bueyes en lo pesado, que no en lo seguro; no pocos, de lobos, siempre en la fábula del pueblo;<sup>13</sup> pero los más, de estóolidos jumentos, mui a lo simple malicioso.

—Rara cosa—dixo Andrenio—que ninguno tiene cabeça de serpiente ni de elefante, ni aun de vulpeja.

—No, amigo—dixo el Filósofo—, que aun en ser<sup>14</sup> bestias no alcançan essa ventaja.

Todos eran hombres a remiendos, y assí, quál tenía garra de león, y quál de osso e[1]<sup>15</sup> pie; hablava uno por boca de ganso,<sup>16</sup> y otro murmurava con ozico de puerco; éste tenía pies de cabra,<sup>17</sup> y aquél orejas de Midas;<sup>18</sup> algunos tenían ojos de lechuza, y los más de topo; risa de perro<sup>19</sup> quien yo sé, mostrando entonces los dientes.

Estavan divididos en varios corrillos hablando, que no razo- *El vulgo en*  
nando, y assí oyeron en uno que estavan peleando: a toda *corrillos.*  
furia ponían sitio a Barcelona y la tomavan en quatro días por ataques, sin perder dinero ni gente;<sup>20</sup> passavan a

<sup>12</sup> Cegaron de amor a la vista de la hermosura, porque el autor sigue precisamente la versión de Ovidio (*Metam.*, III, 138–252), según la cual Acteón fué cambiado en ciervo por haber visto a Diana en el baño.

<sup>13</sup> “Es la cabeza del lobo. Dícese cuando uno pide para sí o hace algo de su provecho poniendo a otro por achaque, u otra cosa por causa, a lo cual llaman *cabeza de lobo*; tórnase del uso que hay de pedir, los que matan lobos, por los lugares de la comarca . . . llevando y mostrando la cabeza del lobo, que es el achaque para sí.” (Correas.) Es costumbre que aun se conserva: véase, por ejemplo, la *Flor de santidad* de Valle-Inclán (*Obras*, II, 114).

<sup>14</sup> *en ser*, que hoy diríamos *con ser*.

<sup>15</sup> *en*, que tengo por evidente errata, en todas las ediciones.

<sup>16</sup> Esta locución familiar, tan corriente en nuestros días, la explicaba ya Correas: “Cuando se acierta acaso [*i.e.*, por casualidad] en algo; y de ordinario no acertando, y tenerlo por no dicho; y hablar, o jugar, por ganso, o con ganso, es tener al lado quien le diga y advierta.” Sabido es que ésta última acepción es la que damos hoy a aquella locución.

<sup>17</sup> *pies de cabra*, no por el instrumento de hierro así nombrado, sino por la inclinación de las cabras a encaramarse.

<sup>18</sup> Recuerdo de Ovidio (*Metam.*, XI, 178–179), porque fué él quien presentó a Midas con orejas de asno: “partem damnatur in unam / induiturque aures lente gradientis aselli.”

<sup>19</sup> Acordándose de la consabida *risa de conejo* (la forzada o de mala gana), imagina el autor la *risa de perro* por aquello de reír y mostrar los dientes.

<sup>20</sup> Dícelo porque en el primer sitio de Barcelona (1641), el ejército real, dirigido por el marqués de los Vélez, sufrió terribles bajas y tuvo que renunciar finalmente a su conquista; y en el segundo asedio (1651), las tropas reales, al mando de don Juan de Austria, no lograron apoderarse

Perpiñán<sup>21</sup> mientras duraban las guerras civiles de Francia,<sup>22</sup> restauraban toda España,<sup>23</sup> marchaban a Flandes, que no avía para dos días; daban la buelta a Francia, dividíanla en quatro potentados, contrarios entre sí, como los elementos; y finalmente venían a parar en ganar la Casa Santa.<sup>24</sup>

—¿Quién son éstos—preguntó Andrenio—que tan vizarramente pelean? ¿Si estaría<sup>25</sup> aquí el bravo Piccolomini?<sup>26</sup> ¿Es por ventura aquél el Conde de Fuensaldaña,<sup>27</sup> y aquel otro Totavila?<sup>28</sup>

de la ciudad (sitiada por mar y tierra, y defendida por los franceses) sino tras muchos meses y enconadísimos combates, con grandes pérdidas para ambas partes. Fué tomada el 13 de octubre de 1651, y probablemente tenía ya Gracián escrita para entonces la presente crisi, aunque por alguna otra alusión al año 1652 que señalaremos, la retocaría después.

<sup>21</sup> La sublevación de Cataluña se había extendido al Rosellón, que tenía por capital a Perpiñán, y todo aquel territorio de los Pirineos orientales estaba en poder de las armas francesas desde 1643. Algunos años después de escribirse esta Segunda Parte, por virtud de la Paz de los Pirineos (1659), España cedió a Francia el Rosellón, con el Conflans, casi todo el Artois, la mitad del Henao y varias plazas en Flandes y Luxemburgo, a cambio de otras compensaciones territoriales. Cons. Galeazzo Gualdo Priorato, *Historia della pace fra le due Corone conclusa à Pirennei nell'anno 1659, con l'abbocamento delli due Rè*, Colonia, 1669.

<sup>22</sup> Alúdese a las llamadas Guerras de la Fronda (1648–1653), guerras civiles de Francia que empezaron por luchas de partidos, durante la regencia de doña Ana de Austria. Los nobles, descontentos de la privanza del cardenal Mazarino, se unieron al pueblo y los parlamentarios. Por desavenencias entre los jefes de aquel movimiento, pudo someterlos finalmente la Regente e imponerles de nuevo la privanza de Mazarino.

<sup>23</sup> Esto es, el Rosellón, Portugal (que siguió el ejemplo de Cataluña, sublevándose en diciembre de 1640 y logrando su independencia efectiva en 1641), varias plazas de Flandes recientemente perdidas, y la misma Cataluña, donde continuó la guerra después de la toma de Barcelona.

<sup>24</sup> Casa Santa, “por excelencia se entiende la de Gerusalem, tan venerada de los christianos, por estar en ella el Santo Sepulchro de Christo Nuestro Señor. Lat. *Sacra domus Hierosolymitana*.” Dice. Auts.

<sup>25</sup> *estaría*: cfr. nota 94d, I, 367.

<sup>26</sup> Octavio Piccolomini, sobre el cual queda nota 196, II, 79.

<sup>27</sup> Don Alonso Pérez de Vivero, tercer conde de Fuensaldaña, general que dirigió las campañas de Flandes desde 1648 hasta 1653. Cons. *Colección de documentos inéditos para la Hist. de España*, LXXV, 547–576.

<sup>28</sup> Francisco Tutavila (1604–1679), duque de San Germán, gobernador militar de Tarragona, general de artillería y maese de campo en la guerra de Cataluña, que triunfó de los franceses en la victoria de Lérida (1646). Noticias de su parte en la batalla dió Gracián en la correspondencia. (Cons. Coster, *Baltasar Gracián*, págs. 366–367.) En los documentos de la época se le llama Totavila, Totavilla y Tutavila, y con ésta última forma, que era la más común, aparece en la ed. M1664. Véase *Colec. de doc.*

—Ninguno déstos es soldado—respondió el Sabio—, ni han visto jamás la guerra. ¿No ves tú que son quatro villanos de una aldea? Sólo aquel que habla más que todos juntos es el que lee las cartas, el que compone los razonamientos, el que le va a los alcances al cura: digo, el barbero.

Impaciente, Andrenio dixo:

—Pues si éstos no saben otro <sup>29</sup> que destripar terrones, ¿porqué tratan de allanar reinos y conquistar provincias?

—¡Eh!—dixo el Cecrope—, que aquí todo se sabe.

—No digas que se sabe—replicó el Sabio—, sino que todo se habla.

Toparon en otro <sup>30</sup> que estaban gobernando el mundo: uno dava arbitrios, otro publicava premáticas,<sup>31</sup> adelantavan los comercios y reformavan los gastos.

—Estos—dixo Andrenio—serán del parlamento; no pueden ser otro,<sup>32</sup> según hablan.

—Lo que menos tienen—dixo el Sabio—es de consejo. Toda es gente que, aviendo perdido sus casas, tratan de restaurar las repúblicas.

—¡O vil canalla!—exclamó Andrenio—. ¿Y de dónde les vino a éstos meterse a gobernar?

—Aí verás—respondió el serpihombre—que aquí todos dan su voto.

—Y aun su cuero <sup>33</sup>—replicó el Sabio.

Y acercándose a un herrero: <sup>34</sup>

—Advertí—le dixo—que vuestro oficio es herrar bestias: dad alguna en el clavo.<sup>35</sup>

Y a un zapatero lo metió en un zapato,<sup>36</sup> pues le mandó no saliese dél. Más adelante estaban otros altercando de linages, cuál sangre era la mejor de España; si el otro era gran soldado de más ventura que valor, y que toda su dicha avía consistido

*Murmuración mecánica.*

*inéditos para la Hist. de España, XCV, 282, 368, 370, et passim; Memorial hist. español, XVIII, 348; XIX, 447.*

<sup>29</sup> otro, otra cosa: cfr. nota 19, I, 105.

<sup>30</sup> otro corrillo, sobrentendido.

<sup>31</sup> premática, pragmática: cfr. nota 125, II, 34.

<sup>32</sup> otro, otra cosa.

<sup>33</sup> Recordando la locución familiar *dar el pellejo* (morir), pone *dar su cuero* ambiguamente: cuero de vino, quiere decir, por haber expresado lo del *voto*, que ahora hay que entender por analogía verbal *bota* (de vino).

<sup>34</sup> herrero fué corregido con la voz más precisa de *Herrador* en M1664.

<sup>35</sup> Por la expresión popular: *Dar una en el clavo y ciento en la herradura* (Correas), satirizando a los que por una vez que aciertan, yerran ciento.

<sup>36</sup> Apenas es necesario aclarar la locución *meter a uno en un zapato*

en no aver tenido enemigo; ni perdonavan a los mismos príncipes, definiendo y calificándolos si tenían más vicios de hombres que prendas de reyes. De modo que todo lo llevaban por un rasero.

—¿Qué te parece?—dixo el Cecrope—. ¿Pudieran discurrir mejor los siete sabios de Grecia? <sup>37</sup> Pues advierte que todos son mecánicos, <sup>38</sup> y los más sastres.

—Esso creeré yo, que de sastres <sup>39</sup> siempre ai muchos.

Y Andrenio:

—¿Pues quién los mete a ellos en esos puntos?

—¡O sí!, que es su oficio tomar la medida a cada uno y cortarle de vestir. <sup>40</sup> Y aun todos en el mundo son ya sastres en descoser vidas ajenas y dar cuchilladas en la más rica tela de la fama.

Aunque era tan ordinario aquí el ruido y tan común la vozería, sintieron que hablaban más alto allí cerca en una ni bien casa ni mal <sup>41</sup> çahurda, aunque mui enramada, que en aviendo riego ai ramos. <sup>42</sup>

—¿Qué estancia o qué estanque es éste?—preguntó Andrenio.

Y el Cecrope, agestándose de misterio:

—Este es—dixo—el Areópago; <sup>43</sup> aquí se tiene el Consejo de Estado de todo el mundo.

(Correas), por reñirle o estrecharle hasta que no se atreve a replicar. Comp. Covarrubias: "Meterse en vn çapato es tener miedo, como haze el animalejo q̃ se encova donde halla alguna concavidad."

<sup>37</sup> Conforme a Sócrates, los siete sabios fueron Tales de Mileto, Kilom de Esparta, Solón de Atenas, Pítaco de Mitilene, Bias de Priene, Cleóbulo de Lindo y Misón de Khen, que florecieron en el siglo VI a. de J. Sobre la diversidad de opiniones en cuanto al número y a los que debían de incluirse, véase Diógenes Laercio, I, ii, 17.

<sup>38</sup> *mecánico* solía llamarse al que hoy denominamos *artesano*.

<sup>39</sup> *de sastres*, claro juego con *desastres*, de procedencia quevedesca: "Pues sastres, ¿a quién no matarán las mentiras y largas de los sastres y hurtos? Y son tales, que para llamar a la desdicha peor nombre, la llaman desastre, del sastre." *Visita de los chistes*, ed. cit., pág. 220.

<sup>40</sup> Con el consiguiente equívoco de las locuciones familiares: *Tomar a alguno las medidas* (hacer entero juicio de lo que es un sujeto) y *Cortar de vestir* (murmurar y decir mal de alguno), que trae el *Diccionario de Autoridades*. En la ed. 1773 de nuestro texto se cambió *de vestir* por *el vestido* (pág. 235 b).

<sup>41</sup> Corrigiendo intencionadamente el empleo que se hace de *ni bien* . . . *ni bien* como conjunción distributiva.

<sup>42</sup> *enramada* y *ramos*, por el que se pone a la puerta de las tabernas (cfr. nota 156, II, 39); *riego* en su acepción vulgar de *trago de vino*.

<sup>43</sup> De no referirse precisamente al tribunal superior de la antigua Atenas, *areópago* era y es empleado comúnmente en sentido irónico.

—Bueno irá él si por aquí se gobierna. Esta más parece taberna.

—Assí como lo es—respondió el Sabio—, que como se les suben los humos a las cabeças, todos dan en quererlo ser.<sup>44</sup>

—Por lo menos—replicó el Cecrope—, no pueden dexar de dar en el blanco.

—Y aun en el tinto<sup>45</sup>—respondió el Sabio.

—Pues de verdad—bolvió a instar<sup>46</sup>—que han salido de aquí hombres bien famosos y que dieron harto que dezir de sí.

—¿Quiénes fueron éssos?

—¿Cómo quiénes? ¿Pues no salió de aquí el tundidor de Segovia,<sup>47</sup> el cardador de Valencia,<sup>48</sup> el segador de Barcelona<sup>49</sup> y el carnicero de Nápoles?<sup>50</sup> que todos salieron a ser cabeças y fueron bien descabeçados. *Cabeças de motines.*

<sup>44</sup> Esto es, en querer ser cabeças; pero acaso el autor lo refiera a *sabio*, no cuidándose de que esta palabra la pronuncia él mismo al referir la conversación, y no los interlocutores.

<sup>45</sup> *blanco* y *tinto*, equívoco por estas clases de vinos; sobre los vinos más famosos en aquellos siglos, nombrados por el color o por el lugar, pueden leerse unas notas de mi *Antología de la literatura española* (Boston, 1933), págs. 111-112 y 121.

<sup>46</sup> *instar*, en la acepción de *argüir* que tenía aquella voz en la dialéctica de las escuelas.

<sup>47</sup> De los tumultos de Segovia, el más famoso fué dirigido por un tundidor llamado Antonio Casado en 1520, cuyo levantamiento inició la guerra de las Comunidades. Cons. Prudencio de Sandoval, *Hist. del emperador Carlos V*, lib. V, caps. xxxi-xxxv; Carlos de Leca y García, *Relación histórica de los principales Comuneros segovianos*, Segovia, 1906.

<sup>48</sup> Juan Lorenzo, cardador de lanas, formó y presidió la Germanía o Junta de los Trece en Valencia (1518), la cual expulsó al gobernador, el conde de Mérito, y fué dueña por algún tiempo de la ciudad. Las Germanías de Valencia y Mallorca representan la lucha social de clases, más bien que la lucha política de las Comunidades de Castilla. Cons. Manuel Fernández Herrero, *Historia de las germanías de Valencia*, Madrid, 1870; Eusebio Martínez de Velasco, *Comunidades, germanías y asonadas, 1517-1522*, Madrid, 1884.

<sup>49</sup> Alude a la rebelión que estalló el 7 de julio de 1640 en Barcelona, en la cual fueron asesinados el virrey y los castellanos por las turbas de segadores que habían entrado en la capital. Cons. Víctor Balaguer, *Historia de Cataluña*, lib. X, cap. xv.

<sup>50</sup> Refiérese a Masaniello (Tommas Aniello), que acaudilló el tumulto del 5 de octubre de 1647 en Nápoles. Acaso hubiera alguna confusión en aquellos primeros años sobre el oficio de Masaniello, como desde luego la hubo sobre su nombre mismo, pues llamáronle en las relaciones españolas *Tomás Aniello*, que era lo propio, y *Anillo*, *Anielo* y *Anilo*. (Compárese, v. gr., *Memorial hist. español*, XIX, 49, 52, et al.) En realidad era pescador, y no carnicero: "He got his Living by angling for small Fish with a

Escucharon un poco y oyeron que unos en español, otros en francés, en irlandés algunos, y todos en tudesco,<sup>51</sup> estaban disputando cuál era más poderoso de sus reyes, cuál tenía más rentas, qué gente podían meter en campo,<sup>52</sup> quién tenía más estados, brindándose a la salud de ellos y a su gusto.<sup>53</sup>

—De aquí, sin duda—dixo Andrenio—, salen tantos como andan rodando por essa gran vulgaridad, dando su voto en todo. Yo creí procedía de estar tan acabados los hombres, que andavan ya en cueros; mas aora veo que todos los cueros<sup>54</sup> andan en ellos.

—Assí es—ponderó el Sabio—. No verás otro<sup>55</sup> por aí sino pellejos rebutidos de poca substancia. Mira aquél, quanto más inchado más vacío; aquel otro está lleno de vinagre, a lo ministro;<sup>56</sup> aquellos botillos<sup>57</sup> pequeños son de agua de azar, que con poco tienen harto, luego<sup>58</sup> se llenan;<sup>59</sup> aquellos muchos son de vino, y por esso en tierra; aquellos otros, los que en siendo de voto son de bota;<sup>60</sup> muchos están embutidos de paja,

Cane, Hook and Line, and sometimes he bought Fish in the Market, and retail'd them to Neighbours who lived near him; in short, he was one of those whom the Neapolitans call *Pescivendoli*.” (*The History of the Rise and Fall of Masaniello*. Collected from Authentick Memoirs and Manuscripts. By F. Midon, London, 1729, pág. 14.) Podía referirse Gracián al que dirigió a Masaniello mismo, Giulio Gengino, pero tampoco fué carnicero, sino doctor en Derecho y sacerdote, que llevaba muchos años trabajando por la revolución. Pudiera, igualmente, aludir a otro famoso tumulto de Nápoles, el de 1547, pero tampoco fué acaudillado por un carnicero, sino por un capitán de bandidos, que precisamente se llamaba también Masaniello.

<sup>51</sup> *en tudesco*, por estar borrachos: cfr. nota 20, I, 379.

<sup>52</sup> *campo* se llamaba al ejército en campaña.

<sup>53</sup> A gusto de los que bebían, se entiende.

<sup>54</sup> Nuevo tiento del autor a los cueros de vino.

<sup>55</sup> *otro*, otra cosa.

<sup>56</sup> Solía sobrentenderse por *ministro* el juez o el oficial suyo (alguacil, corchete) que ejecutaba sus mandatos, como queda indicado en nota 91, I, 302; pero *ministro* se llamaba también, como hoy, al consejero del rey, y *primer ministro* a su privado, cuando menos desde el reinado de Felipe III.

<sup>57</sup> *botillo*, “el pellejo u odre manual y pequeño, semejante a los grandes, para echar vino u otro licor en cantidad que se pueda llevar facilmente, como una arroba, y de ahí abaxo.” *Dicc. Auls.*

<sup>58</sup> *luego*, al punto.

<sup>59</sup> Acerca de la omisión de la *h* en *azahar*, que era corriente, véase nota 143, II, 37. Gracián emplea aquí la voz con el equívoco de *desdicha imprevista*, significando que las personillas de poco valer tienen por excesivo cualquier leve infortunio.

<sup>60</sup> Con doble juego del vocablo, por sacar la *bota* del voto, y por *devoto* también *devota*. Comp. Gaspar Lucas Hidalgo, *Diálogos de apacible entretenimiento* (1605): “Porque quando el vino sale de bota es bebida muy



que la merecen; <sup>61</sup> colgados <sup>62</sup> otros por ser de hombres fieros, que hasta del pellejo de un bárbaro están acullá haziendo un tambor para espantar, muerto, <sup>63</sup> sus contrarios: tan allá resuena la fiereza déstos.

De la mucha canalla que de adentro redundava <sup>64</sup> se descomponían por allí cerca muchos otros corrillos, y en todos estaban murmurando del gobierno, y esto siempre y en todos los reinos, aun en el siglo de oro y de la paz. Era cosa ridícula oír los soldados tratar de los Consejos, dar priessa al despacho, re- *Necios barajados.*

devota." (Ed. BAE, XXXVI, 287 a.) Del mismo: "Donde tantas botas paren, / como devotas se empreñan." (*Ibíd.*, pág. 316 a.) Recuérdese asimismo a Sancho II, el escudero del Caballero del Bosque, cuando conversa con el primerísimo de los Sanchos: "fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla, por sí o por no; y es tan devota mía y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos." *Quijote*, II, xiii.

<sup>61</sup> *la merecen* comer, sobrentendido.

<sup>62</sup> *colgados*, con manifiesta intención de *ahorcados*.

<sup>63</sup> *muerto*, por *después de muerto*, recordando acaso la leyenda cidiana de Valencia, la que canta el bello romance:

"Mientras se apresta Jimena  
con alguno de los suyos  
para partir de Valencia  
con el silencio noturno . . .  
Alvar Fañez de Minaya,  
don Ordoño y don Bermudo,  
para la batalla aprestan  
del Cid el cuerpo difunto . . .  
Y en medio de dos tablones  
el embalsamado bulto . . .  
El derecho brazo alzado,  
al menos cuanto se pudo,  
en la mano su Tizona,  
el limpio fierro desnudo.  
D'esta guisa le aprestaron,  
y cuando aprestado estuvo  
pavor les dió de miralle:  
¡tal se muestra de sañudo!  
Trujeron pues a Babieca . . .  
atáronle a los arzones  
fuertemente por los muslos . . .  
Y a la lumbré del lucero,  
que por verlos se detuvo,  
con su capitán sin alma  
salieron al campo juntos,  
donde vencieron a Búcar  
solo porque a Dios plugo . . ."

(Ed. BAE, X, 570-571.)

<sup>64</sup> *redundar*, desbordarse: cfr. nota 85, II, 28.

formar los cohechos, residenciar los oidores,<sup>65</sup> visitar los tribunales. Al contrario, los letrados era cosa graciosa verles pelear, manejar las armas, dar assaltos y tomar plaças; el labrador hablando de los tratos y contratos, el mercader de la agricultura; el estudiante de los exércitos, y el soldado de las escuelas; el seglar ponderando las obligaciones del eclesiástico, y el eclesiástico las desatenciones del seglar; barajados los estados, metiéndose los del uno en el otro, saltando cada uno de su coro, y hablando todos de lo que menos entienden. Estaban unos viejos diziendo mucho mal de los tiempos presentes y mucho bien de los passados, exagerando la insolencia de los moços, la libertad de las mugeres, el estrago de las costumbres y la perdición de todo.

—Yo, menos entiendo el mundo—dezía éste—quanto más va.<sup>66</sup>

—Y yo lo desconozco del todo—dezía aquél—. Otro mundo es éste del que nosotros hallamos.

Llegóse en esto el Sabio y díxoles bolviessen la mira atrás y viessen otros tantos viejos que estaban diziendo mucho más mal del tiempo que ellos tanto alabavan; y detrás de aquéllos, otros y otros, encadenándose hasta el primer viejo su vulgaridad.<sup>67</sup> Media dozena de hombres mui autorizados, con más barbas que dientes, mucho ocio y poca renta, estaban en otro corro allí cerca tratando de desempeñar las casas de los señores y restituírlas a aquel su antiguo lustre.

<sup>65</sup> *oidor*, que hoy llamamos *magistrado*, era el ministro togado de los Consejos y Audiencias que juzgaba las causas; los oidores de la Audiencia, gobernadores, capitanes generales y virreyes, al cesar en sus cargos, eran residenciados, esto es, sufrían un juicio llamado *de residencia* en el que se les tomaba cuenta de su administración y se daba audiencia a los demás funcionarios y a los representantes del pueblo para que manifestaran las acusaciones que contra aquéllos tuviesen que formular; con el pensamiento en ello, Cervantes llama *residencia universal* al juicio final (*Quijote*, II, xlii), y en términos parecidos alude Mira de Amescua al juicio de residencia en *La rueda de la Fortuna*, III, xiii. Respecto del procedimiento del juicio de residencia, y disposiciones legales entonces vigentes, puede consultarse la *Nueva Recopilación*, lib. III, tít. ix.

<sup>66</sup> *va* adelante: cfr. nota 47, II, 57.

<sup>67</sup> *Eclesiastés*, VII, 11: "Ne dicas: Quid putas causae est quod priora tempora meliora fuere quam nunc sunt? stulta enim est huiusmodi interrogatio." Comp. también Séneca, *Epist.*, XCVII, 1: "Erras, mi Lucili, si existimas nostri saeculi esse vitium luxuriam et negligentiam boni moris et alia, quae objecit suis quisque temporibus; hominum sunt ista, non temporum. Nulla aetas vacavit a culpa."

—¡Qué casa—dezia uno—la del Duque del Infantado quando se hospedó en ella el rei de Francia prisionero! ¡Y lo qué Francisco la celebró! <sup>68</sup>

—¿Pues qué la devía—dixo otro—la del Marqués de Villena quando hazía y deshazía? <sup>69</sup>

—¿Y la del Almirante en tiempo de los Reyes Católicos, púdose imaginar mayor grandeza? <sup>70</sup>

—¿Quién son éstos?—preguntó Andrenio.

—Estos—respondió el hombre sierpe—son hombres de honor en los palacios: llámanse gentil hombres o escuderos. <sup>71</sup>

—Y en buen romance—dixo el Sabio—son gente que después de aver perdido la hazienda, están perdiendo el tiempo, y los que aviendo sido la polilla de sus casas, vienen a ser la honra de las agenas; que siempre verás que los que no supieron para sí, quieren saber para los otros. <sup>72</sup>

—Nunca pensé ver—ponderava Andrenio—tanto necidiscreto junto, y aquí veo de todos estados y géneros, hasta legos.

—¡O sí!—dixo el Sabio—, que en todas partes ai vulgo, <sup>73</sup> y por atildada que sea una comunidad ai ignorantes en ella que quieren hablar de todo y se meten a juzgar de las cosas sin tener punto de juicio.

<sup>68</sup> Don Iñigo López de Mendoza, cuarto duque del Infantado, que brilló en las cortes de Carlos V y Felipe II. Haciendo una relación de las cosas más singulares de España, escribía Luis Zapata en su *Miscelánea* que, entre los grandes señores, “el de más vasallos, pues tiene treinta mil, y los más hidalgos, el duque del Infantazgo.” (Ed. *Memorial hist. español*, XI, 56.) Acerca de la estancia de Francisco I en su palacio, véase Vicente Castañeda, *La entrada del rey Francisco de Francia en Guadalajara y hospedaje que le hizo el Duque del Infantado*, Madrid, 1918.

<sup>69</sup> Don Juan Pacheco, primer marqués de Villena, muerto en 1474, fué favorito de Enrique IV de Castilla, “e quier fuese por dicha, quier por abilidad, o por ambas cosas, alcançó tener mayores rentas e estado que ninguno de los otros señores de España que fueron en su tiempo.” Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*, ed. Clás. Cast., pág. 63.

<sup>70</sup> El cargo de Almirante Mayor de Castilla, hereditario en la familia de los Enríquez (como lo era el de Condestable en la casa de los Velascos), lo desempeñaba en tiempo de los Reyes Católicos don Fadrique Enríquez, cuyas rentas anuales eran más de 50.000 ducados (sobre dos millones de pesetas), según su contemporáneo Maríneo Sículo. Cons. William H. Prescott, *Hist. of the Reign of Ferdinand and Isabella*, Boston, 1858, t. III, pág. 434.

<sup>71</sup> Sobre *gentilhombres*, dejamos nota 145, I, 237.

<sup>72</sup> Dice Plauto, *Trinummus*, I, ii, 168: “Qui omnia se simulant scire, neque quicquam sciunt.” Cfr. nota 50, II, 129.

<sup>73</sup> Y cuanto más grande es el vulgo, más ciego es su corazón, había dicho justamente Píndaro en sus *Nemeas*, VII, 24-25.

Pero lo que estrañó mucho Andrenio fué ver entre tales hezes de la república, en medio de aquella sentina vulgar, algunos hombres lucidos y que se dezía eran grandes personajes.

—¿Qué hazen aquí éstos? Señor, que se hallen aquí más esportilleros que en Madrid, más aguadores que en Toledo, más gorriones que en Salamanca,<sup>74</sup> más pescadores que en Valencia, más segadores que en Barcelona, más palenquines que en Sevilla, más cavadores que en Zaragoza, más mochilleros <sup>74d</sup> que en Milán, no me espanta; <sup>75</sup> pero ¡gente de porte, el cavallero, el título, el señor, no sé qué diga!

—¿Qué piensas tú—dixo el Sabio—, que en yendo uno en litera, ya por esso es sabio, en yendo bien vestido es entendido? Tan vulgares ai algunos y tan ignorantes como sus mismos lacayos. Y advierte que aunque sea un príncipe, en no sabiendo las cosas y quererse meter a hablar de ellas, a dar su voto en lo que no sabe ni entiende, al punto se declara hombre vulgar y plebeyo; porque vulgo <sup>76</sup> no es otra cosa que una sinagoga <sup>77</sup> de ignorantes presumidos y que hablan más de las cosas quanto menos las entienden.

Bolvieron los rostros a uno que estava diziendo:

—Si yo fuera rei . . .

Y era un mochillero.

—Y si yo fuera papa . . .—dezía un gorrón.

—¿Qué avíais de hazer vos si fuéades <sup>78</sup> rei?

<sup>74</sup> gorriones se llamaban, como hoy, a los que comían, bebían, etc., a costa ajena (cfr. nota 128, I, 339); designaba igualmente a los que se trataban con las *gorronas* o rameras; también a los estudiantes pobres que se costearon los estudios acompañando y sirviendo a otros ricos, y éstos son los de nuestro texto. Acerca de los tales académicos *gorrones*, *capigorras*, *capigorristas* o *capigorriones* de Salamanca, puede consultarse Gustave Reynier, *La vie universitaire dans l'ancienne Espagne*, París, 1902. Respecto de cierta especie de gentes que se llamaban *capigorras* en la corte y se hacían pasar por astrólogos y *fisionómicos* (los que leían la fortuna de uno en las rayas de la mano), véase Liñán y Verdugo, *Guía y avisos de forasteros*, pág. 198.

<sup>74d</sup> mochillero (soldado) alternaba con *mochilero*, cuando menos hasta fines del siglo XVII, y ambas formas están registradas en el *Dicc. de Autoridades*.

<sup>75</sup> espantar, asombrar: cfr. nota 36, I, 108.

<sup>76</sup> el vulgo en M1664; acaso se deba la omisión del artículo en nuestro texto a descuido de imprenta, pero no necesariamente.

<sup>77</sup> sinagoga, no por desdén sectario precisamente, sino por su significado etimológico de *reunión, congregación* (συναγωγή).

<sup>78</sup> fuéades: cfr. nota 121d, I, 234.

—¿Qué? Lo primero me avía de teñir los vigotes a la española,<sup>79</sup> luego me avía de enojar, y ¡voto . . .! <sup>80</sup>

—No, no juréis, que todos éstos que echan votos huelen a cueros.<sup>81</sup>

—Digo que avía de hazer colgar media dozena; <sup>82</sup> yo sé que olierá la casa a hombre <sup>83</sup> y que mirarán algunos cómo perdían las vitorias y los exércitos, cómo entregavan las fortalezas al enemigo. No me avía de llevar encomienda <sup>84</sup> quien no fuese soldado, y de reputación, pues para ellos se instituyeron, y no

<sup>79</sup> Abundan en los libros de aquel tiempo las referencias satíricas a la costumbre de teñirse las canas, y de un viejo debe de tratarse en nuestro pasaje. En uno de los trozos más largos sobre el tema, se lee lo que sigue: “—Mas ¿qué tal pareciera yo con mis blancas canas junto a una niña rubia y blanca, bien puesta y hermosa . . .—Eso no os dé pena—dijo ella—, que Juan de Vergara tiene una tinta tan negra y fina, que a cuantos hombres y mujeres entran en su casa con canas, los pone de manera que a la salida no los conocen.” (Espinell, *Marcos de Obregón*, I, v.) Véase también Lope de Vega (ed. Acad., VI, 230), Cervantes (*Comedias*, ed. Schevill y Bonilla, IV, 23), Tirso de Molina (*La celosa de sí misma*, III, viii; *Quien calla otorga*, I, vii), y para el más grotesco de los vejetes teñidos, Castillo Solórzano (*Las harpías de Madrid*, ed. Madrid, 1907, págs. 91–92). Lo de *a la española* no puede referirse a *teñir* (costumbre tan vieja y extendida en todo tiempo y país), sino a los *bigotes*, que se llevaban en España característicamente crecidos y de mucho rumbo en aquel siglo: cfr. nota 75, I, 278.

<sup>80</sup> Soldado había de ser, con sus votos, reniegos y porvidas, con sus arrogancias y bravatas. Felipe III había dictado el 10 de abril de 1611 unas *Ordenanzas* sobre disciplina militar, cuyo número lxvi dispone: “El que blasfemare de Dios Nuestro Señor, de Nuestra Señora o de los Santos, diciendo: Reniego, no creo, descreo, pese, o por vida, se ejecuten en su persona las penas que las leyes disponen . . . teniendole preso y con prisiones.” Punto que no es desatendido tampoco en el *Decreto* de Felipe IV, con ochenta artículos u ordenanzas, dictado el 28 de junio de 1632 “para la reformation de la disciplina militar y mejor gobierno de las armas.”

<sup>81</sup> Nuevo golpe a los *cueros* de vino.

<sup>82</sup> De *hombres* se entiende, pero no lo dice expresamente para que quede la ambigüedad de *hombres* y *cueros*, de *ahorcar* y *colgar*, y que el olor que sigue sea de *justicia* o de *vino*.

<sup>83</sup> “*Oler la casa a hombre*. Phrase vulgar para dar a entender que alguno quiere hacerse obedecer en su casa; y por lo regular se dice del que afecta ser hombre de brios y quiere parecerlo, no siendolo.” *Dicc. Aut.*

<sup>84</sup> Fueron establecidas las encomiendas primitivamente como dignidad, dotada de renta, para los caballeros de las órdenes militares (las de Santiago, Alcántara, Calatrava, Montesa, Malta y otras), que eran verdaderos institutos militares; más tarde se concedieron a los conquistadores de América, aunque no fuesen caballeros de dichas órdenes; y finalmente vino a ser una merced real no limitada a los hombres de armas.

déstos de las plumicas,<sup>85</sup> sino un sargento mayor Soto,<sup>86</sup> un Monroi<sup>87</sup> y un Pedro Estélez,<sup>88</sup> que se han hallado en cien batallas y en mil sitios. ¡Qué virreyes, qué generales hiziera yo, qué ministros! Todos avían de ser Oñates<sup>89</sup> y Caracenas.<sup>90</sup> ¡Qué embaxadores que no hiziera!

—¡O, no me viera yo un mes papa!—dezía el estudiante.—<sup>91</sup> Yo sé que de otra manera irían las cosas: no se avía de proveer dignidad ni prebenda sino por oposición, todo por méritos; yo examinara quién venía con más letras que favores, quién traía quemadas las cejas.

Abrióse en esto la portería de un convento y metiéronse a la sopa.<sup>92</sup>

<sup>85</sup> Sobre las plumas en el sombrero y otras galas soldadescas, bien satirizadas en aquel siglo, queda nota 118, I, 205.

<sup>86</sup> Francisco de Soto, sargento mayor (comandante), mandaba el tercio de la guarnición de Tortosa que acudió al socorro de Lérida en 1646. Cons. Manuel Jiménez Catalán, *Don Gregorio de Brito, gobernador de las armas de Lérida (1646-1648)*, en *Rev. de Archivos, Bibl. y Museos*, 1918, XXXVIII, 218.

<sup>87</sup> Alonso de Monroy, "Sargento mayor y Gobernador" del regimiento de la Guardia, que se distinguió en el segundo sitio de Lérida (1647). Cons. *Colec. de doc. inéditos para la Hist. de España*, XCV, 483.

<sup>88</sup> En vano lo he buscado. Encuentro, sí, repetidas referencias a un Pedro Esteriz (Esteris en otros pasajes) que mandaba un tercio en el sitio de Lérida, donde Gracián conoció a muchos de los militares que menciona a lo largo de su obra. Don Luis Méndez de Haro escribía a Felipe IV el 22 de junio de 1646: "A Don Gregorio Britto, á Pedro Esteriz y los demás oficiales de aquella plaza [Lérida] escribiré luego, dándoles en nombre de V. M. las gracias del valor y constancia con que se han gobernado, y asegurándoles que recibirán de la gratitud de V. M. el premio . . ." (*Colec. de doc. inéditos para la Hist. de España*, XCV, 278.) Y el autor de una relación anónima del *Sitio de Lérida por el Príncipe de Condé en el año de 1647*, impresa en el mismo volumen de la colección antedicha (pág. 486), habla del "Maestre de Campo Pedro Esteris, soldado de mucho cuidado y valor." Por todo ello me inclino a creer que se trata de una errata de nuestro texto, *Estelez* por *Esteriz*.

<sup>89</sup> Don Iñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate, sobre el cual queda nota 10, I, 216.

<sup>90</sup> Don Luis Benavides de Carrillo, general de caballería, cuyos méritos de guerra le fueron recompensados con el título de marqués de Caracena en 1643. Sucedió al segundo don Juan de Austria en el gobierno de los Países Bajos en 1659.

<sup>91</sup> No hubiera sido el primero en tal dignidad por tan breve tiempo. En aquel mismo siglo, León XI, fallecido el 27 de marzo de 1605, tuvo el pontificado sólo veintiséis días, según Martín Carrillo, en sus *Annales y memorias cronológicas*, Huesca, 1620, fol. 427.

<sup>92</sup> Acerca de esta *sopa boba* o *gallofa* que se daba a los pobres en la portería de los conventos, pusimos nota 158, I, 343.

Topavan varias y desvariadas oficinas por toda aquella gran plaza mecánica.<sup>93</sup> Los pasteleros hacían valientes empanadas de perro; <sup>94</sup> ni faltavan aquí tantas moscas <sup>95</sup> como allá mosquitos; <sup>96</sup> los caldereros siempre tenían calderas <sup>97</sup> que adovar; los olleros alabando lo quebrado; los çapateros a todo hombre buscándole horma de su çapato,<sup>98</sup> y los barberos haziendo las barbas.<sup>99</sup>

—¿Es possible—dixo Andrenio—que entre tanta botica <sup>100</sup> mecánica no topemos una de medicinas? <sup>101</sup>

<sup>93</sup> *mecánica*, popular o vulgar: cfr. nota 129, I, 235.

<sup>94</sup> Recuérdese el pasaje del *Sueño de las calaveras* (ed. cit., págs. 41-42), de Quevedo, sobre el pastelero que daba gato por liebre y en sus empanadas acomodaba carnes de perro y de “más animales que en el arca de Noé.”

<sup>95</sup> *moscas*, con equívoco de *hombres pegajosos*: cfr. nota 60, II, 95.

<sup>96</sup> No está *allá* por la portería del convento, sino por la taberna mucho antes mencionada, pues *mosquito* “llaman al que acude frecuentemente a la taberna.” (*Dicc. Aut.*) Acuérdome aquí de la graciosa *Transfiguración de un vizcaíno, gran bebedor de vino*, de Cristóbal de Castillejo:

“—¡Oh dios Baco poderoso,  
mira cuan bien te he servido,  
y no m'eches en olvido  
en trance tan peligroso!  
Mira que muero por ti  
y por seguir tu bandera,  
y haz siquiera por mí,  
si es fuerza morir aquí,  
que al menos de sed no muera.—

Acabada esta oración,  
sin del lugar menearse,  
súbito sintió mudarse  
en otra composición . . .  
quedándole entera y sana  
la inclinación y apetito,  
sin mudársele la gana,  
mudó la figura humana  
y quedó hecho un mosquito.”

<sup>97</sup> Alude probablemente a las *calderas* del blasón, señal de ricahombría, que suelen ponerse en número de dos.

<sup>98</sup> Por la locución familiar de buscarle las mañas.

<sup>99</sup> *hazer las barbas*, que suele emplearse en el singular, con la acepción figurada de *fastidiar, incomodar*.

<sup>100</sup> *botica*, tienda: cfr. nota 43, I, 324.

<sup>101</sup> Parece echar de menos que, entre tantas oficinas de males (incluso la de los caldereros, por el ruido que meten en la vecindad), no haya alguna de *medicinas* para curarlos.

—Basta que ai <sup>102</sup> hartas barberías <sup>103</sup>—dixo el Cécrope.

—Y hartos en ellas—respondió el Sabio—que como bárbaros hablan de todo; mas lo que ellos saben ¿quién lo ignora?

—Con todo eso—dixo Andrenio—, en una vulgaridad tan común es mucho que no aya un médico que recete; por lo menos, no avían de faltar a la murmuración civil.<sup>104</sup>

—No hazen falta—replicó el Sabio.

—¿Cómo no?

*Necedad incurable.* —Porque, aunque todos los males tienen remedio (hasta la misma locura tiene cura en Zaragoza o en Toledo y en cien partes),<sup>105</sup> pero <sup>106</sup> la necedad no la tiene,<sup>107</sup> ni ha auido jamás hombres que curasse de tonto.

—Con todo eso, veis allí unos que lo parecen.<sup>108</sup>

Venían dándose a las furias de que todos se les entremeten en su oficio y quieren curar a todos con un remedio. Y eso sería nada si algunos no se metiessen a quererles dar doctrina a ellos mismos, disputando con el médico los jaraves y las sangrías.

<sup>102</sup> *ai*, que hoy diríamos *haya*: sobre este empleo del indicativo por el subjuntivo, véase nota 19, I, 169.

<sup>103</sup> Dícelo, no sólo porque en las barberías suministrasen sanguijuelas y el barbero actuase a veces de cirujano, sino porque además piensa ya el autor en la asociación que va a establecer entre *barberías* y *bárbaros*.

<sup>104</sup> Frase elíptica y ambigua: no debían faltar para la curación de la ruín (*civil*, cfr. nota 9, I, 129) murmuración.

<sup>105</sup> El hospital de dementes en Zaragoza era el de Nuestra Señora de Gracia, fundado por Alfonso V de Aragón a mediados del siglo XV, donde se daba hospitalidad a cuantos enfermos se presentasen, cualquiera que fuese su procedencia y su enfermedad, conforme a la divisa que le puso el fundador: *Urbis et orbis domus infirmorum*. (Cons. Joaquín Gimeno Riera, *La Casa de locos de Zaragoza y el Hospital de Nuestra Señora de Gracia*, Zaragoza, 1908.) Respecto del manicomio de Toledo, dejamos ya nota 162, II, 41. Diego de Hermosilla, capellán de Carlos V, escribía el año 1573 en su *Diálogo de la vida de los pajes de Palacio* (ed. Donald Mackenzie, Valladolid, 1916, pág. 127): “agora pocos ay que den rremedio a esa dolencia furiosa, aunque en la Puebla de Montalvan, que es junto a Toledo, e oydo dezir a un amigo mio, huuo vn notable medico llamado el Doctor de la Torre que curaua de esa enfermedad, aunque no acertó a curar a todos . . . en España ay casas para las personas tocadas de esa enfermedad, como en Zaragoza, que por ser la principal nombro primero; luego Toledo, que es vien rrico, Valladolid y Sevilla, y otras que deue de auer que yo no e visto.”

<sup>106</sup> *aunque . . . pero*: cfr. nota 85, I, 181.

<sup>107</sup> Salvo con la buena receta que trae el Maestro Correas: *Callando el necio es habido por discreto*.

<sup>108</sup> Que parecen médicos, saltando algo atrás en la referencia.



—¡Eh—dezían—, déxense matar sin hablar palabra!

Pero los herreros llevaban brava herrería,<sup>109</sup> y aun todos parecían caldereros.<sup>110</sup> Enfadados los sastres, les dixerón que callassen y dexassen oír, si no entender. Sobre esto armaron una pendencia, aunque no nueva en tales puestos; tratáronse mui mal, pero no se maltrataron,<sup>111</sup> y dixéronles los herreros a los sastres, después de encomios solemnes:

—¡Quitá de aí, que sois gente sin Dios!

—¿Cómo sin Dios?—replicaron ellos enfurecidos—. Si dixérades sin conciencia, passe; pero sin Dios, ¿qué quiere dezir esso?

—Sí—repetieron los herreros—, que no tenéis un dios sastre, como nosotros un herrero, y quando todos le tienen, los taberneros a Baco, aunque anda en zelos con Tetis,<sup>112</sup> los mercaderes a Mercurio, de quien tomaron las trampas con el nombre,<sup>113</sup> los panaderos a Ceres, los soldados a Marte, los boticarios a Esculapio. ¡Mirá qué tales sois vosotros, que ningún dios os quiere!<sup>114</sup>

—¡Andá<sup>115</sup> de aí—respondieron los sastres—, que sois unos gentiles!

—¡Vosotros sí lo sois, que a todos queréis hazer gentiles hombres!<sup>116</sup>

<sup>109</sup> *herrería*, “metaphoricamente se toma por ruido y vocería desordenada que causa confusion y no dexa entender lo que se habla.” *Dicc. Aut.*

<sup>110</sup> Por ser los caldereros los que más ruido meten.

<sup>111</sup> Puesto que era el trato que tenían bien merecido.

<sup>112</sup> Como divinidad marina, Tetis mora en las aguas con sus hermanas las nereidas (Homero, *Ilíada*, XVIII, 36-67), y Gracián sugiere los celos que el vino tiene de que se le venga a mezclar el agua.

<sup>113</sup> No hay para que recordar que Mercurio, dios de algunas cosas buenas (la elocuencia, las bellas letras, las artes), lo era también de los traficantes y los ladrones. En cuanto al nombre *mercader* (de *mercadero* < lat. *mercatorius* < *mercator*), no tiene relación con *Mercurio*, excepto que *Mercuriäles* era el nombre de una corporación de traficantes en Roma, y que en el lenguaje literario se llamaba y llama a veces al negociante *un Mercurio*: comp. Horacio, *Sat.*, II, iii, 25. Con razón dice Nicolás Antonio, refiriéndose a Mercurio, artista y negociante: “Yo no sé cierto qué fundamento tuvo la antigüedad en dar un mismo patrono a las letras y a las letras de cambio.” *Cartas*, ed. BAE, XIII, 586 a.

<sup>114</sup> Con el significado también, quizás, del vulgarismo grosero *por nadie os quiere*.

<sup>115</sup> *andá*, andad: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>116</sup> Equívoco análogo al que ya hizo con *gentilhombre* en I, 237<sub>29</sub>.

Llegó en esto el Sabio y metió paz, consolando a los sastres con que ya que no tenían dios, todos los daban al diablo.<sup>117</sup>

—¡Prodigiosa cosa—dixo Andrenio—que, con meter tanto ruido, no tengan habla!<sup>118</sup>

—¿Cómo que no?—replicó el Cecrope—. Antes jamás pararán de hablar ni tienen otro<sup>119</sup> que palabras.

—Pues yo—replicó Andrenio—no he percibido aún habla que lo sea.

*Hablillas.* —Tienen razón—dixo el Sabio—, que todas son hablillas y todas falsas.

Corrían actualmente algunas bien desatinadas: que avían de caerse muertos muchos cierto día, y lo señalavan, y hubo quien murió de espanto dos días antes;<sup>120</sup> que avía de venir un terremoto y avían de quedar todas las casas por tierra. ¡Pues ver lo que se iba estendiendo un disparate déstos, y los muchos que se lo tragavan y bevían y lo contavan<sup>121</sup> unos a otros! Y si algún cuerdo reparava, se enfurecían. Sin saber de dónde ni cómo nacía, resucitava cada año un desatino, sin ser bastante el desengaño fresco, corriendo grasa.<sup>122</sup> Y era de advertir que

<sup>117</sup> Varias lindezas quedan ya apuntadas sobre ellos, particularmente en I, 229<sup>20-34</sup>.

<sup>118</sup> Refiérese, no a los sastres en particular, que en efecto acaban de hablar, sino a todos los tipos en general que ya van presentados.

<sup>119</sup> *otro*, otra cosa.

<sup>120</sup> Recuerdo perfectamente haber leído en una de aquellas gacetas de principios del siglo XVII el caso de algunos que murieron de espanto al anuncio de un cataclismo próximo. Es un tema que figura en las letras antiguas. Indicaré los siguientes pasajes, bien conocidos de Gracián, en los cuales se refiere también cómo el miedo a la muerte hizo a muchos, en su desesperación, quitarse la vida: Lucrecio, *De Rerum Natura*, III, 79-84, y Séneca, *Epist. ad Lucilium*, XXIV, 22 y sigtes. Cierta analogía guarda con aquel pensamiento la siguiente cita de Gracián en la *Agudeza*, V, 27: "Assi ponderò bien Marcial la barbaridad de aquel, y otros semejantes, que se mataron ellos mismos porque no los matasen sus contrarios: *Hostem cum fugeret, se Fannius ipse peremit. / Hic, rogo, non furor est? ne moriari mori.* Sucincta, pero elegante traducion esta de Don Manuel Salinas:

Fannio ansioso por huir  
del que su muerte procura,  
se matò; no es gran locura  
matarse por no morir?"

<sup>121</sup> Corregido con y lo que contavan en M1664, que así ha pasado a muchas ediciones.

<sup>122</sup> Lo mismo que *corriendo pringue*, que registra Covarrubias. Tan fresco o reciente era el desengaño, que chorreaba aún grasa, como los

las cosas importantes y verdaderas luego se les olvidaban, y un disparate lo iban heredando de abuelas a niet[*a*]<sup>123</sup> y de tías a sobrinas, haziéndose eterno por tradición.

—No sólo no tienen habla—añadió Andrenio—, pero ni voz.

—¿Cómo que no?—replicó el Cecrope—. Voz tiene el pueblo, y aun dizen que su voz es la de Dios.<sup>124</sup>

—Sí, del dios Baco—respondió el Sabio—; y si no, escuchadla un poco y oiréis todos los impossibles no sólo imaginados, pero aplaudidos: oíd aquel español lo que está contando del Cid, cómo de un papirote derribó una torre y de un soplo un gigante; atendé<sup>125</sup> aquel otro francés lo que refiere, y con qué credulidad, de Roldán<sup>126</sup> y cómo de un rebés rebanó cavallo y cavallero armados; pues yo os asseguro que el portugués no se olvide tan presto de la pala de la vitoriosa *forneira*.<sup>127</sup>

Pretendió entrar en la bestial plaça un gran filósofo y poner tienda de ser personas, feriendo algunas verdades bien importantes, aforismos convenientes, pero jamás pudo introducirse

torreznos y salchichas recién asados; y por ser cosa del vulgo, probablemente lleva aquí *grasa* también su otra acepción de suciedad pegajosa.

<sup>123</sup> *nietos*, por errata, en 1653, repetida en B1664, 1669, 1683, pero corregida con *nietas* en 1663, y así en todas las demás.

<sup>124</sup> “*Vox populi, vox Dei*,” es frase citada primeramente, como dicho antiguo, por Alcuino, teólogo inglés del siglo VIII, en su *Admonitio ad Carolum Magnum*. Léase la erudita disertación del P. Feijóo sobre el proverbio *Voz del pueblo* . . . , en su *Theatro*, t. I, disc. i.

<sup>125</sup> *atendé*, *atended*.

<sup>126</sup> Corregido con *de el Roldan* en M1664.

<sup>127</sup> Alusión a la batalla de Aljubarrota (1365), en que las tropas de Juan I de Portugal derrotaron a las de Juan I de Castilla. “Segun cuentan los historiadores portugueses, ésta su batalla fué dada en una montaña . . . en cuyos términos hay ahora siete lugares o concejos vecinos a Aljubarrota, que son Albaydos, Porto Mor, la Batalha . . . , y saliendo con apellido los portugueses contra los de Castilla, entre los de la tierra salió una hornera [*port.*, *forneira*] de Albaydos que traía por armas la pala del horno, con la cual afirman sola ella haber muerto catorce castellanos; en cuya perpetua memoria acordaron de venir, y vienen cada año, tres veces en procesion los siete concejos a la capilla de San Jorge, que está hecha en el lugar donde se dió la batalla, conviene a saber, el segundo día de Pascua y el día de San Jorge y esta vigilia de Nuestra Señora, que fué el día de la victoria; y los de Albaydos traen con folías y danzas la dicha pala de la hornera, y allí todos besan con gran reverencia el cabo y pasamano de la pala, por donde la hornera la gobernaba . . .” Diego Hurtado de Mendoza, *Sermón de Aljubarrota* . . . , en *Sales españolas*, ed. Paz y Melia, t. I, págs. 119–120.

*Idolos del vulgo.* ni despachó una tan sola verdad, ni el más mínimo desengaño: con que se hubo de retirar. Al contrario, llegó un embustero sembrando cien mil desatinos, vendiendo pronósticos llenos de disparates, como que se avía de perder España otra vez, que avía acabado ya la casa otomana, leía profecías de moros <sup>128</sup> y de Nostradamus, <sup>129</sup> y al punto se llenó la tienda de gente y comenzó a despachar sus embustes con tanto crédito, que no se hablaba de otro, <sup>130</sup> y con tal asseveración como si fueran evidencias. De modo que aquí más supone un adevino <sup>131</sup> que Séneca, un embustero que un sabio.

Vieron en esto una monstrimuger, con tanto séquito, que muchos de los passados y los más de los presentes la cortejaban, y todos con las bocas abiertas escuchándola. Era tan gruesa y tan asquerosa, que por do quiera que passava dexava el aire tan espeso que le podían cortar. Rebolvióle las entrañas al Sabio; comenzó a dar arcadas.

—¡Qué cosa tan sucia!—dixo Andrenio—. ¿Y quién es ésta?

—Esta es—dixo el Cecrope—la Minerva de esta Atenas.

—Esta la invencible y aun la crasa—dixo el Filósofo—. Ella puede ser Minerva, mas a fe que es pingüe. <sup>132</sup> Y quien tanto engorda, ¿quién puede ser sino la ignorante satisfacción? Veamos dónde va a parar.

Passó de las vendederas <sup>133</sup> a sentarse en el banco del Cid. <sup>134</sup>

—Aquella—dixo el Cecrope—es la sapiencia de tanto lego.

*Calificación vulgar.* Allí están graduando a todos y calificando los méritos de cada uno; allí se dize el que sabe y el que no sabe, si el argumento

<sup>128</sup> No sólo hubo entre los moros particular fanatismo por las profecías, y las más antiguas de la leyenda española con ellos están relacionadas, sino que uno de los más famosos nigromantes y profetizadores de aquellos tiempos fué el alfaquí Abdallah, que intentó alzarse rey de Marruecos en 1543. Cons. el P. Feijóo, *Theatro*, II, v, 6.

<sup>129</sup> Michel de Nostradamus (1503-1566), médico y astrónomo francés que, creyendo poseer el don de adivinar lo porvenir, escribió sus predicciones en *Centuries* (1555), las cuales abarcan desde el año 1557 hasta el 3797, señalando en este año el fin del mundo, y un famoso *Almanach* (1550-67).

<sup>130</sup> otro, otra cosa.

<sup>131</sup> adevino, adivino: cfr. nota 163, II, 149.

<sup>132</sup> Recuerdo de la frase proverbial de los latinos (v. gr., Cicerón, *De Amicitia*, V, 19) “pingui Minerva,” que Gracián aplica con su doble significado de gorda e ignorante.

<sup>133</sup> vendedera, mujer que tiene el oficio de vender públicamente, y acaso preferido aquí maliciosamente a vendedora porque aquella puede ser también la que se vende a sí misma.

<sup>134</sup> banco del Cid, el de los viejos que tienen autoridad, como confirmará el autor en III, i. Compárese *La pícaro Justina*, ed. Biblióf. Madrileños,

fué grande, si el sermón docto, si tan bien discurrido como razonado,<sup>136</sup> si el discurso fué caval, si magistral la lición.<sup>136</sup>

—¿Y quién son los que juzgan—preguntó Andrenio—, los que dan el grado?

—¿Quiénes han de ser sino un ignorante y otro mayor, uno que ni ha estudiado ni visto libro en su vida, quando mucho una *Silva de Varia Lición*,<sup>137</sup> y el que más más un *Para Todos*?<sup>138</sup>

—¡O!—dixo el Cecrope—, ¿no veis que éstos son los más plausibles personajes del mundo? Todos son bachilleres:<sup>139</sup>

I, 67: “Y si va a hablar a lo gordo, como quien gouierna el mundo desde el banco del Cid, sepa que el hombre fue hecho para enseñar y gouernar . . .” También el siguiente pasaje de Liñán y Verdugo, *op. cit.*, pág. 257, en que se alude a unos cofres muy viejos: “poniéndose otro [vestido] de bayeta que él tenía hartas veces repasado y que guardaba en los cofres del Cid.”

<sup>136</sup> *razonar*, en su acepción de *hablar* o *pronunciar*.

<sup>136</sup> *lición*, lección: cfr. nota 22, I, 132.

<sup>137</sup> Queda ya nota sobre este libro de Pedro Mejía, 195, II, 153.

<sup>138</sup> La variedad de materias, o más bien mescolanza, del *Para todos* (1632) de Pérez de Montalbán, tuvo esta censura satírica de su encarnizado enemigo Quevedo:

“El licenciado libruno  
dice que por varios modos  
hizo un libro *Para todos*,  
no siendo *para ninguno*.  
Al principio es importuno,  
a la postre es almanaque,  
baturrillo y badulaque;  
que en el libro no me meta,  
y si me metió, que me saque . . .”  
(BAE, LXIX, 494 b.)

Gracián parece contestar a sátiras semejantes diciendo que Pérez de Montalbán “tuvo algunas cosas dignas de estimaciõ, y excedió en los similes. Fue este relevante, aunque censurado, mas de la passion que del ingenio.” (*Agudeza*, IX, 57.) Y tratando de Lope de Vega y otros dramaturgos, agrega que Montalbán “realcó mas el estilo: tiene eminẽcia en los afectos, cometió algunas impropiedades.” *Ibid.*, XLV (marcado por errata XLIV), 296. Sobre *más más*, véase nota 135, II, 106.

<sup>139</sup> Hace ya cuatro siglos, cuando menos, que hasta “los niños que apenas saben andar” entienden lo que es *bachiller* y *bachillerías*, según testimonio de Juan de Valdés (1635): “Bachiller o bacalarario es el primer título de ciencia que dan en las universidades de Spaña a los que con el tiempo y el estudio hazen después licenciados, doctores y maestros; y porque estos presumen por el ordinario más que saben, quando alguno haze muestras de saber, lo llamamos bachiller, y a las tales muestras llamamos bachillerías.” *Diálogo de la lengua*, ed. Clás. Cast., pág. 90.

aquél que veis allí mui grave es el que en la corte anda diziendo chistes, haze cuento de todo, muerde sin sal quanto ai, saca sátiras, bomita pasquines, el duende de los corrillos; aquel otro es el que todo lo sabía ya, nada le cuentan de nuevo, saca gacetas<sup>140</sup> y se escribe con todo el mundo, y no cabiendo en todo él, se entremete en qualquier parte; aquel licenciado es el que en las Universidades cobra las patentes,<sup>141</sup> haze coplas, mantiene los corrillos, soborna votos,<sup>142</sup> habla por todos, y en

<sup>140</sup> Las gacetas y relaciones con noticias de la actualidad política, social, militar, etc., son el antecedente del periodismo moderno. “Durante el reinado de los Príncipes austriacos, y aun en tiempo de Carlos V, todo acaecimiento notable que afectaba de alguna manera esta vasta monarquía, los sucesos militares así prósperos como adversos, las coronaciones, entradas y juras de Príncipes, fiestas, torneos y regocijos públicos; milagros, apariciones de santos y martirios de religiosos; catástrofes, inundaciones, incendios y prodigios de la naturaleza, provision de obispados y empleos vacantes, casamientos y muerte de señores, se anunciaban por medio de cartas o relaciones impresas que circulaban de mano en mano, se reimprimian despues en las provincias y mas tarde cruzaban los mares a América, Africa y la India. (En Sevilla se imprimían durante el siglo XVI y XVII relaciones de éstas con destino a nuestras posesiones de Ultramar, que eran como un sumario de los acontecimientos políticos y militares de toda Europa.) Raras y escasas en el reinado de Carlos V y Felipe II, algo mas frecuentes en el de Felipe III, comenzaron a formar ya en tiempo de sus sucesores series no interrumpidas, con título fijo, y que salian a luz en dias determinados.” (*Relaciones . . .*, de Luis Cabrera de Córdoba: prólogo de la ed. Madrid, 1857, págs. vii-viii.) Las tres gacetas españolas más antiguas de que tengo noticia, como publicaciones periódicas en día fijo, son la *Gazeta de Madrid*, en pliegos de cuatro hojas, en 4to., que empezó en 1661, y a partir de 1667 fué semanal, la *Gazeta de México* (1686-1821) y la *Gazeta de Barcelona* (1695-1803). Cons. Antonio Elías de Molíns, *El periodismo en Cataluña desde mediados del siglo XVII hasta el año de 1868*, en *Rev. de Archivos, Bibl. y Museos*, 1899, III, 106-114; J. Criado y Domínguez, *Antigüedades e importancia del periodismo español*, Madrid, 1892.

<sup>141</sup> Llamábase *la patente* a la comida o refresco que, al ingresar en la Universidad, tenía que pagar el novato a los más antiguos.

<sup>142</sup> En las elecciones académicas se entiende. En las oposiciones de catedráticos concurrían con sus votos los estudiantes, juntamente con los doctores, y así había los sobornos de que habla nuestro texto: el príncipe de los gramáticos españoles, Antonio de Nebrija, hizo oposiciones a una cátedra de Salamanca en 1513, y por gran mayoría de votos de los estudiantes la perdió, y le fué dada a un jovenzuelo. En la misma famosa Universidad, de los veinte definidores o consejeros del rector, diez eran elegidos por los estudiantes, y los otros diez por los doctores. En esta y otras Universidades, como la de Lérida, el rector mismo era elegido por sufragio directo de los escolares, aunque después de la reforma del papa Martín V, primer tercio del siglo XV, fué por sufragio indirecto en la de

aviendo conclusiones,<sup>143</sup> ni es visto ni oído; aquel soldado nunca falta en las campañas, habla de Flandes, hallóse en el sitio de Ostende,<sup>144</sup> conoció al Duque de Alba,<sup>145</sup> acude a la tienda del general, el demonio del medio día, mantiene la conversación, cobra el primero, y el día de la pelea se haze invisible.

—Paréceme que todos ellos son zánganos del mundo—ponderó Andrenio—. ¿Y éstos son los que gradúan de valientes y de sabios?

—Y es de modo—respondió el Cecrope—que el que ellos una vez dan por docto, ése lo es, sepa o no sepa. Ellos hazen teólogos y predicadores, buenos médicos y grandes letrados, y bastan a desacreditar un príncipe: dígalo el rei don Pedro.<sup>146</sup> Mas ¿qué?, si el barbero del lugar no quiere, nada valdrá el sermón más docto, ni será tenido por orador el mismo Tulio.<sup>147</sup> A éstos están esperando que hablen los demás, sin ossar dezir blanco ni negro hasta que éstos se declaran, y al punto gritan: “¡Gran hombre, gran sugeto!” Y dan en alabar a uno sin saber en qué ni porqué; celebran lo que menos entienden y vituperan lo que no conocen, sin más entender ni saber. Por esso, el buen político suele echar buena esquila que guíe el vulgo a donde él quiere.

—¿Y ai—preguntó Andrenio—quién se paga de tan vulgar aplauso?

—¿Cómo si ai?—respondió el Sabio—; y muchos, hombres vulgares, chabacanos, amigos de la popularidad y que la solicitan con milagrones que llamamos “pasma simples” y “espanta Salamanca, eligiendo los estudiantes a ocho consiliarios que nombraban al rector.

<sup>143</sup> Las conclusiones públicas en que los estudiantes defendían sus puntos o proposiciones, sobre lo cual dejamos nota 51, II, 23.

<sup>144</sup> Famoso por lo largo y sangriento fué el sitio de Ostende, que duró desde julio de 1601 hasta septiembre de 1604, en que fué conquistado por los españoles bajo el mando de Ambrosio Spínola. Cons. Paul J. Henrard, *Histoire du siège d'Ostende: 1601-1604*, Bruxelles, 1890.

<sup>145</sup> Sobre el duque de Alba, el Grande, queda nota 102, II, 64. Como dirá a continuación, compartió con Felipe II el calificativo de *el demonio del mediodía*, que les dió a entrambos el odio de sus enemigos flamencos. Cons. A. J. Naméche, *Le règne de Philippe II et la lutte religieuse dans les Pays-Bas au XVI<sup>e</sup> siècle*, Louvain, 1887.

<sup>146</sup> Alude, desde luego, a Pedro I de Castilla, llamado por muchos *el Cruel*: cfr. nota 106, I, 231.

<sup>147</sup> Tulio llamaban comúnmente nuestros clásicos a Marco Tulio Cicerón, según hemos apuntado ya en 187, II, 77.

villanos,” obras gruessas<sup>148</sup> y plausibles,<sup>149</sup> porque aquí no tienen lugar los primores ni los realces.<sup>150</sup> Páganse mucho otros de la gracia de las gentes, del favor del populacho; pero no ai que fiar en su gracia, que ai gran distancia de sus lenguas a sus manos: ¡qué fué verlos bravear ayer en un motín en Sevilla, y enmudecer oi en un castigo!; <sup>151</sup> ¿qué se hizieron las manos de aquellas lenguas y las obras de aquellas palabras? Son sus ímpetus como los del viento, que quando más furioso, calma.

Encontraron con unos que estavan durmiendo, y no apriessa, como encargava el otro a su criado; <sup>152</sup> no movían pie ni mano. *Aplauso* Y era tal la vulgaridad, que los despiertos soñavan lo que los *necio.* otros dormían, imaginando que hazían grandes cosas; y era de modo que no corría otro <sup>153</sup> en toda la plaça sino que estavan peleando y triunfando de los enemigos. Dormía uno a pierna tendida, y dezían ellos estava desvelándose, estudiando noche y día y quemándose las cejas. De esta suerte publicavan que eran los mayores hombres del mundo y gente de gran gobierno.

—¿Cómo es esto—dixo Andrenio—, ai tamaña vulgaridad?

—Mirá <sup>154</sup>—dixo el Sabio—, aquí si dan en alabar a uno, si

<sup>148</sup> *gruessas*, groseras.

<sup>149</sup> *plausible*, no en el sentido de digno de aplauso, sino de *aplaudido*, que se ha perdido en la lengua moderna a pesar de su justificación etimológica (*plausibilis* < *plaudo*); tornaremos a encontrarla así en esta misma crisis.

<sup>150</sup> Parece como si Gracián se complaciese en recordar aquí la brevedad de sus libros (exceptuando el presente y la refundición de la *Agudeza*, que también era un corto tratadito en su primera redacción), pues los capítulos del *Héroe* se llaman *primores*, y en los del *Discreto* puso *realces*.

<sup>151</sup> Bien podía decir que *ayer* fué el motín y *hoy* el castigo, al aludir al levantamiento popular del 22 de mayo de 1652 ocurrido en el barrio de la Feria de Sevilla. Las causas de esta sedición y cómo se pacificó, con los castigos que fueron impuestos, están referidos en un curioso libro, *Diario exacto de la sublevación de alguna plebe de la parroquia del Omnium Sanctorum*, vulgarmente llamado *el Barrio de la Feria*, de la M. N. y M. L. Ciudad de Sevilla, cometida el miércoles 22 de Mayo de 1652, publicado, valiéndose de un antiguo ms. sin nombre de autor, por Francisco Cárdenas (Sevilla, Imprenta de Alvarez, 1841). Probablemente el autor del ms. fué José Maldonado Dávila y Saavedra, a quien Méndez Bejarano atribuye un *Tratado verdadero del motín que hubo en Sevilla el año 1652* (*Dicc. de escritores . . . de Sevilla*, Sevilla, 1922-25, t. II, pág. 8 a). Existían aún en 1820, en la Plaza de la Feria, las escarpías donde la autoridad mandó poner las cabezas de los jefes de aquel motín.

<sup>152</sup> Por el estilo del *huele aprisa para que se acabe más pronto* (Sbarbi).

<sup>153</sup> *otro*, otra cosa o noticia.

<sup>154</sup> *mirá*, mirad: cfr. nota 13, I, 187.



una vez cobra buena fama, aunque se eche después a dormir,<sup>155</sup> él ha de ser un gran hombre; aunque ensarte después cien mil disparates, dicen que son sutilezas, y que es la primera cosa del mundo:<sup>156</sup> todo es que den en celebrarle. Y por el contrario, a otros que estarán mui despiertos haziendo cosas grandes, dicen que duermen y que nada valen. ¿Sabes tú lo que le sucedió aquí al mismo Apolo con su divina lira?: que desafiándole a tañer un zafio gañán<sup>157</sup> con una pastoril zampoña, nunca quiso el culto numen salir, con que se lo rogaron las musas; y el salvajaz[o]<sup>158</sup> le zahería su temor y se jactava de la vitoria.<sup>159</sup> No hubo remedio: no más de porque avía de ser juez<sup>160</sup> el vulgacho, no queriendo arriesgar su gran reputación a un juicio<sup>161</sup> tan sin él. Y por no aver querido hazer otro tanto, fué condenada la dulcísima filomena<sup>162</sup> en competencia del jumento. Y aun la rosa dicen estuvo a pique de

*Juizio  
sin él.*

<sup>155</sup> Recogiendo el consabido refrán, *cobra buena fama, y échate a dormir*, registrado por Hernán Núñez, *Refranes*, ed. Lérida, 1621, fol. 26 a.

<sup>156</sup> Refiérese con *es*, no a tal o cual disparate, sino al pronombre *él* ya expresado, pues llamar a una persona *cosa* (al fin, entidad espiritual tanto como corporal) es bien corriente en ciertas frases familiares, como cuando decimos: "cosa buena es este chico."

<sup>157</sup> Los dos competidores de Apolo en la música fueron Midas, ateniense satirizado por su ignorancia y orgullo en el teatro griego, y Marsias, personaje mítico, sátiro para unos y campesino para otros, que es a quien alude nuestro autor con "un zafio gañán." Diego López consigna en su *Declaración magistral sobre las sátiras de Juvenal y Persio*, ed. Madrid, 1642, pág. 324: "Fue Marsias tocador de flauta, natural de Frigia, muy barbado y de mal abito, muy aspero de condicion y tan arrogante que se atrevio conpetir con Apolo. Iuntaronse los Dioses para reirse de su soberbia y arrogancia, y antes que tomasen las flaut[a]s dixo muchas cosas contra Apolo." Véase Ovidio, *Metam.*, VI, 383-400; Apolodoro, *Bibliotheca*, I, iv, 2.

<sup>158</sup> Aunque tenemos *salvajez*, expresando calidad de salvaje, no creo que el *salvajaz* del texto sea un barbarismo por analogía, sino fácil errata de imprenta.

<sup>159</sup> *vitoria*: sobre la supresión de la *c* en el grupo *-ct-* latino, véase nota 166, I, 314.

<sup>160</sup> *ser su juez* en M1664, que ha pasado a muchas ediciones.

<sup>161</sup> *juizio*, en su acepción forense, ahora disílabo: cfr. nota 105, I, 230.

<sup>162</sup> *filomena* era mucho más corriente, aun en el lenguaje poético, que *flomela* (etimológicamente, amante del canto), como se viene llamando al ruiñeñor. Conocida es la leyenda de Filomela, hija de Pandión, rey mitológico de Atenas, que violada por su cuñado Tereo fué convertida en golondrina conforme a la mitología, y en ruiñeñor según refiere Ovidio (*Metam.*, VI, 412-674) y más largamente Lope de Vega en su poema *La Filomena* (1621).

ser vencida de la adelfa, que desde entonces, por su indigno atrevimiento, quedó letal <sup>163</sup> a los suyos. Ni el pavón se atrevió a competir de belleza con el cuerbo, ni el diamante con el guijarro, ni el mismo sol con el escarabajo, con tener tan asegurado su partido, por no sugetarse a la censura de un vulgo tan desatinado. Mal señal, <sup>164</sup> decía un discreto, quando mis cosas agradan a todos; que lo mui bueno es de pocos, y el que agrada al vulgo, por consiguiente, ha de desagradar a los pocos, que son los entendidos. <sup>165</sup>

Assomó en esto por la plaça, haziéndola, <sup>166</sup> un raro ente. Todos le recibieron con plausible <sup>167</sup> novedad. Segúiale la turba diziendo:

—Aora en este punto llega del Jordán; <sup>168</sup> más tiene ya de quatrocientos años.

—Mucho es—decía uno—que no le acompañen exércitos de mugeres, quando va a desarrugarse. <sup>169</sup>

—¡O no!—decía otro—. ¿No veis que va en secreto? Pues si esso no fuera, ¡qué fuera! <sup>170</sup>

—Por lo menos, ¿no se pudiera traer por acá una botija de aquella agua? que yo sé que vendiera cada gota a doblón de oro. <sup>171</sup>

<sup>163</sup> Como por lo común se escribía *lethal*, a la latina, la *h* fué restituída en la ed. M1664.

<sup>164</sup> *mal señal*, por descuido o confusión del adverbio con el adjetivo, pues *señal* se empleaba invariablemente como femenino.

<sup>165</sup> Comp. *Oráculo*, pág. 455 a: “O gran sabio! el que se descontentaua de que sus cosas agradassen a los muchos: hartazgos de aplauso comun no satisfazen a los discretos.” Comentando otra frase del *Oráculo*, escribió el Abate Tosques: “Io, dice Seneca, mai ho voluto piacere al Popolo, perchè quello che Io so, il Popolo non lo approva; e quello che questo approva, Io l’ignoro; nè potrà mai piacere al Popolo quegli cui la Virtù piaccia. *Nunquam volui placere, nam quae ego scio non probat Populus, quae probat Populus, ego nescio . . . Quis enim placere potest Populo, cui placet Virtus?* Nella Pist. 29.” *L’Uomo di Corte, o sia l’Arte di Prudenza . . .* Nuovamente tradotto dal Francese nell’Italiano, e comentato dall’Abate Francesco Tòsques, Venezia, 1718, t. I, pág. 67.

<sup>166</sup> Por la locución *hacer plaza*, y como dice Vélez de Guevara, “despejar es hacer plaza.” *La luna de la Sierra*, II, xv.

<sup>167</sup> *plausible*, aplaudido: cfr. nota 149, II, 190.

<sup>168</sup> “A los que auiendo estado ausentes bueluen remoçados y loçanos, dezimos auerse ido a lauar al rio Iordan.” Covarrubias.

<sup>169</sup> Por quitarse con los años, claro es, las arrugas de la edad.

<sup>170</sup> *fuera*, pasara.

<sup>171</sup> Sobre el valor del *doblón*, queda nota 138, I, 399.

—No tiene él necesidad de dinero, pues cada vez que echa mano a la bolsa topa un patacón.<sup>172</sup>

—¡Qué otra felicidad éssa! No sé yo cuál me escogiera de las dos.

—¿Quién es éste?—preguntó Andrenio.

Y el Sabio:

—Este es Juan de Para Siempre,<sup>173</sup> que Juan avía de ser.<sup>174</sup>

Brollavan<sup>175</sup> destas donosísimas vulgaridades, y todas mui creídas, levantando mil testimonios a la naturaleza y aun a la misma posibilidad. Sobre todo, estaban mui acreditados los duendes; avía passa<sup>176</sup> de ellos como de hechizadas; no avía palacio viejo donde no huviesse dos por lo menos. Unos los veían vestidos de verde, otros de colorado, y lo más cierto de amarillo;<sup>177</sup> y todos eran tamañicos, y tal vez<sup>178</sup> con su capuchito, inquietando las casas; y nunca se aparecían a las viejas, que no dizen<sup>179</sup> trasgos con trasgos. No moría merca-

*Varias  
vulgari-  
dades.*

<sup>172</sup> *patacón*, término vulgar del real de a ocho: cfr. nota 228, II, 84.

<sup>173</sup> Juan de Para Siempre, también Juan de los Tiempos y Juan de Espera en Dios, o sólo Juan de Espera, como le llama Quevedo (*BAE*, LXIX, 207 a), es el nombre español del Judío Errante. Escribió el Maestro Correas: "Tiene el vulgo una hablilla de uno que llaman Juan de Espera en Dios, y dicen los muchachos que era un zapatero que oyendo el ruido cuando llevaban a crucificar a Nuestro Señor, salió a la puerta con horma y boj en la mano y dijo: "Allá irás," dando un golpe, y que Nuestro Señor respondió: "Yo iré y tú quedarás para siempre jamás," y que así quedó inmortal, y se remocece y se aparece de repente entre la gente y se desaparece como invisible cuando quiere, y que le dió gracia que siempre que echase mano a la bolsa hallaría cinco blancas." Por esto último se dice en nuestro texto lo del *patacón*. Antonio de Hurtado compuso una comedia con el título de *Las cinco blancas de Juan de Espera en Dios* (La Barrera, *Catálogo*, pág. 188 a). Cons. Joseph E. Gillet, *Traces of the Wandering Jew in Spain*, en *The Romanic Review*, 1931, XXII, 16-27; O. Brachfeld, *Note*, *ibíd.*, págs. 317-320.

<sup>174</sup> Dícelo por lo bonazo y flojo, como veremos en un pasaje más explícito (III, vi).

<sup>175</sup> *brollar*, manar (cfr. nota 38, I, 136). Con mayor lucidez podía haber dicho: "Brollavan donosísimas vulgaridades déstas (como éstas)."

<sup>176</sup> *passa* ha de entenderse aquí *ronda* (grupo), aunque literalmente significa mechón "de cabellos cortos, crespos y ensortijados de los negros." *Dicc. Aut.*

<sup>177</sup> *y los más de amarillo* se lee en varias ediciones posteriores (1663, M1664, 1674, 1700, 1748, 1757, 1773); probablemente pone énfasis en *lo más cierto de amarillo* por ser el color del espanto y el miedo (cfr. nota 52, I, 222).

<sup>178</sup> *tal vez*, a veces.

<sup>179</sup> *dezir* . . . *con*, significando *armonizar* o *convenir*, era común en la lengua clásica sin el adverbio *bien*; así Gracián en otro pasaje: "no ay

der que no fuesse rodeado de monas y de micos.<sup>180</sup> Avía brujas, tantas como viejas, y todas las malcontentas endiabladas;<sup>181</sup> tesoros encantados y escondidos sin cuenta y con cuento, cavando muchos tontos por hallarlos; minas de oro y de plata riquísimas, pero tapiadas hasta que se acaben las Indias, las cuevas de Salamanca y de Toledo:<sup>182</sup> ¡mal año para quien se atreviera a dudarlas!

perfeccion en variedades del alma que no dizen con el cielo" (*Discreto*, VI, 356 b), y Góngora: "según decía el color con su fiereza" (*Obras*, I, 59).

<sup>180</sup> Haciéndole probablemente visajes grotescos, en la opinión popular, porque de nada le sirve al mercader en tal trance la fortuna que amasó con muchas ansias. Recuérdame este pasaje aquel otro de Quevedo sobre los cuerpos de mercaderes "que se habían vestido las almas al revés y tenían todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha." *Sueño de las calaveras*, ed. cit., pág. 31.

<sup>181</sup> Por su endiablado carácter. En cuanto a la superstición popular sobre endiabladas, ninguno llegó a fanatizar tanto al vulgo de la corte con sus conjuros y exorcismos como el licenciado Jenaro Andreini, capellán del conde de Lemos, "llegando los escándalos a tal punto, que el Santo Oficio tuvo por último que extrañarle de estos reinos," según carta de Quevedo, escrita en 1640 (*BAE*, XXIII, 302).

<sup>182</sup> La especie de que hubo escuelas de artes mágicas en las cuevas de Salamanca y Toledo no sólo era aceptada por el vulgo, sino hasta por autores graves, como el P. Martín del Río. La de Toledo está particularmente relacionada con la historia y el romancero (cons. Juan Menéndez Pidal, *La cueva de Hércules*, en *Rev. de Archivos, Bibl. y Museos*, 1901, V, 861-895), y la de Salamanca con la literatura festiva del siglo de oro. La leyenda de la cueva de Hércules, o palacio encantado de Toledo, procede de cuentos orientales, y fué recogida en una crónica árabe del siglo X. Luego, uno de nuestros cronistas medievales, el arzobispo don Rodrigo, la relató en su *Historia Gothica* (lib. III, cap. xvii), de donde pasó a la *Primera Crónica General*. El P. Mariana la puso en su *Hist. de España* (lib. VI, cap. xxi) en los siguientes términos: "Había en Toledo un palacio encantado . . . cerrado con gruesos cerrojos y fuertes candados para que nadie pudiese en él entrar, ca estaban persuadidos, así el pueblo como los principales, que a la hora que fuese abierto sería destruida España. Sospeché el Rey [Don Rodrigo] que esta voz era falsa para efecto de encubrir los grandes tesoros que pusieron allí los Reyes pasados. Demas de esto, movido por curiosidad . . . hizo quebrantar las cerraduras. Entró dentro: no halló algunos tesoros, solo un arca, y en ella un lienzo y en él pintados hombres de rostros y hábitos extraordinarios con un letrado en Latin que decía: *Por esta gente sera en breve destruida España*. Los trages y gestos parecían de Moros . . . Algunos tienen todo esto por fabula . . ." Sobre las cuevas de Toledo y Salamanca, y las artes mágicas que en ellas suponía el vulgo se enseñaban, véase el erudito artículo del P. Feijóo, *Cuevas de Salamanca y Toledo, y mágica de España*, en su *Theatro*, t. VII, disc. vii.

Mas he aquí que en un instante se comovió <sup>183</sup> toda aquella acorralada necedad, sin saber cómo ni porqué, que es tan ordinario como fácil alborotarse un vulgo, y más si es tan crédulo como el de Valencia,<sup>184</sup> tan bárbaro como el de Barcelona,<sup>185</sup> tan necio como el de Valladolid, tan libre como el de Zaragoza,<sup>186</sup> tan novelero como el de Toledo, tan insolente como el de Lisboa, tan hablador como el de Sevilla,<sup>187</sup> tan sucio como el de Madrid, tan vozinglero como el de Salamanca, tan embustero como el de Córdoba <sup>188</sup> y tan vil como el de Granada. Fué el caso que assomó por una de sus entradas, no la principal,<sup>189</sup> donde todas son comunes, un monstruo, aunque raro mui vulgar: no tenía cabeça y tenía lengua, sin braços y con ombros para la carga, no tenía pecho con llevar tantos,<sup>190</sup> ni mano en cosa alguna;<sup>191</sup> dedos sí, para señalar.<sup>192</sup> Era su cuerpo en todo disforme, y como no tenía ojos, dava grandes caídas; era furioso en acometer, y luego se acovardava. Hízose en un instante señor de la plaça, llenándola toda de tan horrible escuridad que no vieron más el sol de la verdad.<sup>193</sup>

<sup>183</sup> *comoviò* en todas las ediciones del siglo XVII (cambiado por *con-moviò* en las de 1748 y 1757), y así aparece en otras obras de Gracián (v. gr., *Agudeza*, LIV, 336), era tan corriente en los impresos de aquel tiempo como *imortalidad* (*ibíd.*, LXI, 370), *emienda*, *comigo*, etc. Advertiremos, sin embargo, que la *n* de este grupo (-*nm*-) aparece siempre escrita en los autógrafos de nuestro autor; en algún caso puso él *n* o *m*, y se omitió luego en el impreso, por ejemplo en *El Héroe: columnas* (ms., fol. 44 v.) y *colunas* (ed. cit., pág. 535 b).

<sup>184</sup> Acerca de esta supuesta credulidad del vulgo valenciano, y lo mal que le salió a Gracián tal suposición, queda ya nota 34, I, 294.

<sup>185</sup> Sobre las causas recientes que tenía el autor para hablar así, véase nota 35, I, 295.

<sup>186</sup> Por las libertades que gozaba aquella ciudad y todo Aragón (cfr. nota 41, I, 324), tanto como por sus sonadísimos alborotos, particularmente los de 1591. Cons. Marqués de Pidal, *Historia de las alteraciones de Aragón*, Madrid, 1862-63, t. II, págs. 9-28, *et passim*.

<sup>187</sup> Comp. I, 292<sub>11-12</sub> y II, 92<sub>11</sub>.

<sup>188</sup> Véase nota 26, I, 292.

<sup>189</sup> Precisamente por no haberla, que se sobrentiende y enlaza con la frase siguiente.

<sup>190</sup> A pesar de ser tantos los *pechos* (individuos) que integran este monstruo, no tenía *pecho* (corazón, valor).

<sup>191</sup> *tener mano* en alguna cosa es intervenir en ella, como nadie ignora, pero aquí tiene que estar, elípticamente, por *tener buena mano* o acierto.

<sup>192</sup> *señalar*, arañar.

<sup>193</sup> Este monstruo es una figura familiar en los libros religiosos y en los de caballerías: v. gr., en el *Libro de Job* (XLI, 11-21), sus narices arrojan

—¿Qué horrible trasgo es éste—preguntó Andrenio—, que assí lo ha eclipsado todo?

—Este es—respondió el Sabio—el hijo primogénito de la ignorancia, el padre de la mentira, hermano de la necedad, casado con su malicia: éste es el tan nombrado Vulgacho.

Al dezir esto, descolgó el rei de los cecropes de la cinta <sup>194</sup> un retorcido caracol que hurtara a un fauno, y alentándolo de vanidad,<sup>195</sup> fué tal su ruido y tan grande el horror que les *Terror* causó, que agitados todos de un terror fanático, dieron a huir *loco.* por cosa que no montava un caracol.<sup>196</sup> No fué possible ponerlos en razón, ni detenerlos, que no se desgalgassen <sup>197</sup> muchos por las ventanas y balcones más a ciegas que pudieran en la plaza de Madrid.<sup>198</sup> Huían los soldados gritando:

humo, y con él quedan ofuscados los rayos del sol, y en el *Amadís de Gaula* (III, xi) “echaba por sus narices un humo tan espantable . . . así que, todas las cosas vivas huían ant’él como ante la muerte.” Reaparecerá este monstruo en el *Pilgrim’s Progress* de Bunyan: cfr. nota 31, I, 172.

<sup>194</sup> *cinta*, en su acepción hoy anticuada de *cinto* o *cinturón*: “Algunas Ordenes de Religiosos o Religiosas traen cintas de cuero, y otros cordones.” (Covarrubias.) “Es privilegio de aldea que cada vezino se pueda andar . . . sin capa y sin manteo, es a saber, una varilla en la mano, ó puestos los pulgares en la cinta ó bueltas las manos atrás.” (Antonio de Guevara, *Menosprecio de corte*, ed. Clás. Cast., pág. 113.) Gracián mismo, hablando de la hazaña de Guzmán el Bueno: “Arrojó el puñal de la cinta, adelantandose la fama en recogerle a los propios enemigos.” *Agudeza*, XLV, 294.

<sup>195</sup> *vanidad*, viento.

<sup>196</sup> Respecto de éste y otros términos de comparación comunes, véase nota 170, II, 75.

<sup>197</sup> *desgalgar*, “arrojar, precipitar, despeñar de lo alto y con violencia alguna cosa,” declara el primer Diccionario académico, alegando como autoridad este pasaje graciano precisamente.

<sup>198</sup> Alude, ciertamente, a la Plaza Mayor, con ocasión de algún hecho memorable. Tal vez, el horroroso incendio del 7 de julio de 1631, que destruyó parte de la Plaza. (Cons. A. Millares Carlo y T. Díaz Galdós, *Incendio de la Plaza Mayor en 1631*, en *Rev. de la Bibl., Arch. y Museo*, 1927, IV, 83–85.) Pero más probablemente el siguiente suceso que refiere Mesonero Romanos, acontecido el 16 de agosto de dicho año, cuando se celebraba una fiesta de toros: “sucedió que á lo mejor de la fiesta corrió rápidamente la voz de ¡Fuego en la Plaza!, ocasionada por el humo que veían salir de los terrados, y era á causa de que unos esportilleros se habian colocado á ver la fiesta sobre los cañones de las chimeneas del portal de *Manteros y Zapatería*. La confusión que esta voz produjo, por el recuerdo de la reciente catástrofe, fué tal entre los cincuenta mil y más espectadores que ocupaban la plaza, que unos se arrojaron por los balcones, otros de los tablados; en las casas de la Zapatería reventaron las escaleras, muriendo en todo y estropeándose multitud de personas.” *El antiguo Madrid*, Madrid, 1881, t. I, págs. 275–276.

—¡Que nos cortan, que nos cortan! <sup>199</sup>

Començaron algunos a herirse y a matarse más bárbaramente que gentílicos bacanales. Fuéle forçoso a Andrenio retirarse a toda fuga, tan arrepentido como desengañado. Echava mucho menos <sup>200</sup> a Critilo, pero valióle la asistencia de aquel Sabio y la luz que la antorcha de su saber le comunicava. Dónde fué a parar, dirá la crisi siguiente.

<sup>199</sup> *cortan* la retirada, sobrentendido..

<sup>200</sup> Sobre *echar menos*, dejamos nota 45, I, 125.

## CRISI SEXTA

### *Cargos y descargos de la Fortuna.*<sup>1</sup>

*El saber  
del hombre.*

COMPARECIERON ante el divino trono de luzeros el hombre y la muger a pedir nuevas mercedes: que a Dios y al rei, pedir y bolver.<sup>2</sup> Solicitavan su perfección de manos de quien avían recibido el ser. Habló allí el hombre en primer lugar y pidió como quien era, porque viéndose cabeça, suplicó le fuesse otorgada la inestimable prenda de la sabiduría. Pareció bien su petición, y decretósele luego la merced, con tal que pagasse en agradecimientos la media anata.<sup>3</sup> Llegó ya la muger, y atendiendo a que, si no es cabeça, tampoco es pies, sino la cara,<sup>4</sup> y suplicó con mucho agrado <sup>5</sup> al Hazedor divino que la dotasse en belleza.

<sup>1</sup> La idea general de este capítulo con las acusaciones contra la Fortuna y la defensa de ésta, pudo sugerírsela a Gracián el diálogo de Luciano titulado *Timón o el Misántropo*, en que se trata de materia semejante, pero la dirección del pensamiento, el tratamiento, los incidentes y pormenores son propios del ingenio inventivo de Gracián. En esta crisi, como en tantos pasajes más del *Criticón*, guarda un aire íntimo de familia con Luciano. De la larga serie de discípulos o imitadores del escritor samosatense, desde Alfonso de Valdés hasta Saavedra Fajardo, ninguno alcanzó la originalidad y elevación, la fuerza y brillantez en las fantasías alegóricomorales que tuvo Gracián. Sólo Quevedo le va muy cerca en esto, así como le iguala en la observación satírica, aguda y rápida. Pero en el autor de *Los Sueños* hay ciertas sutilezas de la escolástica, nada lucianescas. El humorismo más fino del aragonés, su ironía menos bizarra y violenta, me parecen más allegados al justo tono del escritor griego.

<sup>2</sup> *bolver* a pedir, se entiende.

<sup>3</sup> *media anata*, derecho que se abona por una dignidad o beneficio eclesiástico, o por un título, pensión o empleo secular, y que suele consistir en la mitad de los frutos o emolumentos que rinda en un año. Empléase en nuestro texto figuradamente, con el sentido de que el hombre, agradecido al don de la sabiduría que recibe, lo aplique siquiera en parte a la consideración de la divinidad. Escribíase indistintamente *anata* y *annata*, con la doble *n* latina. El *Dicc. de Autoridades* creyó preferible mantener aquí las dos *n* de su origen, como en *annual*, *anotar*, *anexar*, etc., que finalmente han quedado en una sola.

<sup>4</sup> Nótese que con el artículo, no empleado en los nombres anteriores, se busca el equívoco de costosa, y que lo de no ser cabeza ni tampoco pies recuerda la locución *no tener ni pies ni cabeza*, esto es, ni orden ni concierto.

<sup>5</sup> *agrado*, aquí por *afabilidad*.



—*Fata* <sup>6</sup> la gracia—dixo el gran Padre celestial—: serás hermosa, pero con la pensión <sup>7</sup> de tu flaqueza.

*La hermosura de la muger.*

Partiéronse muí contentos de la divina presencia, que de ella nadie sale descontento, estimando el hombre por su mayor prenda el entendimiento, y la muger la hermosura: él la testa y ella el rostro. Llegó esto a oídos de la Fortuna, y dizen quimereó <sup>8</sup> agravios, dando quejas de que no huviessen hecho caso de la ventura.

—¿Es possible—dezía con profundo sentimiento—que nunca aya él oído dezir: “Ventura te dé Dios, hijo . . . ,” <sup>9</sup> ni ella, “Ventura de fea . . . .” <sup>10</sup> Dexadles y veremos qué hará él con su sabiduría y ella con su lindeza, si no tienen ventura. Sepa, sabio él y linda ella, que de oí adelante me han de tener por contraria: desde aquí me declaro contra el saber y la belleza. Yo les he de malograr sus prendas: ni él será dichoso, ni ella venturosa.

Desde este día aseguran que los sabios y entendidos quedaron desgraciados, todo les sale mal, todo se les despinta; <sup>11</sup> los necios son los venturosos, los ignorantes favorecidos y premiados. Desde entonces se dixo: “Ventura de fea . . . .” Poco vale el saber, el tener, los amigos y quanto ai, si no tiene

<sup>6</sup> *fata*, con mala ortografía italiana (y que además significa *hada*), fué corregida con la forma propia *fatta* en M1664, y españolizada con *hecha* en 1773 (pág. 246 b).

<sup>7</sup> *pensión*, con su valor etimológico de *carga* o *gravamen*: “Envidian las coronas de los reyes / los que no saben la pensión que tienen.” (*Tan largo me lo fiáis*, I, vi.) Con el sentido de *peso* en *Reinar después de morir* (III, ix), de Vélez de Guevara; con el de *pesadumbre* y *desdicha* en *Más pesa el rey que la sangre* (I, vi), del mismo dramaturgo, y también en *El Criticón* (II, xiii): “El imperio [mando] no es felicidad, sino pensión.” Y tiene asimismo el significado de *obligación* en nuestro texto (II, 217<sub>18</sub>, 357<sub>18</sub>), en *El valeroso español* (II, ii), de Gaspar de Avila, en *De lo vivo a lo pintado* (III, i), de Andrés de Claramonte, y en *Dido y Eneas* (ed. Acad., I, 180 b), de Guillén de Castro.

<sup>8</sup> *quimerear*, con el sentido que falta en el Diccionario académico de *quimerizar* o concebir quimeras, lo emplea Gracián repetidamente, v. gr., III, ix. Aquí vale tanto como *concibió quiméricos agravios*. Fué cambiado por *questionó* en la ed. 1773 (pág. 246 b).

<sup>9</sup> Así solía decirse el refrán, sin acabarlo, quedando sobrentendido el resto, y así tituló Tirso de Molina una de sus comedias: dejamos ya nota 3, I, 145.

<sup>10</sup> *Ventura de fea, la bonita la desea*, afirma el refranero: cfr. nota 155, II, 148.

<sup>11</sup> *despintar*, “salir en vano la suerte de lo que se esperaba. Está tomado de los jugadores de naipes, que conocen por la pinta y muchas veces se engañan jugando por ella.” Covarrubias.

un hombre dicha; y poco le importa ser un sol a la que no tiene estrella.<sup>12</sup>

Esto le ponderava un enano al melancólico Critilo, desengañándole de su porfía en querer ver en persona la misma Sofisbella,<sup>13</sup> empeño en que le avía puesto el varón alado; el qual, sin poderle satisfacer, se le avía desaparecido.

—Créeme—dezia el enano—que todo passa en imagen, y aun en imaginación, en esta vida:<sup>14</sup> hasta essa casa del saber toda ella es apariencia. ¿Qué, pensavas tú ver y tocar con las manos la misma<sup>15</sup> sabiduría? Muchos años ha que se *Fuga de* huyó al cielo con las demás virtudes en aquella fuga general de *Astrea.*<sup>16</sup> No han quedado en el mundo sino unos borrones<sup>17</sup> de ella en estos escritos que aquí se eternizan. Bien es verdad que solía estar metida en las profundas mentes de sus sabios, mas ya aun éssos acabaron; no ai otro saber sino el que se halla en los inmortales caracteres de los libros: aí la has de buscar y aprender.

—¿Quién, pues, fué—preguntó Critilo—el hombre de tan vizarro gusto que juntó tanto precioso libro y tan selecto? ¿Cúyo<sup>18</sup> es un tan erudito museo?

—Si estuviéramos en Aragón—dixo el pigmeo—, yo creyera ser del Duque de Villahermosa D. Fernando;<sup>19</sup> si en París, del erudito Duque de Orléans;<sup>20</sup> si en Madrid, del gran Filipo;<sup>21</sup>

<sup>12</sup> *estrella*, por la frase *tener estrella*, ser dichoso, que hoy decimos *tener buena estrella*: cfr. I, 352<sub>10</sub>.

<sup>13</sup> Sofisbella: cfr. nota 125, II, 104.

<sup>14</sup> Fresca estaría aún en la memoria de los cultos la suprema encarnación artística de este tema en *La vida es sueño* de Calderón, cuando apenas habían pasado dos décadas desde su composición.

<sup>15</sup> *a la misma* en M1664.

<sup>16</sup> Hesíodo fué el primero en declarar que las virtudes abandonaron la tierra y se fugaron al cielo, en *Los trabajos y los días*, vv. 197–200. Esopo popularizó esta noción en su fábula primera. Pero nuestro Gracián parece haberse acordado aquí de Ovidio (*Metam.*, I, 125–150) que señala esta fuga general de Astrea (“ultima caelestum, terras Astraea reliquit”) en los comienzos de la edad de hierro.

<sup>17</sup> *borrón*, en la acepción de *borrador*, claro está.

<sup>18</sup> Sobre este empleo clásico del relativo posesivo *cuyo*, y sus demás usos, merecen consultarse los *Estudios gramaticales* de Marco Fidel Suárez, publicados como introducción a las obras filológicas de Andrés Bello (Madrid, 1885).

<sup>19</sup> Sobre este prócer aragonés, octavo duque de Villahermosa, queda nota 77, I, 388.

<sup>20</sup> Acerca de su persona y de la forma corriente de su nombre, véase nota 118, I, 371.

<sup>21</sup> Felipe IV el Grande: cfr. *Introducción*, pág. 7.

y si en Constantinopla, del discreto Osmán, conservado entre cristales.<sup>22</sup> Mas, como digo, ven conmigo en busca de la Ventura, que sin ella ni vale el saber ni el tener, y todas las prendas se malogran.

—Quisiera hallar primero—replicó Critilo—aquel mi camarada que te he dicho que echó por la vereda de la Necedad.

—Si por aí fué—ponderó el enano—, sin duda estará ya en casa de la Dicha, que antes llegan éssos que los sabios;<sup>23</sup> ten por cierto que le hallaremos en aventajado puesto.

—¿Y sabes tú el camino de la Dicha?—preguntó Critilo.

—Aí consiste la mayor dificultad; que una vez puestos en él, nos llevará al colmo de toda felicidad. Con todo, paréceme que es éste en lo desigual; demás<sup>24</sup> que me dieron por señal essas yedras que arrimadas se empinan y entremetidas medran.<sup>25</sup>

Llegó en esto un soldado mui de leva,<sup>26</sup> que es gente que vive apriessa,<sup>27</sup> y preguntó si iba bien para la Ventura.

<sup>22</sup> No llamaría *discreto* al fundador venerado de la dinastía de los Osmanes, que llevó el nombre de Osmán I (1299–1326), ni tampoco a Osmán II (1618–1621), asesinado a los diez y ocho años de edad, que se distinguió por su avaricia y crueldad, y no por su amor a los libros. El autor acaba de aludir a la biblioteca real de Felipe IV, y ahora se refiere a la imperial de Constantinopla. Los tres personajes anteriores eran contemporáneos del autor. De los sultanes de su tiempo, el único que se distinguió por sus aficiones cultas fué Amurates IV (1621–1640), que reconstituyó el imperio otomano y le proporcionó su era de mayor prosperidad en el siglo XVII. Además, la biblioteca imperial había sido destruída por un fuego a fines del siglo XVI, y Amurates hizo construir poco antes de su muerte un pabellón de notable arquitectura, reproducción de otro de Bagdad, el más bello edificio que decía haber visto en su vida, destinándolo a biblioteca, donde se guardaría en vitrinas algunos de los innumerables manuscritos persas, griegos, árabes y turcos que se han conservado en la biblioteca imperial hasta nuestro tiempo. Gracián le llama por su nombre dinástico de Osmán, como si dijese Sultán, así como continuó llamándose a Turquía el imperio de Osmán hasta fines del siglo XVIII, v. gr., *El Imperio de Osmán, comúnmente llamado Otomano, o la Turquía Europea* (de M. Busching), trad. del alemán por Juan López, Madrid, Imprenta Real, 1785.

<sup>23</sup> Conforme a la opinión vulgar: “A los tontos se aparece la Madre de Dios. Indica que casi siempre tienen más suerte éstos que las personas discretas.” Sbarbi, *Dicc. de refranes*, II, 404 b.

<sup>24</sup> demás, además: cfr. nota 20, II, 4.

<sup>25</sup> Aludiendo, con equívoco, a los hombres que, no menos parásitos que algunas plantas, se sostienen y viven a costa ajena.

<sup>26</sup> mui de leva: jugando con sus acepciones de *recluta* y *partida* (de las naves).

<sup>27</sup> priessa, que hoy tenemos por vulgarismo, era la forma propiamente etimológica, la común y la académica: el *Dicc. de Autoridades*, que la registra, no da cabida a *prisa*.

—¿Cuál buscáis—dixo el enano—, la falsa o la verdadera?

—¿Pues qué, ai Ventura falsa? Nunca tal oí.

*Ventura hipócrila.* —¡Y cómo si la ai, Ventura hipócrita! Antes es la que oí más corre: tiénese por dichoso uno en ser rico, y es de ordinario un desventurado; cuenta el otro por gran dicha el aver escapado en mil insultos <sup>28</sup> de las manos de la justicia, y es ésse su mayor castigo; <sup>29</sup> “un ángel fué para mí aquel hombre,” dize éste, y no fué sino un demonio que le perdió; tiene aquél por gran suerte el no aver padecido jamás ni un rebés de la Fortuna, y no es sino un bofetón de que no le ha tenido por hombre el cielo para fiarle un acto de valor; <sup>30</sup> tal dize “Dios me vino a ver,” y no fué sino el mismo Satanás en sus logros; <sup>31</sup> cuenta el otro por gran felicidad el no aver estado en toda su vida indispuerto, y huviera sido su único remedio para sanar en el ánimo; alábase el lascivo de aver sido siempre venturoso con mugeres, y éssa es su mayor desventura; estima la otra desvanecida por su mayor dicha su buena gracia, y éssa fué su mayor desgracia. Assí que los más de los mortales yerran en este punto, teniendo por felicidad la desdicha: <sup>32</sup> que en errando los principios, todas salen falsas las conseqüencias.

Entremetióseles un pretendiente (¡qué otro trasto éste del enfado!), y al punto començó a quexarse y murmurar, y un estudiante a contradezirle: que todos quantos piensan saber algo, dan en espíritus de contradición. Passaron de una en otra a burlarse del enano.

—Y tú—dixo el estudiante—¿qué vas a buscar?

—Voi—dixo—a ser gigante.

—¡Bravo aliento! Pero ¿cómo podrá ser esso?

—Mui bien, como quisiere mi señora la Fortuna; que si ella favorece, los pigmeos son gigantes, y si no, los gigantes son pigmeos. Otros más ruines que yo están oí bien encaramados; que no ai <sup>33</sup> prendas que tengan, ni ai sabiduría ni ignorancia,

<sup>28</sup> *insultò*, en su acepción etimológica y literal de *asalto*.

<sup>29</sup> Probablemente, porque a más crímenes, mayor castigo para su alma.

<sup>30</sup> Paréceme inspirado en Séneca, *De Providentia*, III, 3, donde tratando del hombre que nunca ha conocido la adversidad, añade: “Indignus visus est a quo vinceretur aliquando fortuna, quae ignavissimum quemque refugit, quasi dicat: Quid ego istum mihi adversarium adsumam?”

<sup>31</sup> Que si le hizo un bien aparente, se lo cobrará con fatal usura.

<sup>32</sup> Recuérdame esto el sabio consejo de Platón en la primera página de su *Segundo Alcibiades*, si realmente le pertenece: suma prudencia se necesita para no pedir neciamente grandes males, creyéndolos bienes.

<sup>33</sup> *aver*, por *valer*; advertiré aquí que en los autógrafos de Gracián aparece siempre *hay*.

ni valor ni covardía, ni hermosura ni fealdad, sino ventura o desdicha, tener lunar o estrella: <sup>34</sup> todo es risa lo demás. Al fin, ella se dará maña cómo yo sea grande o lo parezca, que todo es uno.

—¡Voto a tal—dixo el soldado—, que quiera o no, ella avrá de hazer la razón! <sup>35</sup>

—No tan alto, señor soldado—dixo el estudiante—, más baxo.

—¡Este es mi baxo, y mucho más he de alçar la voz, aunque sea en la sala de don Fernando Ruiz de Contreras! <sup>36</sup> Peor es acovardarse con la Fortuna: sino mostrarla dientes, que sólo se burla con los sufridos; y assí veréis que unos socarronazos, <sup>37</sup> quatro bellacones atrevidos se salen con quanto quieren y se burlan de todo el mundo; ellos son los medrados, que de los hombres de bien no ai quien se acuerde. ¡Juro, voto que hemos de andar a mogicones y que ha de hazerme favor, aunque rebiente!

—No sé yo cómo será esso—replicó el licenciado—, que la Fortuna no ai entenderla: <sup>38</sup> tiene bravos rebeses. A otros más estirados he oído ponderar que no ai tomarla el tino.

<sup>34</sup> *tener estrella*, que hoy solemos decir *tener buena estrella*, era expresión corriente por *ser dichoso*, y la registra Correas, entre otros. *Tener un lunar* sabido es que equivale a tener una mancha, y aunque aquí se entendiese una mancha en el destino, encaja pésimamente en el párrafo. Además, los términos de la disyuntiva, *lunar* y *estrella*, no tienen propia correspondencia, y Gracián era demasiado fino y consciente artista para semejante torpeza de estilo. Muy probablemente es una errata: *lunar* por *luna*. Verdad es que *tener luna* no era locución común, pero puesta aquí en contraposición a *tener estrella* resulta perfectamente inteligible y eficaz. Y así debió de escribirla el autor, como antes dijo (I, 312<sub>1</sub>): “tuvo más de luna que de estrella.”

<sup>35</sup> *hazer la razón*, corresponder a un brindis con otro brindis o simplemente bebiendo: “les brindaba yo a su salud, y mis compañeros a un mismo tiempo y compás, sin saber puntos de solfa, empinaban los codos y hacian la razon.” (*Estebanillo González*, VIII: ed. BAE, XXXIII, 334 a.) Y en tal sentido la explica Correas: “*Hacer la razón*. Dícese por beber cuando a uno le hacen brindis, y responde: haré la razón.” Por extensión, equivalía, como en nuestro texto, a *corresponder a una invitación*: “—Digo / que te sientes.—La razón / haré.” (Tirso, *El burlador de Sevilla*, III, xii.) Y más o menos burlescamente, decíase a otros propósitos, como el mismo Tirso en *La Santa Juana* (*Segunda-Parte*, III, vii): “¿Bostecitos? Brindis son / al sueño; haré la razón, / aunque me duerma en la calle.”

<sup>36</sup> Era secretario del Consejo de Guerra por los años de 1643–1652. Cons. Matías de Novoa, *Memorias*, II, 463; *Colec. de doc. inéditos para la Hist. de España*, XCV, 363, *et passim*.

<sup>37</sup> *socarronazos*, cambiado por *morlonazos* en la ed. 1773 (pág. 249 a).

<sup>38</sup> *no ai entenderla*, con el significado de *es imposible entenderla*, propio de *haber* en las frases de sentido negativo.

—Yo, por lo menos—dixo el cortesano—, de mis zalemas pienso valerme y mil vezes hazerla el buz.<sup>39</sup>

—¡Buz de arca<sup>40</sup>—dixo el soldado—ha de ser el mío! ¿Yo besarla la mano? Si me hiziere merced, esso bien; y si no, lo dicho, dicho.

—Ya me parece que me la veo—dezía el enano—y que ella no me ve a mí por ser pequeño, que solos son visibles los bien vistos.<sup>41</sup>

—Menos me verá a mí—dixo el estudiante—, por ser pobre; que a los deslucidos nadie los puede ver, aunque les salten al rostro los colores.<sup>42</sup>

*Fortuna* —¿Cómo os ha de ver—dixo el cortesano—, si es ciega?

*ciega.* —¿Y esso más?—ponderó Critilo—. ¿De cuándo acá ha cegado?

—No corre otro<sup>43</sup> en la corte.

—Pues ¿cómo podrá repartir los bienes?

—¿Cómo? A ciegas.

—Assí es—dixo el estudiante—, y assí la vió un sabio<sup>44</sup> entronizada en un árbol mui copado, de cuyas ramas, en vez de frutos pendían coronas, tiaras, cidaris,<sup>45</sup> mitras, capelos,

<sup>39</sup> *buz*, “el beso de reuerencia y reconocimiento que da vno a otro . . . ; hazer vno a otro el buz, reuerenciarle cō humildad y sumission.” Covarrubias.

<sup>40</sup> Con el mismo juego por *arcabuz* que había ya empleado Góngora, Obras, I, 276:

“Ella vatiendo el plumage  
se le leuantó al moquelo,  
i en leuantándose al buelo  
la derribó vn arcabuz;  
que a la arca hazen el buz  
las paxaritas del cielo.”

<sup>41</sup> Ostensible equívoco de *vistos* y *estimados*.

<sup>42</sup> Esto es, aunque tenga vergüenza o pundonor, como ya habrá pensado el lector, y porque el rojo es el más visible de los colores.

<sup>43</sup> *otro*, otra cosa o noticia: cfr. nota 19, I, 105.

<sup>44</sup> Alude a Eneas Silvio Piccolomini, en verdad sabio y fecundo escritor, que ocupó el solio pontificio (1458–1464) con el nombre de Pío II, y cuyas obras fueron vertidas al castellano a partir de 1496; entre ellas la *Visión delectable de la casa de la Fortuna* (trad. Juan Gómez, Valencia, 1511). Para el pasaje en cuestión, véase *Opera omnia*, Basileae, 1571, pág. 613.

<sup>45</sup> *cidaris*, transcripción latina de una voz griega (*κίδαρις*), se llama la diadema de los reyes persas (Quinto Curcio Rufo, III, iii, 19) y la tiara del Pontífice de los hebreos en el Viejo Testamento (*cidari quoque texit caput*, en el *Levítico*, VIII, 9; *cidarim lineam imponet capiti*, ibíd., XVI, 4), que los exégetas españoles traducen *tiara* o *diadema*.

bastones,<sup>46</sup> ábitos, borlas y otros mil géneros de insignias, alternados con cuchillos, dogales, remos, grillos y corozas. Estaban baxo el árbol confundidos hombres y brutos, un bueno y otro malo, un sabio y un jumento, un lobo y un cordero, una sierpe y una paloma. Sacudía ella a ciegas, esgrimiendo su palo, dé donde diere y Dios te la depare buena:<sup>47</sup> caía sobre la cabeça de uno una corona, y sobre el cuello del otro un cuchillo, sin más averiguar que la suerte; y las más vezes se encontravan,<sup>48</sup> pues dava en manos de uno un bastón, que estuviera mejor un remo;<sup>49</sup> a un docto le caía una mitra allá en Cerdeña o acá en Jaca,<sup>50</sup> y a un idiota bien cerca:<sup>51</sup> todo a ciegas.

—Y aun a locas—añadió el estudiante.

—¿Cómo es eso?—replicó Critilo.

—Todos lo dizen que ha enloquecido, y se conoce, pues no va cosa<sup>52</sup> con concierto.

—¿Y de qué enloqueció?

—Cuéntanse varias cosas. La más constante opinión es que la Malicia la ha dado bevedizos, y a título de descansarla,

<sup>46</sup> El bastón era ya en aquel siglo la insignia distintiva de los generales del ejército, y así podía decir uno de ellos en *El mejor amigo* (I, iii) de Moreto: “. . . el primer bozo en los labios, / que me nació en la campaña; / donde, sin que a un escalón / mi sangre supliese el plazo, / ciñó el puño de mi brazo / desde la pica al bastón.”

<sup>47</sup> Juntando dos locuciones de sentido análogo, para mayor fuerza: *De dónde diere* (Correas) y *Dios te la depare buena* (Sbarbi).

<sup>48</sup> *encontrarse*, en su acepción de *oponerse* o *desconvenir*.

<sup>49</sup> *remo* de galeote, se entiende.

<sup>50</sup> Era considerada Cerdeña desde los tiempos antiguos como tierra de pestilencias y mala gente, según veremos en lugar más oportuno (III, xi), y por ello y por su alejamiento de la Península, no sería nada atractivo su obispado. Respecto de Jaca, era un obispado de secundaria importancia, desmembrado del de Huesca por Felipe II en 1571. Como Gracián no se desdeña de los más triviales jueguecillos, es posible que, recordándole Cerdeña el pelo grueso de las crines y cola de las caballerías, trajera luego a Jaca por lo de yegua.

<sup>51</sup> Bien cerca del idiota, o bien cerca de Jaca, y si esto último, no se refiere al cercano obispado de Huesca, pues lo desempeñaba entonces (1641-1654) el ilustre prelado don Esteban de Esmir, cuyo merecido elogio había hecho Gracián en la *Agudeza*, XXX, 214: “el ilustrísimo señor don Esteban de Esmir, obispo de Huesca, exemplar vniversal de Prelados, de doctos y de santos, desempeñando biē el espejo de las armas de su noble y esclarecida prosapia.”

<sup>52</sup> *cosa*, nada: cfr. nota 26, I, 353.

se la [ha]<sup>53</sup> alçado con el mando, y assí da a sus favoritos<sup>54</sup> quanto quiere: a los ladrones las riquezas, a los sobervios las honras, a los ambiciosos las dignidades, a los menguados las dichas, a las necias la hermosura,<sup>55</sup> a los covardes las vitorias,<sup>56</sup> a los ignorantes los aplausos, y a los embusteros todo; el más ruin javalí se come la mejor bellota, y assí no van ya por méritos los premios ni por culpas los castigos; unos yerran y otros lo murmuran: al fin, todo va a locas, como digo.

—¿Y porqué no a malas también?—añadió el soldado—, pues la hazen fama de ruin, amiga de los jóvenes, siempre favoreciéndoles,<sup>57</sup> y contraria de los varones ancianos y maduros, madrastra de los buenos, embidiosa con los sabios, tirana con los insignes, cruel con los afligidos,<sup>58</sup> inconstante con todos.

—¿Es possible—ponderó Critilo—que de tantos azares se

<sup>53</sup> *ha*, restituída en M1664, falta en nuestro texto por concurrencia de la *a* que precede y de la que sigue; persuadido estoy de que éste y otros cajistas componían a veces mientras un auxiliar les iba leyendo en voz alta el original, no teniéndolo ellos a la vista.

<sup>54</sup> *favoridos*, que se conserva en varias ediciones (B1664, 1683, etc.), es cambiado en la mayoría por *fauorecidos* (1663, M1664, 1669, 1700, etc.), que era de uso más general; no faltaron autores, particularmente en el siglo XVI, que dieron la preferencia a *favorido*, v. gr., Francisco Delicado, *La Lozana Andaluza*, ed. París, 1888, t. II, pág. 4, *et al*; Gaspar de Baeza, trad. *Elogios*, de Jovio, fol. 93 v., *et passim*.

<sup>55</sup> Conceptillo popular y graciano es este de que la hermosura es trono de la necesidad, que ya hemos visto en varios pasajes (I, 351<sub>15</sub>; II, 148<sub>2-3</sub>), con que se busca consolar a las feas, no teniendo las tristes consuelo alguno: que bien ven las pobres hacia donde van las corrientes galantes.

<sup>56</sup> *vitoria*: sobre la supresión de la *c* en el grupo *-ct-* latino, véase nota 166, I, 314.

<sup>57</sup> Léese en *El Héroe*, XI, 526 *b*, refiriéndose a la Fortuna: “Faltarle de constante lo que le sobra de muger, sienten algunos escocidos. Y añadió el Marques de Mariñano, para consuelo del Emperador sobre Metz, que no solo tiene inestabilidad de muger, sino liuiandad de jouen, en hazer cara a los mancebos.” Su fuente es los *Detti* (fol. 41) de Botero, que, tras referir una anécdota del marqués de Mariñano, añade la siguiente: “Il medesimo veggendo l’Imperatore Carlo V. molto afflito e malenconico sotto Metz, per la gagliarda resistenza de’ nimici, e per la poca speranza che si haueua di buon successo, gli disse: Perche s’affige tanto Vostra Maestà? non sà ella che la Fortuna è vna cattiuu donna che non vada dietro e non s’accosta se non à giouani. Del qual concetto si valse questi anni passati Gio. Andrea Doria, doppo hauer tentato senza profitto l’impresa d’Algier.”

<sup>58</sup> Porque, como dice justamente Boccalini, recogiendo un lugar común de los antiguos, “quando la fortuna empieça vna sola vez á perseguir alguno, no descansa de molestarle hasta que le sepulta viuo en el abismo de las mas lamentables calamidades y miserias.” *Avisos*, I, 188 v.



compone,<sup>59</sup> y con todo esso, la vamos a buscar desde que nacimos, y más ciegos y más locos nos vamos tras ella? <sup>60</sup>

Ya en esto se descubría un extravagante palacio que por una parte parecía edificio y por la otra ruina, torres de viento sobre arena, sobervia máquina <sup>61</sup> sin fundamentos. Y de todo el que imag[in]aron <sup>62</sup> edificio, no avía sino la escalera; que en esta gran casa de la Fortuna no ai otro <sup>63</sup> que subir y caer. Las gradas parecían de vidrio, más quebradizas quanto más dobles,<sup>64</sup> y todas llenas de deslizaderos. No avía varandillas para tenerse,<sup>65</sup> riesgos sí para rodar. El primer escalón era más dificultoso de subir que una montaña, pero una vez puestos en él, las demás gradas eran facilísimas. Al contrario sucedía en las de la otra vanda para baxar,<sup>66</sup> procediendo con tal correspondencia que, assí como començava uno a subir por esta parte, al punto caía otro por la otra, aunque más apriessa.

Llegaron quando actualmente rodava uno con aplauso universal, porque al punto que començó a tumbar, soltó de las manos la gran presa que avía hecho de oficios y represa de beneficios: cargos, dignidades, riquezas, encomiendas, títulos, todo iba rodando allí abaxo; <sup>67</sup> dava aquí un bote una enco-

<sup>59</sup> Corriente era, como hemos visto repetidamente, tal uso del indicativo por el subjuntivo: cfr. nota 19, I, 169.

<sup>60</sup> Comp. Cicerón, *De Amicitia*, XV, 54: "Non enim solum ipsa fortuna caeca est, sed eos etiam plerumque efficit caecos, quos complexa est."

<sup>61</sup> *máquina*, estructura.

<sup>62</sup> *imagaron* en el texto por errata, conservada en B1664, pero corregida en 1663, M1664, 1669, 1674, 1683, 1700, etc.

<sup>63</sup> *otro*, otra cosa o modo.

<sup>64</sup> *dobles*, con el mismo claro equívoco de *falaces* que ya empleó en II, 39<sub>11</sub> y 126<sub>8</sub>.

<sup>65</sup> *tenerse*, en su acepción de *sujetarse*.

<sup>66</sup> Lo opuesto sería ahora que el primer escalón fuese fácil y que todos los demás fuesen difíciles, exacto aquello (y es lo que el autor quiere señalar nada más), pero contrario esto a la experiencia.

<sup>67</sup> Nueva alusión, según entiendo, a la caída del conde-duque de Olivares (cfr. nota 152, I, 311). "Cuando Olivares cayó de su privanza disfrutaba de las siguientes mercedes: 18.000 ducados como camarero mayor, 28.000 como caballero mayor, 12.000 como *sumiller de corps*, 48.000 como Canciller de las Indias, 4.000 como alcaide de los alcázares de Sevilla, 42.000 en encomiendas de las tres Ordenes militares, 200.000 de las naves de Indias, 50.000 por su villa de Sanlúcar, 6.000 como alguacil de la Casa de contratación. Además, su mujer percibía 44.000 ducados como camarera mayor y aya de la reina, lo cual significaba para ambos una entrada de 452.000, de once reales cada uno, que hoy supondrían unos tres millones de pesetas

mienda,<sup>68</sup> y saltava acullá a manos de un enemigo suyo; agarrava otro de buelo del oficio, y todos andavan a la rebaña, haziendo grande fiesta <sup>69</sup> al trabajo ageno: mas assí se usa. Solemnizólo mucho Critilo y riéronlo todos, diziendo:

—¡Qué bravo chasco de la Fortuna!

—¡Pues si huviérades visto rodar a Alexandro el Magno, aquel verle soltar un mundo entero y saltar tantas coronas, reinos y provincias como nuezes cuesta abaxo, y coja quien pudiere! Assegúroos que fué una Babilonia.<sup>70</sup>

*Definición  
del favor.*

Acercóse Critilo a la primer grada con sus camaradas, donde estava toda la dificultad del subir, porque aquí assistía el Favor, primer ministro de la Fortuna y mui su confidente. Este alargava la mano a quien se le antojava para ayudarle a subir, y esto sin más atendencia que su gusto, que devía ser mui malo, pues por maravilla dava la mano a ningún bueno, a ninguno que lo mereciesse. Siempre escogía lo peor: en viendo un ignorante, le llamava, y dexava mil sabios. Y aunque todo el mundo le murmurava, nada se le dava, que de sus temeridades tenía hechos callos en el qué dirán. De una legua columbrava <sup>71</sup> un embustero, y a los hombres de substancia y de entereza no los podía ver, porque le parecía le notavan <sup>72</sup> sus locuras y abominavan de sus quimeras. Pues un adulator, un mentiroso,<sup>73</sup> no ya la mano, entrambos braços le echava; y para los hombres de veras y de su palabra era un topo, que jamás topó con un hombre de verdad. Siempre echava mano de tales como él. Perdíase <sup>74</sup> naturalmente por

anuales.” Ricardo del Arco, *La caída del conde-duque de Olivares*, en *Boletín de la Real Acad. de la Hist.*, 1910, LVII, 473-474.

<sup>68</sup> *encomienda*: cfr. nota 84, II, 179.

<sup>69</sup> “Hazer gran fiesta de vna cosa: reirla mucho.” Covarrubias.

<sup>70</sup> *Babilonia*, “metaphoricamente se toma por confusión y desorden, y en este significado es mui común en nuestra lengua.” (*Dicc. Aut.*) Aceptión que corresponde a su etimología hebrea: “Et idcirco vocatum est nomen eius Babel, quia ibi confusum est labium universae terrae.” *Génesis*, XI, 9.

<sup>71</sup> *columbrava*, cambiado caprichosamente por *acechaba* en la ed. 1773 (pág. 251 b).

<sup>72</sup> *notar*, en su acepción de *censurar* o *reprender*.

<sup>73</sup> *adulator* y *mentiroso* representan el objeto de la sentencia, y no el sujeto, aunque falte la preposición correspondiente: disculpable es en la vivacidad del diálogo, no tanto en el relato, y más frecuente que hoy era tal omisión en la lengua clásica.

<sup>74</sup> *perderse*, en su significado común de *apasionarse*.

los hombres de tronera,<sup>75</sup> entregándoles quanto ai, y assí todo lo confundían. Avía millares de hombres por aquel suelo aguardando les favoreciesse: pero él, en viendo un entendido, un varón de prendas, dezía:

—¡Oste puto<sup>76</sup> quien [a] tal le ayudasse! Es mui hombre, no conviene.

Sugeto, al fin, de bravo capricho. Era de modo que acabava con todos los hombres eminentes en gobierno, en armas, en letras, en grandeza y en nobleza: que avía muchos y mui a propósito. Pero ¿qué mucho?, si descubrieron que estava ciego de todas passiones y andava a ciegas topando con las paredes<sup>77</sup> del mundo, acabando con todo él.

Esta, como digo, era la escala para subir a lo alto. No tenía remedio Critilo por desconocido, ni el cortesano por conocido, ni el estudiante ni el soldado por merecerlo; sólo el enano tuvo ventura, porque se le hizo pariente, y assí luego estuvo arriba. Apurávase el soldado de ver que los gallinas<sup>78</sup> bolavan, y el estudiante de que los bestias corrían. Estando en esta dificultad, assomóse acullá en lo más alto Andrenio, que por lo vulgar avía subido tan arriba y estava mui adelantado en el valer. Conoció a Critilo, que no fué poco desde tan alto y de donde muchos desconocieron a sus padres y<sup>79</sup> hijos; mas fué llamada de la sangre.<sup>80</sup> Dióle luego la mano y levántole, y entre los dos pudieron ayudar a subir los demás. Iban trepando por aquellas gradas con harta facilidad de una en otra, ganada la primera, de un cargo en otro y de un premio en muchos. Notaron una cosa bien advertida estando a media escalera, y fué que todos quantos miravan de la parte de arriba

*Escala de  
la Fortuna.*

<sup>75</sup> *hombre de tronera*, o solamente *tronera*, “la persona desbaratada en sus acciones o palabras, y que no lleva método ni orden en ellas.” *Dicc. Aut.*

<sup>76</sup> *joste!* (comúnmente *oxte*), interjección para rechazar vivamente a una persona o cosa, *japarta!*, *japártese!*, y se reforzaba en *joste puto!* “Usase de esta voz con alguna vehemencia y mui comunmente quando tomamos en las manos alguna cosa que está mui caliente, o la probamos; y es frecuente decir *oxte puto*.” (*Dicc. Aut.*) Fué corregida con *Hete allá* en la ed. 1773 (pág. 252 a).

<sup>77</sup> Recordando acaso la expresión figurada de *andar a tienta paredes*, vacilante y sin rumbo fijo.

<sup>78</sup> *gallinas*, cobardes: cfr. nota 139, II, 144.

<sup>79</sup> Sobre el empleo de esta conjunción cuando hoy ponemos *e*, queda nota 23, II, 19.

<sup>80</sup> Esta es la segunda vez que el autor declara directamente el parentesco de Critilo y Andrenio: cfr. nota 128, I, 372.

y que subían delante les parecían grandes hombres, unos gigantes, y gritaban:

—¡Qué gran rei el passado! ¡Qué capitán aquel que fué! ¡Qué sabio el que murió!

Y al rebés, todos quantos venían atrás les parecían poca cosa y unos enanos.

—¡Qué cosa <sup>81</sup> es—dixo Critilo—ir un hombre delante, aquello de ser primero, o venir detrás! Todos los passados nos parece que fueron grandes hombres, y todos los presentes y los que vienen nos parecen nada: que ai gran diferencia en el mirar a uno como superior o inferior, desde arriba u <sup>82</sup> desde abaxo.

Llegaron ya a la última grada, donde estava la Fortuna. Pero ¡o cosa rara! ¡o prodigio nunca creído, y de que quedaron atónitos y aun pasmados!, digo quando vieron una reina totalmente diversa de lo que avían concebido y mui otra de lo que todo el mundo publicava, porque no sólo no era ciega como se dezía, pero tenía en una cara de cielo al medio día,<sup>83</sup> unos ojos más perspicaces que una águila, más penetrantes que un

<sup>81</sup> *qué cosa*, *qué gran cosa*, naturalmente.

<sup>82</sup> *u* se empleó frecuentemente como conjunción disyuntiva, fuese o no seguida o precedida de *o*, hasta finalizar el siglo XVII. Quejábase ya de su abuso Juan de Valdés hacia 1535: "Pecan tambien algunas vezes los castellanos . . . quando la *o* es conjunción disyuntiva, poniendo *u* en lugar de la *o*, lo qual de ninguna manera me contenta, y si avéis mirado en ello, siempre scrivo *o*, diziendo: *O rico o pinjado, o muerto o descalabrado*. Bien es verdad que, quando el vocablo que se sigue comienza en *o*, yo uso *u*, diziendo: *Esto u otro lo hará*, pero, mientras puedo escusarme de que la necesidad me fuerce a poner *u*, escúsome, porque no me suena bien." (*Diálogo de la lengua*, ed. Clás. Cast., pág. 64.) En tiempos de Gracián, hasta finalizar la época de Calderón cuando menos, solía limitarse el empleo de la *u* a los casos en que fuese ya precedida de *o*, ya seguida de *o*, ya de la preposición *de*, y por analogía, de palabra empezada con *de-* o *di-*: v. gr., "monstruosa u desigual." (Gonzalo de Céspedes, *El soldado Píndaro*, I, xviii.) El primero en fijar esta regla, que yo sepa, fué Juan Rufo, en 1596: "Donde hallares *u* por disyuntiva, en lugar de *o*, no pienses que es descuido, ni error de impresion, ni cuidado presuntuoso de introducir novedad, sino por templar alguna aspereza de sonido causada de otras *oes* u de alguna *d*, cuanto más que la lengua latina, grave y calificada madre de la nuestra, contiene quatro particulas para significar division, y cada una dellas tiene *u*." (*Las seiscientas apotegmas*, ed. Biblióf. Esp., pág. 14.) Sobre la conjunción *e*, en lugar de *y*, véase nota 23, II, 19.

<sup>83</sup> *cara de cielo*, que solemos decir de un rostro apacible, puro y hermosísimo; y agrega *al medio día* precisamente para significar que, lejos de ser ciega, está llena de claridad y luz meridiana. Sobre el género ambiguo de *águila*, que viene después, véase nota 161, II, 149.

linze; su semblante, aunque grave, mui sereno, sin ceños de madrastra, y toda ella mui compuesta. No estaba sentada, porque siempre de leva <sup>84</sup> y en continuo movimiento. Calçava ruedecillas por chapines; su vestir era la mitad de luto y la otra mitad de gala. Miráronla y miráronse unos a otros, encogiéndose de ombros y arqueando las cejas, admirados de tal novedad, y aun dudaron si era ella.

—Pues ¿quién avía de ser?—respondió la Equidad, que la assistía con unas balanzas en la mano.

Oyólo la misma Fortuna, que ya avía notado de reojo los ademanes de su espanto,<sup>85</sup> y con voz harto agradable les dixo:

—Llegáos acá, dezi <sup>86</sup> de qué os avéis turbado. No reparéis en dezir la verdad, que yo gusto mucho de los audaces.<sup>87</sup>

*Audaces  
afortuna-  
dos.*

Estavan todos tan mudos como encogidos. Sólo el soldado, con valentía en el desahogo y desahogo en el hablar, alçando la voz de modo que pudo oírle todo el mundo, dixo:

—Gran señora de los favores, reina poderosa de las dichas, yo te he de dezir oi las verdades. Todo el mundo, de cabo a cabo, desde la corona a la abarca, está murmurando de ti y de tus procederres. Yo te hablo claro, que los príncipes nunca estáis al cabo de las nuevas, siempre agenos de lo que se dize.

—Ya sé que todos se quejan de mí—dixo ella misma—, pero ¿de qué y porqué? ¿Qué es lo que dizen?

—Mas ¡qué no dizen!—respondió el soldado—. Al fin, yo comienço con tu licencia, si no con tu agrado. Dizen, lo primero, que eres ciega; lo segundo, que eres loca; lo tercero, necia; lo quarto . . .

—Aguarda, aguarda. Basta, vete poco a poco—dixo—, que oi quiero dar satisfacción al universo. Protesto, lo primero, que soi hija de buenos, pues de Dios y de su divina providencia, y tan obediente a sus órdenes, que no se mueve una hoja de un árbol ni una paja del suelo sin su sabiduría y dirección.<sup>88</sup> Hijos, es verdad que no los tengo, porque no se heredan ni las dichas ni las desdichas. El mayor cargo que me hazen los mortales, y el que yo más siento, es dezir que favorezco a los ruines; que aquello de ser ciega, seréis vosotros testigos.

*Fortuna  
sin hijos.*

<sup>84</sup> *leva*, en su acepción de *partida*.

<sup>85</sup> *espanto*, asombro: cfr. nota 36, I, 108.

<sup>86</sup> *dezi*, decid: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>87</sup> Conforme a Virgilio, *Aeneis*, X, 284: “audentis Fortuna juvat.”

<sup>88</sup> Lugar común en los escritos religiosos, y tienen su origen en el *Libro de Job*, XIII, 25: “Contra folium, quod vento rapitur, ostendis potentiam tuam, et stipulam siccam persequeris.”

Pues yo digo que ellos son los malos y de ruines procederes, que dan las cosas a otros tales como ellos. El ricazo da su hazienda al asesino, al valentón, al truán,<sup>89</sup> los cientos y los ducientos<sup>90</sup> a la ramera, y trairá<sup>91</sup> desnuda el<sup>92</sup> ángel de una hija y el serafín de una virtuosa consorte: en esto emplean sus grandes rentas. Los poderosos dan los cargos y se apassionan por los que menos los merecen y possitivamente los desmerecen, favorecen al ignorante, premian al adulador, ayudan al embustero, siempre adelantando los peores; y del más merecedor, ni memoria, quanto menos voluntad. El padre se apassiona por el peor hijo, y la madre por la hija más loca, el príncipe por el ministro más temerario, el maestro por el discípulo incapaz, el pastor por la oveja roñosa, el prelado por el súbdito relajado, el capitán por el soldado más covarde. Y si no, mirad quando gobiernan hombres de entereza y de virtud, como aora, si son estimados los buenos, si son premiados los sabios.<sup>93</sup> Escoge el otro por amigo al enemigo de su honra, y por confidente al más ruin; con ésse se acompaña, ésse que le gasta la hazienda. Creedme que en los mismos hombres está el mal, ellos son los malos y los peores, ellos ensalçan el vicio y desprecian la virtud, que no ai cosa oi más aborrecida.<sup>94</sup> Favorezcan ellos los hombres de bien, que yo no deseo otro.<sup>95</sup> Veis aquí mis manos: miradlas, reconocedlas, que no son mías; ésta es de un príncipe eclesiástico, y esta otra de un seglar; con éstas reparto los

*Manos de  
la Fortuna.*

<sup>89</sup> Sobre la omisión de la *h* en *truhán*, queda nota 201, II, 46.

<sup>90</sup> *ducientos*, sobrentendiéndose seguramente *ducados* (cfr. nota 138, I, 399); *docientos* escribía Gracián (Bibl. Nacional, ms. 8391, fol. 466); respecto de la supresión de la *s*, era uso entonces general y más conforme con el latín; *doscientos* es formación castellana sobre *dos*. En cuanto al intercambio de *o* y *u*, justamente decía Juan de Valdés: "A la *u* y a la *o* nunca acabo de tomarles el tino, porque unos mesmos vocablos veo escritos unas vezes con la una letra y otras con la otra." (*Diálogo de la lengua*, pág. 64.) Consúltese, acerca de tales cambios, Rufino J. Cuervo, *Disquisiciones sobre la antigua ortografía y pronunciación castellanas*, en *Revue Hispanique*, 1895, II, 1-69; 1898, V, 273-313.

<sup>91</sup> *trairá*: cfr. nota 151, I, 311.

<sup>92</sup> *el*, 1653, B1664, 1669, etc., corregido con *a el* en M1664, y pasando así a varias posteriores, hasta la de 1773 (pág. 254 a).

<sup>93</sup> Salvedad es ésta de dudosa sinceridad, en vista de sus francos y repetidos ataques, para atenuar ahora la dureza crítica con los contemporáneos, particularmente por haber mencionado al prelado; uno de los raros casos en que tembló la valiente pluma del *Criticón*.

<sup>94</sup> Confirma esto la insinceridad de la salvedad anterior.

<sup>95</sup> *otro*, otra cosa: cfr. nota 19, I, 105.

bienes, con éstas hago mercedes, con éstas dispenso las felicidades. Ved a quién dan estas manos, a quién medran, a quién levantan; que yo siempre doi las cosas por manos de los mismos hombres, ni tengo otras. Y para que veáis cuánta verdad es ésta: ¡Ola, ola!, llamadme aquí luego el Dinero, venga la Honra, los Cargos, Premios y Felicidades, venga acá quanto vale y se estima en el mundo, comparezcan aquí todos quantos se nombran bienes míos.

Concurrieron luego todos, y comenzó a alborotarlos cuerda-mente:

—Venid acá—dezia—, ruin canalla, gente baxa y soez, que vosotros, infames, me tenéis sin honra. Di tú, bellacón, di tú, Dinero, porqué estás reñido con los hombres de bien, porqué no vas a casa de los buenos y virtuosos. ¿Es possible que me digan que siempre andas con gente ruin, haziendo camarada con los peores del mundo, y me aseguran que nunca sales de sus casas? ¿Esto se puede tolerar?

*El dinero  
residen-  
ciado.<sup>96</sup>*

—Señora—respondió el Dinero—, primeramente, todos los ruines, como son rufianes, farsantes,<sup>97</sup> espadachines y ramerías, jamás tienen un real,<sup>98</sup> ni para en su poder. Y si los buenos tampoco le tienen, no tengo yo la culpa.

—Pues ¿quién la tiene?

—Ellos mismos.

—¿Ellos, de qué suerte?

—Porque no me saben buscar: ellos no roban, no trampean, no mienten, no estafan, no se dexan cohechar, no desuellan al pobre, no chupan la sangre agena, no viven de embeleco, no adulan, no son terceros,<sup>99</sup> no engañan. ¿Cómo han de enriquezer si no me buscan?

—¿Qué, es menester buscarle? Váyase él, pues corre tanto, a sus casas mismas y ruégueles y sírvales.

<sup>96</sup> Queda ya nota sobre el *juicio de residencia*, 65, II, 176.

<sup>97</sup> *farsante*, en la acepción propia y entonces común de representante de farsas o comedias; acerca de la mala reputación de los cómicos en aquel siglo, puede verse Cotarelo y Mori, *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España*, Madrid, 1904, *passim*.

<sup>98</sup> Respecto del valor del *real*, véase nota 34, I, 101.

<sup>99</sup> *tercero*, alcahuete (cfr. nota 57, I, 156). Una respuesta análoga del Dinero, que pudo servirle de punto inicial a Gracián para desarrollar la suya, es la siguiente de Guicciardini: “Essendo domādata la pecunia dalla virtù per qual cagione ella più volontieri co'maluagi homini, che co'buoni s'accōpagni, rispose: perch'i bon (tu repugnāte) non sanno mentire, nō ingannare, non fare vsura, & manco spogliare il prossimo.” Lodovico Guicciardini, *L'hore di ricreatione*, ed. Venetiis, 1583, pág. 41.

—Señora, ya voi tal vez,<sup>100</sup> o por premio o por herencia, y no me saben guardar: luego me echan la puerta afuera haziendo limosnas, remediando necessidades, más que el Arcipreste de *D. Diego* Daroca;<sup>101</sup> pagan luego lo que deven, prestan, son caritativos, *Antonio* *Francés*. no saben hazer una ruindad, y assí luego me echan la puerta afuera.

—No es esso echarte a rodar, sino bien alto, pues en el cielo. Y tú, Honra, ¿qué respondes?

—Lo mismo, que los buenos no son ambiciosos, no pretenden, no se alaban, no se entremeten; antes, se humillan, se retiran del bullicio, no multiplican cartas, no presentan,<sup>102</sup> y assí, ni me saben buscar, ni a ellos los buscan.

*Belleza* —¿Y tú?, Hermosura.

*argüida.* —Que tengo muchos enemigos, todos me persiguen quando más me siguen; quiérenme para el mundo, nadie para el cielo. Siempre ando entre locas y necias; las vanas me plazean,<sup>103</sup> me sacan a vistas;<sup>104</sup> las cuerdas me encierran, me esconden, no se dexan ver. Y assí, siempre me topan con gente ruin, a tontas y a locas.<sup>105</sup>

—Habla tú, Ventura.

—Yo, señora, siempre voi con los moços, porque los viejos no son atrevidos.<sup>106</sup> Los prudentes, como piensan mucho, hallan grandes dificultades; los locos son arrojados, los temerarios no reparan, los desesperados no tienen qué perder: ¿qué quieres tú que diga?

—¿No veis—exclamó la Fortuna—lo que passa?

<sup>100</sup> *tal vez*, a veces.

<sup>101</sup> Diego Antonio Francés de Urritigoyti (1603–1682), zaragozano, vicario general de Calatayud en 1632, fué nombrado arcipreste de Daroca en 1640, rector de la Universidad de Zaragoza en 1648, y obispo de Barbastro en 1656. Desempeñó otros cargos importantes y compuso numerosas obras religiosas y jurídicas, registradas en las *Bibliotecas* (I, 533–534) de Latassa. En cuanto a su caridad, señalada por Gracián, hizo valiosos donativos a varias iglesias y “repartió copiosas limosnas,” al decir de Latassa. Gracián mencionará a don Diego y otros individuos de su ilustre familia en la dedicatoria de la Tercera Parte.

<sup>102</sup> *presentar*, en su significado de “proponer o nombrar algun sujeto para una dignidad o empleo eclesiástico, a fin de que le apruebe el que tiene la jurisdiccion principal.” *Dicc. Auts.*

<sup>103</sup> *plazear*, ostentar: cfr. nota 24, I, 269.

<sup>104</sup> *a vistas*, modismo, a ser visto, como en el *Quijote*, II, lxii: “Lo primero que hizo fué hacer desarmar a don Quijote, y sacarle a vistas . . . a un balcón.”

<sup>105</sup> Intencionadamente, ya que acaba de nombrar a las necias y vanas.

<sup>106</sup> Repitiendo el concepto virgiliano que apuntamos algo más atrás.



Conocieron todos la verdad, y valióle. Sólo el soldado bolvió a replicar, y dixo:

—Muchas cosas ai que no dependen de los hombres, sino que tú absolutamente las dispensas, las repartes como quieres, y se quexan que con notable desigualdad. Al fin, yo no sé cómo se es que todos viven descontentos: las discretas porque las hiziste feas, las hermosas porque necias, los ricos porque ignorantes, los sabios porque pobres, los poderosos sin salud, los sanos sin hazienda, los hazendados sin hijos, los pobres cargados dellos, los valientes porque desdichados, los dichosos viven poco, los desdichados son eternos.<sup>107</sup> Assí que a nadie tienes contento. No ai ventura cumplida ni contento puro, todos son aguados.<sup>108</sup> Hasta la misma Naturaleza se quexa o se escusa con que en todo te le opones. Siempre andáis las dos de punta, que tenéis escandalizado el mundo: si la una echa por un cabo, la otra por el otro. Por el mismo caso<sup>109</sup> que la Naturaleza favorece a uno, tú le persigues; si ella da prendas, tú las desluces y las malogras, que vemos infinitos perdidos por esto, grandes ingenios sin ventura, valentías prodigiosas sin aplauso, un Gran Capitán retirado,<sup>110</sup> un rei Francisco de Francia preso,<sup>111</sup> un Enrico Quarto muerto a puñaladas,<sup>112</sup> un Marqués del Valle pleiteando,<sup>113</sup> un rei don Sebastián vencido,<sup>114</sup>

*Fama, fortuna, naturaleza reñidas.*

<sup>107</sup> De acuerdo con Séneca, *Hercules Oetaeus*, v. 122: "felices sequeris, mors, miseros fugis."

<sup>108</sup> Comparando con leve sonrisa y exacta frase el contento que no es puro con el vino aguado.

<sup>109</sup> *caso*, motivo: cfr. nota 158, II, 148.

<sup>110</sup> Por quejas de sus enemigos, que le acusaban, entre otras cosas, de repartir pueblos y estados del virreinato de Nápoles como si fuese su dueño, Gonzalo de Córdoba fué destituido del virreinato en 1504 y pasó los últimos años de su vida en retiro forzoso, en Loja, hasta su muerte (1515). Véase nota 7, I, 185.

<sup>111</sup> Francisco I de Francia fué derrotado y hecho prisionero por las tropas del marqués de Pescara en la batalla de Pavía (24 de febrero de 1525). Trasladado a Madrid, estuvo allí preso hasta enero de 1526. Véase documentos y relaciones sobre su prisión, desde la derrota hasta su regreso a Francia, en *Colec. de doc. inéditos para la Hist. de España*, IX, 406-486; XXXVIII, 404-561.

<sup>112</sup> Asesinado por Ravallac en 1610: cfr. nota 8, I, 186.

<sup>113</sup> Hernán Cortés, el máximo conquistador, primer marqués del Valle de Oajaca (1529), perseguido por la envidia y la calumnia, tuvo que dejar dos veces la gobernación y capitanía general de la Nueva España, y retirado a una finca, cerca de Sevilla, pasó los postreros años de su existencia pleiteando y sin que se resolviese sobre sus justas quejas.

<sup>114</sup> Don Sebastián de Portugal, sobre el cual dejamos nota 56, I, 176.

un Belisario ciego,<sup>115</sup> un Duque de Alba encarcelado,<sup>116</sup> un don Lope de Hozes abrasado,<sup>117</sup> un Infante Cardenal antecogido,<sup>118</sup> un príncipe don Baltasar, sol de España, eclipsado.<sup>119</sup> Dígoos que traéis rebuelto el mundo.

<sup>115</sup> El de la historia antigua, el conquistador de los persas, sobre el cual escribe Mira de Amescua la comedia *El ejemplar mayor de la desdicha y Capitán Belisario*, atribuída a Lope de Vega, y también Quevedo el noble soneto que termina:

“Y agora entre los míseros mendigos  
le tiraniza el tiempo, y el sosiego,  
la memoria de altísimos despojos.

Quisiéronte cegar tus enemigos,  
sin advertir que mal puede ser ciego  
quien tiene, en tanta fama, tantos ojos.”

(Ed. BAE, LXIX, 241 a.)

<sup>116</sup> Gracián sigue aquí una opinión corriente en su tiempo, y recogida luego, entre otros, por el P. Miñana en su continuación de la *Historia de Mariana* (lib. VIII, cap. v). Pero el duque de Alba, el Grande, no estuvo preso en cárcel alguna, sino en la villa de Uceda, teniendo por prisión toda la extensión de la villa, sin poder salir de ella. Habíale sido impuesto el castigo en 1577 con motivo de la boda de su primogénito, celebrada contra una orden expresa de Felipe II. Cons. H. Forneron, *Histoire de Philippe II*, París, 1882-87, t. II, págs. 405-413.

<sup>117</sup> Don Lope de Hoces y Córdoba, capitán general de la Armada, pereció en el combate de las Dunas (21 de octubre de 1639). Herido de una bala de cañón, que le arrancó el brazo a cercén, continuó dirigiendo la batalla hasta que, incendiada la nave, se hundió con ella en el mar.

<sup>118</sup> Don Fernando de Austria, el Cardenal-Infante (1609-1641), hijo de Felipe III, demostró grandes dotes de caudillo y estadista como gobernador y capitán general en Italia y Flandes. De él había dicho Gracián en *El Héroe*, X, 525 b: “El Benjamin oy de la felicidad es con evidencia de su esplendor el heroico, inuicto y serenissimo señor Cardenal Infante de España Don Fernando, nombre que passa a blason o corona nominal de tantos heroes.” Dice *antecogido* tomando este verbo en su acepción aragonesa de “coger las frutas antes de su madurez” (cons. Borao, *Dicc. de voces aragonesas*), esto es, cogido antes de tiempo o malogrado, pues falleció en la juventud, y cuando más necesario era en el gobierno de los Países Bajos. Tuvó la admiración de los hombres de Estado y de los literatos: véase, v. gr., Góngora, *Obras*, II, 315-316, y entre los “epitafios fúnebres a los tiernos malogros del Infante Cardenal,” el de su anónimo servidor, en BAE, XXXIII, 341 a.

<sup>119</sup> Don Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV y heredero del trono, que murió en la temprana juventud, a los diez y siete años, el 9 de octubre de 1646, en Zaragoza. Había sido el ídolo de los españoles, que tantas esperanzas cifraron en él. Gracián le dedicó su *Arte de ingenio* en 1642 y *El Discreto* en 1646. En *El Político* (1640) le alude en los siguientes términos: “Otras prosapias ay belicosissimas por naturaleza y por aficion, como lo es la de Borbon, seminario de valerosos caudillos; cuya mezcla con la de Austria, prometen en nuestro Serenissimo Principe de España,

—Basta—dixo la Fortuna—que lo que más me avían de estimar los hombres, esso me calumnian. ¡Ola, Equidad!, vengan las balanzas. ¿Véislas, véislas? Pues sabed que no doi cosa que no la pese y contrapese primero, igualando mui bien estas balanzas. Venid acá, necios inconsiderados: si todo lo diera a los sabios, ¿qué hiziérades vosotros? ¿Avíais de quedar destituídos de todo? ¿Qué avía de hazer una muger, si fuera necia y fea y desdichada?: desesperarse.<sup>120</sup> ¿Y quién se pudiera averiguar<sup>121</sup> con una hermosa, si fuera venturosa y entendida? Y si no, hagamos una cosa. Traigan acá todas mis dádivas; vengan las lindas: si tan desgraciadas son, truequen con las feas; vengan los discretos: si tan descontentos viven, truequen con los ricos necios, que todo no se puede tener.

Fué luego pesando sus dádivas y disfavores, coronas, cetros, tiaras, riquezas, oro, plata, dignidades y venturas. Y fué tal el contrapeso de cuidados a las honras, de dolores a los gustos, de descréditos a los vicios, de achaques a los deleites, de pensiones<sup>122</sup> a las dignidades, de ocupaciones a los cargos, de desvelos a las riquezas, de trabajos a la salud, de crudezas<sup>123</sup> al regalo, de riesgos a la valentía, de desdoros a la hermosura, de pobreza a las letras, que cada uno decía:

—Démonos por buenos.

—Estas dos balanzas—proseguía la Fortuna—somos la Naturaleza y yo, que igualamos la sangre: si ella se decanta<sup>124</sup> a la una parte, yo a la otra; si ella favorece al sabio, yo al necio; si ella a la hermosa, yo a la fea; siempre al contrario, contrapesando los bienes.

—Todo esso está bien—replicó el soldado—, pero ¿porqué no has de ser constante en una cosa, y no andar variando cada día?<sup>125</sup> ¿Para qué es buena tanta mudanza?

con la felicidad, el valor para ser Monarca del Vniuerso. Sea oraculo su Real nombre BALTASAR REY, compuesto de las quatro vocales que dan principio a todas las quatro partes del mundo, en presagio de q̄ su Monarquía y su fama han de ocuparlas todas.” Ed. cit., pág. 409 b.

<sup>120</sup> *desesperarse*, “vale tambien matarse a sí mismo por despecho y rabia, como sucede al que se ahorca o se echa en un pozo.” *Dicc. Auts.*

<sup>121</sup> *averiguarse con*, entenderse con: cfr. nota 24, I, 190.

<sup>122</sup> *pensión*, obligación: cfr. nota 7, II, 199.

<sup>123</sup> *crudezas* de estómago, se entiende. “Crudezas de estomago, engendranse de malas viandas, y de muchas en cantidad, y de falta de calor natural o de exercicio conueniente y moderado.” Covarrubias.

<sup>124</sup> *decantarse*, inclinarse o desviarse: cfr. nota 167, II, 41; *decanta* fué corregido con *inclina* en la ed. 1773 (pág. 257 b).

<sup>125</sup> Es también lamentación de Ovidio, *Tristia*, V, viii, 15–16: “Passibus

*Fortuna justiciera.* — ¡Qué más quisieran los dichosos!—respondió la Fortuna—. ¡Bueno, por cierto, que siempre gozassen unos mismos los bienes, y que nunca les llegase su vez a los desdichados! De eso me guardaré yo mui bien. ¡Ola, Tiempo!, ande la rueda, dé una vuelta y otra vuelta, y nunca pare. Abátanse los sobervios y sean ensalzados los humildes,<sup>126</sup> vayan a veces: sepan unos qué cosa es padecer y los otros gozar. Pues si aun con saber esto y llamarme la Mudable, no se dan por entendidos los poderosos, los entronizados, ninguno se acuerda de mañana, despreciando los inferiores, atropellando los desvalidos, ¿qué hizieran si ellos supieran que no avía de aver mudanza? ¡Ola, Tiempo!, ande la rueda. Si aun deste modo son intolerables los ricos, los mandones, ¿qué fuera si se aseguraran echando un clavo a su felicidad?<sup>127</sup> Esse sí que fuera yerro. ¡Ola, Tiempo!, ande la rueda, y desengáñesse todo el mundo que nada permanece sino la virtud.

No tuvo más qué replicar el soldado; antes, bolviéndose al estudiante, le dixo:

—Pues vosotros, los bachilleres,<sup>128</sup> sois los que más satirizáis la Fortuna, ¿cómo calláis aora? Deid algo, que en las ocasiones<sup>129</sup> es el tiempo del hablar,

Confessó él que no lo era, sólo venía a pretender un beneficio bobo.<sup>130</sup> Mas la Fortuna:

—Ya sé—dixo—que los sabios son los que hablan más mal de mí,<sup>131</sup> y en eso muestran serlo.

ambiguus fortuna volubilis errat, / et manet in nullo certa tenaxque loco.” Comp. Eurípides, *Las Suplicantes*, vv. 269–270.

<sup>126</sup> Del texto de San Mateo, XXIII, 12: “Qui autem se exaltaverit, humiliabitur: et qui se humiliaverit, exaltabitur.” Era ya un lugar común en la literatura griega, frecuente en Sófocles. Diógenes Laercio (III, iii, 69) lo atribuye a Chilón; habiéndole preguntado Esopo qué era lo que hacía Zeus, respondió: τὰ μὲν ὑψηλὰ ταπεινῶν, τὰ δὲ ταπεινὰ ὑψηλῶν.

<sup>127</sup> Por la frase figurada *echar un clavo a la rueda de la Fortuna* o *clavar la rueda de la Fortuna*, que “vale lo propio que asegurarla, para que no vuelva atrás.” *Dicc. Auts.*

<sup>128</sup> Véase la acepción desdeñosa que desde lejanos tiempos se venía dando a *bachiller* y *bachillertas*, en nota 139, II, 187.

<sup>129</sup> *ocasión*, en su sentido de *trance difícil* o *peligro*: cfr. nota 16, II, 125.

<sup>130</sup> Burlonamente llama *bobo* al beneficio simple (el que tiene rentas eclesiásticas y no lleva aneja la cura de almas), como Góngora cuando escribió: “Incluso esperaré en qualque missiua / beneficio tan simple, que sea bobo.” *Obras*, II, 365.

<sup>131</sup> Así Séneca, *Hercules Furens*, vv. 524–525: “O fortuna, viris invida fortibus, / quam non aequa bonis praemia dividis!”

Escandalizáronse todos mucho de oír esto. Y ella:

—Yo me desempeñaré.<sup>132</sup> No es porque ellos assí lo sientan, sino porque lo sienta el vulgo, para tener a raya los sobervios: yo soi el coco de los poderosos, conmigo les hazen miedo. Teman los ricos, tiemblen los afortunados, escarmienten los validos, enfrénense todos. Una cosa os quiero confessar, y es que los verdaderos sabios, que son los prudentes y virtuosos, son mui superiores a las estrellas.<sup>133</sup> Bien es verdad que tengo cuidado no engorden, porque no duerman; que el enjaulado gilguero, en teniendo que comer, no canta. Y porque veáis que ellos saben ser dichosos: ¡Ola!, arrastrad aquella mesa.

Era redonda y capaz de todos los siglos. En medio de ella se ostentavan muchas venturas en bienes, digo, cetros, tiaras, coronas, mitras, bastones,<sup>134</sup> varas,<sup>135</sup> laureles, púrpuras, capelos, tusones,<sup>136</sup> ábitos, borlas,<sup>137</sup> oro, plata, joyas, y todas sobre un riquísimo tapete. Mandó luego llamar todos los pretendientes de ventura, que fueron todos los vivientes: que ¿quién aí que no desee? Coronaron<sup>138</sup> la gran mesa, y teniéndolos assí juntos, les dixo:

*Mesa de  
la Fortuna.*

<sup>132</sup> *desempeñarse*, salir airosamente de un empeño: cfr. II, 140<sub>10</sub>.

<sup>133</sup> Conforme al proverbio: "Sapiens dominabitur astris." El Licenciado Viana, en nota a su versión de Ovidio, atribuye el dicho a un autor determinado: "Porque como dize Ptolomeo, el varon sabio señoreara las estrellas. De manera que si los bienes del cuerpo estan en poder y mano de los Cielos, los del alma, que son los verdaderos, estan en la de nuestra libertad, y solos ellos se pueden dezir nuestros." *Las Transformaciones de Ouidio*, etc., Valladolid, 1589, fol. 236 v.

<sup>134</sup> *bastones*: cfr. nota 46, II, 205.

<sup>135</sup> *vara* de autoridad, insignia de los ministros de las ley: cfr. nota 19, I, 246.

<sup>136</sup> *tusón*, a la española, era la forma corriente del francés *toison*, viniendo éste a prevalecer desde el siglo XVIII. La orden de caballería del Toisón fué instituída por Felipe II, duque de Borgoña, en el año 1429. "El collar de esta Orden es compuesto de eslabones dobles, entrelazados de peder-nales o piedras centelleantes, inflamadas de fuego, esmaltadas de azul, y los rayos de rojo; en el cabo, un toisón, esto es, la piel de un cordero, con su lana y extremidades, acordonada de oro, liado por el medio y suspendido del collar; el todo, de oro esmaltado según el arte." José Asensio y Torres, *Tratado de heráldica y blasón*, ed. Madrid, 1929, pág. 152.

<sup>137</sup> *borla*, insignia de los graduados de doctores y maestros, y también de los obispos (que serán los aludidos en el texto). "Los obispos traen borlas en los sombreros, y los doctores y maestros encima de los bonetes." Covarrubias.

<sup>138</sup> *coronar*, con el significado de rodear una mesa redonda, quedando en pie los comensales.

—Mortales, todos estos bienes son para vosotros. ¡Alto!,<sup>139</sup> disponéos para conseguirlos, que yo nada quiero repartir por no tener quexosos; cada uno escoja lo que quisiere y coja lo que pudiere.

Hizo señal de agarrar, y al punto comenzaron todos a porfía a alargar los brazos y estirarse para alcanzar cada uno lo que deseava, pero ninguno podía conseguirlo. Estava ya uno mui cerca de alcanzar una mitra, aunque no la merecía tanto como un vicario general, y sea el doctor Sala;<sup>140</sup> anduvo porfiando toda la vida tras ella, mas nunca la pudo assir, y murió con aquel buen deseo. Dava saltos un otro por una llave dorada,<sup>141</sup> y aunque se fatigó y fatigó a otros, como tenía dientes se le defendía. Empinábanse algunos al rojo,<sup>142</sup> y al cabo se quedaban en blanco.<sup>143</sup> Anhelava otro y aun sudava tras un bastón, mas vino una bala y derribóle a la que<sup>144</sup> le iba a empuñar. Cogían unos la carrera mui de atrás, y a veces por rodeos y<sup>145</sup> indirectas, davan valientes saltos por alcanzar alguna cosa, y quedábanse burlados. Andava cierto personaje, aunque a lo dissimulado, por alcanzar una corona, cansávase de ser príncipe de retén, mas quedóse con estas esperanças.<sup>146</sup> Llegó un bravo gigantón, un castillo de huesos, que ya está dicho de carne; no se dignó de mirar a los demás, burlándose de todos.

—Este sí—dixeron—que se ha de alçar con todo, y más que tiene cien garras.

<sup>139</sup> “*Alto, sus, tirón.* Para dar prisa; y cada una de estas palabras solas dice lo mismo.” Correas.

<sup>140</sup> Queda ya nota (10, II, 2) sobre el Doctor Diego Jerónimo Sala, rector de la Universidad y vicario general del arzobispado de Zaragoza.

<sup>141</sup> *llave dorada*, insignia de los gentilhombres con ejercicio o entrada en la cámara del rey o de los príncipes, esto es, en sus habitaciones reservadas. Sobre *un otro*, recuérdese nota 211, II, 48.

<sup>142</sup> *al rojo*, es decir, al capelo cardenalicio.

<sup>143</sup> *en blanco*, con manifiesto equívoco: cfr. nota 149, I, 238.

<sup>144</sup> Frase elíptica común, *a la hora que*; fué corregido *a la que* por *quando* en la ed. 1773 (pág. 259 a).

<sup>145</sup> Respecto de esta conjunción cuando hoy ponemos *e*, dejamos nota 23, II, 19.

<sup>146</sup> Alúdese muy probablemente al primer don Juan de Austria, el hermano bastardo de Felipe II. Se ha creído hasta nuestros días que este príncipe, estimulado por el Papa, aspiró primero (hacia 1573) a fundar un estado en Túnez, y luego a hacerse rey de Albania, y también de los Países Bajos. Aunque historiadores tan graves como Prescott (*Hist. of Philip the Second*, lib. V, cap. xi, *et passim*) se inclinan a aceptar tales suposiciones, lo cierto es que no han sido comprobadas documentalmente.

Alzó el brazo, que fué izar una antena, hizo temblar todos los bienes de la Fortuna, mas aunque le alargó mucho y le estiró quanto pudo y casi casi llegó a rozarse con una corona, no la pudo assir; de que quedó ostigadísimo, maldiciendo y blasfemando su fortuna.<sup>147</sup> Provábanse, ya por una parte y ya por otra, porfiaban, anhelaban, y al cabo todos se rendían.

—¿No ai algún sabio?—gritó la Fortuna—. Venga un entendido y pruévase.

Salió al punto un hombre mui pequeño de cuerpo, que los largos raras vezes fueron sabios.<sup>148</sup> Riéronse todos en viéndole, y dezían:

—¿Cómo ha de conseguir un enano lo que tantos gigantes no han podido?

Mas él, sin hazer del hazendado,<sup>149</sup> sin correr ni correrse,

<sup>147</sup> No puede referirse al duque de Híjar, ni tampoco al duque de Medina-Sidonia, que habían conspirado pocos años antes para alzarse, respectivamente, reyes de Aragón y de Andalucía. (Cons. Ramón Ezquerria Abadía, *La conspiración del Duque de Híjar (1648)*, Madrid, 1934; Conde de Fabraquer, *Conspiración del Duque de Medina Sidonia para alzarse rey de Andalucía (1641)*, en *Revista de España*, 1876, LIII, 212-224.) Las dos conspiraciones fueron descubiertas a tiempo, y ambos duques estuvieron bien lejos de llegar “a rozarse con una corona.” Tengo por casi seguro que la alusión va enderezada a don Antonio de Portugal (1531-1595), prior de Ocrato, que se proclamó rey de Portugal en 1580, logró levantar a casi todo el reino contra Felipe II, y aunque “casi llegó a rozarse con una corona, no la pudo assir,” porque fué derrotado por el duque de Alba en la batalla de Alcántara. Aunque tornó a la lucha con ayuda francesa, nuevamente derrotado tuvo que refugiarse en Francia, donde murió en la pobreza. (Cons. Pierre de l'Etoile, *Journal du règne de Henri IV, roy de France et de Navarre*, París, 1732, t. I, pág. 105.) Lo de “izar una antena,” si no lo dice por tratarse de un gigantón, acaso como vaga alusión a la fuga de don Antonio, disfrazado de marinero, cuando se vió rodeado de tropas castellanas en Viana. Véase Conestaggio, *Hist. de la union del reyno de Portugal*, trad. Bavia, fols. 166 v. y 167 r.

<sup>148</sup> El mismo pensamiento había expresado en el *Oráculo*, pág. 471 a. La frase corría ya entre los latinos, o los latinistas medievales, como se ve por el título del *Aviso XXXI* (fol. 73 v.) de Bocalini: “Mvestra Apolo a svv amados Letrados el verdadero significado de la sentencia: *Homo longus, raro sapiens*,” declarándose luego, con gracioso desenfado, que “siendo la sentencia tan verdadera, el no queria ni podia declaralla falsa.” Así como el Arcipreste de Hita cantó las excelencias de las mujeres chiquitas, el P. Luis de Escobar hizo el elogio en verso de los hombres pequeños, en *Las quatrocientas respuestas a otras tantas preguntas que el . . . Almirante de Castilla y otras personas . . . embiaron a preguntar al Autor*, [Zaragoza], 1545, fol. 96.

<sup>149</sup> *hazendado*, que también solía decirse *hacendoso*, como hoy, por solícito y diligente.

sin matarse ni matar, con linda maña, assiendo del tapete, lo fué tirando azia sí y trayendo con él todos los bienes juntos. Aquí alçaron todos el aplauso, y la Fortuna dixo:

—Aora veréis el triunfo del saber.

*Sabio,* Hallóse en un punto con todos los bienes en su mano, señor  
*señor de* de todos ellos; fuélos tanteando, y aviéndolos sospesado, ni  
*todo.* tomó la corona, ni la tiara, ni el capelo, ni la mitra, sino una medianía, teniéndola por única felicidad.<sup>150</sup> Viendo esto el soldado, llegóse a él y rogóle le alcançasse un bastón de aquéllos, y el cortesano un oficio. Preguntóle si querría ser ayuda de cámara, y él dixo:

—De cámara, no; de mesa, sí.<sup>151</sup>

Mas no se halló tal plaça, que era muerta.<sup>152</sup> Dávale una tenencia de la guarda;<sup>153</sup> tampoco la acetó,<sup>154</sup> por ser oficio de coscorrones, de más ruido que provecho.

—Toma, pues, esta llave capona.<sup>155</sup>

—¿Y cómo comeré yo sin dientes? No te canses en buscar me oficio en palacio, que todo es ser moço.<sup>156</sup> Búscame un gobierno allá en Indias, y mejor quanto más lexos.

Al estudiante le alcançó su beneficio.<sup>157</sup> Para Critilo y Andrenio un espejo de desengaños. Mas ya en esto, tocaron a despejar, el Tiempo con su muleta, la Muerte con su guadaña, el Olvido con su pala, la Mudanza dando temerarios empe-

<sup>150</sup> Comp. *Salmos*, XXXVI, 16: "Melius est modicum iusto, super divitias peccatorum multas." Véase también nota 51, I, 176, y recuérdese el "Auream quisquis mediocritatem / diligit . . ." de Horacio, *Odas*, II, vii, 5-6.

<sup>151</sup> Pensando ahora en que *cámara* se denominaba también al aposento en que se dormía, y distinguiendo entre las dos funciones del llamado *compañero de cámara* o camarada, que era el que dormía y comía en la misma posada.

<sup>152</sup> *muerta*, amortizada. "Plaza muerta. Se llama en la Milicia la que los Capitanes tienen en sus Compañías sin soldado, aprovechándose del sueldo que este había de percibir." *Dicc. Aut.*

<sup>153</sup> *tenencia de la guarda*, cargo de teniente de la guarda del rey o de los príncipes.

<sup>154</sup> *acelar* era forma más corriente que *aceptar*.

<sup>155</sup> *capona*, "se dice de la llave honoraria de Gentilhombre de Cámara del Rey a quien se concede este honor sin ejercicio: la qual se llama por este motivo Llave capona." (*Dicc. Aut.*) Nótese el equívoco de llave sin dientes.

<sup>156</sup> *moço*, criado. "Llamamos moços y moças a los que siruen amos, porque para ello han de ser libres, que no dependan de otro, y juntamente con fuerças y vigor para servir." Covarrubias.

<sup>157</sup> Fué el que mejor escapó, con su beneficio simple ya mencionado.



llones, el Disfavor puntapiés, la Vengança mogicones. Començaron a rodar unos y otros, por una y otra parte, que para el caer no avía sino una grada, y éssa deslizadero; todo lo demás era un despeño.

Cómo salieron deste común riesgo nuestros dos peregrinos de la vida, que lo mejor del correr es el parar bien,<sup>158</sup> y lo más dificultoso de la ventura es el buen dexo,<sup>159</sup> ésse será el principio de la crisi siguiente.

<sup>158</sup> Cualidad muy estimable en los caballos de carrera, ésta de ser veloces y tener buena parada. El autor levanta el plano de la observación al curso de la vida del hombre y su final destino.

<sup>159</sup> *dexo*, “el fin con que alguna cosa acaba y se dexe en quanto a los sabores; lo vltimo que queda de la cosa que se ha gustado llamamos dexo: buen dexo o mal dexo.” Covarrubias.

## CRISI SÉPTIMA

### *El hiermo de Hipocrinda.*

COMPONÍAN al hombre todas las demás criaturas <sup>1</sup> tributándole perfecciones, pero de prestado; iban a porfía amontonando bienes sobre él, mas todos al quitar: <sup>2</sup> el cielo le dió la alma, <sup>3</sup> la tierra el cuerpo, el fuego el calor, el agua los humores, el aire la respiración, las estrellas ojos, el sol cara, <sup>4</sup> la fortuna averes, la fama honores, el tiempo edades, el mundo casa, los amigos compañía, los padres naturaleza y los maestros la sabiduría. Mas viendo él que todos eran bienes muebles, no raíces, prestados todos y al quitar, <sup>5</sup> dicen que preguntó:

—Pues ¿qué será mío? Si todo es de prestado, ¿qué me quedará?

*Unico* Respondiéronle que la virtud. Essa es bien propio del  
*bien.* hombre, <sup>6</sup> nadie se la puede repetir. <sup>7</sup> Todo es nada sin ella, <sup>8</sup> y

<sup>1</sup> Como pondrá luego entre las criaturas el sol, el fuego, etc., conviene recordar aquí la definición de *criatura*: “Todo lo que tiene ser, y no es Dios.” *Dicc. Aut.*

<sup>2</sup> Aplicábase esta locución aun a las personas mismas: “Hay parientes al quitar, / que son de casta de censos.” (Tirso, *La villana de la Sagra*, II, ii.) “Bodeguero de por vida, / no bodeguero al quitar.” (*Ibid.*, III, xxvi.) “Las doncellas de por vida / se han dado ahora en mudar / en doncellas al quitar.” *Id.*, *La Santa Juana, Tercera Parte*, II, viii.

<sup>3</sup> *la alma*, y otras veces *el alma*: cfr. nota 141, II, 37.

<sup>4</sup> No precisamente porque el sol concorra en la generación del hombre (cfr. I, 122<sub>3-6</sub>), sino probablemente porque en la iconografía aparece el sol con cara humana; también en el blasón se llama *sol figurado* el que con cara humana se representa.

<sup>5</sup> La noción de que todos los bienes son prestados, y que el hombre sólo los tiene en depósito, se encuentra desarrollada por Séneca, *Ad Marciam de Consolat.*, X, 1-3.

<sup>6</sup> Comentando una frase del *Oráculo Manual*, escribió el Abate Tosques: “L’ignorante non vive da Uomo, essendo egli privo del proprio bene dell’Uomo, ch’è la Virtù: *Virtus proprium hominis bonum*. Tacit. nel 4. delle Stor.” *L’Uomo di Corte*, ed. cit., I, 9.

<sup>7</sup> *repetir*, con el mismo significado forense de *reclamar* que dejamos anotado, 25, I, 106.

<sup>8</sup> Comp. Cicerón, *De finibus bonorum et malorum*, III, 10: “nihil praeter virtutem in bonis ducere.”

ella lo es todo;<sup>9</sup> los demás bienes son de burlas, ella sola es de veras. Es alma de la alma, vida de la vida, realce de todas las prendas, corona de las perfecciones y perfección de todo el ser; centro es de la felicidad, trono de la honra, gozo de la vida, satisfacción de la conciencia, respiración del alma, banquete de las potencias,<sup>10</sup> fuente del contento, manantial de la alegría. Es rara porque dificultosa, y donde quiera que se halla es hermosa, y por eso tan estimada. Todos querrían parecer tenerla, pocos de verdad la procuran. Hasta los vicios se cubren con su buena capa y mienten<sup>11</sup> sus apariencias; los más malos querrían ser tenidos por buenos. Todos la querrían en los otros, mas no en sí mismos: pretende éste que aquél le guarde fidelidad en el trato, que no le murmure, ni le mienta, ni le engañe, trate siempre verdad, que en nada le ofenda ni agravie, y él obra todo lo contrario. Con ser tan hermosa, noble y apacible, todo el mundo se ha mancomunado contra ella; y es de modo que la verdadera virtud ya no se ve ni parece, sino la que le parece: quando pensamos está en alguna parte, topamos con sola su sombra, que es la hipocresía. De suerte que un bueno, un justo, un virtuoso florece como la fenix,<sup>12</sup> que por único se lleva la palma.

*Excelencias  
de la  
virtud.*

Esto les iba ponderando a Critilo y Andrenio una agradable donzella, ministra de la Fortuna, de sus más allegadas, que compadecida de verlos en el común riesgo, estando ya para despeñarse, les asió del copete de la ocasión<sup>13</sup> y los detuvo, y dando una voz al Acaso, le mandó echar la puente levadiza, con que los traspuso de la otra parte, de un alto a otro, de la Fortuna a la Virtud, con que se libraron del fatal despeño.

—Ya estáis en salvo—les dixo—, dicha de pocos lograda, pues vistes<sup>14</sup> caer mil a vuestro lado y diez mil a vuestra

*De la dicha  
a la virtud.*

<sup>9</sup> Así lo dice Plauto, *Amphitruo*, II, ii, 21: "virtus omnia in se habet." Comp. *Oráculo*, pág. 513 b: "Ella sola [la virtud] se basta a si misma."

<sup>10</sup> *banquete de las potencias*, esto es, obsequio de las tres facultades del alma.

<sup>11</sup> *mentir*, en su acepción de *disfrazar* o *falsificar*.

<sup>12</sup> *la fenix*: cfr. nota 174, II, 76.

<sup>13</sup> Acerca del copete de la Ocasión, su representación en la estatuaría antigua y el refrán consiguiente, puede verse nota 51, I, 274.

<sup>14</sup> La terminación *-tes* de la segunda persona del plural en el pretérito es la propia en la antigua lengua; *-teis* es relativamente moderna, del siglo XVI. A principios de la siguiente centuria había aún algunos escritores que daban resuelta preferencia a la terminación *-tes*. Y con *-tes* y *-teis* alternó *-tis* hasta terminar la época de Calderón.

*De la virtud a la honra.*<sup>17</sup> diestra.<sup>16</sup> Seguid esse camino sin torcer a un lado ni a otro, aunque un ángel<sup>16</sup> os dicesse lo contrario, que él os llevará al palacio de la hermosa Virtelia, aquella gran reina de las felicidades. Presto le divisaréis encumbrado en las coronillas de los montes. Porfiad en el ascenso, aunque sea con violencias, que de los valientes es la corona; y aunque sea áspera la subida, no desmayéis, poniendo siempre la mira en el fin premiado.

Despidióse con mucho agrado echándoles los brazos, bholvióse a passar de la otra parte, y al mismo punto levantaron la puente.

—¡O!—dixo Critilo—, ¡qué cortos hemos andado en no preguntarla quién era! ¿Es possible que no ayamos conocido una tan gran bien hechora?

—Aun estamos a tiempo—dixo Andrenio—, que aun no la avemos perdido ni de vista ni de oída.

Diéronla voces, y ella bholvió un cielo en su cara y dos soles en un cielo, esparciendo favorables influencias.

—Perdona, señora—dixo Critilo—, nuestra inadvertencia, no grossería, y assí te favorezca tu reina más que a todas que nos digas quién eres.

Aquí ella, sonriéndose:

—No lo queráis saber—dixo—, que os pesará.

Pero ellos, más deseosos con esto, porfiaron en saberlo, y assí les dixo:

—Yo soi la hija mayor de la Fortuna, yo la pretendida de todos, yo la buscada, la deseada, la requerida: yo soi la Ventura.

Y al momento se traspuso.

*Dicha desconocida.* —Juráralo yo—dixo suspirando Critilo—que, en conociéndote, avías de desaparecer. ¡Hase visto más poca suerte en la dicha! Assí acontece a muchos cada día. ¡O cuántos, teniendo la dicha entre manos, no la supieron conocer, y después la desearon! Pierde uno los cinqüenta, los cien mil<sup>18</sup> de hazienda, y después guarda un real;<sup>19</sup> no estima el otro la consorte casta y prudente que le dió el cielo, y después la

<sup>16</sup> Cita de los *Salmos*, XC, 7: "Cadent a latere tuo mille, et decem millia a dextris tuis."

<sup>16</sup> *ángel*, refiriéndose sin duda a una de esas mujeres que, al decir del autor, parecen ángeles y son demonios.

<sup>17</sup> Este epígrafe corresponde a la materia de la crisi xi (pág. 326<sub>1</sub>), pero sería puesto aquí como complemento de la idea del epígrafe anterior.

<sup>18</sup> *ducados* se sobrentiende seguramente: cfr. nota 138, I, 399.

<sup>19</sup> Sobre el valor del *real*, véase nota 34, I, 101.

suspira muerta y adorada en la segunda; pierde éste el puesto, la dignidad, la paz, el contento, el estado, y después anda mendigando mucho menos.

—Verdaderamente que nos ha sucedido—dixo Andrenio—lo que a un galán apasionado que, no conociendo su dama, la desprecia, y después, perdida la ocasión, pierde el juicio.

—Desta suerte malograron muchos el tiempo, la ocasión, la felicidad, la comodidad, el empleo, el reino, que después lo lamentaron harto: assí sollozava el rei navarro passando el Pirineo,<sup>20</sup> y Rodrigo en el río de su llanto.<sup>21</sup> ¡Pero desdichado,

<sup>20</sup> Alusión a Juan de Albret, que tras verse favorecido por la fortuna, ocupando el trono de Navarra como rey consorte de Catalina de Foix, fué desposeído por Fernando el Católico en 1512, y tuvo que traspasar los Pirineos. El rey Juan y su esposa Catalina fueron “célèbres l’un et l’autre, Jean, par la débonnaireté, la faiblesse de son caractère, qui lui fit perdre la Navarre; Catherine, par la virilité de son cœur, qui ne parvint pas à sauver son royaume des mains de Ferdinand le Catholique.—Don Juan, disait-elle à son mari, si nous fussions nés, vous Catherine, et moi don Juan, nous n’eussions jamais perdu la Navarre.” (François Génin, *Lettres de Marguerite d’Angoulême*, París, 1841, pág. 32.) Gracián no tuvo aquí en cuenta al P. Mariana (*Hist. de España*, XXX, xix, xxiv, et passim), sino a Bartolomé L. de Argensola, que refiere así el caso: “el Rey Don Iuan de Labrit, hallandose despojado de aquel Reyno y afligido por los infelizes sucesos de la recuperaciō dél, repitia muchas vezes las causas porq̃ le perdio . . . Cayēdo, pues, de sus esperāças, murio de sentimiento en este año M.D.XVI. Martes a XIX. o á XVII. de Iunio, en su Villa de Muñen . . .” *Primera Parte de los Anales de Aragón*, Çaragoça, 1630, fol. 163 a.

<sup>21</sup> Siguiendo las crónicas antiguas, en particular el libro III de la *Historia Gothica* (1243) del arzobispo de Toledo don Rodrigo Jiménez de Rada, escribió el P. Mariana uno de los capítulos más admirables en estilo y pensamiento de su vasta *Historia de España*, el de la batalla del Guadalete y muerte del rey don Rodrigo: “Llegó por sus jornadas cerca de Jerez, donde el enemigo estaba alojado. Asentó sus reales y fortificólos en un llano por la parte que pasa el rio Guadalete . . . Al mismo Rey, congojado de cuidados entre dia, de noche le espantaban sueños y representaciones muy tristes. Pelearon ocho dias continuos en un mismo lugar . . . Del suceso no se escribe: debio ser vario, pues el octavo dia resolvieron de dar la batalla campal, que fue domingo, a 9 del mes que los moros llaman javel o scheval (asi lo dice don Rodrigo), que vendria a ser por el mes de junio conforme a la cuenta de los arabes. Pero yo más creo que fuese a 11 de noviembre, dia de San Martin, segun se entiende del *Cronicon Abeldense*, año de nuestra salvacion de 714 . . . ¡Dia aciago, jornada triste y llorosa! Allí perecio el nombre inclito de los godos, allí el esfuerzo militar, allí la fama del tiempo pasado, allí la esperanza del venidero se acabaron. Y el imperio que más de trescientos años habia durado, quedó abatido por esta gente feroz y cruel. El caballo del rey don Rodrigo, su sobreveste, corona y calzado, sembrado de perlas y pedreria, fueron hallados a la ribera del rio Guadalete. Y como quier que no se hallasen algunos otros rastros dél,

sobre todo, quien pierda <sup>22</sup> el cielo!

Assí se iban lamentando, prosiguiendo su viage, quando se les hizo contradizido un hombre venerable por su aspecto, mui autorizado de barba,<sup>23</sup> el rostro ya passado y todas sus faciones desterradas,<sup>24</sup> hundidos los ojos, la color robada, chupadas las mexillas, la boca despoblada, ahiladas <sup>25</sup> las narizes, la alegría entredicha,<sup>26</sup> el cuello de azuzena lánguido, la frente encapotada; su vestido, por lo pío,<sup>27</sup> remendado, colgando de la cinta <sup>28</sup> unas disciplinas, lastimando más los ojos del que las mira que las espaldas del que las afecta,<sup>29</sup> zapatos doblados a remiendos, de más comodidad que gala: al fin, él parecía semilla de hermitaños.<sup>30</sup> Saludólos mui a lo del cielo, para ganar más tierra, y preguntóles para dónde caminavan.

—Vamos—respondió Critilo—en busca de aquella flor de reinas, la hermosa Virtelia, que nos dizen mora aquí en lo alto de un monte, en los confines del cielo. Y si tú eres de su casa y de su familia, como lo pareces, suplicote que nos guíes.

Aquí él, después de una gran tronada de suspiros, prorrumpió en una copiosa lluvia de lágrimas:

se entendio que en la huida murio o se ahogó a la pasada del rio.” (Lib. VI, cap. xxiii.) Sollozante se representa al rey don Rodrigo en dos romances: “Llorando de los sus ojos / d’esta manera decia: / —Ayer era rey de España, / hoy no lo soy de una villa.” (*Romancero*, ed. Durán, núm. 599: también pág. 406 b.) Según los historiadores de nuestros días, la batalla tuvo lugar a orillas del Lago de la Janda (provincia de Cádiz), en el cual desemboca el río Barbate, cuyo nombre árabe, Guadabeca, lo tomaron algunos autores por Guadalete.

<sup>22</sup> *pierda*, que pasa a varias ediciones (1669, 1683, etc.), fué corregida o equivocada con *pierde* en la de M1664.

<sup>23</sup> Sobre la autoridad de la barba y personas que particularmente la usaban, puede verse notas 53 y 100, I, 195, 368.

<sup>24</sup> *desterrar* encajaría aquí perfectamente en su acepción de *desenterrar*, pero estaba ya anticuada desde el siglo XVI, siendo *La Celestina* (aucto vii) uno de los últimos en que yo sepa que aparece; *desterrarse*, en dialecto aragonés, es ausentarse, y en nuestro texto *desterradas* estará por *ausentes*.

<sup>25</sup> *ahiladas*, afiladas.

<sup>26</sup> *entredicha*, vedada: cfr. nota 5, II, 49.

<sup>27</sup> *pío*, con equívoco, por llamarse así las caballerías de pelo blanco con manchas de cualquier otro color.

<sup>28</sup> *cinta*, cinturón: cfr. nota 194, II, 196.

<sup>29</sup> *afectar*, ostentar aparatosamente.

<sup>30</sup> De los malos ermitaños se entiende, aunque no hubiera estado demás que el autor mismo añadiese tal calificativo. En todo tiempo parecen haber abundado los fingidos ermitaños, perseguidos severamente por las leyes, pero especialmente en los siglos XVI y XVII: tan hipócritas y malvados como aquel que largamente describe Castillo Solórzano en *La garduña de*

—¡O cómo vais engañados—les dixo—, y qué lástima que os tengo! Porque esa Virtelia que buscáis, reina es, pero encantada. Vive, aunque más muere, en un monte de dificultades, poblado de fieras, serpientes que emponzoñan, dragones que tragan, y sobre todo ai un león en el camino que desgarrá a quantos passan;<sup>31</sup> a más de que la subida es inaccessible, al fin cuesta arriba, llena de malezas y deslizaderos donde los más caen, haziéndose pedaços. Bien pocos son y bien raros los que llegan a lo alto. Y quando toda essa montaña de rigores ayáis sobrepujado, queda lo más dificultoso, que es su palacio encantado, guardadas sus puertas de horribles gigantes que, con mazas azeradas en las manos, defienden la entrada, y son tan espantosos, que sólo el imaginarlos arredra.<sup>32</sup> Verdaderamente me hazéis duelo de veros tan necios que queráis emprender tanto impossible junto. Un consejo os daría yo, y es que echéis por el atajo por donde oi todos los entendidos y que saben vivir caminan. Porque avéis de saber que aquí más cerca, en lo fácil, en lo llano, mora otra gran reina mui parecida en todo a Virtelia, en el aspecto, en el buen modo, hasta en el andar, que la ha cogido los aires: al fin, un retrato suyo; sólo que no es ella, pero más agradable y Sevilla, o el otro de Quevedo en su romance del ermitaño montés (BAE, LXIX, 174-175).

*Dificultades  
de la virtud.*

<sup>31</sup> En la crisi x de esta Segunda Parte veremos cuál es ese león que desgarrá a quantos pasan.

<sup>32</sup> Gracián viene siguiendo en toda su obra la noción bíblica del peregrino que camina por la senda de la vida en medio de peligros que hombres y fieras le presentan, defendiéndose de ellos con el escudo de la fe. Análoga a la peregrinación del cristiano es también la peregrinación del caballero andante. Muchas de las alegorías de los libros religiosos tuvieron desarrollo o correspondencia en los libros de caballerías, sobremanera en el *Amadís de Gaula*, el *Palmerín de Inglaterra*, el *Palmerín de Oliva*, el *Don Belianís* y el *Primaleón de Grecia*. Así, este castillo de Virtelia que corona altísima montaña, de difícil ascenso, rodeado de fieras y ponzoñas, y entre aquéllas un león—que en los libros religiosos suele ser el que pone a prueba la fe del peregrino—, tiene su paralelo en los libros de caballerías (v. gr., *Amadís de Gaula*, III, xi) y en los libros de devoción, alcanzando en éstos su más notable y espiritual simbolismo en ese libro incomparable de Santa Teresa llamado *Las moradas*, con su “castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios,” y en torno, “el arrabal del castillo, padeciendo con mil bestias fieras y ponzoñosas.” (Ed. Clás. Cast., págs. 14, 72.) Compárese Ariosto, *Orlando furioso*, X, 52 y sigtes. El castillo, “The House Beautiful,” reaparecerá también en *Pilgrim's Progress*, de Bunyan: cfr. notas 31, I, 172; 193, II, 195.

más plausible, tan poderosa como ella y que también haze milagros. Para el efecto es la misma, porque, dezidme, vosotros ¿qué pretendéis en buscar a Virtelia y tratarla? ¿que os honre, que os califique, que os abone para conseguir quanto ai, la dignidad, el mando, la estimación, la felicidad, el contento? Pues sin tanto cansancio, sin costaros nada, a pierna tendida, lo podéis aquí conseguir; no es menester sudar, ni afanar, ni reventar como allá. Dígoos que éste es el camino de los que bien saben; todos los entendidos echan por este atajo, y assí está oi tan valido en el mundo que no se usa otro modo de vida.

—¿De suerte—preguntó Andrenio, ya vacilando—que essa otra reina que tú dizes es tan poderosa como Virtelia?

—Y que no la deve nada <sup>33</sup>—respondió el Hermitaño—. Lo que es el parecer, tan bueno le tiene y aun mejor, y se precia dello y procura mostrarlo.

—¿Qué, puede tanto?

*Milagros  
de la apa-  
riencia.*

—Ya os digo que obra prodigios. Otra ventaja más, y no la menos codiciable, que podréis gozar de los contentos, de los gustos desta vida, del regalo, de la comodidad, de la riqueza, juntamente con este modo de virtud; que aquella otra, por ningún caso los consiente. Esta en nada escrupulea,<sup>34</sup> tiene buen estómago, con tal que no aya nota <sup>35</sup> ni se sepa: todo ha de ser en secreto. Aquí veréis juntos aquellos dos impossibles de cielo y tierra juntos,<sup>36</sup> que los sabe lindamente hermanar.

No fué menester más para que se dicesse por convencido Andrenio; hízose al punto de su vanda, ya le seguía, ya bolavan.

—¡Aguarda—dezia Critilo—, que te vas a perder!

Mas él respondía:

—¡No quiero montes! ¡Quita allá gigantes, leones, guarda!

Iban ya de carrera arrancada,<sup>37</sup> seguía les Critilo vozeando:

<sup>33</sup> En la conocida acepción de no serle inferior.

<sup>34</sup> *escrupulear* y *escrupular* se decía en la lengua clásica por *escrupulizar*: “entran luego los pundoñeros a inquirir o escrupulear la calidad i decencia de la ocupación.” (Antonio López de Vega, *Paradojas racionales*, ed. Erasmo Buceta, Madrid, 1935, pág. 100.) Cons. Rodríguez Marín, *Dos mil quinientas voces*, págs. 158-159; P. Juan Mir, *Frases de los autores clásicos*, pág. 347 a.

<sup>35</sup> *nota*, con el significado de *escándalo* que conserva la voz en la locución *caer en nota*.

<sup>36</sup> Imposible a que se ha referido en II, 58<sup>17-19</sup>.

<sup>37</sup> *carrera arrancada*, frase análoga a la de *boga arrancada*, “que significa partida precipitada y violenta que se hace aprovechándose y sirviéndose a un mismo tiempo de todos los remos y del mayor esfuerzo de los forzados, para huir de algun riesgo o peligro, o para montar algun cabo, o para otro fin.” *Dicc. Aut.*



—¡Mira que vas engañado!

Y él respondía:

—¡Vivir, vivir! ¡Virtud holgada, bondad al uso!

—Seguidme, seguidme—repetía el falso Hermitaño—, que éste es el atajo del vivir; que lo demás es un morir continuado.

Fuélos introduciendo por un camino encubierto y aun solapado entre arboledas y ensenadas, y al cabo de un laverinto con mil bueltas y rebueltas dieron en una gran casa, harto artificiosa,<sup>38</sup> que no fué vista hasta que estuvieron en ella.

Parecía convento en el silencio, y todo el mundo en la multitud: todo era callar y obrar, hazer y no dezir, que aun campana no se tañía por no hazer ruido: <sup>39</sup> no se dé campanada. Era tan espaciosa y avía tanta anchura,<sup>40</sup> que cabrían en ella más de las tres partes <sup>41</sup> del mundo, y bien holgadas. Estaba entre unos montes que la impedían el sol, coronada de árboles tan crecidos y tan espesos, que la quitavan la luz con sus verduras.<sup>42</sup>

*Casa a  
escuras.*

—¡Qué poca luz tiene este convento!—dixo Andrenio.

—Assí conviene—respondió el Hermitaño—, que donde se professa tal virtud no convienen lucimientos.

Estaba la puerta patente,<sup>43</sup> y el portero mui sentado, por no cansarse en abrir; tenía calçados unos zuecos de conchas de tartugas,<sup>44</sup> desaliñadamente sucio y remendado.

—Este—dixo Critilo—, a ser hembra, fuera la Pereça.

—¡O no!—dixo el Hermitaño—, no es sino el Sosiego; no

<sup>38</sup> *artificiosa*, con equívoco entre su conocido significado actual de *solapada*, y el entonces común de *artística*: cfr. nota 39, I, 108.

<sup>39</sup> Sobre el acento de *ruido*, véase nota 105, I, 230.

<sup>40</sup> *anchura*, desahogo: *avía* puede estar con su valor impersonal, y también con el de *tenía*, pues aunque los tratadistas presentan *haber* significando *tener* sólo en citas de textos medievales, lo cierto es que además de conservarse en muchas frases hechas, continúa su empleo más o menos particular hasta fines del siglo XVII; no faltan ejemplos tampoco en la misma poesía del siglo XIX, pero ya como reconocido arcaísmo.

<sup>41</sup> Corriente era la omisión del adjetivo numeral. Recuérdese la olla del más famoso caballero de la Mancha, que “consumía las tres partes de su hacienda.” Por *las dos partes* se entendía las dos terceras partes; por *las tres partes* sobrentendíase las tres cuartas partes, y así sucesivamente.

<sup>42</sup> *verduras*, con malicioso equívoco galante probablemente, como más adelante, en II, xi: cfr. nota 152, I, 212.

<sup>43</sup> *patente*, abierta: cfr. nota 12, I, 118.

<sup>44</sup> *tartugas* pasó a varias ediciones (M1664, 1669, 1702, 1725), pero fué cambiado por *tortugas* en la mayoría (1663, B1664, 1674, 1683, 1700, 1720, 1732, 1734, 1748, 1757, 1773); ambas formas eran corrientes, aunque más la moderna, y así, las registran algunos vocabularios de aquel siglo, como el de Covarrubias (v. *tortuga*).

nace aquello de dexamiento, sino de pobreza; no es suciedad, sino desprecio del mundo.

Saludóles, dando gracias de su linda vida;<sup>45</sup> intimóles<sup>46</sup> luego sin moverse, con un gancho, un letrero que estava encima de la puerta y dezía con unas letras góticas: *Silencio*. Y comentóseles el Hermitaño:

*Vivir de tramoya.* —Quiere dezir que, de aquí adentro, no se dize lo que se siente, nadie habla claro, todos se entienden por señas: aquí, callar, y callemos.<sup>47</sup>

Entraron en el claustro, pero mui cerrado, que es lo más cómodo para todos tiempos. Iban ya encontrando algunos que en el hábito parecían monges, y era (aunque al uso) bien extraño: por defuera lo que se veía era de piel de oveja, mas por dentro lo que no se parecía era de lobos novicios, que quiere dezir rapazes.<sup>48</sup> Notó Critilo que todos llevaban capa, y buena.

*Capa de virtud.* —Es instituto<sup>49</sup>—dixo el Hermitaño—. No se puede deponer jamás, ni hazer cosa que no sea con capa de santidad.

—Yo lo creo—dixo Critilo—, y aun con capa de lastimarse está aquél murmurando de todo, con capa de corregir se venga el otro, con capa de dissimular permite éste que todo se relage, con capa de necesidad ai quien se regala y está bien gordo, con capa de justicia es el juez un sanguinario, con capa de zelo todo lo malea el embidioso, con capa de galantería anda la otra libertada.<sup>50</sup>

—Aguarda—dixo Andrenio—, ¿quién es aquella que passa con capa de agradecimiento?

—¿Quién ha de ser sino la Simonía? Y aquella otra, la Usura paliada.<sup>51</sup> Con capa de servir a la república y al bien público se encubre la ambición.

—¿Quién será aquel que toma la capa o el manto<sup>52</sup> para ir al sermón, a visitar el santuario, y parece el Festejo?<sup>53</sup>

<sup>45</sup> Dícelo acaso porque al saludo habitual que se dirigía a los religiosos, *Deo gracias, padre*, respondería el portero del convento, según le llama, con un *Alabado sea el Señor* u otra fórmula de reconocimiento parecida.

<sup>46</sup> *intimar* semeja estar aquí más bien a la latina, por *insinuar* o *apuntar*.

<sup>47</sup> Por el refrán que dejamos anotado, 61, I, 385.

<sup>48</sup> Compárese San Mateo, VII, 15: "Attendite a falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces."

<sup>49</sup> *instituto*, regla.

<sup>50</sup> *libertada*, libre o libremente.

<sup>51</sup> *paliada*, encubierta: *apaliada* en M1664.

<sup>52</sup> Alusión más picante de lo que a primera vista parece, pues tanto puede apuntar a la prenda con que la mujer se cubría la cabeza al salir de casa, como a la prenda usada en los conventos, pues "llaman mantos las capas o coberturas conuentuales." Covarrubias.

<sup>53</sup> *Festejo*, Galanteo.

—El mismo.

—¡O maldito sacrílego!

—Con capa de ayuno ahorra la avaricia, con capa de gravedad nos quiere desmentir la grossería. Aquel que entra allí parece que lleva capa de amigo, y realmente lo es,<sup>54</sup> y aun con la de pariente<sup>55</sup> se introduce el adulterio.

—Estos—dixo el Hermitaño—son de los milagros que obra cada día esta superiora,<sup>56</sup> haziendo que los mismos vicios passen plaça de virtudes y que los malos sean tenidos por buenos y aun por mejores; los que son unos demonios, haze que parezcan unos angelitos,<sup>57</sup> y todo con capa de virtud.

—Basta<sup>58</sup>—dixo Critilo—que desde que al mismo Justo le sortearon la capa los malos, ya la tienen por suerte:<sup>59</sup> andan con capa de virtud, queriendo parecer al mismo Dios y a los suyos.

—¿No notáis—dixo el falso Hermitaño y verdadero embustero—qué ceñidos andan todos quando menos ajustados?<sup>60</sup>

—Sí—dixo Critilo—, pero con cuerda.<sup>61</sup>

—Esso es lo bueno—respondió—, para hazer baxo cuerda quanto quieren, y todo va baxo manga: no se les ven las manos, tanto es su recato.

—No sea—replicó Critilo—que tiren la piedra y escondan la mano.<sup>62</sup>

—¿No veis aquel bendito qué fuera del mundo anda, qué metido va?<sup>63</sup> Pues no piensa en cosa suya, sino en las agenas, que no tiene cosa propia. No se le ve la cara: no es lo mejor lo descarado. A nadie mira a la cara, y a todos quita el som-

<sup>54</sup> Capa de amigo lleva para el dueño de la casa donde entra, y amigo o amante lo es realmente de su mujer. Desde el siglo XIV, cuando menos, veníase diciendo *amigo* por eufemismo de *amante*, y en los siglos XVI y XVII hallo repetidos ejemplos de *amigado* por *amancebado*.

<sup>55</sup> Particularmente con la capa de *primo* y *prima*: cfr. nota 45, I, 357.

<sup>56</sup> No necesitaré recordar al lector que esta superiora no es otra que la Hipocresía.

<sup>57</sup> *angelitos* fué cambiado por *angelicos* en la ed. M1664, y así pasó a varias ediciones.

<sup>58</sup> *basta*, con elipsis del infinitivo *decir* u otro análogo, como queda ya dicho repetidamente: cfr. nota 7, I, 118.

<sup>59</sup> Referencia a San Mateo, XXVII, 35: "Postquam autem crucifixerunt eum, diviserunt vestimenta eius, sortem mittentes."

<sup>60</sup> *ajustado*, con su conocido valor adjetival de *justo*, *recto*.

<sup>61</sup> *cuerda* llama al *cordón*: cfr. nota 194, II, 196.

<sup>62</sup> Bien conocida es esta frase familiar, pero acaso no lo sea su concisa y cabal definición por Correas: "Dícese de los que halagan por delante y ofenden por detrás."

<sup>63</sup> "Estar mui metido en alguna cosa. Vale estar mui empeñado en su logro y consecucion." *Dicc. Aut.*

brero; anda descalço por no ser sentido, tan enemigo es de buscar ruido.<sup>64</sup>

—¿Quién es el tal?—preguntó Andrenio—. ¿Es professo?

*Ladrón cen-  
timano.*

—Sí, con que <sup>65</sup> cada día toma el hábito y es mui bien diciplinado.<sup>66</sup> Dizen que es un arrapa-altares por tener <sup>67</sup> mucho de Dios. Haze una vida extravagante: toda la noche vela,<sup>68</sup> nunca reposa. No tiene cosa ni casa suya, y assí es dueño de todas las ajenas; y sin saber cómo ni por dónde, se entra en todas y se haze luego dueño dellas. Es tan caritativo, que a todos ayuda a llevar la ropa, y a quantos topa las capas; y assí le quieren de modo que, quando se parte de alguna,<sup>69</sup> todos quedan llorando y nunca se olvidan dél.<sup>70</sup>

—Este—dixo Andrenio—, con tantas prendas ajenas, más me huele a ladrón que a monge.

—Aí verás el milagro de nuestra Hipocrinda,<sup>71</sup> que siendo lo que tú dizes, le haze parecer un bendito: tanto, que está ya

<sup>64</sup> *ruido*: sobre su acento, véase nota 105, I, 230.

<sup>65</sup> *con que*, aunque: cfr. nota 26, I, 133.

<sup>66</sup> *diciplinado*, con equívoco de *azotado*: *diciplina*, *diciplinar* y *diciplinante*, con pérdida de la *s* etimológica, eran las formas comunes, y las únicas registradas en algunos vocabularios de aquel siglo, como el de Covarrubias; otros, como el de Franciosini, nos remiten en *disciplina* a lo dicho en *diciplina*; y aun los que ponen todas sus formas, como Oudin, dan la preferencia a *di-* sobre *dis-*. Después se impuso la forma etimológica y moderna, por ser la preferida en el *Dicc. de Autoridades*.

<sup>67</sup> *tener . . . de*, con equívoco de no muy delicada reverencia entre *parecerse a* y *poseer lo de*.

<sup>68</sup> Porque velan unos por devoción en los lugares sagrados, y velan también los malvados por ser la noche *capa de pecadores*.

<sup>69</sup> *parte de alguna* parte, sobrentendiendo el verbo ahora como sustantivo, en atrevida elipsis.

<sup>70</sup> Juan de Arguijo (m. 1623) trae el cuentecillo de un novicio a quien hubieron de echar del convento porque robaba cuanto hallaba en las celdas. Fué su padre a quejarse al prior por la despedida, diciendo que personas que le querían mal habían desacreditado a su hijo. “Nadie, señor, en este convento le quiso mal; antes, aseguro á Vm. que desde el día que entró les tenía robados á los más hasta los corazones, y así el día que él salió quedaron llorando muchos frailes.” (Paz y Melia, *Sales españolas*, II, 128.) Compárese también Jerónimo de Alcalá, *El donado hablador* (1624-26), I, i: “No se podía decir por nosotros que ganábamos indulgencia plenaria hurtando al ladrón . . . Por nosotros debió de decirse que era tanto lo que sentían en la casa de donde salíamos, que siempre quedaban llorando los dueños della por nuestra partida.”

<sup>71</sup> Hipocrinda, voz excelentemente formada por Gracián para personificar la Hipocresía.

consultado <sup>72</sup> en un gran cargo, en competencia de otro de casa de Virtelia,<sup>73</sup> y se tiene por cierto que le ha de hurtar la bendición; <sup>74</sup> y quando no, trata de irse a Aragón, donde muera de viejo.<sup>75</sup>

—¡Qué lucido está aquel otro!—dixo Critilo.

—Es honra de la penitencia—respondió el Hermitaño—, y aunque tan bueno, no puede tenerse en pie ni acierta a dar un passo.<sup>76</sup>

—Bien lo creo, que no andará mui derecho.

—Pues sabed que es un hombre mui mortificado: nadie le ha visto comer jamás.

—Eso creeré yo, que a nadie combida, con ninguno parte: <sup>77</sup> todo es predicar ayuno, y no miente, que en aviéndose comido un capón, con verdad dize: “Ay uno.” <sup>78</sup>

—Yo juraré por él que en muchos años no se ha visto un pecho de perdiz en la boca.

—¡Y yo también!

—Y tras toda esta austeridad que usa consigo, es mui suave.

—Assí lo entiendo, suave de día y suave <sup>79</sup> de noche; mas ¿cómo está tan lucido?

—Aí verás la buena conciencia, tiene buen buche, no se ahoga con poco ni se ahita <sup>80</sup> con cosillas; engorda con la merced <sup>81</sup>

<sup>72</sup> *consultado*, propuesto al rey u otra alta autoridad para un empleo.

<sup>73</sup> Virtelia: cfr. nota 86, II, 62.

<sup>74</sup> “*Hurtar la bendición*. Llegar primero que el otro al bien y provecho.” Correas.

<sup>75</sup> No se trata de que aquélla sea tierra de hipócritas, aunque un viejo refrán, de los más embusteros, dice: *Aragonés, falso y cortés* (Correas). Para nuestro autor, Aragón es justamente la tierra de los sesudos y prudentes (cfr. nota 114, II, 32). De lo que se trata es de que un hipócrita y falso podía morir allá de viejo porque no se le podía someter a tormento para que confesara la verdad (cfr. nota 41, I, 324). Algo parecido cabría decir de Alcalá de Henares: “En Alcalá hay refrán que mueren allí de viejos los ladrones, y que há muchos años no se ha hecho de ninguno justicia.” P. Sebastián González, *Cartas*, ed. BAE, LXII, 312 a.

<sup>76</sup> Porque estará naturalmente, sobre bien alimentado, bien bebido.

<sup>77</sup> *partir*, en su significado de *repartir*, aquí alimentos.

<sup>78</sup> *Ay uno*, que suena a *ayuno*, claro está.

<sup>79</sup> A la inversa que *ay uno* (ayuno), tenemos aquí *suave* (su ave) . . . *suave* (su ave). En el texto dice las dos veces *su ave*, pero la interrogación que sigue muestra que el autor escribió *suave*.

<sup>80</sup> *ahita* fué cambiado por *habita* en algunas ediciones, como la de 1669.

<sup>81</sup> *merced*, con probable equívoco de *limosna*.

de Dios, y assí todos le echan mil bendiciones.<sup>82</sup> Pero entremos en su celda, que es mui devota.<sup>83</sup>

Recibiólos con mucha caridad y franqueóles una alazena, no tan a secas que no fuesse de regadío,<sup>84</sup> dando fruto de dulces, perniles y otros regalos.

—¿Assí se ayuna?—dixo Critilo.

—Y assí ay una gentil bota—respondió el Hermitaño—. Estos son los milagros desta casa: que siendo éste antes tenido por un Epicuro, en tomando tan buena capa se ha trocado de modo que compite con un Macario.<sup>85</sup> Y es tanta verdad ésta, que antes de mucho le veréis con una dignidad.

—¿También ai soldados cofadres<sup>86</sup> de la apariencia?—preguntó Andrenio.

*Soldado  
hipócrita.*

—Y son los mejores—respondió el Hermitaño—: tan buenos christianos, que aun al enemigo no le quieren hazer mala cara, con que<sup>87</sup> no lo querrían ver. ¿No ves aquél? Pues en dando un Santiago,<sup>88</sup> se mete a peregrino.<sup>89</sup> En su vida se sabe que aya hecho mal a nadie; no tengan miedo que él beva de la sangre de su contrario. Aquellas plumas que tremola, yo juraría que son más de Santo Domingo de la Calçada<sup>90</sup> que de

<sup>82</sup> Con el doble sentido consiguiente, porque viendo a una persona muy sana y lucida suele decirse *¡Dios le bendiga!*, y porque *echar la bendición* significa traslaticiamente “dexar del todo alguna cosa [o persona] con ánimo de no volver jamás a ella.” *Dicc. Aut.*

<sup>83</sup> *devota*, con el equívoco de *bota* (vinosa) ya empleado en II, 174<sub>17</sub>.

<sup>84</sup> *regadío*, como entenderán todos los lectores, por los *riegos*, no de agua, sino de vino.

<sup>85</sup> San Macario (301-392), llamado *el Grande*, que se retiró al desierto de Nitrea y allí fundó el monasterio de Scitis. Macario, en griego, significa *bienaventurado*. Tal comparación no parece haber sido proverbial.

<sup>86</sup> *cofadres*, *cofrades*: cfr. nota 170, II, 111.

<sup>87</sup> *con que*, aunque: cfr. nota 26, I, 133.

<sup>88</sup> *dar un Santiago*: cfr. nota 167, I, 404.

<sup>89</sup> Por ser Santiago de Compostela uno de los lugares de peregrinación más famosos. Cons. James S. Stone, *The Cult of Santiago: Traditions, Myths and Pilgrimages*, London, 1927; Camille Daux, *Les Chansons des Pèlerins de Saint-Jacques (Paroles et Musique)*, París, 1899.

<sup>90</sup> Quiere decir que las plumas del soldado (cfr. nota 118, I, 205) son plumas de gallina, o que es un cobarde (n. 139, II, 144). Refiere Franciosini que en Santo Domingo de la Calzada, villa de la Rioja, “se veen en la Yglesia vn gallo y vna gallina biuos, de la casta de aquellos que ya estando assados tornaron a biuir por milagro,” y tras relatar este milagro, agrega que “aura visto a muchos peregrinos de los que passan por allá que trahen en sus sombreros vnos bordoncillos con plumas de aquellas aues.” (*Diálogos apazibles*, Roma, 1638, pág. cxx a.) Es posible también que nuestro autor meta en juego a Santo Domingo de *la Calzada* con la gallina *calzada*,

Santiago.<sup>91</sup> El día de la muestra<sup>92</sup> es soldado, y el de la batalla hermitaño; más haze él con un lançón<sup>93</sup> que otros con una pica; sus armas siempre fueron dobles;<sup>94</sup> desde que tomó capa de valiente es un Rui Díaz atildado.<sup>95</sup> Es de tan sano coraçón,<sup>96</sup> que siempre le hallarán en el quartel de la salud;<sup>97</sup> no es nada vanaglorioso, y assí suele dezir que más quiere escudos<sup>98</sup> que armas;<sup>99</sup> en dando un espaldar<sup>100</sup> al enemigo, acude al consejo<sup>101</sup> con un peto. Y assí es tenido por un buen soldado, mui aplaudido, y en competencia de dos Bernardos<sup>102</sup>

que tiene plumas hasta los pies. El chiste puede ser reminiscencia de las lecturas de Góngora, que pone en labios de un soldado fanfarrón aquello de “Io soi de Sancto Domingo, / vna Ciudad de Castilla, / donde, aunque es de la Calzada, / ai descalças hidalguías.” *Obras*, I, 117.

<sup>91</sup> No porque los peregrinos de Santiago usaran plumas en el sombrero, pues lo que llevaban en el ala delantera, doblada, era una concha marina, tal como se representa la imagen de Santiago. El sentido es que el soldado no era de los valientes que dan Santiagos o gritos de guerra.

<sup>92</sup> *muestra*, revista, o como dice Covarrubias, “la reseña de la gente de guerra.”

<sup>93</sup> *lançón*, “lanza corta y gruessa con un rejón de hierro ancho y grande, de que regularmente usan los que guardan viñas y otras haciendas de campo.” (*Dicc. Auts.*) En el texto se alude al báculo o cayado del peregrino.

<sup>94</sup> *dobles*, con el mismo claro equívoco de *falaces* que ya empleó en II, 39<sub>11</sub>, 126<sub>8</sub> y 207<sub>9</sub>.

<sup>95</sup> Bien podía ocurrírsele al agudísimo Gracián tal agudeza verbal (*ruĩ* = *ruin*), pero bien pudo verla también en un libro que él celebra, *Las seiscientas*, de Rufo, donde se hallan (ed. cit., pág. 147) los versos que siguen:

“A Rui González decilde  
que mire mucho por si,  
porque el punto de la *i*  
se le va haciendo tilde.”

Cítalos Gracián, precisamente, en la *Agudeza y arte de ingenio*, XXXII, 225.

<sup>96</sup> *coraçón*, con sarcasmo de *hombre valeroso*.

<sup>97</sup> *quartel de la salud*, “se llama jocosamente el parage defendido del riesgo, adonde se refugian y acogen los soldados que no quieren pelear ni arriesgarse.” *Dicc. Auts.*

<sup>98</sup> *escudos*, con equívoco de escudos de oro o plata, sobre cuyas monedas y su valor queda nota 138, I, 399.

<sup>99</sup> *armas*, jugando con su acepción de *blasón*.

<sup>100</sup> *espaldar*, parte de la armadura, pero insinuando con la frase lo de dar la espalda: cfr. nota 164, II, 110.

<sup>101</sup> *consejo* de guerra, se entiende.

<sup>102</sup> Manifiesto es el sentido de que se trata de dos valientes y animosos caudillos militares, como el legendario Bernardo del Carpio (cfr. nota 105, I, 304), pero no estará de más notar que la locución corriente no era *ser un*

*Sabiduría aparente.* está consultado <sup>103</sup> en un generalato, y dicen que él será el hombre y los otros se lo jugarán; <sup>104</sup> que aquí más importa el parecer que el ser. <sup>105</sup> Aquel otro es tenido por un poço de sabiduría, más honda que profunda, y él dize que en esso está su gozo. <sup>106</sup> Aquí más valen testos que testa. <sup>107</sup> Nunca se cansa de estudiar, su mayor conceto <sup>108</sup> dize ser el que dél se tiene, y aun todos los agenos nos vende por suyos, que para esso compra los libros. <sup>109</sup> De letras, menos de la mitad basta, y lo demás de fortuna, <sup>110</sup> que el aplauso más ruido haze en vacío. Y al fin, más fácil es y menos cuesta el ser tenido por docto, por valiente y por bueno, que el serlo.

—¿De qué sirven—preguntó Andrenio—tantas estatuas como aquí tenéis?

—¡O!—dixo el Hermitaño—, son ídolos de la imaginación, fantasmas de la apariencia: todas están vacías, y hazemos creer que están llenas de substancia y solidez. Métese uno por dentro en la de un sabio, y húrtales la voz y las palabras; otro en la de un señor, y a todos manda y todos sin réplica le obedecen, pensando que habla el poderoso, y no es sino un vergante. Esta tiene la nariz de cera, que se la tuercen y retuercen como quieren la información y la pasión, ya al Bernardo, sino ser un Cid, un Roldán, un Héctor, un Hércules o un Cortés. Comp. Correas, *Vocabulario*.

<sup>103</sup> consultado, propuesto: cfr. nota 72, II, 235.

<sup>104</sup> Tiene la frase doble sentido, porque *jugar* “se usa figuradamente por perder, tomando la causa por el efecto” (*Dicc. Aut.*), y *hombre* “en el juego se dice el que entra la polla, para jugarla solo contra los otros” (*ibidem*).

<sup>105</sup> Concepto muy repetido por el autor: véase su explicación en nota 101, I, 393.

<sup>106</sup> Por el refrán que ya traía el marqués de Santillana: *Nuestro gozo en el pozo*. Repítese en el refranero de Hernán Núñez, entre otros, y Correas le da las variantes: *Mi gozo en el pozo; su gozo en el pozo*. Explícalo Covarrubias, diciendo: “Nuestro gozo en el poço, quando se deshazen algunas esperanças concebidas.”

<sup>107</sup> Esto es, al revés de lo que dice o da a entender el refranero: *Más vale puñada de natural que almozada de ciencia*, que registran Hernán Núñez, Correas, Oudin, etc.

<sup>108</sup> *conceto*, debido probablemente a la coexistencia de *concebir*, era forma corriente por *concepto*: ambas alternan en las obras de nuestro autor; en la ocasión presente está empleada la voz en sus acepciones de *sentencia* y *opinión*.

<sup>109</sup> Recuerdo de Marcial, II, 20: “Carmina Paulus emit, recitat sua carmina Paulus. / Nam quod emas possis jure vocare tuum.”

<sup>110</sup> Cfr. nota 3, I, 145.



derecho, ya al siniestro, y ella passa por todo.<sup>111</sup> Mirá <sup>112</sup> bien, repará en aquel ministro de justicia qué zeloso, qué justiciero se muestra; no ai alcalde Ronquillo <sup>113</sup> rancio, ni fresco Quiñones,<sup>114</sup> que le llegue; con nadie se ahorra <sup>115</sup> y con todos se viste; <sup>116</sup> a todos les va quitando las ocasiones del mal, para quedarse con ellas; siempre va en busca de ruindades, y con esse título entra en todas las casas ruines libremente, desarma los valientes y haze en su casa una armería, destierra los ladrones por quedar él solo,<sup>117</sup> siempre va repitiendo: “¡Justicia!” mas no por su casa.<sup>118</sup> Y todo esto, con buen título, y aun colorado.<sup>119</sup>

<sup>111</sup> Parece aludir a una falsa máscara de la Justicia, con bien extraña nariz de cera, en lugar del fiel de la balanza.

<sup>112</sup> *mirá*, *mirad*: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>113</sup> Rodrigo Ronquillo, militar de noble familia muerto en 1545, que fué el juez encargado de la causa seguida contra el obispo Acuña y otros caudillos comuneros derrotados en Villalar (1521), a los cuales condenó a muerte. Su severidad se hizo proverbial. Por fray Antonio de Guevara, que le conoció personalmente, sabemos que era tan bien criado en sus palabras como justiciero en sus obras. (Cons. *Epístolas familiares*, ed. BAE, XIII, 197 a.) Véase L. del Freno García, *Controversia histórica o el Alcalde Ronquillo*, Madrid, 1896.

<sup>114</sup> Juan de Quiñones de Benavente, del Consejo de Su Majestad, alcalde de la corte que falleció en 1646. Fué personaje de cuenta. Su nombre sale a relucir constantemente en las noticias de riñas y alteraciones en la corte durante el reinado de Felipe IV: véase Rodríguez Villa, *La corte y monarquía de España en los años de 1636 y 37*, págs. 18, 93, 166, 174-175, 193, *et passim*; Juan de Piña, *Casos prodigiosos y cueva encantada*, ed. Madrid, 1907, pág. 33; P. Sebastián González, *Cartas*, ed. BAE, LXII, 319 b; *Memorial hist. español*, XIII, 41, 164; XIV, 257; XV, 169, 407; XVI, 133; XVII, 430; XVIII, 233. Dirigió a Felipe IV un *Memorial de los servicios que hizo al rey don Felipe III . . . y que ha hecho a V. M. . . . el Doctor Don Juan de Quiñones . . . en diferentes jornadas, causas graves que ha averiguado contra delincuentes y castigos que se les dieron . . .* (1643).

<sup>115</sup> *ahorrarse con*: cfr. nota 181, II, 112.

<sup>116</sup> *vestirse*, “vale tambien engreirse vanamente de la autoridad u empleo, u afectar exteriormente dominio y superioridad.” *Dicc. Aut.*

<sup>117</sup> Una variante más del chiste referido por Zapata en su *Miscelánea* (pág. 386), no pocas veces aderezado en nuestras letras clásicas: recuérdese el *Coloquio de Cipión y Berganza* de Cervantes (ed. Clás. Cast., pág. 277). Su más antigua atribución, que yo sepa, es a don Juan II de Portugal (1455-1495), muy ingenioso y celebrado por sus dichos: “saliendo a la ribera de Tajo cavalgando, acompañado de muchos aguaciles de su corte, mandóles correr en sus cavallos; y respondieron que ellos no corrian sino tras de los ladrones. El Rey les replicó con agudeza: Pues correis los vnos tras los otros.” Vitrián, *op. cit.*, I, 6.

<sup>118</sup> Por el dicho proverbial así registrado en el *Vocabulario de Correas*: *Justicia, justicia, mas no por mi casa*.

<sup>119</sup> “Título colorado, el que tiene apariencia de justo.” Covarrubias.

Vieron otros dos que, con nombre de zelosos, eran dos grandísimos impertinentes: todo lo querían remediar, y todo lo inquietaban, sin dexar vivir a nadie, diziendo se perdía el mundo, y ellos eran los más perdidos. A esta traça, iban encontrando raros milagros de la apariencia, estrañas maravillas de la hipocresía, que engañaran a un Ulises.<sup>120</sup>

*Oficina de hipócritas.* —Cada día acontece—ponderava el Hermitaño—salir de aquí un sugeto amoldado en esta oficina, instruido en esta escuela, en competencia de otro de aquella de arriba, de la verdadera y sólida virtud, pretendiendo ambos una dignidad, y parecer éste mil vezes mejor, hallar más favor, tener más amigos, y quedarse el otro corrido y aun cansado; porque los más en el mundo no conocen ni examinan lo que cada uno es, sino lo que parece.<sup>121</sup> Y creedme que de lexos tanto brilla un claveque como un diamante, pocos conocen las finas virtudes, ni saben distinguir las de las falsas. Veis allí un hombre más liviano que un bofe,<sup>122</sup> y parece en lo exterior más grave que un presidente.<sup>123</sup>

—¿Cómo es esso?—dixo Andrenio—; que querría aprender esta arte de hazer parecer. ¿Cómo se hazen estos plausibles milagros?

*Arte de artimaña.* —Yo os lo diré. Aquí tenemos variedad de formas para amoldar qualquier sugeto <sup>124</sup> por incapaz que sea, y ajustarle de pies a cabeça. Si pretende alguna dignidad, le hazemos luego cargado de espaldas; <sup>125</sup> si casamiento, que ande más derecho que un [h]uso; y aunque sea un chisgaravís,<sup>126</sup> le hazemos que

<sup>120</sup> Recuérdese el soneto de don Juan de Arguijo:

“El griego vencedor que tantos años  
vió contra sí constante la fortuna;  
el que pudo sagaz de la importuna  
Circe vencer los mágicos engaños . . .”  
(Ed. BAE, XXXII, 394 b.)

<sup>121</sup> Sobre este concepto favorito de Gracián, véase nota 101, I, 393.

<sup>122</sup> *bofe*, pulmón, pero dicho aquí no sólo porque el pulmón sea esponjoso y como hueco, sino porque los bofes o pulmones se llamaban también *livianos*.

<sup>123</sup> “Comunmente llamamos Presidentes los que son cabeça en los Consejos y Chancillerías.” Covarrubias.

<sup>124</sup> Puede ser reminiscencia de Horacio, *Epist.*, II, ii, 8: “Argilla quidvis imitaberis uda.”

<sup>125</sup> Intencionadamente, por cargado o bien provisto de favorecedores: cfr. nota 113, I, 204.

<sup>126</sup> Bien pintado queda el *chisgaravís*, por mano de Quevedo, en nota 100, II, 30.

muestre autoridad, que ande a espacio,<sup>127</sup> hable pausado,<sup>128</sup> arquee las cejas, pare <sup>129</sup> gesto de ministro y de misterio, y para subir alto, que hable baxo; ponémosle unos antojos,<sup>130</sup> aunque vea más que un linze, que autorizan grandemente; y más, quando los desembaina y se los calça en una gran nariz y se pone a mirar de acavallo,<sup>131</sup> haze estremecer los mirados. A más desto, tenemos muchas maneras de tintes que de la noche a la mañana transfiguran las personas de un cuerbo en un cisne callado,<sup>132</sup> y que si hablare, sea dulcemente palabras confitadas; si tenía piel de víbora, le damos un baño de paloma, de modo que no muestre la hiel, aunque la tenga, ni se enoje jamás, porque se pierde en un instante de cólera quanto se ha ganado de crédito de juizio en toda la vida, mucho menos muestre assomo de liviandad ni en el dicho ni en el hecho.

Vieron uno que estava escupiendo y haziendo grandes ascos.

—¿Qué tiene éste?—preguntó Andrenio.

—Acércate y le oirás dezir mucho mal de las mugeres y de sus trages.

Cerrava los ojos por no verlas.

—Este sí—dixo el Hermitaño—que es cauto.

—Más valiera casto <sup>133</sup>—replicó Critilo—, que desta suerte abrasan muchos el mundo en fuego de secreta luxuria; introducéense en las casas como golondrinas, que entran dos y salen seis. Mas aora que hemos nombrado mugeres, dime, ¿no ai clausura para ellas? Pues, de verdad, que pueden professar de enredo.

—Sí le ai—dixo el Hermitaño—, convento ai, y bien malignante: ¡Dios nos defienda de su multitud! Aquí están, de[sta] parte.<sup>134</sup>

<sup>127</sup> *a espacio*, como solía decirse (v. gr., Moreto, *De fuera vendrá*, III, x), aunque la forma más corriente era ya *de espacio*, cuya contracción (*despacio*) no prevalece hasta la segunda mitad del siglo XVIII.

<sup>128</sup> Sobre el hablar pausado, o *de bóveda*, o *sobre el hombro*, dejamos nota 19, I, 188.

<sup>129</sup> *parar*, poner: cfr. nota 54, I, 223.

<sup>130</sup> *antojos*, anteojos: cfr. nota 116, I, 232.

<sup>131</sup> *acavallo*, repitiendo, aunque con menos felicidad, el equívoco de *acabarlo* que queda anotado, 128, I, 207.

<sup>132</sup> *callado*, irónicamente, por lo del canto del cisne: cfr. nota 11, I, 104.

<sup>133</sup> Recuerda el refrán: *Si no eres casto, sé cauto* (Correas, Sbarbi, Rodríguez Marín), que debe de ser antiguo, como versión del latín: *Sis castior, sodalis, aut sis cautior*.

<sup>134</sup> *de parte* en el texto, que tengo por errata. Nótese que, diciéndolo y probablemente señalando, los asoma a una ventana.

Y assomóles a una ventana para que viessen de passo, no de *Professas* propósito, su proceder. Vieron ya unas mui devotas, aunque *de enredo*. no de San Lino ni de San Hilario,<sup>135</sup> que no gustan de devociones al uso:<sup>136</sup> sí de San Alexos y de toda romería.<sup>137</sup>

—Aquella que allí se parece<sup>138</sup>—dixo el Hermitaño—es la viuda recatada, que cierra su puerta al Ave María.<sup>139</sup> Mira la donzella qué puesta en pretina.<sup>140</sup>

—¡No sea en cinta!

—Aquella otra es una bella casada; tiénela su marido por una santa.

—Y ella le haze fiestas quando menos de guardar.<sup>141</sup>

—A esta otra nunca le faltan joyas.

—Porque ella lo es buena.<sup>142</sup>

—A aquélla la adora su marido.

—Será porque lo dora.<sup>143</sup>

<sup>135</sup> Este juego con la paranomasia que hay entre tales nombres de santos (pues en efecto hubo un San Lino, el sucesor inmediato de San Pedro en el Pontificado) y el sustantivo lino (por coser) y el verbo hilar, así como el sentido de toda la frase, parecen haber salido del soneto de Góngora en que se describe a una mujer tan devota que “todo el año aiunaba a Sanct Hilario, / porque nunca hilaba ni cosía.” *Obras*, III, 18.

<sup>136</sup> Tornando al equívoco entre *uso* y *huso*: cfr. nota 107, I, 305.

<sup>137</sup> Comp. López de Ubeda: “yo sentia que la mejor romeria y estacion era la de más lexos. Dezia la otra: el sancto que yo más visito es san Alexos. A la verdad, esto de ser las mugeres amigas de andar, general herencia es de todas.” (*La pícara Justina*, ed. Biblióf. Madrileños, I, 135.) Decíase así por la frase *como quien va a la romería de San Alejos*, explicada por Luis Montoto: “Aplicase á las personas que, teniendo cerca de su casa lo que necesitan, van á buscarlo lejos, con el objeto de pasearse ó entreteener el tiempo.” (*Personajes, personas y personillas que corren por las tierras de ambas Castillas*, Sevilla, 1911, t. I, pág. 40.) Cfr. nota 63, I, 254.

<sup>138</sup> *parecer*, en su propia acepción intransitiva de *aparecer* o *dejarse ver*.

<sup>139</sup> Al toque de Avemaría, o sea al anochecer, cierra la puerta de su casa probablemente por fuera, y como *recatada* (encubierta: cfr. *recato* algo después, pág. 245,) hará de la noche su manto de pecadora.

<sup>140</sup> *poner* (o *meter*) en *pretina*, que trae Correas, significa lo mismo que *meter en cintura*, y así seguirá el equívoco de estar *en cinta*, en sujeción, como declara el moderno Diccionario académico, o preñada, que falta en éste, aunque es significado bien conocido y lo registra el *Dicc. de Autoridades*.

<sup>141</sup> Con probable equívoco: fiestas que no son de guardar, o nada santas; cuando menos es ella mujer de guardar o vigilar.

<sup>142</sup> En el sentido peyorativo que tiene a veces *¡buena alhaja!*, *¡buena pieza!*, “para decir que es bellaco.” Correas.

<sup>143</sup> *lo dora*, lo enriquece, por ser uno de aquellos maridos pacientes que truecan su consentimiento por buenos doblones, tantas veces pintados por Quevedo, que hará decir a uno de los tales: “Galanes de mi mujer / se

—No gusta de galas, por no gastar la hazienda.

—Y gástale la honra.

—De aquélla dize su marido que metería las manos en un fuego por ella.

—Más valiera que las pusiera en ella y apagara el de su luxuria.

Estava una riñendo unas criadas pequeñas porque brujuleó no sé qué ceños, y ella con mayor dezía:

—¡En esta casa no se consiente ni aun el pensamiento!

Y repetía entre dientes la criada el eco.<sup>144</sup>

—Desta otra anda siempre predicando su madre lo que ella no se confiesa.<sup>145</sup>

Dezía otra buena madre de su hija:

—¡Es una bienaventurada!

Y era assí, que siempre quisiera estar en gloria.<sup>146</sup>

—¿Cómo están tan descoloridas aquéllas?—reparó Andrenio.

Y el Hermitaño:

—Pues no es de malas, sino de puro buenas: son tan mortificadas, que echan tierra en lo que comen.

—No sea varro.<sup>147</sup>

llaman unos hidalgos, / a quien llamo provisosores, / a quien tengo por vasallos." Ed. BAE, LXIX, 182 b.

<sup>144</sup> Jueguecillo con el eco de *pensa-miento* que ya hemos visto en *casa-miento*: cfr. nota 204, II, 115.

<sup>145</sup> Una vez más lanza el autor una de esas chinitas suyas en la oscuridad, y bien difícil es saber adónde apunta y adónde va a dar. ¿Qué será lo que su hija publica de esta madre, que no está desde luego entre las buenas, y ella no se confiesa a sí misma, no admite? Tiene nuestra lengua una expresión pecadora, que hoy suena brutal, pero que en labios del pueblo fué en ocasiones hasta inocente: *hideputa*. Injuriosa a veces, empleábase otras para expresar sólo extrañeza o encarecimiento y alabanza, según aclaré por extenso en otro lugar. (*Antología de la literatura española*, Boston, 1933, págs. 92-93.) Y paréceme que aquí era la tal palabreja la que por encarecimiento, en bien o en mal, pronunciaba la madre en cuestión; publicaba así de su hija lo que, al par, no admitía para sí.

<sup>146</sup> *en gloria*, sin duda por muy contenta y gozosa, como en el siguiente pasaje de Góngora: "me di cómo has menguado i has crecido, / cómo aier te vi en pena, i oi en gloria?" *Obras*, I, 108.

<sup>147</sup> Mujer que tenía mal color había de estar enamorada, y si no, comía barro, según las muchas burlas que sobre ello vemos en los clásicos. Así Lope de Vega, en una canción de *El acero de Madrid*, II, vii:

"Niña del color quebrado,  
o tienes amor o comes barro . . .  
Tú, que vives sin color,  
y no vives sin cuidado,

—Mira qué zelosas se muestran éstas.

—Más valiera zeladas.

—¿Nunca llegamos—dixo Critilo—a ver esta virtud acomodada, esta prelada suave, esta plática <sup>148</sup> bondad?

—No tardaremos mucho—respondió el Hermitaño—, que ya entramos en el refitorio,<sup>149</sup> donde estará sin duda haziendo penitencia.<sup>150</sup>

Fueron entrando y descubriendo cuerpo y cuerpo, y más cuerpo: al fin, una muger toda carne y nada espíritu. Tenía el gesto estragado (mas no el gusto), desmentidor del regalo;

o tienes amor o comes barro . . .  
Pues madrugas y no duermes,  
y andas por mayo en el campo,  
o tienes amor o comes barro.”

Léase también el madrigal de Quevedo *A una moza hermosa que comía barro* (BAE, LXIX, 146 b). No siempre queda en aquella alternativa lo del color quebrado de la moza, porque, al decir malicioso de Góngora:

“Que la del color quebrado  
culpe al barro colorado,  
bien puede ser;  
mas que no entendamos todos  
que aquestos barros son lodos,  
no puede ser.”

(Obras, I, 12.)

Y hasta de las viejas dirá un diablo quevedesco en *El alguacil alguacilado*: “El otro día llevé yo una de setenta años que comía barro y hacía ejercicio para remediar las opilaciones, y se quejaba de dolor de muelas porque pensasen que las tenía.” (Ed. Clás. Cast., pág. 83.) Asimismo en *Casa de locos de amor*, atribuída a Quevedo: “Unas daban en comer barro por adelgazar, y adelgazaban tanto que se quebraban. Andaban éstas más amarillas que las otras; pero ninguna como un oro.” (Ed. BAE, XXIII, 353 a.) Mas ¿qué clase de barro era éste? No el del arroyo, claro está. “Barro. Se llama tambien el vaso que se hace de diferentes hechuras y tamaños de tierra olorosa para beber agua, que por otro nombre se dice Búcaro.” (Dicc. Aut.) Y escribe Covarrubias: “Búcaro, genero de vaso de cierta tierra colorada que traen de Portugal . . . Destos barros dizen que comen las damas por amortiguar la color ò por golosina viciosa.” Cons. A. Morel-Fatio, *Comer barro*, en *Mélanges de Philologie Romane dédiés à Carl Wahlund*, Macon, 1896.

<sup>148</sup> plática, práctica: cfr. nota 53, II, 24.

<sup>149</sup> refitorio fué voz común y literaria hasta el siglo XVIII, así como en la lengua medieval se había dicho también *refitor* (v. gr., *Libro de buen amor*, estr. 1399 b); en los libros devotos, por latinistas, sí suele encontrarse la forma etimológica y moderna, *refectorio*.

<sup>150</sup> *hazer penitencia*, intencionadamente, porque era, como hoy, una de esas “phrases cortesanas de que se usa para convidar a alguno a comer.” Dicc. Aut.

y quanto más amarillo, dize que tiene mejor color.<sup>151</sup> Hasta el rosario era de palo santo,<sup>152</sup> y tenía por extremo (que siempre anda por ellos) una muerte, para darse mejor vida. Estaba sentada, que no podía tenerse en pie, equivocando <sup>153</sup> regüeldos con suspiros, mui rodeada de novicios del mundo, dándoles liciones <sup>154</sup> de saber vivir.

—No me seáis simples—les decía—, aunque lo podéis mostrar, que es gran ciencia saber mostrar no saber. Sobre todo, os encomiendo el recato y el no escandalizar.

Ponderávale la eficacia de la apariencia.

—Aquí está todo en el bien parecer, que ya en el mundo no se atiende a lo que son las cosas, sino a lo que parecen;<sup>155</sup> porque mirad—decía—, unas cosas aí que ni son ni lo parecen, y éssa es ya necedad: que aunque no sea de lei, procure parecerlo; otras aí que son y lo parecen, y esso no es mucho; otras

*Engaña-mundo.*

<sup>151</sup> Con buscada ambigüedad, *amarillo* es aplicado a *gesto* y *regalo*. Vaga reminiscencia acaso de la letrilla de Quevedo, *Poderoso caballero . . .*:

“Madre, yo al oro me humillo;  
él es mi amante y mi amado,  
pues de puro enamorado,  
de contino anda amarillo.”

<sup>152</sup> Bastante justificación tiene este *palo santo* con que se quiera extremar la falsedad de Hipocrinda. Pero se pregunta uno, teniendo en cuenta las mujerzuelas que acaban de desfilar, si no habrá aquí una singular alusión al *palo santo de las Indias*, llamado también *leño de guayaco* y *guayacán*, árbol de las Antillas, cuya virtud medicinal para curar el mal francés era tenuta aún en el siglo XVII como milagrosa o poco menos. “De agora es el remedio del mal contagioso con el palo santo . . . , que antes este mal solía ser incurable,” escribió Zapata hacia 1592. (*Miscelánea*, pág. 356.) En realidad, había sido introducido en España en 1508. Francisco Delicado la dedicó un opúsculo: *Il modo di adoperare il legno dell' India occidentale, salutifero remedio a ogni piaga et male incurabile, et si guarisca il mal Francoso* (Venetiis, 1529). También Cristóbal de Castillejo aquellas sus coplas “en alabanza del palo de las Indias, estando en la cura dél.” General era la fe en su eficacia curativa “para sanar enfermedades que las mas veces se adquieren con ofensas de su Majestad [el Creador],” como declara fray Luis de Granada. (*Símbolo de la fe*, ed. BAE, VI, 206 b.) Ninguna virtud le reconoce hoy la ciencia médica. Abundan en los textos de los siglos XVI y XVII las referencias al palo santo como velada alusión, y por tal la tengo un nuestro texto, a la enfermedad que con él trataban de curar: la ha hecho ya Gracián en la crisi x de la Primera Parte (cfr. nota 144, I, 309), y tornará a hacerla en la crisi iii de la Parte Tercera.

<sup>153</sup> *equivocar*, confundir, mezclar: cfr. nota 13, I, 130.

<sup>154</sup> *liciones*, lecciones: cfr. nota 22, I, 132.

<sup>155</sup> Concepto ya repetido en I, vii, xiii, *et passim*: cfr. nota 101, I, 393.

que son y no parecen,<sup>156</sup> y éssa es la suma necedad. Pero el gran primor es no ser y parecerlo, eso sí que es saber. Cobrad opinión y conservadla, que es fácil, que los más viven de crédito. No os matéis<sup>157</sup> en estudiar, pero alabaos con arte; todo médico y letrado han de ser de ostentación: mucho vale el pico, que hasta un papagayo, porque le tiene, halla cavida en los palacios y ocupa el mejor balcón. Mirá<sup>158</sup> que os digo que si sabéis vivir, os sabréis acomodar; y sin trabajo alguno, sin que os cueste cosa,<sup>159</sup> sin sudar ni rebentar, os he de sacar personas: por lo menos, que lo parezcáis de modo que podáis ladearos<sup>160</sup> con los más verdaderos virtuosos, con el más hombre de bien. Y si no, tomad exemplo en la gente de autoridad y de experiencia, y veréis lo que han aprovechado con mis reglas y en cuán grande predicamento están oi en el mundo ocupando los mayores puestos.

Estava tan admirado Andrenio quan pagado de tan varata felicidad, de una virtud tan de valde, sin violencias, sin escalar montañas de dificultades, sin pelear con fieras, sin correr agua arriba, sin remar ni sudar. Tratava ya de tomar el hábito de una buena capa<sup>161</sup> para toda libertad<sup>162</sup> y professar de hipócrita, quando Critilo, bolviéndose a su Hermitaño, le preguntó:

—Dime, por tu vida larga, si no buena, con esta virtud fingida ¿podremos nosotros conseguir la felicidad verdadera?

—¡O pobre de mí!—respondió el Hermitaño—, en esso ai mucho que dezir: quédese para otra sitiada.<sup>163</sup>

<sup>156</sup> *parecer* aquí con valor intransitivo de *aparecer* o *dejarse ver*.

<sup>157</sup> *metais* dice el texto, pero en la fe de erratas aparece corregido con *mateis*, aunque equivocadamente señala la palabra, no en la página 172, línea 25, su propio lugar, sino en la 174, línea 24, donde no se encuentra.

<sup>158</sup> *mirá*, *mirad*: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>159</sup> *cosa*, *nada*: cfr. nota 26, I, 353.

<sup>160</sup> *ladearse*, *codearse*: cfr. nota 68, I, 178.

<sup>161</sup> Por el consabido refrán de *una buena capa todo lo tapa*, que sin duda es antiguo, pero que no registran el Arcipreste de Hita, Santillana, Fernando de Rojas, Hernán Núñez, Mal Lara, Correas, Covarrubias, Oudin, Franciosini, ni se le ocurre decir al gran Sancho.

<sup>162</sup> *libertad*, *licencia*.

<sup>163</sup> *sitiada*, *aragonesismo por junta*.



## CRISI OCTAVA

### *Armería del Valor.*

ESTANDO ya sin virtud el Valor, sin fuerças, sin vigor, sin brío y a punto de espirar, dízese que acudieron allá todas las naciones, instándole hiziesse testamento en su favor y les dexasse sus bienes.

—No tengo otros que a mí mismo—les respondió—. Lo que yo os podré dexar será este mi lastimoso cadáver, este esqueleto de lo que fuí. Id llegando, que yo os lo iré repartiendo.

Fueron los primeros los italianos, porque llegaron primeros,<sup>1</sup> y pidieron la testa. *Testamento del Valor.*

—Yo os la mando<sup>2</sup>—dixo—. Seréis gente de gobierno, mandaréis el mundo a entrambas manos.<sup>3</sup>

Inquietos los franceses, fuéronse entremetiendo, y deseosos de tener mano en todo, pidieron los braços.

—Temo—dixo—que si os los doi, avéis de inquietar todo el mundo. Seréis activos, gente de brazo,<sup>4</sup> no pararáis un punto: malos sois para vezinos.

Pero los genoveses, de passo,<sup>5</sup> les quitaron las uñas,<sup>6</sup> no dexándoles ni con qué assir ni con qué detener las cosas; pero a los españoles les han dado<sup>7</sup> tan valientes pellizcos en su plata, que no hiziera más una bruja, chupándoles la sangre quando más dormidos.

<sup>1</sup> Con énfasis de que fueron los primeros, no por mérito alguno particular, sino sólo por llegar los primeros, o queriendo acaso contradecir la aplicación imprudente del dicho bíblico a las cosas de este mundo, el de que los últimos serán los primeros.

<sup>2</sup> *mandar*, en su acepción de legar algo en testamento.

<sup>3</sup> *a entrambas manos*, esto es, a derecha e izquierda, todo él, o quizá a todo su arbitrio.

<sup>4</sup> *gente de brazo*, gente de ánimo, ya que *brazo* “metaphoricamente significa esfuerzo, poder, valor y animo.” *Dicc. Aut.*

<sup>5</sup> *de passo*, en su significado igual a *de corrida*, con presteza.

<sup>6</sup> De esta supuesta rapacidad de los genoveses, ya hemos visto algo en notas 164 y 13, I, 214, 378.

<sup>7</sup> No los genoveses, sino los franceses.

—Item más,<sup>8</sup> dexo el rostro a los ingleses. Seréis lindos, unos ángeles; mas temo que, como las hermosas, avéis de ser fáciles en hazer cara a un Calbino, a un Lutero y al mismo diablo.<sup>9</sup> Sobre todo, guardáos no os vea la vulpeja, que dirá luego aquello de “hermosa *fachata*, mas sin cerebro.”<sup>10</sup>

Mui atentos, los venecianos pidieron los carrillos. Riéronse los demás, pero el Valor:

—No lo entendéis—les dixo—. Dexad, que ellos comerán con ambos, y con todos.<sup>11</sup>

Mandó<sup>12</sup> la lengua a los sicilianos, y aviendo duda entre ellos y los neapolitanos,<sup>13</sup> declaró que a las dos Sicilias;<sup>14</sup> a los irlandeses, el hígado; el talle, a los alemanes.

<sup>8</sup> “*Item*, este termino es muy vsado en Castilla, y particularmente se vsa en los tribunales y en las escrituras y autos publicos, para distinguir la clausula que se sigue de la que ya passó, y porque es como repetición.” (Covarrubias.) “Dícese vurgarmente [*sic*] *Item mas*, aunque el mas está de sobra.” (*Dicc. Aut.*) Este *más* poseía el valor de *además* (cfr. nota 82, I, 181), y así la frase del texto tiene el significado y redundancia de *también, además*.

<sup>9</sup> Con bien graduado orden, de menor a mayor, sigue Gracián el sentir de sus contemporáneos sobre los que eran tres nombres de terrible recordación, porque si Calvino era calificado en términos severísimos por sus costumbres y su “novelería” (véase, v. gr., Vitrián, *op. cit.*, I, 149), aun peor tratado era Lutero, a quien acusaban de las mayores vergüenzas (comp. Quevedo, *Los Sueños*, ed. cit., I, 181), y respecto del tercero no hay que hablar. Insiste el autor repetidamente en la hermosura de cuerpo y fealdad de alma de los ingleses: cfr. nota 162, I, 214.

<sup>10</sup> Alusión a la conocida fábula de Esopo (XLIII), que fué vertida casi literalmente por Alciato en su emblema *Mentem, non formam, plus pollere*: Habiendo entrado una zorra en la casa de un actor (maestro de danzas en la versión de Alciato), encontró una máscara o cabeza de hombre artísticamente fabricada, y tomándola en la mano exclamó: ¡Oh qué linda cabeza, pero no tiene cerebro! Y no tenemos que añadir que esta fábula revistió su máxima concisión y energía en la pluma de Samaniego: “Dijo la Zorra al Busto / después de olerlo: / Tu cabeza es hermosa, / pero sin seso.” Sobre la *fachata* de nuestro texto, queda nota 74, I, 278.

<sup>11</sup> *con ambos carrillos, y con todo el mundo* se entiende. Acerca de la opinión que tuvieron algunos clásicos sobre la raposería veneciana, véase nota 61, II, 59.

<sup>12</sup> *mandar*, legar en testamento.

<sup>13</sup> *neapolitanos*, 1653, 1663, M1664, B1664, 1669, etc., cambiado por *napolitanos* en todas las ediciones del siglo XVIII, excepto las de 1702 y 1725; esta última forma era desde luego la más corriente, pero aquélla, conforme a la latina (*neapolitanus*), también se encuentra a menudo en los textos, como en los *Equívocos morales* del Doctor Viana: cons. Gallardo, *Ensayo*, IV, col. 1033.

<sup>14</sup> Esto es, la isla de Sicilia y Nápoles, porque a estas tierras emigró parte de una antigua raza (*siculi*) de las riberas del Tíber que dió su nombre en particular a Sicilia.

—Seréis hombres de gentil cuerpo, pero mirá<sup>15</sup> que no lo estiméis más que el alma.<sup>16</sup>

La melsa a los polacos,<sup>17</sup> el liviano a los moscovitas,<sup>18</sup> todo el vientre a los flamencos y olandeses:

—Con tal que no sea vuestro Dios.<sup>19</sup>

El pecho a los suecos,<sup>20</sup> las piernas a los turcos, que con todos pretenden hazerlas,<sup>21</sup> y donde una vez meten el pie, nunca más lo levantan; las entrañas a los persas, gente de buenas entrañas;<sup>22</sup> a los africanos los huesos, que tengan que roer, como quien son;<sup>23</sup> las espaldas a los

<sup>15</sup> mirá, mirad: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>16</sup> Aludiendo a la herejía, o a su gula y embriaguez: cfr. nota 20, I, 379.

<sup>17</sup> De la *melsa* (o *bazo*) dice el *Dicc. de Autoridades* que “metaphoricamente se toma por flema, espacio o lentitud con que se hacen las cosas, porque los que tienen enfermo el bazo son espaciosos.” Véase sobre polacos nota 51, I, 222.

<sup>18</sup> La característica que ya ha atribuído a los moscovitas es la astucia (I, xiii), y ahora, con el liviano o pulmón, los tacha de gente de poco peso y consideración, de conformidad con Botero, que de ellos afirma: “Sono dunque, i Moscouiti, gente di poco valore sì in pace come in guerra . . . Non obbedisco no come vassalli, ma seruono come schiaui . . . e viue miseramente.” (*Relationi*, Parte I, págs. 116–117.) Cfr. nota 27, I, 380.

<sup>19</sup> San Pablo (*Epíst. a los Filipenses*, III, 19) habla de aquellos enemigos de la cruz de Cristo, “quorum Deus venter est.”

<sup>20</sup> El pecho les dió a los suecos, no por su fidelidad al catolicismo, pues Gustavo Vasa, libertador del país (1523), estableció en él la religión luterana, sino que les dió el pecho por su fortaleza y valor; en los días de Gracián, particularmente durante el reinado de Gustavo Adolfo (1611–1632), el ejército sueco era uno de los primeros de Europa.

<sup>21</sup> “Hacer piernas. Por presumir y estribar, y tenerse contra otro.” (Correas.) Su significado es análogo al de *echar piernas* (cfr. nota 35, I, 192). Compárese Rufo, *Las seiscientas*, pág. 168; Espinel, *Marcos de Obregón*, ed. Clás. Cast., I, 137.

<sup>22</sup> Había ya pintado a los persas como “dados a toda manera de vicio y gastos excessiuos en el comer y en el vestir.” (*Político*, pág. 416 b.) Mas también los describe un contemporáneo (Botero, *Relationi*, Parte II, pág. 95) como gente de mucha gentileza, amante de la música y de las bellas letras. Gracián da la preferencia a *persa* sobre *persiano*, habiendo sido ésta más corriente en el siglo XVI (v. gr., *Elogios* de Jovio, trad., fol. 79 v.; Baltasar del Alcázar, *Poesías*, ed. Rodríguez Marín, pág. 232; Malón de Chaide, *Conversión de la Madalena*, III, xxxiv), y alternando ambas en el XVII, como en la comedia *Querer por sólo querer* de Antonio de Mendoza, donde se emplea mucho dicha voz. Análogamente se decía también *grecianos*: Juan Rufo, *La Austriada*, Toledo, 1585, fol. 112 v.; *Luciano Español*, trad. Francisco Herrera Maldonado, Madrid, 1621, fol. 152 v.

<sup>23</sup> Esto es, *perros*, pues bien sabido tenemos que “metaphoricamente se da este nombre, por ignominia, afrenta y desprecio, especialmente a los moros o judíos.” (*Dicc. Auts.*) Dijo fray Antonio de Guevara en sus *Epístolas familiares*, ed. BAE, XIII, 213 b: “En llamando a un convertido

chinas,<sup>24</sup> el corazón a los japoneses,<sup>25</sup> que son los españoles del Asia,<sup>26</sup> y el espinazo a los negros.<sup>27</sup>

Llegaron los últimos los españoles, que avían estado ocupados en sacar huéspedes de su casa que vinieron de allende<sup>28</sup> a echarlos de ella.

—¿Qué nos dexas a nosotros?—le dixeron.

Y él:

—Tarde llegáis, ya está todo repartido.<sup>29</sup>

moro, perro . . . es llamarle perjuro, fementido, hereje, alevoso, desalmado y renegado: de manera que es mal tan fiero, que sería menos mal al que tal [se] dice quitarle la vida, que no probarle aquella infamia.”

<sup>24</sup> *chinas*, 1653, 1663, M1664, B1664, etc., cambiado por *chinos* en 1669, 1702, 1725 y 1773, pero aquella forma era también correcta. Comp. *El Discreto*, III, 349 a: “Sobresalian por su nouedad y por su trage los Politicos Chinas.” Góngora, *Obras*, I, 123: “labró costoso el Persa, estraño el China, / rica labor, fatiga peregrina.” Vitrián, *op. cit.*, II, 26 y 67: “los Chinas oy en sus rigurosos y prolijos castigos . . . Pues viniendo con el exemplo de estos Chinas . . .” Véanse varios ejemplos más recogidos por Rodríguez Marín en sus *Dos mil quinientas voces castizas*, pág. 107. Respecto de la característica misma, ya ha dicho Gracián que la Cobardía aportó a la China (I, xiii). Cfr. nota 28, I, 380.

<sup>25</sup> *japones*, como se decía corrientemente, en todas las ediciones, excepto la de Cejador, que trae *japoneses*, como antes había puesto *chinos* (II, 16). Comp. *Estebanillo González*, ed. BAE, XXXIII, 361 a: “Unos decian que era judío, otros que japon, otros que turco.” Así Vitrián: “antigamente los Romanos, y aora los Iapones.” (*Op. cit.*, II, 150, *et passim.*) Asimismo Carducci: “la nacion Iapona.” *Diálogos de la pintura*, Madrid, 1633, fol. 88 v.

<sup>26</sup> Como Gracián, había ya Botero comparado a los japoneses con los españoles: “e nella grauità, sussiego, non cedono punto à gli Spagnuoli.” (*Relationi*, Parte II, pág. 97.) Cfr. nota 28, I, 380.

<sup>27</sup> Sin duda, para que lo doblen, recordando la locución *doblar el espinazo*, por humillarse y acatar servilmente.

<sup>28</sup> Viénese empleando *allende* como adverbio de lugar y como preposición desde los principios literarios de la lengua castellana, v. gr., *Poema del Cid*, vv. 911, 1156, 1620, 2873. Tanto en la lengua clásica como en la medieval, aunque *allende el mar* se aplicase a cualesquiera tierras ultramarinas, por lo común designaba a Africa. Nuestros escritores del siglo áureo usaban también *allende*, como aquí Gracián, significando *allende el mar Mediterráneo*, v. gr., Cervantes: “estaba bien con Reynaldos de Montalbán . . . cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia.” (*Quijote*, I, i.) “Moro de allende vale Moro de Berberia, por estar de essotra parte del Mar Mediterraneo, Africa.” (Covarrubias.) Superfluo será añadir que los *huéspedes* a que alude Gracián son los moros, y que la obra que había ocupado a los españoles era la de la Reconquista.

<sup>29</sup> Un reparto que recuerda este de Gracián puede leerse en las *Impressions de voyage* de Alejandro Dumas, donde varias naciones (Francia,

—Pues a nosotros—replicaron—, que somos tus primogénitos, ¿qué menos que un mayorazgo nos has de dexar?

—No sé ya qué daros. Si tuviera dos coraçones, vuestro fuera el primero. Pero mirá,<sup>30</sup> lo que podéis hazer es que, pues todas las naciones os han inquietado, reboved contra ellas, y lo que Roma hizo antes, hazed vosotros después: dad contra todas, repelad<sup>31</sup> quanto pudiéredes, en fe<sup>32</sup> de mi permissão.<sup>33</sup> *Manda a los españoles.*

No lo dixo a los sordos; hanse dado tan buena maña, que apenas ai nación en el mundo que no la ayan<sup>34</sup> dado su pellizco, y a pocos repelones se huvieran alçado con todo el Valor de pies a cabeça.

Esto les iba exagerando<sup>35</sup> a Critilo y Andrenio, a la salida de Francia por la Picardía,<sup>36</sup> un hombre que lo era, y mucho, pues assí como tienen unos cien ojos para ver y otros cien manos para obrar, éste tenía cien coraçones para sufrir, y todo él era coraçón.

—¿Saldréis—dezía—con cariño de la Francia?<sup>37</sup>

Inglaterra, Italia, y después de todas, llegando allí tarde también, España) concurren ante el Ser Supremo en demanda de las cualidades características que apetecen. Ed. Bruxelles, 1838, t. IV, págs. 255-258.

<sup>30</sup> mirá, mirad.

<sup>31</sup> repelar, en su acepción figurada de *quitar*, más corriente aún en el habla clásica que en la nuestra.

<sup>32</sup> fe, cambiado por fee en M1664 (cfr. nota 2, I, 184). “En fé. Vale lo mismo que En consecuencia, en fuerza, en inteligencia de alguna cosa.” *Dicc. Aut.*

<sup>33</sup> permissão, por *permiso* o *dispensa*, es voz desusada hoy, aunque la registra el Diccionario académico, pero común en la época clásica, v. gr., Francisco Cascales, *Cartas filológicas*, ed. Clás. Cast., I, 207; Luján de Sayavedra, *Guzmán de Alfarache*, II, i, 7; Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías*, ed. BAE, XXV, 477 a; Liñán y Verdugo, *Guía y avisos de forasteros*, págs. 176, 206, 267; Moreto, *El poder de la amistad*, II, ix. También era común su análogo *defensión*, que apenas usamos hoy: véase Guevara, *Menosprecio de corte*, pág. 187; Luján de Sayavedra, *Guzmán*, II, i, 3.

<sup>34</sup> ayan: sobre esta supresión de la h, puede verse nota 143, II, 37.

<sup>35</sup> *exagerar* era corriente por *encarecer*, sin implicar que lo dicho o representado excediese a lo natural o verdadero.

<sup>36</sup> Yendo en ruta a Alemania, no había por qué hacer salir a nuestros peregrinos por el extremo nordeste de Francia, sino fuese por darle a la Picardía un vago sentido de gavilla de pícaros, por el estilo de Calderón cuando escribe:

“Eso a Reyes de comedia  
no hay Condesa que no diga,  
de Amalfi, Mantua ó Milan,  
mas no las de Picardia.”

(*No hay burlas con el amor*, II, x.)

<sup>37</sup> la Francia: sobre este empleo del artículo, cfr. nota 91, II, 99.

- No, por cierto—le respondieron—, quando sus mismos naturales la dexan y los estrangeros no la buscan.
- Francia* —¡Gran provincia!—dixo el de los cien coraçones.
- definida.* —Sí—respondió Critilo—, si se contentasse con sí misma.
- ¡Qué poblada de gentes!
- Pero no de hombres.
- ¡Qué fértil!
- Mas no de cosas substanciales.<sup>38</sup>
- ¡Qué llana y qué agradable!
- Pero combatida de los vientos, de donde se les origina a sus naturales la ligereza.<sup>39</sup>
- ¡Qué industriosa!
- Pero mecánica.<sup>40</sup>
- ¡Qué laboriosa!
- Pero vulgar, la provincia más popular <sup>41</sup> que se conoce.
- ¡Qué belicosos y gallardos sus naturales!
- Pero inquietos, los duendes de la Europa en mar y tierra.
- Son un rayo en los primeros acometimientos.
- Y un desmayo en los segundos.<sup>42</sup>
- Son dóciles.
- Sí, pero fáciles.
- Oficiosos.
- Pero despreciables y esclavos de las otras naciones.<sup>43</sup>
- Emprenden mucho.
- Y executan poco y conservan nada; todo lo emprenden y todo lo pierden.
- ¡Qué ingeniosos, qué vivos y qué prontos!

<sup>38</sup> Comp. Vitrián, *op. cit.*, I, 45: “la Francia es abundantísimo país. Pero . . . en España, que cria y sustenta menos, exceden uno à uno en el vigor hōbres y cavallos, y en la sustancia nuestros frutos y mantenimientos.”

<sup>39</sup> Respecto de tal supuesta ligereza e inquietud de los franceses, cfr. nota 101, II, 31.

<sup>40</sup> *mecánica*, vulgar, soez: cfr. nota 129, I, 235.

<sup>41</sup> *popular*, en la acepción de *plebeyo* que suele tener para los espíritus aristocráticos, como Gracián.

<sup>42</sup> “Dezia vn soldado que los Franceses, al primer impetu son mas que hombres, y despues menos que mugeres.” (Melchor de Santa Cruz, *loc. cit.*, I, 37.) Así Saavedra Fajardo: “Con la misma celeridad que se encienden sus primeros ímpetus, se apagan.” (*Empresas políticas*, ed. cit., IV, 40.) Y Botero, en sus *Relationi universali*, Parte I, pág. 20: “ne i primi moti vehementi, ne i progressi lenti.”

<sup>43</sup> El motivo queda aclarado con testimonios contemporáneos en nota 10, I, 377.

- Pero sin fondo.
- No se conocen tontos entre ellos.
- Ni doctos, que nunca passan de una medianía.
- Es gente de gran cortesía.<sup>44</sup>
- Mas de poca fe, que hasta sus mismos Enricos no viven essentos de sus alevosos cuchillos.<sup>45</sup>
- Son laboriosos.
- Assí es, al passo que codiciosos.
- No me podéis negar que han tenido grandes reyes.
- Pero los más, de poquíssimo provecho.
- Tienen vizarras entradas para hazerse señores del mundo.
- Pero ¡qué desairadas salidas!; que si entran a laudes, salen a vísperas.<sup>46</sup>
- Acuden con sus armas a amparar quantos se socorren de ellas.
- Es que son los rufianes de las provincias adúlteras.<sup>47</sup>
- Son aprovechados.

<sup>44</sup> Habla Vitrián de “la usança de Francia, de muchas y grandes reverencias, multiplicadas unas sobre otras, besos, abraços, lagoterias Francesas del todo ajenas de Españoles, que en cosa alguna jamas nos podemos acomodar con ellos . . . Los Franceses besan en la boca à sus Damas, los Españoles de lejos las adoran. Los Franceses las saludan sin bajar del hombro el sonbrero, quando sus Damas dan casi con las rodillas por tierra: los Españoles el sonbrero hasta los pies, sin jamas cubrirse hablando con las Damas. Al fin, ni tenemos que imitarlos, ni que invidiarlos.” *Op. cit.*, I, 326.

<sup>45</sup> Asesinados fueron Enríque III (1589) y Enrique IV (1610) de Francia. *Enrico* solía nombrarse a los de Italia, respetando la forma de allá, a veces también a los de otros países (v. gr., *Annales y memorias cronológicas* de Martín Carrillo, Huesca, 1620, fols. 404 v., 442 r., 443 v., etc.), pero la forma corriente era la misma de hoy, *Enrique*, frecuentemente con la *H* inicial latina, y en ocasiones con *r* doble.

<sup>46</sup> Empleo de términos litúrgicos con el doble sentido de entrar excelentemente y salir miserablemente, aludiendo a las *vísperas sicilianas*, con su matanza de franceses en la Pascua de Resurrección de 1282, que empezó en Palermo y se extendió por toda la isla. Pedro III de Aragón tomó entonces posesión de Sicilia, y en vano trató Carlos I de Anjou de reconquistarla. A las mismas vísperas se refiere Gracián en su *Agudeza*, XLIX, 308: “Galantemente vn Embaxador de España, diziendole el Gran Henrico de Frãcia que pensava con aquel numeroso exercito que tenia junto, poco antes de su infeliz muerte, ir a Italia, almorzar en Milan, oyr missa en Roma, y llegar a comer en Napoles: replicó el español: Sire, si tanta prisa ha de llevar V. M., podrá muy bien a esse passo llegar a visperas a Sicilia. Gallarda y picante alusion que se fundó en la correspondencia con lo pasado.”

<sup>47</sup> Dícelo por los Países Bajos y por Cataluña.

—Sí, y tanto, que estiman más una onça de plata que un quintal de honra; el primer día son esclavos, pero el segundo amos, el tercero tiranos insufribles: pasan de extremo a extremo sin medio, de humanos a insolentísimos.

—Tienen grandes virtudes.

—Y tan grandes vicios, que no se puede fácilmente averiguar cuál sea el rei.<sup>48</sup> Y al fin, ellos son antípodas de los españoles.<sup>49</sup>

—Pero, deídme cómo fué aquello del Hermitaño, qué salida dió a la sagaz pregunta de Critilo.

—Confessóme que a la virtud aparente no le corresponde premio sólido ni verdadero; que bien se les puede echar dado falso a los hombres, pero que Dios no es reído.<sup>50</sup> Oyendo esto, hizímonos del ojo,<sup>51</sup> y en viendo la nuestra,<sup>52</sup> tratamos de colgar el mal hábito de fingidos y saltar las vardas<sup>53</sup> de la vil Hipocresía.

—¡O qué bien hizistes! Porque el gozo del hipócrita no dura un instante entero:<sup>54</sup> es como un punto. Entended una verdad, que de cien leguas se conoce la que es verdadera virtud o falsa; está ya mui despavilada la advertencia: luego<sup>55</sup> le conocen a uno de qué pie se mueve y de cuál coge. Al passo que el engaño anda metafísico,<sup>56</sup> también la cautela sutil vale a los alcances, y por más capa que tome de bondad, no se le escapa<sup>57</sup> de vicio. La virtud sólida y perfecta es la que puede

<sup>48</sup> El vicio rey, se entiende.

<sup>49</sup> Opinión que había sido sustentada con minucioso análisis por Carlos García, en su obra titulada *La oposición y coniunción de los dos grandes luminares de la tierra (La antipatía de españoles y franceses)*, 1617, ed. *Libros de Antaño*, t. VII. Véase el juicio coincidente de un sagaz español de nuestros días en mi libro *Miguel de Unamuno* (Madrid, 1928), pág. 34, nota 47.

<sup>50</sup> Cita de San Pablo, *A los Gálatas*, VI, 7: "Nolite errare: Deus non irridetur."

<sup>51</sup> Sobre *hacer del ojo*, por hacer guiños, queda ya nota 23, I, 133.

<sup>52</sup> Corresponde a la frase que trae Correas: "*Ver la suya*. Por ocasión, y no perderla."

<sup>53</sup> *vardas*, resguardo de espinos que se pone sobre las tapias, o valladar hecho de espinos, solía escribirse con *b* como hoy en día.

<sup>54</sup> Así en el *Libro de Job*, XX, 5: "Quod laus impiorum brevis sit, et gaudium hypocritae ad instar puncti."

<sup>55</sup> *luego*, al punto.

<sup>56</sup> *metafísico*, "se toma, por alusion, por el modo de discurrir con demasiada sutileza en qualquier materia, o por las mismas cosas assi discurridas." *Dicc. Aut.*

<sup>57</sup> Nótese una vez más el frecuente jueguecillo, ahora de *capa* . . . *escapa*.



salir a vistas del cielo y de la tierra, éssa la que vale y dura, que es tenuta por clara y por eterna.<sup>58</sup> La bellísima Virtelia<sup>59</sup> es la que importa buscar, y no parar hasta hallarla, aunque sea passando por picas y por puñales;<sup>60</sup> que ella os encaminará a vuestra Felisinda,<sup>61</sup> en cuya busca toda la vida vais peregrinando.

Animávale mucho a emprender aquel monte de dificultades que tan acobardado tenía a Andrenio.

—¡Ea, acaba!—le dezía—, que éssa tu cobarde imaginación te pinta aquel leonazo del camino mui más bravo de lo que es.<sup>62</sup> Advierte que muchos tiernos mancebos y delicadas donzellitas le han desquixarado.<sup>63</sup>

—¿De qué suerte?—preguntó Andrenio.

—Armándose primero mui bien, y peleando mejor después: que todo lo vence una resolución gallarda.

—¿Qué armas son éssas, y dónde las hallaremos?

—Venid conmigo, que yo os llevaré donde las podréis escoger, si no al gusto, al provecho.

Ibanle ya siguiendo y razonando.

—¿Qué importa—dezía—sobren armas, si falta el valor? Eso más sería llevarlas para el enemigo.

—¿De modo que ya finó el Valor?—preguntó Critilo.

—Sí, ya acabó—respondió él—, ya no ai Hércules en el mundo que sugeten monstruos, que deshagan tuertos, agravios y tiranías; que las hagan, sí, que las conserven también, obrando cien mil monstruosidades cada día. Un solo Caco avía entonces,<sup>64</sup> un embustero solo, un ladrón en toda una

<sup>58</sup> Referencia a Salustio, *Catilina*, 1: “Virtus clara aeternaque habetur.”

<sup>59</sup> Virtelia: cfr. nota 86, II, 62.

<sup>60</sup> Expresión graciana, forjada sobre la locución *pasar por las picas* (pasar muchos trabajos y peligros), registrada en el *Vocabulario* de Franciosini y en el *Dicc. de Autoridades*.

<sup>61</sup> Felisinda: cfr. nota 59, I, 157.

<sup>62</sup> Teniendo en cuenta la conocida frase proverbial, que ya traía el marqués de Santillana en su vieja colección, *no es tan bravo el león como lo pintan*.

<sup>63</sup> Dicho en serio, pero con esa ironía casi involuntaria que caracteriza a Gracián, si al hablar de delicadas doncellitas recordaba que *desquixarar leones*, según Covarrubias, “se dize por braueza de algun valenton.” Este verbo, admitido en el *Vocabulario de las dos lenguas, toscana y castellana* (1570) de Cristóbal de las Casas, y en los de Covarrubias, Oudin, Franciosini, y el *Dicc. de Autoridades*, lo tenía por barbarismo y se lo echaba en cara a Gracián impertinentemente su coetáneo Matheu y Sanz en la *Crítica de reflexión*, pág. 74.

<sup>64</sup> *entonces*, en tiempos de Hércules se entiende.

ciudad; y aora en cada esquina ai el suyo, y cada casa es su cueva: muchos Anteos hijos del siglo, nacidos del polvo de la tierra.<sup>65</sup> ¡Pues, arpías agarradoras, hidras de siete cabeças y de siete mil caprichos, javalís<sup>66</sup> de su torpeza, leones de su sobervia! Todo está hirviendo de monstruos adozenados, sin hallarse ya quien tenga valor para passar las columnas de la fortaleza<sup>67</sup> y fixarlas en los fines de los humanos intentos, poniendo término a sus quimeras.

*El valor* —¡Qué poco duró el Valor en el mundo!—dixo Andrenio.  
*apurado.* —Poco, que el hombre valiente y aquellas sus camaradas<sup>68</sup> nunca duran mucho.

—¿Y de qué murió?

—De veneno.

—¡Qué lástima! Si fuera en una inmortal, por tan mortal, batalla de Norlinguen,<sup>69</sup> en un sitio de Barcelona,<sup>70</sup> passe, que un buen fin toda la vida corona;<sup>71</sup> ¡pero de veneno! ¡ai tal fatalidad! ¿Y en qué se le dieron?

<sup>65</sup> Anteo, gigante de la mitología, era invencible en tanto que permanecía en contacto con la tierra (Apolodoro, II, v, 11), y Gracián parece poner aquí Anteos por hombres apegados a la tierra o materialistas.

<sup>66</sup> *javalís* fué corregido por *jauales* en la ed. M1664, aunque no en otras posteriores (1669, 1683, etc.), pero aquel plural en *ís* de los agudos en *í*, de más de una sílaba, ha sido siempre corriente en nuestra lengua, y es frecuentísimo en los clásicos *jabalís*, *alelís*, *borceguís*, *rubís*, etc.

<sup>67</sup> Por analogía sin duda con las columnas de Hércules, poco antes mencionado, y su *Non plus ultra*.

<sup>68</sup> Refiérese a las amazonas: cfr. nota 35, II, 91.

<sup>69</sup> En la batalla de Nordlinger (1634) fué deshecho el ejército sueco por las tropas imperiales y españolas mandadas por el Cardenal-Infante Don Fernando, hermano de Felipe IV. En otra obra suya, aludiendo a Don Fernando, había escrito Gracián: "Atendia todo el orbe suspenso a su fortuna, satisfecho asaz de su valor, y declaróle esta gran Princesa [la Fortuna] por su galan en la primera ocasion: digo en aquella tan inmortal para los suyos, como mortal para sus enemigos, batalla de Norlinguen, cō progressos de finezas en Francia y Flandes, y con el resto de todo su fauor en Ierusalén." (*El Héroe*, X, 526 a.) Esta batalla tuvo grandísima resonancia, y son frecuentes las alusiones que a ella hicieron los literatos contemporáneos. Brillante es su relato en la comedia *Los empeños del mentir*, II, vi, de Antonio Hurtado de Mendoza; también lo hace el autor de la *Vida y hechos de Estebanillo González* (ed. BAE, XXXIII, 319-320). Cons. Julio Fuentes, *Batalla de Nordlinger: 5-6 Septiembre 1634*, Madrid, 1906.

<sup>70</sup> De los dos sitios de Barcelona, probablemente se alude aquí al segundo (1651): véase sobre ambos la nota 20, II, 169.

<sup>71</sup> Concepto muy repetido en los libros de devoción, y también en las letras profanas. Comp. Petrarca: "Un bel morir tutta la vita onora." *Canzone XX*: ed. Giovanni Mestica, Firenze, 1896, pág. 297.

—En unos polvos más letíferos que los de Milán,<sup>72</sup> más pestilentes que los de un royo,<sup>73</sup> de un malsín, de un traidor, de una madrastra, de un cuñado y de una suegra.

—Diráslo porque estos valientes siempre acaban levantando polvaredas que paran en lodos de sangre.

—No, sino con toda realidad; digo que la malicia humana se ha adelantado de modo que no dexa qué<sup>74</sup> obrar a los venideros. Ella ha inventado ciertos polvos tan venenosos y tan eficaces, que han sido la peste y la ruina de todos los grandes hombres, y desde que éstos corren y aun buelan no ha quedado

<sup>72</sup> Alusión a la terrible peste de Milán en el año 1630, cuyas víctimas se calcularon en un promedio diario de 1.700 para el mes de agosto de dicho año. Se creyó producida por ungüentos o polvos venenosos que esparcían unos malvados ayudados por el demonio. Extendióse el pánico a España, donde se anunció que iban a venir los supuestos envenenadores, y se ofrecieron 20.000 ducados de premio a quien los descubriese. (Cons. Ms. *Colección de Jesuitas*, Real Academia de la Historia, LXXVII, 43; CXXVI, 40; Ms. 3.207, *Papeles curiosos*, Biblioteca Nacional, fols. 330-336; Agostino Lampugnani, *La pestilenza seguita in Milano l'anno 1630*, Milano, 1634; Robert Fletcher, *Tragedy of the great plague of Milan in 1630*, Baltimore, 1898.) He hallado repetidas referencias a la peste de Milán y sus polvos famosos en las letras españolas de aquel siglo: “aquella peste que abrasó mucha parte del estado de Milán, y dicen se fabricó de venenos y pactos endemoniados para acabar y consumir a Italia, y que no la gozasen los españoles.” (Matías de Novoa, *Memorias*, ed. *Colec. de doc. inéditos para la Hist. de España*, LXIX, 228.) Habla Castillo Solórzano de una de sus arpías que “pisó los umbrales de la puerta de Toledo, si hemos de dar puertas a la Corte después que los contagiosos polvos de Milán la han cercado.” (*Las harpías en Madrid*, 1631, ed. Madrid, 1906, pág. 13.) Solís y Rivadeneyra compuso un soneto cuyo título es bastante expresivo: *Habiéndose hecho a la desgracia de Milán más de doscientos sonetos en Madrid*:

“ . . . ¡Pobre de mí! Milan amilanada,  
mas que a polvos, a versos apestada . . .  
¿No me bastaba estar polvorizada?  
Amainad, amainad la sonetada;  
que mal por mal, me quiero mas mi peste . . .”

(BAE, XLII, 445 a.)

Véase sobre la famosa peste *I Promessi Sposi* (cap. XXXII) de Manzoni.

<sup>73</sup> No creo que un royo esté en su acepción aragonesa de un bermejo (que “el *nulla est redemptio* de las faltas,” cfr. mi *Antología*, pág. 289, n. 4), aunque siga un malsín, un traidor, etc.; ni por rollo (pieza de autos, con el polvo bien sacudido a los litigantes, que pensaría Gracián). Parece más bien confusión por roya (honguillo parásito en forma de polvo amarillento que ataca a varios cereales y plantas), y confusión intencionada quizás para aludir malignamente a algún Royo contemporáneo, apellido corriente en Aragón.

<sup>74</sup> qué fué cambiado malamente por *de* en la ed. 1773 (pág. 276 b).

hombre de valor en el mundo: con todos los famosos han acabado. No ai que tratar ya de Cides ni de Roldanes, como en otros tiempos. Fuera aora Hércules juguete, viviera Sansón de milagro. Dígoos que han desterrado del mundo la valentía y la braveza.

—¿Y qué polvos son éssos tan traidores?—preguntó Critilo—. ¿Son acaso de basiliscos <sup>75</sup> molidos, de entrañas de víboras destiladas, de colas de escorpiones, de ojos embidiosos o lascivos, de intenciones torcidas, de voluntades malévolas, de lenguas maldicientes? ¿Hase buuelto a quebrar otra redomilla en Delfos, apestando toda la Asia? <sup>76</sup>

—Aun son peores. Y aunque dizen componerse de aquel alcrebite <sup>77</sup> infernal, del salitre estigio <sup>78</sup> y de carbones alentados a esternudos <sup>79</sup> del demonio, pero yo digo que del corazón humano, que excede a la intratabilidad de las Furias, a la inexorabilidad de las Parcas, a la crueldad de la guerra, a la tiranía de la muerte; <sup>80</sup> que no puede ser otro <sup>81</sup> una invención

<sup>75</sup> *basiliscos*: cfr. nota 21, I, 247.

<sup>76</sup> Alusión de estilo lucianesco a los vapores meffíticos de la cámara del oráculo de Delfos. (Cons. Rev. T. Dempsey, *The Delphic Oracle*, Oxford, 1918, págs. 54–60.) Peste o azote del Asia salido de Delfos fué Alejandro Magno, que declarado invencible por el oráculo, emprendió y realizó las conquistas asiáticas. Juliano el Apóstata también consultó al oráculo de Delfos antes de su expedición a Persia, y quiso establecer en las regiones cristianas del Asia, como en todos sus estados, el culto pagano. (Cons. J. Bidez, *La vie de l'empereur Julien*, París, 1930, pág. 267, *et passim*.) Respecto de las redomillas apestosas, compárese este pasaje de Góngora: “La comedia, digo el *Antechristo* de don Juan de Alarcon, se estrenó el miercoles pasado. Echaronselo a perder aquel día con cierta redomilla que enterraron en medio el patio, de olor tan infernal que desmaió a muchos de los que no pudieron salirse tan aprisa.” *Obras*, III, 220.

<sup>77</sup> *alcrebite*, azufre.

<sup>78</sup> *estigio*, infernal, por la laguna Estigia del infierno mitológico.

<sup>79</sup> *esternudos* se conservó en casi todas las ediciones (B1664, 1669, 1683, aunque con *d* invertida en ésta última, etc.), pero fué cambiado por *estornudos* en M1664. Aunque no registrado por Cristóbal de las Casas o Covarrubias, ni en el *Dicc. de Autoridades* o en el moderno de la Academia, *esternudo*, con la segunda *e* etimológica (*sternutare*), lo traen en la forma verbal Franciosini y Oudin, y aunque menos común que *estornado*, no era nada insólito: cfr. Rodríguez Marín, *Dos mil quinientas voces castizas*, págs. 165–166.

<sup>80</sup> Variante del concepto ya expresado en tres pasajes de la crisis iv, Parte I, cuyas analogías clásicas dejamos allí apuntadas.

<sup>81</sup> *otro*, otra cosa, como queda aclarado repetidamente: cfr. nota 19, I, 105.

tan sacrílega, tan execrable, tan impía y tan fatal como es la pólvora, dicha assí porque convierte en polvo el género humano.<sup>82</sup> Esta ha acabado con los Héctores de Troya, con los Aquiles de Grecia, con los Bernardos de España;<sup>83</sup> ya no ai coraçón, ni valen fuerças, ni aprovecha la destreza: un niño derriba un gigante, un gallina<sup>84</sup> haze tiro<sup>85</sup> a un león, y al más valiente el cobarde,<sup>86</sup> con que ya ninguno puede lucir ni campear.

—Antes, aora<sup>87</sup>—dixo Critilo—he oído ponderar que está más adelantado el valor que antes, porque ¡quánto más coraçón es menester para meterse un hombre por cien mil bocas de fuego, quánto más ánimo para esperar un torvellino de bombardas,<sup>88</sup> hecho terrero<sup>89</sup> de rayos! Esse sí que es valor, que

<sup>82</sup> Dicha así, naturalmente, del latín *pulvis*, -eris (polvo), como el autor sabía muy bien, pero quiso darle toda la fuerza de la expresión vulgar.

<sup>83</sup> Cfr. notas 105, I, 304; 102, II, 237.

<sup>84</sup> Sobre la corriente acepción figurada de *gallina* (cobarde) en la lengua clásica, véase nota 139, II, 144.

<sup>85</sup> *hazer tiro* era común por *dar en el blanco* o *herir*; así, en el juego de barra, “es herir con la punta de ella en la tierra, sin que dé vuelta, y no hiriendo assi, no se cuenta por tiro.” (*Dicc. Aut.*) Cfr. nota 68, II, 25.

<sup>86</sup> De Paulo Vitelo cuenta Jovio que “si prendia algunos arcabuzeros enemigos haziales sacar los ojos y cortar las manos, diziendo que era contra justicia que vn infante de nonada con su arcabuz matasse muchas vezes vn valiente y noble cauallero sin poder tomar vengança.” *Elogios o vidas breves*, fol. 100.

<sup>87</sup> *antes, aora*, aunque la primera voz esté con claro sentido de conjunción adversativa, juntadas son aquí por contraste con más intención que buen gusto.

<sup>88</sup> *bombardas*: cfr. nota 132, II, 105.

<sup>89</sup> *terrero* “se toma tambien por el objeto o blanco que se pone para tirar a él, y se usa en sentido metaphórico. Llámase assi por el sitio donde se pone, que para que no rechace la bala se forma regularmente de tierra.” (*Dicc. Aut.*) *Terrero* era asimismo el sitio donde se cortejaba a las damas de Palacio, y *hacer terrero* significaba hacer blanco, y también rondar frente a la casa de una dama. Vicente Espinel: “¿Cómo puede hacer a su dama terrero quien lo está hecho a los golpes de la fortuna?” (*Marcos de Obregón*, II, xi.) Escribe Vélez de Guevara:

“Y no es bien hacer terrero  
a costa de opinión tanta,  
ni que déis, por hacer señas,  
en mi honor tantas pedradas,  
que descalabréis mi vida  
y despertéis mi venganza.”

(*El diablo está en Cantillana*, III, iii.)

Véase también Mira de Amescua, *Galán, valiente y discreto*, III, vi; Tirso de Molina, *La gallega Mari-Hernández*, III, ix; ídem, *El castigo del*

todo lo antiguo fué niñería; aora está el valor en su punto, que es en un corazón intrépido; que entonces, en un buen brazo, en tener más fuerças que un gañán, en los jarretes <sup>90</sup> de un salvaje.

—Engañase de varra a varra <sup>91</sup> quien tal dize: ¡qué dictamen tan exótico <sup>92</sup> y errado! Pues ésse que él celebra no es *temeridad valerosa*, valor, ni lo conoce; no es sino temeridad y locura, que es mui diferente.

—Aora digo—confirmó Andrenio—que ya la guerra es para temerarios, y aun por esso diría aquel gran hombre tan celebrado de prudente en España, en la primera batalla y la última en que se halló, oyendo zumbir <sup>93</sup> las balas: “¿Es possible que desto gustava mi padre?” <sup>94</sup> Y hanle seguido muchos, confirmándose en su opinión tan segura. Siempre oí dezir que desde que riñeron la Valentía y la Cordura, nunca más han hecho paz: aquélla salió de sus casillas <sup>95</sup> a campaña, y ésta se apeló al Juizio.

*penseque*, II, iv. Y para el frecuente juego de palabras, *terrero* y *enterrado*, el segundo de los *Doce cuentos* de Juan Aragonés (ed. BAE, III, 167 a) y Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla*, II, vv. 214–216.

<sup>90</sup> *jarrete* está aquí, más que en su regular acepción de corva, en la de parte superior del brazo (cfr. *Dicc. Aut.*); no se alude, pues, a las buenas piernas de un salvaje para huír, sino a sus muchas fuerzas: compárese la locución *tener bravos jarretes*, “phrase con que se explica que alguno tiene muchas fuerzas” (*ibidem*).

<sup>91</sup> *de varra a varra*, por *de extremo a extremo*, totalmente.

<sup>92</sup> *exótico*, en su acepción de *peregrino*, *extraño*, que de *tierras extrañas* pasó a aplicarse a las cosas raras o extravagantes.

<sup>93</sup> *zumbir* (por *zumbar*), incorrecto y rarísimo en el lenguaje literario, pero que Gracián usa repetidamente; es en vulgarismo que se explica por influjo del sustantivo *zumbido*.

<sup>94</sup> La batalla aludida es la de San Quintín (agosto de 1557), cuya victoria dejó abierto a las tropas españolas el camino para la conquista de París. La frase pinta bien el carácter nada belicoso de Felipe II, en contraste con el temperamento marcial y guerrero de su padre Carlos V. Pero como envuelve algo de reproche para éste, la tendrán por apócrifa cuantos conozcan la admiración y la veneración con que Felipe II habló siempre, hasta su muerte, de “el Emperador, mi señor.” Sobre la impresión angustiosa que le produjeron a Felipe II los horrores de San Quintín, que “parecio otra destruicion de Jerusalem,” consúltese la anónima *Relación del sitio y asalto de San Quintín*, en *Colec. de doc. inéditos para la Hist. de España*, IX, 486–542.

<sup>95</sup> Con la consiguiente ambigüedad entre el sentido recto y el figurado de esta expresión. *Salir uno de sus casillas* (por excederse) era la forma clásica (cfr. Covarrubias), aunque solemos emplear hoy el reflexivo (*salirse*), que no registra el Diccionario académico.

—No tienes razón—dixo el Valeroso—. ¿Qué hiziera la fortaleza sin la prudencia?; que por esso en la varonil edad está en su sazón, y del valor tomó el renombre de varonil; <sup>96</sup> es en ella valor lo que en la mocedad audacia y en la vejez rezelo: aquí está en un medio mui proporcionado.

Llegaron ya a una gran casa, tan fuerte como capaz. Dieron y tomaron el nombre, <sup>97</sup> que aquí se cobra la fama, entraron *Armería* dentro y vieron un espectáculo de muchas maravillas del valor, *vitoriosa.* de instrumentos prodigiosos de la fortaleza. Era una armería general de todas armas antiguas y modernas, calificadas por la experiencia y a prueba de esforçados braços, de los más valientes hombres que siguieron los pendones marciales. <sup>98</sup> Fué gran vista lograr <sup>99</sup> juntos todos los trofeos del valor, espectáculo bien gustoso y gran empleo de la admiración.

—Acercáos—dezia—, reconocé y estimá <sup>100</sup> tanto y tan ejecutivo portento de la fama.

Pero salteóle <sup>101</sup> de pronto un intensísimo sentimiento a Critilo que le apretó el corazón hasta exprimirle por los ojos. Reparando en ello el Valeroso, solicitó la causa de su pena. Y él:

<sup>96</sup> Claro está que el autor no habla de una derivación etimológica directa, sino que piensa en la asociación de *valor* y *varonil*, porque esta última voz sale de *varón*, que en latín (*varo*, *-onis*) equivale a fuerte, esforzado.

<sup>97</sup> “En la milicia, dar el nombre es assegurar de los enemigos en la noche, preguntando: Quien vive; han de responder el nombre q̃ se ha dado [por señal secreta].” Covarrubias.

<sup>98</sup> Se trata de la armería en la casa de Lastanosa. “La *Armería* cerraba tesoros: armas de un Enrique de Valois, de Jaime de Aragón *el Conquistador*, de Carlos V, de Pedro el Cruel; la espada y el puñal de Enrique de Trastámara; la flecha que mató al rey D. Sancho cuando sitiaba á Huesca; el puñal con que Pedro IV se hirió cuando quiso, en un movimiento de cólera, rasgar el registro de los *Fueros* aragoneses. Algunas de estas reliquias pueden parecer atribuídas, mas la mayor parte eran de una incontestable autenticidad, por ejemplo dos espadas de Francisco I dadas por su Majestad en París a D. Juan de Lastanosa (trisabuelo de D. Vincencio), cuando fué el enviado de Carlos V; un jaez de caballo y alfanjes enriquecidos de pedrería, don de Solimán á Pedro de Lastanosa, á la sazón embajador en Constantinopla, y hermano del D. Juan más arriba citado.” (Coster, *Linajes de Aragón*, 1912, III, 164; véase también *Revue Hispanique*, 1912, XXVI, 579–581, 587–591.) Nótese cómo Gracián mencionará a continuación algunas de estas armas. Cons. Enrique Leguina, *Espadas históricas*, Madrid, 1898.

<sup>99</sup> *lograr*, disfrutar, como queda anotado, 18, I, 119.

<sup>100</sup> *reconocé*, *estimá*: acerca de la supresión de la *d* final, véase nota 13, I, 187.

<sup>101</sup> *saltear* por *asaltar*, como *sallo* por *asalto*: cfr. nota 94, II, 63.

—¿Es possible—dixo—que todos estos fatales instrumentos se forjaron contra una tan frágil vida? Si fuera para conservarla, estuviera bien, merecían toda recomendación; pero ¿para ofendella y destruilla,<sup>102</sup> contra una oja que se la lleva el viento, tantas ojas afiladas ostentan su potencia?<sup>103</sup> ¡O infelicidad humana, que hazes trofeo de tu misma miseria!

—Señor, los filos deste alfange cortaron el hilo de la vida a un famoso rei don Sebastián,<sup>104</sup> digno de la vida de cien Néstores;<sup>105</sup> este otro, la del desdichado Ciro, rei de Persia;<sup>106</sup> esta saeta fué la que atravesó el lado al famoso rei don Sancho de Aragón,<sup>107</sup> y esta otra al de Castilla.<sup>108</sup>

—¡Malditos sean tales instrumentos y execrable su memoria! No los vea yo de mis ojos:<sup>109</sup> pasemos adelante.

<sup>102</sup> *ofendella y destruilla*, que así pasaron a casi todas las ediciones, fueron corregidas por *ofenderla y destruirla* en la ed. M1664. La asimilación de la -r del infinitivo a la l- del pronombre personal enclítico, no muy frecuente en la lengua medieval, se extendió en el siglo XVI, y usáronla a menudo en toda la centuria siguiente los poetas particularmente. (Cons. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*, § 108.) Conocida es la opinión de Juan de Valdés: “—En los verbos compuestos con pronombres, ay muchos que convierten una r en l, y por lo que vos dezís *dezirlo* y *hazerlo*, ellos dizen *dezillo* y *hazello* . . . —Lo uno y lo otro se puede dezir; yo guardo siempre la r porque me contenta más. Es bien verdad que en metro muchas vezes stá bien el convertir la r en l por causa de la consonante.” (*Diálogo de la lengua*, ed. Clás. Cast., pág. 79.) Antonio Alfonso de Pimentel calificaba tal cambio de *necedad*, “que verdaderamente yo no la puedo sufrir con paciencia en los que presumen de Secretarios y buenos romancistas y cortesanos; . . . dicen *besalle* las manos, deseo *serville*, encomendalle, *temelle* . . . y otras muchas cosas en que confunden las sinificaciones con la mudanza desta letra.” *Tratado llamado Manual de escribientes* (1574): cit. Conde de la Viñaza, *Biblioteca histórica de la filología castellana*, col. 1152.

<sup>103</sup> Reminiscencia bíblica ya indicada en nota 88, II, 211.

<sup>104</sup> Don Sebastián de Portugal, sobre cuyo desastrado fin queda nota 56, I, 176.

<sup>105</sup> Para el curioso cómputo de los años de Néstor, véase nota 55, I, 359.

<sup>106</sup> Alúdese a Ciro el Joven, derrotado y muerto por su hermano Artajerjes (401 a. de J.), episodio immortalizado por Jenofonte en la llamada *Retirada de los Diez Mil*, los diez mil griegos que a las órdenes de Jenofonte mismo pelearon en favor de Ciro.

<sup>107</sup> Sancho Ramírez (1045–1094), herido mortalmente de un flechazo luchando contra los moros en el sitio de Huesca.

<sup>108</sup> Sancho II (1037–1072) asesinado con saeta o con lanza por Bellido Dolfos ante los muros de Zamora.

<sup>109</sup> Aunque se emplee la preposición *de* en ciertas locuciones análogas (v. gr., *mirar de mal ojo*; *escribir de su puño y letra*), lo castizo y corriente aquí, para la causa instrumental, ha sido siempre *con* o *por*: tornaremos a encontrar la misma frase en III, v.



—Esta tan luciente espada—dixo el Valeroso—fué la cele- *Trofeos*  
brada de Jorge Castrioto,<sup>110</sup> y esta otra del Marqués de *del Valor.*  
Pescara.<sup>111</sup>

—Déxamelas ver mui a mi gusto.

Y después de bien miradas, dixo:

—No me parecen tan raras como yo pensava. Poco se diferencian de las otras. Muchas he visto yo de mejor temple y no de tanta fama.

—Es que no ves los dos braços que las movían, que en ellos consistía la braveza.

Vieron otras dos todas tintas en sangre desde la punta al pomo, mui parecidas.

—Estas dos están de competencia cuál venció más batallas campales.

—¿Y cúyas son?

—Esta es del rei don Jaime el Conquistador,<sup>112</sup> y esta otra del Cid castellano.

<sup>110</sup> Véase sobre este príncipe de Albania la nota 189, II, 78. De su famosa espada, refiere Botero la siguiente anécdota: “Mahometto II, Rè de’ Turchi, entrato in desiderio di veder e di maneggiar la spada di Giorgio Castriotta, Principe d’Albania, per fama delle prodezze da lui con quella fatte (si diceua che con quella egli haueua amazzato due mila Turchi) gli mādò à dire che gli facesse piacere di mandargliela. Di che il Castriotta facilmente il compiacque. Mahometto, hauuto la spada, tanto di far le pruoue che gli erano state raccontate del Castriotta; mà non gli riuscendo cosa notabile ne di taglio ne di punta, mandò à dire al Castriotta che si era burlato di lui, e che non gli haueua mandato quella famosa spada sua, mà vn’altra. Anzi, rispose il Castriotta, ditegli che io gli hò mandato la spada mia, mà non il mio braccio.” (*Detti*, pág. 47.) Esta anécdota fué traducida literalmente por Francisco Asensio (*Floresta española*, ed. Bibl. Madrileños, I, 261), y la tuvo en cuenta Gracián, como se verá algunas líneas más abajo. De las hazañas de Castrioto con tal espada, había contado Paulo Jovio: “Dizen que en diuersas batallas mató por su mano mas de dos mil hombres (especial Turcos), porque de vn solo golpe mataua vn hombre, porque jugaua no menos diestra que valerosamente vna grande y pesada cimitarra, con la qual hendia los hombres hasta el ombligo, y de vn reues partia vn hombre por medio, y muchas vezes de vna cuchillada le derribaua la espalda y braços enteros.” *Elogios*, fol. 80 v.

<sup>111</sup> Don Fernando Francisco de Avalos: cfr. nota 125, I, 207. “Ed ecco ancora nella sagrestia di San Domenico [en Nápoles] . . . la spada del marchese di Pescara, Fernando de Avalos, vincitore di Pavia.” Benedetto Croce, *Una passeggiata per la Napoli spagnuola*, en *La Spagna nella vita italiana*, Bari, 1922, pág. 268.

<sup>112</sup> Sobre Jaime I el Conquistador queda nota 168, I, 404. Respecto de sus armas, había en casa de Lastanosa “una alazena en que se guardan las armas y armaduras . . . del Rei Don Iaime de Aragon, llamado el con-

—Yo me atengo a la primera, como más provechosa, y quédese el aplauso para la segunda, más fabulosa.<sup>113</sup> ¿Dónde está la de Alexandro Magno?; que deseo mucho verla.

—No os canséis en buscarla, que no está aquí.

—¿Cómo no, aviendo conquistado todo un mundo?

—Porque no tuvo valor para vencerse a sí,<sup>114</sup> mundo pequeño: sugetó toda la India, mas no su ira.<sup>115</sup> Tampoco hallaréis la de César.

—¿Essa no, quando yo creí fuera la primera?

—Tampoco, porque gastó más sus azeros contra los amigos, y segó las cabeças más dignas de vida.

—Algunas ai aquí que, aunque buenas, parecen quedar cortas.

—No dixera esso el Conde de Fuentes,<sup>116</sup> a quien ninguna le

quistador, grabado en el Peto con oro lo siguiente: Iacobus Rex Aragónis.” Coster, *Une description inédite de la demeure de . . . Lastanosa*, en *Revue Hispanique*, 1912, XXVI, 588.

<sup>113</sup> Se le podría replicar a Gracián con el romance anónimo en vindicación de las hazañas del Cid tenidas por fabulosas, que trae el *Romancero General* de Durán (núm. 909), y mejor aún con los testimonios de su historicidad recogidos en *La España del Cid* de Menéndez Pidal. De las dos espadas famosas del Cid, se refiere aquí Gracián sin duda a la Tizona, que ya ha mencionado en la crisi iii de esta Parte: cfr. nota 192, II, 114.

<sup>114</sup> *assi* en el texto, errata que reprodujeron otras ediciones (B1664, 1683), pero corregida a *sí* en las de 1663, M1664, 1669, 1674, etc. Acaso tenga su origen aquella idea en Séneca, quien tras de hablar de Alejandro, así como de Filipo y Aníbal, agrega: “Innumerabiles sunt qui populos, qui urbes habuerunt in potestate; paucissimi qui se.” (*Quaestiones naturales: De Aquis*, § 10.) También Jovio, refiriéndose al mismo insigne macedonio: “pudiera ser tenido por proximo á los moradores del cielo si, pues vencio todas las cosas, venciera á si mismo.” *Op. cit.*, fol. 3 v.

<sup>115</sup> Así lo dice Séneca, *Epist.*, CXIII, 29: “Alexander . . . victor tot regum atque populorum irae tristitiaequae succumbens.” Y había ya escrito Gracián (*El Héroe*, II, 515 a): “Assombrò Alexandro lo ilustre de sus proezas con lo vulgar de sus furors, y desmintiòse a si mismo tantas vezes triunfante con rendirse a la auilantez del afecto. Siruiòle poco conquistar vn mundo, si perdiò el patrimonio de vn príncipe, que es la reputacion.”

<sup>116</sup> Don Pedro Enríquez de Acevedo (1525-1610), gobernador general de los estados de Flandes, cuyo más resonante hecho de armas fué la toma de Cambray (1595). Cons. Julio Fuentes, *El Conde de Fuentes y su tiempo*, Madrid, 1908. Gracián le dedica un brillante elogio en *El Héroe*, XVI, 532 a: “Aquel sol de capitanes y general de heroes, el conde heroico de Fuentes, nació al aplauso con rumbos de sol que nace ya gigante de luzimiento. Su primera empresa pudo ser Non plus vltra de vn Marte: no hizo nouiciado de fama, sino que el primer dia professò inmortalidad. Contra el parecer de los mas cercò a Cambray, porque era estraugante en la comprehension como en el valer. Fue antes conocido por heroe que por soldado.”

pareció corta con abanzarse, decía, un passo más al contrario.<sup>117</sup> Estas tres son de los famosos franceses Pepino,<sup>118</sup> Carlo Magno y Luis Nono.

—¿No ai más francesas?—preguntó Critilo.

—No sé yo que aya más.

—¿Pues aviendo avido en Francia tan insignes reyes, tantos Pares sin par y tan valerosos mariscales? ¿Dónde están las de los dos Virones,<sup>119</sup> la del grande Enrico Quarto?<sup>120</sup> ¿Cómo no más de tres?

—Porque essas tres solas emplearon su valor contra los moros; todas las demás contra christianos.

Mui metida en su baina vieron una, quando todas las otras estaban desnudas, ya brillantes, ya sangrientas. Riéronlo mucho, mas el Valeroso:

<sup>117</sup> Esta anécdota viene siendo atribuída, no al conde de Fuentes, sino a Almanzor. (Cons. Feijóo, *Teatro crítico*, ed. Clás. Cast., t. III, pág. 114.) Y Gracián lo sabía bien, pues había ya escrito en *El Héroe*, IV, 518: “Presentaronle al Rey de Arabia vn alfange damasquino, lisonja para vn guerrero. Alabaronle los Grâdes de la asistencia aulica, no por ceremonia, si con razon: y atentos a la fineza y arte, alargàranse a juzgarle por rayo de azero si no pecara algo en corto. Mandò llamar el Rey al Principe para que diesse su voto, y podia, pues era el famoso Iacob Almançor. Vino, examinòle, y dixo que valia vna ciudad, propio apreciar de vn Principe. Instò el Rey que si le hallaua alguna falta. Respondiò que todas eran sobras. Pues, Principe, estos caualleros todos le condenan por corto. El entòces, echando mano a su cimitarra, dixo: Para vn cauallero animoso nūca ay arma corta, porq̃ con hazerse èl vn passo adelāte se alarga ella bastantemente, y lo que le falta de azero lo suple el coraçon de valor.”

<sup>118</sup> Pipino el Breve (714–768), primer rey de la dinastía carlovingia, triunfador de sajones y suevos, y padre de Carlomagno. Respeto la forma del texto (*Pepino*), que ha pasado a casi todas las ediciones, por representar un caso de fácil disimilación, y porque así lo hallo en algunos textos de aquellos siglos: v. gr., Gaspar de Baeza, trad. *Elogios o vidas breues* de Paulo Jovio, ed. Granada, 1568, fol. 13 v. La forma corriente, no obstante, era *Pipino*; en los *Annales y memorias cronológicas* de Martín Carrillo los reyes franceses de tal nombre son llamados así invariablemente, más de veinticinco veces (ed. Madrid, 1620, fols. 177, 178, 179, 194 v., 437, 448), y en los otros dos únicos casos en que Gracián lo nombra dice *Pipino* (*El Político*, pág. 415).

<sup>119</sup> *Virones*: *Varones* por incomprensión o errata en la ed. 1683. Armando de Gontaut (1524–1592), barón de Biron y mariscal de Francia, se distinguió en las guerras de religión combatiendo contra los hugonotes. Su hijo Carlos de Gontaut (1562?–1602), duque de Biron y también mariscal, fué un intrépido caudillo colmado de honores por su rey Enrique IV de Francia, del cual fué “brazo derecho” en frase de Vitrián (*op. cit.*, I, 290).

<sup>120</sup> Enrique IV de Francia: sobre la forma *Enrico*, cfr. nota 45, II, 253.

—De verdad—dixo—que es heroica y llamada por antonomasia *la Grande*.

—¿Cómo no está desnuda?

—Porque el Gran Capitán, su gran dueño, decía que la mayor valentía de un hombre consistía en no empeñarse <sup>121</sup> ni verse obligado a sacarla.<sup>122</sup>

Tenía otra una mui brillante contera de oro fino. Y dixo:

—Esta fué la que echó a su vitoriosa espada el Marqués de Leganés,<sup>123</sup> derrotando al Invencible vencido.

Deseó Andrenio saber cuál avía sido la mejor espada del mundo.

*La mejor espada.* —No es fácil de averiguar—dixo el Valeroso—, pero yo diría que la del Rei Católico don Fernando.

—¿Y porqué no la de un Héctor, de un Aquiles—replicó Critilo—, más célebres y plausibles, tan decantadas de los poetas?

—Yo lo confieso—respondió—, pero ésta no tan ruidosa fué más provechosa y la que conquistó la mayor monarquía que reconocieron los siglos.<sup>124</sup> Esta oja <sup>125</sup> del Rei Católico y aquel arnés del rei Filipo el Tercero pueden salir donde quiera que aya armas: aquélla para adquirir, y éste para conservar.

<sup>121</sup> *empeñarse*, en la acepción de *porfiar*, registrada en el *Dicc. de Autoridades*.

<sup>122</sup> Gonzalo Fernández de Córdoba (cfr. nota 7, I, 185) había sido celebrado en *El Discreto* por sus galanterías de cumplido cortesano (Realce V), declarándole también “idea [modelo] grande de discretos; portauase en el Palacio como si nunca huiera cursado las campañas, y en campaña como si nunca huiera cortejado” (Realce VII). Los *Dichos agudos y sentenciosos del Gran Capitán* han sido recogidos en *El bibliotecario y el trovador español: Colección de documentos . . .*, por Basilio Sebastián Castellanos, Madrid, 1841, t. I, págs. 69–70.

<sup>123</sup> Don Diego Felipe de Guzmán, primer marqués de Leganés, título que le fué conferido en 1627, capitán general de los ejércitos de Flandes, triunfador de los franceses en las campañas de Italia. Fuéle encargado el mando supremo del ejército de Cataluña en 1642. En el socorro de Lérida (noviembre de 1646) derrotó decisivamente al *Invencible vencido* mencionado a continuación, esto es, Enrique de Lorraine, conde de Harcourt (cfr. nota 12, I, 96), a quien ya había vencido otra vez en las campañas de Italia. Repetidamente hemos aludido en estas notas al relato de aquella batalla de Lérida hecho por Gracián, que en ella intervino como capellán del ejército.

<sup>124</sup> Calificóle Paulo Jovio justamente de “arbitro de la paz y guerra en toda la christiandad” (*op. cit.*, fol. 129 v.), porque a sus conquistas en el Viejo Mundo se unieron las de América.

<sup>125</sup> *oja* fué corregida con *hoja* en M1664, pero ya sabemos que el autor la escribía sin *h*: cfr. nota 143, II, 37.

—¿Cuál es esse arnés tan heroico de Filipo?

Mostróles uno todo escamado de doblones y reales de a ocho <sup>126</sup> alternados y ajustados unos sobre otros como escamas, haziendo una ricamente hermosa vista.

—Este—dixo el Valeroso—fué el más eficaz, el más defensivo de quantos hubo en el mundo.

—¿En qué guerra lo vistió su gran dueño, que nunca tuvo ocasión de armarse ni se vió jamás obligado a pelear?

—Antes fué para no pelear, para no tener ocasión.<sup>127</sup> En fe déste, después de la asistencia del cielo, conservó su grande y dichosa monarquía, sin perder una almena; <sup>128</sup> que es mucho más el conservar que el conquistar.<sup>129</sup> Y assí dezía uno de sus mayores ministros: “Quien possee no pleitee, y quien está de ganancia no baraje.” <sup>130</sup>

Entre tantos y tan lucientes azeros, campeava un bastón mui basto, pero mui fuerte. Hízole novedad a Andrenio, y dixo:

—¿Quién metió aquí este ñudoso <sup>131</sup> palo?

—Su fama—respondió el Valeroso—. No fué de algún gañán, como tú piensas, sino de un rei de Aragón llamado el

<sup>126</sup> Respecto del valor de los *doblones* y de los *reales de a ocho*, véase notas 138, I, 399; 228, II, 84.

<sup>127</sup> Jugando con la doble acepción de *ocasión*, y dándole ahora la de *motivo*: cfr. nota 16, II, 125.

<sup>128</sup> Véase nota 144, II, 71.

<sup>129</sup> Lo mismo afirma Ovidio (*Ars Amatoria*, II, 13-14), agregando que en la adquisición tiene su parte la suerte, y el conservar es fruto de la capacidad: “Nec minor est virtus, quam quaerere, parta tueri, / casus inest illic; hoc erit artis opus.” Botero, en su libro *Della Ragione di Stato*, celebrado por Gracián, plantea la cuestión de “Qual sia opera maggiore, l’aggrandire, ò l’conseruar vno Stato,” que resuelve en estos términos: “Senza dubbio, che maggior opera si è il conseruare . . . e ne gli acquisti hà gran parte l’occasione, & i disordini de’ nemici, e l’opera altrui; ma il mantenere l’acquistato è frutta d’vna eccellente virtù. S’acquista con forza, si conserua con sapienza.” (Ed. Roma, 1590, pág. 9.) La frase de Gracián pudo ser también una réplica a Boccacini, que en tono de censura había dicho de España: “più atta pare à mantenere gli stati, che ad acquistarli.” (*Pietra del paragone politico*, ed. Cosmopoli, 1664, pág. 31.) Comp. Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, III, 81: “El rey don Alonso el Sabio (l. 3, tít. 3, P. 2) da la razón de que no es menor virtud la que mantiene que la que adquiere: Porque la guardia aviene por seso, e la ganancia por aventura.”

<sup>130</sup> Ese consejero que nuestro autor tiene por uno de los mayores ministros del monarca no es otro que el buen sentido, el que puso en labios del pueblo estos dos refranes.

<sup>131</sup> Cfr. nota 158, I, 313.

Grande; aquel que fué bastón de franceses, porque los abrumó a palos.<sup>132</sup>

Estrañaron mucho ver dos espadas negras<sup>133</sup> y cruzadas entre tantas blancas tan matantes.

—¿De qué sirven aquí éstas—dixo Critilo—, donde todo va de veras? Y aunque fuesen del bravo Carranza<sup>134</sup> y del diestro Narváez,<sup>135</sup> no merecen este puesto.

<sup>132</sup> Alúdese a Pedro III de Aragón (1239-1285), llamado *el Grande* o *el Epico*, invicto en sus repetidas guerras contra los franceses, a los cuales arrebató Sicilia (1282), les causó nuevas derrotas en Malta y Nápoles, y los rechazó sangrientamente al invadir a Aragón, triunfante siempre por mar y por tierra. La referencia al *palo* y al *gañán* se basa en el siguiente episodio histórico: retado a singular combate por Carlos de Anjou, a quien había desposeído del trono de Sicilia, el rey don Pedro se presentó en Burdeos (lugar elegido para el combate, y que pertenecía entonces a Inglaterra) disfrazado de gañán o mozo de un tratante de ganado; ya en el palenque se dió a conocer y mandó levantar acta de su presencia y de la no comparecencia de su rival. Cons. Ferrán Soldevila, *Pere III el Gran. El desafiament amb Carles d'Anjou*, Barcelona, 1919.

<sup>133</sup> *espadas negras*, las usadas en la esgrima: "Llamamos espadas blancas las azeradas con que nos defendemos y ofendemos, a diferencia de las de esgrima, que son de solo hierro, sin lustre, sin corte y con boton en la punta." (Covarrubias.) Escribe Tirso de Molina en *La venganza de Tamar*, II, ii:

—"Aquí está el maestro de armas  
que viene a darte lección.

—Dadme, pues, la negra espada,  
aunque pues se queda en blanco  
mi nunca verde esperanza,  
mejor que la espada negra  
pudiera jugar la blanca."

<sup>134</sup> El Comendador Gerónimo Carranza, maestro de esgrima de la segunda mitad del siglo XVI, aspiró a someter la esgrima a los principios de la ciencia matemática en su libro *Philosophía de las armas y de su destreza* (1569), varias veces reimpreso. Nómbrenle Lope de Vega en *El amante agradecido* (Nueva Ed. Acad., III, 135 a) y Tirso de Molina en *Marta la Piadosa* (I, ix), *Amar por razón de estado* (I, vi) y *La villana de Vallecas* (II, i).

<sup>135</sup> Luis Pacheco de Narváez, maestro de armas de Felipe IV y tratadista de esgrima muy celebrado en su tiempo. De sus obras, la más difundida es la titulada *Modo fácil y nuevo para examinarse los maestros en la destreza de las armas* (Madrid, 1625), de la cual se hicieron hasta siete reimpresiones dentro del siglo XVII, y en nuestro propio tiempo tenemos nueva edición (Madrid, Gómez, 1898). Compuso también un *Memorial* denunciando ante la Inquisición ciertas obras políticas y satírico-morales de Quevedo. (Cons. *Obras de Quevedo*, ed. Biblióf. Andaluces, I, 308-322.) Y Quevedo le alude satíricamente en su poema de *Las necedades y locuras de Orlando el Enamorado*: ". . . un maestro de esgrima que enseñaba / nueva destreza

—No son—dixo—sino de dos grandes príncipes y mui poderosos que, después de muchos años de guerra y averse quebrado las cabeças con harta pérdida de dinero y gente, se quedan como antes, sin averse ganado el uno al otro un palmo de tierra.<sup>136</sup> De modo que al cabo más fué juego de esgrima que guerra verdadera.

—Aquí echo menos <sup>137</sup>—dixo Andrenio—las de muchos capitanes mui celebrados por aver subido de soldados ordinarios a gran fortuna.

—¡O!—dixo el Valeroso—, aquí se hallan y se estiman algunas de éssas: aquélla es del Conde Pedro Navarro,<sup>138</sup> la otra de García de Paredes;<sup>139</sup> allí está la del Capitán de las Nuezes, a huevo y a mendrugo; / don Hez [Narvá-ez] por su vileza se llamaba . . .” Ruiz de Alarcón, que estaba unido a Pacheco de Narváez con estrecha amistad (cfr. Luis Fernández-Guerra, *Ruiz de Alarcón*, Madrid, 1871, pág. 445), le pone como maestro de la esgrima en *Las paredes oyen* (II, ii), y también Antonio de Mendoza (*Obras*, Madrid, 1728, pág. 472). Juntamente son nombrados Carranza y Narváez como grandes maestros en *El examen de maridos* (II, vi) de Ruiz de Alarcón y en la correspondencia de Bartolomé L. de Argensola (*Obras sueltas*, ed. Conde de la Viñaza, II, 323–324). Era tema de discusión en aquellos tiempos cuál de los dos sería el mayor maestro, inclinándose las opiniones en favor de Pacheco de Narváez, que como tratadista al menos fué ciertamente superior. Así, Vicente Espinel, en el *Marcos de Obregón* (III, v): “había valerosos hombres diestros y animosos, donde se hacía mención de Carranza, aunque hubo quien daba la ventaja a don Luis Pacheco de Narvaez, porque en la verdadera filosofía y matemática deste arte y en la demonstración para la ejecución de las heridas, excede a los pasados y presentes.” Para Vélez de Guevara (*El Diablo cojuelo*, ed. Vigo, 1902, pág. 60), “bien que se deue al insigne don Luis Pacheco de Narvaez auer sacado de la obscura tiniebla de la vulgaridad a luz la verdad deste Arte, y del caos de tantas opiniones las demonstraciones Matemáticas desta verdad.”

<sup>136</sup> Evidente alusión al emperador Carlos V y Francisco I de Francia.

<sup>137</sup> Dejamos ya nota sobre *echar menos* y *echar de menos*, 45, I, 125.

<sup>138</sup> Pedro Navarro (1460–1528), de pastor en su adolescencia pasó a ser uno de los capitanes más famosos de su época, distinguiéndose a las órdenes del Gran Capitán en las guerras de Italia, y conquistando luego a Argel, Orán, Túnez, Trípoli y otras plazas del norte de Africa. Fué además ingeniero, y su invento de las minas militares terrestres y su aplicación de los explosivos transformaron el arte de guerrear. Cons. Martín de los Heros, *Historia del Conde Pedro Navarro*, en *Doc. inéditos para la Hist. de España*, ts. XXV–XXVI.

<sup>139</sup> Diego García de Paredes (1466–1530), otro caudillo de tan humilde origen que a su llegada a Roma en la mocedad, en compañía de su hermano Alvaro, “no hallamos quien nos diese de comer.” (*Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes*, ed. NBAE, X, 255.) Vino a ser insigne guerrero, y se hicieron proverbiales sus fuerzas hercúleas, temerario valor y extraordinarias hazañas.

que fueron más que el ruido de la fama.<sup>140</sup> Y si faltan algunas, es porque fueron más ganchos que estoques; que algunos más han triunfado con los oros que con las espadas.<sup>141</sup>

—¿Qué se hizo la <sup>141d</sup> de Marco Antonio, aquel famoso romano competidor de Augusto?

—Essa y otras sus iguales andan por esos suelos hechas pedazos a manos tan flacas como femeniles.<sup>142</sup> La de Aníbal la hallaréis en Capua, que aviendo sido de azero, las delicias la ablandaron como de cera.<sup>143</sup>

*Valor justificado.* —¿Qué espada es aquella tan derecha y tan valiente, sin torcer a un lado ni a otro, que parece el fiel a las balanzas de la Equidad?

—Essa—dixo—siempre hirió por línea recta. Fué del *non plus ultra* de los Césares, Carlos Quinto,<sup>144</sup> que siempre la desembainó por la razón y justicia. Al contrario, aquellos corvos alfanges del bravo Mahometo,<sup>145</sup> de Solimán <sup>146</sup> y Selim,<sup>147</sup> como siempre pelearon contra la fe, justicia, derecho y

<sup>140</sup> Aludiendo burlescamente al refrán que dice: *Más es el ruydo que las nuezes*, registrado por Hernán Núñez (*Refranes*, Lérida, 1621, fol. 68 v.), y que Oudin comenta así: “Contre les vanteurs” (*Refranes*, París, 1609, pág. 120). Más lúcidamente pudo Gracián haber expresado que el ruido de las nueces fué mayor que el ruido de la fama.

<sup>141</sup> Comp. Cicerón, *De Officiis*, I, 12: “Nec cauponantes bellum, sed belligerantes, / ferro, non auro vitam cernamus utrique.”

<sup>141d</sup> ¿Qué se hizo la, sin preposición: cfr. nota 114, I, 286.

<sup>142</sup> Recuérdame esta transparente alusión histórica el bello soneto de Jáuregui *A Marco Antonio, en su batalla naval*, en que por seguir a su fugitiva Cleopatra cede la victoria a Augusto.

<sup>143</sup> Expresivo es el siguiente pasaje de Valerio Máximo (IX, 1): “At Campana luxuria perquam utilis civitati nostrae fuit. Invictum enim armis Annibalem illecebris suis complexa, vincendum Romano militi tribuit. Illa vigilantissimum ducem, illa exercitum acerrimum dapibus largis, abundanti vino, unguentorum fragrantia, Veneris usu lascivior ad somnum et delicias evocavit.”

<sup>144</sup> Había quizás una espada de Carlos V, pudiendo Gracián contemplarla, entre las armas del emperador que guardaba el prócer Lastanosa en su armería. Cons. Ricardo del Arco, *Más datos sobre . . . Lastanosa*, en *Linajes de Aragón*, 1912, III, 164.

<sup>145</sup> Mahomet II (1430–1481), el más bravo sultán de su nombre, conquistador de Constantinopla, de la Grecia central, de Servia, etc.

<sup>146</sup> Alfanges enriquecidos de pedrería regalados por Solimán II (1495–1566) a un antecesor de Lastanosa que había sido embajador en Constantinopla, pudo ver Gracián en la armería de su ilustre amigo y protector. Cons. Ricardo del Arco, *loc. cit.*

<sup>147</sup> Aquel Selim II (1524–1574) tan temido primero de las potencias mediterráneas, y después de su derrota en Lepanto (1571) tan nombrado en nuestros libros clásicos.



verdad, ocupando tiránicamente los agenos Estados, por eso están tan torcidos.

—Aguarda, ¿qué espada tan dorada es aquella que tiene por pomo una esmeralda y toda ella está esmaltada de perlas? ¡Qué cosa tan rica! ¿No sabríamos cómo <sup>148</sup> fué?

—Esta—respondió alzando la voz el Valeroso—fué del tan celebrado después como emulado antes, pero nunca bastante-mente ni estimado ni premiado, don Fernando Cortés, Marqués del Valle.<sup>149</sup>

—¿Que ésta es?—dijo Andrenio—. ¡Cómo me alegro de verla! ¿Y es de azeró?

—¿Pues de qué avía de ser?

—Es que yo avía oído dezir que era de caña, por aver peleado contra indios que esgrimían espadas de palo y vibraban lanças de caña.<sup>150</sup>

—¡Eh!, que la entereza de la fama siempre venció la emulación, digan lo que quisieren éstos y aquéllos; que ésta con su oro dió azeros a todas las de España, y en virtud de ella han cortado las demás en Flandes y en Lombardía.

Vieron ya una, tan nueva como lucida, atravesando tres coronas y amagando a otras.

—¿Qué espada tan heroicamente coronada!—ponderó Critilo—. ¿Y quién es el valeroso y dichoso dueño de ella?

—Quién ha de ser sino el moderno Hércules, hijo del Júpiter de España, que va restaurando la monarquía a corona por año.<sup>151</sup>

*El Señor  
D. Juan de  
Austria.*

—¿Qué tridente es aquel que en medio de las aguas está fulminando fuego?

<sup>148</sup> *cáya*: cfr. nota 18, II, 200.

<sup>149</sup> Acerca de la injusta suerte sufrida por el gran conquistador, señalada ya por Gracián en otro pasaje (II, vi), véase nota 113, II, 215.

<sup>150</sup> Compárese con esta ironía de Gracián el siguiente pasaje de Jovio, hablando de Cortés y su conquista de Méjico, y refiriéndose a los indios: “Y espantandose de ver los caualllos, arrojauan se en tierra en oyendo el artilleria, y venidos a las manos, eran muertos sin tomar vengança. Porque peleauan con espadas de palo y con dardos con las puntas de cuerno, y con flechas de caña, y tenian la mayor parte del cuerpo desnudo . . .” *Elogios*, fol. 197.

<sup>151</sup> Se trata, claro está, de don Juan José de Austria (cfr. nota 3, II, 1), y las tres coronas atravesadas con su espada son las de Nápoles (pretendida por el duque de Guisa), la condal de Cataluña (por Luis XIII de Francia, proclamado conde de Barcelona) y la de Portugal (por el duque de Braganza).

—Es del valeroso Duque de Alburquerque,<sup>152</sup> que quiere igualar por la valentía la fama de su gran padre <sup>153</sup> conseguida en Cataluña por gobierno.

—¿Qué arco sería aquel que está hecho pedazos en el suelo, y todos sus arpones votos <sup>154</sup> y despuntados? En lo pequeño parece juguete de algún rapaz, mas en lo fuerte de algún gigante.

—Esse—respondió—es uno de los más heroicos trofeos del Valor.

—Pues ¿qué gran cosa—replicó Andrenio—rendir un niño y desarmarle? Essa no la llares hazaña, sino melindre. ¡Miren qué clava de Hércules rompida,<sup>155</sup> qué rayo de Júpiter desmenuzado, qué espada de Pablo de Parada <sup>156</sup> hecha trozos!

—¡O sí!, que es mui orgulloso el rapaz, y quanto más desnudo más armado, más fuerte quando más flaco, más cruel quando llorando, más certero quando ciego: <sup>157</sup> creedme que es *Triunfo de la castidad.* gran triunfo vencer al que a todos vence.

—Y, dinos, ¿quién le rindió?

—¿Quién? De mil, uno: aquel fenis de la castidad, un Alfonso,<sup>158</sup> un Filipo,<sup>159</sup> un Luis de Francia.<sup>160</sup> ¿Qué diréis de

<sup>152</sup> Don Francisco Fernández de la Cueva, octavo duque de Alburquerque: cfr. notas 16, I, 245; 154, II, 73.

<sup>153</sup> Don Francisco Fernández de la Cueva, séptimo duque de Alburquerque, virrey y capitán general de Cataluña desde 1616 hasta 1618. En cuanto a su benéfico gobierno del virreinato, véase los *Documentos Segundo y Tercero* que trae Víctor Balaguer en su *Historia de Cataluña*, lib. X, cap. ii.

<sup>154</sup> *votos* (por *botos* o *romos*) fué conservado en algunas ediciones (B1664, 1683), pero en la mayoría fué cambiado por *rotos* (1663, M1664, 1669, 1674, 1700, 1748, 1757, etc.).

<sup>155</sup> *rompido* es casi tan corriente en la lengua clásica, solo o unido al auxiliar, como el participio *roto* (ejemplo, Góngora), aunque algunos autores, como Cervantes, dieron la preferencia a éste último.

<sup>156</sup> Queda ya nota sobre este valeroso caudillo y su amistad con el autor, 10, I, 95.

<sup>157</sup> Le rectificaría Esteban Manuel de Villegas en este concepto de Cupidillo, con aquella cantilena preciosa que comienza así:

“Yo, que te miro y toco,  
echo de ver, Amor, que no eres loco,  
y juntamente niego  
que ni eres loco ni naciste ciego . . .”

<sup>158</sup> Alfonso II el Casto (759–842), rey de Asturias y de León, que antes de ocupar el trono pasó muchos años recluido en el monasterio de Samos.

<sup>159</sup> Alúdese a Felipe III, sobre cuya fama de virtuoso queda nota 144, II, 71.

<sup>160</sup> Luis IX o San Luis (1215–1270), en cuyo reinado logró Francia singular grandeza, y del cual había dicho nuestro autor en *El Político* (pág.

aquella copa hecha también pedazos, sembrados todos por tierra?

—¿Qué otro blasón ése—dixo Andrenio—, y más siendo de vidrio? ¡Qué gran cosa! Essas más son hazañas de pages, de que hazen ciento al día.

—Pues, de verdad—ponderó el Valeroso—, que era bien fuerte el que hacía la guerra con ella y que derribó a muchos: del más bravo no hacía él más caso que de un mosquito.

—¿Qué, estaría hechizada?

—No, sino que hechizava y les trastornava a muchos el juizio. No dió Circe más bevedizos que brindó con ésta un viejo.<sup>161</sup>

—¿Y en qué transformava las gentes?

—Los hombres en gimios, y las mugeres en lobas. El era un raro veneno que apuntava al cuerpo y hería el alma, al vientre y pegava en la mente. ¡O cuántos sabios hizo prevaricar! Y es lo bueno que todos los vencidos quedavan mui alegres.

—Pues bien está por tierra la que a tantos derribó, y éste sea el blasón de los españoles.<sup>162</sup>

—¿Qué otras armas son aquéllas?—preguntó Critilo—; que se conoce bien su valor en su estimación, pues están conservadas en armarios de oro.

—Estas—respondió el Valeroso—son las mejores, porque *El mayor valor.*

434 b): “grã parte de la heroyca santidad de Luis Nono de Francia se deue a la enseñanza de la española Doña Blanca, su gran madre.”

<sup>161</sup> No otro es este viejo competidor de Circe que aquel “de alegres vides coronado, / Baco, gran padre domador de Oriente . . . ,” a quien cantó, entre tantos, don Juan de Arguijo.

<sup>162</sup> Bien conocida y ponderada ha sido en todo tiempo la sobriedad española. “En España . . . no hay hombre que se toque del vino, á lo menos es cosa muy vituperada tener esta aficion.” (Luján de Sayavedra, *Guzmán*, II, i, 1.) “El beber demasiado se tiene por afrentoso en una nacion tan política como la española.” (*Ibid.*, II, ii, 1.) “Aquellas naciones frias Setentrionales tienen por bizarria emborracharse, como la Española por caso de afrenta y menos valer.” (Vitrián, *op. cit.*, I, 316.) Era deshonroso para un caballero beber con exceso; entre las notas de infamia señalaba Guillén de Castro la de “enloquecerse bebiendo / de vino.” (*El nacimiento de Montesinos*, ed. Acad., I, 439 a.) Los turistas extranjeros no han dejado de notar esta sobriedad española en sus impresiones de viaje. El norteamericano Philip Sanford Marden (*Travels in Spain*, Boston, 1910) no recuerda haber visto un solo borracho en su viaje a través de toda España, y Charles A. Stoddard (*Spanish Cities, with Glimpses on Gibraltar and Tangier*, New York, 1892) jamás logró ver a un español embriagado.

—¡Qué escudos tan vizarros!

—Y aun los más son escudos.<sup>163</sup>

—Este primero parece de cristal.

—Sí, y al punto que se carea con el enemigo le deslumbra y le rinde: es de la razón y verdad, con que el buen emperador Ferdinando Segundo<sup>164</sup> triunfó del orgullo de Gustabo Adolfo<sup>165</sup> y de otros muchos.

—Estos otros tan cortos y tan lunados ¿de quién son?; que parecen de algún alunado<sup>166</sup> capricho.

—Estos fueron de mugeres.

—¿De mugeres—replicó Andrenio—, y aquí, entre tanta valentía?

—Sí, que las amazonas, sin hombres,<sup>167</sup> fueron más que hombres; y los hombres, entre mugeres, son menos que mugeres. Este que aquí veis dicen está encantado, que por más golpes que le den, por más tiros que le hagan,<sup>168</sup> no le hazen mella ni los mismos rebeses de la fortuna: y esto, a prueba de la paciencia del mismo don Gonzalo de Córdoba.<sup>169</sup> Repara en aquél tan brillante.

—Parece moderno.

—Y es impenetrable, del sagaz y valeroso Marqués de Mortara,<sup>170</sup> que con su mucha espera y valor ha restaurado a Cata-

<sup>163</sup> Repitiendo un equívoco ya empleado en la crisi anterior con *escudos* (armas y monedas), dando a entender que los más bizarros son los escudos de oro y plata, acerca de cuyo valor queda nota 138, I, 399.

<sup>164</sup> Fernando II de Alemania: cfr. nota 150, II, 72. Respecto de la forma *Ferdinando*, puede verse nota 84, II, 61.

<sup>165</sup> Gustavo Adolfo (1594–1632), llamado *el Grande*, rey de Suecia, fué uno de los mayores generales de su tiempo y el campeón del luteranismo. En el soneto a él dedicado por Quevedo, nos recuerda como aquel “rayo ardiente del mar helado” pereció de un balazo en el campo de batalla, en Lutzen, luchando contra Alemania: “Y bala providente y vengadora, / burlando de mi arnés, defensa vana, / me trujo negro sueño y postrer hora.” (Ed. *BAE*, LXIX, 46 b.) A pesar de sus brillantes triunfos militares, fracasó en sus planes para favorecer el luteranismo en Alemania, ante la oposición de los católicos emperadores Fernando II y Fernando III.

<sup>166</sup> *alunado*, lunático.

<sup>167</sup> Acerca de las amazonas americanas, “lujuriosísimas,” véase el curioso pasaje de López de Gómara en nuestra nota 35, II, 91.

<sup>168</sup> *hacer tiro*, herir: cfr. nota 85, II, 259.

<sup>169</sup> Trátase sin duda del escudo de la paciencia, como antes nos presentó el escudo de la razón. Necesitólo, en verdad, Gonzalo Fernández de Córdoba para soportar su destitución del virreinato de Nápoles en 1504 y para pasar sin queja en forzoso retiro, impuesto por el rey Fernando el Católico, los últimos años de su vida.

<sup>170</sup> Don Francisco de Orozco, primer marqués de Mortara, sobre el cual dejamos nota 127, I, 207.

luña. Esta rodela azerada, gravada de tantas hazañas y trofeos, fué del primer Conde de Ribagorça,<sup>171</sup> cuyo valor prudente pudo hazerse lugar y aun campear al lado de tal padre<sup>172</sup> y de un tal hermano.<sup>173</sup> *Don Alonso de Aragón.*

Dióles curiosidad de entender una letra que en un escudo dezía: *O con éste o en éste.*

—Essa fué la noble empresa de aquel gran vencedor de reyes,<sup>174</sup> en que quiso dezir que, o con el escudo vitorioso, o en él muerto.

Dióles mucho gusto ver en uno pintado un grano de pimienta por empresa.

—¿Cómo lo podrá divisar el enemigo?—dixo Andrenio.

—¡O sí!—dixo—, que el famoso general Francisco González Pimienta<sup>175</sup> se abanza tanto al enemigo que le haze ver y aun provar su picante braveza.

Vieron ya uno en forma de coraçón.

—Este devía ser de algún grande amartelado—dixo Andrenio.

<sup>171</sup> Don Alonso de Aragón (1470–1520), primer conde de Ribagorza en la época moderna, pues el primitivo condado había sido extinguido en 1015 con su conquista por Sancho el Mayor. Fué don Alonso prelado y guerrero, valeroso y prudente, y “en los vireinatos de Cataluña y Valencia guardó rigor y benignidad, conforme a la recta prudencia.” Latassa, *Bibliotecas*, I, 117.

<sup>172</sup> Padre natural de nuestro don Alonso fué don Juan II, rey de Aragón, Sicilia y Navarra (1458–1479), que por su energía y aciertos militares fué llamado *el Grande*, triunfador sobre Luis XI de Francia en las guerras de Cataluña y el Rosellón.

<sup>173</sup> El hijo legítimo de don Juan II, aquel insigne don Fernando V de Aragón, el Católico, el galán de *El mejor mozo de España* de Lope de Vega, cuyos talentos políticos estudió Gracián en *El Político Fernando* (1640), y que para Jovio era “dignissimo por cierto de vn alto tropheo sobre todos los reyes de su tiempo” (*op. cit.*, fol. 130).

<sup>174</sup> Don Fernando Francisco de Avalos (1490–1525), marqués de Pescara, que hizo prisionero a Francisco I de Francia en la batalla de Pavía (1525). Hablando de empresas, el autor había escrito en la *Agudeza*, LVII, 352: “aquella del Marques de Pescara, del escudo espartano, y por letra *aut cum hoc, aut in hoc*, en este muerto o con este vivo, o ataud o corona, que eran las palabras que les dezian las matronas de Esparta a sus hijos quando los embiavan a la guerra.” Así lo afirma Ausonio de una mujer espartana que entregaba a su hijo el escudo de guerra: “Mater Lacaena clipeo obarmans filium, / Cum hoc, inquit, aut in hoc redi.” (*Epigrammata*, 44.) Véase también Plutarco, *Apophth. Lacaen. Incert.*, 15.

<sup>175</sup> Confusión del autor, pues el verdadero nombre de tal caudillo es Francisco Díaz Pimienta, general y almirante de la Armada de las Indias que obtuvo un famoso triunfo sobre los ingleses (1641) y pereció en el sitio de Barcelona en 1652. Cons. José Wangüemert y Poggi, *El Almirante D. Francisco Díaz Pimienta y su época*, Madrid, 1905.

—No fué sino de quien todo es coraçón, hasta el mismo escudo; digo, aquel gran descendiente del Cid, heredero de su ínclito valor, el Duque del Infantado.<sup>176</sup>

Avía una rodela hecha de una materia bien extraordinaria, ni usada ni conocida.

—Es—dixo—de la oreja de un elefante. Con ésta se ar-  
*Valerosa* mava de igual valor a su mucha prudencia el Marqués de  
*prudencia.* Caracena.<sup>177</sup>

—¡Qué brillante zelada aquélla!—celebró Critilo.

—Sí lo es—dixo el Valeroso—y que zelava bien con ella sus intentos el rei don Pedro de Aragón, de tal arte, que si su misma camisa llegara a rastrearlos, al punto la abrasara.<sup>178</sup>

—¿Qué casco es aquél, tan capaz y tan fuerte?

—Este fué para una gran testa, no menos que del Duque de Alba,<sup>179</sup> hombre de superlativo juicio y que no se dexava vencer, no sólo de los enemigos, pero ni de los suyos, como Pompeyo en dar la batalla al César contra su propio dictamen.<sup>180</sup>

—¿Es, por dicha, aquel relumbrante yelmo el de Mambrino?<sup>181</sup>

—Por lo impenetrable, ya pudiera. Fué de don Felipe de Silva,<sup>182</sup> de cuya gran cabeça dixo el bravo Mariscal de la Mota <sup>183</sup> le dava más cuidado que seguridad sus pies impedidos

<sup>176</sup> Don Rodrigo Díaz de Vivar, séptimo duque del Infantado: cfr. nota 8, I, 244.

<sup>177</sup> Don Luis Benavides de Carrillo, primer marqués de Caracena: cfr. nota 90, II, 180.

<sup>178</sup> Aludió ya el autor al mismo tema en la crisi xi de la Primera Parte, y allí puede verse nota 136, I, 340, sobre Pedro III de Aragón, su extremado secreto y el origen de la anécdota en cuestión. Véase también nota 132, II, 268.

<sup>179</sup> Don Fernando Alvarez de Toledo, tercer duque de Alba, el Grande: cfr. nota 102, II, 64.

<sup>180</sup> Había ya escrito en la *Agudeza*, XXVIII, 199: "Assi el Grã Duque de Alva no condenava tanto en Pompeyo el aver sido vencido de sus contrarios, sino el aver sido convécido de los suyos propios en condescender con ellos y dar la batalla contra su mismo parecer."

<sup>181</sup> El famoso yelmo encantado del rey Mambrino, trofeo de Reinaldos de Montalbán, popularizado entre los lectores modernos por el *Quijote* (I, xxi), y en la generación de Cervantes por el *Orlando Furioso* (1516-32) de Ariosto (canto xviii), sabido es que salió del *Orlando Innamorato* (1494) de Mateo Boyardo.

<sup>182</sup> Sobre este caudillo de la guerra de Cataluña queda nota 197, II, 79.

<sup>183</sup> El conde Felipe de La Mothe-Houdancourt, mariscal de Francia: cfr. nota 11, I, 95. La anécdota de nuestro texto está recogida en la *Floresta general*, II, 207.

de la gota. Mira aquel morrión del Marqués Espínola <sup>184</sup> que defendido está con el guarda naso <sup>185</sup> de su gran sagacidad, que con la misma verdad deslumbró la atención del vivaz Enrico Quarto. <sup>186</sup> Todas estas armas son para la cabeça, y más de hombres sagazes que de mancebos audazes: tan importantes, que por esso este archivo es llamado con especialidad el Retrete <sup>187</sup> del Valor. <sup>188</sup>

Aquí vieron muchas cartas <sup>189</sup> hechas pedazos, esparcidas por el suelo, y pisados sus cavallos y sus reyes.

—Ya me parece—dixo Andrenio—que te oigo exagerar una gran batalla que aquí se dió y la gran vitoria conseguida.

—Por lo menos, no me negarás—replicó el Valeroso—que hubo barajas, que siempre se componen de espadas y oros, y luego andan los palos. <sup>190</sup> ¿No te parece que fué gran valor el de aquel que, cogiendo entre sus dos manos una baraja, toda junta la tronchó de una vez?

—Esse—respondió Andrenio—más parece efecto de las grandes fuerças de don Gerónimo de Ayanzo <sup>191</sup> que de un heroico valor. <sup>192</sup>

—Por lo menos, sería el día de su mayor ganancia. Y ten

<sup>184</sup> Ambrosio Spínola, primer marqués de los Balbases: cfr. nota 159, I, 343.

<sup>185</sup> No es el guardanaso una pieza suelta de la armadura, como el guardapapo por ejemplo, ni es voz registrada en los diccionarios; *visera* es el nombre de la pieza que cubría la nariz, y también los ojos. Pero Gracián lo dice intencionadamente por ser el naso (nariz grande) señal de sagacidad: cfr. nota 64, I, 277.

<sup>186</sup> La anécdota a que se alude aquí queda referida en nota 159, I, 343. En cuanto a la forma *Enrico*, cfr. nota 45, II, 253.

<sup>187</sup> *retrete*, sala: cfr. nota 17, I, 268.

<sup>188</sup> Estas salas de la Fama con reliquias de guerreros famosos suelen figurar en los libros de caballerías, v. gr., el *Palmerín de Inglaterra* (I, xl), y reaparecerán en el *Pilgrim's Progress* de Bunyan: cfr. notas 31, I, 172; 193, II, 195; 32, II, 229.

<sup>189</sup> *cartas*, naipes: cfr. nota 138, II, 36.

<sup>190</sup> Con varios y claros equívocos (*barajas*, pendencias, cfr. nota 139, II, 36, y las de naipes; *palos*, los de naipes y los que se dan en el cuerpo), que el agudo Gracián podría haber completado con las *copas*.

<sup>191</sup> No quiso citar el autor a un hombre famoso por sus fuerzas, también por sus hazañas, como Garci Pérez de Vargas o Diego García de Paredes, sino a un caballero particular, coetáneo y conocido suyo sin duda (nótese el *don* respetuoso), este don Gerónimo de Ayanzo que no ha dejado huella alguna en los linajes o las letras, ni en la historia política, social o militar.

<sup>192</sup> Tomando ahora *valor* en su acepción común, aunque el Valeroso lo había empleado con el significado de *fuerzas*.

por cierto que no ai valor igual como escusar las barajas,<sup>193</sup> ni ai mejor salida de los empeños que no empeñarse.<sup>194</sup> ¿Quieres ver la mayor valentía del mundo? Llega y mira esas joyas, esas galas, essa vizarría pisada y hollada en esse duro suelo.

—Este—replicó Andrenio—parece adreço<sup>195</sup> mugeril; pues ¿qué gran vitoria fué despojar una femenil flaqueza, triunfar de una bellísima ternura? ¿Qué arneses vemos aquí deshechos, qué yelmos abollados?

*Belleza  
triunfante.*

—¡O sí!—dixo—, que esto fué triunfar de un mundo entero y retirarse al cielo la más aplaudida belleza de una serenísima señora Infanta, Sor Margarita de la Cruz,<sup>196</sup> seguida después de Sor Dorotea,<sup>197</sup> gloria mayor de Austria, que dexando de ser ángeles passaron a ser serafines en la religión de ellos.<sup>198</sup> También son trofeo de un gran valor essas plumas de pavón esparcidas y esos airones de una altanera garça, penachos de su soberbia, ya despojos de una loca vanidad rendida.

Pero lo que más les satisfizo fué ver hecha pedazos una afilada guadaña.

—¡Este sí que es triunfo!—exclamaron—: que aya valor en un moro christiano<sup>199</sup> y en una reina María Estuar-

<sup>193</sup> *barajas*, con nuevo equívoco, pero apuntando especialmente a su sentido de *pendencias*.

<sup>194</sup> *empeños* y *empeñarse*, con doble significación, la pecuniaria y la de porfías y porfiar.

<sup>195</sup> *adreço* (aderezo), como *drecho* (derecho), eran contracciones corrientes aún en el siglo XVII (v. gr., *adregados*, Vitrián, *op. cit.*, I, 14); cabría admitir aquí una intención satírica, porque *adrezos* es también *aperos de labranza* en el dialecto aragonés.

<sup>196</sup> Infanta Sor Margarita de la Cruz: cfr. nota 193, II, 78.

<sup>197</sup> Sor Dorotea Ana de Austria, hija del emperador Rodolfo II de Alemania y sobrina de la Infanta Sor Margarita de la Cruz, hizo profesión de fe el 18 de septiembre de 1624. Cons. Joan de Palma, *Vida de la serenísima Infanta Sor Margarita de la Cruz*, Madrid, 1636, fols. 155-159.

<sup>198</sup> Esto es, en la religión u orden seráfica, como se llama a la fundada por San Francisco de Asís. Tanto Sor Dorotea como Sor Margarita profesaron en el Real Convento de las Descalzas de Madrid, de la orden franciscana.

<sup>199</sup> Transparente alusión a Sir Thomas More (1478-1535), llamado también Moro, canciller de Enrique VIII de Inglaterra y autor del famoso tratado teológico *Utopia*, quien por negarse a adjuar del catolicismo fué decapitado por orden de su soberano. (Cons. P. Pedro de Rivadeneyra, *Historia del scisma de Inglaterra*, I, xxviii-xxix.) Por el estilo de Gracián, había dicho Lope de Vega en su epitafio de *Tomás Moro, Inglés*:

“Aquí yace un moro santo  
en la vida y en la muerte,



da <sup>200</sup> para despreciar la misma muerte.

Trataron ya de armarse los dos conquistadores del monte de Virtelia; <sup>201</sup> iban escogiendo armas, valientes espadas de luz y de verdad, que a fuer de eslabones <sup>202</sup> fulminassen rayos, escudos impenetrables de sufrimiento, yelmos de prudencia, arneses de fortaleza invencible.<sup>203</sup> Y, sobre todo, el cuerdamente Valeroso les revistió muchos y generosos coraçones, que no ai mayor compañía en los aprietos.<sup>204</sup> Viéndose Andrenio tan bien armado, dixo:

—Ya no ai que temer.

—Sólo lo malo—le respondió—y lo injusto.

Dava demostraciones de su gran gozo Critilo.

—Con razón—le dixo—te alegras, pues aunque concurren en un varón todas las demás ventajas de sabiduría, nobleza,

de la Iglesia muro fuerte,  
mártir por honrarla tanto . . .”  
(Ed. BAE, XXXVIII, 235 b.)

<sup>200</sup> La desgraciada reina de Escocia cuya ejecución (1587) tanta resonancia política tuvo en el reinado de nuestro Felipe II y tan escasa, extrañamente, en nuestras letras patrias. A los varones de aquella real familia escocesa se les solía llamar en español Stuart o Estuardo, pero a la reina, Stuarda: v. gr., P. Rivadeneyra, *op. cit.*, lib. II, cap. xl, donde describe largamente la prisión y muerte de la soberana.

<sup>201</sup> Virtelia: cfr. nota 86, II, 62.

<sup>202</sup> *eslabones*, entendiéndose aquellos con que se saca fuego de los peder-nales.

<sup>203</sup> Refiriéndose a esta crisi, advierte Adolphe Coster (*Ballasar Gracián*, pág. 183, n. 1) que así es como el Christian del *Pilgrim's Progress* se arma antes de penetrar en el Valle de la Humillación: “The next day they took him, had him into the Armory, where they shewed him all manner of Furniture, which their Lord had provided for Pilgrims, as Sword, Shield, Helmet, Breast-plate . . . They also shewed him some of the Engines with which some of his Servants had done wonderful things. They shewed him Moses' Rod, the Hammer and Nail with which Jael slew Sisera, the Pitchers, Trumpets and Lamps too, with which Gideon put to Flight the Armies of Midian, etc. . . . Now he bethought himself of setting forward. But first, said they, let us go again into the Armory: So they did; and when he came there, they harnessed him from head to foot, with what was of Proof, lest perhaps he should meet with Assaults in the Way.” (*Part the First.*)

<sup>204</sup> Compárese *El Héroe*, pág. 518 a: “Rompiò con solos quatro de los suyos el Aquiles moderno, Carlos Manuel de Saboya, por medio de quatrocientas coraças enemigas, y satisfiço a la uniuersal admiracion, diziendo que no ay compañía en el mayor aprieto como la de vn gran coraçon.” Hablando del mismo Duque de Saboya, cuenta Botero que “sendo passato con quattro ò sei cauallieri solamente per mezzo di quattrocento caualli dell'essercito nimico, e ridottosi à saluamento, disse che ne' gran pericoli miglior compagnia non ui era che un buon cuore.” *Detti*, fol. 39.

gracia de las gentes, riqueza, amistad, inteligencia, si el valor no las acompaña, todas quedan estériles y frustradas. Sin valor, nada vale, todo es sin fruto; poco importa que el consejo dicte, la providencia prevenga, si el valor no executa. Por eso la sabia naturaleza dispuso que el corazón y el cerebro,<sup>205</sup> en la formación del hombre, comenzassen a la par, para que fuesen juntos el pensar y el obrar.

Esto les estaba ponderando, quando de repente interrumpió su discurso una viva arma que se comenzó a tocar por todas partes. Acudieron prontos a tomar las armas y a ocupar sus puestos. Lo que fué, y lo que les sucedió, nos dirá la crisis siguiente.

<sup>205</sup> Acerca de la preferencia dada a *celebro* sobre *cerebro*, véase nota 206, II, 47.

## CRISI NONA

### *Anfiteatro de monstruosidades.*

PASSAVA un río (y río de lo que passa) <sup>1</sup> entre márgenes opuestas, coronada de flores la una, y de frutos la otra: prado aquélla de deleites, assilo ésta de seguridades. Escondíanse allí entre las rosas las serpientes,<sup>2</sup> entre los claveles los áspides, y bramaban las hambrientas fieras rodeando a quien tragarse.<sup>3</sup> En medio de tan evidentes riesgos estava descansando un hombre, si lo es un necio; pues pudiendo passar el río y meterse en salvo de la otra parte, se estava mui descuidado cogiendo flores, coronándose de rosas, y de quando en quando bolviendo la mira <sup>4</sup> a contemplar el río y ver correr sus cristales.<sup>5</sup> Dávale voces un cuerdo acordándole <sup>6</sup> su peligro y combidándole a passarse de la otra vanda con menos dificultad oi que mañana. Mas él, mui a lo necio, respondía que estava esperando acabasse de correr el río para poderle passar sin mojarse.

¡O tú, que hazes mofa del fabulosamente necio, advierte que eres el verdadero, tú eres el mismo de quien te ríes, tanta y tan solemne es tu demencia! Pues, instándote que dexes los riesgos del vicio y te acojas a la vanda de la virtud, respondes que aguardas acabe de passar la corriente de los males. Si le preguntáis al otro porqué no acaba de ajustarse con la razón, responde que está aguardando passe el arrebatado torrente de sus passiones, que no quiere començar el camino de la virtud oi, si ha de bolver al del vicio mañana. Si le acordáis a la otra sus obligaciones, la afrenta que causa a los propios

*Escusa vulgar.*

<sup>1</sup> Equívoco bastante menos feliz que el de *río de las lágrimas que lloro* (cfr. nota 214, II, 117). Más adelante hablará de los que caen “en el río del reír” (II, xi) y del “río de la risa” (*ibidem*).

<sup>2</sup> Reminiscencia de Virgilio, *Eclog.*, III, 92-93: “Qui legitis flores et humi nascentia fraga, / frigidus, o pueri, fugite hinc, latet anguis in herba.” Idea recordada tan bellamente en el soneto de Góngora que empieza así: “La dulce boca que a gustar convida . . .”

<sup>3</sup> Esto es, andaban alrededor en busca de alguien a quien tragarse.

<sup>4</sup> *bolviendo la mirada* hubiera sido más propio y castizo, ya que *la mira* pide aquí *poner*.

<sup>5</sup> Véase nota 68, II, 60.

<sup>6</sup> *acordar*, recordar: cfr. nota 186, I, 317.

y la murmuración a los estraños, dize que corre con todas, que assí se usa, que con más edad tendrá más cordura. Consuélase aquél de no estudiar y dize que no piensa cansarse, pues no se premian letras ni se estiman méritos. Escúsase éste de no ser hombre de substancia diziendo que no ai quien lo sea, todo está perdido, que no se usa la virtud, todos engañan, adulan, mienten, roban y viven de artificio, y déxase arrebatarse de la corriente de la maldad. El juez se lava las manos de que no haze justicia con que todo está rematado y no sabe por dónde començar. Assí, que todos aguardan a que amaine el ímpetu de los vicios para passarse a la vanda de la virtud. Mas es tan impossible el cessar los males, el acabarse los escándalos en el mundo mientras aya hombres, como el parar los ríos. Lo acertado es poner el pecho al agua y con denodado valor passar de la otra vanda al puerto de una seguridad dichosa.

*Milicia contra malicia.* Peleando estaban ya los dos valerosos guerreros (que no es otro <sup>7</sup> la vida humana que una milicia a la malicia),<sup>8</sup> y a esto les avían tocado arma,<sup>9</sup> trecientos monstruos, causa deste rebato; que con los rayos de la razón descubrieron sus ardides, las atalayas en atenciones avisaron a los fuegos de su zelo, y éste al valor de ambos,<sup>10</sup> que denodadamente los fueron persi-

<sup>7</sup> otro, otra cosa: cfr. nota 19, I, 105.

<sup>8</sup> Frase acuñada sobre la bíblica bien conocida: "Militia est vita hominis super terram." *Libro de Job*, VII, 1.

<sup>9</sup> *tocar arma* y *tocar al arma* se viene diciendo indistintamente, aunque Covarrubias y el *Dicc. de Autoridades* sólo registran la segunda forma. "El Turco . . . casi cada año nos toca arma." (*Quijote*, II, i.) "Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma." (*Ibíd.*, II, xxvi.) En el primer caso *arma* tiene el valor de una exclamación, pues como tal se empleaba. Cervantes mismo: "y gritan: ¡Arma! ¡Arma!" (*Viaje del Parnaso*, VI, 305), así como también: "Al duro y fiero asalto, al ¡cierra, cierra!" (*Ibíd.*, III, 168.) Asimismo Góngora: "¡Arma, arma, ensilla, carga!" (*Obras*, II, 203.) "¡A ellos, dice, a ellos! / ¡Cierra, cierra! / ¡Arma, arma!" *Ibíd.*, II, 334.

<sup>10</sup> Pocos lectores habrán dejado de recordar aquí el precioso romance de Góngora, aprovechado ahora ingeniosamente por Gracián, que en tales recuerdos literarios se complacía: el del español de Orán, reposando una noche con su gallarda africana,

"quando tocaron al arma.  
Trecientos Cenetes eran  
de este rebato la causa,  
que los raios de la Luna  
descubrieron sus adargas;  
las adargas auisaron  
a las mudas atalaías,

guiendo y retirando, tanto, que llevados de su ardor en el alcance, se hallaron a las puertas de un hermosísimo palacio, primer <sup>11</sup> fábrica del mundo, el más artificioso y bien labrado que jamás vieran, aunque avían admirado tantos. Ocupava el centro de un ameno prado con ambiciones de paraíso, de aquellos que no perdona el gusto; su materia, aunque tierra, desmentida <sup>12</sup> de los primores del arte, dexava mui atrás la misma solar esfera: obra, al fin, de grande artífice y fabricada para un príncipe grande.

—¿Si sería <sup>13</sup> éste—dixo Andrenio—el tan alabado alcázar de Virtelia?; que una cosa tan perfecta no puede ser estancia sino de su grande perfección, que tal suele ser el epiciclo qual la estrella.

—¡O no!—dixo Critilo—, que éste está a los pies del monte, y aquél sobre su cabeça; aquél se empina hasta el cielo, y éste se roza con el abismo; aquél entre austeridades, y éste entre delicias.

Esto ponderavan, quando vieron assomar por su magestuosa puerta, al cabo de muchas varas de nariz, un hombrecillo de media,<sup>14</sup> que viéndolos admirados, les dixo:

—Yo no sé de qué, pues assí como ai hombres de gran corazón y de gran pecho, yo lo soi de grandes narizes.

—Toda gran trompa—dixo Critilo—siempre fué para mí señal de grande trampa.

—¿Y porqué no de sagacidad? <sup>15</sup>—replicó él —. Pues ad-

*Varón  
sagaz.*

vertí <sup>16</sup> que con ésta os he de abrir camino: seguidme.  
Lo primero que encontraron en el mismo atrio fué un establo, nada estable, aunque lleno de gente lucida, hombres de mucho porte y de más cuenta,<sup>17</sup> mui hallados todos con los brutos, sin asquear el mal olor de tan inmundia estancia.

las atalaias los fuegos,  
los fuegos a las campanas;  
i ellas al enamorado,  
que en los brazos de su Dama  
oyó el militar estruendo  
de las trompas i las caxas . . .”

<sup>11</sup> Para la apócope de *primera* véase nota 30, II, 7.

<sup>12</sup> *desmentir*, disimular: cfr. nota 58, I, 112.

<sup>13</sup> *sería*: cfr. nota 94d, I, 367.

<sup>14</sup> Recuérdese el soneto de Quevedo: “Erase un hombre a una nariz pegado . . .”

<sup>15</sup> Compárese nota 64, I, 277.

<sup>16</sup> *advertí*, como *mirá*, *decí*, etc.: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>17</sup> *cuenta*: probable equívoco con el significado de *cuidado* que tiene en la interjección.

—¿Qué es esto?—dixo Critilo—. ¿Cómo éstos, que parecen personas, están en tan vil lugar?

—Por su gusto—respondió el Sátiro.

—Pues ¿desto gustan?

—Sí, que los más de los hombres eligen antes vivir en la hedionda pocilga de sus bestiales apetitos que arriba en el salón dorado de la razón.

No se sentía otro<sup>18</sup> dentro que malas voces y bramidos de fieras, ni se oían sino monstruosidades. Era intolerable la hediondez que despedía.

—¡O casa engañosa—exclamó Andrenio—, por fuera toda maravillas, y por dentro monstruosidades!

*Palacio del alma.* —Sabed—dixo el Sátiro—que este hermoso palacio se fabricó para la virtud, mas el vicio se ha levantado con él, hale tiranizado. Y assí, de ordinario, veréis que haze su morada en la mayor hermosura y gentileza:<sup>19</sup> el cuerpo más lindo y agraciado, criado para estancia hermosa de la virtud, le toparáis lleno de torpezas; la mayor nobleza,<sup>20</sup> de infamias; la riqueza, de ruindades.

Començaron con esto a reusar<sup>21</sup> el empeñarse,<sup>22</sup> temiendo el despeño, quando uno de aquellos monstruos les dixo:

—En esso no reparéis, que aquí siempre ai salida para todo, y yo soi el que a quantos se empeñan la hallo: a la donzellita la persuado<sup>23</sup> su deshonra diziéndola que no le faltará una amiga o una piadosa tía de quien fiarse; al asesino, que mate, que ya avrá quien le haga espaldas;<sup>24</sup> al ladrón, que robe; al salteador, que desuelle, que ya se hallará un simple compassivo que interceda por él a la justicia; al taúr,<sup>25</sup> que juegue, que no faltará un amigo enemigo que le preste. De suerte que por grande que sea el despeño, le pinto fácil el salto: por en-

<sup>18</sup> *otro*, otra cosa.

<sup>19</sup> Lo mismo pensaba Petrarca: "Raro admodum forma insignis honestasque, uno sub lare habitant." *De Remediis*, II, i.

<sup>20</sup> *nobleza* de linaje, claro está.

<sup>21</sup> Sobre la omisión de la *h* en *rehusar*, y casos análogos, véase nota 143, II, 37.

<sup>22</sup> *empeñarse*, aventurarse: cfr. nota 56, II, 94.

<sup>23</sup> *la persuado a su deshonra* diríamos hoy, pero en la lengua del siglo XVII se omitía frecuentemente el régimen de *persuadir(se)*, como queda apuntado en nota 73, I, 362.

<sup>24</sup> *hacer espaldas*, favorecer a uno: cfr. nota 113, I, 204.

<sup>25</sup> *taúr*, sin la *h* tan corriente entonces como hoy y siempre registrada en los diccionarios, escribía Gracián.

trincado <sup>26</sup> que sea el laberinto, le hallo el ovillo de oro,<sup>27</sup> y a toda dificultad la solución. Assí que bien podéis entrar: fiáos de mí, que yo os desempeñaré.<sup>28</sup>

Fué a meter el pie Critilo y al punto encontró con un monstruo horrible; porque tenía las orejas de abogado, la lengua de procurador, las manos de escrivano, los pies de alguazil.<sup>29</sup>

—¡Escápate—gritó el Sátiro—de todo pleito, aunque sea dexándoles la capa! <sup>30</sup>

Ibanse retirando con rezelo, quando con mucho agrado se llegó a ellos otro monstruo mui cortés, suplicándoles fuesen servidos de entrar por cortesía, que no serían los primeros que se avían perdido de puro cortesés. *Cortesía engañosa.*

—Y si no, preguntadle a aquél, que parece hombre circunspecto y de juicio, cómo se jugó la hazienda, y tras ella la honra y el descanso de su casa.

Y respondióles:

—Señor, rogáronme que hiziesse un quarto <sup>31</sup> que les faltava, y deshize todos los de mi casa porque no me tuviessen por grosero: púseme a jugar, piquéme <sup>32</sup> y lastiméme a mí mismo, pensé desquitarme y acabé con todo por cortesía.

—Preguntadle <sup>33</sup> aquel otro, que se pica de entendido, cómo perdió la salud, la honra y la hazienda con la otra loquilla.<sup>34</sup>

<sup>26</sup> *entrincado* e *intrincado*, así como *entricado* e *intricado*, se hallan en el *Dicc. de Autoridades*; Covarrubias sólo había incluído en su *Tesoro* las formas *entricar* e *intricado*, y lo mismo Franciosini, siendo éstas últimas en efecto las más corrientes en la primera mitad del siglo XVII: cfr. nota 22, I, 132.

<sup>27</sup> Por el hilo con que se guió Teseo para salir del laberinto de Creta: cfr. nota 95, I, 333.

<sup>28</sup> *desempeñar*, sacar a uno airoosamente de una empresa: cfr. II, 140<sub>10</sub>, 145<sub>2</sub>, *et passim*.

<sup>29</sup> Orejas de abogado, probablemente, por los males que escucha, lengua de procurador por las falsedades que dice, manos de escribano por lo largas para apoderarse de lo ajeno, y pies de alguacil por lo ligero para acudir a donde hay malvados. Compárense texto y notas correspondientes en Parte Primera, crisi x (escribanos y alguaciles), Segunda Parte, crisi ii (abogados).

<sup>30</sup> Cita de San Mateo, V, 40: "et ei, qui vult tecum iudicio contendere, et tunicam tuam tollere, dimitte ei et pallium."

<sup>31</sup> *quarto*, hacerlo para completar el número de cuatro jugadores; luego tomará la voz con equívoco bien manifiesto.

<sup>32</sup> *piquéme*, con doble sentido, y por picarse veremos que se lastimó.

<sup>33</sup> Falta la necesaria preposición del complemento (*preguntadle a*) por descuido nada insólito cuando sigue *aquel(los)* o *aquella(s)*.

<sup>34</sup> Aquéllas de las cuales dice Góngora con atrevido picarismo:

Y respondióles que, por no parecer descortés, mantuvo la conversación,<sup>35</sup> de allí pasó a la correspondencia,<sup>36</sup> hasta hallarse perdido<sup>37</sup> por cortesía. La otra, porque no la tuviessen por necia, respondió al dicho y luego al villete; el marido, por no parecer grossero, dissimuló con los muchos yentes y vinientes<sup>38</sup> a su casa; el juez, obligado de la intercessión del poderoso, hizo la injusticia.

—De suerte que son infinitos los que se han perdido en el mundo por cortesía.<sup>39</sup>

Y con esto y mil zalemas que les hizo, les obligó a entrar. Erase un tan espacioso atrio, que tomava todo un mundo, célebre anfiteatro de monstruosidades, tan grandes como muchas, donde tuvieron más que abominar que admirar y vieron cosas, aunque muchas vezes vistas, que no se podían

“Que por parir mil loquillas  
enciendan mil candelillas,  
bien puede ser;  
mas que público o secreto  
no haga algun cirio effecto,  
no puede ser.”

(Obras, I, 12.)

<sup>35</sup> *conversación*, “vale tambien trato, comunicación y comercio recíproco y familiar de unos y otros entre sí.” *Dicc. Aut.*

<sup>36</sup> *correspondencia*, en la acepción de atenderse y amarse recíprocamente.

<sup>37</sup> *perdido*, con doble sentido, el literal y el figurado (*perdido de amor*).

<sup>38</sup> Eran corrientes en la lengua clásica muchos participios activos hoy desusados, así como el hacer de ellos adjetivos, y acaso ninguno se distinguiera tanto por su abundancia como Cervantes: *hablante*, *peleante*, *esperante*, *nadante*, etc. (Véase nota de Rodríguez Marín al *Quijote*, IV, 347, 10.) Comp. López de Ubeda: “El afeyte, la gala, la damera . . . parece bien al yente y viniente, pero no al pariente.” (*La pícara Justina*, ed. Biblióf. Madrileños, I, 153-154.) Matías de los Reyes: “a todos los yentes y vinientes mi dueño y yo poníamos siempre los cabes de a paleta.” (*El curial del Parnaso*, ed. Madrid, 1909, pág. 168.) Juan Rufo: “Pasabalo mal un pasante, por ser pobrísimo, al cual dijo: Vuesa merced pasante es; pero su ordinario no es llegante.” (*Las seiscientas*, ed. cit., pág. 138.) Luis Zapata: “de la crueldad del dante del veneno parece que todos estaban pidiendo a Dios vengança.” (*Miscelánea*, pág. 196.) Hállanse también *contradiciente* (*BAE*, XVIII, 323 a), *censurante* (ibíd., 375 b), *adivinante* (ibíd., 482 a), *escuchante* (ibíd., 482 b), *vagante* (Liñán y Verdugo, op. cit., 93, 191), *enamorante* (ibíd., 161), *matante* (ibíd., 152, 181), *despidiente* (Rufo, *Las seiscientas*, 172; Céspedes y Meneses, *El soldado Píndaro*, ed. *BAE*, XVIII, 294 a; Matías de los Reyes, *El Menandro*, ed. Madrid, 1909, pág. 316), etc.

<sup>39</sup> Compárese el *Eclesiástico*, XX, 24: “Est qui perdet animam suam prae confusione, et ab imprudenti persona perdet eam.”



ver. Estaba en el primero y último <sup>40</sup> lugar una horrible serpiente, coco de la misma hidra, tan envejecida en el veneno, que la avían nacido alas y se iba convirtiendo en un dragón, inficionando con su aliento el mundo.

—¡Terrible cosa—dixo Critilo—, que de la cola de la culebra nazca el basilisco,<sup>41</sup> y de los dexos de la víbora el dragón!<sup>42</sup> ¿Qué monstruosidad es ésta?

Vicios  
encadena-  
dos.

—Como éstas se ven en el mundo cada día—respondió el Sátiro—. Veréis que acaba la otra con su deshonestidad propia, y comienza la agena; no haze cara <sup>43</sup> ya al vicio, por no tenella;<sup>44</sup> da alas a la otra que comienza a bolar y haze sombra a los soles que amanecen. Pierde el taúr <sup>45</sup> su grande herencia, y pone casa de juego; da naipes, despavila las velas abrasadoras,<sup>46</sup> corta tantos para tontos.<sup>47</sup> El farsante para en charlatán y saltimbanco; el acuchillador, en maestro de esgrima; el murmurador, quando viejo, en testigo falso; el holgazán, en escudero;<sup>48</sup> el malsín, en catedrático del duelo; el

<sup>40</sup> *primero y último*, con el gusto de nuestro autor por la antítesis, significando el primero y peor.

<sup>41</sup> Para este fabuloso animal, véase Plinio, *Hist. Nat.*, XXIX, 19.

<sup>42</sup> Porque según creencia vulgar de aquel tiempo, expresada por Covarrubias, el dragón es la víbora o serpiente “de muchos años, que con la edad ha venido a crecer desaforadamente; y algunos dizen que a los tales les nacen alas y pies en la forma que los pintan.”

<sup>43</sup> *hazer cara*, no en el sentido hoy más corriente de *oponerse*, sino en el clásico y único registrado en el *Dicc. de Autoridades* de admitir alguna cosa o condescender con ella, esto es, de *hacerle buena cara*. El mismo sentido le damos hoy al decir que una muchacha le *hace cara* al pretendiente que la corteja, significando que ella le admite o corresponde.

<sup>44</sup> *por no tenella*, valiéndose de otra locución (“no tener cara para hacer o pedir alguna cosa,” por vergüenza), pero significando *por no tener buena cara*; además, *tenella* está aquí con probable intención, para evocar con el arcaísmo la vejez de la alcahueta en cuestión: cfr. nota 102, II, 262.

<sup>45</sup> *taúr*, tatur: cfr. nota 143, II, 37.

<sup>46</sup> Con intención, pues sin ella no valía la pena de escribirse tal frase, y jugando con el doble significado de *despabilar* y *vela*, esto es, *roba las veladas abrasadoras* (a los jugadores).

<sup>47</sup> *tantos para tontos*, como ya había hablado de tener embelesados a *tantos y tontos* (I, vii) y de que la ira la compran *tantos y tontos* (I, xiii).

<sup>48</sup> *escudero* se había llamado en la Edad Media al joven hidalgo que estaba al servicio de un caballero y en su compañía hacía el aprendizaje de las armas. En aquella edad, y en el siglo XVI, también el de buen linaje, que comúnmente se llamaba *hidalgo*. Pero en el siglo XVII especialmente se daba el nombre de escudero al criado que sin ser hidalgo acompañaba y servía a un caballero o una dama. Y así como hoy la gente moza llama a la dama de compañía burlonamente *carabina*, así el vulgo de

infame, en libro verde;<sup>49</sup> y el bevedor, en tabernero, aguan-  
doles el vino a los otros.

Iban dando la buelta y viendo portentosas fealdades. Fuélo hartó ver una muger que de dos ángeles hacía dos demonios, digo, dos rapazas endiabladas; y teniéndolas desolladas, las metió a assar a un gran fuego, y comenzó a comer dellas sin ningún horror, tragando mui buenos bocados.

—¡Qué fiereza es ésta tan inhumana!—ponderó Andrenio—. ¿No me dirás quién es ésta que dexa atrás los mismos trogloditas?

*Mala madre.* —Pues advierte que es su madre.  
—¿La misma que las echó a luz?

—Y oi las escurece.<sup>50</sup> Esta es la que teniendo dos hijas tan hermosas como viste, las mete en el fuego de su lascivia; dellas come y traga los buenos bocados.

Salióles de través un otro monstruo no menos raro. Era de tan exótica<sup>51</sup> condición, de un humor tan desproporcionado, que si le pegavan con un garrote de encina y le quebravan las costillas o un brazo, no hacía sentimiento; pero si le davan con una caña, aunque levemente, sin hazerle ningún daño, era tal su sentimiento que alborotava el mundo. Llegó uno y dióle una penetrante puñalada, y la tuvo por mucha honra; y porque llegó otro y le pegó un ligero espaldarazo con la espada embainada, sin sacarle una gota de sangre, lo sintió de manera que rebolvió toda su parentela para la vengança. Pególe uno a puño cerrado un tan fiero mógicón, que le ensangrentó la boca y le derribó los dientes, y no se alteró; y porque otro le assentó la mano estendida, coloreándole el rostro, fué tal su rabia, que hundía el mundo haziendo estremos. ¡Pues

aquella centuria nombraba a los tales escuderos *manípulos*: “—Bien veis que somos los dos / manípulos de dos damas. / —¿Qu’es manípulo?—Escudero. / —¿Y es lenguaje cortesano? / —A lo menos, verdadero, / porque nos pulen la mano.” (Gaspar de Aguilar, *El mercader amante*, I, ii.) Cfr. nota 145, I, 237.

<sup>49</sup> No hay que aclarar que *libro verde*, como *viejo verde*, tenían el mismo significado picaresco que en nuestros días, porque desde muy antiguo se ha considerado este color como provocativo de lujuria (cfr. nota 152, I, 212). Más graciano hubiera sido *libro libre*.

<sup>50</sup> Téngase en cuenta que *escuro*, *escuridad* y *escurecer* son formas muy comunes en la lengua clásica, y las preferidas de algunos escritores, como Cervantes, aunque no falten otros (v. gr., Góngora, o su copista) que empleen más la forma culta o etimológica (*obscur*).

<sup>51</sup> *exótica*, *extraña*: cfr. nota 92, II, 260. Sobre *un otro*, nota 211, II, 48.

qué si le arrojaban un sombrero!: <sup>52</sup> no sentía tanto que le tirasen un ladrillo y le polvoreasen <sup>53</sup> los sessos. No tenía por afrenta el mentir, el no cumplir su palabra, el engañar, el dezir mil falsedades; y porque uno le dixo *mentís* <sup>54</sup> pensó reventar de cólera y no quiso comer hasta tomar vengança.

—¡Qué raro humor de monstruo éste—celebró <sup>55</sup> Critilo—, entreverado de necedad y locura!

—Assí es—dixo el Sagaz—. ¿Y quién creerá que está oi mui valido en el mundo?

—Será entre bárbaros.

—No, sino entre cortesanos, entre la gente más ladina. <sup>56</sup>

—¿Y no sabríamos quién es?

—Este es el tan sonado Duelo; dígoles, el descabeçado <sup>57</sup> tan *El duelo*. civil <sup>58</sup> como criminal.

<sup>52</sup> Arrojarle a uno el sombrero, como se le arroja al toro para desafiario, era provocación idéntica a la de arrojarle los guantes; igualmente lo era el darle un golpe con el sombrero: “Poca poia i muchas voces, / sombrerazo i mientes tu?: / abrenuncio, Sathanás, / a otra puerta, Bercebú, / que mi negocio es solapo, / lisonja i solicitud.” Góngora, *Obras*, II, 141.

<sup>53</sup> *polvorear* en su única acepción, aquí irónicamente, de echar polvo o empolverar, aunque parece suscitar la impresión de *hacer polvo*.

<sup>54</sup> El *mentís* era, no sólo afrenta para el desmentido, sino grosero insulto. Refiere Juan Rufo lo siguiente: “Tratábase del *mentís* en presencia del señor don Juan [de Austria], y condenaban por riguroso estilo que sola esta palabra fuese tan injuriosa.—No es sino trinchera de la honra, respondió, y para que el temor de la afrenta escuse muchas que los hombres se dirían; pues por una vez que el *mentís* dicho causa discordia, mete mil veces paz el recelo de no oírle.” (*Las seiscientas*, pág. 72.) Y más adelante comenta justamente: “pues no hay razón que consienta / que sea el *mentís* afrenta, / y que no lo sea el mentir.” (*Ibíd.*, pág. 258.) “Pensando yo cómo se quitaría la atrocidad del *mentís*, que es llaga casi incurable, me parece que se debiera hacer un edito que fuera infame al que se dijera *más mentís vos*, y así ninguno osaría por la respuesta desmentir a nadie.” (Luis Zapata, *Miscelánea*, en *Memorial hist. español*, XI, 423.) El correlativo del *mentís* era meter mano a la espada. En *El mercader amante* (I, ii), de Gaspar de Aguilar, dos escuderos luchan y, al apaciguarlos, pregunta un caballero: “—¿Hubo mentís?—No, por cierto; / que si mentís me dijera, / sin duda le hubiera muerto.” Así en *El ollero de Ocaña* (I, iii), de Vélez de Guevara: “—¿Y está ya quieto / en Ocaña?—Está ya un santo: / el jueves le desmintieron / y no respondió palabra.” Véase también Guillén de Castro, *El nacimiento de Montesinos*, I, i-ii.

<sup>55</sup> *celebrar*, no por *alabar*, naturalmente, sino por *ponderar*.

<sup>56</sup> *ladina*, con equívoco entre su acepción recta y etimológica de gente culta y elegante (como buenos ladinos o *latinos*), y su acepción figurada de gente astuta.

<sup>57</sup> *descabeçado*, el que por no tener buena cabeza va fuera de razón.

<sup>58</sup> *civil*, con intencionada ambigüedad, en la cual encajan aquí el sentido de *civil* (contrapuesto a penal), el de *urbano* y el de *ruin*: cfr. nota 9, I, 129.

*Monstruos de la necesidad.* Passaron a la otra vanda y registraron las monstruosidades de la necesidad, que eran otras tantas. Vieron que no ossava comer un camaleón <sup>59</sup> por ahorrar, para que tragasse después el puerco <sup>60</sup> de su heredero; un melancólico pudriéndose del buen humor de los otros; muchos que porfiavan sin estrella; el de todos sino de sí mismo.<sup>61</sup> Admiráronse de uno que pretendía por muger la que avía muerto a su marido, y él quería ser el marivenido;<sup>62</sup> un soldado muriendo en un barranco, mui consolado de no gastar con médicos ni sacristanes; un señor que encomendava a otros el mandar. Estava uno encendiendo fuego de canela para assar un rábano,<sup>63</sup> un rico pretendiendo,<sup>64</sup> y un caduco enamorando. Aquí toparon con el de cien pleitos, y un prelado huyendo dél porque no le metiesse pleito en la mitra.<sup>65</sup> Vieron uno que, aviéndole dicho fuesse a descansar a su casa, se equivocó y se iba a la sepultura. Aquí estava también el que hazía almohada del chapín de la Fortuna, y a su lado el que del cogote de la Ocasión pretendía hazerse la barba;<sup>66</sup> el que llevaba descubiertas las perdizes, y no las

<sup>59</sup> *camaleón*, porque era creencia vulgar que se alimentaba sólo del aire, y así la locución *andar como el camaleón papando aire*.

<sup>60</sup> *puerco*, claro está, por lo mucho que traga y por ser inmundicias.

<sup>61</sup> Alude probablemente al entremetido.

<sup>62</sup> No deja de tener su toque de ingenio popular este juego del *mari-ido* y el *mari-venido*, acuñado sobre el refrán que Gracián mismo trae más adelante (II, xi): *A muerto marido, amigo venido*.

<sup>63</sup> Leemos en la *Agudeza*, XXVII, 189: "Por vn encarecimiento se glosa cō realce la necesidad. De vn Señor que avia gastado mucho en vna cosa de poquissima substancia, dixo vno que avia hecho fuego de canela para asar vn ravano." Compárese Juan Rufo (*op. cit.*, pág. 106), aunque la expresión tal vez fuera proverbial: "Tan grande impertinenciã es ser valiente vos, como si hiciérades lumbrẽ de canela para asar un rábano." Encuéntrase también en forma análoga en un texto de la *Floresta General*, ed. Biblióf. Madrileños, II, 271.

<sup>64</sup> Porque no se vió, pensará el autor, que los tales pasen afanes en pretender aquello que pueden fácilmente comprar.

<sup>65</sup> Probablemente tenía Gracián fijo en la memoria el nombre de tal prelado, el mismo acaso a quien ya había asestado sus tiros, sin nombrarle, en la crisis vi de esta Segunda Parte, pág. 205<sub>11</sub>.

<sup>66</sup> *hazerse la barba* se emplea como recíproco, significando "ayudarse unos a otros y encubrirse los hurtos" (Correas), pero nuestro autor ha querido usarlo como reflexivo, guardando el mismo significado; la frase completa (aunque dice *cogote*, en vez del más corriente *copete*) parece haber salido teniendo presente el refrán *hazme la barba, harete el copete* (Hernán Núñez, *op. cit.*, fol. 51 v.). Sobre el copete de la Ocasión, su representación en la estatuaría antigua y el refrán consiguiente, véase nota 51, I, 274.

vendía.<sup>67</sup> Ibase uno a la cárcel por otro. Pero el más aborrecido era un hombre baxo, descortés. Estava uno parando<sup>68</sup> laços a los raposos viejos, y otro passando del dar al pedir;<sup>69</sup> el que comprava caro lo que era suyo;<sup>70</sup> y estava otro papando lisonjas de sus combidados; el ju[g]lar<sup>71</sup> de las casas ajenas, y en la suya cantimplora;<sup>72</sup> el que dezía que no es de príncipes el saber; el que todas las cosas hazía con eminencia sino su empleo. Entrava en el lugar del que vivía de necio el que moría de sabio;<sup>73</sup> el que pudiendo ser sol en su esfera, no era constelación en la agena;<sup>74</sup> el que fundía en balas sus doblones.<sup>75</sup> Estavan dos, el uno jugando bien y siempre perdiendo, y el otro, sin saberse dexar,<sup>76</sup> ganando; un presumido

<sup>67</sup> Este es otro necio distraído, que llevando tan buena mercancía, no se cuida de venderla.

<sup>68</sup> *parar*, poner: cfr. nota 54, I, 223.

<sup>69</sup> Que pensaría Gracián es el mal paso del pródigo, por aquello de que *quando pude dar, todos se empleavan en me obsequiar*, y luego, al pedir, todos huyen del desvalido.

<sup>70</sup> Algo sibilino es esto, pues son muchos los imprudentes, necios o perversos a quienes se puede aplicar: caro moralmente compra o adquiere sus bienes el usurero, caro compra o recobra los suyos el que pleitea, caro compra uno el escarmiento propio, y barato el ajeno (y puede relacionarse con lo que el autor deja dicho en I, 387<sub>48</sub>), y tantas cosas más como cabe conjeturar.

<sup>71</sup> *jublar* trae la edición príncipe, errata que pasó a varias ediciones más (M1664, B1664, 1669, 1674, 1683), y corregida en las de 1663 y otras posteriores (1700, 1748, 1757, 1773).

<sup>72</sup> *cantimplora* (como el francés *chantepleure*), jugando con los dos términos del compuesto (el de *plora*, llora), y porque además cantimplora implica frialdad, en cuanto es una especie de garrafa de cuello muy largo para enfriar el agua o el vino. “Dixose cantimplora—explica Covarrubias—porque al dar el agua o el vino que tiene dentro, por razon del aire que se encuentra en el dicho cuello suena en muchas diferencias, vnas baxas y otras altas, vnas tristes y otras alegres, que parece cantar y llorar juntamente.”

<sup>73</sup> Esto es, moría de pobre, porque ya nos ha dicho que el dinero y el saber andan de ordinario reñidos, y que “los que más tienen menos saben (y uno de ellos será el que aquí *vivía de necio*), y los que más saben menos tienen” (II, iv).

<sup>74</sup> Puede ser alusión a Carlos Manuel de Saboya. Comp. *El Político*, pág. 413 b: “Si vn Carlos Manuel de Saboya huuiera sorteado vn Imperio tan grande como su generoso espiritu, huuiera dexado atrás al mismo Cesar; violentòse a la pequeñez de vn corto estado, y de vn Sol que podia ser, se malogrò a vna pequeña estrella.”

<sup>75</sup> *doblones*: véase su valor en nota 138, I, 399.

<sup>76</sup> *dexar*, desamparar: esto es, el que juega limpio pierde siempre, y el que juega sin limpieza es el que gana.

con quatro letras garrofales;<sup>77</sup> y el que conociendo un temerario, le fiava todo su ser; y sobre todo uno que, viviendo de burlas,<sup>78</sup> se iba al infierno de veras.

Todas estas monstruosidades, y otras más, estaban admirando, quando arrebató de nuevo su atención un monstruo que, huyendo de un ángel, se iba tras un demonio, ciego y perdido por él.

—¡Esta sí que es portentosa necedad!—dixeron—. Nada son las passadas.

*Torpe monstruosidad.* —Este es—dixo el Sagaz—un hombre que, teniendo una consorte que le dió Dios discreta, noble, rica, hermosa y virtuosa, anda perdido por otra que le atraçó<sup>79</sup> el diablo, por una moça de cántaro, por una vil y asquerosa ramera, por una fea, por una loca insufrible con quien gasta lo que no tiene. Para su muger no saca<sup>80</sup> el honesto vestido, y para la amiga la costosa gala; no halla un real para dar limosna, y gasta con la ramera a millares; la hija trae desnuda, y la amiga rozando lamas.<sup>81</sup> ¡O fiero monstruo, casado con hermosa y amigado<sup>82</sup> con fea! Veréis que unos vicios, aunque destruyen la honra, dexan la hazienda; consumen otros la hazienda, y perdonan la salud; pero éste de la torpeza con todo acaba, honra, hazienda, salud y vida.

Lado por lado, estaban otros dos monstruos tan confinantes

<sup>77</sup> *garrofales*, aunque hoy suele darse la preferencia a *garrafales*; el tal presumido no es ya de *letras gordas* o *mazorrales* (ignorante u “hombre de poco ingenio,” Covarrubias), sino garrofales o exorbitantes; y siendo cuatro precisamente, pueden corresponder a ASNO.

<sup>78</sup> *burlas*, con equívoco de *engaños*.

<sup>79</sup> *atraçar*, trazar, como se decía y aún dice el vulgo *atapar* (cfr. esta misma crisi y III, x), *alimpiar* (Malón de Chaide, *Conversión de la Magdalena*, II, xiv), *apregonar* (ibídem), *acodiciar* (Tirso de Molina, *BAE*, XVIII, 481 b), *alindar* (Gracián, *Comulgatorio*, medit. XXVI, punto 4; Céspedes y Meneses, *Soldado Píndaro*, I, xix; II, xii, xv), *ajuntar* (Jerónimo de Alcalá, *Donado hablador*, II, vii), *arremediar* (Céspedes y Meneses, *Historias peregrinas*, ed. Madrid, 1906, pág. 163), y también *atahona* (ídem, *Soldado Píndaro*, II, xxviii), *avanguardia* (ibídem, II, xxiii), *ayunque* (cfr. nota 84, II, 98), *atambor*, etc.

<sup>80</sup> *sacar*, ganar: se sobrentiende que es una excusa del interesado.

<sup>81</sup> *lama*, especie de tejido de oro o plata.

<sup>82</sup> *amigado*, cambiado por su sinónimo *amancebado* en la ed. M1664; lo curioso es que en la ed. de Cejador también aparezca *amancebado*, cuando él dice que a partir de la crisi vii de esta Segunda Parte sigue la ed. 1653; casos análogos de su desviación del texto original he notado repetidamente, pero no creo valga la pena consignarlos. Sobre *amigado*, cfr. nota 39, I, 324.

quan diferentes, para que campeassen más los extremos. El primero tenía más malos ojos que un vizco, siempre mirava de mal ojo: si uno callava, dezía que era un necio, si hablava, que un bachiller; si se humillava, apocado, si se mesurava,<sup>83</sup> altivo; si sufrido, cobarde, y si áspero, furioso; si grave, le tenía por sobervio, si afable, por liviano; si liberal, por pródigo, si detenido,<sup>84</sup> por avaro; si ajustado,<sup>85</sup> por hipócrita, si desahogado, por profano; si modesto, por tosco, si cortés, por ligero: ¡o maligno mirar! Al contrario, el otro se gloriava de tener buena vista, todo lo mirava con buenos ojos: con tal extremo de afición, que a la desvergüenza llamava galantería, a la deshonestidad buen gusto; la mentira dezía que era ingenio; la temeridad, valentía; la vengança, pundonor; la lisonja, cortejo; la murmuración, donaire; la astucia, sagacidad; y el artificio, prudencia.<sup>86</sup>

—¡Qué dos monstruosidades—dixo Andrenio—tan necias! Siempre van los mortales por extremos, nunca hallan el medio de la razón, y se llaman racionales. ¿No sabríamos qué dos monstruos son éstos?

—Sí—dixo el Sagaz—, aquella primera es la Mala Intención, *Pía y impía* que toma de ojo todo lo bueno; esta otra al contrario, es la *afición*. Afición, que siempre va diziendo: “Todo mi amigo es buen hombre.” Estos son los antojos<sup>87</sup> del mundo, ya no se mira de otro modo. Y assí, tanto se ha de atender a quien alaba, o a quien vitupera, como al alabado o vituperado.

Ruava<sup>88</sup> un otro bien monstruoso mui atapado.<sup>89</sup>

<sup>83</sup> *mesurarse*, mostrarse grave y circunspecto.

<sup>84</sup> *detenido*, significando más bien *moderado*, *guardador*, que no la acepción de *escaso*, *miserable* que le da el *Dicc. de Autoridades* y recoge el moderno de la Academia.

<sup>85</sup> *ajustado*, recto.

<sup>86</sup> Por el estilo había dicho Quevedo lo que sigue: “Amistad llaman el amancebamiento, trato a la usura, burla a la estafa, gracia la mentira, donaire la malicia, descuido la bellaquería, valiente al desvergonzado, cortesano al vagamundo . . .” (*Los Sueños*, ed. cit., II, 23.) Compárese sus *Obras satíricas y festivas*, ed. Clás. Cast., pág. 44, y también Antonio de Guevara, *Menosprecio de corte*, págs. 145 y 248-249; Lope de Vega, *Las paces de los Reyes*, ed. Acad., VIII, 540.

<sup>87</sup> *antojos*, anteojos: cfr. nota 116, I, 232.

<sup>88</sup> *ruar*, pasear.

<sup>89</sup> *atapado* es una de las voces que Matheu y Sanz rechazaba por bárbaras (*Crítica de reflexión*, pág. 75), siendo en realidad *atapar* tan regular en la lengua clásica como *alimpiar*, *apregonar*, *ajuntar*, etc.: cfr. nota 79, II, 292. Escribía el P. Pedro de Rivadeneyra algo sobre “cerrar la puerta a los

—Este—dixo Andrenio—parece monstruo vergonçante.

—Antes—respondió el Sátiro—, es el de la desvergüenza.

—Pues, una muger sin ella, ¿cómo va atapada, contra su natural inclinación de ser vistas?

—Aí verás, que quando más descaradas esconden la cara.

—¡Eh!, que será recato.

—No es sino correr el velo a sus obligaciones; ayer iba al contrario, tan escotada, que parece que descubriera más, si más pudiera: siempre van por extremos.

Venía ya un monstruo mui humano haziendo reverencias a los mismos lacayos, besando los pies aun a los moços de cozina; llamava señoría a quien no merecía merced, a todo el mundo con la gorra en la mano, previniendo de una legua la cortesía; a unos se ofrecía por su mayor afecto, a otros por su menor criado.

—¡Qué monstruo tan comedido éste!—ponderava Andrenio—, ¡qué humano! No he visto monstruo humilde hasta oí.

*Ambición cortés.* —¡Qué bien lo entiendes!—dixo el Sátiro—. No ai otro más sobervio. ¿No ves tú que, quanto más se abate, quiere subir más alto? Para poder mandar a los amos, se humilla a los criados. Estas reverencias hasta el suelo son botes y rebotes de pelota, que da en tierra para subir al aire de su vanidad.

Al fin, si es que las necesidades le tienen, apareció ya la más rara figura, un monstruo por lo viejo decano.<sup>90</sup> Descubría la cabeça toda pelada, sin cabellos de altos pensamientos, ni negros por lo profundo ni blancos por lo cuerdo, sin un pelo de sustancia; movíasele a un lado y a otro, sin consistencia alguna. Los ojos, en otro tiempo tan claros y perspicaces, aora tan flacos y lagañosos que no veían lo que más importava, y de lexis poco o nada, para prevenir los males; los oídos, algún día mui oidores, tan sordos y tan atapados que no percibían la voz flaca del pobre, sino la del ricazo, la del poderoso, que hablan alto; la boca, desierta, que no sólo no gritava con la eficacia que devía, pero ni ossava hablar, y si algo, entre los dientes, que no tenía; <sup>91</sup> las manos, antes grandes minisucesos de adelante y atapar todos los agujeros a las importunidades.” (*Vida del P. Ignacio de Loyola*, III, xiii.) Y así, decíase igualmente *desatapar*: “desatapé el lenzuelo, e inclinando los ojos, vi que correspondia a unos aposentos muy grandes.” Gonzalo de Céspedes y Meneses, *El soldado Píndaro*, II, vi.

<sup>90</sup> Con equívoco: viejo *de cano*, y *decano* de los monstruos.

<sup>91</sup> Nuestro autor, que suele duplicar y aun triplicar el sentido en sus juegos de ingenio, ofrece aquí por raro caso el otro extremo: el juego de



tras <sup>92</sup> y obradoras de grandes cosas, se veían gafas, <sup>93</sup> un gancho en cada dedo, con que de todo se assían y nada soltavan; los humildes y plebeyos pies, tan gotosos y torcidos que no acertavan a dar un passo. De suerte que en todo él no avía cosa buena ni parte sana. El se dolía y todos se quexavan, pero nadie se lastimava, ninguno tratava de poner remedio. Seguíanle otros tres, altercando entre sí <sup>94</sup> la tiranía universal de los mortales. Traía el primero cara de veneno dulce, y era escollo de marfil, hermosa muerte, despeño deseado, engaño agradable, muger fingida y sirena verdadera, loca, necia, atrevida, cruel, altiva y engañosa; pedía, mandava, presumía, violentava, tiranizava y antojávansele bravos desvaríos.

—¿Qué cosa puede aver en el mundo—dezia—que para mí *La Carne.* no sea? Todo quanto aí, al cabo se viene a reducir a mi gusto: si se hurta, es para mí; si se mata, por mí; si se habla, es de mí; si se desea, es a mí; si se vive, conmigo: de suerte que quantas monstruosidades aí en el mundo. <sup>95</sup>

—Esso no concederé yo—dixo el mismo, tan vizarro como *El Mundo.* vano, rico pero necio, altivo pero ruin—. Todo quanto aí y luzе, todo es para mí, todo sirve a mi pompa y ostentación: si el mercader roba, es para vivir en el mundo; si el cavallero se empeña, es para cumplir con el mundo; si la muger se engalana, es para parecer <sup>96</sup> en el mundo. Todos los vicios dan treguas, el glotón se ahita, el deshonesto se enfada, el bevedor duerme, el cruel se cansa, pero la vanidad del mundo nunca dize *basta*, siempre locura y más locura. Y no me enojéis, que lo daré todo al diablo. <sup>97</sup>

—Aquí estoi yo—dixo éste—tomándolo todo, que no aí cosa *El Diablo.* que no sea mía, por avérmela dado muchas vezes: <sup>98</sup> en eno-restringir expresamente el doble sentido, rechazando el literal, para dejar sólo el figurado.

<sup>92</sup> *ministras*, ejecutoras.

<sup>93</sup> *gafas*, con los dedos encorvados, de ave de rapiña: véase explicación en nota 83, I, 259.

<sup>94</sup> *altercando entre sí*, esto es, disputándose.

<sup>95</sup> Frase elíptica, sobrentendiéndose *son más*.

<sup>96</sup> *parecer*, en su propia acepción intransitiva de *aparecer* o *dejarse ver*.

<sup>97</sup> *darlo al diablo*, no el sentido figurado de tal locución (“desprecio grande que se hace de alguna persona o cosa,” *Dicc. Aut.*), sino en el literal.

<sup>98</sup> Compárese Quevedo, *El alguacil alguacilado*, ed. cit., pág. 74: “También nos quejamos de que no hay cosa, por mala que sea, que no la deis al diablo, y, en enfadándoos algo, luego decís: *Pues el diablo te lleve* . . . Y advertid que las más veces dais al diablo lo que él ya se tiene, digo, nos tenemos.”

jándose el marido, dize luego: “¡Muger de Bercebú!,” y ella responde: “¡Hombre del diablo!” “¡Llévete Satanás!,” dize la madre al hijo. Y el amo: “¡Válgante mil diablos!” “¡Válganle a él!,” responde el criado. Y hombre aí tan monstruo, que dize: “¡Válgame una legión de demonios!” De suerte que no se hallará cosa en el mundo que no se me aya dado ella a mí, o me la ayan dado muchas vezes. Y tú mismo, ¡o Mundo!, ¿puedes negar que no seas todo mío?

—¿Yo, de qué modo? ¡Maldito seas tú, y qué poca vergüenza que tienes!

—Y aun por esso—replicó él—, que quien no tiene vergüenza todo el mundo es suyo.<sup>99</sup>

Apelaron de su porfía para <sup>100</sup> el monstruo coronado, príncipe de la Babilonia común.<sup>101</sup> Este, oída su altercación, les dixo:

—¡Ea, acabá,<sup>102</sup> dexáos de pesares! Venid, holguémonos, logremos <sup>103</sup> la vida, gozemos de sus gustos, de los olores y ungüentos preciosos, de los banquetes y comidas, de los lascivos deleites. Mirá <sup>104</sup> que se nos passa la flor de la edad; pasemos la edad en flor,<sup>105</sup> comamos y bevamos, que mañana moriremos; <sup>106</sup> andémonos de prado en prado, dando verdes <sup>107</sup> a nuestros apetitos. Yo os quiero repartir las jurisdicciones y vassallos para que no estéis pleiteando cada día. Tú, ¡o Carne!, llevarás tras ti todos los flacos, ociosos, regalones y destemplados, reinarás sobre la hermosura, el ocio y el vino, serás señora de la voluntad. Y tú, ¡o Mundo!, arrastrarás

<sup>99</sup> Es un refrán que registra literalmente Sbarbi (II, 442 b), análogo al que dice *quien vergüenza no tiene, toda la villa es suya* (Covarrubias, v. *vergüenzas*), cuya forma más pura y antigua debe de ser la que trae Hernán Núñez (fol. 102 v. b): *Quien no tiene mesura, toda la villa es suya*.

<sup>100</sup> *apelar para* era más común aún en la lengua clásica que *apelar a*: véase, v. gr., Góngora, *Obras*, I, 31, 65, 432, 447; II, 197; III, 37.

<sup>101</sup> Los tres enemigos del alma (mundo, demonio y carne) apelan al príncipe de Babilonia, y como Babilonia es la ciudad del infierno, Jerusalén la del cielo (cfr. nota 87, I, 181), este monstruo coronado no es otro que Satanás, que coronado y en su trono, aunque con piernas de sapo, aparece en las estampas del siglo XVI.

<sup>102</sup> *acabá*, *acabad*: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>103</sup> *lograr*, *disfrutar*: cfr. nota 18, I, 119.

<sup>104</sup> *mirá*, *mirad*.

<sup>105</sup> Con ambigüedad, pero apuntando al significado de *trampa y engaño* que tiene *flor* entre los fulleros.

<sup>106</sup> Recordando literalmente la frase bíblica: “Comedamus, et bibamus; cras enim moriemur.” *Profecía de Isaías*, XXII, 13.

<sup>107</sup> *darse verdes*: cfr. nota 90, I, 228.

todos los sobervios, ambiciosos, ricos y potentados, reinarás en la fantasía. Mas tú, Demonio, serás el rei de los mentirosos, de los que se pican de entendidos, todo el distrito del ingenio será tuyo. Veamos aora en qué pecan estos dos peregrinos de la vida—dixo señalando a Critilio y Andrenio—, para que rindan vassallage de monstruosidad; que ni ai bestia sin tacha,<sup>108</sup> ni hombre sin crimen.<sup>109</sup>

Lo que averiguaron de ellos se quedará para la siguiente crisi.

<sup>108</sup> Por la conocida expresión, más frecuente aún en la forma de *no hay caballo sin tacha*. El refrán *quien quiera bestia sin tacha, ándese a pie* (Sbarbi, I, 103 b) salió sin duda del siguiente, más genuinamente popular, que trae Correas: *El que quiere mula sin tacha y espada sin vuella, ándese sin ella*.

<sup>109</sup> Dionisio Catón, *Distich.*, I, 5: "Cum culpant alios, nemo sine crimine vivit."

## CRISI DÉZIMA

### *Virtelia encantada.*

AQUEL antípoda del cielo, redondo, siempre rodando,<sup>1</sup> jaula de fieras, palacio en el aire, albergue de la iniquidad, casa a toda malicia,<sup>2</sup> niño caducando, [el Mundo, llegó ya]<sup>3</sup> a tal extremo de inmundo,<sup>4</sup> y sus mundanos a tal remate de desvergonzada locura, que se atrevieron con públicos edictos a prohibir toda virtud, y esto so graves penas: que ninguno dicesse verdades, *Leyes del mundo.* menos de<sup>5</sup> ser tenido por loco; que ninguno hiziesse cortesía, so pena de hombre baxo; que ninguno estudiase ni supiesse, porque sería llamado el estoico o el filósofo;<sup>6</sup> que ninguno fuesse recatado, so pena de ser tenido por simple. Y assí de todas las demás virtudes. Al contrario, dieron a los vicios campo franco y passaporte general para toda la vida. Pregonóse un tan bárbaro desafuero por las anchuras de la tierra, siendo tan bien recibido oí como executado ayer, dando una gran campanada.<sup>7</sup> Mas ¡o caso raro y increíble!, quando se tuvo por

<sup>1</sup> Queda ya nota 28, I, 121, respecto de las inciertas ideas de Gracián sobre la rotación planetaria.

<sup>2</sup> Utilizando la frase *casa a la malicia*, que era sencillamente la de un solo piso. Los vecinos de Madrid tenían que prestar al rey el servicio de aposento, esto es, ceder parte de la casa para algún criado del rey o huésped de la corte; el vecino podía librarse de esta carga abonando un tributo. Como las casas de un solo piso estaban exentas de tal gravamen, se dió en llamarlas *casa a la malicia*, atribuyendo al dueño la malicia o cautela de haberla edificado así para excusarse la carga.

<sup>3</sup> *llegò yà el mundo* dice el texto, reproducido en todas las ediciones; lo dejaría tal como está si me pareciese un descuido gramatical del autor, pero como tengo bien visto que él jamás incurre en tal extrema distracción, atribuyo la incongruencia sintáctica al impresor.

<sup>4</sup> Puede verse el valor etimológico y empleo de *mundo* e *inmundo* en nota 1, I, 184.

<sup>5</sup> *menos de* era poco usado en este caso; decíase comúnmente (*so*) *pena de* + inf.; (*so*) *pena (de) que* + fut. o subj.; *so pena* + art. y subst.; *so la pena (de)* + part. p. (inf., o art. y subst.); y *so penalidad de* (art.) + inf. (subst.).

<sup>6</sup> No porque tuviesen estos dos vocablos alguna acepción maliciosa, que no la tuvieron en la lengua clásica, sino porque se los aplicarían al estudioso en tono de burla.

<sup>7</sup> “*Dar campanada*. Hablar de una cosa señalada todos de ella.” Correas.

cierto que todas las virtudes avían de dar una extraordinaria demostración de su sentimiento, fué tan al contrario, que recibieron la nueva con extraordinario aplauso, dándose unas a otras la norabuena <sup>8</sup> y ostentando indezible gozo. Al rebés, los vicios andavan cabizbaxos y corridos, sin poder dissimular su tristeza.

Admirado un discreto de tan impensados efectos, comunicó su reparo <sup>9</sup> con la Sabiduría su señora. Y ella:

—No te admires—le dixo—de nuestro especial contento, porque este desafuero vulgar está tan lexos de causarnos algún perjuizio, que antes bien le tenemos por conveniencia. No ha sido agravio, sino favor, ni se nos podía aver hecho mayor bien. Los vicios sí quedan destruidos desta vez, bien pueden esconderse; y assí, con justa causa se entristecen. Este es el día en que nosotras nos introducimos en todas partes y nos levantamos con el mundo.

—¿Pues en qué lo fundas?—replicó el Curioso.

—Yo te lo diré: porque son de tal condición los mortales, *Virtud vedada.* tienen tan estraña inclinación a lo vedado, que en prohibiéndoles alguna cosa, por el mismo caso <sup>10</sup> la apetecen y mueren por conseguirla. No es menester más para que una cosa sea buscada sino que sea prohibida.<sup>11</sup> Y es esto tan provado, que la mayor fealdad vedada es más codiciada que la mayor belleza concedida. Verás que, en vedando el ayuno, se dexarán morir de hambre el mismo Epicuro y Eliogávalo; en prohibiendo el recato, dexará Venus a Chipre y se meterá entre las vestales. Buen ánimo, que ya no avrá embustes, ruines correspondencias, malos procederes, agarros <sup>12</sup> ni traiciones; cerrarse han los públicos teatros y garitos, todo será virtud, bolverá el buen tiempo y los hombres hechos <sup>13</sup> a él, las mugeres estarán mui casadas <sup>14</sup> con sus maridos, y las doncellas lo serán de honor; <sup>15</sup>

<sup>8</sup> *norabuena*: cfr. nota 155, I, 312.

<sup>9</sup> *reparo*, en su acepción de *observación*.

<sup>10</sup> *caso*, motivo: cfr. nota 158, II, 148.

<sup>11</sup> Ovidio, *Amores*, III, iv, 17: "Nitimur in vetitum semper cupimusque negata."

<sup>12</sup> *agarro*, voz vulgar y jocosa según el *Dicc. de Autoridades*, puede estar aquí por *pendencia* (*agarrada* decimos hoy) o por *rapiña*.

<sup>13</sup> *hechos*, no en la acepción más usual de *habituados*, sino en la de *correspondientes*.

<sup>14</sup> *casadas*, con el sentido de *avenidas*.

<sup>15</sup> Claro es el equívoco; en el sentido literal, *doncellas de honor* contrapuestas a *doncellas de labor*, o sea las criadas jóvenes que hoy llamamos *doncellas* nada más.

obedecerán los vassallos a sus reyes, y ellos mandarán; no se mentirá en la corte ni se murmurará en la aldea; verse ha desagraviado el sexto de todo sexo.<sup>16</sup> Gran felicidad se nos promete: ¡éste sí que será el siglo dorado!

Quánta verdad fuesse ésta, presto lo experimentaron Critilo y Andrenio, que aviéndose hurtado a los tres competidores de su libertad, mientras aquéllos estaban entre sí compitiendo, marchaban éstos cuesta arriba al encantado palacio de Virtelia.<sup>17</sup> Hallaron aquel áspero camino, que tan solitario se les avían<sup>18</sup> pintado, lleno de personas corriendo a porfía en busca della. Acudían de todos estados, sexos, edades, naciones y condiciones, hombres y mugeres; no digo ya los pobres, sino los ricos, hasta magnates, que les causó estraña admiración.

*Varón de luzes.* El primero con quien encontraron a gran dicha fué un varón prodigioso, pues tenía tal propiedad<sup>19</sup> que arrojaba luz de sí siempre que quería, y quanta era menester, especialmente en medio de las mayores tinieblas. De la suerte que aquellos maravillosos pezes del mar y gusanos de la tierra a quienes la varia naturaleza concedió el don de luz la tienen reconcentrada en sus entrañas quando no necessitan della, y llegada la ocasión la avivan y sacan fuera, assí este portentoso personage tenía cierta luz interior, gran don del cielo, allá en los más íntimos senos del cerebro,<sup>20</sup> que siempre que necesitava della la sacava por los ojos y por la boca, fuente perene de luz clarificante. Este, pues, varón lucido, esparciendo rayos de inteligencia, los començó a guiar a toda felicidad por el camino verdadero. Era mui agria la subida, sobre la dificultad de principio.<sup>21</sup> Dió muestra de cansarse Andrenio y començó a desmayar, y tuvo luego muchos compañeros. Pidió que dexassen aquella empresa para otra ocasión.

—Esso no—dixo el varón de luzes—, por ningún caso; que

<sup>16</sup> Aquel sexto mandamiento que está frente a la quinta de la Hermosura, digamos al modo graciano.

<sup>17</sup> Virtelia: cfr. nota 86, II, 62.

<sup>18</sup> *se les avía* o *se le (lo) avían* sería lo correcto; es un caso no infrecuente (sea *les* por *le*, o *avían* por *avía*) de mezcla de dos construcciones, la del sentido impersonal y la personal, debida a la tendencia a sobreponer el concierto psicológico a la fórmula gramatical.

<sup>19</sup> *prodiedad*, por inversión de la *p*, en el texto.

<sup>20</sup> *celebro*, cerebro (cfr. nota 206, II, 47); por cierto que esta palabra aparece corregida a la moderna (*cerebro*) en el texto de Cejador, y la de la nota anterior corregida a la antigua (*propriedad*).

<sup>21</sup> Porque, al decir del refranero, todos los principios son difíciles o el primer paso es el que cuesta.

si aora no te atreves en lo mejor de la edad, menos podrás después.

—¡Eh!—replicava un joven—, que nosotros aora venimos al mundo y començamos a gustar dél. Demos a la edad lo que es suyo, tiempo queda para la virtud. *Escusas de la virtud.*

Al contrario ponderava un viejo:

—¡O si a mí me cogiera esta áspera subida con los bríos de moço, con qué valor la passara, con qué ánimo la subiera! Ya no me puedo mover, fáltanme las fuerças para todo lo bueno; no ai ya que tratar de ayunar ni hazer penitencia, harto haré de vivir con tanto achaque; no son ya para mí las vigalias.

Dezía el noble:

—Yo soi delicado, hanme criado con regalo. ¿Yo, ayunar? Bien podrían enterrarme al otro día. No puedo sufrir las costuras del cambrai: <sup>22</sup> ¡qué sería el saco de cerdas! <sup>23</sup>

El pobre, por lo contrario, dezía:

—Bien ayuna quien mal come,<sup>24</sup> harto haré en buscar la vida <sup>25</sup> para mí y para mi familia. El ricazo sí que las come holgadas; ésse que ayune, dé limosna, trate de hazer buenas obras.

De suerte que todos echavan la carga de la virtud a otros, pareciéndoles mui fácil en tercera persona, y aun obligación. Pero el guión luciente:

—Nadie se me exima—dezía—, que no ai más de un camino. ¡Ea, que buen día se nos aguarda!

Y echava un rayo de luz, con que los animava eficazmente.

Començaron a tocarles arma <sup>26</sup> las horribles fieras pobladoras del monte. Sentíanlas bramar rabiando y murmurando, y tras cada mata les salteava <sup>27</sup> una, que tiene muchos enemigos lo bueno: los mismos padres, los hermanos, los amigos, los parientes, todos son contrarios de la virtud, y los domésticos los mayores.<sup>28</sup> *Enemigos domésticos.*

<sup>22</sup> *cambrai*, que así se escribía comúnmente, es “cierta tela aun más delgada que la fina olanda,” como declara Covarrubias expresivamente.

<sup>23</sup> *saco de cerdas*, sayal de penitente.

<sup>24</sup> Refrán que trae el Maestro Correas, y también su variante *harto ayuna quien mal come*.

<sup>25</sup> *buscar la vida* era más común en la lengua clásica que la forma reflexiva que hoy preferimos.

<sup>26</sup> *tocar arma*: cfr. nota 9, II, 282.

<sup>27</sup> *saltear* por *asaltar* era tan corriente como *salto* por *asalto*: cfr. nota 94, II, 63.

<sup>28</sup> Así lo afirma el refranero: *No hay peor enemigo que el doméstico, o no ay peor mal que el enemigo de casa para dañar* (Hernán Núñez, fol. 80 b);

—¡Andá,<sup>29</sup> que estáis loco!—dezían los amigos—. Dexáos de tanto rezar, de tanta missa y rosario; vamos al paseo, a la comedia.

—Si no vengáis este agravio—dezía un pariente—, no os hemos de tener por tal.<sup>30</sup> Vos afrentáis vuestro<sup>31</sup> linage: ¡eh!, que no cumplís con vuestras obligaciones.

—No ayunes—dezía la madre a la hija—, que estás de mal color, mira que te caes muerta.

De modo que todos quantos ai<sup>32</sup> son enemigos declarados de la virtud.

Salióles ya al opósito aquel león<sup>33</sup> tan formidable a los covardes. Arredrávase Andrenio, y gritóle Lucindo<sup>34</sup> echasse mano a la espada de fuego, y al mismo punto que la coronada fiera vió brillar la luz entre los azeros<sup>35</sup> echó a huir; que tal vez<sup>36</sup> piensa hallar uno un león, y topa un panal de miel.

—¡Qué presto se retiró!—ponderava Critilo.

*Tentación  
descubierta.*

—Son éstas un género de fieras—respondió Lucindo—que, en siendo descubiertas, se acovardan; en siendo conocidas, huyen. Esto es ser persona, dize uno, y no es sino ser un bruto; aquí está el valer y el medrar, y no es sino perderse, que las más vezes entra el viento de la vanidad por los resquicios por donde deviera salir.

Llegaron a un passo de los más dificultosos, donde todos sentían gran repugnancia. Causóle grima a Andrenio, y propúsole a Lucindo:

—¿No pudiera passar otro por mí esta dificultad?

—No eres tú el primero que ha dicho otro tanto. ¡O! cuántos malos llegan a los buenos y les dizen que los encomienden a Dios, y ellos se encomiendan al diablo; piden que ayunen por ellos, y ellos se hartan y embriagan; que se deciplinen y duerman en una tabla, y estánse ellos rebolcando en el cieno

también *no hay peor enemigo que el que come mi pan y bebe mi vino* (Rodríguez Marín, *Más de 21.000 refranes*, pág. 338 b).

<sup>29</sup> *andá*, andad: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>30</sup> Como si la voz *pariente* figurase en el dicho del interlocutor, y no en el inciso del que relata.

<sup>31</sup> *a vuestro* corrigió la ed. M1664, y aun *á nuestro* trae Cejador.

<sup>32</sup> *ai*, corriente por *existe(n)*.

<sup>33</sup> Mencionado ya en la crisi vii de esta Segunda Parte ese león “que desgarrá a quantos passan.”

<sup>34</sup> Lucindo, el mismo, claro está, a quien viene llamando *varón de luces*.

<sup>35</sup> *azeros*, con equívoco de *bríos*: cfr. nota 76, I, 198.

<sup>36</sup> *tal vez*, a veces.



de sus deleites. ¡Qué bien le respondió a uno déstos aquel moderno Apóstol de la Andalucía!: <sup>37</sup> “Señor mío, si yo rezo por vos y ayuno por vos, también me iré al cielo por vos.” <sup>38</sup>

Estando empereçando Andrenio, adelantóse Critilo, y tomando de atrás la corrida, saltó felizmente. Bolvióse a mirar y dixo:

—¡Ea, resuélvete!, que harto mayores dificultades se topan en el camino ancho y cuesta abaxo del vicio.

*Dificultades del vicio.*

—¿Qué duda tiene esso?—respondió Lucindo—. Y si no, dezime,<sup>39</sup> si la virtud mandara los intolerables rigores del vicio, ¿qué dixeran los mundanos, cómo lo exageraran? ¿Qué cosa más dura que prohibírle al avaro sus mismos bienes, mandándole que no coma ni beva, ni se vista, ni goze de una hazienda adquirida con tanto sudor? ¿Qué dixerá el mundano si esto mandara la lei de Dios? ¿Pues qué, si al deshonesto que estuviesse toda una noche de invierno al yelo y al sereno, rodeado de peligros, por oír quatro necedades que él llama favores, pudiéndose estar en su cama seguro y descansado? <sup>40</sup> ¿Si al ambicioso que no pare un punto ni descansa, ni sea suyo una hora? ¿si al vengativo que anduviesse siempre cargado de hierro <sup>41</sup> y de miedo? ¡Qué dixeran desto los mundanos, cómo lo ponderaran! Y aora, porque se les manda su antojo, sin réplica obedecen.

*Facilidades de la virtud.*

—¡Ea, Andrenio, anímate!—dezía Critilo—, y advierte que

<sup>37</sup> El P. Juan de Avila (1500–1569), cuyas extraordinarias dotes de predicador le valieron el dictado de *Apóstol de Andalucía*, así como su *Epistolario espiritual* (1578) le coloca entre los maestros del habla castellana, y sus grandes virtudes le merecen la beatificación en 1894.

<sup>38</sup> Comp. Fernández de Velasco: “Diciendole el Conde de Oropesa à aquel insigne Apostol de Andalucía, el Maestro Juan de Avila, que le encomendase mucho à Dios, assegurò que lo harìa. No me contento con esso, sino que me ha de tener à su cargo con eficàz conato; à que respondio, fervorizado de santo zelo: Señor, si por V. Excelencia ayuno, si por V. Excelencia me disciplino, si por V. Excelencia me cargo de silicios, si por V. Excelencia me mortifico con otras penitencias, por V. Excelencia me irè al Cielo.” *Deleyte de la discreción*, en *Floresta General*, ed. Biblióf. Madrileños, II, 286–287.

<sup>39</sup> *dezime*, decidme: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>40</sup> Con toda naturalidad y gracia había razonado en términos parecidos aquel don Blas de *No hay mal que por bien no venga*, tan discretamente concebido por Ruiz de Alarcón, cuando protestaba ante la dama de tener que trasnochar: “Tras de tanto trasnochar, / qué fruto podéis sacar / de amante tan serenado?” (II, iii).

<sup>41</sup> *hierro* dice para hacer la carga más pesada, pero significando armas naturalmente.

el más mal día deste camino de la virtud es de primavera en cotejo de los caniculares del vicio.

Diéronle la mano, con que pudo vencer la dificultad.

*Vitoria de la espera.* Dos veces fiero les acometió un tigre en condición y en su mal modo, mas el único remedio fué no alborotarse ni inquietarse, sino esperalle mansamente: a gran cólera, gran sossiego, y a una furia, una espera.<sup>42</sup> Trató Critilo de desembolver su escudo de cristal, espejo fiel del semblante, y assí como la fiera se vió en él tan feamente descompuesta, espantada de sí misma echó a huir, con harto corrimiento de su necio exceso.<sup>43</sup> De las serpientes, que eran muchas, dragones, víboras y basiliscos, fué singular defensivo el retirarse y huir las ocasiones. A los voraces lobos, con látigos de cotidiana disciplina los pudieron rechazar. Contra los tiros y golpes de toda arma ofensiva, se valieron del célebre escudo encantado, hecho de una pasta real,<sup>44</sup> quanto más blanda más fuerte, forjado con influxo celeste, de todas maneras impenetrable: y era, sin duda, el de la paciencia.

*Mansión de la virtud.* Llegaron ya a la superioridad de aquella dificultosa montaña, tan eminente, que les pareció estavan en los mismos azaguanes<sup>45</sup> del cielo, convezinos de las estrellas. Dexóse ver bien el deseado palacio de Virtelia campeando en medio de aquella sublime corona,<sup>46</sup> teatro<sup>47</sup> insigne de prodigiosas felicidades. Mas quando se esperó que nuestros agradecidos peregrinos le saludaran con incessables aplausos y le veneraran con afectos de admiración, fué tan al contrario, que antes bien se vieron<sup>48</sup> enmudecer, llevados de una impensada tristeza, nacida de estraña novedad. Y fué, sin duda, que quando le

<sup>42</sup> Enseñanza que se saca de tantos lugares bíblicos, sintetizada en el siguiente versículo de los *Proverbios*, XV, 1: "Responsio mollis frangit iram."

<sup>43</sup> Había sacado ya a relucir el autor este espejo, "obra grande de uno de los siete griegos," en la crisi viii de la Primera Parte, y allí queda nota sobre sus fuentes literarias.

<sup>44</sup> *pasta real* (regia), intencionadamente por la que hoy decimos tener mucha pasta una persona, o *ser de buena pasta*, que "metaphoricamente se toma por demasiado blandura en el genio, sossiego o pausa en el obrar o hablar." *Dicc. Aut.*

<sup>45</sup> *azaguanes*, *zaguanes*: cfr. nota 79, II, 292.

<sup>46</sup> *corona*, en su acepción figurada de cima de una colina.

<sup>47</sup> *teatro*, con el significado de *escenario* o *escena*: cfr. nota 13, I, 119.

<sup>48</sup> Contrapuesta a la forma impersonal *se esperó*, pedía aquí la lógica del pensamiento y la gramatical *se les vió* o *los vieron*, en vez de la forma reflexiva; aunque también puede ser un caso de mezcla de dos construcciones análogo al señalado en nota 18, II, 300.

imaginaron fabricado de preciosos jaspes embutidos de rubíes y esmeraldas, cambiando visos y centelleando a rayos, sus puertas de zafir con clavazón de estrellas, vieron se componía de unas piedras pardas y cenicientas, nada vistosas, antes <sup>49</sup> mui melancólicas.

—¡Qué cosa y qué casa es ésta!—ponderava Andrenio—. ¿Por ella avemos <sup>50</sup> sudado y rebentado? ¡Qué triste apariencia tiene! ¿Qué será allá dentro? ¡Quánto mejor exterior ostentava la de los monstruos! Engañados venimos.

Aquí Lucindo, suspirando:

—Sabad—les dixo—que los mortales todo lo peor de la tierra quieren para el cielo: el más trabajado tercio de la vida, allá la achacosa vejez, dedican para la virtud, la hija fea para el convento, el hijo contrahecho sea de iglesia, el real malo a la limosna, el redroxo <sup>51</sup> para el diezmo; <sup>52</sup> y después querrían lo mejor de la gloria. Demás, <sup>53</sup> que juzgáis vosotros el fruto por la corteza. Aquí todo va al rebés del mundo: si por fuera está la fealdad, por dentro la belleza; la pobreza en lo exterior, la riqueza en lo interior; lexos la tristeza, la alegría en el centro, que esso es entrar en el gozo del Señor. <sup>55</sup> Estas piedras, tan tristes a la vista, son preciosas a la experiencia, porque todas ellas son beçares, <sup>56</sup> ahuyentando ponzoñas; y todo el palacio está compuesto de pítimas <sup>57</sup> y contra venenos, con lo qual no

*Baxo el sayal ay ál.*<sup>54</sup>

<sup>49</sup> antes, como adverbio ordinal.

<sup>50</sup> Este empleo de la forma plena y etimológica, *h(ab)emus* hemos, era comunísima todavía en el siglo XVII: “En fin, Sancho, nosotros habemos sido, en volvernós, grandísimos borrachos.” (*Quijote* de Avellaneda, ed. BAE, XVIII, 16 b.) “¿Qué habemos, digo, de hacer aquí?” Matías de los Reyes, *El Menandro*, ed. cit., pág. 229.

<sup>51</sup> *redroxo*, fruto tardío que no llega a sazonar.

<sup>52</sup> Así lo da a entender el refranero: *Los diezmos de Dios, de tres blancas sisar dos*. (Juan de Mal Lara, *La filosofía vulgar*, a continuación de los *Refranes* de Hernán Núñez, Lérida, 1621, fol. 150 b.) La carga del diezmo para la iglesia fué establecida en el *Levítico*, XXVII, 30–32, y se mantuvo legalizada en el derecho español hasta llegar a la *Novísima Recopilación* (1805), I, vi, 1–18.

<sup>53</sup> *demás*, además: cfr. nota 20, II, 4.

<sup>54</sup> Registrado en casi todos los refraneros antiguos, también con la variante más vieja de *so el sayal ay ál* (Hernán Núñez, fol. 113 a). Bien conocido es el pronombre arcaico *ál* (del lat. *álid*), lo otro, lo demás, otra cosa.

<sup>55</sup> Conceptos desarrollados con inspirada maestría por Santa Teresa en el excelso *Castillo interior*: cfr. nota 32, II, 229.

<sup>56</sup> Dejamos sobre el *bezar* nota 85, I, 390.

<sup>57</sup> *pítima*, “el emplasto o socrocio que se pone sobre el coraçon para desahogarlo y alegrarlo” (Covarrubias), cuyo más curioso empleo en el len-

pueden empecerle ni las serpientes, ni los dragones, de que está por todas partes sitiado.

Estaban sus puertas patentes <sup>58</sup> noche y día, aunque allí siempre lo es, franqueando la entrada en el cielo a todo el mundo. Pero assistían en ellas dos disformes <sup>59</sup> gigantes, jayanes <sup>60</sup> de la soberbia, enarbolando a los dos ombros sendas clavas mui herradas, sembradas de puntas para hazerla. <sup>61</sup> Estaban amenazando a quantos intentavan entrar, fulminando en cada golpe una muerte. En viéndolos, dixo Andrenio:

—Todas las dificultades passadas han sido enanas en parangón désta. Basta <sup>62</sup> que hasta aora avíamos peleado con bestias de brutos apetitos, mas éstos son mui hombres.

Triunfo  
de la  
humildad.

—Assí es—dixo Lucindo—, que ésta ya es pelea de personas. Sabed que quando todo va de vencida, salen de refresco estos monstruos de la altivez, tan llenos de presunción, que hazen desvanecer todos los triunfos de la vida. Pero no ai que desconfiar de la vitoria, <sup>63</sup> que no han de faltar estratagemas para vencerlos. Advertid que de los mayores gigantes triunfan los enanos, y de los mayores los pequeños, los menores y aun los mínimos. El modo de hazer la guerra ha de ser mui al rebés de lo que se piensa: aquí no vale el hazer piernas <sup>64</sup> ni querer hombrear; no se trata de hazer del hombre, <sup>65</sup> sino humillarse y encogerse, y quando ellos estuvieren más arrogantes amenazando al cielo, entonces nosotros, transformados en gusanos y cosidos con la tierra, hemos de entrar por entre pies; que assí han entrado los mayores adalides.

guaje es el de aquella academia aragonesa fundada por el conde de Guimerá en 1608 con el título de *La pítima contra la ociosidad* (cons. *Linajes de Aragón*, t. X, 1912).

<sup>58</sup> *patente*, abierto: cfr. nota 12, I, 118.

<sup>59</sup> *disforme*, en su acepción de extraordinariamente grande o desproporcionado, como en el siguiente pasaje de Céspedes y Meneses: “con ser de disforme grandeza su edificio, su altura excelsa y sus cimientos de extraña pesadumbre, su restringido fuego la levantó desde ellos como si fuera de un muy ligero corcho.” *El soldado Píndaro*, II, xxv.

<sup>60</sup> *jayán*, gigante: cfr. nota 8, II, 1.

<sup>61</sup> *hazer punta*, “contradecir con tesón la opinion u resolucion de otros.” *Dicc. Auts.*

<sup>62</sup> *basta*, con elipsis del infinitivo *decir* u otro análogo, que hemos señalado repetidamente: cfr. nota 7, I, 118.

<sup>63</sup> *vitoria*: sobre la supresión de la *c* en el grupo *-ct-* latino, queda nota 166, I, 314.

<sup>64</sup> *hazer piernas*, presumir y mantenerse firme: cfr. nota 21, II, 249.

<sup>65</sup> *hombre*, mal transcrito con *hõbrear* en la ed. M1664.

Executáronlo tan felizmente, que sin saber cómo ni por dónde, sin ser vistos ni oídos, se hallaron dentro del encantado palacio con realidades de un cielo. Apenas (digo, a glorias) <sup>66</sup> estuvieron dentro, quando se sintieron embargar todos sus sentidos de bellísimos empleos en folla <sup>67</sup> de fruición, confortando el corazón y elevando los espíritus: embistióles lo primero una tan suave marea <sup>68</sup> exhalando inundaciones de fragancia, que pareció averse rasgado de par en par los camarines de la primavera, las estancias de Flora, o que se avía abierto brecha en el paraíso; oyóse una dulcísima armonía, alternada de voces y <sup>69</sup> instrumentos, que pudiera suspender la celestial <sup>70</sup> por media hora. Pero ¡o cosa estraña!, que no se veía quién gorgeava ni quién tañía; con ninguno topavan, nadie descubrían.

—Bien parece encantado este palacio—dixo Critilo—. Sin

<sup>66</sup> *apenas*, repitiendo el equívoco con *a penas* (con penas) que ya había empleado en la crisi x de la Primera Parte.

<sup>67</sup> *folla*, coro: cfr. nota 230, II, 84.

<sup>68</sup> *marea*, en su acepción de “viento blando, benigno y suave que sopla de la mar, de cuyo nombre se formó esta voz.” *Dicc. Aut.*

<sup>69</sup> Acerca del empleo de esta conjunción cuando hoy ponemos *e*, queda nota 23, II, 19.

<sup>70</sup> Alúdese aquí, claro está, a la armonía de las esferas, a la música celeste, demasiado etérea para ser percibida por oídos humanos, y producida según los pitagóricos por la rotación planetaria. Pitágoras y Platón en lo antiguo, y fray Luis de León y Milton en los tiempos modernos, son los que más han insistido sobre su divina hermosura. Cicerón es, a mi ver, quien mejor ha explicado esta música celeste, y permítaseme dar en castellano tan larga y curiosa cita. “Es la armonía que compuesta de intervalos desiguales, pero combinados con justa proporción, resulta del impulso y movimiento de las esferas, y que fundiendo los tonos graves y los tonos agudos, hace de todas estas notas tan varias un melodioso concierto. Tan grandes movimientos no pueden realizarse en silencio, y la naturaleza ha querido que las dos extremidades de todos estos intervalos den un sonido grave aquí, allí una nota aguda. Así, la más elevada de las esferas, la del estrellado firmamento, cuyo curso es el más rápido, hace resonar un sonido lleno y agudo, mientras el orbe inferior de la luna murmura un sonido grave y sordo; la tierra, la novena, permanece inmóvil en el centro del mundo, fija invariablemente en la región más baja. Las ocho esferas, dos de las cuales tienen el mismo tono, producen siete sonidos que se distinguen por los intervalos . . . Pero el oído de los humanos, lleno de esta armonía, ha acabado por ensordecerse, y no puede oírla más . . . El resonante concierto del universo en su rápida revolución es tan prodigioso que el oído humano no puede percibirlo, como no se puede mirar de frente al sol.” *Somnium Scipionis*, § 8.

duda que aquí todos son espíritus; no se parecen <sup>71</sup> cuerpos. ¿Dónde estará esta celestial reina?

—Siquiera—decía Andrenio—, permitiérasenos alguna de sus muchas bellísimas donzellas: ¿dónde estás? ¡o Justicia!—dixo en grito.

*Hallazgo de virtudes.* Y respondióle al punto Eco vaticinante desde un escollo de flores:

—En la casa agena.<sup>72</sup>

—¿Y la verdad?

—Con los niños.<sup>73</sup>

—¿La castidad?

—Huyendo.

—¿La sabiduría?

—En la mitad, y aun . . .<sup>74</sup>

—¿La providencia?

—Antes.<sup>75</sup>

—¿El arrepentimiento?

—Después.

—¿La cortesía?

—En la honra.<sup>76</sup>

—¿Y la honra?

—En quien la da.<sup>77</sup>

—¿La fidelidad?

—En el pecho de un rei.<sup>78</sup>

—¿La amistad?

<sup>71</sup> parecer, con su valor intransitivo de *aparecer* o *dejarse ver*.

<sup>72</sup> Conforme con el refranero: *Justicia, mas no por nuestra casa* (Santillana, *Refranes*, núm. 372).

<sup>73</sup> No hay que recordar el refrán, que anda en varias lenguas, de *los niños y los locos dicen las verdades* (Correas).

<sup>74</sup> Por el refrán que tantas variantes tiene: *De sabiduría (hermosura, dineros) y bondad (calidad), la mitad de la mitad*.

<sup>75</sup> Significando, al parecer, que la providencia o prevención es lo primero, en contraste con el arrepentimiento, que está después.

<sup>76</sup> Como *honra* “vale reuerencia, cortesía, que se haze a la virtud” (Covarrubias), parece nuestro autor significar que verdadera cortesía es la que se hace a la virtud.

<sup>77</sup> De acuerdo con el refranero: *La honra está en quien la da y La honra va tras quien la da*, ambos en Correas.

<sup>78</sup> Había registrado Gracián entre las máximas reales “el dicho del Primer Francisco de Frãcia, que si la fidelidad se perdiere, se busque en el pecho de vn rey.” (*Agudeza*, XXX, 213.) Su más probable fuente es *L'hore di ricreatione* de Lodovico Guicciardini, ed. Venecia, 1583, págs. 190-191.

- No entre idos.<sup>79</sup>
- ¿El consejo?
- En los viejos.<sup>80</sup>
- ¿El valor?
- En los varones.<sup>81</sup>
- ¿La ventura?
- En las feas.<sup>82</sup>
- ¿El callar?
- Con callemos.<sup>83</sup>
- ¿Y el dar?
- Con el recibir.
- ¿La bondad?
- En el buen tiempo.<sup>83d</sup>
- ¿El escarmiento?
- En cabeça agena.
- ¿La pobreza?
- Por puertas.<sup>84</sup>
- ¿La buena fama?
- Durmiendo.<sup>85</sup>
- ¿La ossadía?
- En la dicha.<sup>86</sup>
- ¿La salud?
- En la templança.
- ¿La esperanza?
- Siempre.<sup>87</sup>
- ¿El ayuno?
- En quien mal come.<sup>88</sup>

<sup>79</sup> Conforme al proverbio: "Non sunt amici qui degunt procul." Compárese Propercio, II, xix, 32: "absenti nemo non nocuisse velit."

<sup>80</sup> *Del viejo el consejo* (Oudin, *Refranes*, París, 1609, pág. 59).

<sup>81</sup> Véase texto y nota en II, 261<sub>3</sub>.

<sup>82</sup> *Ventura de fea, la bonita la desea y La ventura de las feas, ellas se la granjean* (Correas).

<sup>83</sup> Por el refrán que anotamos en 61, I, 385.

<sup>83d</sup> *el buen tiempo* (el pasado), como llaman los viejos al de su juventud.

<sup>84</sup> *Por puertas*, pordioseando, como en las expresiones *echar por puertas*, dejar a uno pobre (Correas), y *andar por puertas*, mendigando (Sbarbi, II, 275).

<sup>85</sup> Por aquello de *cobra buena fama, y échate a dormir* (Oudin, pág. 52).

<sup>86</sup> *Al hombre osado la fortuna le da la mano* (Mal Lara, fol. 345), que corresponde al adagio latino *Fortes fortuna adjuvat*.

<sup>87</sup> Sabido es que *mientras hay vida hay esperanza*, dicho que pasó a nuestra lengua de la pluma de Cicerón (*Epist. ad Atticum*, IX, x, 3) y otros latinos.

<sup>88</sup> *Harto ayuna quien mal come* (Oudin, pág. 94).

—¿La cordura?

—Adivinando.<sup>89</sup>

—¿El desengaño?

—Tarde.

—¿La vergüenza?

—Si perdida, nunca más hallada.<sup>90</sup>

—¿Y toda virtud?

—En el medio.<sup>91</sup>

—Es dezir—declaró Lucindo—, que nos encaminemos al centro y no andemos como los impíos rodando.<sup>92</sup>

*Hermosura perfecta.* Fué acertado, porque en medio de aquel palacio de perfecciones, en una magestuosa quadra,<sup>93</sup> ocupando augusto trono, descubrieron por gran dicha única divina reina, mui más linda y agradable de lo que supieron pensar, dexando mui atrás su adelantada imaginación: que si donde quiera y siempre pareció bien, ¿qué sería en su sazón y su centro? Hazía a todos buena cara, aun a sus mayores enemigos;<sup>94</sup> mirava con buenos ojos, y aun divinos, oía bien y hablava mejor; y aunque siempre con boca de risa,<sup>95</sup> jamás mostrava dientes;<sup>96</sup> hablava por labios de grana palabras de seda,<sup>97</sup> nunca se le oyó echar mala voz.<sup>98</sup> Tenía lindas manos, y aun de reina en lo liberal, y en quanto las ponía salía todo perfecto; dispuesto<sup>99</sup> talle y mui derecho, y todo su aspecto divinamente humano y humana-

<sup>89</sup> De la cordura adivinando, sólo sé que *dos adivinos hay en Segura: el uno experiencia, el otro cordura* (Correas).

<sup>90</sup> *hallada*, con equívoco de *encontrada* y *bien hallada* (contenta) que hemos visto repetido ya tres veces en la crisis iv de esta Segunda Parte.

<sup>91</sup> Cicerón, *Brutus*, § 40: “omnis virtus sit . . . mediocritas.” Sobre otras analogías clásicas, queda nota 51, I, 176.

<sup>92</sup> *rodar*, en su precisa acepción de *girar en torno*.

<sup>93</sup> *quadra*, sala: cfr. nota 38, I, 355.

<sup>94</sup> Reminiscencia bíblica: “Diligite inimicos vestros, benefacite his, qui oderunt vos.” San Mateo, V, 44.

<sup>95</sup> *boca de risa* se dice por la afabilidad y agrado de una persona; registra Correas la frase, explicándola: “Por ser agradable una persona.”

<sup>96</sup> *mostrar dientes*, con el consiguiente equívoco; esta locución es aclarada de modo diferente en nuestros antiguos vocabularios, pero en el fondo coinciden, siendo la explicación más comprensiva la del *Dicc. de Autoridades*: “Resistir, rechazar u oponerse a lo que otro pretende o intenta, explicándose con aire o con ira.” Se empleaba indistintamente con artículo (*mostrar los dientes*) y sin él.

<sup>97</sup> *palabras de seda*: cfr. nota 141, I, 341.

<sup>98</sup> Jugando con las acepciones de esta frase: pronunciar una palabra ofensiva, y cantar entre dientes o en voz baja.

<sup>99</sup> *dispuesto*, en su significado de *apuesto*, *gallardo*.



mente divino. Era su gala conforme a su belleza, y ella era la gala de todo; vestía armiños, que es su color la candidez, enlaçava en sus cabellos otros tantos rayos de la aurora con cinta de estrellas. Al fin, ella era todo un cielo de beldades, retrato al vivo de la hermosura de su celestial Padre, copiándole sus muchas perfecciones.

Estaba actualmente dando audiencia a los muchos que frequentaban sus sitiales después de prohibida. Llegó entre otros un padre a pretenderla para su hijo, siendo él mui vicioso, y respondióle que començasse por sí mismo <sup>100</sup> y le fuesse exemplar idea.<sup>101</sup> Venía otra madre en busca de la honestidad para una hija, y contóla lo que le sucedió a la culebra madre con la culebrilla su hija: que, viéndola andar torcida, la riñó mucho y mandó que caminasse derecha: “Madre mía, respondió ella, enseñadme vos a proceder, veamos cómo camináis.” Provóse, y viendo que andava mui más torcida: “En verdad, madre, la dixo, que si las mías son bueltas, que las vuestras son rebueltas.” <sup>102</sup> Pidió un eclesiástico la virtud del valor, y a la par un virrei la devoción con muchas ganas de rezar. Respondióles a entrambos que procurasse cada uno la virtud competente a su estado:

*Pretendientes de virtud.*

—Préciesse el juez de justiciero, y el eclesiástico de rezador, el príncipe del gobierno, el labrador del trabajo, el padre de familias <sup>103</sup> del cuidado de su casa, el prelado de la limosna y desvelo: cada uno se adelante en la virtud que le compete.

—Según esso—dixo una casada—, a mí bástame la honestidad conugal; <sup>103d</sup> no tengo que cuidar de otras virtudes.

—Esso no—dixo Virtelia—, no basta éssa sola, que os

<sup>100</sup> Esto es, que comenzase a pretender la hermosura perfecta o la virtud él mismo; aunque también puede sobrentenderse un verbo no expresado, el de *enmendarse*.

<sup>101</sup> *idea*, imagen o modelo: cfr. nota 23, II, 5.

<sup>102</sup> El origen de esta fábula viene de la CLI de Esopo, con la diferencia de que éste presenta a la madre y la hija como cangrejos, y no culebras.

<sup>103</sup> *padre de familias*, con el plural de la forma latina más arcaica, solía decirse en nuestra lengua. Léese en *Las Siete Partidas*: “E aquel es dicho Paterfamilias que es señor de la casa, maguer que non aya fijos. E Materfamilias es dicha la muger que biue honestamente en su casa o es de buenas maneras.” (Partida VII, tít. xxxiii, ley 6.) Escribió Pérez de Sousa: “Iamas obligó a padre alguno de familias a poner fuego a su casa . . .” (Trad. *Avisos* de Boccacini, t. I, Madrid, 1634, fol. 70.) Asimismo se decía *madre de familias*: ejemplo, Góngora, *Obras*, II, 201.

<sup>103d</sup> *conugal*, forma corriente y única admitida en el *Dicc. de Autoridades*: cfr. nota 17, I, 378.

haréis insufrible de soberbia, y más aora.<sup>104</sup> Poco importa que el otro sea limosnero, si no es casto; que éste sea sabio, si a todos desprecia; que aquél sea gran letrado, si da lugar a los cohechos; que el otro sea gran soldado, si es un impío: son mui hermanas las virtudes, y es menester que vayan encadenadas.

Llegó una gentil dama galanteando melindres, y dixo que ella también quería ir al cielo, pero que avía de ser por el camino de las damas. Hízoseles mui de nuevo a los circunstantes, y preguntóla Virtelia:

—¿Qué camino es éste?; que hasta oi yo no he tenido noticia dél.

*Camino de las damas.* —¿Pues no está claro—replicó ella—que una muger delicada como yo ha de ir por el del regalo, entre martas y entre felpas, no ayunando ni haziendo penitencia?

—¡Bueno, por cierto!—exclamó la reina de la entereza—. Assí se os concederá, reina mía, lo que pedís como a aquel príncipe que allí entra.

Era un poderoso que, muy a lo grave, tomando assiento, dixo que él quería las virtudes, pero no las ordinarias de la gente común y plebeya, sino mui a lo señor, una virtud allá exquisita; hasta los nombres de los santos conocidos no los quería por comunes, como el de Juan y Pedro, sino tan extravagantes que no se hallen en ningún calendario.

—¡Gran cosa—dezia—el de Gastón! ¡qué bien suena el Perafán! ¡pues un Claquín, Nuño, Sancho y Suero!

Pedía una teología extravagante. Preguntóle Virtelia si quería ir al cielo de los demás. Pensólo y respondió que si no avía otro, que sí.

—Pues, señor mío, no ai otra escalera para allá sino la de los diez mandamientos. Por éssos avéis de subir, que yo no he hallado hasta oi un camino para los ricos y otro para los pobres, uno para las señoras y otro para las criadas: una es la lei y un mismo Dios de todos.

Replicó un moderno Epicuro, gran hombre de su comodidad, diziendo:

<sup>104</sup> Sin duda, por considerar tal virtud como singular en su tiempo. No pasa de ser una de esas punzadas que los satíricos siempre lanzaron contra las costumbres del siglo en que les tocó nacer. No parece haber existido particular liviandad en las costumbres conyugales del XVII. Aunque en el teatro y en la novela se lancen puyas, casi invariablemente contra las mujeres de la corte (“no tan fuertes como bellas,” al decir de Ruiz de Alarcón, en *Los favores del mundo*, I, i), lo cierto es que nada más excepcional que dar con un caso de adulterio en las letras o en los documentos de la época.

—De diciplina abaxo <sup>105</sup> qualquier cosa; de oración, yo no me entiendo; para ayunos, no tengo salud. Ved cómo ha de ser, que yo he de entrar en el cielo. *Virtud acomodada.*

—Paréceme—respondió Virtelia—que vos queréis entrar calçado y vestido, y no puede ser.

Porfiava que sí, y que ya se usa una virtud mui acomodada y llevadera, y aun le parecía la más ajustada a la lei de Dios. Preguntóle Virtelia en qué lo fundava. Y él:

—Porque de essa suerte se cumple a la letra aquello de “assí en la tierra como en el cielo,” porque allá no se ayuna, no ai diciplina ni silicio, no se trata de penitencia; y assí, yo querría vivir como un bienaventurado.

Enojóse mucho Virtelia oyendo esto, y díxole con escandecencia: <sup>106</sup>

—¡O casi herege! ¡o mal entendedor!, ¿dos cielos queráis? No es cosa que se usa. Mirad por vos, que todos estos que pretenden dos cielos suelen tener dos infiernos. *Infiernos a pares.*

—Yo vengo—dixo uno—en busca del silencio bueno.

Riéronlo todos, diciendo:

—¿Qué callar ai malo? <sup>107</sup>

—¡O sí!—respondió Virtelia—, y mui perjudicial: calla el juez la justicia, calla el padre y no corrige al hijo travieso, calla el predicador y no reprehende los vicios, calla el confessor y no pondera la gravedad de la culpa, calla el malo y no se confiessa ni se enmienda, calla el deudor y niega el crédito, calla el testigo y no se averigua el delito: callan unos y otros, y encúbreanse los males. De suerte que si al buen callar llaman santo, <sup>108</sup> al mal callar llámenle diablo.

<sup>105</sup> *De diciplina abaxo*, esto es, fuera de la disciplina, con sentido análogo al *Del rey abajo* . . . de la famosa comedia de Rojas Zorrilla. Sobre la pérdida de la *s* etimológica (*disciplina*), que fué restablecida en M1664, véase nota 66, II, 234.

<sup>106</sup> *escandecencia*, encendida cólera: cfr. nota 133, II, 143.

<sup>107</sup> El autor, que tan bien conocía el refranero (y sólo Cervantes, acaso también Quevedo, pueden en esto comparársele), se descuidó aquí al hacer refír a sus personajes, pues lo que el genio popular alaba precisamente es el buen silencio: *Al buen callar llaman Sancho (santo); Más vale buen callar que mal hablar; Buen callar se pierde*, etc. De quien podíamos esperar la risa burlona es del autor mismo, con su prurito ingenioso de hacer la crítica de los refranes.

<sup>108</sup> *santo* tenía el refrán primitivo, y así aparece en muchos textos (v. gr., *Guzmán de Alfarache*, I, ii, 3; *Pícara Justina*, II, iii, 1), pero *Sancho* traían ya el marqués de Santillana (*Refranes*, núm. 2) y Juan de Valdés (*Diálogo de la lengua*, ed. cit., pág. 50). Cons. A. Morel-Fatio sobre este refrán, en *Romania*, 1882, XI, 114-119.

—Estoi admirado—dixo Critilo—que ninguno viene en busca de la limosna: ¿qué será de la liberalidad?

—Es que todos se escusan de hazerla: el oficial porque no le pagan, el labrador porque no coge; el cavallero, que está empeñado;<sup>109</sup> el príncipe, que no ai mayor pobre que él; el eclesiástico, que buenos pobres son los parientes. ¡O engañosa escusa!—ponderava Virtelia—. Dad al pobre si quiera el desecho, lo que ya no os puede servir: tampoco, que la codicia ha dado en arbitrista,<sup>110</sup> y el sombrero traído<sup>111</sup> que se avía de dar al pobre, persuade<sup>112</sup> se guarde para braones,<sup>113</sup> la capa raída para contra aforros, el manto deslucido para la criada. De modo que nada dexan para el pobre.

Llegaron unos rematadamente malos y pidieron un extremo de virtud. Tuviéronles todos por necios, diziendo que començassen por lo fácil y fuessen subiendo de virtud en virtud. Mas ella:

—¡Eh, dexadlos que assesten aora muchos puntos más alto, que ellos baxarán harto después! Y sabed que de mis mayores enemigos suelo yo hazer mis mayores apassionados.<sup>114</sup>

Venía una muger con más años que cabellos, menos dientes y más arrugas,<sup>115</sup> en busca de la Virtud.

—¡Tan tarde!—exclamó Andrenio—. Estas yo juraría que vienen más porque las echa el mundo que por buscar el cielo.

—Déxala—dixo Virtelia—, y estímesele el no aver abierto

<sup>109</sup> En vez del *se escusa porque* . . . de las cláusulas anteriores, ha de sobrentenderse en ésta y las siguientes *dice que* . . .

<sup>110</sup> *arbitrista*, no en su significación regular de inventar planes fantásticos para remediar los males políticos y económicos de la nación (cfr. nota 266, II, 164), sino en la de discurrir medios para acrecentar sus propias rentas.

<sup>111</sup> *traído*, con el sentido que apenas solemos darle ya de *muy usado o gastado*.

<sup>112</sup> *persuade*, sin el régimen *de* o *a*, que se omitía frecuentemente en la lengua clásica, según queda anotado, 73, I, 362.

<sup>113</sup> *brahón*, del lat. *brachium* brazo, “una como rosca o pestaña de paño, u otra tela, hecha de diferentes pliegues y dobleces, en forma redonda, que se pega en la ropilla o sayo sobre el nacimiento de los brazos, junto a los hombros.” *Dicc. Aut.*

<sup>114</sup> Exacta observación debía de parecerles ésta a nuestros españoles del siglo de oro particularmente, que veían en el teatro tantas comedias de santos; pues como la pura santidad es materia poco escénica, escogían los autores sistemáticamente la vida de santos que habían sido grandes pecadores.

<sup>115</sup> Cambiando los términos de comparación, esto es, menos dientes que cabellos, y más arrugas que años.

escuela de maldad con cátedra <sup>116</sup> de pestilencia. Yo aseguro que, por viejos que sean, que no vengan el taúr,<sup>117</sup> ni el ambicioso, ni el avaro, ni el bevedor: son bestias alquiladas del vicio, que todas caen muertas en el camino de su ruindad.

Al contrario le sucedió a uno que llegó en busca de la Castidad, ahito de la torpeza, gran gentilhomme <sup>118</sup> de Venus, idólatra de su hijuelo.<sup>119</sup> Pidió ser admitido en la cofadría <sup>120</sup> de la continencia, pero no fué escuchado, por más que él abominava de la luxuria, escupiendo y asqueando su inmundicia. Y aunque muchos de los presentes rogaron por él:

*Deshonestos incurables.*

—No haré tal—dezía la Honestidad—. No ai que fiar en éstos; bien se ayuna después de harto.<sup>121</sup> Creedme que estos torpes son como los gatos de algalia, que en bolviéndoseles a llenar el senillo, se rebuelcan.

Venían unos al parecer mui puestos en el cielo, pues mirando a él:

—Estos sí—dixo Andrenio—que con el cuerpo están en la tierra y con el espíritu en el cielo.

—¡O cómo te engañas!—dixo la Sagacidad, gran ministra de Virtelia—. Advierte que ai algunos que quando más miran al cielo, entonces están más puestos en la tierra. Aquel primero es un mercader que tiene gran cantidad de trigo para vender y anda conjurando las nubes <sup>122</sup> a los ojos de sus enemigos. Al

<sup>116</sup> *cátedra*, cátedra, es uno de los casos comunes de metátesis en la lengua clásica, así como *catredático* y *catredal*, de tal modo que algunos vocabularios (v. gr., el de Franciosini) registran ambas formas (*catedra* y *catreda*); en el caso de un buen latinista, como Gracián, que además ejerció el magisterio y tan frecuentemente emplearía aquella voz, es de suponer que escribió *cátedra*; más probablemente aún, de guiarnos por sus autógrafos (*echonomia*, *catholico*, *thesoros*, *monarcha*, *Thebas*, etc., ms. del *Héroe*, hojas 2, 3 v., 6, 8, 12 v., 20), escribiría *cathedra*, y luego el cajista o el copista aplebeyó la palabra con metátesis.

<sup>117</sup> *taúr* trae el texto, corregido por Cejador con *tahur*, pero ya sabemos que sin *h* escribía el autor esta palabra: cfr. nota 143, II, 37.

<sup>118</sup> *gentilhombre*, con probable ambigüedad de caballero palatino y de lacayo: cfr. nota 145, I, 237.

<sup>119</sup> *hijuelo de Venus* o *hijuelo de la diosa* solía llamarse a Cupido, v. gr., Góngora, *Obras*, I, 185; II, 9; en cuanto al padre, conforme a la versión que Gracián prefiere recoger, cfr. texto y nota en I, iv.

<sup>120</sup> *cofadría*, *cofradía*: cfr. nota 170, II, 111.

<sup>121</sup> No es refrán que encuentre yo en las antiguas colecciones. Dícese, sí, *ayunar después de harto* (Sbarbi, I, 82 b), pero el refrán propiamente es: *El harto, del ayuno no tiene cuydado* (Santillana, núm. 279).

<sup>122</sup> *nubes*, con doble sentido, porque *nube* se llama también “la telilla que se haze en el ojo” (Covarrubias).

contrario, aquel otro es un labrador hidrópico de la lluvia, que jamás se vió harto de agua,<sup>123</sup> y anda conciliando nublados.<sup>124</sup> Este de aquí es un blasfemo que nunca se acuerda del cielo sino para jurarle. Aquél pide vengança, y el otro es un rondante,<sup>125</sup> lechuzo de las tinieblas, que desea la noche más oscura<sup>126</sup> para capa de sus ruindades.

*Virtud afectada.* Pidió uno si le querían alquilar algunas virtudes, suspiros, torcimiento de cuello, arquear de cejas y otros modillos de modestia. Enojóse mucho Virtelia, diziendo:

—¿Pues qué, es mi palacio casa de negociación?<sup>127</sup>

Escusábase él diziendo que ya muchos y muchas con la virtud ganan la comida,<sup>128</sup> y a título de eso la señora las introduce en el estrado, la otra las assienta a su mesa, el enfermo las llama, el pretendiente se les encomienda, el ministro las consulta, ándanse de casa en casa comiendo y beviendo y regalándose; de modo que ya la virtud es arbitrio del regalo.

—Quitáosme de aí—dixo Virtelia—, que esas tales tienen tan poca virtud como los que las llaman mucha simplicidad.

—¿Quién es aquel gran personage, héroe de la virtud, que en toda ocasión de lucimiento le encontramos?: si en casa de la Sabiduría, allí está; si en la del Valor, allí assiste;<sup>129</sup> en todas partes le vemos y admiramos.

—¿No conocéis—dixo Lucindo—al Santísimo Padre de

<sup>123</sup> De agua no, de vino sí, estaría pensando el autor.

<sup>124</sup> *nublados*, con el consiguiente equívoco.

<sup>125</sup> *rondante*, menos común sin duda que *rondador*, pues se halla registrado éste en los vocabularios (Oudin, Franciosini, etc.), y aquél no: cfr. nota 38, II, 286.

<sup>126</sup> *oscura*: cfr. nota 50, II, 288.

<sup>127</sup> Reminiscencia, al parecer, del conocido pasaje evangélico.

<sup>128</sup> Referencia a San Mateo, XXI, 13: "Scriptum est: Domus mea domus orationis vocabitur: vos autem fecistis illam speluncam latronum."

<sup>129</sup> *assistir* puede estar como transitivo (servir en algún cargo o empleo), y más probablemente como intransitivo (hallarse presente). No siempre se está seguro en cada caso concreto de si un autor clásico le dió un sentido u otro: "He de referiros un notable suceso que le sucedió en Sevilla al tiempo que allí asistimos." (Matías de los Reyes, *El Menandro*, ed. cit., pág. 135.) "Asistió en Florencia más de un mes." (*Ibid.*, pág. 260.) "Mientras no me dijéredes quién sois y a lo que allí asistíades, no curéis de otra cosa que defenderos." (Céspedes y Meneses, *El soldado Píndaro*, II, xvi.) "Roger claramente le respondió que no pensaba salir de Galípoli sin hacerse más sospechoso a los suyos con asistir en Constantinopla." (Francisco de Moncada, *Expedición de catalanes y aragoneses*, I, xxii.) "Yo te he llamado, por ver / que indignamente asistías / en la aldea." Moreto, *La misma conciencia acusa*, I, xv.

todos.<sup>130</sup> Veneradle y deprecadle<sup>131</sup> siglos de vida tan heroica.

Estaban aguardando los circunstantes que tratase de coronar algunos la gran reina de la Equidad y que premiasse sus hazañas, mas fuéles respondido que no ai mayor premio que ella misma,<sup>132</sup> que sus braços son la corona de los buenos. Y assí, a nuestros dos peregrinos que estaban encogidos venerando tan magestuosa belleza, los animó Lucindo a que se llegassen cerca y se abraçassen con ella, logrando una ocasión de tanta dicha. Y assí fué, que coronándolos con sus reales braços, los transformó de hombres en ángeles, candidados<sup>133</sup> de la eterna felicidad. Quisieran muchos hazer allí mansión,<sup>134</sup> mas ella les dixo:

*Premio de la Virtud.*

—Siempre se ha de passar adelante en la virtud, que el parar es bolver atrás.<sup>135</sup>

Suplicáronla, pues, los dos coronados peregrinos les mandasse

<sup>130</sup> Ocupaba el solio pontificio desde el 15 de septiembre de 1644 Inocencio X, y murió dos años después de publicarse esta Segunda Parte, el 7 de enero de 1655. Téngase en cuenta que el autor dedica tan extraordinario elogio a uno de los papas que más se distinguieron en aquel siglo por su energía en la condenación del jansenismo y en el mantenimiento de la más pura ortodoxia. Cons. Ignazio Ciampi, *Innocenzo X Pamphilje la sua corte*, Roma, 1878.

<sup>131</sup> *deprecadle*, con el sentido de *rogad por él o para él* . . . ; *deprecar* entró en el *Dicc. de Autoridades* con la autoridad de este pasaje graciano precisamente; es voz erudita que corre en los tratados religiosos del siglo áureo, pero poco usada en los libros mundanos, aunque tampoco falten ejemplos en los últimos (v. gr., *Quijote*, II, xxii; *Persiles y Sigismunda*, I, x); nuestro autor la emplea repetidamente, en la *Agudeza* (Al Lector), *El Discreto* (VII, 357 b) y en la Tercera Parte del *Crítico* (Al que leyere).

<sup>132</sup> Claudiano, *Panegiricus Dictus Manlio Theodoro Consuli*, v. 1: "Ipsa quidem Virtus pretium sibi." Compárese también Silio Itálico, XIII, 663: "Ipsa quidem virtus sibimet pulcherrima merces." Véase *Oráculo*, pág. 468 a.

<sup>133</sup> *candidado*, voz registrada como anticuada por *candidato* en el moderno *Diccionario de la Academia*, e insólita cuando menos en la lengua clásica; la había empleado ya Gracián en *El Héroe* (I, 514 b), aunque no aparece en el autógrafo por haber modificado el autor este párrafo en copia posterior o al imprimirse, y tornaremos a encontrarla en la crisi xii de la Tercera Parte. Como está en nuestro texto se reprodujo en la mayoría de las ediciones, pero se transcribió *cādidos* en las de B1664, 1683, 1720, 1734; *candidos*, 1732; *candidatos*, 1913-14.

<sup>134</sup> Paréceme referencia a San Mateo, XVII, 4: "Domine, bonum est nos hic esse: si vis, faciamus hic tria tabernacula."

<sup>135</sup> Conforme al proverbio: "Non progredi est regredi." Había dicho Séneca, *Epist.*, LXVI, 7: "Decrescere enim summum bonum non potest nec virtuti ire retro licet."

encaminar a su deseada Felisinda.<sup>136</sup> Ella entonces, llamando quatro de sus mayores ministras, y teniéndolas delante, dixo señalando la primera:

—Esta, que es la Justicia, os dirá dónde y cómo la avéis de buscar; ésta segunda, que es la Prudencia, os la descubrirá; con la tercera, que es la Fortaleza, la avéis de conseguir; y con la quarta, que es la Templança, la avéis de lograr.<sup>137</sup>

Resonaron en esto armoniosos clarines, folla<sup>138</sup> acorde de instrumentos, alborozando los ánimos y realçando sus nobles espíritus. Despertóse un zéfiro fragante y bañóse todo aquel vistosísimo teatro<sup>139</sup> de lucimiento. Sintieronse tirar de las estrellas con fuertes y suaves influxos, fué reforçando el viento y levantándolos a lo alto, tirándoles para sí el cielo a ser coronados de estrellas. Subieron mui altos, tanto que se perdieron de vista. Quien quisiere saber dónde pararon, adelante los ha de buscar.

<sup>136</sup> Felisinda: cfr. nota 59, I, 157.

<sup>137</sup> *lograr*, disfrutar: cfr. nota 18, I, 119.

<sup>138</sup> *folla*, coro: cfr. nota 230, II, 84.

<sup>139</sup> *teatro*, con la acepción de *escenario* o *escena*: cfr. nota 13, I, 119.



## CRISI UNDÉZIMA

*El texado de vidro y Momo tirando piedras.*

LLEGÓ la Vanidad a tal extremo de quien ella es <sup>1</sup> que pretendió lugar, y no el postrero, entre las Virtudes. Dió para esto memorial en que representava ser ella alma de las acciones, vida de las hazañas, aliento de la virtud y alimento del espíritu.<sup>2</sup>

—No vive—dezia—la vida material quien no respira, ni la formal <sup>3</sup> quien no aspira. No ai aura más fragante ni que más vivifique que la fama, que tan bien <sup>4</sup> alienta el alma como el cuerpo, y es su puríssimo elemento el airecillo de la honrilla. No sale obra perfecta sin algo de vanidad, ni se executa acción bien sin esta atención del aplauso; parto suyo son las mayores hazañas, y nobles hijos los heroicos hechos. De suerte que sin un grano de vanidad, sin un punto de honrilla, nada está en su punto, y sin estos humillos, nada luze.

*Esfuerços  
de la honra.*

No pareció del todo mal la paradoxa, especialmente a algunos de primera impresión, y a otros de capricho. Pero la Razón, con todo su maduro parlamento, abominando una pretensión tan atrevida:

—Sabed—dixo—que a todas las passiones se les ha concedido algún ensanche, un desahogo en favor de la violentada naturaleza: a la Luxuria el matrimonio, a la Ira la corrección, a la Gula el sustento, a la Embidia la emulación, a la Codicia la providencia, a la Pereça la recreación, y assí a todas las otras demasías. Pero a la Sobervia, mirad qué tal es ella, que jamás se la [ha] <sup>5</sup> permitido el más mínimo ensanche; no ai que fiar,

*Ensanches  
a la natu-  
raleza.*

<sup>1</sup> Sutil manera de decir que llegó la Vanidad a tal extremo de vanidosa.

<sup>2</sup> Tomando *vanidad* en el sentido de preciarse del propio valer y reputación, no en el de jactarse, como cuando La Rochefoucauld afirma que no va muy lejos la virtud si la vanidad no le acompaña (Máxima 200), o cuando declara Sterne que la vanidad invita a todos sus hijos a ser generosos y valientes, y a sus hijas a ser castas y afables (*Sermons*, núm. 12).

<sup>3</sup> *formal*, espiritual: cfr. nota 53, I, 176.

<sup>4</sup> *tan bien: tambien* en el texto, sobre lo cual puede verse nota 73, II, 96.

<sup>5</sup> *ha*, restituída en las ediciones de 1663, M1664, 1674, etc., falta en nuestro texto por concurrencia de la *a* precedente (cfr. nota 53, II, 206): *se le permitió*, 1669, 1913-14: *se le ha*, 1748, 1757.

toda es execrable: ¡vaya fuera, fuera, lexis, lexis! Bien es verdad que el cuidado del buen nombre es una atención loable, porque la buena fama es esmalte de la virtud, premio, que no precio; hase de estimar la honra, pero no afectar. Más precioso es el buen nombre que todas las riquezas;<sup>6</sup> en no estando la virtud en su buen crédito, está fuera de su centro, y quien no está en la gloria de su buena fama, forçoso es que esté condenado al infierno de su infamia, al tormento de la desestimación, más insufrible a más conocimiento. Es la honra sombra de la virtud, que la sigue y no se consigue, huye del que la busca y busca a quien la huye;<sup>7</sup> es efeto<sup>8</sup> del bien obrar, pero no afecto; decorosa, al fin, diadema de la hermosísima virtud.

*La puente* Célebre puente, como tan temida,<sup>9</sup> dava passo a la gran  
*de los* ciudad, ilustre corte de la heroica Honoria,<sup>10</sup> aquella plausible  
*Peros.* reina de la estimación, y por esso tan venerada de todos. Era un passo mui peligroso, por estar todo él sembrado de perinquinosos peros en que muchos tropezavan y los más caían en el río del reír,<sup>11</sup> quedando mui mojados y aun poniéndose de lodo, con mucha risa de la innumerable<sup>12</sup> vulgaridad<sup>13</sup> que estava a la mira de sus desaires. Era de ponderar la intrepidez con que algunos, confiados, y otros, presumidos, se arrojavan (y los más

<sup>6</sup> *Proverbios*, XXII, 1: "Melius est nomen bonum, quam divitiae multae."

<sup>7</sup> Conforme al proverbio romano o medieval: "Invitum sequitur honos."

<sup>8</sup> *efeto*, corriente en la lengua clásica, fué cambiado por *efecto* en la ed. M1664, aunque en otros pasajes (v. gr., pág. 272 a) conserva la forma de nuestro texto. Gracián escribía, sin embargo, *effectos* (autógrafo del *Héroe*, fol. 10), así como *affectos* (ibíd., fol. 10 v.). Sobre el grupo *-ct-*, véase nota 166, I, 314.

<sup>9</sup> Construcción ambigua que puede entenderse: célebre por ser tan temida, o tan célebre como temida; aunque *puente* se empleaba también como masculino en la primera mitad del siglo XVII, solía prevalecer la forma femenina.

<sup>10</sup> De los nombres simbólicos que trae Gracián, el de *Honoria* es el más difundido en toda la literatura alegórica. Recuérdese que *honorar* era verbo común entre los clásicos, y que *Honor* u *Honos* era una deidad romana cuyo templo estaba junto al de la Virtud.

<sup>11</sup> Hemos señalado antes dos juegos análogos del vocablo, en este tomo, págs. 117<sub>20</sub> y 281<sub>1</sub>.

<sup>12</sup> *innumerable*: frecuente fué hasta finalizar aquel siglo la simplificación del grupo *-nn-*, como del grupo *-nm-* (cfr. nota 183, II, 195), que subsiste en tantas voces castellanas que tuvieron *n* doblada en latín (*anales*, *anuncio*, *conexión*, *inocencia*, etc.), pero poco frecuente cuando la doble *n* se debía a un prefijo.

<sup>13</sup> *vulgaridad*, con la acepción latina de *multitudo* o *masa del vulgo*.

se despeñavan) anhelando a <sup>14</sup> passar de un extremo de baxeza a otro de ensalçamiento, y tal vez <sup>15</sup> de la mayor deshonra a la mayor grandeza, de lo negro a lo blanco,<sup>16</sup> y aun de lo amarillo a lo rojo;<sup>17</sup> pero todos ellos caían con harta nota <sup>18</sup> suya y risa de los sabidores. Assí le sucedió a uno que pretendió passar de villano a noble, otro de manchado a limpio, diciendo que tras el sábadó se sigue el domingo,<sup>19</sup> pero él fué de guardar; no faltó quien del mandil a mandarín, y de moço de ciego a don Gonzalo,<sup>20</sup> y una otra mui desvanecida, de la verdura <sup>21</sup> al verdugado.<sup>22</sup> Quería una passar por donzella, mas riéronse

<sup>14</sup> *anhelar a*: cfr. nota 8, II, 17.

<sup>15</sup> *tal vez*, a veces.

<sup>16</sup> Esto es, de manchado a limpio, como se verá a continuación.

<sup>17</sup> Significando, tal vez, de penitenciado por la Inquisición (por su capotillo *amarillo*) a cardenal (capelo *rojo* o púrpura), o de cobarde (cfr. nota 52, I, 222 sobre *amarillo*) a feroz, pues el *rojo* simboliza crueldad, ira y venganza, además de vergüenza: véase, v. gr., Lope de Vega, *La Dorotea*, Madrid, 1632, fol. 73; Tirso de Molina, *La huerta de Juan Fernández*, II, 6.

<sup>18</sup> *nota*, con el significado que no registra el Diccionario académico de *infamia*, como en los siguientes pasajes de *La pícara Justina*: “Mi madre, como estauamos a puerta cerrada y sin nota, aceptó el conbite.” (Ed. Biblióf. Madrileños, I, 117.) “Me parecio, como a necia, que tanto me perdiera y diera nota de que auia ganado mucho en poco tiempo, que es cosa de mucha nota en mozas qual yo era.” (*Ibid.*, II, 254.) Covarrubias: “Tambien significa infamia en alguna persona.”

<sup>19</sup> Comp. Cervantes: “Estando a la puerta de una iglesia, vió que entraba en ella un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detrás dél venía uno que no estaba en tan buena opinión como el primero, y el Licenciado dió grandes voces al labrador, diciendo:—Esperad, Domingo, a que pase el Sábado” (*El Licenciado Vidriera*, ed. Rodríguez Marín, pág. 42). Y el ilustre comentarista aclara así el pasaje: “Llama *Sábado* al descendiente de judíos, por ser tal día el de su fiesta semanal y anteceder al *Domingo*, nombre del cristiano viejo a quien decía que esperase.”

<sup>20</sup> Don Gonzalo, don Diego y don Alonso eran al parecer los nombres preferidos de los que, siendo plebeyos en España, se confirmaban como caballeros en tierras de Italia o Flandes, al modo de aquel muletero de quien se burlaba Cristóbal de Villalón porque se puso un gran nombre y luego “dize que por la parte de oriente es pariente del rei de Francia Luis, y por la de poniente del conde Fernan Gonzalez.” *Viaje de Turquía*, ed. NBAE, II, 17 b.

<sup>21</sup> *verdura*, obscenidad: cfr. texto y notas en I, 211<sub>15</sub>; II, 40<sub>10</sub> y 288<sub>1</sub>.

<sup>22</sup> También la honesta consorte de Sancho Panza, al saber que tiene al marido de gobernador, en lo primero que piensa para honrar su gobierno es en comprarse “un verdugado redondo, hecho y derecho,” como dice graciosamente. Es el *verdugado* “vna saya a modo de campana, toda de arriba a baxo guarnecida con vnos ribetes que, por ser redondos como los verdugos [vástagos] del arbol, y por ventura de color verde, dieron nombre al verdugado.” (Covarrubias.) Las leyes suntuarias del siglo XVII limi-

de su caída,<sup>23</sup> como otro que quiso ser tenido por un pozo de ciencia, y fué un pozo de cieno.

*El vulgar* No avía hombre que no tropezasse en su pero, y para cada  
*Sino.* uno avía un sino. “Gran príncipe tal, pero buen hombre;<sup>24</sup> ilustre prelado aquél si fuera tan limosnero como nuestro  
*D. Fray* arzobispo;<sup>25</sup> gran letrado, si no fuera mal intencionado. ¡Qué  
*Juan* valiente soldado!, pero gran ladrón; ¡qué honrado cavallero  
*Cebrián.* éste!, sino que es pobre; ¡qué docto aquél!, si no fuera sobervio. Fulano santo, pero simple. ¡Qué buen sugeto aquel otro y qué prudente!, pero es embaraçado:<sup>26</sup> mui bien entiende las materias, mas no tiene resolución. Diligente ministro, pero no es inteligente.<sup>27</sup> Gran entendimiento, pero ¡qué mal empleado! ¡Qué gran muger aquélla!, sino que se descuida; ¡qué hermosa dama!, si no fuera necia. Grandes prendas las de tal sugeto, pero ¡qué desdichado! Gran médico, [pero]<sup>28</sup> poco afortunado: todos se le mueren. Lindo ingenio, pero sin juicio: no tiene sindéresis.” Assí, que todos tropezavan en su pero;<sup>29</sup> raro era el que se escapava, y único el que passava

taron repetidamente el uso del verdugado. En la pragmática del 23 de abril de 1639 se permite a las mujeres “traer verdugados en la forma que se ha acostumbrado, con las dichas cuatro varas de ruedo, y no con más; y también se prohíbe que ninguna mujer que anduviese en zapatos [en vez de los altos chapines] pueda usar ni traer los dichos verdugados.” Debíó de quedar sin efecto, ya que hay nuevas pragmáticas sobre la materia el 11 de noviembre de 1639 y el 11 de septiembre de 1657. Al casarse Carlos II con doña María Luisa de Orleáns, sobrina de Luis XIV, se inauguró en la corte la moda de los vestidos a la francesa, con falda estrecha. En algunos cuadros de Francisco Rizi, de fines del siglo, se ve manifiesta la nueva moda, que se generaliza en el reinado de Felipe V.

<sup>23</sup> caída, con intencionado equívoco.

<sup>24</sup> buen hombre, con esa malicia dorada de piedad con que suele designarse al hombre simple.

<sup>25</sup> Fray Juan Cebrián alcanzó las mayores dignidades dentro de su orden de la Merced, de la cual fué nombrado general en 1629, y también mereció altos honores del monarca, como los de consejero de Estado, embajador extraordinario y virrey de Aragón. Fué promovido al arzobispado de Zaragoza en 1644. “Su gobierno episcopal fué prudente y muy caritativo con los necesitados.” (Latassa, *Bibliotecas*, I, 319 b.) Falleció en diciembre de 1662.

<sup>26</sup> embaraçado, encogido.

<sup>27</sup> diligente . . . inteligente, buscando una vez más el contraste en el sentido y la analogía en el sonido.

<sup>28</sup> pero suplo, pues no creo fuese intencionada su omisión, ni descuido tampoco del autor, porque el énfasis de todas estas frases se encuentra precisamente en el *pero* y el *sino*, ya que andamos por *La puente de los Peros*.

<sup>29</sup> pero: empieza a tomarlo ahora en su doble empleo gramatical, que continuará en lo de *passado*, y no *maduro*, que no se puede *digerir*.

sin mojarse. Topava uno con un pero de un antepassado, y aunque tan passado (nunca maduro), jamás se pudo digerir. Al contrario, otro dava de ozicos en el de sus presentes.<sup>30</sup> Y *El río de la risa.* caían todos en el río de la risa común.

—Bien lo merece—dezia un émulo—: ¿quién le metía al peón en cavallerías? <sup>31</sup>

—Lástima es—dezia otro—que los de tal cepa <sup>32</sup> no sean puros, siendo tan hombres de bien.

Las mugeres tropezaban en una chinita, en un diamante; terribles peros las perlas para ellas. El airecillo las hacía bambanear,<sup>33</sup> y el donaire <sup>34</sup> caer con mucha nota; <sup>35</sup> y es lo bueno que, para levantarse, nadie las dava la mano: sí de mano.<sup>36</sup> De verdad que un gran personage tropezó en una mota,<sup>37</sup> quedando mui desairado, y asseguravan fué notable desorden. Toda la puente estava sembrada, de cabo á cabo, destos indigestos peros en que los más de los viandantes tropezaban; y si no en uno, davan de ojos <sup>38</sup> en otro, aun en los passados. Lamentábase un discreto, diziendo:

—Señores, que tropieze uno en el propio y personal, merécelo, mas en el ageno ¿porqué?; que aya de tropezar un marido en

<sup>30</sup> *presentes*, con probable equívoco de *regalos* (para sobornarle).

<sup>31</sup> Por la conocida frase *meterse en libros de caballería(s)*, “con que se reprehende a alguno el que se introduzca en lo que no le toca.” *Dicc. Aut.*

<sup>32</sup> *cepa*, con posible ambigüedad de tronco de linaje y tronco de la vid.

<sup>33</sup> *bambanear*, corriente por *tambalearse* (*se*).

<sup>34</sup> Claro está que si el ligero *airecillo* de la vanidad sólo les hacía tambalearse, el fuerte y respetable *don-aire* les haría caer: véase juego semejante en I, 352<sub>23</sub>.

<sup>35</sup> *nota*, infamia: cfr. nota 18, II, 321.

<sup>36</sup> *dar de mano*, despreciar: cfr. nota 70, I, 256.

<sup>37</sup> Alusión, sin duda, al mariscal de la Mota (conde de La Mothe-Houdancourt, cfr. nota 11, I, 95) y su intervención en la guerra de Cataluña. Pero ¿cuál es el personaje que tropezó en él? Fué el mariscal francés triunfador sobre varios caudillos españoles en aquella guerra. Entre ellos, don Martín de Azlor, que perdió el castillo de Monzón, llave del reino de Aragón, en junio de 1642, de cuyo hecho militar y del notable desorden que le siguió habla Gracián en su carta del 24 de junio de 1642. Pero en la fraseología habitual de nuestro autor, *gran personage* apunta mucho más alto que al gobernador de una plaza fuerte, como Azlor; apunta a un gran ministro o a un príncipe. Y más resonantes aún que las victorias del mariscal francés, fueron sus derrotas, particularmente en 1644 y 1652. Paréceme que ese *gran personage* no es otro que el cardenal Mazarino, cuyos planes de conquista de Cataluña tropezaron repetidamente con los desastres del mariscal de la Mota, que en 1652 había perdido casi todo el territorio de Cataluña.

<sup>38</sup> *dar de ojos* significa tropezar y caer: cfr. I, 200<sub>15</sub>; II, 30<sub>1</sub>.

un cabello de su muger, en un pelillo de su hermana,<sup>39</sup> ¿qué lei es ésta?

Llegó uno jurando a fe de cavallero: tan bueno, dezía, como el rei. No faltó quien le arrojó una erre, con que de rei se hizo de reír.<sup>40</sup> A un cierto Rui le echó un malicioso una tilde,<sup>41</sup> y bastó para que rodasse. Tropezó otro en un quarto, y quedóse en blanco.<sup>42</sup> Rodávales a algunos la cabeça, y quedavan hechos equis,<sup>43</sup> por aver desliçado en los brindis. Començó a passar cierta dama mui airosa; <sup>44</sup> hiziéronla unos y otros passo con plausible cortesía, pero al más liviano <sup>45</sup> descuido dió en el lodo con toda su vizarría, que fué varro. Tropezavan las más en piedras preciosas, y eran mui despreciadas. Llegó a passar un gran príncipe, y mui adulado.

—Este sí—dixeron todos—que passará sin riesgo, no tiene que temer: los mismos peros le temerán a él.

Mas ¡o caso trágico!, desliçó en una pluma y tumbó al río, quedando mui mojado. En una aguja de coser tropezó alguno, y en una lezna otro, y era título;<sup>46</sup> en una pluma de ga-

<sup>39</sup> Recordando la locución *reparar* (o *pararse*) en pelillos.

<sup>40</sup> Aunque al leer el alfabeto se distingue en las escuelas la *r* de la *rr* diciendo respectivamente *ere* y *erre* (conforme al gusto de algunos tratadistas clásicos, como Gonzalo Correas y Juan de Robles), el nombre de la letra sencilla ha sido siempre *erre*; así Lope de Vega, en el diálogo de Peribáñez con Casilda: “la Q bien quista, la R / con tal razón destierre.” Está bien, pues, que en nuestro texto se pase bajo aquel nombre de *rei* a *reír*.

<sup>41</sup> Hanos dado ya el autor otro *Rui* atildado (*ruī* = *ruin*): cfr. nota 95, II, 237.

<sup>42</sup> Paréceme que este *quarto* con que tropieza es el cuarto de indio que tenía el llamado *cuarterón* (descendiente de mestizo y española, o de español y mestiza), por tener un cuarto de indio y tres de español; y así viene luego lo de *quedarse en blanco*, con el equívoco conocido: “significa lo mismo que quedarse sin lo que se deseaba, no conseguir lo que se pretendia.” (*Dicc. Aut.*) Y acaso buscara el autor reduplicar aquí el sentido, como en otros casos, jugando con libro en cuarto y libro en blanco.

<sup>43</sup> “Al borracho dezimos estar hecho x. porque con la debilidad de las piernas, las va atrauesando vna con otra.” (Covarrubias.) Pero Gracián le da también la acepción que tiene en los cálculos, la de incógnita, queriendo decir que algunos quedaban incógnitos o desconocidos, por ser unos borrachos.

<sup>44</sup> *airosa*, con intención por llena de viento: cfr. nota 53, I, 140.

<sup>45</sup> *liviano*, con equívoco de *leve* y *lascivo*.

<sup>46</sup> Tendría el primero entre los peros un antepasado sastre, oficio tan mal reputado entonces (cfr. nota 97, I, 229), y tendría el otro el pero de un antecesor zapatero. Pero, además, me ha hecho recordar este pasaje al conde de Villamediana. ¿Habrá aquí una posible alusión a él? Vemos sucederse en muy pocas líneas las siguientes referencias, aunque a sujetos

llina,<sup>47</sup> un vizarro general. ¿Pues qué, si alguno entrava co-geando y de mal pie?: era cierto el rodar, y en duda de tropiezo estava la malicia por la deshonra.<sup>48</sup> Creyó uno le valdría aquí su riqueza, que en todos los demás passos, por peligrosos que sean, suele sacar a su dueño de trabajo; mas al primer passo se desengañó que no vale aquí ni la espuela de oro ni la vira de plata.<sup>49</sup>

—¡Cruel passo—dezían todos—el de la honra entre tropiezos de la malicia! ¡O qué delicada es la fama, pues una mota es ya nota!<sup>50</sup>

Aquí llegaron nuestros dos peregrinos a serlo,<sup>51</sup> encaminados diferentes: príncipe adulado (como lo era el de Villamediana); témenle hasta los mismos *peros* (el gallardo *Pedro Vergel* recibió los más feroces insultos en verso del conde); caso trágico de deslizarse en una pluma (que fué el conjeturado por los contemporáneos a la muerte del conde, y aun alguno la había anunciado por sus deslizamientos satíricos); era título; y tropezó en una lezna (un *cuchillo*, un *arma fuerte*, dicen algunos contemporáneos, *tosco* y fiero *puñal* dice Lope de Vega, fué el que manejó el asesinato de Villamediana, la tarde del 22 de agosto de 1622).

<sup>47</sup> *gallina*, cobarde: cfr. nota 139, II, 144.

<sup>48</sup> Recuérdese lo que dice el autor sobre tachas físicas al principio de la crisi ix, Parte Primera.

<sup>49</sup> *vira*, “vna correguela que se in[g]iere en el çapato entre la suela y el cordouan, y se dixo assi porque le dan fuerça con ella.” (Covarrubias.) Llamábase más comúnmente *virilla*. Se ponían al calzado, no sólo virillas de correa, sino para más lujo bordadas y aun de plata. Son muy frecuentes las referencias a las virillas de plata en el teatro del siglo XVII (v. gr., Tirso de Molina, *La huerta de Juan Fernández*, I, i; *El burlador de Sevilla*, III, vii), pero Lope de Vega da a entender en 1625 que las virillas de plata estaban ya pasadas de moda: “Chinelas ya sin virillas, / que solía en otro tiempo / en los pies de las mujeres / la plata barrer el suelo.” (*La moza del cántaro*, II, vii.) Los tratadistas morales y políticos condenaron reiteradamente tan desmedido lujo. Valga un ejemplo y texto del año 1619: “También han reparado algunos en la mucha cantidad de plata que, ocupada en virillas de chapines, hace falta para el comercio del reino . . . Y ponderan que en el renovar estas virillas se gasta y consume mucha plata, trayendo debajo de los pies el metal por cuya causa se dan en el mundo tantas y tan crueles batallas . . . el exceso y exorbitancia ha llegado en estos tiempos a tanto, que ha habido quien haya puesto virillas de oro claveteadas con diamantes . . . y juntamente están depositadas en ella [la gala de las virillas] mas de cinco o seis millones de plata.” Pedro Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías*, disc. XXXIV.

<sup>50</sup> *nota*, infamia: cfr. nota 18, II, 321.

<sup>51</sup> Esto es, nuestros dos *peregrinos* (pasajeros de la vida) llegaron a ser peregrinos (raros o excepción de la regla), porque aquel cruel paso donde todos tropezaban, ellos lo pasaron “con admiración de muchos y imitación de pocos,” como se leerá después. Pero el autor anticipa la afirmación,

*Lición de vivir.* de Virtelia a Honoria, su gran cara:<sup>52</sup> aunque confinante, tan querida, que la llamava su gozo y su corona.<sup>53</sup> Deseavan passar a su gran corte, pero temían con razón el azar<sup>54</sup> passo de los peros, y era precisso porque no avía otro; estaban pasmados viendo rodar a tantos, y temblávales la barba viendo las de sus vezinos tan remojadas.<sup>55</sup> Assomó en esta sazón a querer passar un ciego. Levantaron todos el alarido viéndole començar tentando, y tuvieron por cierto avía de tumbar al primer passo, mas fué tan al contrario, que el ciego passó mui derecho: valióle el hazerse sordo,<sup>56</sup> porque aunque unos y otros le silvavan y aun le señalavan con el dedo, él, como no veía ni oía, no se cuidava de dichos agenos, sino de obras propias y passar adelante con gran quietud de ánimo; y assí, sin tropezar ni en un átomo, llegó al cabo de lo que quería con dicha harto embidiada. Al punto dixo Critilo:

—Este ciego ha de ser nuestra guía,<sup>57</sup> que solos los ciegos, sordos y mudos pueden ya vivir en el mundo. Tomemos esta lición,<sup>58</sup> seamos ciegos para los desdors agenos, mudos para no zaherirlos ni jactarnos, conciliando<sup>59</sup> odio con la murmura-

pasa a hablar del temor de nuestros peregrinos y del caso del ciego, y hasta dos párrafos después no da el porqué de su afirmación. Procede aclarar aquí algo que no habrá escapado al lector discreto: peregrinos viene llamando el autor a Critilo y Andrenio, no tanto porque andan por tierras extrañas, como porque son pasajeros de la vida que van en busca de la patria celestial.

<sup>52</sup> Más bello es aquí el pensamiento que la expresión, dando a entender que el Honor es el hermoso rostro de la Virtud: “quum honos sit praemium virtutis,” al decir de Cicerón, *Brutus*, § 81.

<sup>53</sup> Corona de la Virtud es el Honor en el emblema 7, cap. xv, de Boissard.

<sup>54</sup> *azar* fué conservado en casi todas las ediciones, pero algunas modernas (las de 1773 y 1913-14) corrigieron *azaroso*, sin tener en cuenta que Gracián emplea aquella voz como adjetivo, significando *infausto*. Había escrito en *El Héroe*, III, 516 a: “Son tan felizes las prontitudes del ingenio, quan azares las de la voluntad.” Que tal empleo adjetival lo tenía por poco común lo revela el hecho de que en el autógrafo del *Héroe* escribió primero: “son tan felices las prontitudes del Ingenio, quan infaustas las dela voluntad” (fol. 7 v.). Y luego, en nueva copia o al revisar el texto impreso, corrigió *infaustas* con *azares*, siguiendo su hábito de reemplazar las expresiones más sencillas por otras más raras, menos naturales, más sorprendentes.

<sup>55</sup> Graciosa aplicación del sabido refrán: *Cuando la barba de tu vecino vieres pelar, echa la tuya a remojar, o echa la tuya en remojo* (Correas), al que se aludía ya en *La Celestina*, al principio del aucto XVI.

<sup>56</sup> *hazerse sordo*, sin artículo: cfr. nota 138, I, 341.

<sup>57</sup> *guía*, como femenino: cfr. nota 124, I, 207.

<sup>58</sup> *lición*, lección: cfr. nota 22, I, 132.

<sup>59</sup> *conciliar*, en su acepción de *granjear*; no escapará al lector avisado que



ción en la recíproca vengança; seamos sordos para no hazer caso de lo que dirán.

Con esta lición pudieron passar; por lo menos, fueron passaderos, con admiración de muchos y <sup>60</sup> imitación de pocos. Entraron ya por aquel célebre emporio de la honra, poblado de magestuosos edificios, magníficos palacios, sobervias torres, arcos, pirámides y obeliscos, que cuestan mucho de erigir, pero después eternamente duran. Repararon luego que todos los texados de las casas, hasta de los mismos palacios, eran de vidrio tan delicado como sencillo, mui brillantes, pero mui quebradizos; y assí, pocos se veían sanos y casi ninguno entero. Descubrieron presto la causa, y era un hombrecillo tan no nada <sup>61</sup> que aun de ruin jamás se veía harto; tenía cara de pocos amigos y a todos la torcía, mal gesto y peor parecer, los ojos más asquerosos que los de un médico, y sea de la cámara,<sup>62</sup> braços de acrivador <sup>63</sup> que se queda con la vasura, carrillos de catalán, y aun más chupados, que no sólo no come a dos,<sup>64</sup> pero a ninguno. De puro flaco, consumido, aunque todo lo mordía; robado de color, y quitándola <sup>65</sup> a todo lo bueno. Su hablar era zumbir de moscón, que en las más lindas manos, despreciando el nácar y la nieve, se assienta en el venino; <sup>66</sup> nariz de sátiro y aun más fisgona, espalda doble, aliento insufrible, señal de el sentido de la frase es no granjearnos con nuestra murmuración la recíproca venganza del odio de aquellos a quienes zaherimos por sus defectos.

<sup>60</sup> Sobre el empleo de esta conjunción delante de *i*-, cfr. nota 23, II, 19.

<sup>61</sup> *no nada*, que originariamente sólo significaba *nada*, equivalía también entre los clásicos a *muy poco*; tanto cuando era sustantivado, como en su propia función adverbial, se escribía indistintamente *no nada* y *nonada*. Cons. Karl Pietsch, *Spanish Grail Fragments*, Chicago, 1924-25, t. II, pág. 70.

<sup>62</sup> *médico de (la) cámara*, con intención, porque así se llamaba al médico de palacio y al médico de cabecera, y además *cámara* "se llama tambien el excremento del hombre, cuyo nombre se le debió de dar por que siempre se exonera el vientre en lugar retirado y secreto." (*Dicc. Auts.*) Con igual intención había dicho Góngora: "Vio vn medico de camara la orina . . ." *Obras*, III, 33.

<sup>63</sup> *acrivador*, cribador: cfr. nota 79, II, 292.

<sup>64</sup> *no come a dos carrillos*, se entiende, por la bien conocida locución de comer glotona y vorazmente, apuntando a una supuesta e infundada avaricia de los catalanes: cfr. texto y nota en II, 111<sub>3</sub>.

<sup>65</sup> Refiérese el pronombre femenino a *color*, pues todavía continuaba en el siglo XVII la tendencia que se manifiesta desde los orígenes de nuestra lengua a dar el género femenino a los nombres terminados en *-or*, que aun se ve en la lengua vulgar, v. gr., *la calor*. Si robado de color es pálido, deslucido, *quitárselo a lo bueno* es deslucirlo, desacreditarlo.

<sup>66</sup> *venino*, tumor o grano maligno.

entrañas gastadas. Tomava de ojo <sup>67</sup> todo lo bueno y hincava el diente en todo lo malo; él mismo se jactava de tener mala vista y dezía: “¡Maldito <sup>68</sup> lo que veo!,” y mirava a todos.

*Murmura-  
ción común.*

Este, pues, que por no tener cosa buena en sí, todo lo hallava malo en los otros, avía tomado por gusto el dar disgusto, andávase todo el día (y no santo) <sup>69</sup> tirando peros y piedras, y escondiendo la mano, <sup>70</sup> sin perdonar texado. Persuadíase <sup>71</sup> cada uno que su vezino se las tirava, y arrojávale otras tantas: éste creía que le hazía el tiro <sup>72</sup> aquél, y aquél que el otro, sospechando unos de otros y tirándose piedras, y escondiendo todos la mano. En duda, arrojavan muchas por acertar con alguna, y todo era confusión y popular pedrisco, de tal modo, o tan sin él, que no se podía vivir ni avía quien pudiesse parar; <sup>73</sup> venían por el aire bolando piedras y tiros, sin saberse de dónde ni porqué. Assí, que no quedava texado sano, ni honra segura, ni vida inculpable: todo era malas voces, hablillas, famas echadizas, <sup>74</sup> y los duendes de los chismes no paravan.

—Yo no lo creo—dezía uno—, pero esto dizen de fulano.

—Lástima es—dezía otro—que de fulana se diga esto.

Y con esta capa de compassión hazía un tiro que quebrava todo un texado. Pero no faltava quien, de retorno, les rompía a ellos las cabeças. Y a todo esto, andava rebolviendo el mundo aquel duendecillo universal. Avía tomado otro más perjudicial deporte, y era arrojar a los rostros, en vez de piedras, carbones que tiznavan feamente; y assí, andavan casi todos mascarados, <sup>75</sup> haziendo ridículas visiones, uno con un

<sup>67</sup> *tomar de ojo*, que Gracián usa repetidamente, por tomar o mirar de reojo (hostilmente), no la tengo por locución corriente.

<sup>68</sup> *maldito*, con el equívoco de *nada* (*veo*) y *maldecido* (*sea lo que veo*), que no escapará a ninguno de mis lectores españoles, pero deseo siempre facilitar la lectura a muchos extranjeros amantes de nuestras letras.

<sup>69</sup> Corrigiendo, entre intencionado y trivial, la locución familiar *todo el santo día*.

<sup>70</sup> Véase nota 62, II, 233.

<sup>71</sup> Sobre *persuadir(se)* con frecuente omisión del régimen *de* o *a*, véase nota 73, I, 362.

<sup>72</sup> *hazer el tiro*, hacer blanco y hacer daño, jugando aquí con el equívoco como en II, 25<sub>16</sub>.

<sup>73</sup> *parar*, sosegar, acepción que falta en el Diccionario académico, pero que se conserva en el uso corriente, como cuando de un lugar de mucho alboroto decimos: *aquí no se puede parar*; con idéntico significado volveremos a encontrar tal verbo en III, iv.

<sup>74</sup> *echadizas*, falsas, logradas con astucia.

<sup>75</sup> *mascarado*, común hasta el siglo XVII por *enmascarado*, como se decía *mascarar* por *enmascarar*.

tizne en la frente, otro en la mexilla, y tal que le cruzava la cara, riéndose unos de otros sin mirarse a sí mismos ni advertir cada uno su fealdad, sino la agena. Era de ver, y aun de reír, cómo todos andavan tiznados haziendo burla unos de otros. *Ninguno se conoce.*

—¿No veis—dezia uno—qué mancha tan fea tiene fulano en su linage? ¡Y que osse hablar de los otros!

—¡Pues él—dezia otro—, que no vea su infamia tan notoria y se meta a hablar de las agenas! ¡que no aya ninguno con honra en su lengua!

—¡Mirá <sup>76</sup> quién habla—saltava otro—, teniendo la muger que tiene! Quánto mejor fuera cuidara él de su casa, y supiera de dónde sale la gala.

Estando diziendo esto, estava actualmente <sup>77</sup> otro santiguándose:

—¡Que éste no advierta que tiene él porqué callar, teniendo una hermana qual sabemos!

Pero déste añadía otro:

—¡Harto mejor fuera que se acordara él de su abuelo y quién fué! Siempre lo veréis, que hablan más los que debrían <sup>78</sup> menos. <sup>79</sup>

—¿Ai tal desvergüenza en el mundo, que osse hablar aquél?

—¿Ai tal descoco de muger, que se adelante ella a dezir y quitarle a la otra la palabra de la lengua? <sup>80</sup>

Desta suerte andava el juego y la risa de todo el mundo, que siempre la mitad dél se está riendo de la otra, <sup>81</sup> burlándose unos de otros, y todos mascarados; éstos se figavan de aquéllos, y aquéllos éstos, y todo era risa, ignorancia, murmuración,

<sup>76</sup> *mirá*, mirad: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>77</sup> *actualmente*, como adverbio de modo, por real y verdaderamente.

<sup>78</sup> *debrían*, corriente en los textos clásicos por *deberían*, como había sido contracción frecuente de muchos verbos con terminación *-er* o *-ir* en la lengua del siglo XII al XIV, y como aun decimos *habría*, *cabría*, *sabría*, etc.

<sup>79</sup> Corresponde al dicho proverbial ya anotado, 51, II, 129.

<sup>80</sup> *dezir* no está aquí por *hablar* (cfr. nota 70, I, 225), sino en su acepción más común, porque el descoco de esa mujer no consiste en adelantarse a hablar y cortarle a la otra la palabra; consiste en adelantarse a decir *la palabra*, quitándosela a la otra malhablada de la lengua; la palabra, con perdón sea dicho, es *hideputa*, o tal vez cortada más a la moderna, digo a la moderna y a la antigua, porque ya en el siglo XV podía el marqués de Santillana registrar seis refranes (núms. 330, 445, 471, 482, 559 y 675) con las cuatro letras: cfr. texto y nota en II, 243<sub>11-12</sub>.

<sup>81</sup> Había expresado el mismo pensamiento, con una coletilla explicativa, en *El Héroe*, V, escribiendo de su puño y letra: “es de ver la metad del mundo riendose dela otra con mas, o menos disculpa;” tachó luego *disculpa* y puso *de necedad* (fol. 12 v.), que quedó como redacción definitiva.

*Espejo* desprecio, presunción y necedad, y triunfava el ruincillo.<sup>82</sup>  
*plático.* Reparavan algunos más advertidos, si no más felices, en que se reían dellos y acudían a una fuente, espejo común en medio de una plaza, a examinarse de rostro en sus cristales,<sup>83</sup> y reconociendo sus tiznes, alargavan la mano al agua, que después de aver avisado del defeto,<sup>84</sup> da el remedio y limpia; pero quanto más porfiavan en lavarse y alabarse, peores se ponían, pues, enfadados los otros de su afectado desvanecimiento, dezían:

—¿No es éste aquel que vendía y comprava?<sup>85</sup> ¿Pues qué<sup>86</sup> nos viene aquí vendiendo honras?<sup>87</sup>

—Aguarda, ¿no es aquél hijo de aquel otro? Pues, por

<sup>82</sup> *el ruincillo*, el satírico murmurador que tan bien ha pintado algo antes.

<sup>83</sup> Sobre este espejo para el propio conocimiento, cfr. texto y nota en I, 250<sup>13-15</sup>.

<sup>84</sup> *defeto*, con la *c* etimológica restituída en M1664: cfr. nota 242, II, 161.

<sup>85</sup> No se necesitaba para mayor infamia que fuese un tratante de negros; bastaba con que fuese un mercader cualquiera, no sólo por la mala opinión en que eran tenidos los tales (cfr. nota 180, II, 194), sino también por el desdén de las empresas mercantiles y de los trabajos manuales que nuestros antiguos españoles heredaron de los atenienses y los romanos. Ya en 1499 se escribía de España: “la gente de acá toda rehuye y anda muy lexos de las tristes ganancias, partidos, intereses y mercaderías de Italia, que allá todo se vende bien, como acá todo se da; la gente de acá toda sabe más a la corte que a la tierra y al trato, toda está puesta más en cavalleria, en honrra y esfuerço, que en officios de manos, más en criança, fidalguia y nobleza, que la gente comun en Alemaña y Francia, que los más son oficiales y viven de sus artes; todos salen a varones acá, y varones de honor.” (Gauberte di Vagad, *Corónica de Aragón*, Zaragoza, 1499: cit. Benedetto Croce, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari, 1917, pág. 105.) En las Cortes de 1626 se juzgó necesario declarar que “la nobleza podía tomar parte en empresas mercantiles sin que sufriera[n] menoscabo sus privilegios; pero a condición de que los nobles no pusieran mano en estos trabajos personalmente, ni que tampoco el local donde se hiciesen las ventas fuese su propio domicilio, estándoles vedado permanecer en las tiendas.” Konrad Haëbler, *Prosperidad y decadencia económica de España durante el siglo XVI*, trad. F. de Laiglesia, Madrid, 1899, pág. 138.

<sup>86</sup> *qué*, por *qué*. Ruiz de Alarcón: “¿Qué os entristecéis? Hablad, / no me tengáis más suspenso.” (*La verdad sospechosa*, II, ix.) Vélez de Guevara: “¿Digo yo menos, señor? / ¿Qué me quebráis la cabeza?” (*El diablo está en Cantillana*, I, vi.) Salas Barbadillo: “Prosiga; ¿qué se turba?” (*El sagaz Estacio*, ed. Clás. Cast., pág. 249.) También se decía, y aun dice tal cual vez en lenguaje familiar, *qué* significando *para qué*: cfr. nota 89, II, 62.

<sup>87</sup> No porque *vender honras* sea expresión proverbial, sino dicho con doble intención, porque el que antes vendía mercaderías, ahora (por seguir vendiendo) vende honras, y también porque se pone a vender lo que no tiene.

quatro reales <sup>88</sup> que tiene, ¿anda tan deslavado, <sup>89</sup> no siendo su hidalguía tanto al uso <sup>90</sup> quanto al aspa? <sup>91</sup>

Lo peor era que la misma agua clara sacava a luz muchas manchas que estaban ya olvidadas. Y assí, a uno que trató de alabarse de ingenuo le salió una esse, que era dezir: “Esse es esse.” <sup>92</sup>

—Yo lo sé de buena tinta—dezía uno—que fulano es un tal.

Y no era sino harto mala, pues echava tales borrones. Sentía mucho cierta señora, que blasonava de la más roja sangre del reino, se le atreviesse la murmuración, y no advertía que la mancha de un descuido sale más en el brocado, como la roncha en la belleza. Estava otra mui corrida de que siendo ya matrona, la echavan en la cara no sé qué niñería de allá quando rapaza. Estava el otro para conseguir una dignidad, y salíale al rostro un tizne de no sé qué travesura de su mocedad. Pero el que se sintió <sup>93</sup> mucho fué un príncipe, en cuya esclarecida frente echó un historiador un borrón sacudiendo la pluma. Aquello de aver sido, no podía uno tolerar:

—Que el ser aora salga a la cara, passe; pero ¡porque allá mi tartarabuelo <sup>94</sup> lo fué!

—¿Qué razón ai que <sup>95</sup> por lo que passó en tiempo del rei que rabió <sup>96</sup>—ponderava otro—me hagan a mí rabiarse?

<sup>88</sup> Sobre el valor del *real*, véase nota 34, I, 101.

<sup>89</sup> *deslavado*, con equívoco de lavado de su mancha muy a la ligera, y de *descarado*: comp. *Comulgatorio*, medit. XXIII, pág. 40 b.

<sup>90</sup> *uso*, dando un tercer golpe al equívoco entre *uso* y *huso*: cfr. texto y notas en I, 305<sub>II</sub>; II, 242<sub>4</sub>.

<sup>91</sup> *aspa*, jugando con el sentido de instrumento para aspar hilo, y el de cruz colorada que se ponía en el capotillo amarillo de los penitenciados por la Inquisición.

<sup>92</sup> Téngase en cuenta que *ingenuo* está empleado con equívoco entre hombre sin doblez, y hombre que nació libre y no ha perdido su libertad. Marcábase a los esclavos con una S cruzando un clavo, que era la cifra de *esclavo*, como se ve en estos versos de Baltasar del Alcázar: “Púsome en el alma el clavo, / su dulce nombre y la S, / porque ninguno pudiese / saber de quién soy esclavo.” (*Poesías*, ed. Rodríguez Marín, Madrid, 1910, pág. 5.) Así, el *Esse es esse* de nuestro texto significa *Ese es esclavo*.

<sup>93</sup> *sentirse*, quejarse.

<sup>94</sup> *tartarabuelo*, conservada en casi todas las ediciones del siglo XVII, excepto las de 1663 y 1700, que ponen *tatarabuelo*, fué cambiada por esta última forma en las del siglo XVIII; *tartarabuelo* y *tartarabuela* están registradas en el *Vocabulario* de Franciosini, *tartarabuelos* en el *Tesoro* de Oudin, así como *tarlaranielo* en ambos y en el *Tesoro* de Covarrubias, y hasta *tartaramiente* (por *miente*, *remiente*, *tartaramiente*) en las *Obras* de Antonio de Mendoza, ed. cit., pág. 13 d.

<sup>95</sup> *que*, para *que*: cfr. nota 89, II, 62.

<sup>96</sup> Acerca de este dicho proverbial queda nota 30, II, 90.

Lo más acertado era callar y callemos,<sup>97</sup> y no alabarse, porque de los blasones de las armas hazían los otros baldones;<sup>98</sup> y aun desde que dieron en lavarse en la fuente de la presunción y desvanecimiento, les salieron más manchas a la cara. Y unos y otros se davan en rostro con las fealdades de allá de mil años.

*Ninguno sin crimen.* Y fué de suerte (digo, desdicha) que no quedó rostro sin lunar, ojo sin lagaña, lengua sin pelo,<sup>99</sup> frente sin arruga, mano sin berruga, pie sin callo, espalda sin giba, cuello sin papera, pecho sin tos, nariz sin romadizo, uña sin enemigo,<sup>100</sup> niña sin nube,<sup>101</sup> cabeça sin remolino,<sup>102</sup> ni pelo sin repelo:<sup>103</sup> en todos avía algo que señalasse con el dedo aquel malsín y de que se rezelassen los otros. Y aun todos iban huyendo dél, diziendo a voces:

—¡Guarda, el ruincillo! ¡guarda, el maldiciente! ¡O maldita lengua!

*Momo descubierta.* Conocieron con esto que era Momo,<sup>104</sup> y huyeran también si no les emprendiera<sup>105</sup> él mismo preguntándoles qué buscaban, que parecían estraños en lo perdido. Respondiéronle venían en busca de la buena reina Honoria. Y él al punto:

—¿Muger y buena, y en esta era?: yo lo dudo. En mi boca, por lo menos, no lo será. Yo las conozco todas, y a todos, y no hallo cosa buena. El buen tiempo ya passó, y con él todo lo bueno. (En boca del viejo, todo lo bueno fué, y todo lo malo

<sup>97</sup> Por el refrán que dejamos anotado, 61, I, 385.

<sup>98</sup> La correspondencia no es sólo la verbal de *blasones* y *baldones*, sino de un *hazer* expresado y otro sobrentendido, porque *hazer blason(es)* significa blasonar o jactarse.

<sup>99</sup> Aludiendo a la frase figurada *no tener pelos en la lengua*, pero dándose cuenta el autor de que *pelos* en tal frase significa grietas, úlceras o cosa análoga, como en la enfermedad llamada *pelo* que padecen las caballerías.

<sup>100</sup> *enemigo* que la descubra, porque *descubrir la uña* o *mostrar la uña* "vale descubrir finalmente algun defecto el que estaba bien opinado." *Dicc. Aut.*

<sup>101</sup> Repitiendo los equívocos con *niña* y con *nube* que hemos señalado en II, 26<sub>5</sub> y 315<sub>23</sub>.

<sup>102</sup> *remolino*, intencionadamente, porque así se llama a "vn retorcimiento de cabellos en redondo . . . todos tenemos vno en lo sumo de la cabeça" (Covarrubias), y porque cabeza con remolino dentro no puede dejar de ser ligera y de poco asiento.

<sup>103</sup> *repelo*, riña o censura.

<sup>104</sup> No tanto por ser el dios mitológico de la locura y la burla, arrojado por sus reprensiones y chanzas del Olimpo, como por ser una feliz creación literaria de Luciano en sus diálogos, ha merecido Momo difundirse en las literaturas modernas. Curiosa es la *Historia moral del dios Momo* (Madrid, 1666) del P. Benito R. Noydens.

<sup>105</sup> *les emprendiera*: la emprendiera con ellos, que diríamos hoy.

es.) <sup>106</sup> Con todo eso, yo os quiero oí servir de brújula; vamos discurriendo por la ciudad, provemos ventura, que no será poca hallarla, siendo una de aquellas cosas de que piensa estar lleno el mundo, quando más vacío.

Oyeron que estava uno persuadiendo a otro perdonasse a su enemigo y se quietasse,<sup>107</sup> y respondía él:

—¿Y la honra?

*Honra*

Dezíanle a otro que dexasse la manceba y el escándalo de *mundana*. tantos años. Y él:

—No sería honra aora.

A un blasfemo, que no jurasse ni perjurasse, y respondía:

—¿En qué estaría la honra?

A un pródigo, que mirasse a mañana, que no tendría hacienda para quatro días:

—No es mi honra.

A un poderoso, que no hiziesse sombra <sup>108</sup> al rufián y al asesino:

—No es mi honra.

—Pues, hombres de Barrabás—dixo Momo—, ¿en qué está la honra? ¡No digo yo!

A otro lado oyeron dezir a uno:

—Mirá fulano en qué pone su honra.

Y respondía éste:

—¿Y él, en qué la pone?

—¡Mirá éste, mirá aquél, y miradlos a todos en qué la ponen!

Dezía un linajudo, muipreciado de honrado, que a él le venía mui de atrás, allá de sus antepassados, de cuyas hazañas vivía.

—Essa honra, señor mío—le dixo Momo—, ya no huele bien, rancia está. Tratad de buscar otra más plática.<sup>109</sup> Poco importa la honra antigua, si la infamia es moderna. Y si no os vestís de las ropas de vuestros antepassados porque no son al

<sup>106</sup> “Es privilegio de viejos—había explicado fray Antonio de Guevara—loar mucho el tiempo pasado y quejarse siempre del tiempo presente, diciendo que en su juventud conocieron ellos a muchos vecinos y amigos suyos, los cuales eran animosos, dadivosos, esforzados, gastadores, honrados y valerosos; y que ya el mundo es venido a tal estado, que todos son en él cobardes, escasos, mentirosos, mezquinos y fementidos; y la causa deste descontento es que entonces, con la alegría de la juventud, no les parecia cosa mal, y agora, como son ya viejos, ninguna cosa les parece bien.” *Epístolas familiares*, ed. BAE, XIII, 218 a.

<sup>107</sup> Sobre *quietarse* por *aquietarse*, véase nota 63, I, 142.

<sup>108</sup> *hacer sombra* en su acepción figurada de *amparar*.

<sup>109</sup> *plática*, *práctica*: cfr. nota 53, II, 24.

uso, ni salís un día con la martingala <sup>110</sup> de vuestro abuelo porque se reirían de tal vejez, <sup>111</sup> no pretendáis tampoco arrear el ánimo de sus honores. Buscad en nuevas hazañas la honra al uso. <sup>112</sup>

No faltó quién les dixo hallarían la honra en la riqueza.

—No puede ser—dixo Momo—, que honra y provecho no caven en esse saco. <sup>113</sup>

Encamináronse a casa de los hombres famosos y plausibles, y hallaron se avían echado a dormir. <sup>114</sup> Encontraron un cavallero nuevo corriendo <sup>115</sup> ilustre sangre, y al punto dixerón:

—Este sí que sabrá della.

Halláronle que estava sudando y rebentando, más que si llevara un mundo a cuestras; gemía y suspirava sin cessar.

—¿Qué tiene este hombre?—dixo Andrenio—. ¿De qué trasuda?

—¿No ves—dixo Momo—aquel punto indivisible que carga sobre sus ombros? Pues ésse es el que le abruma.

—¡Mirá <sup>116</sup> aora—replicó Andrenio—qué Atlante parando <sup>117</sup> espaldas a un cielo! ¡qué Hércules apuntalando la monarquía de todo el mundo!

*Punto de honra.* —Pues esse puntillo—ponderó Momo—les haze a muchos sudar y tal vez rebentar; por conservar aquel punto en que se metió o le metieron, anda toda la vida gimiendo, fáltanle las fuerças, añádense las cargas, crecen los gastos, menguan las haziendas: y el punto no ha de faltar.

—Si la <sup>118</sup> avéis de hallar—les dixo uno—ha de ser en lo que arrastra. <sup>119</sup>

<sup>110</sup> *martingala*, “parte del arnés que cubria las entrepiernas.” *Dicc. Aut.*

<sup>111</sup> *vejez* (vejez) es voz de la lengua medieval (v. gr., Berceo, *Milagros*, estr. 502 c; Arciprete de Hita, estr. 312 d; *Cancionero de Baena*, pág. 414) que Gracián emplea para dar a la idea de ancianidad mayor énfasis con el arcaísmo.

<sup>112</sup> *al uso*, intencionadamente, con acción y efecto de usar.

<sup>113</sup> Por el dicho proverbial registrado en la nota 35, I, 381.

<sup>114</sup> Nuestro autor se lamenta repetidamente, al modo de los satíricos de todos los tiempos, de que ya no había grandes hombres en su siglo; pero al par alaba como famosos varones a muchos de sus contemporáneos.

<sup>115</sup> *corriendo*, con cierta ambigüedad sintáctica para darle un segundo sentido a este verbo, probablemente el de *perseguir*, *buscar*.

<sup>116</sup> *mirá*, mirad.

<sup>117</sup> *parar*, poner: cfr. nota 54, I, 223.

<sup>118</sup> *la* refiriéndose a *honra*.

<sup>119</sup> “Lo que arrastra honra, dixose por las ropas rozagantes que llegan al suelo, como las lobs de los Ecclesiasticos y personas graues que solian



—Honra que va por tierra, ponerse ha de lodo—dixo Critilo.

—Digo que sí, que lo que arrastra honra.

—Esso no—saltó Momo—. Yo digo al rebés, que lo que honra arrastra, y esta negra <sup>120</sup> honrilla trae arrastrados a muchos. ¡O, a cuántos traen arrastrados las galas y cadenas de las mugeres, las libreas de los pages, y andan corridos quando más honrados! Dizen que hazen lo que deven; yo digo al rebés, que deven lo que hazen, y dígalo el mercader y el oficial y los criados. *Lo que honra arrastra.*

Hallaron otro y otros muchos que estaban echando los bofes y la misma hiel por la boca.

—Peor es esto—dixo Andrenio.

—Pues si en algunos se ha de hallar la honra—dixo Momo—, ha de ser en éstos.

—¿Y porqué?

—Porque rebientan de honrados.

—Cara les cuesta la negra de la honrilla.

—Y lo peor es que quando más la piensan conseguir, entonces la alcanzan menos, perdiendo tal vez la vida y quanto ai.

—No os canséis—dixo uno—, que no la hallaréis en toda la vida, sino en la muerte.

—¿Cómo en la muerte?

—Sí, que aquel día es el de las alabanzas, y tras la muerte le hazen las honras.<sup>121</sup>

—¡O qué donosa cosa!—dixo Andrenio—. En un saco de tierra poca honra cabrá. Cara es la honra que cuesta el morir; y si un muerto es tierra y nada, toda su honra será no nada.<sup>122</sup>

—Mucho es—ponderava Critilo—que ni hallemos a Honoria en su corte, ni la honra en una tan populosa ciudad.

traer falda.” (Covarrubias.) Está *arrastra* en nuestro texto, claro es, con toda intención.

<sup>120</sup> *negro*, en su acepción de *malhadado* o *funesto*, fué en aquel siglo y en el anterior voz bastante más usada que en nuestros días, como cuando escribe Lope de Rueda “viene de hazer una negra carguilla de leña” (*Teatro*, ed. Clás. Cast., pág. 260), y aun a lo blanco mismo se aplicaba, v. gr., Cervantes, “se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero, merced a la golosina de Sancho y a la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron a su amo.” (*Quijote*, II, xviii.) Y para colmo, el de Quevedo: “Llegaron al negro patio, / donde está el negro aposento, / en donde la negra boda / ha de tener negro efecto.” *BAE*, LXIX, 166 b.

<sup>121</sup> *honras* fúnebres, se entiende.

<sup>122</sup> *no nada*: cfr. nota 61, II, 327.

—Honra y en ciudad grande—dixo Momo—mui mal se enquadernan. En otro tiempo aun se hallara la honra en las ciudades, pero ya está desterrada de todas. Assegúroos que todo lo bueno se perdió en ésta el día que echaron della aquel gran personage tan digno de eterna observación y conservación a quien todos respetavan por su gran caudal y gobierno: él salía por una puerta, ¡qué lástima!, y todas las ruindades entravan por otra, ¡qué desdicha!

—¿Qué varón fué ésse—preguntaron—de tanta importancia y autoridad?

—Era el gobernador de la ciudad, y aun dizen hijo de la misma reina Honoria. No avía Licurgo como él, ni hubo jamás república de Platón tan concertada como ésta; todo el tiempo que él la assistió <sup>123</sup> no se conocían vicios ni se sonava un escándalo, no parava malhechor ni ruin, porque todos le temían más que al mismo governador de Aragón.<sup>124</sup> Más recavava su respeto que las mismas leyes, y más le temían a él que a las dos columnas del suplicio.<sup>125</sup> Pero luego que él faltó se acabó todo lo bueno.

D. Pedro  
Pablo  
Zapata.

—¿No nos dirías quién fué un personage tan insigne y tan caval?

—De verdad que era bien nombrado, y me espanto <sup>126</sup> mucho no deis en la cuenta. Este era el prudente, el atento, el temido ¿Qué dirán?, sugeto bien conocido, que los mismos príncipes le respetavan y aun le temían, diziendo: ¿Qué dirán de un príncipe como yo?, que deviendo ser el espejo que compone <sup>127</sup> todo el mundo, soi el escándalo que lo descompone. ¿Qué dirán?, dezía el título, que no cumplo con mis obliga-

Provechos  
del qué  
dirán.

<sup>123</sup> *assistir*, servir: cfr. nota 129, II, 316.

<sup>124</sup> Dejamos nota sobre don Pedro Pablo Zapata, 6, II, 49.

<sup>125</sup> Las dos columnas son, por supuesto, los palos de la horca: “porque antiguamente colgauan los mal hechores de vnos palos con estos dos gajos, entre los quales se atava la sogá, llamamos horca el tal patibulo, aunque sea de otra forma, como es de dos maderos hincados en tierra, y otro que encima traia de ambos.” Covarrubias.

<sup>126</sup> *espantarse*, asombrarse: cfr. nota 36, I, 108.

<sup>127</sup> *componer*, en la acepción de *moderar*, *corregir*. Respecto de ser el príncipe un espejo de virtud en que han de mirarse los vasallos, se lee en las *Partidas* de Alfonso el Sabio: “porque los omes toman exemplo dellos, de lo que les veen fazer: e sobre esto dixerón por ellos que son como espejo en que los omes veen su semejança de apostura o de enatieza [descompostura].” (Part. II, tít. v, ley 4.) Al simbolismo del espejo del príncipe consagró Solórzano Pereyra el emblema XXVIII de sus *Emblemata centum Regio Política*, con eruditísimo comentario (ed. Madrid, 1779, págs. 151–156).

ciones, siendo tantas, que degenero de mis antepassados, famosos héroes, que me dexaron tan empeñado en hazañas y yo me empeño en baxezas. ¿Qué dirán de mí?, decía el juez, que atropello la justicia, deviéndola yo amparar, y de juez me hago reo: ¿esso no dirán de mí! Quando más acosada la casada, acordávase dél y decía: ¿Qué dirán de mí?, que una matrona como yo, de Penélope me trueco en Elena, que pago mal el buen proceder de mi marido con mi mal parecer: ¿esso no, libreme Dios de tan mal gusto! Hasta la recatada donzella se conservava en el jardín de su retiro, diciendo: Yo, que soi una fragante flor, ¿avía de dar tan mal fruto? ¿yo, siendo una rosa, ser risa <sup>128</sup> del mundo? ¿yo, ver ni ser vista? ¿yo, por hablar, dar que dezir?: ¡de esso me guardaré yo mui bien! ¿Qué dirán?, decía la viuda, que a muerto marido, amigo venido, <sup>129</sup> que del riego de mi llanto nace el verde de mis gustos, <sup>130</sup> que tan presto trueco el requiem en aleluya. <sup>131</sup> No dirán tal, decía el soldado, que yo me calcé botas de fuina; <sup>132</sup> ¿qué dirán de un español?, que entre galos <sup>133</sup> soi gallina. <sup>134</sup> ¿Qué dirán de un hombre de mis prendas?, decía el sabio, que de alumno de Minerva me hago vil esclavo de Venus. ¿Qué dirán los moços?, decía el viejo; y ¿qué dirán los viejos?, decía el moço. ¿Qué dirán los vezinos?, decía el hombre de bien. Y con esto, todos se recatavan. ¿Qué dirían mis émulos?, decía el cuerdo: ¡qué buen día para ellos y qué mala noche para mí! ¿Qué dirían los súbditos?, decía el superior; y ¿qué diría el superior?, decían los súbditos. Desta suerte todo el mundo le temía y le respetava, y todo iba, no de concierto, pero mui

<sup>128</sup> Nótese un caso más de analogía en este pasar de *rosa* a *risa*.

<sup>129</sup> Sobre este juego del *mar-ido* y *venido*, y el correspondiente refrán, queda nota 62, II, 290.

<sup>130</sup> Por la locución *darse un verde* (cfr. nota 90, I, 228), y también por lo de *ser* o *estar verde* una persona (cfr. nota 152, I, 212).

<sup>131</sup> Recuérdame un rasgo satírico de Quevedo: "Oye, verás esta viuda, que por de fuera tiene un cuerpo de responsos, como por de dentro tiene un ánima de aleluyas, las tocas negras y los pensamientos verdes." *Los Sueños*, ed. cit., II, 35.

<sup>132</sup> *fuina*, "es vna especie de marta o raposilla muy dañina . . . De las pieles de las fuinas bien adereçadas se hazen aforros que parecen martas, mirandolas no muy de cerca." (Covarrubias.) Gracián emplea la voz con claro equívoco, dando a entender botas de *fuga*, de soldado cobarde.

<sup>133</sup> *galos*, con equívoco entre *gallos* y *franceses*, algo violento por la grafía.

<sup>134</sup> Sobre la acepción vulgar de *gallina* (cobarde) en la lengua clásica, véase nota 139, II, 144.

concertado.<sup>135</sup> Faltó él, y faltó todo lo bueno esse mismo día: todo está ya perdido, todo rematado.

—¿Pues qué se hizo <sup>136</sup> un Catón tan severo, un Licurgo tan regular?

*Ostracismo vulgar.* —¿Qué se hizo?; que no pudiéndolo sufrir unos y otros, no pararon hasta echarle. Bárbaro vulgar Ostracismo se conjuró contra él, y por ser bueno, le desterraron al uso de oi. Sabed que con el tiempo, que todo lo trastorna, fué creciendo esta ciudad, aumentándose en gente y confusión, que toda gran corte es Babilonia; <sup>137</sup> no se conocían ya unos a otros, achaque de poblaciones grandes; començaron con esto poco a poco a desestimar su gran gobierno, de aí a no hazer caso dél, luego a atrevérsele. Como todos eran malos, no se espantavan unos de otros, no dezían éstos de aquéllos; cada uno se mirava a sí y enmudecía, metía la mano en el seno y sacávala tan sarnosa, que no se picava de la agena.<sup>138</sup> No dezían ya ¿qué dirán?, sino ¿qué diré yo dél que no diga él de mí, y mucho más? Desta suerte, mancomunados todos, echaron fuera el ¿Qué dirán?, y al punto se perdió la vergüenza, faltó la honra, retiróse el recato, huyó el pundonor; ya no se atendía a obligaciones, con que todo se assoló: al otro día, la matrona dió en matrera,<sup>139</sup> la donzella de vestal en bestial, el mercader a escuras para dexar a ciegas,<sup>140</sup> el juez se hizo parte con el que parte,<sup>141</sup> los sabios con resabios,<sup>142</sup> el soldado quebrado,<sup>143</sup> hasta

<sup>135</sup> Algo trivial parece aquí esta distinción de que todo no iba de común acuerdo, pero sí muy ordenado.

<sup>136</sup> *qué se hizo*, qué fué de: cfr. nota 114, I, 286.

<sup>137</sup> Babilonia: cfr. notas 70 y 101, II, 208, 296.

<sup>138</sup> De la *sarna* ajena, sobrentendiendo el substantivo correspondiente al adjetivo expresado.

<sup>139</sup> De *matrero*, -ra consigna el *Dicc. de Autoridades*: “Astuto, sagaz, diestro y experimentado en alguna cosa,” definición que casi literalmente recoge el moderno Diccionario académico; pero encuentro yo empleada la forma femenina con peor sentido, en casos que hoy el vulgo llamaría *zorra* a una mujer (v. gr., en *La pícaro Justina*, II, 14 y 59); así encaja mejor en nuestro texto el sentido que Correas da a la locución siguiente: “*Es matrero*. El astuto redomado.”

<sup>140</sup> Puede sobretenderse en esta cláusula el verbo *dar* de las dos anteriores (dar mercancías), u otro nuevo, como *quedar*. Sobre la oscuridad de las tiendas, procurada por los mercaderes para facilitar el engaño, dejamos nota 111, I, 231.

<sup>141</sup> *partir*, repartir.

<sup>142</sup> Sobrentendido el verbo *quedar* u otro análogo.

<sup>143</sup> Equívoco semejante de *soldado*, como substantivo y como participio de *soldar*, hemos visto ya en I, 206<sub>4-5</sub>; sobrentendido de nuevo *quedar* o *hacerse*.

el espejo universal se hizo común.<sup>144</sup> Assí, que ya no ai honra ni se parece.<sup>145</sup> ¡Eh!, no nos cansemos en buscar tarde lo que otros no pudieron hallar ni al medio día.<sup>146</sup>

—¿Pues en una ciudad tan famosa?—ponderava Critilo.

—Trocóse en fumosa—dixo Momo—, con tanto humo y tanto hollín, y todo confusión.

—Tú te engañas—replicó en alta voz un otro personage que allí se dexó ver, por ser bien vísible en lo grueso y bien visto en lo agradable, mui diferente de Momo, y aun su antagonista, en su aspecto, trato, genio, trage, hechos y dichos.

—¿Qué sugeto es éste?—preguntó Andrenio a uno de los del séquito, que era tan mucho <sup>147</sup> como popular.

Y respondióle:

—Bien dixiste, sugeto a todos y de todos.

—¡Qué colorado que está!

—Como el que de nada se pudre.

—¡Qué aprovechado!

—Trata de vivir.

—Parece hombre de lindos hígados <sup>148</sup> y mejor melsa.<sup>149</sup> ¿Cómo ha engordado tanto en estos tiempos?

—Come el pan de todos.

—Parece simple.

—Es conveniencia, porque en siendo uno entendido es temido y luego aborrecido.

—No muestra saber de la missa la media.<sup>150</sup>

—Harto sabe, pues sabe dezir amén.

—¿Y cómo se llama?

—Tiene muchos nombres, y todos buenos: unos le llaman el buen hombre, otros el buen Juan,<sup>151</sup> escolán <sup>152</sup> de amén, *manja*

<sup>144</sup> Alude al que ha llamado “espejo común” (pág. 330<sub>s</sub>), significando ahora por *común*, bajo y despreciable. Podría entenderse, además, una velada alusión a otro espejo de “todo el mundo” (el rey), también mencionado en pág. 336<sub>27</sub>.

<sup>145</sup> *parecer*, con su valor intransitivo de *aparecer* o *dejarse ver*.

<sup>146</sup> Lo que los otros, en particular Diógenes, no pudieron hallar al mediodía es un hombre que en verdad lo sea: cfr. nota 11, II, 168.

<sup>147</sup> *tan mucho*: cfr. nota 66, I, 114.

<sup>148</sup> *lindos hígados*, aquí por *buena índole*.

<sup>149</sup> *melsa*, flema.

<sup>150</sup> Por la frasecilla tan conocida, que ya traía y comentaba el Maestro Correas.

<sup>151</sup> *Juan*, por lo bonazo y flojo, como veremos en un pasaje aun más explícito (III, vi).

<sup>152</sup> *escolán*, a la latina (*schola-m*), aunque la forma corriente en Aragón es *escolano*, sacristán o acólito; hállase esta última, y con tal significación

*El contrario de Momo.* *con tutti*,<sup>153</sup> el buen pan, pasta real. Pero su propio nombre en español es *sí, sí*, y en italiano *bono, bono*. Y así como a Momo se le dió el nombre de *no, no*, que corrompida la ene por ignorancia o malicia, quedó en *mo mo*,<sup>154</sup> así a éste, de *bono, bono* le quedó el *bo bo*,<sup>155</sup> porque todo lo abona y todo lo alaba. Pues, aunque sea la más alta necedad, dize: “¡Bueno, bueno!” al más solemne disparate: “¡Qué bien!” a la mayor mentira: “¡Sí, sí!” al peor desacierto: “¡Está bien!” a la más calificada bobería: “¡Lindamente!” Desta suerte, vive y bebe con todos, y de todo engorda, que tiene linda renta en la agena bobería.

—Pues si eso es, llámáranle Eco de la necedad. Pero, dime, ¿cómo no le tuvieron por Dios los antiguos, así como a Momo, y con más razón, por ser más plausible y más agradable?

*Lisonja perniciosa.* —Ai mucho que dezir en eso. Sienten unos que, aunque siempre trata de lisongear, como cada uno piensa que se le deve lo que se le dize, ninguno lo agradece; sirve a muchos y ninguno le paga, y morirá comido de lobos. Otros dizen que realmente no es de provecho en el mundo, antes de mucho daño. Lo cierto es que la malicia humana no ha estimado tanto sus simplicidades quanto temido las quemazones de Momo.

Alborotóse mucho éste luego que le vió; travóse entre los dos una reñida pendencia. Acudieron todos los apasionados de ambos, haziéndose a dos vandas: los sátrapas,<sup>156</sup> los críticos, entendidos, bachilleres,<sup>157</sup> podridos, caprichosos, satíricos y maldicientes se empeñaron por Momo;<sup>158</sup> al contrario, los

(no la de “estudiante, niño de la escuela,” que le da Lanchetas) en el *Sacrificio de la misa* (estr. 235 d) de Berceo.

<sup>153</sup> *mangia con tutti*, en su sentido figurado de entenderse o tener trato familiar con todos; acerca de la incorrecta ortografía italiana de Gracián, véase lo dicho en nota 135, I, 398.

<sup>154</sup> Del carácter de este personaje mitológico y lucianesco, que todo lo ridiculiza y tiene un *no, no* de desaprobación para cuanto mira, infiere Gracián humorísticamente lo de esa supuesta *n* corrompida en *m* que lo dejó en *momo* (mofa).

<sup>155</sup> *Bobo* trae nuestro texto, así como los de 1663, M1664, B1664, 1669, 1674, etc., estropeando el equívoco del autor, que sin duda alguna escribió *bo bo*, como antes *no no* y *mo mo*.

<sup>156</sup> *sátrapa*, ladino.

<sup>157</sup> Para el sentido peyorativo que desde los viejos tiempos se venía dando a *bachiller*, véase nota 139, II, 187.

<sup>158</sup> No carece de interés la siguiente noticia de un paisano y coetáneo de nuestro autor, del cultísimo Juan Vitrián: “De nuestros tiempos ser notados por de genio critico y maldiciente, Francisco Berna, Poëta, contra

panarras,<sup>159</sup> buenos hombres, amenistas,<sup>160</sup> lisonjeros, sencillos y buenas pastas <sup>161</sup> se hizieron a la vanda de Bobo. Critilo y Andrenio se estavan a la mira, quando se llegó a ellos un prodigioso sugeto y les dixo:

—No ai mayor necesidad que estárselas oyendo. Si venís en busca de la Honra, seguidme, que yo os guiaré a donde está la honra del mundo entero.

Dónde los llevó, y dónde realmente la hallaron, se queda para otra crisi.

los de su nacion, Italianos, Francisco Guiciardino, historico, contra los Venecianos, Geronimo Conestagio contra los Portugueses, Trajano Bocalini, discursista paradoxo, contra toda la nacion Española; y contra todos el impio Iuan Barclayo, nacido en Inglaterra, criado en Francia." *Las memorias de Comines*, I, 3.

<sup>159</sup> *panarra*, mentecato.

<sup>160</sup> *amenistas*, humorísticamente forjado por Gracián para designar a los que a todo dicen *amén*.

<sup>161</sup> *buena pasta*: cfr. nota 44, II, 304.

## CRISI DUODÉZIMA

### *El trono del Mando.*

COMPETÍAN las Artes y las Ciencias el soberano título de reina, sol del entendimiento y augusta emperatriz de las letras. Después de aver hecho la salva <sup>1</sup> a la sagrada Teología (verdaderamente divina, pues toda se consagra a conocer a Dios y rastrear sus infinitos atributos), aviéndola sublimado sobre sus cabeças y aun sobre las estrellas, que fuera indecencia adozenarla, prosiguióse la competencia entre todas las demás que se nombran, de las texas abaxo,<sup>2</sup> luzeros de la verdad y nortes seguros del entendimiento. Viéronse luego hazer de parte de ambas Filosofías todos los mayores sugetos, los ingeniosos a la vanda de la Natural <sup>3</sup> y los juiziosos de la Moral, señalándose entre todos Platón eternizando divinidades y Séneca sentencias. No fué menos numeroso ni lucido el séquito de la Humanidad,<sup>4</sup> gente toda de buen genio; y, entre todos, un discreto de capa y espada,<sup>5</sup> aviendo arengado por ella, concluyó diziendo:

<sup>1</sup> Como demostración de honor y acatamiento.

<sup>2</sup> *de tejas abajo* suele decirse hoy, y es la forma registrada en el moderno *Diccionario de la Academia*, pero empleábase entonces con preferencia la de nuestro texto, con el artículo. Así Correas: "*De las tejas abajo*. Por decir en la tierra . . ." Igualmente Liñán y Verdugo, *op. cit.*, pág. 208: "haciendo un juicio con los astrólogos de las tejas abajo." Con el artículo también en Covarrubias y Franciosini. Sin él viene ya en el *Dicc. de Autoridades*.

<sup>3</sup> *Filosofía Natural*: cfr. nota 209, II, 156. Llama *ingeniosos* a sus cultivadores en la estricta significación de la palabra, porque *discurren* sobre la esencia y propiedades del mundo natural; y calificará de *juiziosos* a los de la Filosofía Moral en su precisa acepción también, porque *distiñen* el bien del mal y lo verdadero de lo falso.

<sup>4</sup> *Humanidad*, en la acepción que falta en el moderno *Diccionario académico* (que sólo la admite en el plural, *humanidades*), pero bien registrada en el llamado de *Autoridades*: "Se llama la erudicion y buenas letras: como es la historia, la poesía y otras."

<sup>5</sup> Esto es, un discreto no togado, que no profesa facultad alguna, y anda en traje cortesano. Comp. *Quijote*, II, xvi: "las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras a los obispos, o como las garnachas a los peritos jurisconsultos." *Hombre de capa y espada* se llamaba al seglar.



—¡O plausible Enciclopedia!, que a ti se reduce todo el plático <sup>6</sup> saber, tu mismo nombre de Humanidad dize quán digna eres del hombre; con razón los entendidos te dieron el apellido de las Buenas Letras,<sup>7</sup> que entre todas las artes tú te nombras en pluralidad la Buena.

Pero ya Bártulo y Baldo <sup>8</sup> començaron a alegar por la Jurisprudencia; acotando entre los dos docientos <sup>9</sup> textos con memoriosa ostentación, probaron con evidencia que ella avía hallado aquel maravilloso secreto de juntar honra y provecho,<sup>10</sup> levantando los hombres a las mayores dignidades, hasta la suprema.

Riéronse desto Hipócrates y Galeno, diziendo:

—Señores míos, aquí no va menos que la vida: ¿qué vale todo sin salud?

Y el complutense Pedro García,<sup>11</sup> que desmintió lo vulgar de su renombre <sup>12</sup> con su fama, ponderava mucho aquel aver encargado el divino sabio el honrar los médicos,<sup>13</sup> no los letrados ni los poetas.

Decíase también juez, corregidor, alcalde *de capa y espada* al que no era letrado. Igualmente, ministro o consejero *de capa y espada* al que, por no ser jurisperito, sólo tenía voto en los negocios consultivos y de gobierno, pero no en los de justicia. *Plaza de capa y espada* en los Consejos, la que no era de letrado. Y *comedia de capa y espada*, sabido es que se llamaba precisamente a la de *caballeros* de aquel tiempo, esto es, de caballeros y costumbres contemporáneas.

<sup>6</sup> *plático*, práctico: cfr. nota 53, II, 24.

<sup>7</sup> Así es como llamaban a las Humanidades nuestros clásicos, y sólo desde fines del siglo XVIII ha prevalecido el galicismo, hoy autorizado, de Bellas Letras.

<sup>8</sup> Acerca de estos dos jurisconsultos italianos, notas 152 y 155, II, 108.

<sup>9</sup> *docientos*: cfr. nota 90, II, 212.

<sup>10</sup> Secreto maravilloso, no sin su toque aquí de ironía, por lo del consabido refrán: cfr. nota 35, I, 381.

<sup>11</sup> Pedro García Carrero, catedrático de Medicina en la Universidad de Alcalá, y tan célebre en su profesión que fué nombrado médico de cámara de Felipe III, autor de *Disputationes Medicae super Libros Galeni de Locis Affectis, & de aliis Morbis ab eo ibi relictis* (Alcalá, 1605) y *Disputationes Medicae super Feni primam Libri primii Avicennae, etiam Philosophis valde utiles* (Alcalá, 1611), dedicado éste último al rey Felipe III.

<sup>12</sup> *renombre*, apellido.

<sup>13</sup> Alude al *Eclesiástico*, XXXVIII, 1: "Honora medicum propter necessitatem: etenim illum creavit Altissimus." Al lector curioso que desee saber cuáles médicos eran los más honrados o famosos en tiempos de Gracián, le responderé con un romance de don Antonio Hurtado de Mendoza (muy admirado por Gracián), que los menciona:

—¡Aquí de la Honra y de la Fama!—blasonava un historiador—. ¡Esto sí que es dar vida y hazer inmortales las personas!

—¡Eh!, que para el gusto no ai cosa como la Poesía—glosava un poeta—. Bien concederé yo que la Jurisprudencia se ha alçado con la honra, la Medicina con el provecho. Pero lo gustoso, lo deleitable quédese para los canoros cisnes.

—¿Pues qué, y la Astrología—dezia un matemático <sup>14</sup>—, no ha de tener estrella, quando se carea con todas y se roça con el mismo sol?

—¡Eh!, que para vivir y para valer—dezia un ateísta, digo un estadista—, a la Política me atengo; ésta es la ciencia de los príncipes, y assí, ella es la princesa de las ciencias.

Desta suerte corría la pretensión a todo discurrir, quando el gran canceller <sup>15</sup> de las Letras, digno presidente de la docta Academia, oídas las partes y bien ponderadas sus eficacísimas razones dió muestras de pronunciar sentencia. Calmó en un punto el confuso murmullo y fué tanta la atención quanta la expectación; allí se vió todo pedante sacar cuello de cigüeña, plantar de grulla, atisbar de mochuelo y parar <sup>16</sup> oreja de liebre. En medio de tan antonina <sup>17</sup> suspensión, que ni una mosca se

“Quedò claro, quedò hermoso  
en Santa-Cruz lo mas turbio,  
lo mas logrero en Palanco,  
en Nuñez lo mas oscuro.  
Perdone el divino Herrera  
si la antigüedad le turbo,  
que ya que no va primero,  
no le conozco segundo.  
Sanserna tambien perdone,  
y Dios nos libre que juntos  
nos hablen con lo callado,  
nos respondan con lo mudo.”

(Obras, ed. Madrid, 1728, pág. 80.)

<sup>14</sup> Téngase en cuenta que “Matematica . . . se dize propriamente de la Geometria, Musica, Aritmetica y Astrologia. Porque estas por excelencia se llaman ciencias Matematicas.” Covarrubias.

<sup>15</sup> *canceller*, con la *e* etimológica (*cancellarius*), alternaba en la lengua clásica con *canciller* y *chanciller*.

<sup>16</sup> *parar*, poner: cfr. nota 54, I, 223.

<sup>17</sup> *antonino* y *antoniano* se llama al religioso de la orden de San Antonio Abad, y con el significado de *religiosa suspensión* parece está la frase del texto; por cierto que en varios cuadros del santo, como el de Velázquez, aparece aquél en una actitud que bien puede calificarse de religiosa suspensión. La ed. 1663 puso *atonita*, siguiéndola las de 1674, 1700, 1720, 1732,

oía, desabrochando el pecho, el severo presidente sacó del seno un libro enano, no tomo, sino átomo, de pocas más que doze hojas, y levantándole en alto a toda ostentación, dixo:

—Esta sí que es la corona del saber, ésta la ciencia de ciencias, ésta la brújula de los entendidos.

Estaban todos suspensos, admirándose y mirándose unos a otros, deseosos de saber qué arte fuese aquélla, que según parecía, no se parecía,<sup>18</sup> y dudaban del desempeño.<sup>19</sup> Bolvió él segunda vez a exagerar:

—Este sí que es el plático<sup>20</sup> saber, ésta la arte de todo discreto, la que da pies y manos, y aun haze espaldas<sup>21</sup> a un hombre; ésta la que del polvo de la tierra levanta un pigmeo al trono del mando. Cedan las *Auténticas* del César,<sup>22</sup> retírense los *Aforismos* del médico, llamados assí ya por lo desaforado, ya porque echan fuera del mundo a todo viviente.<sup>23</sup> ¡O qué lición<sup>24</sup> ésta del valer y del medrar! Ni la Política, ni la Filosofía, ni todas juntas alcançan lo que ésta con sola una letra.

*Plático  
saber.*

Crecía a varas el deseo con tanta exageración, y más por estrañarse en la boca de un atento.<sup>25</sup>

—Finalmente—dixo—, este librito de oro fué parto noble

1734, 1748 y 1757; la de M1664 dice *Antonino*, que corrige en la fe de erratas con *atonila*.

<sup>18</sup> Una de esas frases equívocas y de mal gusto que de vez en cuando hace este hombre de genio, y cuya ambigüedad admite varios sentidos, y todos triviales: al parecer, no se asemejaba a tal cosa (corona del saber, etc.); tal como se dejaba ver, no se parecía a tal cosa; al parecer, no se dejaba ver (de pequeña).

<sup>19</sup> *desempeño*, triunfo del que sale airosamente de un empeño: cfr. nota 69, I, 361.

<sup>20</sup> *plático*, práctico: cfr. nota 53, II, 24.

<sup>21</sup> *hazer espaldas*, favorecer a uno: cfr. nota 113, I, 204.

<sup>22</sup> *Auténticas* se vienen llamando desde el tiempo de los romanos a las obras de los juristas y de los padres de la Iglesia, y por antonomasia a la *Instituta* y el *Digesto* o *Pandectas* del César Justiniano I, y a estas famosas constituciones recopiladas por su orden se alude en nuestro texto.

<sup>23</sup> Relaciona *aforismos*, *desaforado*, *fuera* por analogía del sonido, y acaso también *fuera* por la idea de *separación* (propiamente *limitar*) de aquella voz griega, pasando de *separar* y *poner aparte* a *echar fuera*. En la misma vena satírica había escrito Góngora sobre la autoridad del médico que más aforismos sabe, pero más experto “el que mas huuiere muerto.” *Obras*, I, 12.

<sup>24</sup> *lición*, lección: cfr. nota 22, I, 132.

<sup>25</sup> *atento*, no por *discreto*, sino precisamente por *prudente*, que es la acepción que Gracián le dió en aquellos misteriosos *Avisos al varón atento*, los cuales pienso que fueron incorporados en este *Criticón*.

de aquel célebre gramático, prodigioso desvelo de Luis Vives, y se intitula *De conscribendis epistolis*:<sup>26</sup> Arte de escribir . . .

No pudo acabar de pronunciar *cartas*, porque fué tal la risa de todo aquel erudito teatro,<sup>27</sup> tanta la tempestad de carcajadas, que no pudo en mucho rato tomar la vez ni la voz para desempeñarse.<sup>28</sup> Bolvía ya a esconder el librito en el seno con tal severidad, que bastó a serenarlos, y mui compuesto les dixo:

*Dictar una carta.* —Mucho he sentido el veros oi tan vulgarizantes.<sup>29</sup> Sólo puede ser satisfacción el reconoceros desengañados. Advertí<sup>30</sup> que no ai otro saber en el mundo todo como el saber escribir una carta: y quien quisiere mandar, platique<sup>31</sup> aquel importante aforismo: *Qui vult regnare, scribat*, quien quiere reinar, escriba.<sup>32</sup>

<sup>26</sup> Juan Luis Vives (1492–1540), el más eminente de los humanistas del Renacimiento español, compuso en efecto, entre sus muchas obras, el tratadito *De conscribendis epistolis*, del cual se hicieron tres impresiones dentro del año 1536 (dos en Basilea y una en Colonia). Es breve, pero no tanto como indica Gracián: en la edición general de las obras de Vives hecha en Basilea el año 1555 ocupa, es verdad, “pocas más que doze hojas” (exactamente 13, págs. 59–83), pero en folio, con letra de 12 puntos y renglones apretados. Es admirable esta obrita sobre el arte epistolar, y está reclamando una impresión moderna en castellano.

<sup>27</sup> *teatro*, en su acepción de *concurso*: cfr. texto y notas en I, 239<sub>5</sub> y 240<sub>16</sub>.

<sup>28</sup> *desempeñarse*, salir airoosamente del empeño: cfr. II, 140<sub>10</sub>, *et passim*.

<sup>29</sup> *vulgarizante*, vulgarizador (cfr. nota 38, II, 286); el auditorio no ha caído en la cuenta de la sutil malicia que encierra aquella ponderación del arte epistolar, apuntando el autor sin duda a que con cartas adulatorias o intrigantes se alcanza más que con obras de mérito.

<sup>30</sup> *advertí*, advertid: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>31</sup> *platicar*, practicar: cfr. nota 53, II, 24.

<sup>32</sup> Epístolas se sobrentiende que es lo que ha de escribir el que quisiere reinar o gobernar. La frase parece calcada sobre el *Nescit regnare, qui nescit simulare* (atribuída comúnmente a Luis XI de Francia: Botero, *Delti memorabili*, Venecia, 1610, fol. 5; recogida por Gracián en *El Discreto*, III, 348 b) o el *Nescit regnare, qui nescit negare* (que unos atribuyen a Luis XII de Francia, y otros al cardenal Gaetano: Botero, *loc. cit.*; Asensio, *Floresta*, ed. Biblióf. Madrileños, II, 2). No trae Luis Vives semejante frase en su tratado, aunque exalta, sí, la importancia del arte epistolar, además de analizar su estilo propio, ni la registran Erasmo, Solórzano, Saavedra Fajardo, etc. Había escrito Gracián: “tal vez aprouechó mas saber escriuir vna carta, acertar a dezir vna razon, que todos los Bartulos y Baldos.” (*El Discreto*, V, 354 a.) Cuya importancia había reconocido fray Antonio de Guevara, verdadera autoridad en la materia: “En tres cosas se conoce el hombre loco o el hombre cuerdo, es a saber, en refrenar la ira, en gobernar su casa y en escribir una carta.” *Epístolas familiares*, ed. cit., 152 a.

Este ponderativo suceso les refirió un ni persona <sup>33</sup> ni aun hombre, sino sombra de hombre, rara visión, y al cabo nada; porque ni tenía mano en cosa, ni voz, ni espaldas, ni piernas que hazer, ni podía hombrear, ni en toda su vida se vió hecha la barba: <sup>34</sup> tanto que, admirado Andrenio, le preguntó:

—¿Eres o no eres? <sup>35</sup> Y si eres, ¿de qué vives?

—Yo—dixo—soi sombra, y assí, siempre ando a sombra de texado. <sup>36</sup> Y no te espantes, <sup>37</sup> que los más en el mundo no nacieron más de para ser sombras de la pintura, no luzes ni realces; porque un hermano segundo ¿qué otra cosa es sino sombra del mayorazgo?; el que nació para servir, el que imita, el que se dexa llevar, el que no tiene *sí* ni *no*, el que no tiene voto propio, qualquiera que depende, ¿qué son todos sino sombras de otros? <sup>38</sup> Creedme que los más son sombras, que aquéllos las hazen y éstos les siguen. La ventura consiste en arrimarse a buen árbol, <sup>39</sup> para no ser sombra de un espino, de un alcornoque, de un quexigo. Por esso, yo voi en busca de algún gran hombre, para ser sombra suya y poder mandar el mundo.

—¿Tú—replicó Andrenio—, mandar?

—Sí, pues muchos que fueron menos, y aun nada, han llegado a mandarlo todo. Yo sé que me veréis bien presto entronizado; dexá <sup>40</sup> que lleguemos a la corte, que si aora soi sombra, algún día seré assombro. Vamos allá, y allí veréis la honra del mundo en el ínclito, justo y valeroso Ferdinando Augusto: <sup>41</sup> él es la honra de nuestro siglo, la otra columna del

<sup>33</sup> *persona*, con ese énfasis de hombre de prendas que le da siempre Gracián.

<sup>34</sup> Todas estas frases llevan el consiguiente sentido figurado, y bien claro las más: cfr. *tener espaldas* en 113, I, 204; *hazer piernas* en 21, II, 249; *hazerse la barba* en 66, II, 290.

<sup>35</sup> Mera interrogación, pero que recuerda el problema que en términos trascendentales se plantea el meditaundo personaje shakesperiano (*Hamlet*, II, 1): “To be, or not to be; that is the question.”

<sup>36</sup> Esto es, escondido o encubierto: cfr. nota 32, I, 322.

<sup>37</sup> *espantar*, en la acepción señalada de *asombrar*: cfr. nota 36, I, 108.

<sup>38</sup> Comp. Petronio, *Sat.*, 38: “Phantasia, non homo.” Y había generalizado Sófocles en *Ayax*, vv. 125–126: “Yo lo veo: todos, mientras vivimos, no somos más que fantasmas, una sombra vana.”

<sup>39</sup> Por el refrán *quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*, que ya se sabía el Pármeno de *La Celestina* (aucto viii), y que recordó Cervantes en los primeros versos de pie quebrado del *Quijote*.

<sup>40</sup> *dexá*, *dejad*: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>41</sup> Fernando III de Alemania, sobre el cual dejamos nota 84, II, 61.

*Honra y virtud.* *non plus ultra* de la fe, trono de la justicia, vasa <sup>42</sup> de la fortaleza y centro de toda virtud. Y creedme que no ai otra honra sino la que se apoya en la virtud,<sup>43</sup> que en el vicio no puede aver cosa grande.

Alegráronse mucho ambos peregrinos viendo se acercavan a aquella ciudad, estancia de su buscada prenda y término de su felicidad deseada. Vieron ya campear en la superioridad de la más alta eminencia una imperial ciudad, la primera que los solares rayos coronan. Fuéronse acercando y admirando un número sin cuenta de gentes, anhelando todos en su falda por <sup>44</sup> subir a su corona. Para más satisfacerse ambos peregrinos, preguntaron si era aquélla la corte.

*Corte de cortes.* —¿Pues no se da bien a conocer—les respondieron—en la muchedumbre de impertinentes? Esta es la corte, y aun todas las cortes en ella; éste es el trono del mando, donde todos rebientan por subir, y assí llegan rebentados, unos a ser primeros, otros a ser segundos, y ninguno a ser postrero.

Vieron que echavan algunos, bien pocos, por el rodeo de los méritos, mas era un acabar de nunca acabar.<sup>45</sup> El más manual,<sup>46</sup> más que el de las letras, del valor y virtud, era el del oro, pero la dificultad consistía en fabricarse escala; que de ordinario los más beneméritos suelen ser los más impossibilitados.<sup>47</sup> Echáronle a uno por favor, más que por elección, una escala de lo alto, y él, en estando arriba, la retiró porque ningún otro subiese. Al contrario, otro arrojó desde abaxo un gancho de oro, y enganchóse en las manos de dos o tres que estaban arriba, con que pudo trepar ligero. Y déstos avía raros bolatines de la ambición que por maromas de oro bolavan ligerísimos. Estava votando uno y blasfemando.

<sup>42</sup> *vasa*, base: cfr. nota 97, I, 282.

<sup>43</sup> Juvenal, VII, 20: "Nobilitas sola est atque unica virtus."

<sup>44</sup> *anhelar por*: cfr. nota 8, II, 17.

<sup>45</sup> Repite el juego de aquel jeroglífico de *acaban porque no acaban* que apuntamos en nota 45, I, 250, aunque aquí ya es claro el sentido: el primer *acabar* vale por *morir* o *morir poco a poco*, y el segundo por *terminar* (de subir).

<sup>46</sup> *manual*, con toda intención, no sólo en su acepción de *sencillo y fácil* sino en la literal; graciosa ocurrencia de Cervantes parecerá a algún lector moderno el que hiciese hablar a su gran Sancho de "otros gobiernos más manuales" (II, iii), cuando no hizo sino emplear el adjetivo en su significado entonces corriente de *manejables*.

<sup>47</sup> Concepto muy repetido por Gracián: véase, en particular, texto y nota en II, 1257-9.

—¿Qué tiene éste?—preguntó Andrenio.

Y respondiéronle:

—Echa votos por los que le han faltado.

Lo que más admiraron fué que, siendo la subida mui resbaladiza y llena de deslizaderos, llegó uno y comenzó a untarlos con un unto que en lo blanco parecía jabón y en lo brillante plata.

—¡Ai más calificada necedad!—dezían.

Pero el Assombrado:<sup>48</sup>

—Aguardá<sup>49</sup>—dixo—, y veréis el maravilloso efeto.<sup>54</sup>

Fuélo hartó, pues en virtud desta diligencia pudo subir con ligereza y seguridad, sin amagar<sup>51</sup> el menor baivén.

—¡O gran secreto—exclamó Critilo—untar las manos a otros para que no se le deslizen a él los pies!

*Untar para no resbalar.*

Ostentaban algunos prolijas barbas, torrentes de la autoridad, que quando más afectan ciencia, descubren mayor legalidad.<sup>52</sup>

—¿Porqué éstos—preguntó Andrenio—no se hazen la barba?<sup>53</sup>

—¡O!—respondió el Assombrado—, porque se la hagan.<sup>54</sup>

Reconocieron uno que parecía necio, y realmente lo era, según aquel constante aforismo: que son tontos todos los que lo parecen y la mitad<sup>55</sup> de los que no lo parecen.<sup>56</sup> Y con ser

<sup>48</sup> Es el *Assombrado* el personaje que acompaña a nuestros peregrinos desde el principio de esta crisi y que se declaró a sí mismo sombra.

<sup>49</sup> *aguardá*, aguardad.

<sup>50</sup> *efeto*, efecto: cfr. nota 8, II, 320.

<sup>51</sup> *amagar*, indicar.

<sup>52</sup> Sobre las barbas características de los letrados queda nota 100, I, 368, pero paréceme que la *legalidad* del texto no está sólo por los letrados, sino con intencionada y caprichosa asociación a *lego*, significando que cuando más ciencia afectan, mayor ignorancia descubren: eterna y exacta observación de los discretos.

<sup>53</sup> *hazerse la barba*, ayudarse: cfr. nota 66, II, 290.

<sup>54</sup> “*Hacer la barba*. Cuando una cosa es de mucho provecho; se dice tal cosa me hace la barba.” Correas.

<sup>55</sup> *metad*: cfr. nota 237, II, 121.

<sup>56</sup> Refiriéndose a su amigo Pablo de Parada (cfr. nota 10, I, 95), había escrito Gracián en la *Agudeza*, XXVIII, 194: “A este, pues, Marte portuguez que renueva los echos de aquellos primeros españoles en Italia y Flandes, digno de aquel siglo del belicoso Carlos, le oí dezir y ponderar que son tontos todos los que lo parecen, y la mitad de los que no lo parecen.” Como refrán, registra Rodríguez Marín la frase: *Todos son necios los que lo parecen, y la mitad de los que no lo parecen* (*Más de 21.000 refranes*, pág. 487 b), pero es posible que provenga del texto graciano, pues no se encuentra en los refraneros anteriores.

incapaz, avía muchos entendidos que le ayudaban a subir y lo diligenciaban por todas las vías posibles, no cessando de acreditarle de hombre de gran testa (contra todo su dictamen), de gran valor y mui caval para qualquier empleo.

—¿Qué pretenden estos sabios—reparó Critilo—con favorecer a este tonto, procurando con tantas veras entronizarle?

—¡O!—dixo el Assombro, ya espanto—, ¿no veis que si éste sube una vez al mando, que ellos le han de mandar a él? Es *testa de ferro*<sup>57</sup> en quien afiançan ellos el tenerlo todo a su mano.

¡O, lo que valía aquí una onça de pía afición, y un amigo un Perú, sobre todo un pariente, aunque sea cuñado!<sup>58</sup> Porque dezían:

—De los tuyos ayas.<sup>59</sup>

Mas Critilo, anteviendo tantas y tan inaccesibles dificultades, tratava de retirarse, consolándose a lo gorro de los razimos<sup>60</sup> y diciendo:

<sup>57</sup> *testa de ferro*, locución portuguesa, y tan común en nuestra lengua clásica que la consigna el *Dicc. de Autoridades*, de la cual ha salido la palabra *testaferro*, que no se empieza a difundir sino a fines del siglo XVIII.

<sup>58</sup> No sale el cuñado mejor parado que la suegra en el refranero español, cuya opinión acoge aquí Gracián. Véanse unas cuantas muestras: *Quien con cuñados va a la yglesia, sin parientes sale della.* (Santillana, núm. 606.) *Cuñados y perros bermejós, pocos buenos.* (Juan Mal Lara, *op. cit.*, fol. 271.) *Cuñados y hierros de arados, debajo de la tierra son logrados.* (Correas.) Tiene éste su correspondiente portugués: *Cu[nh]ados e ferros darados, deba[i]xo do chão son logrados.* (Hernán Núñez, fol. 27 b.) Y forma más moderna: *Cuñados y rejas de arado sólo son buenos enterrados.* (Rodríguez Marín, *loc. cit.*) También corren los siguientes: *¿Cuñados en paz y juntos? No hay duda que son difuntos.* (Sbarbi, *Dicc. de refranes*, I, 278 a.) *Al cuñado, acúñalo; y al pariente, ayúdalo.* (Sbarbi, *ibíd.*) Y si Gracián tenía en la mente algún caso histórico, pocos tan famosos como el que se menciona en un libro que él conocía, el caso del duque de Lancáster, cuñado de Enrique VI de Inglaterra, que anduvo descalzo y pidiendo limosna de puerta en puerta, como refiere Felipe de Commines en sus ya citadas *Memorias*, I, 197.

<sup>59</sup> Segunda parte de un refrán, utilizada aquí para significar probablemente *de los tuyos herederos*. Dice el refrán, que trae Correas, *por donde vayas, de los tuyos hayas*, y coméntalo así Sbarbi (II, 420 b): “Sobre todo en tierras extrañas, donde un paisano, conocedor ya del país, es un tesoro inapreciable.”

<sup>60</sup> Alúdese a la fábula XXII de Esopo, que Fedro (fábula LXXX) recoge y vierte así:

*Fame coacta vulpes alla in vinea  
Uvam appetebat summis saliens viribus;  
Quam tangere ut non potuit, discedens ait:*



—¡Eh, que el mandar, aunque es empleo de hombres, pero <sup>61</sup> no felicidad! Y cierto—ponderava—que para gobernar locos es menester gran seso, y para regir necios gran saber.<sup>62</sup> Yo renuncio a los cargos por sus cargas.

Y encogiendo los ombros, bolví las espaldas. Detúvole el Assombro con aquella paradoxa <sup>63</sup> sentencia, para unos de vida, y de muerte para otros: que un hombre avía de nacer o rei o loco; <sup>64</sup> no ai medio, o César o nada.<sup>65</sup>

*Monarca  
o loco.*

—¿Qué sabio—dezía—puede vivir sugeto a otro, y más a un necio? Más le vale ser loco, no tanto para no sentir los desprecios quanto para dar luego en rei de imaginación y mandar de fantasía.<sup>66</sup> Yo, con ser sombra, no me tengo por desauiciado de llegar al mando.

—¿Pues en qué confías?—dixo Andrenio, quando se oyó una voz que desde lo más alto dezía:

—¡Allá va, allá va!

Estavan todos suspensos en expectación de qué vendría, quando vieron caer a los pies de la Sombra <sup>67</sup> unas espaldas de

*Nondum matura est; nolo acerbam sumere.*

*Qui facere qua non possunt verbis elevant,*

*Adscribere hoc debebunt exemplum sibi.*

<sup>61</sup> aunque . . . pero: cfr. nota 85, I, 181.

<sup>62</sup> Comp. *Agudeza*, XXX, 214: "Don Esteban de Esmir, Obispo de Huesca, exemplar vniversal de prelados, de doctos y de santos . . . con igual prudencia que agudeza ponderava vn día que es menester grã seso para gobernar locos, y mucho saber para regir ignorantes."

<sup>63</sup> *paradoxa*, paradójica: cfr. nota 169, I, 346.

<sup>64</sup> Esta sentencia la da Séneca como verdadero proverbio al principio de su *De Morte Claudii Caesaris*: "Aut regem, aut fatuum nasci oportere."

<sup>65</sup> "Un espíritu grande mira a lo extremo: o a ser César o nada, o a ser estrella o ceniza." (Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, ed. cit., I, 210.) Y había escrito Gracián en *El Héroe*, IV, 517 b: "Maximo [corazón] el de Cesar, que no hallaua medio entre todo y nada." En realidad, el dicho de Julio César al llegar al Rubicón fué: "O César o nadie" (*Aut Caesar, aut nullus*), según Suetonio, en *Caius Caligula*, § 37. Confundiólo Gracián, como muchos escritores, con la forma aun más enérgica de otro César tristemente célebre, César Borgia, que traía en su divisa por mote: *Aut Caesar, aut nihil*, comentado por Fernández de Velasco (*Deleyte de la discreción*, en *Floresta General*, ed. Biblióf. Madrileños, II, 283) en estos términos: "y su prediccion fué cierta en la peor parte, pues antes de ser en el Mundo persona considerable, le mataron."

<sup>66</sup> Recuérdanos esto el título y tema de la comedia *El rey en su imaginación* (1625) de Vélez de Guevara, y un grupo de comedias sobre el mismo asunto. Cons. la edición de J. Gómez Ocerin (Madrid, 1920), págs. 109-127.

<sup>67</sup> El mismo personaje llamado antes *el Assombrado* o *el Assombro*.

hombre, y mui hombre, fuertes ombros y travadas costillas. Segundó <sup>68</sup> el grito:

—¡Allá van!

Y cayeron dos manos con sus braços tan rollizos, que parecía cada uno un braço de hierro. Desta suerte fueron cayendo todas las prendas de un varón grande. Estavan los circunstantes atónitos de ver el suelo poblado de humanos miembros, mas la Sombra los fué recogiendo todos y rebistiéndoselos de uno en uno, con que quedó mui persona, hombre de poder y valer; y el que antes parecía nada, y podía nada, y era tenido en nada, se mostró aora un tan estirado gigante, que todo lo podía. De modo que uno le hizo espaldas,<sup>69</sup> otro la barba,<sup>70</sup> no faltó quien le dió la mano, ni quien le fuesse pies,<sup>71</sup> con que pudo hazer piernas <sup>72</sup> y hombrear; hasta entendimiento tuvo quien le diesse. En viéndose hombre, trató de subirse a mayores, y pudo, y aun prestar favor a sus camaradas, a quienes hizo espaldas para su mayor ascenso.

*La fuente  
del olvido.*

Toparon en la primera grada del medrar una fuente rara donde todos se prevenían para la gran sed de la ambición, y causava contrarios efectos: uno de los más notables era un olvido tan extraño de todo lo passado, que no sólo se olvidavan de los amigos y conocidos de antes, causándoles increíble pesadumbre ver testigos de su antigua baxeza, pero de sus mismos hermanos,<sup>73</sup> y aun hubo hombre tan bárbaramente

<sup>68</sup> *segundar* y *segundariamente* eran más corrientes en la lengua clásica que *secundar* y *secundariamente*: “así, volvió a segundar con este romance.” (Castillo Solórzano, *La garduña de Sevilla*, pág. 151.) “Concedióle el cielo por hijo a mí el primero, y segundariamente a Dinarda.” (Matías de los Reyes, *El Menandro*, pág. 86.) “Fuí . . . archivo de su alma, y segundariamente terrero de la envidia, blanco y emulación de los demás criados.” (Céspedes y Meneses, *El soldado Píndaro*, I, vi.) No había motivo, pues, para corregir el texto con *asegundó*, como se hizo en la ed. 1913-14.

<sup>69</sup> *hazer espaldas*, favorecer a uno: cfr. nota 113, I, 204.

<sup>70</sup> *hazer la barba*, en su sentido de hacerle mucho provecho: cfr. nota 66, II, 290.

<sup>71</sup> “Serle sus pies y sus manos vno a otro, el serle de mucha ayuda.” Covarrubias.

<sup>72</sup> *hazer piernas*, presumir y mantenerse firme: cfr. nota 21, II, 249.

<sup>73</sup> Sabido es cuán difundido estuvo en las literaturas clásicas, y en las modernas, este tema de la fuente del olvido, llegando a influir en la misma nomenclatura geográfica. Beocia tuvo su Fuente del Olvido, y aun en nuestra España Tarraconense no faltó un Río del Olvido (*Flumen Oblivionis*), que hoy llamamos Río Limia (Floro, II, xvii, 12). Léase el curioso capítulo que Pedro Mejía consagra a fuentes, lagos y ríos de propiedades maravillosas, en su *Silva de varia lección*, ed. Biblióf. Españoles, I, 437-444.

sobervio que desconoció el padre que le engendró, borrando de su memoria todas las obligaciones passadas, los beneficios recibidos, favoreciendo hechuras nuevas, queriendo antes ser acreedores que obligados: más estimavan fiar que pagar. Pero ¡qué mucho!, si llegaron los más a olvidarse de sí mismos y de lo que avían sido, de aquellos principios de charcos, en viéndose en alta mar, y de todo quanto les pudiera acordar <sup>74</sup> su vasura obligándoles a deshazer la rueda.<sup>75</sup> Infundía una ingratitud increíble, una tesura enfadosísima, una estrañez <sup>76</sup> notable, y al fin, mudava un entronizado totalmente, dexándole como elevado, que ni él se conocía ni los otros le acabavan de conocer: tanto mudan las honras las costumbres.<sup>77</sup>

Llegaron a lo alto en ocasión que todos andavan turbados y la corte alborotada, por aver desaparecido uno de los mayores monarcas de la Europa, y aviéndole buscado por cien partes, no le podían descubrir. Sospechavan algunos se avría perdido en la caça (que no sería el primero),<sup>78</sup> que en casa de algún villano avría hecho noche, despertando de su gran sueño y cenando desengaños el que tan ayuno vivía de verdades.<sup>79</sup>

<sup>74</sup> *acordar*, recordar: cfr. nota 186, I, 317.

<sup>75</sup> Deshacer la rueda para ocultar las manchas, como el pavo real la deshace para cubrirse con las plumas sus feísimas patas: cfr. n. 170, II, 42.

<sup>76</sup> *estrañez*, común por *extrañeza*, desvío.

<sup>77</sup> Recordando el proverbio: "Honores mutant mores," que en la pluma del príncipe de los novelistas es así: "los oficios mudan las costumbres, y podría ser que, viendoos gobernador, no conociédes a la madre que os parió." *Quijote*, II, 4.

<sup>78</sup> *no sería el primero*: recuérdese el episodio de la muerte de Favila, rey de Asturias, que pereció víctima de un oso cuando cazaba en los montes.

<sup>79</sup> Perdido anduvo Carlos V, yendo de caza, en la sierra de Granada el año 1626, según refiere Prudencio de Sandoval en su *Historia del Emperador* (XV, xxvii), pero no se trata de él, sino precisamente del mayor rival suyo. Había escrito Gracián en *El Político*, pág. 437 b: "Perdido en la caça Francisco Primero de Francia, desde entonces Grandé, hizo noche en casa de la sencillez, y entre vnos villanos le amaneciò el Sol de la verdad, y solia repetir el discretissimo Principe: yo me ganè perdido; porque mudò de rumbo." Compárese Botero, *Detti*, fols. 16 v.-17 r.: "Francesco I, Rè di Francia, sendosi, mentre dà la caccia à vn ceruo, dilungato da' suoi, fuè sopagiunto dalla notte: e non sapendo oue meglio ripararsi, si ritirò in vna capanna di vn pouero paesano, dal quale sendo stato come meglio puote riceuuto, egli doppo cena il dimandò quel che si dicesse del Rè. A che il paesano rispose che il Rè era vn buon Prencipe, mà che nel resto, per non voler attendere a' suoi affari, si riposaua in molte cose importanti sopra alcuni suoi famigliari che non ualeuano vn quattrino; e perciò passaua molti negotii di gran conseguenza troppo leggiermete, e d'altri non si pigliaua pensiero alcuno. Il Rè non diede risposta al paesano, ma la mattina sendo

*Príncipe de  
estrella.*

Mas llegó el día, y no pareció. Era grande y general el sentimiento, porque era amado de todos por sus grandes prendas: príncipe de estrella, que no es poco. No quedó Iuste,<sup>80</sup> San Dionís, Casa de Campo, bosque ni jardín, donde no le buscassen, hasta que finalmente le hallaron donde menos pensavan ni pudiera imaginarse, pues en un mercado, entre los ganapanes y esportilleros, vestido como uno dellos, portando tercios<sup>81</sup> y alquilando sus ombros por un real.<sup>82</sup> Quedaron atónitos de verle tan trocado, comiendo un pedaço de pan con más gusto que en su palacio los faisanes. Estuvieron por un gran rato suspensos, sin acertar a dezir palabra, no acabando de creer lo que veían. Quexáronsele con el devido sentimiento de que huviesse dexado su real trono y se huviesse abatido a un empleo tan soez; mas él les respondió:

—En mi palabra,<sup>83</sup> que es menos pesada la mayor carga déstas, aunque sea de muchas arrobas de plomo, que la que he dexado; el tercio más cantioso<sup>84</sup> me parece una paja respeto de un mundo auestas, y que me lo han agradecido mis ombros. ¿Qué cama de brocado como este suelo sin cuidados, donde he dormido más estas quatro noches que en toda mi vida?

Suplicávanle bolviesse a su grandeza, mas él:

arriuate à quel luogo le guardie e molti Signori della Corte, voltandosi à loro, disse queste parole: Doppo che voi siete intrati al mio seruitio, io non haueua inteso vna sola parola veriteuole della persona mia sino à hiersera.”

<sup>80</sup> *Iuste*, Yuste: el empleo de *i* por consonante inicial y *o j* fué comunísimo hasta mediados del siglo XVII. En su escritura, rarísima vez pone Gracián la *i* por consonante y, aunque no falte algún ejemplo (*Baiaceto*, autógrafo del *Héroe*, fol. 28 v.), pero sí por *j* (que es el caso de *Iuste*): *Iudio*, *Iuez*, *Iuyçio*, *Iacob*, *iuntamente* (fols. 8 v., 9, 11, 28), etc.

<sup>81</sup> *tercio* “vale la mitad de vna carga que se lleua a lomo.” Covarrubias.

<sup>82</sup> Sobre el valor del *real*, véase nota 34, I, 101. En cuanto a reyes o príncipes que se disfrazaban para mezclarse con el pueblo y saber lo que de él mismo se decía o cuáles eran las quejas y necesidades de sus vasallos, cuéntalo de Germánico el historiador Tácito en sus *Anales* (II, iv), de Galeazo Esforcia, duque de Milán, lo refiere Jovio (*Elogios*, fol. 84), y de Carlos V nuestro propio Gracián, en *El Político*, pág. 437 b.

<sup>83</sup> Expresión menos corriente entonces que *sobre mi palabra*, que a su vez ha dado paso a la más moderna *bajo . . . palabra*.

<sup>84</sup> *cantioso*, cuantioso, como alternaban *cantidad* y *cuantidad* en la lengua de aquel siglo, y así escribía Pérez de Sousa: “hizo pregonar muy cantiosos hallazgos y ricos premios.” (Trad. *Avisos* de Boccacini, ed. cit., t. I, fol. 138 v.) Decíase también *cantía* por *cuantía*: “ningún género de oficio destos de mayor cantía.” (*Quijote*, II, xli.) Y más adelante: “otros garitos de menor cantía.” (*Ibíd.*, II, xlix.) La forma de nuestro texto fué

—Dexadme estar—respondió—, que aora comienço a vivir; *Rei de sí mismo.*  
ya me gozo y soi rei de mí mismo.<sup>85</sup>

—Pues, señor—bolviéronle a hazer instancia—, ¿cómo un príncipe de tan alto genio ha podido humanarse<sup>86</sup> a conversar con tan vil canalla, horrura mayor del vulgo?

—¡Eh!, que no se me ha hecho de nuevo. ¿No andava yo en el palacio rodeado de truanes, simples, enanos y lisongeros, peores savandijas, a dicho de un rei Magnánimo?<sup>87</sup>

Rogáronle unos y otros bolviesse al mando, y él por última resolución les dixo:

—Andad, que aviendo provado ya esta vida, gran locura sería bolver a la passada.

Trataron de elegir otro (que debía ser en Polonia),<sup>88</sup> y pusieron la mira en uno nada niño y mucho hombre, de gran capacidad y valor, de gran inteligencia y execución, con otras *Prendas magestuosas.*  
mil prendas magestuosas, assí de hombre como de rei;<sup>89</sup> presentáronle la corona, mas él, tomándola en sus manos y sospesándola, decía:

conservada en alguna edición, como la de 1669, pero cambiósese por *quantioso* en otras (1663, M1664, etc.), y aun por el disparate de *ansioso* en las de B1664 y 1683.

<sup>85</sup> Plauto, *Mercator*, V, ii, 12: “Egomet sum mihi imperator.” Compárese Cicerón, *De finibus bonorum et malorum*, III, 75.

<sup>86</sup> *humanar(se)* se decía, y rara vez *humanizar(se)*: “se encargase de humanar el rigor de su Alteza.” (Matías de los Reyes, *El Menandro*, pág. 333.) “Humánese v.m. y atienda un rato.” (Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*, ed. Madrid, 1906, pág. 44.) “Harto ya de sufrir impertinencias, humanándome más de lo que fuera razón, la rogué que se sentase un poco.” Jerónimo de Alcalá, *El donado hablador*, II, viii.

<sup>87</sup> Refiérese a Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón (cfr. nota 6, I, 185), que lo da a entender repetidamente, pero sin decirlo expresamente, en el *Libro de los dichos y hechos del rey don Alonso*, de Antonio Panormitano, ed. Amberes, 1554.

<sup>88</sup> Desde la constitución de Cracovia (1433) la monarquía era electiva en Polonia, aunque en la práctica continuase el sistema hereditario. Enrique de Anjou fué el primero nombrado por la nobleza y el Parlamento, en 1573, y desde entonces se impuso realmente el sistema electivo, que duró hasta el desmembramiento de Polonia (1772). Pocos años antes de escribirse nuestro texto, había sido elegido rey de Polonia don Juan II (1649), por quien muestra Gracián una encendida admiración.

<sup>89</sup> Había hecho el autor dos veces el elogio de don Juan II de Polonia por sus prendas de hombre y de rey (cfr. texto y notas, II, 62<sub>2-4</sub> y 82<sub>6</sub>), y acaso le tuviera en la mente al hacer esta descripción (coincidiendo hasta el detalle de ser “nada niño y mucho hombre” al tiempo de su elección, pues tenía cuarenta años de edad); bien ajeno nuestro autor a que resultaría

—A gran peso, gran pesar: ¿quién podrá sufrir un dolor de cabeça de por vida, tú pesando y yo pensando?<sup>90</sup>

Pidió que, por lo menos, se la sustentasse con dos manos un hombre de valor,<sup>91</sup> porque no cargasse todo el peso sobre su cabeça, mas díxole el venerable presidente del Parlamento:

—Esso, Sire, más sería tener el otro la corona en su mano que vos en la cabeça.

Llegó a vestirse la rica y vistosa púrpura, y hallándola forrada, no en martas de piedad,<sup>92</sup> sino en erizos de pena, vestíasela algo holgada. Mas, diziéndole el maestro de ceremonias se la avía de ceñir de modo que quedasse bien ajustada, començó a suspirar por un pellico. Pusiéronle el cetro en la mano, y fué tal el peso, que preguntó si era remo, temiendo más tempestades que en el golfo de León;<sup>93</sup> era quanto más precioso más pesado, y tenía por remate, no las

profética, porque si al rey imaginario que aquí pinta le veremos dispuesto a renunciar a su corona, don Juan II la renunció efectivamente en 1668.

<sup>90</sup> Hablando de la corona real, escribió Saavedra Fajardo: “Bien la conoció aquel que, habiéndosela ofrecido, la puso en tierra, y dijo: El que no te conoce, te levante.” (*Empresas políticas*, I, 248.) Compárese Anton Francesco Doni: “Tacesi un nome d’un Re, perche da altri scrittori è stato passato con silenzio, ilquale essendogli presentato la corona, soprastette alquanto, poi disse: O segno piu nobile che felice. Se fosse conosciuto di che peso carico tu sei, et di quanti pensieri et miserie cinto, non sarebbe huomo che di terra ti ricogliesse per adornarsene la testa.” *Il Cancellieri del Doni. Libro della Memoria, dove si tratta per paragone della prudenza de gli antichi, con la sapienza de moderni*, etc., Venecia, 1562, pág. 19.

<sup>91</sup> *hombre de valor*, aquí por *hombre de fuerzas*.

<sup>92</sup> Aunque uno recuerde ahora a *Marta la Piadosa* de Tirso, no se trata precisamente de alusión a esta comedia. Es un equívoco que había empleado Góngora en su soneto a cierta dama cortesana: “Las no piadosas martas ia te pones . . .” (*Obras*, III, 17.) Y ya corría desde luengos tiempos el *Marta la piadosa*, *q̃ mascava la miel a los enfermos*. Hernán Núñez, *op. cit.*, fol. 69 b.

<sup>93</sup> De las tempestades del golfo de León tenemos copiosas referencias en nuestra literatura clásica, por la continua comunicación que se mantenía entre Barcelona y Génova: allí fué hecho cautivo, en medio de una tempestad, Cervantes; allí le sorprendió una tormenta al pícaro Guzmán de Alfarache, tan fuerte que su compañero Sayavedra se vuelve loco y se arroja al mar; por aquellas aguas navegó el escudero Marcos de Obregón; en ellas sufrió grandes borrascas el Licenciado Vidriera, pues fueron nada menos que dos, y tales que una echó la nave a Córcega, y la otra la devolvió a Tolón.

hojas de una flor, sino los ojos en frutos: <sup>94</sup> un ojo mui vigilante *Cetro con*  
que valía por muchos. Preguntó qué significava, y el gran *ojos.*  
cancellor <sup>95</sup> le dixo:

—Está haziéndoos del ojo <sup>96</sup> y diziendo: “Sire, ojo a Dios y a los hombres, ojo a la adulación y a la entereza, ojo a conservar la paz y acabar la guerra, ojo al premio de los unos y al apremio de los otros, ojo a los que están lexos, y más a los que están cerca, ojo al rico y oreja al pobre, ojo a todo y a todas partes, mirad al cielo y a la tierra, mirad por vos y por vuestros vassal[l]os.” <sup>97</sup> Todo esto y mucho más está avisando este ojo tan despierto. Y advertí <sup>98</sup> que si tiene ojos el cetro, *Cetro con*  
también tiene alma, como lo experimentaréis tirando de la *alma.*  
parte inferior.

Executólo y desembainó un acicalado estoque, que es la justicia el alma del reinar. Leyéronle las leyes y pensiones <sup>99</sup> de su cargo, que dezían: la primera, no ser suyo, sino de todos, no tener hora propia, todas agenas, ser esclavo común,<sup>100</sup> no tener amigo personal, no oír verdades (lo que sintió mucho),<sup>101</sup>

<sup>94</sup> Tras *hojas . . . flor* vienen *ojos . . . frutos*, significando con esta última frase tener los ojos puestos en la utilidad y provecho. Un ojo simbólico tenía el cetro de los egipcios. Pero el autor debió de recordar o tener delante el emblema LV de las *Empresas políticas* de Saavedra Fajardo, que es un cetro con tres ojos (y el plural usa Gracián), rematado con las hojas de una flor, que éste también nombra.

<sup>95</sup> *cancellor*: cfr. nota 15, II, 344.

<sup>96</sup> Respecto de *hazer del ojo*, por hacer guiños, avisar, queda nota 23, I, 133.

<sup>97</sup> *vassalos* en el texto, salvada la errata en las demás ediciones.

<sup>98</sup> *advertí*, advertid.

<sup>99</sup> *pensión*, obligación: cfr. nota 7, II, 199.

<sup>100</sup> Queda explicado el motivo, con un texto graciano, en nota 11, I, 216.

<sup>101</sup> Concepto y queja universal: “Gran nueva! Que yà los Reyes / ver-  
dad en la tierra oyeron; / pero atreviòse à decirla / una estrella, y desde el  
cielo.” (Antonio de Mendoza, *Obras*, pág. 39.) Recordáralo o no aquí,  
conocía Gracián el siguiente pasaje: “Trouandosi vna volta Giannello da  
Trezzo in discorso con Fillippo II, Rè di Spagna, con molta domestichezza,  
come soleua, si venne à parlare della vita regia e della vita priuata. Con la  
qual occasione, Giannello venne à dir al Rè che non gli haueua inuidia,  
perche esso si godeua di tre grandissimi beni de’ quali il Rè era priuo assatto.  
L’vno era la maggior ricchezza che sia al mondo, che son gli amici. L’altro  
la più pretiosa cosa del mondo, che’è la verità. Il terzo, la più bella, che  
è l’Aurora: perche i Prècipi, per la loro maggioranza, viuono senza amici; per  
la moltitudine de gli adulatori, senza verità (se pur l’odono alle volte, lor  
vien detta da vn buffone ò da altra persona cosi fatta); e perche si leuano  
tardi, non mai veggono l’Aurora, cosa cosi vaga e di tanta gratia.” *Botero*,  
*Detti*, pág. 17.

aver de dar gusto a todos, contentar a Dios y a los hombres, morir en pie y despachando.<sup>102</sup>

—Basta—dixo—, que yo también me acojo al sagrado de la libertad, y desde aora renuncio una corona, que se llamó así del corazón y sus cuidados,<sup>103</sup> una púrpura felpada de cambrones,<sup>104</sup> un cetro remo,<sup>105</sup> y un trono potro de dar tormento.

Acercósele un monstruo o ministro, y díxole al oído que tratase de tomar los cargos, y no las cargas.

—Reine—dezia su madre—, aunque me cueste la vida.

Tocaron a aplauso los coribantes, embelesándole con ruidosa pompa, en que salió cortejado de la noble vizarría y aclamado de la populosa vulgaridad. En medio della estaba Andrenio, ponderando la magestuosa felicidad del nuevo príncipe, quando un estremado varón, llegándose a él, le dixo:

—¿Crees tú que este que ves es el príncipe que manda?

—¿Quál, pues, si éste no?—respondió Andrenio.

Y él:

—¡O cómo te engañas de varra a varra!

Y mostrándole un esclavo vil con su argolla al cuello, cadena al pie, arrastrando un grande globo:

—Este es—le dixo—el que manda el mundo.

Túvolo o por necesidad, o por chiste, y comencóle a solemnizar. Mas él se fué desempeñando <sup>106</sup> a <sup>107</sup> toda seriedad:

—Porque, mira—le dixo—, aquella gran bola de hierros

<sup>102</sup> Dicho de Vespasiano, conforme a Suetonio, que tras relatar su mucha laboriosidad, despachando negocios aun enfermo, agrega: “Alvo repente usque ad defectionem soluta, imperatorem ait stantem mori oportere.” (*De Vita Caesar.*, VIII, 24.) Compárese *El Político*, pág. 426 b, y *Agudeza*, XXX, 213. El dicho fué atribuído también a un prefecto del emperador Adriano, llamado Turbo: “pareciéndole a Adriano que se trabajaba mucho, le dijo un día que no se matase, que tuviese más cuidado de su salud. Respondióle Turbo: *Señor, el buen criado del emperador, en pie y trabajando ha de morir.*” Pedro Mejía, *Silva*, ed. cit., I, 203.

<sup>103</sup> No se trata de una relación etimológica entre *corona*, cuyo origen (*corona*) jamás se puso en duda, y *corazón* (ya aceptase la raíz *cor*, ya la etimología *curationem*, que al parecer prefería Gracián: cfr. nota 101, I, 283), sino una relación meramente ideal: el personaje graciano, tras probar los sinsabores y pesadumbres de la corona, concluye que se llamó así por lo que pesa sobre el corazón. Ahora bien, el autor, en vez de poner en sus labios *se llamó*, hubiera acertado con *debió de llamarse*.

<sup>104</sup> *cambrones* (zarzas), como si quisiera sugerir con esta voz precisamente el recuerdo del fino *cambray* por oposición.

<sup>105</sup> Recuérdese que *remo* se llama también, en lenguaje figurado, “qualquier trabajo grande y continuado, en qualquiera linea.” *Dicc. Aut.*

<sup>106</sup> *desempeñarse*, salir airoosamente del empeño: cfr. II, 140<sub>10</sub>, et *passim*.

<sup>107</sup> *a*, que hoy diríamos *con*: cfr. I, 351<sub>16</sub>; II, 99<sub>12</sub>, 120<sub>22</sub>, 143<sub>2</sub>.



¿qué puede ser sino el mundo, que él le trae al retortero? ¿Ves aquellos eslabones? Pues aquélla es la dependencia: aquél primero es el príncipe, aunque tal vez, sacando bien la cuenta, es el tercero, el quinto, y tal vez el décimo tercio;<sup>108</sup> el segundo es un favorecido; a éste le manda su muger; ella tiene un hijuelo en quien idolatra; el niño está aficionado a un esclavo, que pide al rapaz lo que se le antoja; éste llora a su madre, ella importuna a su esposo, él aconseja al príncipe, que decreta. De suerte que, de eslabón en eslabón, viene el mundo a andar rodando entre los pies de un esclavo errado<sup>109</sup> de sus passiones.

Passó el triunfo, que de todo triunfa el tiempo, y guiándoles el varón de extremos, haziéndolos, llegaron a una gran plaza donde quatro o seis personages mui ahorrados,<sup>110</sup> sin ahorrarse con ninguno<sup>111</sup> y aforrándose de todos,<sup>112</sup> estaban jugando a la pelota; éste la arrojaba a aquél, y aquél al otro, hasta que bolví al primero, passando círculo político, que es el más vicioso, rodando siempre entre unos mismos, sin salir jamás de sus manos. Todos los demás estaban mirando, que no hazían otro<sup>113</sup> que ver jugar. Reparó Critilo y dixo:

—Esta parece la pelota del mundo: entre cuero y viento o borra.<sup>114</sup>

<sup>108</sup> Hasta el quinto está bien, pues según la cuenta que sigue (favorito, muger, hijo, esclavo) es el que le corresponde en este caso. Pero ¿por qué saltar del quinto al *decimotercio* precisamente? Porque querrá apuntar a Luis XIII de Francia, contemporáneo suyo, y nada simpático por sus guerras con España y su apoyo a los rebeldes de los dominios españoles (particularmente en Flandes) y los separatistas catalanes. Representativa del sentimiento de aquel tiempo es la *Carta* que le dirigió don Francisco de Quevedo con fecha 12 de julio de 1635 (ed. *BAE*, XXIII, 257-269), y esto, aunque los más graves motivos de queja no vinieron sino después. Téngase además en cuenta, para la aplicación de nuestro texto, el carácter débil de aquel rey francés, siempre dominado por alguien, por su madre María de Médicis, por el cardenal Richelieu, por la *amoureuse* Ninon de l'Enclos, por el caballero Cinq-Mars, etc. Cons. K. A. Patmore, *The Court of Louis XIII*, London-New York, 1910.

<sup>109</sup> *errado*, con el consiguiente equívoco: cfr. nota 92, II, 331.

<sup>110</sup> *ahorrados*, con equívoco de estar, como jugadores, desembarazados de ropa ("ahorrado, el que está en calzas y jubón," Correas), y de estar conduciéndose, como políticos, con excesiva libertad.

<sup>111</sup> En la primera de las acepciones que ya hemos señalado en tal frase (cfr. nota 181, II, 112): queriéndolo todo para sí mismos.

<sup>112</sup> Llenándose a costa de los demás: cfr. nota 162, II, 110.

<sup>113</sup> *otro*, otra cosa: cfr. nota 19, I, 105.

<sup>114</sup> Jugando con la acepción literal y la metafórica de estas palabras, y queriendo probablemente sugerir el modismo corriente *entre cuero y carne*,

—Y éste es—respondió el Estremado—el juego del mando, éste el gobierno de todas las comunidades y repúblicas. Unos mismos son los que mandan siempre, sin dexar tocar pelota a los demás, que no ai política que no tenga sus faltas y sus azares.<sup>115</sup> Pero, si me creéis, dexáos de todo mentido <sup>116</sup> mando y seguidme, que yo os prometo mostrar el señorío real, que es el verdadero.

—Aquí hazemos alto—respondió Critilo—. El mayor favor sería guiarnos a casa de aquel ínclito marqués embaxador de España,<sup>117</sup> cuya casa es nuestro centro, donde pensamos poner término a nuestra prolixa peregrinación hallando nuestra felicidad deseada.<sup>118</sup>

Lo que les respondió y sucedió aquí, relatará la crisis siguiente.

del que saca su frase, y el cual se aplica en sentido figurado “a los entremetidos que no pierden coyuntura, por pequeña que sea, para lograr sus fines.” *Dicc. Aut.*

<sup>115</sup> *faltas* y *azares*, bien traídos aquí porque también pertenecen al juego de pelota: cfr. nota 247, II, 122.

<sup>116</sup> *mentido*, mentiroso.

<sup>117</sup> Estamos en Alemania. En la crisis xii de la Primera Parte propuso Critilo a Andrenio hacer la jornada a Alemania, en busca de Felisinda. Y al principio de la presente crisis se ha dicho: “Vamos allá, y allí veréis la honra del mundo en el ínclito y valeroso Ferdinando Augusto.” El embajador aludido ahora es el marqués de Castel-Rodrigo, sobre el cual dejamos nota 50, I, 358.

<sup>118</sup> Vuelve el autor a anunciar por segunda vez en esta misma crisis la inmediata terminación de su obra. Acerca de su cambio de plan, véase lo que dijimos en la nota 27, I, 99.

## CRISI DÉZIMATERCIA

### *La jaula de todos.*

CRECE el cuerpo hasta los veinte y cinco, y el corazón hasta los cincuenta,<sup>1</sup> mas el ánimo siempre: gran argumento de su inmortalidad. Es la edad varonil el mejor tercio de la vida, como la que está en el medio; llega ya el hombre a su punto, el espíritu a su sazón, el discurso es substancial, el valor cumplido y el dictamen de la razón mui ajustado a ella; al fin, todo es madurez y cordura. Desde este punto se avía de comenzar a vivir, mas algunos nunca comenzaron y otros cada día comienzan.<sup>2</sup> Esta es la reina de las edades, y si no perfecta absolutamente, con menos imperfecciones, pues no ignorante como la niñez, ni loca como la mocedad, ni pesada ni pasada como la vejez; que el mismo sol campa <sup>3</sup> de luzes al medio día. Tres libreas de tres diferentes colores da en diversas edades la Naturaleza a sus criados: comienza por el rubio y purpurante en la aurora de la niñez, al salir del sol de la juventud, gala de color y de colores; pero viste de negro y de decencia la barba y el cabello en la edad varonil, señal de profundos pensamientos y de cuidados cuerdos; fenece con el blanco, quedándose en él la vida, que es el buen porteq de la virtud, librea de la vejez lo cándido.<sup>4</sup>

*Las tres libreas del hombre.*

Avía Andrenio llegado a la cumbre de la varonil edad quando ya Critilo iba descaeciendo cuesta abaxo de la vida y aun rodando de achaque en achaque. Ibales comboyando aquel varón raro, mui de la ocasión, porque, aunque avían topado otros bien prodigiosos en el discurso <sup>5</sup> de tan varia vida

<sup>1</sup> Así lo declara Plinio, *Hist. Nat.*, XI, 70.

<sup>2</sup> Pensamiento expresado más atrás, con probable reminiscencia de Séneca, según dejamos apuntado en nota 123, II, 104.

<sup>3</sup> *campa*, que corrigieron indebidamente con el sinónimo *campea* algunas ediciones, como la de 1669: todavía se dice de un desobediente que *campa por sus respetos*.

<sup>4</sup> *cándido*, con probable equívoco entre *blanco* y *simple*.

<sup>5</sup> *discurso* era corriente por *curso*: “Dióle Dios en ella, en el discurso del tiempo que estuvieron casados, dos hijos y una hija.” (Liñán y Verdugo, *op. cit.*, pág. 275.) “Prometió cumplirla su dueño en el discurso del camino.” (Céspedes y Meneses, *El soldado Píndaro*, II, xix.) “Un

*Gigant*[i]-*nano*.<sup>7</sup> (que quien mucho vive, mucho experimenta), mas <sup>6</sup> éste les causó harta novedad, porque crecía y menguava como él quería, estirávase quando era menester y <sup>8</sup> iba sacando el cuerpo, alçava cabeça, levantava la voz y hombreávase de modo que parecía un gigante, tan descomunal, que hiziera cara al mismo capitán Plaça <sup>9</sup> y aun a Pepo; <sup>10</sup> por otro extremo, quando a él le parecía se bolví a encoger y se empequeñecía de modo que parecía un pigmeo en lo poco y un niño en lo tratable. Estava atónito Andrenio de ver una virtud tan variable.

—No te admires—le dixo él mismo—, que yo, con los que tratan de empinarse y levantarse a mayores, con los que quieren llevar las cosas de mal a mal, también sé hazer piernas;<sup>11</sup> pero, con los que se humillan y llevan las cosas de bien a bien, me allano de modo que de mi condición harán cera, quando más sincera:<sup>12</sup> que tengo por blasón perdonar a los humildes y contrastar los sobervios.<sup>13</sup>

hombre de los más virtuosos y cuerdos que él había tratado y visto en el discurso de su vida.” Jerónimo de Alcalá, *El donado hablador*, II, iii.

<sup>6</sup> aunque . . . mas: cfr. nota 85, I, 181.

<sup>7</sup> *Gigant* / *nano* en nuestro texto, errata corregida en las ediciones posteriores, que traen en su mayoría *Gigan- tinano* (1663, M1664, etc.), y algunas *Gigante* / *enano* (1669, 1913–14). Falta este epígrafe marginal, y todos los restantes de la crisi en las ediciones B1664 y 1683, en las cuales además, en los ejemplares que poseo, está en tipo menor (10 puntos) el último tercio de la crisi. La de 1663 sólo tiene los tres primeros epígrafes.

<sup>8</sup> Acerca del empleo de esta conjunción cuando hoy ponemos *e*, queda nota 23, II, 19.

<sup>9</sup> Don José de Plaza, caballero catalán y capitán de caballería (o de caballos, como entonces se decía), cuyo “gran valor y esfuerzo aventajado” señala Jerónimo de Barrionuevo (*Avisos*, III, 144–145) al dar cuenta de su asesinato por “invidiosos de su valor,” a fines de 1656, hallándose de guarnición en Llerena.

<sup>10</sup> No aparece *Pepo* en la más completa lista de gigantes, desde la remota antigüedad hasta mediados del siglo XIX (Edward J. Wood, *Giants and Dwarfs*, London, 1868), ni en otros tratados sobre el gigantismo y los gigantes. Es también nombre desconocido en la mitología y la leyenda, en la vida española, en las letras y el folklore. Sólo de un *Peppo* tengo noticias, el alfarero de la Roma antigua cuyo nombre figura en un fragmento de cerámica conservado en el Museo de Munich. Es muy posible que el autor se refiera a algún tipo local conocidísimo en sus días, acaso a una de las figuras de gigantones que sáldrían en las fiestas públicas de Zaragoza, Huesca o Calatayud, aunque en una búsqueda de aquellos archivos no se ha logrado dar con tal nombre.

<sup>11</sup> *hazer piernas*, presumir y mantenerse firme: cfr. nota 21, II, 249.

<sup>12</sup> Habrá notado ya el lector este juegucillo de *cera* . . . *sin-cera*.

<sup>13</sup> Frase acuñada sobre la del texto bíblico ya señalado: cfr. nota 126, II, 218.

Este, pues, hombre por extremos, aviéndoles desengañado de que el marqués embajador que ellos buscaban no assistía <sup>14</sup> ya en la corte imperial, sino en la romana,<sup>15</sup> con negocios de extraordinaria grandeza, y aviendo ellos resuelto, después de mucha desazón y sentimiento, proseguir el viaje de su vida hasta conseguir su alejada felicidad y marchar a la astuta Italia, ofreciéndoles el voluntario gigante su compañía hasta los Alpes canos, distrito ya de la sonada Vexecia.<sup>16</sup>

—Y porque me empeñé—dezia—en mostraros el señorío verdadero, sabed que no consiste en mandar a otros, sino a sí mismo.<sup>17</sup> ¿Qué importa sugete uno todo el mundo, si él no se sugeta a la razón? Y por la mayor parte, los que son señores de más, suelen serlo menos de sí mismos, y tal vez <sup>18</sup> el que más manda más se desmanda. El imperio no es felicidad, sino pensión,<sup>19</sup> pero el ser señor de sus apetitos es una inestimable superioridad. Assegúroos que no ai tiranía como la de una *Tiranía de pasión*, y sea qualquiera, ni ai esclavo sugeto al más bárbaro *passiones*. africano como el que se cautiva de un apetito. ¡Quántas veces querría dormir a sueño suelto el necio amante!, y dízele su

<sup>14</sup> *assistir*, servir: cfr. nota 129, II, 316.

<sup>15</sup> El marqués de Castel-Rodrigo continuó de embajador en Alemania hasta 1656 (cfr. nota 50, I, 358). Durante su embajada allá, fueron embajadores en Roma el cardenal Albornoz, 1648-49, el duque del Infantado, extraordinario, 1649-52, el cardenal Tribulcio, 1651-54, y el duque de Terranova, extraordinario, 1653-57. (Cons. *Archivo de la embajada de España cerca de la Santa Sede: Indices*, por Fr. José M. Pou y Martí, Roma, 1915-25, t. II, págs. vii-viii.) Podría ser que nuestro texto se refiriese a un cambio temporal del marqués, quien durante su embajada en Alemania anduvo de una parte para otra en importantes negociaciones diplomáticas. Acaso fuese a Roma como embajador de obediencia o encargado de agenciar un solo asunto. Cuando el autor vuelve a nombrar un embajador en Roma, no es ya el marqués de Castel-Rodrigo, sino el conde de Sirvela (III, xii). Pero, en todo caso, es evidente que no iba a supeditar el plan de su obra a los cambios diplomáticos. Juzgó conveniente idear este traslado, coincidiese o no con la realidad, porque habiendo alterado el plan de su obra, que no iba a terminar ya allí mismo, como había prometido, le pareció buena excusa literaria para prolongar la acción y llevar a sus personajes por otras tierras familiares, que le ofrecerían materiales más abundantes que Alemania. Por sus lecturas, conocía bien a Italia; pero no tanto a Alemania. Véase, sobre la división del *Criticón*, nota 27, I, 99.

<sup>16</sup> *Vexecia*: prescindiendo de etimologías griegas o latinas, gusta de sacar ahora de su propia lengua esta figura alegórica; llámala *sonada*, no por ser renombrada, sino por haber sonado ya la hora de la vejez.

<sup>17</sup> De acuerdo con Séneca, *Epist.*, CXIII, 31: "Imperare sibi maximum imperium est."

<sup>18</sup> *tal vez*, a veces.

<sup>19</sup> *pensión*, carga, pesadumbre: cfr. nota 7, II, 199.

passión: “ ¡Quita, perro, que no se hizo para ti esse cielo, sino un infierno de estar suspirando toda la noche a los umbrales de la desvanecida belleza! ” Quisiera el mísero engañar, si no satisfacer, su hambre canina, y dízele su codicia: “ ¡Anda, perro, ni una sed de agua, y siempre de dinero! ” Suspira el ambicioso por la quietud dichosa, y grítale el deseo de valer: “ ¡Ola, perro, anda aperreado toda la vida! ” ¡Ai Berbería tan bárbara qual ésta? ¡Eh!, que no ai en el mundo señorío como la libertad del corazón: esso sí que es ser señor, príncipe, rei y monarca de sí mismo. Esta sola ventaja os faltava para llegar al colmo de una inmortal perfección; todo lo demás avíais conseguido, el honroso saber, el acom[o]dado <sup>20</sup> tener, la dulce [a]mistad,<sup>21</sup> el importante valor, la ventura deseada, la virtud hermosa, la honra autorizada, y desta vez el mando verdadero. ¿Qué os ha parecido—preguntó el agigantado camarada—de los bravos alemanes?

—Grandes hombres—iba a dezir Critilo, quando perturbó su definición uno que parecía venir huyendo en lo desalentado y a gritos mal distintos repetía:

—¡Guarda, la fiera! ¡Guarda, la mala bestia!

No dexaron de asustarse, y más quando oyeron repetir lo mismo a otro y a otros, que todos bolvían atrás de espanto.

—¿Es possible—dixo Andrenio—que jamás nos hemos <sup>22</sup> de ver libres de monstruos ni de fieras, que toda la vida ha de ser arma? <sup>23</sup>

Trataban de huir y ponerse en cobro, quando bolviéndose azia su camarada el Gigante, no le vieron, pero le sintieron metido en uno de sus zapatos, tamañito. Creció su espanto, creyendo fuesse efeto <sup>24</sup> del miedo, mas él, con voz intrépida, les animó diziendo:

—¡No temáis, no, que ésta no es desdicha, sino suerte!

—¿Cómo suerte—gritó uno de los fugitivos—, si está aí una fiera tan cruel que no perdona al hombre más persona?

—¿Cómo nos guías por aquí?—instó Critilo.

Y él:

<sup>20</sup> *acomadado* en el texto, por errata corregida en las ediciones posteriores.

<sup>21</sup> *mistad* en el texto, también por errata, rectificada en las demás ediciones, excepto las de 1669 y 1913-14, que traen *mitad*.

<sup>22</sup> Respecto de este empleo del indicativo en casos que hoy daríamos la preferencia al subjuntivo, dejamos nota 19, I, 169.

<sup>23</sup> *arma*, tanto puede significar aquí *alarma* como *guerra*: cfr. nota 9, II, 282.

<sup>24</sup> *efeto*, efecto: cfr. nota 8, II, 320.

—Porque es el camino de más ventajas, el de los grandes hombres, y esa fiera tan temida no es para mí assombro,<sup>25</sup> sino trofeo.

Dávase a las furias, oyendo esto, Andrenio, y preguntóle a uno de los menos asustados:

—¿No me dirías qué fiera es ésta? ¿Vístela tú?

—Y aun he experimentado—respondió—, por desgraciada dicha,<sup>26</sup> su fiereza. Este es un monstruo, tan ruin como despiadado, que sólo se sustenta de hombres mui personas. Cada día le han de echar, para su pasto, el mejor hombre que se conoce, un héroe,<sup>27</sup> y por el mismo caso<sup>28</sup> que es conocido y nombrado, el sugeto más eminente, ya en armas, ya en letras, ya en gobierno; y, si muger, la más linda, la más bella, y luego la despedaza rosa a rosa, estrella a estrella, y se la traga, que de las feas y fieras como él no haze caso. Todos los famosos hombres peligran: en aviendo un sabio, un entendido, al punto le huele de mil leguas y haze tales estragos, que sus mismos conocidos se le traen, y tal vez<sup>29</sup> sus propios hermanos, que el primer hombre que despedazó, un hermano suyo le conduxo.<sup>30</sup> Es cosa lastimosa ver un gran soldado quanto más valiente y hazañoso cómo parece echo víctima de su vilíssima rabia.

—¿Pues qué, a los valientes se atreve?

—¿Cómo si se atreve? Al mismo Torrecuso,<sup>31</sup> al animoso Cantelmo,<sup>32</sup> al mismo Duque de Feria,<sup>33</sup> y otros tan excelentes:

<sup>25</sup> *assombro*, espanto: cfr. nota 50, I, 155.

<sup>26</sup> Entendióse siempre *dicha* por *suerte feliz*, sentido que conserva en la expresión *por dicha*; el autor ha buscado un contrasentido, que corresponde, sin embargo, a una realidad: este personaje ha logrado la dicha de ser grande, y por ser grande tuvo la desgracia de verse perseguido por la envidia; de aquí lo de *desgraciada dicha*.

<sup>27</sup> *héroe*, hombre superior: cfr. nota 79, II, 14.

<sup>28</sup> *caso*, motivo: cfr. nota 158, II, 148.

<sup>29</sup> *tal vez*, a veces.

<sup>30</sup> Alusión a Abel y Caín, *Génesis*, IV, 4-8.

<sup>31</sup> Queda ya sobre el marqués de Torrecuso, valeroso maestre de campo, nota 64, I, 328.

<sup>32</sup> Andrea Cantelmo, napolitano, nombrado capitán general del ejército y virrey de Cataluña en 1644. Cons. *Colec. de doc. inéditos para la Hist. de España*, LIX, 239, 312, 443, 465.

<sup>33</sup> Don Gómez Suárez de Figueroa y Córdoba (1587-1634), tercer duque de Feria, “començó a servir desde su edad floreciente al Católico Rey don Felipe Tercero, siendo su embaxador [en Roma y en París], mostrando en todo el valor de su persona y la generosa sangre de sus mayores y la autoridad de su Principe,” después virrey en Valencia y capitán general del Milanesado, “donde ha hecho cosas de valeroso Principe en servicio de su

fiero monstruo de deshazer todo lo bueno. ¡Pues ver cómo lo malea con dientes, con la lengua, hasta con el gestillo, con el modillo y de todas maneras!

—¡Qué buen gusto deve tener!—dixo Critilo.

—Antes no, pues todo lo bueno le sabe mal y no lo puede tragar, aunque muerde lo mejor. Y si tal vez <sup>34</sup> se lo traga, porque lo cree, <sup>35</sup> no lo puede digerir, porque no se le cueze. <sup>36</sup> Tiene malíssimo gusto y peor olfato, oliendo de cien leguas una eminencia, y rabia por deshazerla. Y assí, yo doi voces: ¡A fuera, lindas! ¡A huir, sabios! ¡Guardáos, valientes! ¡Alerta, príncipe! ¡Que viene, que llega rabiando la apocada <sup>37</sup> bestia! ¡Guarda, guarda!

—¡Eh, aguarda!—dixo el ya enano Gigante—. Por lo menos, no puedes negar que es grande quien assí se ceva en todas las cosas grandes. <sup>38</sup>

—Antes, es mui poca cosa, y aunque no hinca el diente venenoso sino en lo que sobresale, es de todas maneras ruin y rebienta cada día. No ai cosa más pestilente que su aliento, como salido de tan fatal boca, mala lengua y peores entrañas. <sup>39</sup> Yo la he visto eclipsar el sol y deslucir las mismas estrellas: los cristales empaña y la plata más brillante desdora. De suerte que, en viendo alguna cosa excelente y rara, la toma de ojo <sup>40</sup> y de tema.

Rey, ganando la Bartolina, plaça de mucha importancia, con otras de no menos consideracion, de quien se tiene grandes esperanças por el gran valor de su persona.” (López de Haro, *Nobiliario genealógico*, Madrid, 1622, I, 454.) Estas grandes esperanzas se malograron por la temprana muerte del duque, lejos de su patria, en Munich. “Príncipe amable y nobilísimo” le llamaba Gonzalo de Céspedes en la dedicatoria de su novela *El español Gerardo* (1615-17). Tornará Gracián a aludir a este duque de Feria y sus desgracias en la crisis de la Tercera Parte. Triunfador en la vida pública, fueron aquéllas de índole familiar, viendo morir a cuatro hijas suyas en la niñez o la juventud, tres de ellas dentro del mismo año de 1615, cuyo recuerdo literario conservamos en dos composiciones de Góngora (*Obras*, II, 223 y 226).

<sup>34</sup> tal vez, a veces.

<sup>35</sup> porque lo cree, frase ambigua que puede referirse a que cree que lo puede tragar, o como anunciativa, que cree que lo puede digerir.

<sup>36</sup> tragar . . . morder . . . digerir . . . cocer, jugando con el sentido recto y el figurado de estos verbos.

<sup>37</sup> apocada, vil.

<sup>38</sup> Dícelo así de la Envidia el poeta Ovidio: “summa petit livor.” *Remedia Amoris*, v. 369.

<sup>39</sup> Con el pecho lleno de bilis y la lengua soltando veneno es pintada la Envidia, también, por Ovidio en *Metam.*, II, 777.

<sup>40</sup> tomar de ojo, hostilmente: cfr. nota 67, II, 328.



—¿No ai un paladín que degüelle essa horca <sup>41</sup> tan perjudicial?—preguntó Andrenio.

—¿Quién la ha de matar? No los pequeños, que no les haze daño, antes los venga y consuela; no los grandes hombres, porque ella acaba con todos: ¿pues quién le ha de emprender? <sup>42</sup>

—¿Es bruto o persona?

—Algo, aunque poco, tiene de hombre; de muger mucho, y de fiera todo.

Ya en esto, venía para ellos un rayo en monstruo <sup>43</sup> dando crueles dentelladas, espumando veneno.

—¡Aquí el remedio es—gritó el ya Enano, y mucho menos—no sobresalir en cosa, <sup>44</sup> no lucir ni campear, no ostentar prenda alguna!

Assí lo platicaron, <sup>45</sup> y la que venía rechinando colmillos y relamiéndose en espumajos de veneno, viéndoles que tan poco sobresalían y que el imaginado gigante era un pigmeo, no dignándose ni aun de mirarles, los despreció dando la buelta a su poquedad y vileza.

—¿Qué os ha parecido de la monstruosa vieja?—preguntó el ya otra vez Gigante.

Y Critilo:

—Yo dudé si era el Ostracismo moderno, que a todos los insignes varones destierra y querría echar del mundo no más de porque lo son. En oliendo un docto, le haze processo de excelente hombre y le condena a no ser oído; al esclarecido, a deslucido; al valiente le haze cargos, transformándole las proezas en deméritos; al mayor ministro y de mejor gobierno le publica por insufrible; la hermosura mayor, a no ser vista; y al fin, toda eminencia, que vaya fuera y se le quite delante.

—¿Y esso executavan hombres de juizio en Atenas?—replicó Andrenio.

—Y oi passa en hecho de verdad—le respondió.

—¿Y dónde van a parar tantos buenos?

—¿Dónde? Los valientes a Estremadura y la Mancha, <sup>46</sup> los

<sup>41</sup> Sobre la *orca*, monstruo marino, y sus variantes ortográficas, queda nota 92, I, 260.

<sup>42</sup> le . . . *emprender*, la ha de emprender con ella, como en II, 332<sub>16</sub>.

<sup>43</sup> *en monstruo*, en figura de monstruo.

<sup>44</sup> *cosa*, nada: cfr. nota 26, I, 353.

<sup>45</sup> *platicar*, practicar: cfr. nota 53, II, 24.

<sup>46</sup> Ya había dicho Juan Rufo, entre otros: “Estremadura / produzidora de hombres escogidos / para la condicion de Marte dura.” (*La Austriada*, Toledo, 1585, fol. 120 v.) Y repetirá dos siglos después Cadalso: “Extremadura produjo los conquistadores del Nuevo Mundo, y ha continuado

buenos ingenios a Portugal,<sup>47</sup> los cuerdos a Aragón,<sup>48</sup> los hombres de bien a Castilla, las discretas a Toledo,<sup>49</sup> las hermosas a Granada,<sup>50</sup> los bellos dezidores a Sevilla, los varones eminentes

siendo madre de insignes guerreros." (*Cartas marruecas*, XXVI.) Manchegos o extremeños, entre los más insignes en las armas, fueron Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Vasco Núñez de Balboa.

<sup>47</sup> Repetidamente muestra Gracián sus admiración por el ingenio de los portugueses, como queda apuntado en nota 127, II, 68.

<sup>48</sup> Para sesudos y prudentes, insiste siempre que en Aragón: cfr. nota 114, II, 32.

<sup>49</sup> Era proverbial en particular la discreción de las toledanas. Tirso de Molina: "Mucho de Toledo cuentan . . . / sus damas siempre discretas." (*El amor médico*, I, ii.) Lope de Vega: "Tratábase de las damas / de Toledo, a quien el cielo / dió tanta hermosura y gracia . . . / que en hablando de hermosura / que entendimiento acompaña, / sólo juzgarlo pudiera / una dama toledana." (*Amar sin saber a quién*, I, viii.) "Toledana, que hasta hoy / no hubo necia toledana." (*Ibíd.*, I, xii.) "En fin, a Toledo vas, / donde ya me pone miedo / la hermosura de Toledo, / y la discreción, que es más." (*Los peligros de la ausencia*, II, vii.) Y hasta "las Religiosas toledanas . . . , en discreción, hermosura y virtud, se aventajan á cuantas en el mundo professan su clausura." (Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, ed. Said Armesto, pág. 316.) Cfr. nota 44, I, 296.

<sup>50</sup> La peregrina hermosura de las granadinas es celebrada por muchos escritores de aquel siglo, como Góngora en el siguiente romance *A Granada*:

"I a veer de tus bellas Damas  
los bellos rostros, iguales  
a los que en sus hierarchias  
las doradas plumas baten;  
por quien, neuado Genil,  
es mui justo que te alabes  
que excedes al sacro Ibero,  
i al rubio Tajo deshaces;  
pues en tus nobles orillas  
milagros de beldad nacen,  
inuidia de otras riberas,  
eclipsi de otras beldades,  
tan gallardas sobre bellas,  
que no han visto las edades  
ni mantos de maior brio  
ni mirar de mas donaire;  
tan discretas de razones  
i tan dulces de language,  
que diràs que entre sus perlas  
distila Amor sus panales;  
estas son, Ciudad famosa,  
las que del Duero al Hidaspe  
te dan el honor i el lustre  
que al oro dan los esmaltes."

a Córdoba,<sup>51</sup> los generosos a Castilla la Nueva, las mugeres honestas y recatadas a Cataluña, y todo lo lucido a parar en la corte.

—A mí me pareció—dixo Andrenio—en aquel mirar de mal ojo, en el torcer de boca, en el hazer gestillos, en el modillo de hablar y en el enfadillo, que era la Embidia.<sup>52</sup>

—La misma—respondió el Gigante—, aunque ella lo niega.

Libres ya de embidiados y embidiosos, llegaron a un passo inevitable donde assistía <sup>53</sup> mui de assiento un varón mui de propósito. Este era el que tenía en su mano la justa medida de los entendimientos, de cómo han de ser. Y era cosa rara que, llegando cada instante unos y otros a medirse, ninguno se ajustava de todo punto. Unos se quedavan mui cortos, a tres o a quatro dedos de necios, ya por esto, ya por lo otro: uno porque, aunque en unas materias discurría, en otras no acertava; éste era ingenioso, pero cándido; aquél docto, pero rústico. De modo que ninguno venía caval del todo. Al contrario, otros passavan del coto <sup>54</sup> y eran bachilleres,<sup>55</sup> resabidos, sabiondos y aun casi locos: hablaban unos bien, pero se escuchavan; sabían otros, pero se lo presumían; y todos éstos enfadavan. Assí, que unos por cortos, otros por largos, unos por carta de más, otros de menos, todos perdían: a unos les faltava un pedazo de entendimiento, y a otros les sobrava. Qual y qual,<sup>56</sup> uno entre mil, venía a ser de la medida, y aun quedava en opiniones. En viendo el juizioso varón que uno

Y escribe un autor anónimo: "Sus naturales son amigables a los forasteros, y las mugeres son hermosas en extremo y no poco piadosas." *La Península a principios del siglo XVII*, ed. cit., pág. 436.

<sup>51</sup> Bien podía decirlo quien, como nuestro autor, tuvo entre los cordobeses el más remoto antecesor de su amaneramiento literario (Lucano), el que mayor influjo ejerció en su formación filosófica (Séneca), su más admirado poeta (Góngora), y su tipo ideal de guerrero (el Gran Capitán).

<sup>52</sup> *Embidia*: ortografía seguramente del impresor, pues Gracián escribe repetidamente *invidia* (ms. del *Héroe*, fol. 42 r. y v.); la tendencia que muestra en su autógrafo, por el contrario, es escribir *n* delante de *b* (o *v*) y de *p*, ya sea *n* etimológica (*tanbien*, fol. 8 v., *enpeño*, fol. 20, *inperceptible*, fol. 30), o ya *m* etimológica (*inpaciencia*, fol. 42 v.); la doble *m* original, cuando hoy escribimos *-nm-*, sí la conserva en *immortal(idad)*, fols. 19, 34 v., 42, aunque también pone *inmortales*, fol. 21, u omite la primera, *imortal*, fol. 25, *imortalidad*, fol. 38 v.

<sup>53</sup> *assistir*, servir: cfr. nota 129, II, 316.

<sup>54</sup> *coto*, corriente por *límite*.

<sup>55</sup> Para el sentido peyorativo que desde lejanos tiempos se venía dando a *bachiller* y *bachillerías*, véase nota 139, II, 187.

<sup>56</sup> *Qual y qual*: cfr. nota 42, I, 194.

no llegava, o un otro se passava, los mandava meter en la gran jaula de todos, llamada assí por los infinitos de que siempre estava llena; <sup>57</sup> que de loco o simple raro es el que se escapa, <sup>58</sup> los unos porque no llegan, los otros porque se pasan, condenándose todos, unos por tontos, otros por locos. Començó a vozearles uno de los que ya estavan dentro, y dezía:

—¡Entrad acá, no tenéis que mediros, que todos somos locos, los muchos y los pocos! <sup>59</sup>

Tomáronse la honra, <sup>60</sup> que en la tierra de los necios, el loco es rei, <sup>61</sup> y guiados de su gran hombre entraron allá. Vieron cómo los más andavan, pero no discurrían, <sup>62</sup> cada uno con su tema, y alguno con dos, y tal con quatro. <sup>63</sup> Avía caprichosas setas, <sup>64</sup> y cada uno celebrava la suya: el uno de entendido, el otro de dezidor, éste de galán, aquél de bravo, tal de linajudo, y qual de afectado, de enamorados muchos, de descontentos de todo algunos; los graciosos mui desgraciados, <sup>65</sup> los dexados <sup>66</sup> mui fríos, los porfiados insufribles, los singulares señalados, los valientes furiosos, los mui voluntarios <sup>67</sup> fáciles, los encarecedores desacreditados, los tiesos enfadosos, los vulgares desestimados, los juradores aborrecidos, los descortesés abominados, los rencillosos malquistos, los artificiosos <sup>68</sup> temidos. Admi-

<sup>57</sup> Reminiscencia bíblica ya señalada en nota 8, II, 168.

<sup>58</sup> Horacio, *Sat.*, II, iii, 32: "insanis et tu stultique prope omnes."

<sup>59</sup> Conforme con el refrán *todos somos locos, los unos y los otros*, que ponen Hernán Núñez (fol. 116 b), Correas y Oudin.

<sup>60</sup> *tomarse la honra* parece estar aquí por decidirse a ir (o entrar): cfr. nota 109, I, 284.

<sup>61</sup> Humorísticamente forjado sobre el refrán *en la tierra de los ciegos, el tuerto es rey* (Correas).

<sup>62</sup> Con el consiguiente equívoco entre discurrir por un lugar y discurrir sobre un tema.

<sup>63</sup> Nótese el *andavan*, y que ahora tras *con dos* sea *con quatro* precisamente parece sugerir el andar en cuatro patas, aunque estén refiriéndose a temas.

<sup>64</sup> *seta* continuaba siendo más común que *secta* en la primera mitad del siglo XVII, y la única forma que registran algunos diccionarios de principios del siglo, como el de Covarrubias. Pero ya en 1739, aunque siguieran registrándose ambas formas, la popular y la culta, vemos en el *Dicc. de Autoridades* que *secta* "es como se dice mas comunmente." Sobre el grupo *-ct-*, véase nota 166, I, 314.

<sup>65</sup> *desgraciados*, no tanto por padecer *des-gracia*, como por estar *sin gracia*.

<sup>66</sup> *dexados*, no los negligentes, sino que Gracián gusta de llamar así a los que usan de la gracia del *dejo* o *dejillo*.

<sup>67</sup> *voluntario*, en su acepción poco usada hoy de *voluntarioso*.

<sup>68</sup> *artificiosos*, arteros.

rado Andrenio de ver tan trascendente locura, quiso saber la causa, y dixéronle:

—Advertí <sup>69</sup> que ésta es la semilla que más cunde oi en la tierra, pues da a ciento por uno, y en partes a mil: cada loco haze ciento,<sup>70</sup> y cada uno déstos otros tantos, y assí en quatro días se llena una ciudad. Yo he visto llegar oi una loca a un pueblo, y mañana aver ciento <sup>71</sup> imitadoras de sus profanos trages. Y es cosa rara que cien cuerdos no bastan [a] <sup>72</sup> hazer cuerdo un loco, y un loco buelve orates a cien cuerdos. De nada sirven los cuerdos a los locos; éstos sí hazen gran daño [a] <sup>72</sup> aquéllos: es en tanto grado, que ha acontecido poner un loco entre muchos y mui cuerdos, por ver si se remediaría, y como en todo quanto hablava y hazía le repugnaban,<sup>73</sup> comenzó a dar gritos, diciendo que le sacassen de entre aquellos locos si no querían que perdiesse el juizio en quatro días.

Era de ponderar quáles <sup>73d</sup> procedían sin parar un punto ni reparar en cosa, y todos fuera de sí y metidos en otro <sup>74</sup> de lo que eran, y tal vez todo lo contrario: porque el ignorante se imaginava sabio, con que no estava en sí, el nonadilla <sup>75</sup> se creía gran hombre, el vil gran cavallero, la fea se soñava hermosa, la vieja niña, el necio mui discreto. De suerte que ninguno está en sí, ni se conoce <sup>76</sup> ninguno en el caso ni en casa.<sup>77</sup> Y era lo bueno que cada uno preguntava al otro si estava en su juizio:

—Hombre del diablo, ¿estáis loco?

—¿Estamos en casa? <sup>78</sup>—dezía uno.

<sup>69</sup> *advertí*, advertid: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>70</sup> Por el sabido refrán que dejamos anotado en 151, II, 39.

<sup>71</sup> *ciento*, en proclisis, se escribía a veces sin apócope (aunque más frecuentemente con ella), como también *primero*, *tercero* y *postrero* (cfr. nota 30, II, 7), y el mismo elegante Góngora, acaso aquí por la tiranía de la rima, escribe: “cuelga ciento / faroles de oro al agradecimiento.” *Obras*, II, 3.

<sup>72</sup> Suplo la preposición: comp. I, 301<sub>20</sub>; II, 285<sub>21</sub>, *et passim*.

<sup>73</sup> *repugnar*, en su acepción de *contradecir*.

<sup>73d</sup> *quáles*: más lúcido y correcto hubiera sido *quál* (cómo) para adverbio.

<sup>74</sup> *otro*, otra cosa o figura: cfr. nota 19, I, 105.

<sup>75</sup> *nonadilla*: cfr. nota 61, II, 327.

<sup>76</sup> *conocer*, en su sentido de *reconocer*.

<sup>77</sup> *en casa*, en su propia casa, aquélla a que pertenece, la *casa de locos*, como solía llamarse y aun llama el vulgo al manicomio.

<sup>78</sup> Parece tener la expresión *estar en casa* el doble sentido de *estar en su juicio*, que es el que aquí conviene y el que más adelante le dará el autor al llamar al manicomio “la casa de los que no están en ella,” y también a

—¿Estáis conmigo? <sup>79</sup>—dezía otro.

Y a fe estuviera bien apañado si con él. A todos los otros imaginaban sus antípodas y que andaban al rebés, persuadiéndose cada uno que él iba derecho y el otro cabeça abaxo, dando de colodrillo por esos cielos, él mui tieso y los otros rodando.

—¿Qué errado <sup>80</sup> anda fulano!—dezía éste.

Y respondía el otro:

—¿Qué calçado por agua va él! <sup>81</sup>

Todos se burlaban, unos de otros: el avaro del deshonesto y éste de aquél, el español del francés y el francés del español.

—Ai locura de todo el mundo—filosofava Critilo—. ¡Y con cuánta razón se llamó jaula de todos! <sup>82</sup>

Iban discurriendo, y toparon los ingleses metidos en una mui alegre jaula.

—¿Qué alegremente se condenan éstos!—dixo Andrenio.

Y respondiéronle estaban allí por vanos:

—Es achaque de la belleza. <sup>83</sup>

Vieron los españoles en otra por maliciosos, los italianos por invencioneros, <sup>84</sup> los alemanes por furiosos, los franceses por cien cosas, y los polacos a la otra vanda. <sup>85</sup> Avía savandijas de todo elemento: locos del aire <sup>86</sup> los sobervios, del fuego los coléricos, principios de la crisi x de la Tercera Parte. El plural de la interrogación es corriente aún, cuando en realidad la pregunta se dirige a la segunda persona.

<sup>79</sup> Esto es, ¿atendéis a lo que digo? Cfr. Correas: "*Estad conmigo; id conmigo.* Por atendedme a lo que digo."

<sup>80</sup> *errado*, con equívoco de llevar herraduras, ya que el otro replicará con lo de ir *calçado*.

<sup>81</sup> Ni es modismo, ni es refrán, que yo sepa. No creo que *calzado* tenga aquí el significado del lenguaje de germanía (llevar grilletes), ni que la frase guarde relación con el refrán *no es nadilla, y dábale el agua a la rodilla*, y menos con el de *calzadas las tienes, nunca las riegues*. Literalmente, admite varios sentidos, y todos triviales.

<sup>82</sup> "A semejança suya [la de los pájaros], llamamos jaulas vnos enrejados dentro de los quales se ponen los orates quando son furiosos o lo están." Covarrubias.

<sup>83</sup> Sobre tal concepto de los ingleses, compárese texto y nota en I, 214-1.

<sup>84</sup> Justamente advertía Vitrián, *op. cit.*, I, 217: "Todos tienen a Italia por infamada de inconstante y deseosa de novedades y mudanças: yo digo que ay muchas Italías, y que a (t)ratos todos somos Italianos, sino los Castellanos, de quien se dijo (antes de la Monarchia de los Reyes Catolicos) que Castilla de veinte y quatro en veinte y quatro años solia hacer mudanças."

<sup>85</sup> Las dos bandas son la de los locos y la de los simples, como quedará aclarado cuatro páginas después, y en la de los simples es donde pone a los polacos. Véase nota 51, I, 222.

<sup>86</sup> *aire*, viento o vanidad: cfr. nota 53, I, 140.

de la tierra los avaros, y del agua los Narcisos,<sup>87</sup> y éste era simplicísimos elemento; en el quinto <sup>88</sup> los lisongeros, diciendo que sin él no se puede vivir en la corte ni en el mundo. Topaban estremadas locuras, bravos caprichos. Avía dado uno en no hazer bien a nadie, y podía. Preguntóle Andrenio la causa, y respondióle:

—Señor mío, por no morirme luego.

—Antes, no—le replicaron—, que haziendo bien a todos, todos os desearán la vida.

—Engañáisos <sup>89</sup>—respondió él—, que ya el hazer bien sale mal. Y si no, prestá <sup>90</sup> vuestro dinero y veréis lo que passa; los más ingratos son los más beneficiados.

—¡Eh!, que éssos son quatro ruines, y por ellos no han de perder tantos buenos que lo reconocen y agradecen.

—¿Quién son éstos?—dixo él—, y harémosles un elogio. Al fin, señor, no os canséis, que yo no me quiero morir tan presto, que ya sabéis que quien bien te hará, o se te irá, o se te morirá.<sup>91</sup>

A par déste estava otro gran agorero, y era hombre de porte; en encontrando un vizco, se bolví a casa y no salía en quinze días; que si tuerto, en todo un año. No avía remedio <sup>92</sup> que comiesse, melancólico perdido.

—¿Qué tenéis?—le preguntó un amigo—. ¿Qué os ha sucedido?

Y él:

<sup>87</sup> Locos de agua, para contemplarse en ella los enamorados de su propia hermosura, como el Narciso de la mitología griega.

<sup>88</sup> Quinto elemento solía llamarse comúnmente al viento, que es el aludido en el texto, aunque también a otras cosas para encarecer su perfección, como el amor: “que en este quinto elemento / de amor, el entendimiento / sabe no más navegar.” (Vélez de Guevara, *La luna de la sierra*, II, iv.) Cfr. nota 80, II, 61.

<sup>89</sup> *engañáisos*, forma bien dura y tan extraña hoy, no era insólita en la lengua clásica: *engañáisos* (Villalón, *Viaje de Turquía*, ed. NBAE, II, 125 b); *váisos* y *quejáisosme* (Malón de Chaide, *Conversión de la Madalena*, II, ii, xi); *quejáisos* y *enojáisos* (Pedro de Rivadeneyra, *Tratado de la tribulación*, I, xxii; II, xxi); *determináisos* (Matías de los Reyes, *El Menandro*, ed. cit., pág. 126); *casémosos* (Castillo Solórzano, *Tiempo de regocijo*, ed. cit., pág. 280); *pretenderéisos* (Tirso, *Los balcones de Madrid*, I, xvii); *holgáisos* (Valdivielso, *El hospital de los locos*, ed. BAE, LVIII, 265 b), etc.

<sup>90</sup> *prestá*, *prestad*: cfr. nota 13, I, 187.

<sup>91</sup> Refrán que ya registraba literalmente el marqués de Santillana (núm. 575).

<sup>92</sup> *remedio*, con doble sentido, el corriente y el que tiene en la locución familiar *no comer un remedio* (no comer nada), que falta en el *Diccionario de la Academia*, aunque suele decirse.

—Un grande azar.<sup>93</sup>

—¿Qué?

—Que se bolcó el salero en la messa.

Riólo mucho el otro y díxole:

—Dios os libre no se buelque la olla, que para mí no ai otro peor agüero que salir ella güera.<sup>94</sup>

Hízoles gran novedad ver una jaula llena de hombres tenidos por sabios y mui ingeniosos, y dezía Critilo:

—Señor, que estén aquí los amantes, vaya, que no va sino una letra para amentes;<sup>95</sup> que estén los músicos en su traste,<sup>96</sup> bien; ¡pero hombres de entendimiento!

—¡O sí!—respondía Séneca—, que no ai entendimiento grande sin vena.<sup>97</sup>

Traváronse de palabras, que no de razones, un alemán y un francés; llegaron a términos de perderselos,<sup>98</sup> y el francés trató al alemán de borracho y éste le llamó loco; dióse por mui agraviado el francés, y arremetiendo para él (que siempre procuran ser los agresores, y con esso ganan) jurava le avía de sacar la sangre pura, que no fuera poco;<sup>99</sup> y el alemán que le avía de hazer saltar los sessos, que no tenía. Púsose de por medio un español, mas aunque echó algunos votos, no podía aplacar al francés.

<sup>93</sup> *azar*, desdicha imprevista.

<sup>94</sup> Acerca de este agüero de la sal y el chistoso comentario del otro que se ríe, véase el pasaje de Quevedo ya citado en nota 158, I, 239.

<sup>95</sup> Para ellos inventó el arte, en efecto, su especial manicomio, como la *Casa de locos de amor*, atribuída a Quevedo, pero obra indigna de su pluma por los caracteres sin relieve, las citas pedantescas y mal encajadas, y la fría y seca imaginación.

<sup>96</sup> *traste*, “la cuerda atada a trechos en el mastil de la vihuela, u otro instrumento semejante, para distinguir los puntos del diapason” (*Dicc. Aut.*), y en nuestro texto se entenderá atados en su cuerda, claro está que por locos furiosos.

<sup>97</sup> Sin vena de locura, se entiende. Comp. *Agudeza*, LXIII, 382: “Dizē que la Naturaleza hurtò al juyzio todo lo q̄ aventajò el Ingenio, en q̄ se funda aq̄lla Paradoxa de Seneca, q̄ todo Ingenio grāde tiene vn grano de demēcia.” Dícelo Séneca, en efecto, aunque como dicho de Aristóteles: “sive Aristoteli, nullum magnum ingenium sine mixtura dementiae fuit.” (*De Tranquill. Animi*, I, 15.) Pero lo que Aristóteles dijo (*Problemas*, XXX, 1) es que los genios son comúnmente melancólicos: *Διὰ τὴν πάντες ὅσοι περιττοὶ γεγόνασιν ἄνδρες ἢ κατὰ φιλοσοφίαν, ἢ πολιτικὴν, ἢ ποιήσων, ἢ τέχνας φαίνονται μελαγχολικοὶ ὄντες*

<sup>98</sup> *perderselos*: perderse los términos, sobrentendiéndose los buenos términos; define esta voz el *Dicc. de Autoridades* diciendo que “vale tambien forma ó modo de portarse u hablar en el trato comun.”

<sup>99</sup> Por suponerla el autor, no aguada, sino vinosa: cfr. nota 20, I, 379.



—No tenéis razón—le dixo—, que si él os ha tratado de loco, vos a él de borracho, con que sois iguales.

—No, mosiur <sup>100</sup>—dezía el francés—, más cargado quedo yo: peor es loco que borracho.

—Malo es lo uno y lo otro—replicó el español—, pero la locura es falta y la embriaguez es sobra.<sup>101</sup>

—Assí es—dixo el francés—, pero aquello de ser mentecato de alegría es una gran ventaja, es tacha de gusto.

—¡Eh!, que también un loco, si da en rei o papa, passa una linda vida. Assí que no sé yo de qué os dais por tan sentido.

—Siempre estoi en mis treze—dixo el francés—, que yo hallo gran diferencia de loco a borracho.

—¡Porque el uno es mentecato de secano, y el otro de regadío!<sup>102</sup>

Estava una muger loca rematada de su hermosura, que las más déstas no tienen un adarme de juizio.

—Esta sí—dixo Critilo—que holverá locos a ciento.

—Y aun a más—dixo Andrenio.

Y fué assí, que ella estava loca, y loca su madre con ella, y loco el marido de zelos, y locos quantos la miravan.

Dava voces un gran personage y dezía:

—¿A mí, a un hombre como yo, de mi calidad, a un magnate, intentar meterlo aquí? ¡Esso no! Si es por esto y esto, yo tuve mi razón; no se ha de dar cuenta de las acciones a todos. Si es por aquello, engáñanse. ¿Qué saben ellos de las execuciones de los grandes personajes, que no las alcançan? ¿Porqué se meten a censurarlas?; que ai historiador, y aun los más, que no tocan <sup>103</sup> en cielo ni en tierra.

Defendíase todo lo possible, mas los superintendentes de la jaula, tratándole mui mal, hasta ajarle, le llevavan mui contra su voluntad, diziendo:

—Aquí no se juzga de la cordura interna, sino de la locura externa. Vaya a la jaula drecho <sup>104</sup> quien hizo tantos tuertos.

<sup>100</sup> *mosiur*: sobre su empleo, véase nota 20, II, 89.

<sup>101</sup> Habrá ya advertido el lector la intención de *falla*, que no está sólo por faltar algo, sino por ser mera falta, no cosa grave.

<sup>102</sup> *regadío*, por los *riegos*, no de agua, sino de vino, repitiendo el rasgo humorístico que dejamos señalado en II, 236.

<sup>103</sup> *tocar en*, en su acepción figurada de *saber de*.

<sup>104</sup> *drecho*, forma común todavía en el siglo XVII, fué conservada en algunas ediciones (v. gr., la de B1664), y cambiada en otras por *derecho* (M1664, etc.).

Llegó Critilo, y viendo era un gran personage bien conocido, díxoles no tenían razón de meterle allí un hombre semejante.

—¡Eh!, sí, señor—dixeron ellos—, que estos hombres grandes hazen siempre locuras de su tamaño, y mayores quanto mayores.

—Por lo menos—replicó Critilo—, no le pongáis en el común,<sup>105</sup> sino aparte; aya una jaula retirada para los tales.

Riéronlo mucho ellos, y dixeron:

—Señor mío, a quien perdió el mundo entero, todo él sea su jaula.

Al contrario, otro suplicava con grande instancia le honrassen con una jaula de loco, mas los del gobierno no quisieron; antes, le llevaron a las de los simples, que estaban de la otra vanda, y fué porque pretendía mandar: que a todos los pretendientes de mando los metían a un dedo del limbo. Avía locos de memoria, que era cosa nueva y nunca vista (que de voluntad y entendimiento, ya es ordinario), y éstos eran los prósperos, los hartos, no acordándose de los hambrientos, los presentes de los ausentes, los de oi de los de ayer, los que dos veces tropezaron en un mismo passo, los que se engolfaron <sup>106</sup> segunda vez, y los que se casaron dos, los engañados entre los bobos, y el que dos veces, jaula doble; señalaron pienso a los de penseque.<sup>107</sup> Estaban altercando dos cuál avía sido el mayor loco del mundo, que el primero ya se sabe;<sup>108</sup> nombraron muchos y bien solemnes, antiguos y modernos, en Francia a pares y en España a nones.<sup>109</sup>

<sup>105</sup> *el común* (comunidad o aposento común) está dicho quizás con doble intención, pues así se llamaba también el retrete.

<sup>106</sup> *engolfarse*, “metaphoricamente vale meterse en negocios arduos y dificultosos en los quales suele haver muchos embarazos, y tales que a veces (como se suele decir comunmente) no se les halla fondo ni pie.” *Dicc. Aut.*

<sup>107</sup> No hay para qué señalar el gusto popular de este jueguecillo del pensar y dar pienso a las bestias. “*Penseque, asneque, burrique con sus parientes*. Añádenlo al que se excusa diciendo: Pensé que . . . ,” trae Correas, con doce refranes más del *penseque* “contra los que dan excusas necias de sus descuidos.” Véase la burla del *penseque* en *Los Sueños* (I, 148) de Quevedo, y la larga y divertida descendencia de los necios que presenta Gracián en su *Agudeza*, XXVII, 186–187.

<sup>108</sup> No es tan sabido, que no se pudieran disputar el primer puesto, entre los ángeles, Luzbel, y entre los hombres Adán, y de loco y con acciones y capirote de tal sale aquél en el auto de *El hospital de los locos* de José de Valdivielso.

<sup>109</sup> Graciosa ocurrencia en que entran los Pares de Francia y el juego a pares y nones de los muchachos, cuyo origen explica Covarrubias curiosamente: “porque el vno dezia par est, y el otro non est; y corrompido se dixo

Concluyeron la disputa concluyendo el poema del galán Medoro.<sup>110</sup>

Preguntó Andrenio porqué ponían los alegres junto a los tristes, los consolados a par de los podridos,<sup>111</sup> los satisfechos de los confiados. Respondió uno que para igualar el peso y el pesar; pero otro, mejor, para que los unos curen con los otros.

—¿Pues qué, sanan algunos?

—Sí, alguno, y aun ésse por fuerça, como se vió en aquel que, aviéndole sanado un gran médico, no le quería después pagar. Citóle ante el juez, que admirado de tal ingratitud, dudó si avía buuelto a estar loco. Respondía que ni con él se avía hecho el concierto, ni le avía hecho buena obra, sino mui mala, en averle buuelto a su juizio, diziendo que no avía tenido mejor vida que quando estava loco, pues no sentía los agravios ni advertía los desprecios, de nada se pudría: un día se imaginava rei, otro papa, ya rico, ya valiente y vitorioso,<sup>112</sup> ya en el mundo, ya en el paraíso, y siempre en gloria; <sup>113</sup> pero aora, sano, de todo se consumía, de todo se pudría, viendo quál anda todo.<sup>114</sup> Intimóle que pagasse o bolviesse a ser loco, y él escogió esto último.

Llamóles uno con grande instancia que estava en la jaula de los descontentos. Començóles a hablar con grande consecuencia, quexándose de que le tenían allí sin causa. Dava tan buenas razones que les hizo dudar si la tendría, porque decía:

—Señores míos, ¿quién puede vivir contento con su suerte? pares y nones.” No creo que aquí exista alusión personal alguna, como la habrá a propósito de otros *pares* y *nones* en la crisis y de la Tercera Parte.

<sup>110</sup> Medoro, el galán de Angélica, y luego su esposo. Pero no creo que el poema aludido sea el *Orlando furioso* de Ariosto, porque ni se le puede llamar “poema de Medoro,” ni su conclusión tiene relación con nuestro texto. Poema de Medoro es propiamente aquél famoso de Góngora que comienza “En un pastoral albergue . . .” Y sus últimas líneas sí tienen oportuna aplicación en el texto graciano, tras hablarse en éste de locos: “el cielo os guarde, si puede, / de las locuras del Conde.” Esto es, de las locuras de Orlando, a quien Ariosto supuso conde de Anglante o Angers. Y así también acaba la disputa de nuestro texto recordando como “el mayor loco del mundo” al que lo fué en el mundo literario, al menos hasta que vino a reemplazarle el otro loco más sublime de la Mancha.

<sup>111</sup> *podridos*, en su acepción de consumidos de impaciencia y sentimiento.

<sup>112</sup> *vitorioso*: sobre la supresión de la *c* en el grupo *-ct-* latino, véase nota 166, I, 314.

<sup>113</sup> *en gloria*, contento y gozoso: cfr. nota 146, II, 243.

<sup>114</sup> Léase todo este pasaje en relación con una anécdota semejante en Cicerón, *Epist.*, II, ii, 128-140.

Si es pobre, padece mil miserias; si rico, cuidados; si casado, enfados; si soltero, soledad; si sabio, impaciencias; si ignorante, engaños; si honrado, penas; si vil, injurias; si moço, pasiones; si viejo, achaques; si solo, desamparos; si emparentado, pesares; si superior, murmuraciones; si vassallo, cargas; si retirado, melancolías; si tratable, menosprecios. Pues ¿qué ha de hazer un hombre, y más si es persona?<sup>115</sup> ¿quién puede vivir contento sino algún tonto?<sup>116</sup> ¿No os parece que tengo razón? Assí tuviesse yo ventura, que entendimiento no me falta.

Aquí se la<sup>117</sup> conocieron, y grande: mal de muchos, vivir tan satisfechos de su entendimiento quan descontentos de su poca dicha.

—¡O cuántos—dixo Critilo—echan la culpa de la sobra de su locura a la falta de su ventura!

Mui confiado, uno llegó a entretenerse y ver las gaviás, mas al punto agarraron dél para revestirle la librea. Defendíase, preguntando que porqué, pues él ni era músico, ni enamorado, ni desvanecido, ni salía fiança por el mismo Creso, ni avía confiado en hombres ni fiado de mugeres, mucho menos de franceses, ni se avía casado por los ojos a lo antiguo ni por los dedos a lo moderno, contando el dinero,<sup>118</sup> ni avía llevado plumage<sup>119</sup> ni ramo,<sup>120</sup> ni se matava de lo que otros vivían, ni suspirava de lo que otros davan carcajadas,<sup>121</sup> ni por dezir un dicho avía perdido un amigo,<sup>122</sup> ni era de alguna de las quatro

<sup>115</sup> *persona*, con ese énfasis de hombre de prendas que el autor le da siempre.

<sup>116</sup> Así lo afirma el refranero: *Si quieres vivir contento, hazte jumento* (Rodríguez Marín).

<sup>117</sup> *la* refiérese a *falta*, tomada ahora como sustantivo.

<sup>118</sup> Había escrito Melchor de Santa Cruz, *loc. cit.*, pág. 102: “El Duque de Maqueda, Don N., hablando en los casamientos, decía que con los dedos se tomaban las mugeres. Preguntado cómo?, respondió: Contando la moneda que traen, y no considerando las virtudes que tienen.” Compárese P. Pedro de Rivadeneyra, *Tratado de la tribulación*, I, xix: “como dijo gravemente Séneca: Con los dedos tomamos las mujeres; es a saber, contando la moneda que traen, y la primera cosa que se pregunta es ¿qué hacienda tiene?” Asimismo Liñán y Verdugo, *Guía y avisos de forasteros*, págs. 45-46: “y como ya en este mal mundo que alcanzamos no se casan las doncellas por hermosas, sino por bien hacendadas, y ya primero se pregunta por la dote que por la calidad y virtud . . .”

<sup>119</sup> *plumage*, apuntando a los soldados: cfr. nota 118, I, 205.

<sup>120</sup> *ramo*: el tiro va aquí contra los valencianos probablemente: cfr. nota 155, II, 39.

<sup>121</sup> Dícelo, al parecer, por los locos de envidia: cfr. I, 306<sub>2-4</sub>.

<sup>122</sup> Variante del pensamiento de Horacio, *Sat.*, I, iv, 34-35: “*dummodo risum / excutiat sibi, non hic cuiquam parcat amico.*” Es una de las frases

naciones,<sup>123</sup> y assí que a ningún traste<sup>124</sup> pertenecía. Nada le valió.

—¡Engavíenle!<sup>125</sup>—gritaba el regidor mayor.

Y él:

—¿Porqué?

que han sido repetidas hasta la saciedad en las letras modernas. Recuérdese la concisa y enérgica pintura del Clodio de *Persiles y Sigismunda* (I, xiv), de Cervantes: “tengo un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre; deléitanme las maliciosas agudezas, y por decir una perderé, no sólo un amigo, pero cien mil vidas.” Compárese *El Discreto*, IX, 362 a.

<sup>123</sup> No cuatro, sino cinco, son las naciones o nacionalidades que acabamos de ver en la jaula de los locos (pues los polacos están a la otra banda, en la de los simples): ingleses, españoles, italianos, alemanes y franceses. Aunque si se tiene en cuenta que *nación* se usaba frecuentemente, en estilo bajo, para significar *extranjero* (cfr. *Dicc. Aut.*), entonces, excluyendo a los españoles, ha contado bien el autor. Podría referirse, igualmente, a las cuatro *Provincias Unidas* de España, como se llamaban a las de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y Navarra (comp. Cadalso, *Cartas marruecas*, XXVI), pues *nación* y *provincia* se decía casi indistintamente en la lengua clásica. Así, Gracián hablará más adelante de las “naciones de España” (III, viii). *Vizcaíno* se llamaba, por la lengua, al natural de cualquiera de las tres primeras provincias. No tuvieron reputación de locos los vizcaínos, sino de discretos, pero en la crisi vii de la Tercera Parte se aludirá a sus pretensiones de linajudos, y es posible que Gracián los tuviera por locos de vanidad en materias de linaje. De los en verdad heroicos navarros, recuérdese el *pocos y locos* de la nota 43, I, 296. Pero téngase en cuenta también que *las cuatro naciones* se llamaban desde el siglo XII a las cuatro agrupaciones de escolares en los centros de enseñanza de París: la *honorable* (las Galias), la *venerable* (Normandía), la *muy fiel* (Picardía) y la *muy constante* (Alemania). Cada *nación* se subdividía en *provincias*, y cada una de éstas en *diócesis*. (Cons. Bonilla y San Martín, *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*, Madrid, 1903, págs. 45-46.) Aunque algunas de estas *diócesis* correspondían a distritos extranjeros (la de los españoles en la *provincia* de Bourges, *nación* de las Galias), Gracián podría aludir particularmente a los franceses, suponiéndolos aquí probablemente locos de pedantería en el saber.

<sup>124</sup> *traste*, cuerda: cfr. nota 96, II, 379.

<sup>125</sup> No vale la pena de insistir sobre las irregularidades de la edición de 1913-14, pero ésta es curiosa: en vez de *engavíenle*, que trae el texto de 1653 y los demás antiguos, aquélla pone *enjáulenle*. Así se halla también en otra edición anterior, la de 1773, que suele reemplazar con palabras más conocidas las del texto original que entonces se tenían por anticuadas o de poco uso. Este caso, con otros análogos, explica las irregularidades de la edición de 1913-14. El editor había hecho ya la transcripción del texto de 1773, y luego, al adquirir un ejemplar de 1653, no hizo nueva transcripción de éste, sino que se limitó a compararlo con la que ya tenía sacada de la ed. 1773, y así se le pudieron escapar tales desviaciones del texto antiguo, guardando cabal concordancia precisamente con el de 1773.

—Porque él solo se tiene por cuerdo, y aunque no sea loco, puede ser tenido por tal, como acontece cada día. Y entiendan todos que, por cuerdos que sean, si dan los otros en decirles: “¡Al loco, al loco!” o le han de sacar de tino u <sup>125d</sup> de crédito.

Ponderava Andrenio que casi todos eran hombres; no avía niños ni muchachos.

—Es que aun no se han enamorado—le respondió uno.

Mas otro:

—¿Cómo han de perder lo que aun no tienen?

Defendía un físico <sup>126</sup> que por ser húmedos de cerebro,<sup>127</sup> pero, mejor un filósofo, que por vivir sin penas. Traxeron los esbirros un tudesco, y él decía que por ierro <sup>128</sup> de cuenta, que su mal no procedía de sequedad de cerebro, sino de sobrada humedad, y assegurava que nunca más en su juicio que quando estava borracho. Dixéronle que en qué se fundava, y él con toda puridad <sup>129</sup> decía que quando estava de aquel modo, todo quanto mirava le parecía andar al rebés, todo al trocado, lo de arriba abaxo, y como en realidad de verdad assí va el mundo y todas sus cosas, al rebés, nunca más acertado iba él ni mejor le conocía que quando le mirava al rebés, pues entonces le veía al drecho <sup>130</sup> y como se avía de mirar. Con todo, cayó de su casa,<sup>131</sup> y le dixerón que, aunque le veía al rebés, no era por andar él drecho; y assí, le metieron entre los alegres.

Donde quiera que se bolvían topavan, o locos o mentecatos, todo el mundo lleno de vacío.<sup>132</sup>

<sup>125d</sup> Véase, sobre esta disyuntiva, nota 82, II, 210.

<sup>126</sup> Tratando de los médicos, escribía Covarrubias en su *Tesoro*: “los llamamos Physicos en quanto saben la theorica de la medicina, Medicos en quãto con la practica nos curan . . . Fisica, la ciencia de la medicina.”

<sup>127</sup> *celebro*, cerebro (cfr. nota 206, II, 47); conforme a Huarte de San Juan, la humedad de temperamento “contradice a la facultad racional,” y es la sequedad del cerebro causa de la sabiduría y también de la melancolía, recogiendo las opiniones de los antiguos sobre la materia en su *Examen de ingenios* (ed. Madrid, 1930, págs. 139-141); recuérdese que a Don Quijote “se le secó el cerebro de manera, que vino a perder el juicio.”

<sup>128</sup> *ierro*, por *yerro*, escribía Gracián (autógrafo del *Héroe*, fol. 2), y era forma común.

<sup>129</sup> *puridad* sería aquí bastante inexpresiva si el autor no quisiera sugerir la idea de *puro*, y no *aguado*, ya que se trata de un borracho.

<sup>130</sup> *drecho*, derecho: cfr. nota 195, II, 278.

<sup>131</sup> No tiene *caer de su casa* otro sentido que el literal, y la intención, si la hay, estará en que no es cosa o acción ciertamente que pueda verla nuestro borracho al revés, como las otras.

<sup>132</sup> Repitiendo la antítesis de aquella plaza de “bote en bote vacía” que vimos en la crisi vii de la Primera Parte.

—Yo creí—dixo Andrenio—que todos los locos cavían en un rincón del mundo y que estavan recogidos allá en su Nuncio,<sup>133</sup> y aora veo que ocupan toda la redondez de la tierra.

—Podíamos responder a esso—dixo uno—lo que el otro en cierta ciudad bien noble y bien florida, que aviéndola paseado con un extranjero y aviéndole mostrado todas las cosas más célebres y más de ver (que eran tan muchas <sup>134</sup> como grandes, sobervios edificios, plaças abundantes, jardines amenísimos y magníficos templos), reparó el huésped que no le avía llevado a una casa de que él gustava mucho. “¿Cuál es?, que al punto os llevaré allá.” “La casa de los que no están en ella.”<sup>135</sup> “¡O señor!, respondió, aquí no ai casa especial: toda la ciudad lo es.”

De lo que mucho se maravillava Andrenio era de ver locos de buen entendimiento.

—Estos—le dixo uno—son los peores, porque no tienen cura. He allí uno que tiene el mayor entendimiento que se conoce, pero entendimiento que menos sirva a su dueño, yo dudo que le aya.

—¡O casa de Dios—exclamó Critilo—, poblada de orates!<sup>136</sup>

Mas, al dezir esto, se enferecieron <sup>137</sup> todos y arremetieron contra ellos de todas partes y naciones. Viéronse rodeados en un instante de mentecatos, sin poderse defender dellos ni ponerles en razón. Aquí el Gigante, echando mano a la

<sup>133</sup> La Casa u Hospital del Nuncio para dementes, en Toledo, sobre la cual dejamos nota 162, II, 41.

<sup>134</sup> *tan muchas*, tan numerosas: cfr. nota 66, I, 114.

<sup>135</sup> Esto es, de los que no están en su juicio, según queda apuntado en 78, II, 371.

<sup>136</sup> Por *casa de Dios* se entendía, como hoy, el templo, y en la patología se llamó también a la Iglesia. Gracián designa así al mundo, como otros le llaman *templo del Señor*. Y lo hace preparando un equívoco algo sutil: en el templo se esperan *orantes*, pero en esta casa de Dios que es el mundo lo que hay son *orates*. No podemos leerle el pensamiento al autor, pero es seguro que en su firme religiosidad—incuestionable—, ni se le ocurriría imaginar que pudiera parecer a nadie irreverente su lenguaje. Lo tendría por inocente ingeniosidad. Tenemos hoy más delicadeza al tratar de las cosas sagradas, como en muchas cosas más—y éste es nuestro progreso, más delicadeza, más sensibilidad—; pero, con menos firmeza en las creencias, muchos tienen también más recelo y malicia al indagar las de nuestros antepasados.

<sup>137</sup> *enferecerse*, como *ferino*, *feridad* y *ferinamente* (cfr. nota 22, I, 190): conservóse en algunas ediciones, como la de B1664, pero cambiósse en la mayoría por *enfurecieron*, 1663, M1664, 1674, etc.

cinta,<sup>138</sup> descolgó una bocina de marfil terso y puro, y aplicándola a la boca, comenzó a hazer un son tan desapacible para ellos, que todos al punto, bolviendo las espaldas, se echaron a huir y se retiraron, aunque no con buen orden. Con esto se vieron libres de su furia, quedándoles el passo desembarazado. Admirado Andrenio, le preguntó si era acaso aquél el cuerno de Astolfo<sup>139</sup> tan celebrado.

—Primo hermano dél, aunque más moral<sup>140</sup> es éste. Lo que yo puedo dezir es que me lo dió la misma Verdad. Con él me he librado muchas vezes, y de terribles trances, porque como avéis visto, en oyendo cada uno la verdad, luego buelve las espaldas, unos tras otros se van y me dexan estar.<sup>141</sup> Todos veréis que enmudecen en oyendo que les dizen las verdades y se van más que de passo: en diziéndole al otro desvanecido que advierta que no tiene de qué, que se acuerde de su abuelo, al punto se yela; si le dezís al magnate que no adjetive lo grande con lo vicioso, luego os tuerce el rostro; si le dezís a la otra que no parece tan bien como se pinta,<sup>142</sup> aunque sea un ángel os para<sup>143</sup> un gesto de un demonio; si le acordáis<sup>144</sup> al rico la limosna y que todos los pobres le echan maldiciones, luego se sacude la capa<sup>145</sup> y os sacude de sí; si al soldado, que lo sea<sup>146</sup> en la conciencia y no la tendrá tan rota, si a Baldo<sup>147</sup> que no sea venal ni admita todas las causas, si al marido que no sea siempre novio,<sup>148</sup> si al médico que no se mate por matar, si al juez que

<sup>138</sup> *cinta*, cinturón: cfr. nota 194, II, 196.

<sup>139</sup> El cuerno que Logistilla regala a Astolfo: "Dico che 'l corno è di sí orribil suono, / ch' ovunque s' oda, fa fuggir la gente." (Ariosto, *Orlando furioso*, canto XV, estr. 15.) Con el mágico cuerno ahuyenta a los ladrones y las fieras (XV, 38), a las mujeres de una ciudad (XX, 87) y a las arpías (XXXIII, 125).

<sup>140</sup> *moral*, espiritual.

<sup>141</sup> *dexar estar*, abandonar: cfr. nota 45, II, 23.

<sup>142</sup> *pintarse*, con evidente intención.

<sup>143</sup> *parar*, poner: cfr. nota 54, I, 223.

<sup>144</sup> *acordar*, recordar: cfr. nota 186, I, 317.

<sup>145</sup> *sacudirse la capa*, por impaciencia o para despedir, no porque sea locución figurada, que no lo es, sino por el sentido de *rechazar* (una proposición, un dicho, una responsabilidad) que tiene el verbo *sacudirse*.

<sup>146</sup> Por tercera vez sale a relucir el equívoco de *soldado* como sustantivo y como participio de *soldar*: cfr. texto y notas en I, 206<sub>4-5</sub> y II, 338<sub>24</sub>.

<sup>147</sup> *Baldo*, aquí por *abogado*: cfr. nota 155, II, 108.

<sup>148</sup> *novio*, con el equívoco que corre aún de *no-vió*, y que pudo haber salido del siguiente pasaje de Melchor de Santa Cruz, *op. cit.*, I, 178: "Casose vno con vna muger muy fea; y mostrandosele a vna señora, diziendo:



no se equivoque <sup>149</sup> con Judas, si a la donzella que no comienza ya bien con el don, ni la dama con el dar, <sup>150</sup> si a la bella casada que escuse el vella, <sup>151</sup> todos buelven las espaldas. De modo que en resonando el odioso cuerno de la verdad, veréis que el pariente os niega, el amigo se retira, el señor desfavorece, todo el mundo os dexa, y todos van gritando: “¡A huir, a huir!” por no oír. <sup>152</sup>

Despejado el passo de la vida, fuéronse encaminando a los canos Alpes, distrito de la temida Vejecia. Lo que por allá les sucedió, ofrece referir la tercera parte, en el erizado Invierno de la Vejez.

*Parte Tercera: En el Invierno de la Vejez.*

Señora, aquel es el nouio, respondió: Buen no-uio, que si viera no se casara con muger tan fea.”

<sup>149</sup> *equivocarse*, en la acepción que ya hemos anotado repetidamente de *confundirse* o *trocarse*: cfr. nota 13, I, 130.

<sup>150</sup> *don* (dádiva) . . . *da-ma*. Entre otros que se le habían adelantado en el mismo juego del vocablo, recordaré a Víttrián (*op. cit.*, II, 2), que pocos años antes había escrito: “En las Damas no es afrenta el recibir, porque su nombre lo trae consigo, que el que da mas vè su[s] caras mas alegre[s] y risueñas.” Todavía le precedió el autor de *La pícara Justina*: “nadie ay que se salga del número de las damas ni del da más.” (Ed. Biblióf. Madrileños, II, 285.) Y dos años antes que éste, en 1602, el supuesto Luján de Sayavedra, en su *Segunda Parte* apócrifa del *Guzmán* (II, i, 4): “Las mujeres . . . con ellas quien *da más* tiene damas, y puédese decir: ¿Damas quieres? Pues *da más*.”

<sup>151</sup> *bella* . . . *vella* (verla).

<sup>152</sup> *huir* . . . *oír*, que además de la analogía del sonido guardaban mayor parecido que hoy en las grafías, pues solía escribirse a veces (y así Góngora, o su copista, III, 270) *ohir*.